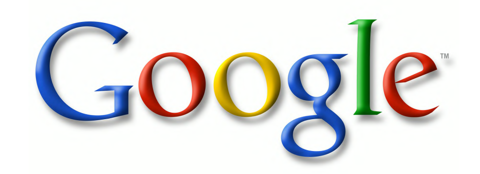



B. M.


600047620P





Al [illegible] la [illegible] amis[illegible]

Sr. D. Bernardo [illegible] Medina

[illegible]

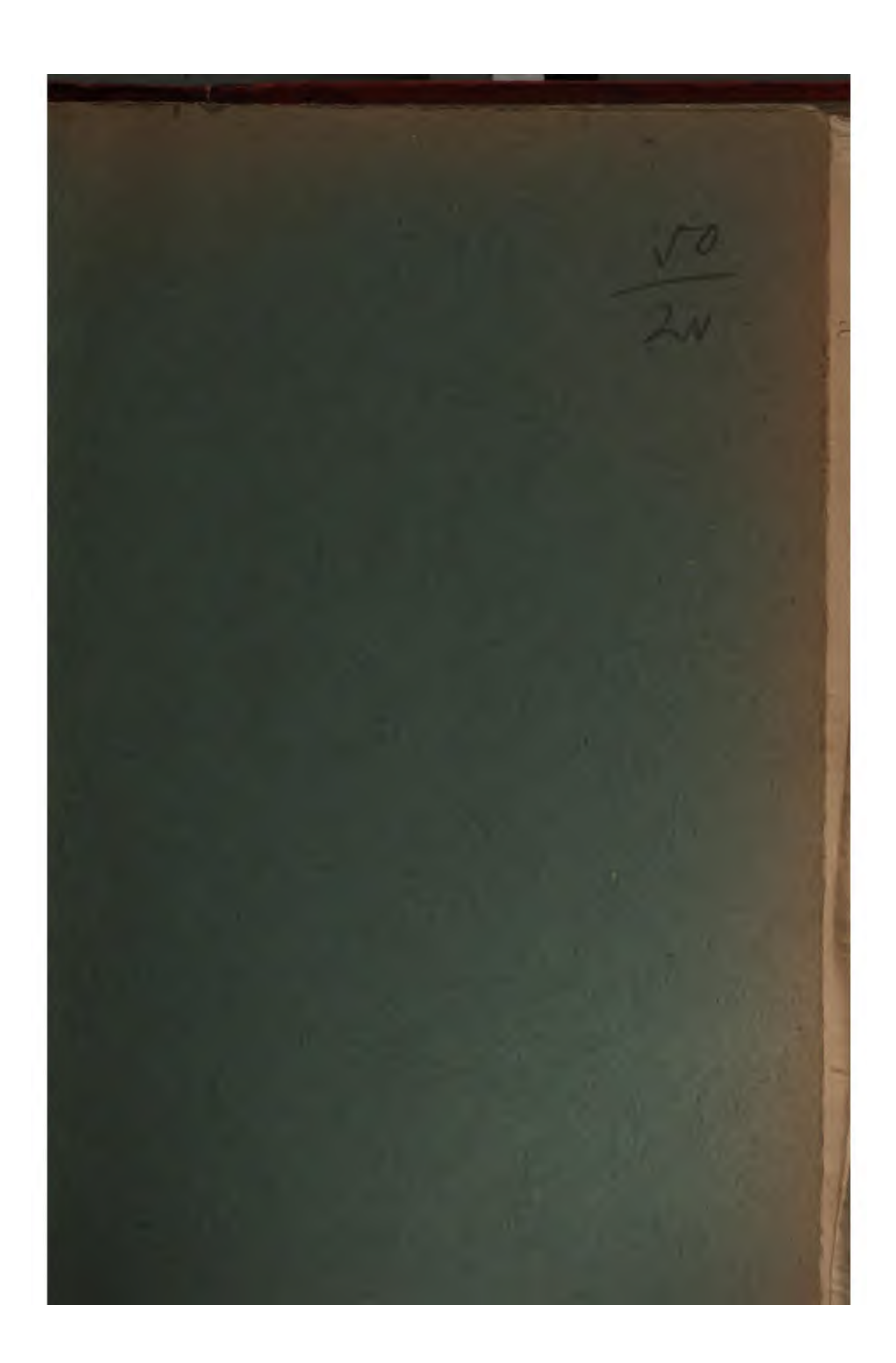
[illegible]

[illegible] Rivas

[illegible] Marzo [illegible]

[illegible] DE BERNARDO [illegible]


600047620P





[illegible]

[illegible] Dominguez Molina

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] AS DE MEDARDO [illegible]



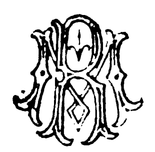
OBRAS

DE

MEDARDO RIVAS

PARTE PRIMERA

NOVELAS, ARTÍCULOS DE COSTUMBRES, VARIEDADES, POESÍAS



BOGOTA

1883

FERNANDO PONTÓN, Editor



IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS
Calle de los Chorritos de la Enseñanza

SRA. ROSA GROOT DE RIVAS.

Amada mía :

En el 5.° volumen de la « Revista de Colombia » te escribía yo en 1874 :

« Mi querida Rosa :

En los años que cuenta la colección de este periódico hemos vivido juntos y amándonos ; y de tal manera sus páginas están identificadas con nuestro hogar, que á tu lado he escrito las novelas, tú has inspirado muchos de los versos, y has dividido también la amargura que inundaba mi alma cuando era insultado por los artículos sobre política que ella contiene.

Guarda esta colección como un recuerdo de esta época ; y cuéntale á mis hijos que, ocupado mi pensamiento en la grandeza de la República, y mi corazón con tu amòr y el de ellos, muchas veces, escribiendo, dejaba la pluma para hacerles cariños ó para darte un beso.

MEDARDO.»

Tú has sido *Kerima*, *Pichilí*, el amor de *Los peregrinos*, el sueño de *El ajusticiado*, la *Rosa* de mis versos, la maga de mis novelas melancólicas, y la madre de *la Mirrilín.* A ti consagro este libro de recuerdos.

Tu amante amigo,

MEDARDO RIVAS.



PRÓLOGO

SR. DR. MEDARDO RIVAS.

DESPUÉS de algunos años en que usted se ha olvidado absolutamente de nosotros, venimos hoy á reclamar los *vínculos indisolubles* que con usted nos unieron en su juventud, y á invocar los servicios que entonces le prestamos, para contarle nuestra situación y pedirle un importante servicio.

Es el caso ...... Pero antes queremos manifestar á usted lo que el inolvidable *padre Alpha* nos refirió una noche con esa amable seriedad que hacía tan agradable su conversación, y que en vano trataría de imitarse en los escritos.

Nos contaba que en Lima,— donde no hay la libertad de costumbres que entre nosotros autoriza á escribirlo y á publicarlo todo, sin más sanción que la de la propia dignidad,— hay en toda redacción de periódico un *editor-sable*, que es un militar con aire de matón, sombrero ladeado y bigote retorcido, encargado de hacer frente á todas las reclamaciones, de recibir los carteles de desafío y de salir al campo cuando la naturaleza de los artículos publicados en el periódico así lo requiere.

Es el caso, pues, que nosotros, al presentarnos al público con nuestros viejos y mal zurcidos vestidos, tenemos un miedo cerval, y pretendemos que usted sea nuestro *editor-sable*, y haga frente á todas las críticas y censuras á que dé lugar nuestra aparición en público.

Animo, pues, amigo nuéstro ; valor, que para eso es General ; y si le faltare á la mejor del tiempo, para animarlo, vamos á contarle dos anécdotas y á darle un consejo, ya que con el valor no podemos ayudarle.

Discutían en París dos bonapartistas sobre la bondad relativa del reinado de Napoleón I, que había deslumbrado á la Francia con la gloria, pero atraído dos invasiones sobre su territorio ; y el de Napoleón III, que había mantenido á la Nación en paz por veinte años de despotismo, pero que había traído á Sedán, y ocasionado la tercera invasión del territorio.

—*El mejor* reinado para la Francia, interrumpió Rochefort, fué el de Napoleón II, y yo conservo para éste toda mi admiración.

—Bárbaro, le replicaron los bonapartistas, si no hubo tal reinado, porque Napoleón II murió en Viena, niño aún.

—Precisamente por eso ha sido para la Francia *el mejor* reinado.

Va la segunda.

Presentóle á Quevedo un literato dos sonetos, para que le dijese con franqueza y verdad cuál era el mejor. Quevedo tomó al acaso uno de ellos, lo leyó en voz alta, y apenas hubo acabado, dirigiéndose al literato, dijo.

—El otro es *el mejor.*

Va el consejo.

Anuncie usted que sus obras están así divididas :

PARTE PRIMERA

Novelas, artículos de costumbres, variedades, poesías

PARTE SEGUNDA

Juicios críticos, traducciones, biografías, memorias

PARTE TERCERA

Dramas, comedias y sainetes

PARTE CUARTA

Viajes por Inglaterra, Francia y Alemania

PARTE QUINTA

Conferencias sobre educación de la mujer

Dando usted á luz como suyos nuestros artículos, si las otras obras no aparecieren, no por eso habrán de dejar de ser las *mejores,* como el reinado de Napoleón II ó el soneto inédito del cuento de Quevedo.

Sus viejos y leales amigos,

EMIR-OMAR. — TRASÍBULO. — EMILIO SOUVESTRE.

I

FANTASÍA.

Mi vida era triste como el sueño del proscrito ; mis lágrimas, que la mano de un amigo no enjugaba, caían sobre mi corazón como la lluvia sobre los desiertos de Sahara ; mi fe, agotada por la desgracia, sólo creía en la fatalidad.

La creación para mí no tenía encantos, la noche no tenía armonías, ni olor tenían las flores ; todo era para mi alma pálido y sombrío, porque gemía bajo el peso abrumador del infortunio.

Una tarde el sol, al ocultarse, formaba arreboles tan bellos como los sueños de una virgen : las nubes que se mecían en el ocaso eran como las de mi patria : el viento embalsamado de la pradera venía á refrescar mi ardiente sien, agitada por las pasiones ; y creí escuchar el canto solemne de la inspiración.

La noche llegó con majestuosa pompa : la luna en el horizonte se mostraba magnífica y sencilla, como la hija de la Virtud, y por todas partes reinaba el profundo silencio de la naturaleza. Un pensamiento divino unía mi espíritu á la creación, y elevándolo al cielo, le mostraba las sublimes imágenes del infinito. Mi alma, llena de unción, se perdía en el espacio, contaba los mundos, se hundía en la eternidad, y humilde y reverente adoraba y creía.

En medio del soberbio esplendor de la naturaleza ví la virgen de mis amores, fantástica y celestial ; y oí su voz, suave como el beso de una madre, como los acentos ternísimos de los cantos de David.

sin contar uno que es pichón de leguleyo, siempre que preguntan á la puerta por el doctor, tiene que empezar la infeliz como rezando letanía mayor. ¿ Cuál de ellos ? ¿ El doctor Régulo ? ¿ El doctor Bradamante ? ¿ El doctor Lacordaire, ó el doctor Renegado ? Y no se admiren de estos nombres, porque aquí ya no hay Juanes, ni Pedros, ni Mónicas, ni Gaspares, sino Washingtones, Ricaurtes, Bolivias y Corinas.

Y pues tengo que contestar de qué Emilio hablo, empezaré diciendo — si es una hermosa quien pregunta — que Emilio es el que pasa á las cinco y media por su casa, elegantemente vestido, con aire noble y sonrisa inteligente ; el mismo que bailó con ella en la tertulia anterior un vals á tres tiempos, tan rápido y acompasado como poético y aéreo; y el mismo, en fin, con quien estuvo hablando sobre las « Dos Dianas » y el « Tulipán negro, » y cuyas opiniones sobre la literatura moderna y la emancipación de la mujer tánto le gustaron.

Si es un político quien interroga, le contestaré que Emilio es ese joven que se preocupa con la necesidad de una reforma social : uno de esos jóvenes generosos que amando la libertad con entusiasmo, no pueden creer que los viejos rezagados sean los llamados á gobernar la República.

A los demás no puedo decirles de quién hablo, pues él ni es comerciante ni.........abogado iba á decir, con mengua de su título ; pero sí diré, ni abogado con clientes, por más sociedades jurídicas que ha formado y anuncios que ha puesto al público ; Emilio vive de incógnito.

Emilio es mi amigo, pero no tan íntimo como aquel que escribió sus memorias ; y nos queremos como hermanos, lo que quiere decir que, como ellos, tenemos frecuentes y reñidas contiendas, y esta amistad me da derecho á que él ocurra á mí de preferencia en todas sus cuitas y á que me cuente todas sus conquistas amorosas, por lo cual conozco á fondo su excelente carácter, que no se parece al de mis otros amigos sino en que, como el de ellos, siempre es más dulce, amable y complaciente cuando me necesita que cuando yo lo necesito.

Cuando Emilio concluyó su carrera, es decir, cuando pensó en seguir alguna, siendo ya doctor, se quedó mirando para San Felipe, sin tener ocupación ni oficio (cosa que no inquieta á muchos de nuestros paisanos), y sin saber en qué emplear su vasta erudición. Y esto de la erudición no es mentira, porque Emilio sabe Jurisprudencia, Economía política, Sociología, Derecho constitucional, y pudiera dar la Constitución más liberal del mundo (no siendo para gobernar, se entiende). Mas con toda esta leña come crudo, porque no tiene más economía que arreglar que la de su bolsillo, más pleitos que los que le vienen como abogado de pobres (honor que

ha merecido por dos veces), ni más problema para resolver que el de cómo almorzará mañana.

Emilio tiene un deseo insaciable de brillar de todas maneras: sueña con presentarse un día arrancando una víctima inocente á la sociedad, haciendo resonar su atronadora voz en el foro, y por esto sigue adelante en lo que él llama *árida chicana*: los triunfos del genio lo embriagan, y él también se pone á hacer versos: la política le parece que es el *todo* para llegar á la gloria, y se hace diputado á la barra del Congreso, en donde siempre discute con calor y energía. Quisiera ser apóstol, legislador, reformista, y por eso estudia la historia, la filosofía, la legislación, y tan pronto se instruye útilmente con la «Historia de la Nueva Granada» por el eminente escritor Plaza, como se deja arrebatar por las perniciosas obras de Proudhon y de Lerrux; y estudia inglés con el mismo interés que pasa una mañana arreglando su hermosa cabellera, porque para él, lo mismo es ser el más hábil estadista que el más elegante en un salón; en todo ve un triunfo, un placer, un mundo de ilusiones.

Pero ¡ay! ésta es su desgracia, porque la filosofía no es suficiente para convencer á Doña Rufina (la señora del hotel) de que lo debía mantener *gratis*, como periódico de candidatura; y la historia, que siempre paga las deudas de gratitud á los héroes que fueron, no se encarga de pagar las suyas; y como él tiene necesidad de brillar, tiene también dramas y romances con los sastres y zapateros, que no ven en él al apóstol del pueblo (¡son tan estúpidos!) sino al cachaco estafador; y cada vez que alguno anuncia que va á publicar los nombres de sus deudores, Emilio se pone pálido, tembloroso, y se suicidaría si yo no lo sacase del apuro.

Hace tres días que fuí á pagarle una visita que él me hizo, ó mejor dicho, que hizo á mi bolsillo, y lo encontré en su lindo y embalsamado cuarto, envuelto en una bata de cachemira, y con un gorro y unas chinelas que le había regalado su novia. Estaba sentado delante de la mesa, en actitud de escribir, y con aire entre meditabundo y distraído; mientras que un muchacho con cara sucia é impertinente esperaba á la puerta. Emilio levantó la cabeza al verme, y con aspecto de mártir me señaló lo que estaba escribiendo, y al muchacho, que yá se había entrado á la pieza. ¡Señal muda pero significativa! Estaba escribiendo un poema titulado «El fin del mundo,» y el muchacho, que no tenía para qué aguardar á que el poema se concluyese, le exigía, á nombre del despiadado zapatero, el valor de los lucientes botines que se había estrenado el domingo anterior.

Mientras que Emilio se arreglaba con el mozuelo, que parecía muy obstinado, me puse á examinar los papeles que estaban sobre la mesa en horrible confusión, y encontré un drama, «Diana,» acto 1.°, escena 1.ª, en

blanco. « Traducción de las obras completas de Lord Byron, » carta 1.ª á la señorita Pegote, en blanco. Poema « El último creyente, » canto 1.º

" Con rudo golpe las arterias laten,
Hierve mi sangre como ardiente lava,
La aguda espina del dolor se clava
En mi ardorosa y palpitante sien ;

Sin fe ni amor " (Interrumpido). "Extracto de las leyes de partida." "Advertencia." En blanco.

—¡ Bravo ! le dije, si así seguimos, ni el Tostado. Se sacaron la rifa los impresores, y yá no tienen que buscar las impresiones del gobierno para vivir ; ¿ y quién paga todas estas obras ? — No te burles, me contestó ; mira, hace tres días que no salgo ni á ver á la gentil Pepita, y paso las horas delante de la mesa, sin dormir siquiera, pensando en escribir para ganarme un nombre ; pero principio, formo mi plan, cierro los ojos, descubro un mundo hermoso, voy á pintarlo, y encuentro delante de mí á la lavandera, que viene á pedirme los tres y medio de la ropa ; y entonces huyen de mí mis fantásticas concepciones. Empiezo otra obra, con objeto distinto, y entonces es el niñito de la casa que viene de parte de su mamá á decirme que yá han corrido dos meses sin pagarle, y que necesita el dinero : y cayendo así desencantado de las fantásticas regiones de la ciencia al inmundo lodo de estas mezquindades de la vida material, maldigo esta sociedad corrompida que esteriliza en mí el genio y ahoga la virtud.

—Bonito discurso para una sociedad democrática ; pero es preciso ser razonable : dime francamente, ¿ qué tiene que ver la sociedad con tu lavandera, ni con tus cuitas, ni con que te pases el tiempo en necedades, en vez de trabajar ?

—Oh, qué vulgar vienes ! me contestó. ¿ En qué quieres que trabaje? ¿ Quieres que sea comerciante ? No tengo capital. ¿ Agricultor ? No tengo hacienda. ¿ Empleado ? No depende de mi voluntad buscarme un destino que me dé con qué vivir dignamente, que sea de aquellos que no tienen una servil sujeción, y que me deje libertad para estudiar.

—Es decir, le interrumpí, un destino con sueldo y sin funciones. Así no se puede servir en este país.

—Estás qué impertinente, replicó. ¿ Qué dices de escribir un periódico político y de costumbres ? Tú sabes que Emilio Girardín, con sólo la redacción de " La Prensa," se hizo poderoso; y yo me siento como inspirado para eso.

—Este proyecto sólo tiene tres inconvenientes, contesté: 1.º Que entonces las cuitas se extenderán hasta los impresores, *y esto complicará la*

situación y no podrás dominarla ; 2.° Que no hay en este país más política que la de estar abajo ó estar en el gobierno, es decir, ser oposicionista ó ministerial ; 3.° Que aquí todos están contentos con lo que se usa, y no gustan de las censuras, por lo cual no se venderá tu periódico.

—¡ Eres muy pesado ! me contestó. Contigo no se puede hablar nada serio ; dame cuatro pesos (esto sí que era serio) para salir de ese monstruo de zapatero, y aguarda á que me vista para que vamos á dar un paseo.

Díle á mi pesar los cuatro pesos, con lo cual desapareció de su frente una línea sombría, y surgió para él la alegría y el contento. Se vistió y salió lleno de alborozo; pero al llegar á la esquina de la calle real se mostró como atacado de cólico, y dió un salto para tomar la acera opuesta ; era que por el otro lado venía un comerciante á quien debía el sombrero que llevaba ; pero éste pasó de largo, y Emilio, recobrando su serenidad, siguió hablando de las ventajas de establecer Bancos en Bogotá, y de los *hipotecarios* de Alemania, hasta que llegamos donde estaba Pepita, que lo esperaba en el balcón seductora y amable.

Emilio se quedó en dulces coqueteos con su amada, y olvidado de sus propias obras, sus cuitas, su porvenir y su lavandera ; y yo me retiré pensando en ese infeliz joven inteligente y virtuoso que, ansioso de trabajar, se veía condenado á vivir, como un perdido, en las calles de Bogotá ; y que la misma suerte corren infinidad de jóvenes que envían de los Estados á educarse en la Universidad, que conquistan ciencia y el título de doctores, y que no queriendo volver á sus pueblos, se quedan aquí, llevando una vida inútil y siendo un verdadero obstáculo para la sociedad.

~~~~~~~~

III

PLEITO COMUN.

Es la vida una causa
Que con el Tiempo,
Sin tregua ni descanso,
Vamos siguiendo,
Pero nos dictan siempre,
Por más que litiguemos,
Sentencia á muerte.
~~~~~~~~

IV

TO KOSSOUTH.

AT HIS ARRIVAL TO NEW-YORK.

God bless you, noble Kossouth, heroe of the age, christian martyr.

In the name of the democrats of New Granada I salute you.

Your name has reached to the shores of my country. The history of your misfortune has drawn tears from the eyes of my countrywomen; and my brethren, admiring your deeds, hope yet to call you the liberator of Europe.

My country suffered, as yours, for centuries the opprobious yoke of Kings; as yours, it sweared to obtain independance and liberty; and eventually our just cause succeeded, so that we are now free and happy.

My native-land is a luxuriant wilderness in South-America. My brethren are the children of the forest, and we have but little to offer for aiding you in your gigantic enterprise ; but till the hour of redention is arrived, should the European democrats seek a shelter, in New Granada they will find a home, honor and liberty.

V

HISTORIA DE UNA ROSA.

Vamos á Oriente, la tierra de la inspiración, poblada de recuerdos, sembrada de ruinas, iluminada por un sol de fuego y á donde los cristianos van á contemplar las huellas de sangre que estampó Cristo sobre la más desgraciada de las ciudades, sobre la sombría, triste y desolada Jerusalén. Vamos á Oriente, la tierra de la poesía, de los perfumes y del amor: la que vió aparecer á esa Eva primaveral desnuda y llena de encantos, pero inocente como la flor y sencilla como la mariposa. Vamos á Oriente, la tierra de las grandes pasiones y de los crímenes horribles que inspiran sus desiertos, y en donde habitan el chacal y la hiena. Vamos á Oriente, la cuna de Mahoma, ese genio que hizo del deleite una religión destinada á dividir el imperio del mundo por el solo influjo de sus voluptuosas huríes. Vamos á Oriente, donde Cleopatra, entre amorosos devaneos y con el prestigio de su belleza, se hizo adorar como diosa y poner á sus plantas los destinos de Roma. Vamos allá ; pero no lleguemos á la ciudad santa, porque nos falta la fe del peregrino y no tenemos, como Godofredo de Bouillón, una corona de oro que deponer sobre el lugar donde Cristo llevó la de espinas ; y si nuestra ofrenda no puede ser aceptada como el incienso que se quema en el ara y que en nubes se eleva al cielo, apartemos la mirada del templo y evitemos la profanación. Vamos á Oriente á recoger una sencilla historia de amor.

I

Jericó es una pequeña aldea que nada conserva de los muros que detuvieron á Tito y Vespasiano; pero que blanca y perfumada se levanta sobre un nido de verdura y de rosas, bajo un cielo brillante y rodeado de un paisaje encantador que termina en el desierto.

Allí se había retirado el Muftí huyendo de Constantinopla, escandalizado por las reformas que Abd-ul-Mejid hacía en el imperio, y que debían atraer, sin duda, las maldiciones del Profeta sobre los que así violaban los preceptos del Alcorán y despreciaban los consejos de los Ulemas. Se había retirado con sus inmensas riquezas y muchos esclavos, impulsado por un implacable fanatismo, que le hacía mirar con odio todo lo que venía de Occidente.

Rodeado de altos é inexpugnables muros, el mágico jardín del Muftí ocultaba á todas las miradas sus tesoros, las verdes enredaderas que formaban grutas á donde jamás llegaba el rayo abrasador del sol de Oriente; las largas calles de palmeras que gentiles y esbeltas se mecían al impulso del viento y se inclinaban á la vez como un coro de hermosas doncellas se inclina á la voz del sacerdote; y su suelo verde, orlado de rosas que llenaban el viento con sus deliciosos perfumes.

Bella, fresca y pura como las flores vivía allí una mujer; hermosa como la esperanza, fantástica como el sueño de un árabe, tierna como el lirio que dobla su cáliz para recibir el llanto de la noche, y ardorosa como las mujeres del Oriente, nacidas para el amor apasionado y terrible. Se decía que esta mujer era hija del Muftí, quien jamás había estampado sus labios sobre su casta sien; y ya iba á hacer diez y seis años que el sol alumbraba para el corazón de aquella joven.

Su frente, blanca y transparente, estaba sombreada por una hermosa cabellera negra que en trenzas caía bajo el turbante blanco. Sus ojos rasgados revelaban la ternura, la pasión y el entusiasmo, y al través de su pupila de fuego se descubría un mundo de amor y de poesía. La boca era roja como la flor de granada, y al abrirla para reírse con la risa de los ángeles, dejaba ver las perlas de que estaba guarnecida; su cara era bella como la de las mujeres de Grecia y suave como la niebla que sobre las montañas se deposita por las noches. Las formas redondas y plásticas de su cuerpo se marcaban bajo un dormán de terciopelo rojo ceñido con una banda de cachemira azul; vestía un ancho y flotante calzón de raso blanco que apenas dejaba ver su lindo piececito, que se deslizaba sobre el verde alfombrado del jardín sin doblar siquiera la cabeza de las amapolas que

pisaba. El amor con sus voluptuosos encantos y el sentimiento con su dulce melancolía habían formado esa flor que brillaba en la soledad, y que parecía condenada á marchitarse como esas trinitarias que nacen en medio de una gruta á donde jamás el céfiro amoroso puede llegar á fecundar su seno.

¡ Cuán bella es la mujer cuando se duerme protegida por la inocencia, como el ángel bajo el manto místico de Dios ! ¡ Cuán bella esa edad en que el corazón principia á sentir latidos misteriosos, y la juventud cubre de flores los recuerdos de la niñez que se desvanece como un sueño ! ¡ Entonces, el alma aspira perfumes desconocidos, y un vago encanto pudoroso hace teñir de rosas la blanca frente de la virgen, mientras que sus ojos chispean con el fuego que arde en el corazón !

Jericó se preparaba para una gran fiesta, para un día de júbilo ; y más alegre y risueña que siempre, en algunas de sus humildes casas lucían coronas de rosas sobre las puertas : en los alminares ondeaba el verde pabellón del Profeta, y la media luna brillaba sobre la cúpula de las mezquitas con nuevo esplendor.

Los turcos abandonaban su habitual pereza y recorrían las calles vestidos lujosamente ; todos los pastores de los campos habían dejado sus rebaños para acudir á la fiesta, y ostentaban esos variados y caprichosos trajes que dan á toda fiesta en Oriente un aspecto encantador. En las calles se habían regado hojas de naranjo y rosas ; y el sol magnífico y deslumbrador parecía complacerse en alumbrar esta nueva fiesta de Jericó.

Ibrahim, el hijo de Memet-Alí, Virey de Egipto, después de sus triunfos que lo llevaron hasta las puertas de Constantinopla, precedido de un nombre que recordaba á los musulmanes el tiempo de sus grandes conquistas ; Ibrahim, el genio que la Europa entonces contemplaba atónita ; tan joven, hermoso y lleno de gloria como piadoso creyente, iba á hacer su peregrinación, á orar en la mezquita de Omar en Jerusalén, y ese día hacía su entrada en Jericó.

El Muftí, encantado con esa muestra de fe del joven guerrero, estimulado por el fanatismo religioso y sacado de su retiro para dar al Sultán una nueva prueba de su mala voluntad, había hecho preparar la aldea de la manera más digna para recibir al caudillo, y en su casa quería ofrecerle una regia hospitalidad.

—Gloria sea dada á Alá.

—Él proteja á los que defienden la ley de su Profeta.

Éste fué el saludo que se cruzó entre Ibrahim y el Muftí al encontrarse. Después fueron juntos á una humilde mezquita; cada cual oró silen-

cioso y retirado, hizo las genuflexiones que el Alcorán prescribe; y con la gravedad característica de los orientales ambos se dirigieron á la casa del Muftí, en donde para el nuevo huésped se había improvisado en medio de los jardines una rica tienda colgada de estofas de Damasco, y en cuyo suelo se habían tendido mullidas alfombras de Esmirna.

Allí se le encendió una pipa cuyo tubo, en inmensa espiral, pasaba por entre agua que la noche había serenado; se le sirvió café de Moka, y se le dejó por un rato entregado al descanso sobre cojines de terciopelo.

Fué sacado de su sueño por el ruido de una alegre música que se aproximaba á la tienda, y que se mantuvo á alguna distancia tocando sonatas guerreras, como esperando á que Ibrahim manifestase su voluntad de que se aproximase ó de que se retirase; pero como éste seguía indolentemente silencioso y distraído, la música se acercó, y se detuvo al frente de la tienda.

Entonces, del grupo de músicos salieron cuatro mujeres hermosas y ágiles, de blanco seno y torneados brazos, la cabellera recogida atrás, y llevando en el pié izquierdo una argolla de plata llena de cascabeles que resonaban al menor movimiento; y se pusieron á bailar al frente de Ibrahim, quien seguía indolente y distraído, sin dignarse siquiera fijar la atención en las hermosas bayaderas, y echando enormes bocanadas de humo que veía elevarse al cielo como para matar su mortal hastío.

Después vinieron poetas á recitarle versos compuestos en su honor, ó á improvisar en su presencia poemas en que Ibrahim era el héroe; pero él permanecía en ademán de profundo fastidio, y cansado de obsequios acariciaba su enorme barba negra ó cerraba los ojos para aparentar que dormía.

Sólo en Oriente es la poesía, como la música, el principal adorno de una fiesta, y sólo allí se conserva la costumbre de que, á semejanza de Homero, vayan los poetas cantando por los pueblos sus poemas y alegrando las fiestas con sus versos. En Oriente la poesía es el lenguaje de la naturaleza; y al pié de una palmera, respirando aromas y contemplando el cielo, el hombre se siente poeta, y la multitud oye con deleite los ecos armoniosos que salen de la voz de un inspirado, y que tan bien interpretan el sentimiento que la domina ó la pasión que la agita.

El Muftí había permitido que las mujeres de su casa, cubiertas de un espeso velo, pudiesen acercarse á Ibrahim y aun besar la orla de su vestido; y éste se resignaba á ese nuevo honor, con el mismo fastidio con que oía la música y los versos.

Tímida, avergonzada y vacilante, como una sierva sorprendida

en medio de la pradera, se presentó Kerima, la supuesta hija del Muftí, cubierta, como las otras, con un espeso velo; y el indolente Ibrahim volvió casualmente la mirada, al mismo tiempo que ella, sobrecogida por el movimiento de aquél, pisó el velo que la cubría, desprendido el cual, dejó visible su divina faz.

Dos hombres pudieron contemplarla, y ambos la amaron.

El uno fué Ibrahim.

Cuando el deleite ha gastado los sentidos y embotado el amor de los placeres fáciles; cuando el hombre se siente enervado por la voluptuosidad, sin que el alma haya sentido el fuego del amor que quema y purifica; cuando en medio de una vida en que se quita de los labios la copa para recibir el ósculo de una mujer hermosa, que gusta porque embriaga y deleita, como los perfumes y la armonía, y viene de repente ese rayo del cielo á iluminar el alma con su luz encantadora; cuando el amor llega á elevar al hombre á otra región en que nuevos horizontes y un mundo nuevo se descubren; y se experimenta el tormento indefinible de una pasión que arrastra y que domina, ¡ah! entonces es cuando se ama con verdadero amor, cuando el hombre se engrandece, ambiciona la gloria, cree en el porvenir y lamenta sus extravíos.

Entonces es cuando se adora á la mujer que ha venido á tocar el corazón, como se ama la estrella que nos guía en una noche de tempestad; entonces esa mujer es necesaria al alma, como el aire al condor para elevarse al cielo; y entonces se la ama con pasión, con locura, con rabia, y el temor de perderla enciende esos celos furiosos que paran siempre en el crimen, pero que no son más que amor.

Así la amó Ibrahim.

II

Un hombre pálido, de barba negra y de mirada melancólica, vaga triste y solitario por Jericó, sin participar de la fiesta y sin asociarse con nadie. Es un árabe que siente circular por sus venas la sangre de los héroes, que pertenece á esa raza destinada á mandar y que dió á Mahoma sus conquistas, pero que hoy se ve oprimida por los turcos y obligada á retirarse á los desiertos para salvar su orgullosa independencia. Este hombre tiene corazón guerrero, y ha visto pasar sus días en triste indolencia: es poeta, pero sus versos se han perdido, sin eco, en las soledades del desierto; es joven, y yá el dolor ha estampado sus huellas sobre su pálida frente.

Demasiado orgulloso para someterse al yugo de los turcos, para hacerse esclavo, pero indolente quizás para hacerles una guerra incansable

hasta conquistar su propia libertad y la de sus hermanos, ha visto pasar las horas de su vida como las ondas del rio que ha contemplado en sus paseos solitarios, sin dejar rastro de su paso. Poeta, ha oído el canto misterioso de la naturaleza, ha sentido inspiración sublime, ha tenido sueños de amor, é imágenes encantadoras han cruzado por su alma ; pero de todo esto sólo le ha quedado la tristeza que domina al genio y el dolor de la desventura que desgarra el corazón.

El ruído que los hechos de Ibrahim causaba en el mundo, había alcanzado á la tienda solitaria de Alí-Omar, quien, lleno de admiración por el genio, al tener noticia de que llegaba aquél á Jericó, ensilla su caballo más hermoso y tomando un alfanje que había heredado de sus abuelos, rica joya cuyo puño estaba incrustado de piedras preciosas y cuyo filo había cortado en otro tiempo muchas cabezas de cristianos, resolvió salir á su encuentro á ofrecerle su brazo en la guerra contra el Sultán, el enemigo común, y á tributarle el homenaje de su admiración. Pero al llegar y ver la multitud que humilde se postraba ante el guerrero, su orgullo lo contuvo, y bajando de su caballo, que dejó libre en el campo, se mezcló entre la turba y se dirigió con ella á la tienda de Ibrahim, sólo para contemplarlo de cerca.

Reclinado contra un pilar de la flotante tienda de Ibrahim, y olvidado de todos, estaba Alí-Omar, cuando la hija del Muftí dejó caer su velo : el corazón de Alí-Omar dió un vuelco, sus mejillas se encendieron y sus ojos centellearon.

La mujer de sus sueños fantásticos ; la ilusión venturosa de su vida ; la virgen de sus poemas melancólicos ; la flor de la poesía y del misterio apareció á los ojos de Alí-Omar, espléndida y magnífica, en Kerima, y así la amó éste.

En Oriente, bajo su cielo de fuego, su clima ardiente y su naturaleza gigante y poderosa, el hombre tiene una alma apasionada, un corazón fogoso y una imaginación entusiasta; allí nacen de una mirada las grandes pasiones, como nacen de una palabra las grandes verdades y las revelaciones eternas. Allí, las pasiones son impetuosas como el huracán y hermosas como su cielo ; pero nada piden á la reflexión, ni son la obra del fastidio con que la constancia en Occidente hace sus conquistas, tras largos años de fidelidad y de ternura. Allí, el hombre ama, la mujer inspira, y después la vida es un himno de amor y felicidad, ó un poema sembrado de dolores ; pero cuando una pasión inextinguible prende su fuego sagrado en el corazón de un hombre, éste olvida la fatiga, el cansancio y la muerte, y sueña con el paraíso donde le espera la mujer querida.

La fiesta ha pasado; los jardines del Muftí están desiertos, y desde lo alto de la mezquita se oye la voz de los ulemas, que dan á los creyentes la señal de la oración; y sin embargo, el árabe no se ha alejado y se pasea inquieto é impaciente por las alamedas, dominado por el recuerdo de su hermosa visión. De repente, su mirada se detiene en una persiana cuyas cortinas se agitan como movidas por la brisa, y al través de ella descubre el rostro encantador de Kerima, y dos ojos que, negros y brillantes, se fijan en él.

¡ Ah ! primera mirada de amor en que una alma se comunica á otra ! Rápida como el rayo, enciende su fuego, que dura como el del cielo y que devora en un momento todo lo pasado, para mostrar tan sólo el porvenir ¡ Luz celestial que embellece la vida y la puebla de mágicos ensueños! ¡ Místico lazo, que une para siempre dos corazones nacidos para amarse ! ¡ Momento supremo, que una eternidad de dolores no alcanza á borrar ! ¡ Mudo, sagrado, solemne juramento que dos almas que el acaso ha hecho que se encuentren, se hacen de amarse siempre, y de vencer el destino que intentase separarlas !

La noche vino á interponer su velo oscuro entre las miradas de Kerima y Alí-Omar, y éste se vió obligado á retirarse, pero temeroso de que se desvaneciese, al alejarse de ese sitio, como un sueño, ese amor que lo hacía tan dichoso.

Cuando el Muftí creyó que Ibrahim habría descansado yá, vino á su tienda á informarse de lo que pudiera aún hacerle falta, y á darle la despedida de noche, deseando que Alá le enviase sueños venturosos y le inspirase siempre rectos pensamientos.

—Santo y noble Muftí, le dijo Ibrahim cuando, sentados ambos en un bajo diván, con las piernas cruzadas y reclinados sobre el espaldar, fumaban ceremoniosamente sendas pipas de cuello de ámbar ; poseéis la más rica perla de Oriente, y por tenerla yo daría la mejor parte de los dominios de mi padre Memet-Alí. Sois rico y miráis la riqueza sólo como medio de dar gloria á Alá ; pero me atrevo á ofreceros por la mujer que ha besado la orla de mi vestido, el más hermoso de mis elefantes blancos, diez camellos de los de mi comitiva, cargados de riqueza, y una lámpara de plata que arda siempre en la mezquita en donde elevéis vuestras plegarias.

—Alabado sea el nombre de Alá y hágase en todo su voluntad ! contestó Muftí; pero él, grande y poderoso Ibrahim, no quiere que esa niña sea la mujer de un creyente.

—¿ Y por qué medios os ha revelado él su voluntad ?

—Ése es un secreto que no puedo confiaros; pero os bastará que en

nombre del Alcorán, ley sagrada para nosotros, os amoneste para que no penséis en esa mujer, y para que apartéis vuestra imaginación de sus desconocidos atractivos ; vos, que en todos los dominios musulmanes encontraréis infinidad de mujeres hermosas que vayan á poblar con orgullo vuestro harem del Cairo.

—¿ Me la rehusais formalmente ?

—Nada, señor, podrá quebrantar mi voluntad, porque ella está de acuerdo con los mandatos de Alá.

Los musulmanes, que son lacónicos y silenciosos, poco prolongan sus conversaciones, y este diálogo pareció demasiado largo para Ibrahim y para el Muftí ; así es que después no se cruzó entre ellos una palabra más, y aquél se quedó meditando en los medios de llevar á su harem á la codiciada joven ; mientras que el Muftí se retiró maldiciendo su fatal condescendencia en haber permitido que las mujeres quebrantasen su riguroso aislamiento.

El árabe, entre tanto, devoraba en la soledad su pasión, sin tener con quien comunicar sus esperanzas y sus temores ; sin tener á quien abrir su alma en esas íntimas confidencias que alivian el corazón y mitigan los sinsabores del amante. Solo y entregado al recuerdo de esa bella mujer, encontrada como por encanto en medio de la vida, y que luégo había desaparecido, dejando impresa en el alma su seductora imagen ; y entregado á los sueños de su imaginación acalorada, veía en ese encuentro maravilloso la obra del destino; y no dudaba que esa mujer, á pesar de los inconvenientes, había de ser la suya, para ofrecerle como tributo su tienda sombreada por las palmas, el rebaño heredado de sus padres, una yegua blanca que la condujera, rápida como el viento y suave como el vuelo de la paloma, y su vida entera pasada en el desierto oculta y feliz.

¿ Esa mirada de fuego que había brillado al través de la celosía, era una realidad, ó una ilusión engañadora y hermosa ? ¿ Cómo ver á Kerima otra vez ? ¿ Cómo hacerla conocer su amor ?

Tales preguntas se hacía el árabe en la soledad, y no sabía qué contestarse ; pero ese instinto sagrado que guía á los amantes : ese presentimiento que les hace adivinar la desgracia ó saborear la dicha anticipada, alimentaba su esperanza y le guiaba en el misterioso sendero de su amor.

El día lo pasaba á la orilla del torrente viendo correr las ondas que se deslizaban, llevando cada una la imagen de la mujer querida, pero que se desvanecía cuando intentaba detenerla, como vivía en su alma la ilusión venturosa que se desvanecía también cuando quería hacerla una realidad ; y por la noche volvía á Jericó guiado por la esperanza y contentándose

con respirar el mismo aire que ella, y enviarle sus trovas de amor con las brisas que pasaban.

En Oriente el poeta tiene entrada segura á todas las tiendas, y el mayor obsequio que á un huésped ilustre puede hacerse, consiste en que los bardos improvisadores vayan á cantar sus glorias y á referir sus hazañas. Alí-Omar se presentó en casa del Muftí á recitar sus versos á Ibrahim, y fué recibido con benevolencia é introducido á la tienda del Bajá.

Al empezar su recitación estaba más pálido que nunca, su voz temblaba, y su mirada distraída parecía buscar lejos de la tienda la inspiración : luégo una sonrisa inefable vagó por sus labios, y con voz cadenciosa y armónica fué relatando un poema de amor, tan bello, tan sentido, que á todos sorprendió, y el mismo Ibrahim se levantó agitado. Cuando el poeta concluyó su narración, Ibrahim, tomándolo de la mano, lo llevó al jardín, y allí, paseándose, le dijo:

—¿ Queréis seguirme al Cairo ?

—Ayer lo habría ambicionado ; hoy me es imposible.

—Os puedo hacer rico.

—Aquí tengo un tesoro que no puedo abandonar, superior á todas las riquezas del mundo.

—Habláis como poeta.

—No creo serlo.

—¿ Y el hermoso poema que acabáis de recitar ?

—Sólo he expresado lo que siente mi alma ; cuanto he dicho es la manifestación de mis pensamientos consagrados á la mujer querida.

—Pero ella no podía escucharos, y habláis con tal fuego.........

—Ah ! sí ! quizás.........

En este momento el diálogo fué interrumpido por la sorpresa que les causó la caída de una rosa blanca, arrojada desde una ventana. Ibrahim miró hacia arriba y vió los ojos de una joven ; inclinóse á coger la flor que había sido arrojada, haciendo al mismo tiempo una señal de agradecimiento y de satisfacción, pero la rosa yá no estaba allí.

—¿ Mi rosa ? preguntó al árabe con tono altanero y disgustado.

—¡ Vuestra rosa ! No la he visto, le contestó Alí-Omar en tono no menos altanero.

—Os la arrancaré junto con el corazón, replicó furioso Ibrahim, echando mano del puñal que tenía en la cintura.

Un grito agudo y penetrante se oyó detrás de la celosía.

Ibrahim, apenas había levantado el puñal, se sintió cogido del brazo

como por una tenaza de hierro que le impedía todo movimiento, al mismo tiempo que el árabe le decía :

—Ibrahim ! matáis á los hombres no sólo por aumentar los dominios de vuestro padre, sino por arrebatarles lo que es suyo y satisfacer vuestros caprichos; y ¡ os llaman Ibrahim el Grande !

Ibrahim experimentó algo que nunca había sentido, porque jamás había sido contrariado abiertamente ; algo como rabia, pero también algo como admiración por el hombre que se atrevía á oponérsele y á enrostrarle su conducta faz á faz.

Pronto volvió de su arrebato.

—He obrado como un niño, dijo, y os debo dos bienes : el haberme hecho experimentar el placer de encontrar resistencia, y el haberme advertido una falta á tiempo para corregirme. Algo de extraño pasa en mi vida, continuó, que la quebranta, que la desquicia ó que la perfecciona, pero que no me puedo explicar. Ayer sentí una dicha inefable al contemplar el rostro de una mujer; hoy sufro una desazón en el alma, que me inquieta, al ver que os apoderáis de esa rosa, y he experimentado contra vos un rencor que jamás había sentido contra mis enemigos en medio del combate; ¿ podéis explicarme esos sentimientos ?

—Son amor y celos.

—Y ¿ por qué lo creéis así ?

—Porque amor y celos siento yo ; y en vuestra mirada, al levantar el puñal, he visto el mismo fuego que está devorando mi alma.

—¿ Amáis á esa mujer ? dijo, señalando hacia la galería.

—Más que á mi vida.

—¿ Sabéis quién es ?

—No.

—Bien; somos rivales y nos disputamos el amor de una mujer desconocida : separémonos como amigos, para que cada uno dé rienda suelta á sus esperanzas y realice sus empresas ; pero dadme esa rosa, que me pertenece.

—¿ Por qué os pertenece, Ibrahim ?

—Porque jamás he deseado la independencia del Egipto como ahora deseo esa rosa; porque jamás he cometido un crimen, y lo cometería ahora si me la negaseis ; porque jamás he creído que haya otro hombre más grande que yo ó Memet-Alí, mi padre, ante el cual me inclino con reverencia; y me sentiría hoy humillado si otro poseyera esa rosa.

—Héme aquí, Ibrahim, solo en el mundo; salido del desierto, sin más bién que el sol que á todos ilumina, sin más ambición que la de mi

salvaje independencia, sin otro nombre que el de Alí-Omar, pero dispuesto á negaros esa rosa; porque es mía, y porque sabré defenderla con las fuerzas que á mi valor dan un amor inmenso y mi propio derecho.

Tomó la rosa que había ocultado en el pecho, y llevándola á los labios, repitió: ¡Es mía! ¡Venid á quitármela!

La extrema agilidad de los árabes, que saltan sobre el lomo de un caballo que va á escape, con tanta facilidad como suben á la copa de una palmera ó salvan un abismo, puso á Ali-Omar á una distancia tal de Ibrahim, que éste no podía herirlo; y con voz terrible le gritó:

—Desafiais mi cólera; provocáis mi venganza y excitáis mi orgullo; bien! Esa rosa es mía; donde quiera que vayáis iré yo, y conquistaré el suelo que piséis para obligaros á entregármela.

Jamás amante venturoso, recibido en la noche por la mujer querida y colmado de favores, fué tan feliz como el árabe en la soledad, aspirando el perfume de su rosa. Cuanto hay de sublime y de poético en el amor del alma que nada pide á los sentidos y que la levanta de la tierra á un mundo de ensueños y delirios, venía á encantar los instantes de su vida.

Con su flor querida colocada sobre el corazón, volvió Alí-Omar al desierto, no yá sombrío y meditabundo como antes, sino alegre, orgulloso y satisfecho; halagado por la esperanza y soñando con la felicidad. ¡Hermosa flor que perfumaba su corazón y que, con el lenguaje del sentimiento, le revelaba lo que la voz humana jamás podrá decir! ¡Feliz el mortal que comprende estas palabras nunca dichas, y que bajo el manto misterioso de sus hojas descubre secretos que sólo los ángeles adivinan en sus amores celestiales!

Guiado por su amor á la soledad, iba á las orillas del Jordán á saborear, en presencia del apacible rio, sus dichas ocultas y su ventura soñada.

Las almas nobles sienten marchitar sus sentimientos con el roce del mundo, y evaporarse el perfume de su pasión al abrir su corazón á otros; pero sienten asimismo una necesidad de expansión que no se puede dominar, y son felices cuando encuentran un río cuyas ondas suspiran de amor, como los hombres; un río que se arrastra, que se agita también llevado por el destino, y que ruidoso y gemebundo armoniza siempre con el corazón apasionado.

Ibrahim siguió su peregrinación á Jerusalén; pero un pensamiento menos santo lo dominaba ahora y ocupaba todos los momentos de su vida; el amor de Kerima lo acompañaba inseparable, y el recuerdo de la rosa blanca que el árabe le había arrebatado, no dejaba de atormentarlo.

Ibrahim era demasiado poderoso, y creía que esa mujer pasaría á su

harem, si él se empeñaba; pero conocía también el carácter inflexible del Muftí, sabía que nada le haría ceder, habiendo dicho que Kerima no podía ser de un musulmán, y además la amaba de veras y no quería emplear la fuerza sino la astucia para que fuera voluntariamente.

Había en Jericó una cristiana á quien el Muftí detestaba, con el odio que inspira siempre en los hombres entregados al misticismo una persona de otra religión y sobre la cual se han hecho tentativas infructuosas para conquistarla, encontrando siempre una voluntad inflexible y un carácter enérgico. Y este odio se arraigaba en el Muftí, porque la cristiana era la única que sabía medicina en la aldea, y con su caridad había llegado á hacerse la providencia de los desgraciados, que la respetaban y la querían; él mismo había tenido que pedirla sus servicios y la debía la vista, rescatada por ella á fuerza de ciencia y de cuidado.

Esta mujer era la única amiga de Kerima, y en los momentos en que el Muftí se descuidaba, iba á su habitación, y allí permanecían las dos largo tiempo en misteriosas y secretas confidencias.

Una noche en que Alí-Omar, melancólico y triste, como siempre, rondaba los alrededores de la mansión del Muftí, vió una mujer envuelta en su *haik* y cubierta la faz, que, cuando estuvo un poco adelante de él, levantó el brazo derecho y señaló con el índice un punto en el espacio. El árabe alzó la mirada, y vió en el punto señalado por la mujer una luz encendida, luz que estaba en un mirador de la casa del Muftí.

La mujer desapareció sin que Alí-Omar tuviese tiempo de detenerla, de interrogarla y de averiguar qué significaba esa luz que le señalaba; pero los amantes tienen una fe que les interpreta todos los milagros, y una explicación para todo cuanto los demás no pudieran comprender: — el amor. Alí-Omar adivinó que esa luz era encendida por Kerima, como un medio de comunicarse su misteriosa y fantástica pasión.

Y desde esa hora, para él afortunada, pasaba el árabe las noches enteras contemplando la luz, y su corazón palpitaba en medio de emociones supremas, violentas como el rayo y hermosas como la esperanza, hasta que la luz importuna del día venía á sacarlo de su éxtasis. A veces le parecía que una sombra se interponía entre la luz y él, y venturoso creía ver á Kerima lánguida y poética, velando también; y cuando el viento producía algún leve ruido, creía escuchar el eco de las palabras amorosas que ella le enviaba.

¿Era Kerima quien encendía esa luz consoladora, quien velaba con él, y quien, por conducto de esa mujer misteriosa, se lo había revelado?

En medio de la noche, Alí-Omar dirigía estos versos á Kerima:

Tus ojos negros rasgados,
Ay ! cristiana,
Quiero ver
Al través de la persiana,
Y te juro que mañana
Serán tus hierros quebrados,
Si en tus ojos adorados
El amor puedo leer.

¿ Qué es la gloria y la fortuna ?
¿ Qué es la vida
Sin tu amor ?
Una sombra maldecida,
Por el tedio consumida :
Una carrera importuna,
Sin esperanza ninguna,
Y por término el dolor.

Contemplarte, eso es la gloria,
La ventura
Sin igual.
Admirar, gentil criatura,
De tus ojos la hermosura,
Leer en ellos mi historia,
Vale más que una victoria,
Y es la dicha sin rival.

Es insaciable y ardiente
Mi deseo
De gozar;
Cuando tímida te veo
Y en tus negros ojos leo
Lo que pasa por tu mente,
Mi pecho quiere valiente
Los peligros desafiar.

Huyamos, cristiana hermosa,
Al desierto
Quemador,
Que más allá del mar muerto
Tengo, cautiva, mi huerto,

Donde una palma frondosa
Nos dará sombra sabrosa
Para hablar de nuestro amor

O en la piel de una pantera
Que con mi brazo
Estreché,
Circundando tu regazo
Con tierno, amoroso abrazo,
Tú reclinada, hechicera,
En tu boca lisonjera,
El deleite beberé.

El perfume de la brisa
Y del viento
Al pasar,
Se mezclarán con tu aliento,
Con tu dulcísimo acento,
Y de tu boca que hechiza,
Aliento, viento y sonrisa
Olerá todo á azahar.

No invadirá nuestra tienda
El beduino
Montañés,
Que yo guardo tu destino,
Y ni señor, ni asesino,
Cautiva, habrá que te ofenda,
Sin que mi brazo lo tienda
Agonizante á tus piés.

Y tus ojos adorados,
Ay ! cristiana,
Quiero ver
Al través de la persiana,
Y te juro que mañana
Serán tus hierros quebrados,
Si en esos ojos rasgados
El amor puedo leer.

III

Ibrahim había logrado hacer llegar hasta Kerima sus pretensiones, y, con gran sorpresa suya, ella no había cedido á su deseos de ir al Cairo á ser la favorita en su numeroso harem ; pero esto no había hecho más que avivar sus deseos é irritar su amor.

Escribió al Muftí solicitando de nuevo que se la vendiese por el precio que tuviera á bien, si no quería obligarlo á una violencia.

El Muftí conoció que aquella resolución sería efectuada por fuerza si él no se apresuraba á evitarlo, y á pesar de sus años se puso en marcha hasta donde estaba la caravana de Ibrahim, quien, apenas lo vió, salió á su encuentro lleno de esperanzas y lo colmó de agasajos y de atenciones.

Esa noche el Muftí pidió una conferencia privada á Ibrahim, y yá tarde, apartándose de las tiendas de la caravana, se fueron á hablar á campo raso.

La noche estaba clara ; el aire puro y cargado con los perfumes con que el alóe, la mirra y el incienso lo embalsaman por la noche en el desierto : el viento producía un rumor sordo entre las hojas de las palmeras; y la luna, ya casi en Occidente, iluminaba la figura imponente del Muftí con su barba blanca y su larga vestidura, y el hermoso rostro de Ibrahim.

—Por el nombre de aquel que guía los mundos, dijo el Muftí, y que dió á la luna luz en el momento de la Hegira milagrosa de nuestro Profeta, como se la da ahora para que nos alumbre ; por el nombre de Alá santo y supremo, juradme, poderoso Ibrahim, que guardaréis en secreto lo que voy á contaros, movido por la necesidad y temiendo la violencia de las pasiones, que arrastran siempre á la juventud á espantosos extremos.

—Os juro por Alá, único Dios, y por mi padre Memet-Alí, el más grande de los mortales, que guardaré reservado en mi pecho lo que vais á decirme.

—Oidme. Hace quince años mi barba no había encanecido, y mi pecho rugía agitado por las pasiones; pero mi alta posición y la religión me obligaban á encerrarlas en mi alma, y á presentar rostro sereno como esos montes cubiertos de hielo que encierran en sus entrañas el fuego eterno de los volcanes. Entonces los cristianos del Epiro y de Tesalia se rebelaron contra la Sublime Puerta, proclamaron un rey, y la guerra santa fué declarada contra ellos en el Imperio y contra todos los infames griegos.

Fuí al Epiro con las legiones musulmanas á ayudar á apagar el incendio y á extender el dominio de nuestra santa religión ; y allí, por mi desgracia, conocí una cristiana, hermosa, ¡ ah ! ¡ tan hermosa como ninguna otra ha iluminado el sol !

Esta cristiana era la esposa del proclamado rey, del rey á quien perseguíamos sin descanso, librando cada día una batalla y dando cada noche un asalto ; hasta que cayó en nuestro poder después de una tenaz y desesperada resistencia.

Entonces hablé á esa mujer de mi amor secretamente, y la ofrecí la vida del rey si colmaba mis votos ; pero el espanto se pintó en su rostro al oír mi proposición, y después me manifestó un supremo desprecio.

Ya no era amor lo que yo sentía, sino desesperación : rabioso, insté, solicité, pedí, mas todo en vano : hice prolongar los suplicios del rey; y viendo que nada conseguía, consentí en su muerte, que los soldados pedían con instancia.

Antes quise que los dos amantes se viesen ; pues esperaba que la ternura ablandaría al fin el corazón de la cristiana, ó quería al menos saborear el placer de verlos llorar juntos. Pero cuál fué mi sorpresa al ver á los dos esposos, en presencia de la muerte, abrazarse felices, colmarse de besos, llenarse de cariños, y componer los bucles de una niña de un año que la madre llevaba !

Ciego de furor, los hice apartar, y sólo entonces ví una lágrima en el hombre, al colocar en el cuello de la niña un amuleto ó reliquia de coral rojo, y reflejarse en el rostro de la mujer la expresión de un amor que jamás había imaginado.

El hombre murió como mueren esos malditos griegos,—haciendo de la muerte una fiesta ; y la mujer ¡ ay ! más bella que nunca en su dolor, había adquirido una mirada que no pueden tener las huríes del paraíso, porque penetraba el alma !

Yo estaba no solamente ciego, sino loco de amor, y rechazado siempre, mi furor no tuvo límites y mi crimen fué inaudito. La soldadesca estaba insolente, y la irrité, y con mi voz la animé hasta que la hora de la licencia sonó. La primera violencia cometida fué la señal dada para que se reuniesen todas las mujeres griegas, y formando una inmensa rueda, llevando á sus hijos en los brazos y entonando cánticos patrióticos é himnos á su Dios, se fueran arrojando una á una, desde una roca, al abismo.

Entre ellas estaba la reina, que presidía la ceremonia fúnebre y animaba á las demás á morir, esperando su turno. Así se sustraía á mi amor y á mi venganza.

Corrí á impedir su muerte, pero fué imposible. Sólo pude arrebatarle la niña que llevaba en los brazos.

Bien ! dije para mí : esta niña crecerá, sus facciones se parecerán á las de su madre, y mi venganza no habrá terminado con la muerte de ella y de su esposo, sino que se prolongará eternamente, martirizando á esta niña.

Por eso la guardé ; y de antemano yá saboreaba el placer que me daría mi odio saciado sobre su cabeza, esa cabeza que era la única que me quedaba de mi fatal historia ; pero yo no sé por qué, poco á poco, el odio se fué extinguiendo en mi pecho ; comencé á mirar con interés su rubia y preciosa cabecita, empezaron á gustarme sus sonrisas, y al fin la amé. ¿ Lo creeréis ? Al fin la amé, como si fuese mi hija, y no me he atrevido ni aun á hacer que abrace nuestra religión, y la he dejado cristiana. Ya veis, oh ! Ibrahim, que no puede ser vuestra esposa, y la amo mucho para consentir en que sea vuestra esclava.

Después de esta larga relación, el Muftí quedó abatido, como si el recuerdo de los dolores pasados hubiera quebrantado su alma ; é Ibrahim, pensativo y silencioso, como viendo en la relación que acababa de escuchar los estragos que en un corazón amante produce una pasión alimentada con locas esperanzas.

—Y si ella se hiciese creyente ? preguntó Ibrahim, al cabo de algún rato de silencio, con tal ansiedad, como si esa pregunta hubiese sido la única solución que después de mucho cavilar hubiese encontrado para poner término á la situación.

—¡ Alá lo permita ! pero debo hablaros con franqueza, el recuerdo de mis pasados crímenes está unido á esa mujer de tal manera, que creería renovarlos si hiciese yo la menor insinuación para que ella abandonase una religión que era la de su padre, á quien yo había hecho matar, y la de su madre, que había perecido por mi culpa ; así, no esperéis que yo trabaje por reducirla á la creencia del verdadero Dios.

—¿ Y ella acaso sabe que es cristiana ?

—Oh ! sí, ella lleva en el cuello ese amuleto ó cruz que su padre le puso ; repite con frecuencia algunas oraciones que ha conservado en la memoria desde niña, y dice con orgullo inaudito : soy cristiana !

Inflexible parecía el Muftí á todas las proposiciones que Ibrahim le hacía para que le diese á Kerima, y éste aparentaba haber abandonado ese propósito y ocuparse de una cuestión enteramente distinta, cuando le dijo :

—El Sultán ha llamado á los francos para la disciplina de sus ejércitos, y ha echado impuestos de guerra sobre las tierras sagradas de las mezquitas ¿ lo sabíais ?.

—¡ Ah ! El grande Imperio va á sucumbir, nuestra santa ley no será cumplida en ningún pueblo, y antes de que pase un siglo la Media Luna será arrojada de Stambul, si Alá prolonga los días del renegado Abdul-Mejid, que ha desobedecido mis *feftas*.

—Pero Alá cuenta aún con fervorosos sectarios que no dejarán pe-

recer el Imperio ni sucumbir su ley: mi padre quiso colocar su tienda sobre los muros de Bizancio, y me dió ese encargo; pero no hubo bastante celo en los Mahometanos para acompañarme á restablecer las antiguas costumbres y dar á la religión su primitivo brillo; y ya á las puertas de la ciudad sagrada, tuve que ceder á las exigencias de los monarcas de Occidente.

—Ibrahim, si no habéis tenido en vuestro campo á todos los creyentes, ha sido porque habéis aparecido, no como el sostenedor de la antigua gloria y de las doctrinas santas de nuestros mayores, sino como el brazo armado con la cólera divina para castigar la poca fe del Sultán y desmembrar el Imperio, cumpliendo así la obra de destrucción que al fin habrá de verificarse; ha sido porque á vuestro padre se le ha atribuído el designio de hacerse Rey de Egipto, como el padre de Abdel-Kader quiso serlo de Argel, para tener que sucumbir después ante los francos; como quiere hacer el Bey de Túnez, como hacen por donde quiera los vasallos rebeldes.

—Mi padre intentó llevar el prestigio de la antigua doctrina hasta la ciudad imperial, porque de allí nace toda corrupción; pero no pudiendo lograrlo, intenta hoy engrandecer el Egipto y hacer que allí sea dado culto á Alá, como se lo dieron nuestros padres, y que su nombre sea glorificado y bendecido.

—Y Alá premiará sus esfuerzos, porque escrito está en nuestro santo libro: El que da gloria á Alá nada debe temer de sus enemigos, y sus obras tendrán el sello de la grandeza.

—Pero en el sagrado Imperio apenas se escucha la voz de los ulemas, y la religión no preside ya las fiestas de la patria.

—Porque el renegado Sultán ha preferido oír la voz del genio del mal; porque éste no tiene yá la fe que extendió las conquistas del Alcorán por las cuatro partes del mundo, haciendo que en Damasco, en Argel, en Medina y en Granada se pronunciase á una misma hora una misma oración y en una misma lengua; porque han llegado años aciagos para nuestra santa religión, y en el trono se ha sentado un hijo degenerado del segundo Mahomet.

—Aun quedan creyentes, Muftí, cuya fe no se debe dejar apagar, y vuestra voz no debe permanecer muda y oculta en el desierto.

—¿Quién seguirá hoy mis consejos?

—Mi padre, que resucita la fe en el Egipto, y su hijo Ibrahim, llamado por Dios para castigar á los impíos y dar nuevo brillo al estandarte de la media luna. Venid conmigo al Egipto, en donde encontraréis una mezquita tan hermosa como la que dejasteis en Constantinopla, y un di-

ván donde vuestros consejos serán oídos y vuestra voz escuchada como el aviso del cielo.

—¿ Y me prometéis, Ibrahim, que jamás, ni vuestro padre ni vos intentaréis desmembrar el santo Imperio ?

—Os lo prometo.

Así quedó convenido que el Muftí con su inmensa servidumbre se iría al Cairo; y el fanatismo religioso y político vino á decidir la suerte de Kerima.

Una vez llevada Kerima á la lujosa corte de Ibrahim, deslumbrada por su pompa, fascinada por su poder y rodeada de hombres, de monumentos y de trofeos que proclamaban su gloria, su poder y su grandeza, ella se sentiría orgullosa de pertenecer al hombre nacido para hacer revivir el Imperio de los Faraones, y que, joven aún, y hermoso, reunía lo que una mujer puede soñar en sus horas de ambición, y todo lo que puede arrastrar un corazón femenil.

Ibrahim y el Muftí se separaron satisfechos de sus proyectos de regeneración del Imperio.

Una noche en que Alí-Omar rondaba, como siempre, la mansión del Muftí, vió una mujer que se le acercaba, y que, cuando estuvo á su frente, le dijo :

—¿ Sois el poeta que cantó en la casa del Muftí en la gran fiesta que dió al hijo de Memet-Alí ?

—¿ Y para qué deseáis saberlo ?

—Porque quería hablaros para una expedición.

—Yo no soy hombre de guerra, y vos sin duda solicitáis guardias para una caravana.

—No ; es que el Muftí, con toda su servidumbre, se va para el Cairo con el grande y poderoso Ibrahim, y vos, como poeta, haríais una lucida comitiva.

Un rayo que hubiera caído sobre su cabeza habría sido menos cruel. Esto era ver desaparecer en un instante todos sus sueños, y realizados sus temores. ¡ Ibrahim triunfaba !

—¿ Conserváis la rosa que recogisteis un día al pié de una celosía ?

El árabe llevó su mano al pecho y lo oprimió con vehemencia, para dar á entender que allí la conservaba.

—Toma esto, que entre los nazarenos es signo de libertad y de martirio, le dijo la mujer, dándole una cruz pequeña de coral primorosamente trabajada.

Alí-Omar vaciló. Una cruz para un creyente musulmán es una se-

ñal de guerra. La cruz y la media-luna han estado luchando por siglos y no se ha pasado uno sólo sin que en su guerra permanente hayan dejado huellas de sangre. El último combate lo había ganado la cruz con la libertad de la Grecia.

—Viene de ella, dijo la mujer misteriosa.

Alí-Omar la llevó á sus labios como una prenda de amor, y olvidándose de que era el emblema de la religión de los nazarenos.

La mujer misteriosa desapareció.

IV

Atravesando los inmensos arenales del desierto que de Jericó se extienden hacia Beyrouth, iba una inmensa caravana que demostraba pertenecer á un poderoso, pues adelante se veía una partida de turcos á caballo, armados de largos fusiles y pistolas en el arzón; después seguían camellos cargados de tiendas de campaña, y de ricos muebles é inmensos cofres en que se conducían las riquezas; luégo una numerosa servidumbre cabalgando en gigantes dromedarios, las mujeres cubiertas con velos y los hombres con las piernas cruzadas por encima de la silla, y últimamente una mujer cabalgando también en un manso y hermoso camello que conducían dos esclavos de á pié, y á su lado un anciano de blanca y prolongada barba, que permanecía silencioso.

Era el mediodía: el sol dejaba caer á plomo sus rayos abrasadores, y la arena del desierto los devolvía en mil reflejos que herían la mirada. Las pisadas de los caballos y de los camellos hacían levantar una inmensa polvareda que envolvía á la caravana en una espesa nube y que impedía la respiración. El calor era sufocante; los camellos estiraban su prolongado cuello, como para buscar en la atmósfera un soplo de brisa menos ardiente; los caballos estaban sudando y jadeantes, y reinaba en la caravana el silencio producido por la fatiga, el calor y el cansancio.

Marchaban lentamente, pero sin detenerse, porque no había una palma que diese sombra, ni esperanza de una fuente donde pudiera refrescarse la caravana, que era la del Muftí, que se dirigía al Cairo, y en la cual iba Kerima.

Vióse en el horizonte, á lo lejos, un objeto incierto que sólo la vista práctica de los que viajan con frecuencia por aquellos desiertos hubiera podido descubrir; después se notó que el objeto se aproximaba, y, por último, apareció una columna de polvo que se elevaba al cielo.

—Es un correo que viene al escape de su caballo, dijeron los de la guardia, y pronto nos alcanzará.

—Pero es un atrevido ó un temerario, observó uno de ellos, pues se ha internado por ese lado del desierto por donde es casi imposible encontrar salida.

—A la verdad que si es un correo, no sé de dónde venga en esa dirección, y además, ¿ qué caballo podría resistirle en más de tres días de jornada ? Sin haber agua ¡ venir á ese paso !

—En efecto, viene al escape, á pesar del sufocante calor que hace.

—¿ Y es uno sólo el que viene ? preguntó otro de la comitiva.

—Sí, sólo se alcanza á ver una columna de humo.

—Entonces no hay cuidado de que sea un ataque de beduinos.

—Bien se cuidarán los beduinos de venir á atacarnos, llevando nosotros una escolta tan numerosa y tan bien armada ; los beduinos no atacan más que á los indefensos.

Al concluírse este diálogo, ya se veía claramente la figura de un árabe que, envuelto de pié á cabeza en un inmenso manto blanco, sostenido por un turbante rojo y cabalgando en una yegua torda, que, ligera, con el pescuezo estirado, la crin flotante, la nariz hinchada y dando fuertes resoplidos, galopaba como en un verde prado, á pesar de que la arena la cubría hasta el pretal, y de que á cada paso tenía que hacer un esfuerzo para no consumirse en un suelo que no le permitía afirmar el casco.

¡ Enemigo ! gritaron los de la vanguardia de la caravana, y toda ella se paró sorprendida, pero sin miedo, pues un hombre sólo no podía inspirarlo, y en el horizonte no se divisaba más tropa.

En tanto, el jinete llega á la caravana ligero como una flecha, y, aprovechándose del estupor que causó su arrojo, la divide por mitad, y apartando con su alfanje á los que se le oponían, se dirigió al lugar donde estaba Kerima.

Varias balas cruzaron por sobre su cabeza y tuvo que defenderse de muchos sablazos que los turcos le asestaron ; pero él, impávido y esforzado, llegó hasta donde estaba Kerima, quien, sorprendida al principio y viendo que á ella se dirigía, tomó el puñal que llevaba en la cintura, y con ademán resuelto lo esperó.

El árabe sacó rápidamente del pecho una rosa marchita y una cruz roja, y se las presentó. Kerima dió un grito de sorpresa y dejó caer el puñal.

Entonces el árabe, acercándose al camello que la conducía y alzándola como si fuera un niño, la colocó sobre el anca de la yegua, la que relin-

chó orgullosa al recibirla, y se alejó al escape, abriéndose campo por entre los que se oponían.

V

Seis meses han pasado. Memet-Alí ha declarado la guerra á la Siria: el formidable Ibrahim con sus ejércitos recorre el territorio; pero Abdalá, Bajá de Acre, resiste en Beyrouth á todos los esfuerzos de la escuadra egipcia, que se estrella ante sus murallas inexpugnables.

¿ Por qué tanta fidelidad de Abdalá á la causa del Gran Señor, que parece lo ha abandonado á su suerte, y por qué resiste un sitio tan obstinado y tan cruel ? ¿ Por qué Ibrahim se empeña en tomar á Beyrouth, única ciudad que ha hecho suspender sus rápidas conquistas, perdiendo un tiempo precioso para seguir adelante en sus empresas ?

Hé aquí la explicación :

Sobre las ruinas de un antiguo monasterio cristiano, situado entre Beyrouth y el Líbano, á la orilla de un arroyo que derrama la fertilidad y la verdura, y aprovechando la suntuosa huerta de un convento, en donde crecían todavía hermosos granados, olivos y palmas de dátil : en el lugar más pintoresco de esas comarcas había levantado Abdalá una soberbia quinta, donde pasaba los calores del estío y se entregaba á todos los placeres de la vida oriental.

La maravilla de esta quinta, que muchos viajeros han conocido, era el hermoso kiosko ó cenador que, á orillas del arroyo y rodeado de palmeras, se levanta gentil y fresco, como para traer á la imaginación las fantásticas creaciones de las Mil y una noches.

En este kiosko tenía Abdalá sus armas colocadas en graciosas manoplas ; allí ostentaba algunas banderas, trofeos de sus antiguas conquistas, y lo tenía adornado con las pieles de panteras y leones que había cazado en sus alrededores.

Allí pasaba el Bajá horas enteras fumando pipa, y allí también oía las quejas y administraba justicia á los súbditos de sus vastos dominios.

Un día, en medio del silencio de la naturaleza en aquellos lugares en donde por el calor del sol no respira un animal, ni vuela un insecto, escuchó el galope de un caballo que se acercaba; y á pocos momentos entró un jinete, se desmontó rápidamente y puso á los piés de Abdalá, que estaba reclinado en un diván, una mujer hermosa. Todo tan rápidamente como una aparición.

—Esa mujer, kadí supremo, dijo el recien llegado, es la mía, que el cielo y el destino me la dieron ; pero un magnate quiere arrebatármela

para marchitar su sien, que todavía no he besado. Estoy en vuestros dominios, y os pido, señor, justicia, amparo y protección.

—Sólo los mandatos de la Sublime Puerta, que yo acato y venero, son poderosos en mis dominios; después sólo reina mi voluntad, guiada por la justicia, y en nombre de ella os prometo que seréis amparado con vuestra mujer, dijo Abdalá.

—Loado sea Alá, que os ha hecho grande y poderoso para que administréis la justicia en su nombre! La fama de vuestra rectitud y vuestro valor me han dado confianza para venir desde muy lejos á buscar vuestro amparo; y ahora os digo que mi vida es vuéstra, que el golpe que había de heriros dividirá mi pecho, y que yo velaré vuestro sueño y cuidaré de vuestra seguridad.

—Abdalá acepta la generosa amistad que le ofrecéis, y sabe que un árabe nunca ha faltado á su palabra; aceptad vos este yatagán como prenda de que seré leal á lo que os he ofrecido.

—Abdalá, el alfanje de mi padre es una joya sagrada; pero hay para mi corazón una más santa, y por la cual desafiaría los tormentos y la muerte; tomadla, y á cualquiera hora que me enviéis esta rosa, sabré que ha llegado la hora de combatir á vuestro lado y de morir en vuestra defensa.

Diciendo esto, sacó del pecho la rosa que Kerima había dejado caer desde la celosía del Muftí, y después de besarla se la presentó á Abdalá.

—Esta mujer queda á vuestro cuidado, y hasta hoy ha sido sagrada para mí. Por su orden debo partir, y no volveré á verla hasta que ella consienta, y entonces la recibiré de vuestras manos.

Kerima y Alí-Omar se separaron: éste, conmovido y grave: ella tierna y llorosa; pero ambos silenciosos y con la resignación de los que se someten al cumplimiento de un deber.

Una despedida para dos corazones que se aman es siempre un momento de cruel amargura y de profundo dolor: el recuerdo de la felicidad pasada aparece á nuestra vista en el instante en que la perdemos, y al mismo tiempo se nos ofrece la triste realidad del presente, y el porvenir oscuro y tenebroso. En el momento de una despedida parece que el amor se aumenta por la persona á quien dejamos; negros temores nos asaltan por su suerte y nos encontramos débiles para soportar el dolor de la separación.

Para Kerima y Alí-Omar era doblemente triste esta despedida, pues apenas habían tenido tiempo de hablar de su amor, y esa despedida podía ser eterna; pues amenazábanlos furiosas tempestades, y tenían que desafiar la cólera del Muftí y los celos de Ibrahim. Sin embargo, Kerima lo exigía y era preciso resignarse.

Kerima extendió la mano á Alí-Omar con una expresión de amor, de ternura y de resignación que no puede pintarse; éste imprimió un casto beso en ella, y desapareció en su incansable yegua.

Al día siguiente no más llegaron los emisarios de Ibrahim á la quinta de Abdalá, reclamando á Kerima; pues Alí-Omar había sido perseguido por la escolta de la caravana del Muftí, hasta que lo vieron llegar á la mansión del Bajá.

Cuando Abdalá recibió el mensaje de Ibrahim en que le pedía á Kerima como hija del Muftí y como su prometida, robada por el árabe en el desierto, creyó que debía entregarla y no hacerse cómplice de un infame rapto; pero luégo consideró que un ladrón no la hubiera llevado á su guarida y la hubiera depositado ante el supremo representante de la justicia otomana, y resolvió llamar á Kerima para que le explicase este secreto, y dispuesto á hacer su deber según fuese informado.

—Yo soy la reina del Epiro y de Tesalia, le dijo ésta cuando estuvo en su presencia.

—Yo soy cristiana, y no hija del Muslin;

—Yo no quiero ser esposa de Ibrahim.

Entonces le refirió cómo una amiga de su madre se había sometido á la pobreza, al destierro, y á llevar una vida azarosa y miserable por acompañarla á todas partes: que del Epiro la había seguido á Stambul, y de allí á Jericó, donde vivía de la medicina, y que esta amiga la había iniciado en los misterios de su nacimiento y en todas las prácticas de la religión de sus padres; religión que amaba y deseaba profesar; y que Alí-Omar había ido á buscar esa amiga fiel por su orden.

—Y Alí-Omar es también cristiano?

—Oh! no! contestó Kerima, más bien como una exclamación de dolor que como una respuesta al Bajá.

Este se hallaba sorprendido de lo que le pasaba, y sobre todo veía que una negativa al formidable Ibrahim, al hombre que se atrevía á pensar en sostituir su dinastía á la del Gran Señor y en derrocar el sagrado Imperio, era una temeridad inaudita; pero al mismo tiempo su hidalgo corazón se rebelaba contra la idea de entregar una mujer que había venido á pedirle hospitalidad, y por la cual había ofrecido, en nombre de la autoridad del Soberano, protección y amparo.

—Id á decir á Ibrahim que el hijo de Mahomet-Ven-Ismael recibió un nombre jamás manchado por la deshonra, y que no lo infamará entregando una mujer que se ha confiado á su cuidado y violando la palabra que ha dado á un creyente: que si él juzga que no obra en justicia, ocurra al Gran Señor, cuyos decretos serán obedecidos humildemente.

Así habló á los emisarios de Ibrahim al despedirlos.

Éste, irritado, sólo le contestó: — Memet-Alí, mi padre, se hace justicia siempre por su brazo formidable y terrible; Ibrahim es su hijo predilecto.

Al día siguiente la quinta de Abdalá se veía rodeada por una numerosa tropa de genízaros, á la cabeza de la cual estaba Ibrahim, ante quien habían temblado todos los muros de las ciudades hasta Scutary, donde había situado sus tropas en vía para Constantinopla; y lo romanesco de la empresa le daba nuevo atractivo á su carácter osado y aventurero.

Abdalá no estaba prevenido; pero como era valiente, resolvió resistir el ataque, armando á la ligera sus soldados y haciendo de los muros de la huerta una trinchera formidable.

Ibrahim atacó con energía, pero la quinta se defendió con denuedo; y como ni uno ni otro de los combatientes estaba preparado para una guerra formal, ninguno de los dos podía emplear medios que terminasen la contienda.

Abdalá comprendió que á la larga iba á ser vencido ó rendido por hambre, y no pudiendo enviar á Beyrouth un emisario en solicitud de auxilio, porque sería detenido por las fuerzas sitiadoras, resolvió valerse de un niño que no podía inspirar sospechas, y confiarle la rosa que, como prenda, le había dado Alí-Omar para que le sirviese de aviso de la apurada situación en que se encontraba.

Seis días habían pasado: Ibrahim permanecía obstinado en el sitio, y á Abdalá se le habían agotado yá los alimentos y los medios de defensa, sin que nada se hubiese sabido del niño, ni se tuviese ninguna esperanza de auxilio.

Una noche, tarde yá, cuando el cansancio y la fatiga habían hecho suspender el ataque y los de la quinta se entregaban al sueño, se oyó una voz que cantaba dulce y melancólicamente en los alrededores de la quinta.

—¡ Es la voz de Lulú-Fadí ! exclamó Kerima. Sí, la conozco mucho, es la voz de mi madre, de mi amiga, de mi compañera. Algo nos quiere comunicar, escuchemos!

La voz continuó entonando una canción muy triste, pero en un idioma enteramente desconocido, así para los que estaban en la quinta, como para los sitiadores.

—Es una canción de mi país, dijo Kerima. Lulú me la cantaba cuando yo era niña; pero le ha cambiado las palabras: escuchemos......

El canto de la mujer decía: que Alí-Omar había recibido la rosa en Jericó, á donde había ido en su busca el niño, y que inmediatamente había marchado en solicitud de árabes para venir en su defensa: que no se

entregasen, porque el auxilio no debía tardar; y al mismo tiempo había mandado emisarios á Beyrouth y á Jafa para que vinieran las tropas del Bajá.

Al siguiente día, cuando Ibrahim renovó el ataque, creyendo que hallaría apenas una débil resistencia, encontró más firmeza y mayor energía que antes en la defensa, lo que le causó gran sorpresa.

A los dos días el ojo experto de los vigías de Ibrahim divisó á lo lejos una inmensa caballería que se acercaba evidentemente á la quinta, y á poco rato, en dirección distinta, se vió una numerosa tropa. Ibrahim comprendió que iba á quedar rodeado por fuerzas enemigas muy superiores, y, no queriendo exponer sus glorias cayendo prisionero en un combate parcial, resolvió retirarse, por medio de una admirable evolución militar, con la que impidió que su caravana fuese perseguida.

Antes de eso mandó á la fortaleza un emisario con este mensaje:

«Ibrahim, Pachá, hijo de Memet-Alí, Virey de Ejipto, á Abdalá, Pachá de Beyrouth, Acre, Jafa, &c. &c.

« Habéis desatendido mis súplicas, negado mis derechos, ofendido mi orgullo y provocado mi cólera. La Siria será agregada al Egipto, vuestro bajalato borrado de la lista del Imperio, y vos mismo desapareceréis de entre los vivos. Así lo quiere Alá.»

Cuando Alí-Omar llegó á la quinta, Abdalá lo recibió con muestras del mayor cariño, le refirió lo que había pasado, y le dijo:

—La guerra es inevitable y va á ser terrible, porque Ibrahim está irritado; pero seremos hermanos de armas y me ayudaréis á defender mis dominios como yo he defendido á vuestra mujer.

Alí-Omar voló al aposento de Kerima, que, ansiosa, palpitante y llena de emociones, lo aguardaba, y apenas lo vió, palideció, vaciló y parecía que iba á caer. Alí-Omar corrió hacia ella, la recibió en sus brazos é intentó besarla en la frente; pero ella, dirigiéndole una mirada suplicante y con voz de ruego, le dijo:

—No, Alí-Omar, á las cristianas sólo pueden besarlas sus esposos, y tú aun no eres el mio; y se desprendió de entre sus brazos.

Abdalá mandó inmediatamente correos á la Sublime Puerta, avisándole que la Siria iba á ser atacada por Memet-Alí; pero que él estaba resuelto á resistir al formidable Ibrahim, si de Stambul le enviaban refuerzos. El Gran Señor le contestó animándolo á la defensa, estimulando su lealtad, mandándole un título y ofreciéndole enviar la escuadra turca, en caso de que la guerra tuviese lugar.

También mandó Abdalá emisarios á contraer alianza con los Bajaes

que gobernaban comarcas limítrofes á la suya ; pero todos, al saber que la guerra era con Ibrahim, el terror de Occidente, como era llamado, se negaban á la alianza, y el tiempo pasaba y Abdalá estaba solo.

Memet-Alí había decretado la conquista de la Siria, la flota egipcia se alistaba para partir, y Abdalá, á pesar de su actividad y energía, sólo había conseguido unos cinco mil hombres en sus dominios, con lo cual era imposible hacer frente al formidable invasor. Pero si él estaba inquieto, Kerima y Alí-Omar, de cuya suerte iba á decidir la guerra, eran presa de la más viva inquietud.

Alí-Omar reunió una caballería de árabes que vino á ponerse á disposición de Abdalá. Kerima, por su parte, había hecho vender en secreto sus diamantes para darles recursos.

Una noche en que Abdalá, desesperado, se quejaba del abandono en que le había dejado el Sultán para pelear contra el más formidable enemigo del Imperio, y se paseaba agitado, dijo, estando solo, y como entregado á sus meditaciones :

—¿ En quién puedo apoyarme ?

—En los cristianos, le contestó una voz á la espalda.

Volvió á mirar Abdalá y se encontró con la pálida y marchita faz de la cristiana Lulú, amiga y compañera de Kerima.

—Pero los cristianos no obedecerán mi voz, antes se alegrarán de mi ruina, aunque nada tengan que aguardar de Ibrahim.

—Hacedles vos esperar algo de libertad: prometedles seguridad en sus trabajos, y Kerima tiene un talismán por medio del cual los cristianos del Líbano se levantarán en masa para venir á socorreros.

—Prometo un firmán que será sellado por la Sublime Puerta, y por el cual los cristianos del Líbano serán gobernados por sus dervises y no serán inquietados en el ejercicio de su religión.

Con esta promesa, partió Alí-Omar para el Líbano, llevando la cruz que Kerima le había dado, con un mensaje de ésta que decia :

« Kerima cristiana, hija del Jefe de los libres del Epiro y de Tesalia, á todos los cristianos del Líbano :

« Abdalá nos ofrece libertad para practicar la religión santa del Salvador, y un gobierno propio para nuestras tribus. Venid á ayudarlo, que yo garantizo sus promesas.»

La población del Líbano, compuesta de cristianos (bruzos y maronitas), es la más valerosa, la más aguerrida y la más enérgica de todo el Oriente; y en constante guerra con los turcos, y atacada por los beduinos,

forma una especie de colonia militar siempre dispuesta al combate, pudiendo poner sobre las armas de cuarenta á cincuenta mil hombres.

Alí Omar fué recibido por los jefes de las diversas tribus del Líbano con el mayor entusiasmo; y la presencia de la cruz roja y el mensaje de Kerima decidieron á toda la población á marchar á Beyrouth para defender á Abdalá y sostener la integridad del territorio del Gran Señor.

Cuando Ibrahim llegó con su ejército por tierra y con una flota considerable por mar, encontró ya á Beyrouth fortificada y defendida por treinta mil hombres de guarnición; en algunas torres flameando el pabellón verde del Profeta; ostentándose en otras la gran cruz griega, y en la fortaleza defendida por Alí-Omar y sus árabes una bandera blanca, en la que lucía una hermosa rosa de Jericó.

Sólo Ibrahim, á quien las naciones europeas habían impedido antes llegar á Constantinopla, conocía el motivo de esa guerra que en vano intentaban evitar, por medio de la diplomacia, aquellas potencias. Si antes su ardor guerrero y su ambición habían tascado el freno que las potencias le impusieran, ahora su corazón desgarrado, sus celos encendidos y su amor burlado lo llevaban á una guerra devastadora y terrible, y no oía nada que pudiera oponerse á sus designios.

Demasiado presentes llevaba en la memoria la rosa arrebatada, el insulto del árabe y el robo de la mujer que tanto amaba, para que dejase de comprender la alusión de la nueva bandera que flameaba en Beyrouth; así, al verla se llenó de cólera y despecho, y dió orden para que la artillería dirigiese allí principalmente sus fuegos.

Seis meses había durado el sitio; los periódicos de Europa en aquella época no trataban de otra cosa, y el mundo entero estaba admirado de la tenacidad de Ibrahim y de la constancia y fidelidad de Abdalá, que resistía por tan largo tiempo á fuerzas inmensamente superiores.

El eminente poeta Lamartine, que pasó por allí poco después, encontró todavía humeantes las poblaciones incendiadas en esa guerra, vivos los estragos en toda la Siria, é insepultos los huesos de los camellos de los sitiadores, muertos en el sitio de Beyrouth, y confundidos con los de los hombres apestados que habían sido arrojados por los sitiados, por encima de la muralla, al ejército invasor.

La vida de los dos amantes, en medio de los horrores de la guerra y de los peligros del combate, era, sin embargo, un himno de amor y de felicidad entonado por sus almas apasionadas, é interrumpido sólo en los momentos en que Alí-Omar tenía que ir á defender la brecha ó á dar un asalto al ejército enemigo; pasados los cuales, volvía aquél á descansar al lado de Kerima, siempre con la frente radiante y coronado de gloria.

Las últimas confidencias de dos corazones que laten acordes y que se confunden en un supremo amor; la revelación de su pasado misterioso y triste, alumbrado á la sazón por el sol de la felicidad, y la explicación de mil enigmas que habían formado la historia de sus amores antes de que se hablasen, llenaban las horas del sitio, tan largas para todos, tan deliciosas para ellos.

El universo de los amantes no pasa nunca del círculo de flores que los rodea embriagándolos, y los ruidos extraños que hasta ellos llegan, no son más que cantos de la naturaleza en celebración de sus amores; y cuando más, miran al sol, que luminoso y radiante brilla para ellos, complaciéndose en su felicidad. Así, no debe extrañarse que Kerima y Alí-Omar fuesen felices en medio de las desgracias de un sitio de que ellos eran únicamente la causa.

Cuando de esto hablaban en sus ratos de regocijo, cuando tenían esperanza de triunfo, Alí-Omar le decía á Kerima, riéndose:

—¿Por qué fuiste á arrojar esa rosa en un momento tan inoportuno?

—Ingrato! le contestaba Kerima: si hubiera sido para Ibrahim, ¿habría llegado en tiempo oportuno?

—Pero ya ves lo que cuesta esa rosa.

—Eso prueba que Ibrahim la estima más que tú, pues él es quien hace la guerra; sin embargo, tú no has accedido á lo que te he pedido; has creído que era un gran sacrificio.

—¡Ah, Kerima! Si yo fuera Ibrahim; si yo fuera el Gran Señor, me convertiría á tu fe y haría que el Imperio entero adorara la cruz, porque esto sería un digno sacrificio ofrecido á tu amor; pero yo, pobre árabe, sin más que mis creencias y mi amor á la libertad, renegar de mi fe, ah! esto sería á tus ojos una debilidad, y prefiero la desgracia á parecerte indigno!

La diferencia de religión era un abismo cavado entre los dos amantes, que al principio no habían visto; que Kerima había creído después fácil de salvar por Alí-Omar, y del que procuraban apartar la mirada en los momentos de sublime embriaguez y de ardiente amor.

El tipo de la virgen cristiana, enamorada, tierna é inocente, no dando á sus castos amores sino lo que permite la virtud, pero entregando su corazón y su alma, sin reserva, al hombre que ama, es una hermosa concepción del poeta y una realidad en la vida de Oriente, donde el amor no viste la forma de la galantería, como entre nosotros, donde no hay sociedad que juzgue á la mujer, ni sanción que la defienda. Allí, en donde una clausura absoluta impide el trato honesto del hombre y la mujer bajo la salva-

guardia de los padres y de una madre que vigila siempre; allí, la mujer que rompe esa clausura no tiene yá más amparo que su virtud contra las pretensiones de su amante y contra los extravíos de su propio corazón; pero jamás á las cristianas de Oriente se las ve sucumbir, porque la severidad de su carácter las sostiene, y el encanto de la virtud las envuelve en un velo mágico y sagrado.

Alí-Omar, al entrar por la puerta de oro que su amada le abría para mostrarle el santuario de su amor y de su ternura, no había podido dar un paso que profanara el misterio de sus encantos virginales, ni que hollara una flor de las que el pudor hacía brotar en su seno; y los días se pasaban para los dos amantes rápidamente, encontrando siempre nuevos goces en hablar de su cariño, y endulzando los momentos de la separación la encantadora esperanza de verse pronto.

Muchas veces el escuadrón de caballería árabe que mandaba Alí-Omar hacía una salida sobre los sitiadores, llevando el estandarte de la rosa; y Kerima desde su alminar, ansiosa, anhelante, sin respirar casi, presenciaba ese combate en donde luchaba su amante y se iba á decidir de su suerte. Con la mirada fija y la mano sobre el corazón, veía adelantarse el escuadrón como una inmensa serpiente cuyas escamas de acero brillaban á los rayos del sol; avanzar ondeándose en las desigualdades del terreno; enroscarse al verse atacada; desenvolverse con violencia, y luégo, rotos los mil anillos de su inmensa cola, adquirir cada anillo nueva vida y bregar en agitados movimientos, hasta que al sonido del clarín volvía unida la serpiente y seguía su ondeante marcha á la ciudad.

Cuando el escuadrón volvía y Kerima veía brillar de nuevo á la cabeza el triunfante pabellón de la rosa, sentía una alegría inmensa, un orgullo supremo; porque no hay gloria igual á la que inunda el alma de una mujer cuando sabe que es valiente el hombre á quien ama, y lo ve desafiar los peligros y volver victorioso.

Pero los mil anillos de la inmensa serpiente se iban disminuyendo de día en día: los árabes morían en los combates, de tristeza al verse encerrados entre los muros de la ciudad, privados de la libertad y sin ver su desierto, ó eran arrebatados en masa por la peste.

La peste de Oriente, soplo envenenado que marchita, y mata todo lo que alcanza, deidad asoladora y espantosa que lleva la muerte á donde quiera que sienta su planta, azote terrible con el que Dios castiga en un mismo día á toda una generación; la peste se había desarrollado en la ciudad y hacía diarios y espantosos estragos en la tropa.

El aire estaba infestado en la población, y los enfermos de peste mu-

chas veces eran arrojados, todavía vivos, por encima de las murallas; pero esto no había impedido el contagio que se comunicaba de la tropa á la población, y llegaba á todas partes.

Un día en que Alí-Omar, como el genio de la guerra, montado sobre la muralla, dirigía una batería que sembraba la muerte y aclaraba las filas del ejército invasor, sintió que una mano le tocaba en la espalda; volvió á mirar y vió la pálida cara de la cristiana Lulú, la amiga de Kerima, que sin temor á las granadas que caían allí, y desafiando la muerte, había ido á buscarlo.

La fisonomía de aquella mujer revelaba el espanto, el dolor y la agonía, y Alí-Omar, al verla, comprendió que una desgracia amenazaba á Kerima. Confió á otro la dirección de la batería, y siguió apresuradamente los pasos de la cristiana.

Cuando llegó á la habitación de Kerima, la encontró tendida en el diván, y sobre sus facciones celestiales impreso el sello de la muerte.

¡Estaba con la peste!

Alí-Omar se postró á sus piés, en la actitud más triste, más dolorida, sin exhalar una queja ni lanzar un suspiro. Ese dolor no tenía ecos humanos, y el corazón herido no palpitaba ni podía llorar.

—No has sido mi esposo, Alí-Omar, le dijo, cuando lo hubo contemplado largo rato; pero Dios es bueno y va á perdonarme el que te permita que me des un beso en la sien antes que deje de palpitar. Este beso será el sello que lleve á la eternidad para que me reclames como tu esposa; porque Dios allí bendecirá nuestra unión. No has querido ser cristiano. ¡Qué lástima! Así nuestra separación sería menos cruel para ti, porque los cristianos embellecemos la muerte con la esperanza de la gloria.

Después, con una mezcla indefinida de chanza y de gravedad, le dijo: —Da la rosa á Ibrahim, nunca ha sido para él; pero es preciso no ser ingratos con los que nos aman. Y así se acabará esta guerra que pesa sobre mi corazón como un remordimiento.

—Guarda, añadió con una entonación celeste, la cruz de coral que te envié, si no como emblema de una religión que no amas, sí como signo de libertad, y por haber combatido bajo su égida los mártires de Tesalia, que eran tus hermanos.

—Te recomiendo á mi amiga Lulú, quien con mi muerte lo pierde todo en el mundo.

—Bésame, le dijo, presentándole la frente, que los momentos que me restan aún debo consagrarlos á Dios. Luégo, volviéndose á su amiga:

—Lulú, empieza el oficio de los agonizantes.

La cristiana principió un rezo solemne y triste, que era contestado por Kerima con acento firme y voz clara, y esperaba la muerte con un valor que contrastaba con la delicadeza y debilidad de sus facciones.

Alí-Omar se había retirado respetuoso á un lado de la estancia, y mudo y silencioso contemplaba absorto el cuadro desgarrador de su Kerima moribunda.

¡ Tánta belleza, tánta juventud, se marchitaban á su vista como una flor ajada por el simoun ; y de la que tanto había amado no iban á quedar dentro de pocos instantes sino pálidos despojos ! Y él era impotente para arrancarla de los brazos de la muerte, y una separación eterna iba á ser el término de unos amores que había creído sin fin, y en cuya copa sólo había libado algunos instantes !

Estos terribles momentos de la agonía de Kerima no lo hicieron llorar ; pero sobre sus facciones estampaba la desgracia las huellas que el tiempo deja sobre el común de los mortales; y al ver desaparecer amor, ilusiones, ventura y esperanzas, parecía que la vida adelantaba el paso y que le mostraba también su término.

Este dolor mudo fué interrumpido por la llegada de un anciano que pocos años antes había sufrido un cruel martirio por los turcos en el monte Tabor. Era un sacerdote, y en sus brazos lanzó Kerima el último aliento; pero mirando á Alí-Omar y señalándole el cielo.

Un ay lastimero resonó en el recinto, terrible como el ruido de un león á quien hieren en el corazón, triste como el gemido de una madre que ve morir á su hijo.

Lulú y el sacerdote dirigían misteriosas plegarias, arrodillados al pié del cadáver, y Alí-Omar vino un poco después á arrodillarse también.

Luégo se levantó, tomó con fuerza el brazo del sacerdote, á quien condujo á un extremo de la pieza, y allí, en voz baja, como para no interrumpir la majestad lúgubre del momento, le hizo varias preguntas, á las que el sacerdote contestaba siempre:—Sí !

Por último, el anciano le dijo:

Est unica spes.

Alí-Omar volvió al lado del cadáver de Kerima, que, más que muerta, parecía dormida entre las flores de la juventud y soñando con los ángeles ; pero sus facciones hermosas, delicadas y puras, tenían la sombra grave y melancólica que deja el alma al emprender su vuelo y que da á los muertos un carácter sagrado. Estuvo mirándola por unos instantes, tomó su blanca mano, y lloró como llora un niño, derramando tiernas y abundantes lágrimas.

VI

Esa noche Beyrouth capitula ! Las puertas de la ciudad se abren al vencedor, y para conducir á Ibrahim es comisionado el escuadrón de árabes, el cual, reducido ya á unos pocos, llevaba el estandarte de la rosa á media asta y atado con un crespón negro.

Ibrahim no entró como un vencedor, ni permitió que sus tropas invadieran la ciudad; y lo que pareció más extraño aún, fué que en vez de haberse dirigido á la suntuosa habitación del Bajá, ó á la ciudadela fortificada, se dirigió al arruinado convento que los padres de San Francisco, de la comunión católica, tienen en uno de los barrios más apartados y miserables de la ciudad.

Allí lo esperaban, sin duda, porque las puertas estaban abiertas; y desmontándose de su caballo entró precipitadamente.

Sus pasos resonaban en las bóvedas del claustro solitario, é instintivamente se dirigió al lugar que en el extremo opuesto se veía iluminado.

Era la capilla del convento, grande y espaciosa, pero triste y arruinada por el tiempo.

En medio de blandones que ardían lentamente, y cuyas llamas se hacían sentir al soplo del viento, como si fuesen los tétricos murmullos de la muerte, y arrojaban una luz incierta y vacilante, más triste que la oscuridad, y colocado sobre un paño negro, estaba el féretro en que dormía Kerima coronada de rosas y vestida con un gran velo blanco.

Al lado del ataud lloraba Lulú, la compañera de Kerima, y cuatro hermanos de San Francisco celebraban el oficio fúnebre.

Ibrahim entró, se aproximó al féretro, y se puso á mirar de hito en hito el cadáver con una tenacidad espantosa.

¡ Ay ! Era el de la misma Kerima que en el kiosko del Muftí había visto pocos meses antes tan hermosa y llena de gracia, vigor y juventud ! La que había encendido en su corazón ese amor volcánico y terrible que lo había llevado á la guerra y la desesperación ; pero ya esos ojos no brillaban, las rosas de sus mejillas se habían marchitado, y de sus labios había volado para siempre la sonrisa.

—¡ Ah ! exclamó, tanta guerra para venir á contemplar un cadáver, y sin que nada me quede como recuerdo de ella !

Entonces de la fila de sacerdotes salió un fraile cuyos gemidos se oían de cuando en cuando, y con voz temblorosa y acento cortado por la emoción, le dijo:

—Toma esta rosa que ella te ha destinado; yo he recibido su cruz.

El que así hablaba era Alí-Omar.

¿QUÉ FUERA YO?

(DEL FRANCÉS)

Quisiera ser, señora, en el camino
Que se interpone entre nosotros dos,
El eco á que obedece tu destino,
Para que oyeras mi canción, por Dios.

Quisiera ser la risa de tu boca,
Para poder tus labios hermosear;
O la mirada que al amor provoca,
Para poder tus ojos adorar.

Quisiera ser el genio que en tu frente
Se ve, Asariel, magnífico lucir,
Para inspirarte con mi amor ardiente
Y mi pasión hacértela sentir.

De tu sublime y armonioso canto
Quisiera ser divina inspiración,
Para escuchar con silencioso encanto
Por mí latir tu noble corazón.

Quisiera ser, si oculto y misterioso
Llega hasta ti, señora, mi dolor,
Cuando viertan tus ojos llanto hermoso,
Quisiera ser tu lágrima de amor.

Rayo de luz, perfume, flor, frescura,
Cuanto ames tú, quisiera ser también;
Felicidad, amor, gloria, ventura,
Quisiera ser para adornar tu sien.

VII

DON QUERUBÍN.

Encontré á este buen amigo en la semana pasada lleno de terror y espanto, porque dizque en la Asamblea iban á mandar ampliar el catastro de las fincas raíces de Bogotá, de las cuales el venerable anciano posée varias que no están inscritas; y en medio de la cólera decía:

—Esta es la *expoliación*, el *robo*, la *iniquidad*.

—¿Y cómo llama usted la ley de juicio ejecutivo? le contesté. ¿No estuvo por algún tiempo sancionada la de prisión por deudas? ¿No existe la de usura?

—No sea usted necio, me gritó: si no es eso, es que van á establecer *una pena contra los laboriosos y trabajadores, y un estímulo para los holgazanes y vagabundos.*

—Si esto yá es viejo, repliquéle. ¿Por qué se afana, Don Querubín? No trabaja el infeliz empleado todo el mes, y el holgazán usurero se hace rico comprándole su sueldo por la mitad de su valor? ¿No toma el agricultor dinero á premio, trabaja, siembra, cosecha, recoge, y el usurero de la ciudad se queda con cosecha, hacienda y agricultor? ¿No son los que están trabajando en el campo los destinados para soldados, mientras que los vagabundos agiotistas viven tranquilos? ¿Qué más puede hacer la Asamblea? ¿No reparten los bancos un 40 por 100 de dividendo?

—Es usted un imbécil, me contestó furioso, usted todo lo entiende al revés. Sepa usted que de lo que se trata es de arruinarme, y yo no me dejo.

Una multitud de empleados que venían á venderle sus sueldos; el garitero de un billar que venía á rendirle las cuentas de la noche anterior; la cocinera de la casa que llegó también á pedirle para carbón; y el alguacil que venía á anunciarle que se le esperaba en el juzgado para el remate de un Niño Dios que tenía embargado, interrumpieron nuestro diálogo, que más parecía discusión en una Cámara, por lo acre y descomedido.

Han de saber ustedes que Don Querubín es comerciante, no de mercancías sino de dinero, y que por esta razón su tienda, aunque de triste apariencia, y siempre con la puerta medio cerrada, está más concurrida que el lujoso almacén de cristales que se halla cerca ; pues al uno no van más que las elegantes á arruinar á sus maridos, y al otro van, desde el Secretario de Hacienda hasta el mísero portero, á venderle la ruina de la República y de sus familias por un pan.

Las grandes combinaciones de Don Querubín se reducen á negociar con el Gobierno $ 100,000, negocio en que se gana $ 20,000 ; y no sólo gana esto, sino el derecho de decirle al Secretario cuántas son cinco, el cual, como necesita á Don Querubín, tiene que aguantarlo ; y si algo le replica el otro, que no es mudo, le dice : Aquí no hay más ley ni más partido que el de los ricos.

Los romanos hacían una fácil división del Mundo antiguo, en Imperio romano y pueblos bárbaros. Don Querubín ha hecho una igualmente sencilla de los hombres, en ricos y descamisados ; y como el Imperio se creía con derecho á conquistar á los bárbaros para que le pagasen tributo, así Don Querubín cree de justicia que todos los hombres trabajen para él ; mas como no tiene la gloriosa espada de César, se vale del infame puñal de la usura, que tiene sobre ella la ventaja de que no vierte la sangre, sino que la chupa.

En los viejos estantes de su tienda no tiene más que documentos, recibos, escrituras y obligaciones; y el día aquel que queda dicho, mientras que él disputaba con la cocinera sobre si era la víspera ó la antevíspera cuando le había dado un cuartillo para carbón, yo, que soy más curioso que los cajistas lo són en componer mis artículos, me puse á registrar estos papeles, y encontré entre ellos un documento que por modelo quiero dar á mis lectores :

" Digo yo, Lámparo Limpio,
Vecino de esta ciudad,
Natural de la Desgracia,
Empleado y mayor de edad :
Que á Don Querubín el rico
Debo, otorgo y pagaré
Cien pesos que me ha prestado
Por favor y buena fe.
(Y aunque el infeliz tan sólo
Recibiera la mitad,
Siempre llevará esta cláusula :
" Por ser de formalidad.")

Los que me obligo á pagarle
Sin falta, confiando en Dios,
El día 1.° de Octubre
Del año de ochenta y dos :
Ganando hasta aquella fecha
De premios el capital,
El módico, equitativo,
De diez por ciento mensual ;
Pero agregando los premios
Al concluir cada mes
Al capital, y ganando
Desde entonces interés.
Y para el pago consigno,
Voluntario y sin coacción,
Desde esta fecha mis sueldos
Como Jefe de sección ;
Item, como prendas dejo
Un rosario de coral,
Cuatro collares de perlas,
Una jarra de cristal,
Seis taburetes de cerda,
Dos pailas y un almirez,
Un cuadro de Santa Rita,
Un biombo y un ajedrez ;
Todo lo cual avaluado
A nuestra satisfacción,
No alcanza más que á cien pesos,
Valor de la obligación ;
Mas si al plazo convenido
Hubiere morosidad,
Podrá el acreedor tomarlos
Tan sólo por la mitad.
Renuncio todos mis bienes
Habidos y por haber,
Y las leyes que me puedan
En algo favorecer.
Y para que conste firmo
—Lámparo Limpio, deudor—
—Aceptado legalmente,
Don Querubín, acreedor."

Pero proponer á Don Querubín alguna empresa útil á él y á la sociedad, es darle margen para que eche una filípica más larga y más pesada que un discurso político.

—Este país es excepcional, dice, y nadie se puede asociar; aquí no hay garantías; la propiedad está anulada; y otras cosas de este jaez que el público sabe bien son el artículo permanente de los ricos. Pero si se trata de elevar un templo al vicio, de establecer una escuela de inmoralidad, de corromper al joven, de arruinar al artesano útil, de hacer una gallera ó una casa de juego, por ejemplo, entonces Don Querubín se muestra activo, trabajador y laborioso; y, para oprobio de la ciudad, la funda en una de las principales calles para que llame la atención.

Don Querubín nunca va al teatro, ni á conciertos, ni á nada que le cueste un cuarto, y no le gustan sino la devoción y el juego; la primera, porque es gratis, y el segundo, porque con él puede ganar algo á los demás; y de tal manera amalgama una y otra diversión, que estando en la gallera, al oír las campanas de la Capilla, interrumpe toda apuesta, y con las manos ensangrentadas todavía y el sombrero lleno de plumas, se traslada allí á rezar; y le ha sucedido muchas veces que al ir á sacar la camándula, equivocando el bolsillo, se tropiece con los dados y los haga correr hasta la mitad de la iglesia, con gran risa de las beatas y cruces del sacristán.

Siempre que entrega dinero suprime dos reales, cuenta delante del que lo ha de recibir y dice: completo; y aunque el otro lo recuente siete veces y note la falta, le prueba que no hay equivocación; mas si es él quien lo recibe, deja pasar los dos reales al descuido y con cuidado, y luégo afirma que faltan, y que no cuenta dos veces, con lo cual el infeliz tiene que dárselos dobles; y ambas cosas las apunta Don Querubín al instante en su libro, en *pérdidas y ganancias.*

Don Querubín es muy conocido por su cara de cuaresma, sus barbas descoloridas de miedo de que la cara les cobre usura, y sus ojos, que han ido á habitar al cogote, por ser puesto más barato, para poder alquilar las cuencas como almacenes; por su sombrero de copa alta y su levita, que algunos toman por grasa cuando reparan el cuello, y otros por piel de rana, al verla tan sin pelo; y, en fin, por el aire amable y comedido con que pregunta siempre á sus amigos, después de saludarlos: ¿qué tales están los suyos? (los tabacos), como para indicar que él también los tiene, pero que no están buenos.

La casa de Don Querubín es magnífica: á él le costó tanto como les cuesta á ciertos funcionarios engalanarse con lo que otros han hecho, para disfrazar su nulidad; es decir, un poco de descaro, de astucia y de

mala fe, pues se la compró á una viuda por $ 10,000, con cinco años de plazo y la cláusula de poder descontar la obligación al dos por ciento mensual; operación que hizo al otro día del en que la compró, y con la cual la viuda no sólo perdió su casa, sino que tuvo que huir para no pagarle los daños y perjuicios que había causado á Don Querubín. Pero éste es tan enemigo del comunismo, que ni el frente de la casa lo tiene enlosado, temeroso de que el público disfrute de algo de su propiedad, y tan amigo de antigüedades, que conserva aún sin pintar su balcón, monstruo del siglo XVII. Por dentro está suntuosamente adornada, pero con objetos tan heterogéneos como lo son los liberales y los conservadores: las silletas pueden casarse sin dispensa; las mesas no son ni prójimas; los espejos parecen pecados; todos los muebles suspiran por sus antiguos dueños, de cuyo dominio los sacó la usura; y los trastos en general están cubiertos con el polvo de los años, porque nunca en aquella casa hay ni una comida, ni una tertulia, ni una visita de amigos.

Don Querubín tiene introducida en su casa la más rigurosa dieta higiénica para conservar la salud; y además, como su mujer es devota y su hija es bonita, á la primera la hace ayunar en las cuaresmas, advientos y fiestas suprimidas y vigentes; y á la segunda le encarga mucho la abstinencia para conservar el esbelto talle y la mirada lánguida. Su servidumbre se compone de una negra vieja, á quien tiene como hipoteca, y ésta desempeña todos los oficios y para todo tiene tiempo (pues la comida ordinaria se reduce á una taza de caldo, más claro que el presupuesto, en el que náda uno que otro huérfano y desamparado garbanzo, como náda en el inmenso piélago de esta ciudad uno que otro rico caritativo y bueno). Sucedió un día que estando haciendo la comida la vieja, se le desató el rosario entre la olla, y cuando sirvió el caldo, las cuentas de corteza de coco empezaron á aparecer en la superficie; la niña, que las vió, dijo:

—Papá, garbanzos negros; son de Etiopia sin duda.

—No, hija mía, replicó la mística madre, es que están de luto por las calamidades presentes.

—Tontería, replicó el padre, son los esquisitos *petit pois* de los franceses; y esto diciendo, se echó una entre pecho y espalda, que se le atravesó en el gaznate, y se hubiera ahogado si la buena de su mujer no se la hubiese hecho arrojar á puñetazos por las espaldas; puñetazos que tengo para mí fueron más bién un desquite que un remedio.

Lo único que don Querubín ama sobre la tierra, después de su riqueza, es su hija, y esto porque es bonita y espera hacer con ella un buen negocio, casándola con un rico solterón; pero ella no quiere esto, así es

que siempre están de pelea, porque á él le gustan los hombres positivos y á ella los inteligentes; á él los comerciantes, á ella los poetas: á él los viejos, y á ella los jóvenes ardientes y fervorosos.

Murió en esta ciudad, hace tres años, un anciano bien conocido por su proverbial miseria, y murió teniendo á su lado á su sobrino Julio. El público y don Querubín creyeron que él había sido el heredero de su caudal, por cuya razón este último lo juzgó á propósito para marido de su hija, y á ésta le gustó también, pues era joven y calavera.

Resolvió, pues, don Querubín ganárselo, y para eso, con gran sorpresa de su familia, mandó preparar una comida; sacó la vajilla de porcelana que yacía abandonada y escondida como el genio en Bogotá. Anunció que tenía un convidado para el día siguiente, y escribió á Julio el siguiente billete:

«Don Querubín el rico acompaña en su desgracia *á su amigo Julio*, y espera que, si su dolor se lo permite, le haga el favor de venir mañana á comer con la familia, á las cinco de la tarde.»

Julio, que no tenía más pesar que el de que otro hubiese heredado en vida á su tío, aceptó gustoso, y estuvo puntual á la hora citada. Jamás ministro peruano con buena renta fué recibido mejor en Bogotá; jamás nuevo Presidente fué más lisonjeado que Julio. Sentáronlo junto á la niña; ésta le servía. Don Querubín le invitaba á tomar, y la mamá le contaba que lo había conocido chiquito y que era muy lindo. Y así, entre suaves coqueteos, cariños impertinentes y delicioso champaña se pasó la comida. Concluída ésta, mientras que la señorita tocaba en el piano «La Lucía,» y la señora, á una señal de su marido, había salido á guardar los restos de la comida, el tonto de Julio, queriendo aprovechar la ocasión y creyendo en el cariño de don Querubín, como nosotros creíamos en la ciencia de algunas notabilidades, le suplicó que le buscase una colocación, porque con la muerte de su tío había quedado pobre y abandonado.

—¿Cómo pobre? le contestó Don Querubín. ¿Usted se burla? ¿Y la riqueza de su tío?

—Otro la cogió, dijo Julio, no ha dejado más que una casa en Maracaibo, y como somos siete sobrinos.........

—¡Mi comida! le gritó don Querubín, agarrándole por el pescuezo! ¡Mi comida ó te mato! infame, impostor, comunista, descamisado.

A los gritos corrió la niña á defenderlo, entró la madre espantada, la criada quebró un plato; y se armó tal chapadanza, que Julio tuvo que huir con el vestido desgarrado y sin sombrero.

Como tengo dicho, la familia de Don Querubín se compone de tres

personas; pues el sarampión le arrebató dos hijos más que tenía. Cuando esto sucedió, estaba él en Popayán, y al saberse allí tan infausta noticia, su casa se llenó de gente. Una noche en que llegó el correo, Don Querubín se puso á leer sus cartas, y los circunstantes se quedaron con la ansiedad natural en casos semejantes, y esta ansiedad se aumentó al ver que el buen señor temblaba y dejaba caer la carta de sus manos.

—¿Qué hay? ¡Por Dios! le preguntó uno de sus amigos.

—Nuevas desgracias! dijo en tono de terrible desesperación. El mayordomo de la hacienda me anuncia que han muerto también tres burras de la peste.

A Don Querubín no le falta instrucción, pues ha leído á Donoso Cortés, y leé todos los informes de los Secretarios, con lo cual piensa perfeccionarse. La moral la tiene reducida á tres ó cuatro refranes que mete siempre en la conversación, tales como «Tanto vales cuanto tienes»; «Riqueza te mande el cielo, que saber de nada sirve;» «Cada uno para sí y Dios para todos,» y los siguientes versillos, que siempre está cantando, y que son el apotegma de su profesión:

« Le aseguro, tío Polilla,
Que la onza por mí atrapada,
Sea bien ó sea mal ganada,
Siempre la encuentro amarilla.»

En política Don Querubín es siempre ministerial, es condiscípulo de todos los Presidentes ó su acreedor infalible. ¿Cómo es posible no estar con ellos bien, aunque de vez en cuando los censure? y además él dice que lo importante es estar á cubierto de empréstitos forzosos, pues todos los Gobiernos, por fas ó por nefas, vienen á parar en pedirle plata para el ejército: y en cuanto á principios, dice que nunca ha cambiado, pues antes le prestó dinero al Gobierno, ahora le presta y después le prestará.

Habla mucho Don Querubín de irse á Europa á vivir (yo digo que es á traer pesos falsos), huyendo de la contribución, y dice que se va, como si allá hubiese también la usura, que es su delicia, y como si no hubiese contribuciones directas y personales, y por los muebles, y por la casa, &c. &c. El otro día que me lo dijo, le pregunté:

—¿Cómo manda usted sus fondos, Don Querubín? En dinero?

—No, me los roban.

—¿En letras?

—No, me las protestan.

—Entonces, no hay cuidado, que siempre lo tendremos á usted aquí instalado, como el tifo, la angina y la viruela.

Vivir para comer, vivir para gastar es una idea que aterra á Don Querubín y que le ha hecho concebir el horrible crimen del suicidio ; más yo confío en *que la casualidad* no le proporcionará á él *grátis* un frasco de láudano, ni á mí una severa crítica para este artículo.

VIII

EN UN ALBUM.

¿ Sabes, carísima Elena,
Que es tanto mi clasicismo
Que encuentro casi lo mismo
Un album que una novena ?

La niña que album posée
Es la santa á quien se reza,
Y cada cual su terneza
Repitiendo va sin fe.

No hay niña, bonita ó fea,
Que con sonrisa inocente
No calme la fiebre ardiente
De aquel que la chicolea.

En este libro, bien mío,
¿ Qué puedo decir de ti,
Sin que tú digas de mí:
« Yo de tus trovas me río ?»

Mas oye, Elena. Existe un sentimiento
Que el infortunio á corromper no alcanza,
Puro cual fué la luz de la esperanza
En mi primera edad.

Y entusiasmado palpitar mi seno
Siento á su impulso mágico y divino,
Y este placer que alivia mi destino,
Elena, es tu amistad.

Prenda salvada del naufragio triste
De mis antiguas bellas ilusiones,
Flor celestial nacida en las regiones
Donde vive el pesar.

Ella corona mi laud sencillo,
Calma el dolor y endulza la amargura
De la copa de hiel y desventura
Que tengo de apurar.

Oye. Tuve ambición. Yo quise un nombre
Que repitiera el pueblo agradecido,
Un nombre que legar enaltecido
Con recuerdos del bien.

Y en mis ardientes, fervorosos años,
Me hice el campeón del pueblo que gemía,
Y el pueblo imbécil cuyo bien pedía
Me cubrió de desdén.

Oye. El amor con su prestigio santo
Hizo latir mi corazón ardiente,
Y á la mujer rendíle reverente
Adoración y fe.

Yo amaba con frenético delirio,
Amaba cual los ángeles del cielo,
Y con ardiente y fervoroso anhelo,
También, Elena, amé.

....
....
....
....

Y en el encono que mi pecho abriga
Y en el despecho que me inspira el mundo,
Con un desprecio, en el amor, profundo,
Me burlo siempre de él.

Y esa risa que juega por mis labios,
Esa risa que miras, es fingida,
Porque de mi alma, de dolor transida,
Destila sólo hiel.

Como canta afligido prisionero,
Al compás desigual de las cadenas
Para olvidar de su prisión las penas,
La amable libertad;

A ti también consagraré mi canto,
Maga que hechizas mi cansada vida,
Flor inmortal, al corazón querida,
¡ Dulcísima amistad !

Es, Elena, tontería
Cuanto acabo de escribir,
Tú no lo crees, vida mía !
Y te pones á reir.

Haces bien, tienes buen gusto,
Risa da mi inspiración ;
Pues yá salimos del susto,
Manda tu álbum al fogón.

Señora, estaba de vena,
Como cualquier animal.
Perdóname, pues, Elena,
Y dame el beso final.

IX

EL SITIO DE LEIDEN.

> **Hay una fuerza y un instinto feroz, aun para las almas comunes, que las arrastra á exponer la vida con tormentoso placer, cuando el combate se renueva á cada instante; pero la tarea de los republicanos es mucho mayor, ellos tienen que guardar, vigilar y gobernar su patria y defender un altar.**
>
> **FELICIA HERNANS.**

Jamás el heroísmo se ha ostentado más grande y más terrible que en el memorable sitio sostenido por la ciudad Leiden, en los Países Bajos, contra el ejército español en 1573. El místico lazo que une al través de los siglos á los republicanos de todos los tiempos; el entusiasmo que en nuestra alma despierta todo hecho heroico en favor de la libertad, y la admiración que nos inspiran las mujeres sublimes, nos hacen trazar con débil mano, pero lleno el corazón de gratas emociones, la hermosa figura de Kénava, mujer que en la constelación de la inmortalidad brilla al lado de Judith, y extiende su mano á la Pola colombiana.

El *Duque de Alba*, monstruo engendrado por el feroz fanatismo y la sincera lealtad española, estaba al frente de Leiden. Harlem y Mechlin habían caído en sus manos y sufrido todas las atrocidades que puede cometer una brutal soldadesca abandonada á sus propios instintos y animada por jefes sanguinarios y crueles; pero los bravos habitantes de la ciudad, sin desmayar, estaban resueltos á sufrir el sitio, y sobrellevaban las duras

fatigas de su terrible empresa, no sólo con paciencia, sino con alegría. Las aspiraciones privadas y las querellas personales se habían confundido en un sentimiento universal de odio á los españoles: todas las clases estaban animadas de un mismo espíritu de resistencia, y aun las mujeres, instigadas por Kénava, cuyo nombre merece eterno recuerdo, tomaron parte en los trabajos y sufrimientos del sitio.

La esposa peleaba al lado de su esposo; la vírgen moría al lado de su amante, y en la última mirada de amor brillaba una chispa de venganza; la madre conducía sus hijos á la brecha; y — ¡ admirable poder el de la virtud y el patriotismo! — por todas partes las mujeres superaban en hazañas y atrevimiento á sus nobles y bravos compañeros.

Meses tras de meses se pasaban, y el *Duque de Alba* se hallaba siempre al frente de Leiden, como el ave de rapiña que gira en torno del nido aguardando que la paloma se duerma para asegurar su presa; pero los guardianes de aquella plaza estaban aún tan intrépidos como el primer día del sitio. La suerte de los habitantes de Harlem,— quienes, bajo la fe de las promesas españolas, habían entregado la ciudad y habían sido después asesinados de la manera más horrorosa, y con un lujo de martirio que sólo el sangriento fanatismo puede imaginar,—se presentaba viva ante sus ojos, y unánimemente exclamaban: «Muramos como patriotas sobre las murallas de nuestra ciudad.»

Un nuevo enemigo, más formidable que los españoles, había aparecido y hacía diariamente terribles estragos. Al principio, ninguno confesaba el hecho, aunque en oculto todos lo temían; pero pronto los hombres se miraban y meneaban la cabeza, las mujeres lloraban al ver á sus hijos, y poco á poco una sombra negra se dibujaba en todos los semblantes. Los alegres cantos patrióticos y los gritos de confianza y de ánimo no resonaban ya en las calles, y el franco y bondadoso espíritu que había hecho á los ciudadanos poseedores de todo en común, declinaba á cada instante.

El pobre espiaba al rico, y éste miraba á aquél con desconfianza; los habitantes de una misma casa se encontraban repentinamente separados; los hermanos se alejaban; y parientes, amigos, ciudadanos y soldados empezaban á odiarse. Por último, el secreto fué imposible; la horrible verdad que cada uno conocía brotó de todos los labios.

¡ El hambre estaba en la ciudad!

Por largo tiempo habían luchado resignadamente con este cruel enemigo; mas ahora la lucha era la de la desesperación, no la de la esperanza. Su noble espíritu moría con el hambre; las penas anteriores les

habían inspirado generosos sentimientos y heroicas acciones ; pero el hambre sólo engendraba el egoísmo.

El carácter de los hombres variaba, el patriotismo y la abnegación se extinguían, y hasta los afectos naturales desaparecían. Cada uno miraba á su hermano como á un enemigo, porque era un consumidor de la pequeña ración que le quedaba : los padres maldecían su descendencia, y las madres, al apartar de su pecho enjuto el labio cárdeno de su hijo, parecía que le deseaban la muerte.

Siete semanas habían pasado sin que se hubiese visto un pedazo de pan en la ciudad, y los animales más inmundos habían sido devorados con ansiedad por aquellos seres á quienes el hambre había embrutecido hasta inspirar horror. La ciudad aparecía poblada de esqueletos ; el sufrimiento había igualado todas las clases, y veíase al noble y al plebeyo, envilecidos por el infortunio, espiar los últimos momentos de un moribundo para arrancarle el corazón y devorarlo.

Un día, los soldados vieron con sorpresa que su joven capitán, antes vigoroso pero ahora flaco y descarnado por el hambre, al recibir su ración de veinte y cinco granos de cebada, los guardaba ocultamente, y concibieron de él sospechas ; siguiéronlo á su casa y oyeron el balido de una cabra en el interior. ¡ Horrible crimen ! Un animal vivo y alimentado en medio de la ciudad. Atacan la puerta : el capitán les ruega, les suplica, les dice que esa cabra da la leche que sirve de alimento á su anciana madre ; pero ellos nada escuchan ; el olor de la carne los ciega, y el capitán muere á golpes, defendiendo la cabra.

Otro día, una linda niña de quince años, rendida de hambre y de fatiga, se queda dormida sobre un muro, y de repente la despierta un agudo dolor. Un buitre habituado á devorar aun calientes los cadáveres que estaban por toda la ciudad, había clavado su garra en el seno blanco de la niña, y con su encorvado pico buscaba las entrañas. Una lucha terrible se trabó ; pero la niña estaba débil, extenuada, perdía sangre á cada momento, y al fin, faltándole las fuerzas, cedió, y, viva aún, fué devorada por el buitre.

La triste situación en que se encontraba la ciudad hizo que todos prefirieran una muerte rápida al filo de las cuchillas españolas, á esa agonía lenta, terrible y cruel del hambre que siempre los llevaba á la muerte. Sólo Kénava, activa, inteligente y decidida, estaba en todos los puestos, mandaba todos los trabajos, y atendía á todos los ataques con la misma energía que al principio, reanimando por donde quiera el patriotismo y el valor.

Tan pronto, reuniendo las jóvenes más hermosas, cantaba en coro

canciones nacionales que, hiriendo el alma de sus compatriotas, les hacía jurar constancia y firmeza, como ciñéndose una espada y poniéndose á la cabeza de un puñado de valientes, salía de las murallas por la noche, atacaba el campo español, y después de haber sembrado la confusión y el espanto, volvía á encerrarse, antes de que los enemigos notasen el corto número de sus soldados.

Era que el amor inspiraba á Kénava esa fe que no se extingue sino cuando el corazón ha dejado de latir : era que su esposo había dejado la ciudad un mes después del sitio, y le había dicho : «Defiende, Kénava, la ciudad, resiste siempre, y yo salvaré la patria.»

Los Jefes principales, movidos por la desesperación del pueblo, se reunieron en consejo para deliberar, y ya iban á enviar emisarios al Duque de Alba ofreciéndole la rendición de la ciudad é implorando su clemencia, cuando llegó Kénava, hermosa como una aparición, terrible como la Hécate sangrienta de los dioses, sublime como el sacrificio, y con la cabellera destrenzada, el pecho levantado y la mirada chispeante, les increpa su cobardía y su vileza, les pinta lo inútil de tan villana acción, los tormentos que á cada uno se le esperan, el odio de los españoles, las crueldades que el fanatismo religioso cometía, y la esclavitud en que caería la patria.

La vergüenza encendió las frentes de esos viejos que habían encanecido en los combates, y que se hallaban mutilados por defender su patria ; y arrastrados por la elocuencia fascinadora de Kénava, renovaron su juramento de morir todos antes que entregarse á los odiosos españoles.

Pero el pueblo se moría de hambre, y en su desesperación olvidó á los españoles, para concentrar su odio contra Kénava ; contra Kénava, que se había opuesto á que se entregase la ciudad y que se obstinaba en sostener un sitio inútil. Insultos, blasfemias, todo se lanzaba contra ella, y ella todo lo soportaba con resignación y hasta con placer. Tenía fe en su esposo, y esperaba salvar la patria.

A ella se acusaba de todos los males que soportaban : la madre que perdía un hijo la maldecía y exclamaba : —si la ciudad se hubiera entregado, mi hijo quizás no se hubiera muerto; los cadáveres los agrupaban á su paso como para llenarla de espanto en su resolución ; se le echaba en cara su hermosura y la robustez de su lindo niño ; y al fin se le acusó de traición con los enemigos, y de haber ofrecido al Duque de Alba entregar la ciudad desierta, y no faltó quien atentara contra su vida. Pero Kénava, firme y serena, dominaba las tempestades populares.

Los hambrientos soldados conspiraron por fin; mataron al guardián

de la puerta, le arrebataron las llaves, y se disponían ya á abrir, á tiempo que Kénava llega jadeante y rendida por encima de la muralla.

—Deteneos! les grita con ese acento supremo que Dios inspira á veces á los que deben conducir á los pueblos.

—Dadnos carne y te obedeceremos, gritaron los rabiosos conjurados.

—Tomadla! les dijo ella, y les arrojó desde la muralla su robusto hijo para que lo devoraran.

Un profundo silencio sucedió á esta divina barbaridad, y de repente las lágrimas brotan á los ojos de los veteranos enternecidos, quienes, alzando al niño sobre sus escudos, lo llevan á Kénava y le juran fidelidad y morir á su lado.

Tres días apenas habían pasado, cuando se oyó á lo lejos un rumor sordo, incierto, que nadie adivinaba de dónde provenía; el campo español se ponía en movimiento lleno de confusión; y de repente la llanura se convirtió en un inmenso lago, y el ejército español se hundió en él, salvándose sólo algunos fugitivos.

El marido de Kénava había roto los diques que contienen el mar, y éste lo había invadido y devorado todo. Kénava, resistiendo, había salvado así la ciudad de Leiden y preparado la libertad de los Países Bajos.

X

LA HUÉRFANA.

(TOMADO DEL INGLÉS).

No tengo madre: para siempre huérfana,
Cuando era niña ¡huérfana quedé!
Mas su memoria, dulce y melancólica,
Como el perfume de una flor guardé.

¡ Ay ! yo recuerdo su cariño férvido
Cuando besaba mi doliente sien,
Y su postrera y afanosa lágrima
Húmeda siento resbalar también !

Yo no he olvidado los sabrosos cánticos
Con que de niña me solía arrullar;
Ni los divinos libros evangélicos
En que empecé con ella á deletrear.

Alzando al cielo sus miradas lánguidas
Y arrodilladas en unión las dos,
Con voz pausada, con acento místico
Me iba enseñando *el alabar á Dios*.

Yo sé que viene bajo forma angélica
Y amante y fiel mi sueño á vigilar;
Y que mis tristes, solitarias lágrimas,
Su mano leal alcanzará á secar.

La propia mano que mis pasos trémulos
Guió cuando apenas principié á vivir,
Mientras sus ojos con supremo júbilo
Chispeaban siempre que me vió reir.

Yo tengo fe, que el corazón ternísimo
De esa mujer que tanto supo amar,
Siempre es el mismo ; y que por mí solícito
También á Dios allí puede rogar.

Porque yo sé que vive en la magnífica,
Bella mansión de paz y de quietud,
A donde Dios conduce á los benéficos,
Y luz y amor concede á la virtud.

¡ Ah ! madre ! madre ! tu memoria plácida
Jamás, jamás, señora, olvidaré ;
Y tengo fe que en tu mansión beatífica,
Llena de amor al fin te encontraré.

XI

OVIDIO.

Es Bogotá patria del aburrido, imperio de los hastiados y convento de los desesperados, nadie está contento, nadie se divierte, nadie se distrae: todos se quejan, todos reniegan y todos exclaman á úna y sin cesar: ¡ Qué vida ! ¿ Qué harémos ? Y á fe que no tienen razón, pues aquí no faltan diversiones: yá una acalorada discusión en el Congreso, yá una riña en la calle del comercio, dada gratis por nuestra benéfica policía, para que el pueblo se divierta, con lo cual se pasa una tarde deliciosa: y por la noche no hay más que dedicarse á andar por esas calles de Dios, que siempre están en tinieblas, para hallar entretenidas aventuras.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que aquí todo el mundo está aburrido, excepto dos personas, Ovidio y yo: él, porque los amores, las conquistas, las citas y los chascos no le dejan tiempo; y yo, porque me divierto atormentando al prójimo con mis artículos.

La vida sin amores es para Ovidio lo que para liberales y conservadores la causa de los principios sin empleos: un árido desierto, *valle de tumbas que pasando vemos;* y así como aquéllos sacrifican independencia, dignidad y virtud en el altar de la política, así aquél sacrifica su salud, su tranquilidad y su vida en el altar de los amores. Querer y ser querido, hé ahí su ambición, su gloria; el sueño dorado de su fantasía, la imagen risueña que lo seduce y lo embriaga. Su amor es inmenso, infinito; ama con pasión, con frenesí, con delirio, á... .....todas las bonitas por turno, y á todas les ofrece *como ofrenda su corazón de fuego.*

Si el tiempo que Ovidio ha gastado en los amores lo hubiese empleado en estudiar finanzas, yá hoy comprendería el estado del Tesoro nacional; y no se crea que en esto hay exageración, pues por confuso y enmarañado que esté el Tesoro, estoy seguro de que diez años de constancia y asiduidad bastarían para sondearlo, y este es precisamente el tiempo que lleva Ovidio *en el amor, que es el objeto de sus pensamientos cuando está despierto y de sus sueños cuando duerme.*

Ovidio es empleado en la Secretaría de Hacienda, y allí divide su tiempo dulcemente entre el Gobierno, su señor, y la señora de sus pensamientos: haciéndole á aquél cuadros y modelos para las Salinas, y á aquélla cantos y versos, modelados por Zorrilla. Pero dió en robarle al Gobierno la parte de tiempo que le tenía asignada, para consagrársela á su amada, y el Jefe de sección en reprenderlo por esto, hasta que un día en que se le dió á copiar una comunicación urgente, después de haberla rotulado, le dió la viaraza de los versos, y en el mismo papel siguió escribiendo:

«Como blanca visión consoladora
Te mostraste á mis ojos cariñosa,
Pura, inocente, perfumada rosa,
Conjuro á ser de mi fatal dolor.»

Como iba diciendo, la comunicación era urgente, y el Secretario, cansado de aguardar, fué á pedirla en persona, y le dijo: ¿por qué se tarda usted tanto?

Ovidio, todavía bajo la influencia poética, le contestó:

—«Por que tú encantas mi existencia, Julia,
Tú que disipas mi mortal hastío;
Por ti latió mi corazón yá frio,
Y él te ofreció su inspiración y amor.»

Oír esta extravagante contestación el Secretario, ver lo que estaba escribiendo Ovidio, y echarlo de allí con cajas destempladas, fué todo obra de un momento.

Enamorado Ovidio perdidamente de la púdica Cleotilde, y no teniendo cómo ir á la casa ni cómo verla, hizo confidente de sus amores á una criada, quien, mediante algunos reales, convino en tomarlo bajo su protección y llevarle algunas cartas, á una tarifa tan alta, que la que menos le costaba dos pesos. La maldita criada jamás entregó tales cartas á la niña, pero le traía siempre al pobre gratos recuerdos, y no solamente hacía esto, sino que le traía también una trenza de pelo y le pedía á su nombre dinero

para dulces, su retrato, un anillo, y otras bagatelas que ponían á Ovidio loco de contento, porque todo esto era una manifestación de amor. Pasáronse así los meses: la criada robaba á la niña la reputación, y á Ovidio los reales; y aunque algunas veces observaba éste que no era posible que se mostrase tan fría é indiferente en público la que en secreto era tan amorosa y franca, la astuta criada disipaba todas sus inquietudes con respuestas mañosas y estudiadas. Entre tanto casóse Cleotilde con otro, huyóse la criada, y Ovidio quedó desesperado y limpio.

Desde entonces su situación de enamorado se ha hecho muy embarazosa : unas veces no tiene con qué pagar la contribución á un baile á que está invitada su pretendida, y para verla tiene que pasar la noche colgado de la ventana de la sala del baile, *apurando el cáliz de la amargura :* otras no tiene calzado para hacerle la visita dominical, y hasta ¡oh Dios ! convidado por Camila para ir á concierto con su mamá, y habiéndoles prometido estar á las siete de la noche en su casa, las dejó esperando, porque no pudo conseguir los doce reales multiplicados por tres que necesitaba para la entrada. Camila creyó que era por burlarlas, y se enfureció; y él, lleno de angustia, sin poder satisfacerla, principió una composición cuya primera estrofa recuerdo que era ésta:

«Maldición sobre ti : nunca consuelo,
Fué del destino la tremenda voz,
Cuando á este mundo de miseria y duelo
Vine á cumplir con mi suplicio atroz.»

Las gracias seductoras de Amelia hechizaron á Ovidio ; resolvió tener amores con ella, y esto sin llevar más contingente que su frenética pasión y sus tintes de poeta; y ella, ducha en la materia, lo aceptó también, por llevar un adorador más atado á su carro de triunfos ; pero con la decidida intención de deshacerse de él en la primera ocasión. Estaba una mañana con el cabello suelto, el pecho descubierto y voluptuosamente reclinada en un sofá, á tiempo que entró Ovidio ; y éste, arrebatado de amor, le dijo : — ¡ Amelia, un beso, y después, condenación eterna ! — NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, página 13, le contestó ella, con una carcajada que le hizo helar la sangre.

Esa noche no pudo dormir Ovidio delirando con Amelia y componiéndole versos; pero nada le parecía digno de ella, nada pintaba la violencia de su pasión, hasta que yá á las dos de la mañana se sintió inspirado y comenzó á escribir:

«¡ Oh, qué mano fatal me arranca el sueño !.........
¿ Qué imagen me persigue á todas horas ?».........

Y así siguió componiendo versos tan sueltos, tan sublimes, que él mismo se admiraba de su genio, atribuyéndolo todo al misterioso influjo del amor.

Al día siguiente, satisfecho y contento, envió su composición á Amelia; mas, cuál fué su sorpresa cuando por la tarde recibió un billetito perfumado, de su amada, concebido en estos términos :

« Copiado con letra clara
He recibido «El Desvelo»
De Gabriel García Tassara,
Mas te digo sin recelo,
La ofrenda pasa de rara.

A una niña de estos días
(Lo sabes tú, mi querido),
Habiendo confiterías,
No se remiten poesías,
Porque ese es tiempo perdido.

Un frenético cariño,
Una violenta pasión,
Se prueban, mi amable niño,
Con una capa de armiño
O un traje de la Gautrón.

Hoy los gentiles amantes
No mandan versos sentidos,
Sino docenas de guantes ;
Y, para ser preferidos,
Aderezos de brillantes.

Si un ambicioso rival
Te disputa una hermosura,
¡ Ay de ti, si por tu mal
No la pruebas tu ternura
Comprándole el mejor chal !

No hay despiadada mujer
Que á su amante no se rinda,
Embriagada de placer,
Cuando su galán le brinda
Un piano y un *neceser*.

El amor de los poetas
Es de otra generación;
Más que las dulces cuartetas,
El tañir de las pesetas
Hoy nos toca el corazón.

Abandona tu laud,
Mi amoroso trovador,
Vive yá sin inquietud,
Que si dar es tu virtud,
Constante será mi amor.

Mas si eres limpio, bien mio,
Estamos muy mal los dos;
Yo lo dejo á tu albedrío,
O de riquezas un río,
O adios! trovador ¡adios!»

Espantosa fué la desesperación de Ovidio al ver que el ángel fantástico á quien adoraba era más positivo que un antioqueño, y en su dolor anadió esta otra estrofa á la poesía que antes había comenzado:

«Pasé sin goces mis primeros años,
Fué flor marchita mi primera edad.
Miro hoy en torno sólo desengaños,
Vil interés y horrible mezquindad.»

La herida de Ovidio fué fácil de curar; y á los pocos días estaba enamorado de Pachita, muchacha alegre, burlona y graciosa, y quien, después de seis meses de coqueteos estériles, convino en hablar con él un momento, á las diez de la noche, en el portón de su casa. Llega Ovidio á la hora citada, la puerta se abre y sale la negra cocinera á botar la basura. Ovidio ve una persona, no duda que es su Pachita, se acerca temblando, la abraza, la besa.

—¡Mi bien! la dice, ¡cuán feliz soy! ¡Oh momento delicioso! Déjame besar tu linda boca, no escondas tu divina cara.

La negra quería correr de miedo, y él, estrechándola, decía:

—No, hija, mi bien, nada temas, yo respetaré tu virtud y déjame reclinar mi ardiente sien sobre tu blanco seno.

—Si es negro, le gritó la Pachita tras el portón, donde estaba escondida con cuatro amigas más, y encendiendo al mismo tiempo un fósforo para quitarle toda duda al infeliz Ovidio, que, avergonzado y ridiculizado, se retiró á su casa, perseguido por la espantosa imagen de la negra, y allí añadió á la composición yá dicha :

«Si en mi entusiasmo á demandar me atrevo
Gozar en el amor dulce placer,
Negro baldón tan sólo entonces bebo,
Donde el deleite imaginé beber.»

¿Han estado ustedes en tiempo de diversiones en alguna parte donde no haya un *pepito*? Estoy seguro que no ; pues bien, esta circunstancia es la única que tiene de común Ovidio con los pepitos, la de estar en todas partes,—en las iglesias, en los entierros, en los bailes, en la ciudad, en el campo, en donde quiera que haya muchachas : parece que se multiplica, y yo aseguraría que hay muchos Ovidios enamorados en Bogotá, como aseguro que hay muchas muchachas bonitas.

Mas como iba de mi cuento, Ovidio vió en Santo Domingo una beatica picante oyendo misa, se apasionó de ella, la siguió y supo que vivía en la calle de Palacé, y que era casada; pero éste era un pequeñísimo inconveniente para él, que se creía un Antony, y así determinó sitiarla hasta vencerla. Serenatas, versos, flores, todo (excepto dinero) lo empleó para seducirla, y al fin consiguió que su constancia y su finura le valieran una cita con ella en la ventana.

Era una noche tranquila y apacible ; la luna reinaba majestuosa en el horizonte y derramaba sus rayos de plata sobre la blanca figura de una mujer, que, sentada á la ventana á esa hora, en medio del silencio imponente de la naturaleza, parecía la virgen de la meditacion. Un hombre misterioso se aproximó á ella, la extendió la mano y dijo :

—¡ Angel de luz ! Al fin puedo hablarte.

Pero, qué horror ! en vez de la blanca mano de la deidad, una nervuda y callosa estrechó la suya, y el silencio de la noche fué interrumpido por los gritos de ¡ traición ! ¡ infamia ! Si el principio de la escena fué romántico, no lo fué la conclusión, pues mientras que Ovidio (el personaje misterioso) luchaba en vano por deshacerse de esa tenaza de hierro, dos hombres salieron de la casa, y con mucha paciencia, y á vista de la maligna beatica, le dieron una terrible azotaina, repitiéndole, para mayor dolor, á cada latigazo, uno de los versos que él había compuesto en horas afortunadas. Considérese al pobre Ovidio atravesando la plazuela de

San Victorino á esa hora, adolorido y muerto de frío, y veráse si tenía razón para escribir al día siguiente (de pie, por el dolor de las asentaderas) estos versos más, en su comenzada composición :

«¿ Y mi vida pasar en desconsuelo
Fué la misión que el Cielo me trazó ?
¿ No puede mi alma remontar su vuelo,
Gozar también como el mortal gozó ?

«En la virtud hallar dulce contento,
Una corona para orlar mi sien :
O el placer que nos da el remordimiento
¿ Porqué no puedo disfrutar también ?»

Cansado yá de sufrir Ovidio, que no podía dejar de querer, se imaginó que las muchachas no lo aceptaban, por tener el pelo y la barba colorados, compró un frasco de cosmético y se embadurnó bien; pero ¡ ay ! esto fué para él peor que una nueva desgracia, pues el pelo se le puso, en vez de negro, verde, tan verde como la esperanza de un buen Gobierno para Colombia ; y como su figura es tan ridícula que todo el mundo se ríe cuando le ve, se ha encerrado en su casa y ha concluído su antigua composición con estos dolorosísimos versos :

«¡ Ay ! ¡ Ay ! que siempre viviré proscrito,
Maldecida por siempre es mi misión,
Y en mi pobre ataud verán escrito,
En vez de amantes frases, ¡ Maldición !»

XII

CARIDAD DE DIOS.

(EN EL ÁLBUM DESTINADO PARA EL SOCORRO DE LOS POBRES.

El niño cantaba, feliz, inocente,
La madre en su lecho postrada gemía :
La muerte sobre ella volaba inclemente,
Y él daba mil gritos de dulce alegría ;
El niño cinco años cumplió, y locamente
Cantaba gozoso, jugaba y reía,
Mientras que la madre doblaba la frente,
Tosiendo de noche, llorando de día.
Al fin en la huesa durmióse ; y en tanto
El niño, sin pena, sin duelo ni susto,
Principia de nuevo su célebre canto.
Que el dolor es fruto, y Dios bueno y justo,
No quiere que nazca, regado con llanto
Del niño inocente, del débil arbusto.

XIII

JACINTA.

I

Hay un país poético y hermoso, situado en el corazón de la fértil América, bajo un cielo azul, brillante, deslumbrador, y bañado por un sol de fuego como el de Oriente. Este país es la región magnífica del Alto Magdalena; del Magdalena, que cruza el territorio de Colombia, y que, como una serpiente de plata, se desliza entre bosques de ceibas seculares que elevan sus copas hasta perderse en el éter transparente ; mientras que al Occidente el horizonte se extiende y la vista contempla una hermosa llanura, que hace olas como el desierto de Sahara; y más lejos los Andes gigantescos de la cordillera central, azules, aéreos y fantásticos ; las cimas de los nevados, que devuelven la luz y los colores, y dominando sobre todas el Tolima, la más suntuosa obra de Dios; á la cual dejó la grandeza de su pensamiento, la majestad de su trono y el brillo eterno de su mirada portentosa.

En esa región de luz, de fuego, de serpientes, de palmas y de flores, donde el alma adora y no canta, porque el labio enmudece y la poesía que á torrentes se derrama no encuentra un eco que se atreva á interrumpir el majestuoso silencio de las soledades; entre sus habitantes, que han perdido la libertad y la independencia del salvaje, y sólo han recibido de la civilización la ponzoña de los vicios y la dote común del infortunio, pasó la historia que voy á referir; historia sencilla como la flor de zarza, llorosa como la madre sobre la cuna vacía; porque triste está mi alma, y en el dolor hay descanso cuando las lágrimas que inundan nuestros ojos revelan

nuestros infortunios, y porque la desgracia tiene un lecho común y un supremo amor para todos los que sufren ; la historia de una mujer en las ardientes playas del Magdalena; sin que me detenga la pobreza del pensamiento, ni la soledad del teatro donde los hechos pasan, porque el sentimiento es como la luz de Bengala, que todo lo suaviza con su colorido melancólico.

La vida del pobre es un poema escrito con lágrimas sobre el inmenso desierto de la tierra. La pobreza en el hombre es el tormento de cada instante, el castigo para el que jamás ha delinquido, el remordimiento para el inocente; y nada hay igual á esa lucha eterna, constante y sin descanso del pobre contra su destino ! Pero Dios ha dado al hombre inteligencia y fuerzas para combatir, y lucha y vence. Mas ¡ ay ! la pobreza en la mujer, sensible, hermosa, delicada y sencilla, la hace morir en la agonía ó la conduce de la inocencia al vicio.

Jacinta, llamada *la mosquita*, cuya historia cuento, había nacido en las altas regiones de este país, en un clima frio, cerca de la linda ciudad de Bogotá, y era hija de un soldado veterano arrojado por la ola revolucionaria al desierto Magdalena, donde vivía desterrado y proscrito por la política. El amor de Jacinta embellecía las horas del anciano, como la hermosa enredadera cubre de flores los viejos muros de un templo abandonado. Ella trabajaba para él, y aliviaba sus dolores. Muerto su padre, le cerró los ojos, puso una cruz sobre su tumba y guardó como una reliquia la medalla que, como única herencia, la dejó al morir.

Jacinta era bonita: su blanco cuello y sus mejillas frescas la distinguían de todas sus compañeras, quienes, por efecto del temperamento, eran de color bronceado. Tenía pié pequeño, talle flexible y mirada tierna; y el pudor, ese fuego místico que embellece las formas de la mujer como la luz de una lámpara la copa de alabastro; el pudor bañaba todo su sér y la hacía preferible á las muchachas calentanas, que se exhiben siempre con toda la salvaje rusticidad de la naturaleza.

Sus compañeras la querían en extremo ó la aborrecían de muerte, porque todas las que se le acercaban recibían de ella una pequeña atención, una costura para sus hijos, un remedio para sus enfermedades ó algún consuelo para sus desgracias; pero otras, hurañas y esquivas como jabalíes, no le perdonaban su bondad, el que no las acompañase á esas *tunas* en que, ébrias y disolutas, prodigan su salud y su vida; y sobre todo, el mágico influjo que su belleza ejercía sobre los hombres.

Débil y delicada, no podía soportar las rudas fatigas de la tierra caliente : el sol la abrasaba ; la ardiente arena hacía brotar sangre de sus

pequeños pies, y su talle se doblaba bajo el peso de una carga, como una parra al peso de sus propios racimos. Por eso su vida era más difícil, y su miseria mayor que la de las otras; pero resignada y buena, trabajaba incansablemente para hacer frente á sus gastos, y á fin de procurarse algunos ahorros para volver á su pueblo.

La patria es el mágico embeleso del proscrito: la palabra de felicidad que encierra todos los goces, todas las alegrías; es la juventud, la familia, la amistad, la riqueza, que se presentan de repente á sus ojos para deslumbrarlo; es la tierra de promisión, de verdes campos y murmurantes arroyos, y á cuyo recuerdo vierte lágrimas el que, impávido, vió morir hombres y pueblos.

Para la mujer, proscrita siempre por el infortunio, la patria no es la nación cuyas leyes ignora; es el pueblo en donde, jugando con alegres compañeras, pasó su niñez inocente, y que vive en su alma, con el recuerdo de la fuente en que llenaba su cántaro á la caída del día; del cerezo colocado junto á la humeante cocina, y á la sombra del cual dividió con sus hermanos las frutas robadas en la huerta vecina; del hogar en donde su madre le daba ardientes besos, y donde su padre, al volver del trabajo, sentándola sobre sus rodillas, le enseñaba una oración; y del sencillo templo en que, escuchando las armonías del órgano, recibió su primera comunión. La mujer ama su patria como el árabe el desierto; y lejos de ella, y durante el sueño, la mira entre neblinas; mas al despertar y ver la realidad, lanza un suspiro de dolor y desencanto.

Esto echaba un velo de tristeza sobre la frente de *la mosquita*, que sufría inmensamente, no sólo por los rigores del clima, sino también por la diferencia de hábitos, costumbres, inclinaciones y placeres.

Sólo una vez al día se veía á Jacinta alegre, festiva y risueña: á la hora del baño. Soltando entonces al viento su hermosa cabellera negra, y envuelta en un traje que, corto, apenas cubría sus delicadas formas, como el capullo de verdes hojas que nunca cubre el botón naciente de la rosa, se arrojaba al Magdalena con bullicioso estruendo. Iba como un cisne nadando hasta la mitad del río; allí, atemorizada, se volvía presurosa y llegaba á la orilla, palpitante y rendida; pero como si gozase en desafiar el peligro y vencerlo siempre, volvía otra vez, y mil más, hasta que las fuerzas la abandonaban y el cansancio se apoderaba de sus miembros.

Allí la había visto muchas veces Julián, y aquella belleza había encendido en su alma una pasión vehemente y ardorosa.

Julián era *vaquero*; triste oficio que no puede formar un héroe de novela, pero que da al hombre el carácter libre y altivo del que está habi-

tuado á jugar con los peligros. El vaquero lleva una vida agreste y vagabunda, sin más amigo que su caballo ni más ley que su rejo y su garrocha; contento con su suerte, lidiando con los toros de día, y entonando por la noche alegres trovas, acompañado de la bandola y al compás del eterno galerón.

Notábase en Julián, antes mozo decidor y alegre, el primero en las *tunas* y el más audaz con las cosecheras, desde hacía algún tiempo, que no alegraba los bailes con sus cantos, ni daba una paliza á sus amigos, ni cortejaba á las muchachas de la hacienda; y todos decían : ¡ Pobre Julián ! Si lo habrá lastimado algún novillo !

¡ Ay ! era que Julián amaba, y el amor en todas las condiciones de la vida es un fuego que quema el corazón y enferma el alma. Julián amaba, y sin esperanzas, porque Jacinta no lo quería; pero él la amaba con adoración, con ese delicado sentimiento del alma que nada exige de la mujer querida, que vive para tributarle lágrimas y amarguras como leves ofrendas, y que se detiene tímido á sus pies, como un niño á las puertas de un templo que teme profanar con sus retozos.

II

Tendido en una hamaca, agobiado por el calor, y en ese estado de languidez y postración en que se encuentra el cuerpo al mediodía en estas regiones tropicales y en que se apodera del ánimo un sopor semejante al sueño, pero que no trae sus dulzuras ni su descanso, estaba Don Patricio, el dueño de la hacienda, cuando Jacinta llamó á su puerta un día para ofrecerle una camisa que acababa de coser. Tan hermosa le pareció, que la tomó por una fantasía de su cerebro adormecido aún, y haciendo esfuerzos para despertarse, la hizo entrar y la trató con una finura á que tan poco acostumbrada estaba la pobre muchacha, que quedó agradecida en su humilde corazón.

Era Don Patricio un rico propietario, de instintos salvajes y feroces, como los de todos los que viven en la soledad; que dividía su tiempo entre las rudas faenas del trabajo y la embriaguez y los placeres ; sin que jamás la ambición hubiera hecho palpitar su pecho, ni la virtud embalsamado su alma. Contento con su fortuna y acostumbrado á dominarlo todo con el dinero, vivía sin deseos, con un corazón estéril y, como la mayor parte de los egoístas, sin una esposa y una familia que encantara el porvenir.

Jacinta deslumbró á Don Patricio con su hermosura é hizo rugir en el pecho de éste la ambición del tigre ; y con su inocencia encendió en su alma un fuego volcánico.

La inocencia! —flor púdica del paraíso que trae hasta nosotros el aliento de los ángeles; rayo del cielo que derrama poesía sobre la tierra, y que hace renacer á la vida el corazón marchito, cuando éste siente que aquélla se anida en el pecho de una mujer hermosa.

La inocencia de Jacinta era una terrible tentación para los deseos de Don Patricio, y desde aquel día las mujeres que antes había querido le parecieron feas, el licor no le embriagaba yá, y con frecuencia abandonaba los trabajos por ir á verla y pintarle su pasión. Todo cuanto se puede emplear para pervertir un corazón de diez y ocho años—halagos, protestas, juramentos, oro y esperanzas — todo fué empleado por él sin descanso.

Jacinta no le amaba; al verlo, una gota fría caía sobre su corazón, sus mejillas palidecían, su cuerpo temblaba, y sus ojos, avergonzados, se cerraban.

Jacinta estaba sola, aislada, sin nadie que velara por ella: sin una madre que le mostrara el precipicio; sin un hermano que le diera sus consejos, ni una amiga á quien comunicar sus temores. En la soledad el ánimo se abate, el espíritu flaquea, y el corazón, oprimido, acongojado, sucumbe, sin que una voz le sirva de consuelo. Jacinta tuvo la debilidad de permitir que Don Patricio hiciera públicos sus deseos, sin ausentarse del lugar.

Aquí, donde la moral jamás ha estampado su benéfica planta: donde la mujer no aspira siquiera al rango que le conceden en Oriente; donde el vicio y la prostitución pasan de madre á hija, sin lágrimas, sin penas y sin remordimientos; donde jamás un ejemplo de virtud puede deslumbrar como un relámpago los ojos de una niña en la noche del vicio para poderla salvar; donde los pobres jamás oyen el Evangelio, y donde los ricos emplean su tiempo y su dinero en corromper al pueblo; aquí, ser preferida por el dueño de una hacienda, es una distinción que llena de alegría á la mujer que llega á merecerla.

Cuando una muchacha tiene esta fortuna, las rudas faenas terminan para ella; descuella orgullosa sobre todas sus amigas, como si su frente no estuviera manchada; á sus antiguos y mal traídos vestidos, sustituye alegres y variados trajes, y va á la hacienda á ser la primera criada de su señor, y la señora del resto de los criados.

La vanidad con su velo deslumbrador y el placer con su prestigio mágico se unían para cegar á Jacinta; pero ella, santa é inocente por instinto, resistía todas las seducciones, y con llanto copioso respondía á Don Patricio cuando, tomándola en sus brazos y estrechándola contra su corazón, le preguntaba si lo quería.

—Yo no amaré jamás sino á mi esposo.

Las muchachas de la hacienda no podían comprender tamaña resistencia, y los hombres se indignaban de que una mujer viniese á despreciar al amo. Sólo Julian, meditabundo y triste, nada decía, y en altas horas de la noche iba al caney de Jacinta, y acorde con los acentos suavísimos de su bandola, y en el tono cadencioso del bambuco, cantaba versos que eran una muestra de su pasión y su cariño.

Bello es el bambuco: es la música del pobre; alegre, festiva para el que feliz la escucha, melancólica y tierna para el que la oye en la soledad. El bambuco — que recorre todas las notas del alma, expresa los sentimientos, hiere las fibras y halaga las pasiones; que imita la risa burlona y picante de la muchacha alegre que huye provocando á su amante, y el ¡ ay! de muerte prolongado y triste de la mujer perdida; que vierte en el corazón del pobre arrullos de una armonía sencilla como la inocencia, hermosa como la juventud y mágica como la mirada de la mujer que se ama,—el bambuco tiene las melodías del genio, de la esperanza, los suspiros del ángel de los recuerdos, y es la sóla joya con que se complace el orgullo de los colombianos.

Sus notas para la pobre Jacinta eran crueles como un presentimiento; y sin amar á Julián, estaba dispuesta á llamarle y gritarle: ¡ hermano, sálvame de mi propia debilidad! Pero se detenía ante las consecuencias de una rivalidad entre los dos amantes; ante el amor apasionado de Julián, que no podía premiar, y sobre todo, ante su misma timidez, que ligaba sus pies y enmudecía sus labios.

Una noche, al ruido estruendoso del tamboril, sintió latir su corazón de joven, é instada por sus compañeras, fué á un baile, en donde, al suave compás del torbellino, parecía que había olvidado sus antiguos dolores y que con nueva vida se entregaba al placer. Alegre por la música, desvanecida por los aplausos, y confiada en los que la rodeaban, tomó una copa de licor que le brindó una amiga. Su entusiasmo y su alegría crecieron, y á pocos instantes aceptó otra; su razón se turbó, bailaba como una maga, reía con estrépito, y á lo último yá no sabía dónde estaba; los objetos giraban en torno suyo, sentía que la arrastraban, que de la luz había pasado á las tinieblas; luégo no sintió nada; estaba ebria. Cuando despertó, un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

¡ Ay del seductor! ¡ Ay del que arrancó de sus sienes de virgen su corona de azahares!

III

Pálida, triste y acongojada, vagaba Jacinta por la orilla del rio, ocultándose á todos para que no viesen su infeliz estado; pero el amor,

que todo lo adivina, reveló á Julián el crimen; y acercándose á ella donde nadie lo pudiera oír, la dijo:

—Jacinta: no es por celos por lo que quiero matar á Don Patricio, es por vengar el mal que te ha hecho. ¿Quieres que lo haga?

—¡No, por Dios! contestó Jacinta. No más delitos. Es el padre de mi hijo, quizás lo amará, y su ternura le obligará á borrar la infamia que ha cometido. Si le matas, yo quedaré para siempre deshonrada, y mi hijo sin padre.

—No, yo te haré mi esposa y seré el padre de tu hijo.

—Te engañas, noble Julián, ya tú no puedes amarme, porque he sido de otro. Mi hijo te representaría siempre á tu rival, y jamás perdonaría al asesino de su padre. En nombre de ese amor que me profesas, te suplico que abandones tus siniestros proyectos.

—Sea, dijo Julián, como tú quieres; pero yo no le perdonaré jamás el que te hubiera embriagado para seducirte.

—Tu indignación es justa, pero, óyeme Julián: sólo los tigres gozan cuando matan á sus contrarios. Los hombres tienen á Dios por juez, y por verdugo á los remordimientos.

Don Patricio encontraba todavía hermosa á Jacinta, la visitaba con frecuencia, y al solicitar de ella nuevos favores, dejaba entrever lejanas esperanzas de legitimar su unión; y ella, sin indignación, sin rabia, llorando y abrazándole las rodillas, le suplicaba siempre que la salvara de la vergüenza antes de que viniese al mundo un sér tan querido para ella, y á quien nunca la sociedad le permitiría llamar hijo.

La fiebre de Ambalema, reina del Magdalena, con su espantosa faz y su inmenso séquito de cadáveres, de lágrimas y horrores, se presentó en la hacienda, y Jacinta fué herida de muerte. Don Patricio huyó despavorido, y Jacinta quedó sola en la casa, tirada en un cuero de res, y sin quien se atreviese á llegar á su puerta por miedo del contagio.

¿Has estado alguna vez, amable lector, en un lugar infestado? ¿Has visto cuánto cieno inmundo encierra el corazón humano? ¿Has visto el egoísmo, seco y severo, romper los tiernos lazos de la familia y del amor? ¿Has presenciado el horrible espectáculo de un hijo que huye aterrado del hogar, donde el padre se revuelca entre las angustias de la muerte? ¿Has visto las casas desiertas, y las calles solitarias, cruzadas apenas por hombres que llevan la muerte en los labios y el espanto en el corazón? ¿Has visto el horror con que se cuentan uno, dos ó más casos de enfermedad y de muerte? ¿Has visto, en fin, que el miedo se olvida, que el espanto huye, que la muerte se hace familiar y que

los hombres pasan indiferentes junto á un moribundo, brindan por la peste y se mofan de los cadáveres ?

Sólo así podrías tener idea de lo que pasó en la hacienda durante la visita de la fiebre, y del abandono, desamparo y miseria de Jacinta. En medio de la noche, devorada por la sed y abrasada por una horrible calentura, deliraba con que, volviendo á su pueblo fatigada y rendida, veía el arroyo donde tantas veces se había bañado; que lo tenía á sus pies, pero que apenas acercaba sus labios al agua, ésta huía y se alejaba, y, presa del delirio, gritaba ¡ agua ! ¡ agua ! Entonces una sombra blanca se deslizaba en medio de la oscuridad, y acercaba á sus labios un cántaro de agua fresca y pura. Era Julián, que velaba como la Providencia, para adivinar sus deseos y aliviar sus dolores.

La fiebre pasó, Don Patricio volvió á su hacienda, y pareciéndole Jacinta ya fea, se olvidó de ella: jamás le ocurrió el pensamiento de que tenía un hijo.

La maternidad, que revela en la mujer ese amor inmenso, sublime, único, de la madre por su hijo: esa fuente inagotable de placer y orgullo para una esposa, que en el fruto de su seno se extasía, se goza, se deleita, encontrándole siempre hermoso, siempre seductor, como el renuevo de su primer amor: la maternidad se había presentado para Jacinta triste y desconsoladora, porque su seno no brotaba leche para los labios del niño, porque no tenía una cuna para dormirlo ni una tela que arrojar sobre su tierno cuerpo. Pero lo amaba tánto, que á su lado era feliz en los momentos que podía consagrarle; y entre risas y besos, halagos y caricias pasó un año, ahogando el recuerdo del mal que había sufrido. Por la noche acostaba á su hijo sobre su seno, espiaba su respiración, velaba su despertar; y cuando el sueño era muy prolongado, inquieta, ponía su oído en el pecho del niño, y al oír los latidos suaves y tranquilos de su inocente corazón, satisfecha y contenta, elevaba al cielo una ferviente plegaria por la virtud de su hijo.

¡ Pobre Jacinta ! Una mañana, obligada por la necesidad, lo dejó durmiendo, para ir al trabajo, con la esperanza de poder volver antes de que despertase, y no sin haberle dado antes mil besos y pasado largo rato contemplando gozosa su apacible sueño. Mas ¡ ay ! apenas se había alejado, entró una enorme culebra que, atraída por el suave calor de la cama, fué á enroscarse al lado del hermoso niño, y así ambos durmieron por largo rato. El niño despertó llorando, y, extendiendo sus manecitas como para llamar á su madre, á quien siempre encontraba á su lado, tocó la serpiente, la que, desenroscándose, principió á caminar sobre el cuerpo del niño, quien, lleno de placer como con un lindo juguete, tomó la cabeza con las dos manos

y la llevó á su boca. La serpiente, enfurecida, le mordió horriblemente, y el niño, en medio del dolor, estrechándola más contra el pecho, la irritó de tal manera, que el animal se cebó en él hasta dejarlo exánime. Entonces, como para gozarse en su triunfo, envolvió en sus mil pliegues el cuerpo del niño, y levantando la cabeza agitada y flexible, se mantuvo en asecho.

Jacinta entra, lo ve, y sin vacilar, sin temor, como toda madre lo haría, toma el reptil por la garganta con tal fuerza, que lo desenvuelve del cuerpo amoratado de su hijo, y lo arroja lejos. Mas ¡ ay ! el niño estaba bañado en sangre, y yá había muerto. Jacinta aplica sus labios á las mordeduras para extraer el veneno : quiere con su aliento devolverle la vida ; le da palmaditas para que vuelva á mirarla como antes ; y cuando ve que todo es inútil, cae desmayada, teniéndolo sobre su corazón.

....

Jugando al dado estaba Don Patricio con otros amigos, poseído de esa fiebre que reina siempre al rededor de una carpeta verde, y que hace que el jugador mire con total indiferencia todo lo que no es suerte y apuestas, cuando entró Julián, y con voz conmovida le dijo :

—Señor, el hijo de Jacinta ha muerto.

—Treses ! exclamó Don Patricio con manifiesto gozo, viendo los que acababa de echar y que le valían una gran suma. Luégo, volviéndose á Julián, como quien despide á un importuno, le dijo :

—Esas no son cuentas mías.

—Esas cuentas, dijo Julián entre dientes, yo las llevo, y pronto vendré á ajustarlas.

Mientras Jacinta continuaba desmayada, las mujeres, creyendo hacer una buena acción, le quitaron el niño, lo vistieron y lo adornaron para *bailar el angelito*. Ella vuelve en sí, pregunta por su hijo idolatrado, se informa de que lo están bailando, se desespera con este horrible sarcasmo del dolor, vuela á la casa donde lo tienen, lo arrebata y se dirige con él al interior del bosque.

Julián estaba allí, y á la pálida luz de la luna en Occidente, entre los dos abrieron una pequeña fosa, y Jacinta con sus propias manos echó tierra sobre el cadáver de su hijo.

La mansión de los muertos es en todas partes un lugar misterioso, santificado por la religión, consagrado por la ley, respetado por los vivos y adornado con soberbios monumentos ó con fúnebres flores ; y allí es conducido el que muere, cuando no con suntuoso aparato, con solo las preces conmovedoras de algún sacerdote. El cementerio aquí es un inmenso bosque á la orilla del río, donde algunas rústicas cruces marcan los sepulcros re-

cientes; y el cortejo fúnebre lo componen dos enterradores y el perro de la choza, que con tristes aullidos se despide de su amo.

La existencia del hombre es como un vaso donde la hiel cae gota á gota; cuando la medida se colma, el vaso estalla, ó la razón sucumbe. Jacinta no pudo soportar tanta desgracia, y perdió el juicio. Pálida, desgreñada, la mirada fija y soltando á veces carcajadas hirientes y terribles como una caricia de los Borgias, pasaba los días y las noches en el cementerio, velando la tumba de su hijo; allí, con voz lúgubre, como un eco perdido de la eternidad, entonaba las alegres canciones de su pueblo, y como un espantoso contraste con su destino, repetía sin cesar estos versos, que sin duda había oído cantar á algún estudiante de su pueblo en tiempo de vacaciones, ó á algún militar al volver de la campaña:

«Grato es volver al adorado suelo,
En donde el sol de la niñez brilló:
Y ver de nuevo el transparente cielo,
Que alegre y bello nuestra infancia vió;

Para el proscrito que cruzó sediento,
Y el pie desnudo el cálido arenal,
Y perdido entre el polvo, sin aliento,
Vióse arrastrar del rudo vendabal;

Para el que halló doquier seca la fuente
Y un sol de fuego siempre abrasador,
Y vió del sauce la graciosa frente
Abatirse á su influjo destructor;

Para el que vió su perro, el compañero
Que quiso fiel al mísero seguir,
Exhalar un aullido lastimero,
Y su cola batiéndole morir;

Para el que triste, de marchar rendido
A la puerta llamó de extraño hogar,
Y sin piedad ni amor fué despedido
Y su marcha sin fin volvió á empezar;

Para el que hambriento, en lágrimas bañado,
Amargo pan se puso á mendigar,
Y su plegaria, al rico despiadado,
Vió con risas é insultos contestar......

Oh! cuán bello, cuán dulce es al proscrito,
De sus padres volver al santo hogar,
Y en el carrillo pálido y marchito
De la madre, mil besos estampar.

Y como envuelve madreselva amante
Al viejo sauce con su hermosa flor,
Verse así envuelto el viejo caminante
De la familia en el celeste amor.

Ver otra vez llorando aquel asilo
En que guarda sus prendas el dolor;
Y en donde duerme plácido y tranquilo
Nuestro padre, dejar fragante flor.

Ver el llano, la selva, la colina
Como amigos que guardan el hogar,
Y la libre graciosa golondrina
En mil vueltas alegre juguetear.

Escuchar el murmurio de la fuente,
Al correr apacible entre el juncal,
Y apagar otra vez la sed ardiente,
En sus ondas de nítido cristal.»

Su locura era cruel. Creía que la tumba era un templo que Dios le había encargado que cuidase, y en el cual su hijo vendría á santificar su unión; pero que unas mujeres intentaban ir á profanarlo con impúdicos bailes, y á hacerle perder así su esperanza y su alegría.

Jamás dormía; pasaba los días recogiendo flores para adornar la fosa, y las noches alarmada, inquieta, vigilante, espiando detrás de los árboles á las mujeres que debían llegar, y dando espantosos alaridos cuando sentía algún ruido semejante al rumor de los pasos humanos sobre las hojas secas de la montaña.

Al principio todos se compadecían de la loca; después se acostumbraron á sus cantos, y los muchachos se divertían oyendo su extravío y tirándole piedras para enfurecerla.

Sólo Don Patricio no podía escuchar el eco lejano de su canto sin temblar y palidecer. ¿Era por miedo de Julián, ó por temor de su conciencia ante los efectos espantosos del crimen?

Don Patricio había sentido llegar la hora terrible del desencanto,

en que el hombre sin amor tiene que buscar algo bueno por consuelo, ó el suicidio por remedio. Sentía apoderarse de su alma la negra melancolía que sigue á la saciedad en el deleite, se inclinaba al peso del recuerdo, y, hastiado del placer, se encontraba solo y sin afectos.

¡ Cuán hermosa le parecía entonces la época lejana en que marchitó los encantos de Jacinta ! ¡ Cuán triste ahora su posición y su aislamiento ! ¿ Por qué haber desgarrado el manto seductor de la inocencia de aquella joven, en vez de unir á ella su vida, y dejarse así arrastrar por el vuelo fantástico del angel ? A la manera que aves carnívoras y voraces hienden el aire, atraídas por el deseo, y con alas mustias se paran sobre el corazón palpitante de un moribundo, y con placer feroz clavan su garra y arrancan pedazos ensangrentados, así los cantos de Jacinta atravesaban el aire y llegaban terribles á desgarrar el corazón cansado de Don Patricio, y á hacerle sentir que el remordimiento del seductor es siempre más cruel que grata la dicha que disfrutó el amante.

Estaba avergonzado, temeroso, afligido, por la ventura perdida; pero el arrepentimiento, que es la conquista de la virtud sobre el vicio, no reinaba aún sobre su pecho de acero.

Una noche, Dios devolvió la razón á Jacinta, y como la lámpara que al extinguirse ilumina de repente con un vivo, último resplandor y muere, así Jacinta sintió la vida volver á su pecho, reconoció la tumba de su hijo, derramó tiernas lágrimas, vió á Julián, y extendiéndole la mano, le habló, como si la esencia divina de su alma, pronta á escaparse yá, bajara por sus labios.

—Julián, le dijo, la venganza es el tributo que al crimen pagan los corazones sanguinarios, y el tuyo, que es noble y generoso, no debe buscarla. La desgracia de una mujer es irreparable; y del seductor, la justicia sólo exige la expiación que purifica y no la sangre que eterniza la afrenta. ¡ Adios ! Perdono á Don Patricio, perdónalo tú también; y siempre que hagas algo bueno, acuérdate de mí.

Se arrodilló, oró á Dios, y con la última plegaria, su alma se desprendió, y su cadáver quedó reclinado sobre la tumba de su hijo.

Julián fué á la casa de Don Patricio, lo condujo frente al cadáver iluminado por la luz vacilante de las estrellas, y con un aire severo y terrible le dijo :

—¿ La conoces ?

—¡ Jacinta !

—Sí, Jacinta muerta, y ¿ por quién ?

—¡ Perdón !

—Te tengo perdonado, porque ella me lo exigió, pero este cuchillo que debía atravesarte el corazón, me garantiza de que de hoy en adelante serás bueno como has sido perverso, y que irás descontando tus malas acciones con acciones buenas; y ¡ay! de ti si pretendes escaparte! Ahora, prepárate para casarte.

—¿Con quién? preguntó aterrado don Patricio.

—Con la muerta. Toma esta mano, estréchala, y dime: ¡Juras que Jacinta es tu esposa, y que en su nombre aceptas todas las mujeres desgraciadas que puedas socorrer?

—Sí juro.

—Apresúrate á cavar la tierra, y saca el cadáver de tu hijo.

—¡Piedad!

—¿La tuviste tú con él? Adelante!

Despues de este espantoso desposorio, lo obligó á cavar la tierra hasta que encontraron el esqueleto del niño, y presentándole la hueca y descarnada calavera:

—¡Bésalo! le dijo, que era tu hijo; y contéstame: ¿Juras en su nombre adoptar á todos los niños desamparados que te pidan socorro?

—Sí juro, contestó Don Patricio como un autómata, y lleno de espanto y de terror.

Después, colocando el esqueleto sobre el seno frio de la madre, abrió una fosa común y depositó con los cadáveres sus sueños de ventura, sus esperanzas para el porvenir, y su felicidad sobre la tierra.

IV

Julián veía volar su juventud; sus ilusiones habían desaparecido al soplo de la desgracia, como la neblina se desvanece al soplo del huracán, y el mundo para él ya no tenía encantos; pero le quedaba su corazón y su amor, su amor vivo y ardiente por Jacinta en la tumba, como cuando era hermosa; y su alma encontraba un místico placer en soñar que ese amor estaba destinado á retoñar vivaz en otra parte, y se consagró á la memoria de Jacinta. Creía volverla á encontrar al través de los muros del sepulcro, y quería llevarle el arrepentimiento del malvado como una ofrenda, como un incienso digno de quemarse en sus aras y en la mansión de Dios.

Desde entonces se hizo el compañero inseparable de Don Patricio, la sombra muda, impasible, pero severa y tenaz que le seguía á todas partes. Unas veces, como el demonio de los remordimientos, emponzoñando sus placeres, arrebatándolo en medio de la orgía para llevarlo al sepulcro de Jacin-

ta; y otras, como el ángel de las misericordias, presentándole un niño enfermo, y pidiéndole una limosna en nombre de su hijo.

¡ Admirable poder el de una alma decidida ! Don Patricio, al principio, resistió, se esforzó, luchó por desprenderse del dominio terrible de Julián ; pero todo en vano : al fin tuvo que someterse resignado á su querer ; y aquél se complacía en ver que hasta en sueños el nombre de Jacinta se escapaba de los labios del seductor.

Don Patricio se embriagaba para aliviar su agonía; era ya víctima del *delirium tremens*, y en él veía el esqueleto de su hijo por todas partes, extendiéndole sus descarnados brazos y gritándole ¡ padre ! ¡ padre ! y que presentándole la deforme calavera, le pedía un beso. Horrorizado con la visión, la mirada espantada, el pelo erizado y los miembros contraídos por el terror, huía ; pero le parecía que la visión le seguía á todas partes, hasta que caía sin sentido y arrojando espuma por la boca.

Cuando la embriaguez pasaba, se sentía extenuado y se ponía á llorar; y sus lágrimas caían benéficas sobre su corazón. Julián, que lo contemplaba, volvía su mirada al cielo, como para encontrar la de Jacinta, porque adivinaba que el arrepentimiento vendría pronto, pues el malvado nunca llora.

Después, menos tétrico, menos sombrío, acompañaba Don Patricio á Julian en su tarea de socorrer á los desgraciados ; y el nombre de Jacinta, que éste bendecía siempre al dar la limosna, fué perdiendo su espantoso eco, y haciéndose dulce y armonioso á su oído.

La miseria que una civilización adelantada pero viciosa como la de la vieja Europa, arroja sobre algunos infelices, presenta escenas desgarradoras que afligen el corazón y conmueven el alma ; pero la miseria que pesa sobre toda una clase, en una civilización principiante, en un país pobre y salvaje y en un clima deletéreo, es tan horrible, que la imaginación se resiste á pintarla, como la mirada se resiste á contemplar á un hombre carcomido por la lepra. Así, en presencia de la realidad es como puede juzgarse de la suerte de los trabajadores en el Magdalena.

Por eso aquí la caridad, esa maga cristiana que con su dedo cura todas las llagas que la miseria, el vicio y la injusticia humana labran: la caridad tiene un vasto y espacioso campo en donde ejercer su benéfico imperio ; y Julián, con la riqueza de Don Patricio, con sus solícitos cuidados, con su amor á los infelices y su constante pensamiento de hacer útil la existencia de aquel que sólo había causado males á sus semejantes, tenía una labor constante, y parecía que un nuevo sol, menos quemante y destructor, había nacido para los trabajadores.

Julián había triunfado sin hacer derramar una gota de sangre. El seductor estaba arrepentido, lloraba la ventura perdida por su causa, y principiaba á sentir el supremo deleite que la virtud difunde en el alma; cuando la muerte, que aquí viene siempre pronto, hirió á Don Patricio, no dejándole más tiempo que el necesario para legar, en nombre de Jacinta, todos sus bienes para el socorro de los desgraciados.

La misión benéfica de Julián estaba concluída; pero le quedaba un triste deber que llenar : el de conducir los restos de Jacinta al pueblo donde ésta había brotado á la vida. Este deber se lo imponían su amor á Jacinta y la creencia que tenía de que la soledad y el destierro aumentan los horrores de la tumba; de que la tierra de las montañas frías sería más ligera para el cadáver de Jacinta que las ardientes arenas del Magdalena, y de que ella hubiera deseado reposar al lado de su madre y al pie de un sauce que la cubriese con su sombra. Así, pues, arrostrando la horrible prueba de ver la muerte con todos sus horrores, convertida en polvo á la mujer que había amado, y reducida á descarnados huesos la belleza cuyos encantos le habían seducido, cavó la huesa, y colocando sobre sus espaldas los restos humanos de Jacinta, emprendió la triste peregrinación de conducirlos al cementerio donde estaba sepultada la madre de ésta. Como á Chactas, le tocó atravesar los desiertos bosques de América, cargado con el peso de su Atala, para cumplir un deber de religiosa piedad y de supremo amor.

Después de depositar los restos de su amada en el humilde cementerio de la aldea, volvió al Magdalena á luchar con los toros y á pensar en Jacinta.

XIV

A PICHILÍ.

Ven aquí á mi lado, preciosa criatura,
Simpática y dulce, gentil Pichilí,
De negros cabellos, de leve cintura,
De mirada casta y labios de rubí.

Ven tu linda mano sobre mi ancha frente,
Ligera y amorosa, contenta á posar,
Y que tu sonrisa, preciosa, inocente,
Tus dientes de nácar me venga á mostrar.

Déjame que escuche palpitar sereno
Con dulce, apacible y armónico són,
Bajo del turgente y mórbido seno,
Tu noble, sencillo y leal corazón.

No ves á lo lejos la hermosa ribera
Y un cielo brillante, cubierto de tul ?
Allí, linda niña, mi barca te espera,
Cubierta de flores, sobre un mar azul.

Pasemos el lago mecidos del viento,
Tu pecho en mi pecho, mi labio en tu sien,
Cambiemos los besos á cada momento,
Que así los placeres se cambian también.

Cantemos, si quieres; yo adoro tu canto,
Me siento inspirado, también, junto á ti,
Mas hay otros goces mejores, y un tanto
Prefiero tus versos, gentil Pichilí.

XV

DON ZACARÍAS.

—¿Cuál es su gracia de usted, señor articulista? me preguntaba el otro día un sujeto: dígamela usted, porque no es corriente *que lance sus envenenados tiros contra todos, cubierto con el cobarde velo del anónimo.*

—Mi nombre, dirá usted, le contesté, porque gracia, maldita la que tengo, y esto me huele á indirecta; mi nombre no lo sabrá usted, y abrigo para ello mis razones, como el Gobierno las tiene para errar siempre. Es la primera, que si mis artículos salen tan malos como es de esperarse, tendré que buscarles padre que cargue con ellos; la segunda, que poner un nombre es inútil aquí, donde todo se sabe; pues ya ve usted que los pesos y reales falsos no llevan el nombre de su autor, y sin embargo usted y la policía y todos saben por quién y dónde son fabricados; y la tercera y última, que todos los nombres traen alguna responsabilidad, por lejana que sea, con la cual no quiero cargar. Imagínese usted que yo me llamara Alcalde, por ejemplo; pues aquel que se rompiera la crisma de noche contra una ventana, aquel que se descompusiera un pie en nuestro malísimo empedrado, ó aquel á quien se le perdiera una alhaja, exclamaría furioso: ¡Maldito Alcalde!

—Sospecho, me dijo, que usted tiene otra razón más poderosa, y es la de ser empleado, por temor de que, dando su nombre á luz, el Gobierno lo remueva en el acto.

—Se equivoca usted, le contesté; ésta sería razón para poner mi nombre al pie de los artículos, siempre que principiase hablando del dulce carácter de uno de los secretarios, de la admirable elocuencia de otro, y así con los demás fuera repartiendo laudatorias: refiriendo la inimitable maestría de C, la fecunda gracia de D, la valiente pluma de E, y conclu-

yera siempre por echar contra los oposicionistas enemigos del reposo público.

—Eso no deja de ser exacto, replicóme ; pero dígame, ¿ usted cree que sólo los empleados sostienen hoy á los Gobiernos en Sur-América ?

—En cuanto á esto, nada sé; mas ya que la cuestión ha venido á versar sobre empleados, voy á contar á usted y al público la vida de Don Zacarías.

Había en esta ciudad, en el año de 18....... un joven que para nada servía, que nada sabía y que nada quería aprender; y daba por razón que el mucho estudio mata el ingenio, como el mucho soplar apaga el fuego ; y que el mundo es el gran libro de las ciencias, que todos deben consultar sin ir á los colegios; motivo por el cual él pasaba su vida azotando calles, pagando visitas, formando corrillos y concurriendo á las fondas para conocer el único mundo que estaba á su alcance ; pero, necesitando recursos para sostenerse, y siendo completamente inútil para el trabajo, no encontró otra puerta abierta que la de los empleos, ancho y suntuoso templo sostenido por la Patria para sus servidores, y que á veces llega á ser hospital de inválidos para el mantenimiento de algunos inhábiles, perezosos é ignorantes.

Instalado yá Don Zacarías en un modesto destino, que le sirvió de base, se propuso sacar de la diplomacia mayor utilidad de la que el gobierno reporta de todos sus cónsules y ministros ; y desplegó tal ingenio, tino y tacto para conocer á los hombres, y medios tales de tocar el corazón de ellos, que no hubo quien se le resistiese, situación de que no sacase provecho, ni acontecimiento que no le fuese favorable.

Talleyrand decía que un diplomático es un personaje que las cortes se envían mutuamente, con la loable intención de espiarse y explotarse en la mejor ocasión ; y de Don Zacarías podemos decir que es un diplomático acreditado cerca de todos los Secretarios y de los que pueden serlo, de sus mujeres, de sus rivales, de los que tienen ó pueden tener alguna influencia en la política ; que á todos los halaga, adula y explota para conservar su puesto ; y que cuando está sentado delante de la mesa de su oficina, pudiera decir con toda propiedad, como alguno : « Estoy sentado sobre una roca, con el libro de la humanidad en la mano.»

Para Don Zacarías no hay favorecidos ni proscritos, con tal que sean hombres políticos y valgan algo, pues no olvida los siguientes versos, de que no se acuerdan los sabios:

«¡ Oh ! vanidad común, mudanza cierta,
¿ Quién habrá que en sus males no te espere ?
¿ Quién habrá que en sus bienes no te tema ?»

Así es que á unos les dice: «Ustedes están regenerando el país, consolidando el orden y afirmando las garantías; jamás los negocios públicos fueron manejados con tan diestra mano;» y á otros: «Amigos, aquí no se premia el mérito, las inteligencias están anuladas, yo no puedo conformarme con que ustedes, patriotas, honrados é ilustrados, estén fuera del Gobierno, mientras que los ignorantes están figurando.» Por supuesto que, cuando los primeros están mandando, no les disgusta la aprobación, y cuando á los otros les llega su turno, no pueden olvidarse de tan antiguos y desinteresados elogios.

Tengo para mi capote que don Zacarías es monarquista-legitimista, y que no acepta la República ni los Napoleones; y esto, no por amor á los Borbones, sino porque si tal gobierno se estableciera entre nosotros, él no tendría que verle la cara más que al rey y al ministro; mientras que hoy tiene que andar de personaje en personaje. Sin embargo, él manifiesta tener opiniones muy decididas y que á todos gustan mucho. «Yo amo la libertad,» dice, «pero una libertad racional, y no el anárquico y desenfrenado libertinaje: quiero la democracia, pero condeno la perversión, el levantamiento de las masas y los crímenes que se cometen en su nombre: deseo las reformas. Vamos adelante, enhorabuena; pero no tan aprisa que caigamos en un abismo.» ¿Quién, sea conservador ó liberal, no estaría con él? ¿Quién no querría lo mismo que él quiere? La dificultad está en la explicación que se dé á esas frases, y eso lo deja Don Zacarías al cuidado del que le escucha.

Don Zacarías es de carácter chistoso, alegre y festivo; pero cuando se acerca la hora de las elecciones ó hay un cambio de ministerio, su frente se anubla, la sonrisa muere en sus labios, y se pone sombrío y meditabundo, hasta que, pasada la tempestad, se encuentra firme en su destino.

Cuando N. N. estaba de Presidente, Don Zacarías era su amigo de confianza, el confidente de sus empresas y proyectos, y su poeta favorito: para él compuso un discurso que principiaba así:

«Vuestro nombre, N. N., lo inmortalizará la historia,» y le decía en un convite: «Señor, hasta el cielo ha venido á rendiros el tributo de su granizo, para que tuviérais en vuestra mesa helados mejores que los de Chuquisaca.»

La época de las elecciones era la de las agonías y afanes para Don Zacarías, quien no sabía qué camino tomar. ¿Haríase liberal? ¿haríase conservador? ¿Quiénes ganarían? Todo era para él oscuridad, dudas y confusión. Pero ilumine Dios á los políticos como iluminó á Don Zacarías, y verán cómo todos vivimos en paz.

Llegó el día de la elección: la ciudad entera estaba en movimien-

to, la suerte de la República iba á decidirse, y el temor y la esperanza estaban pintados en todos los semblantes. Don Zacarías sólo pensaba en *comer de todos modos del pavo presidencial.* El señor *** fué elegido Presidente. Don Zacarías apenas dijo que estaba contento, porque era su amigo: lo mismo habría dicho si cualquiera otro hubiese triunfado.

El 1.º de Abril, día de la posesión del nuevo Presidente, el Palacio estaba colmado de gente, y Don Zacarías se hallaba allí, esperando la ocasión de felicitar á aquel magistrado, lo que verificó en zalamero discurso, capaz de redimirlo de todas las remociones venideras, y que hubo de colocarlo en las filas de los fervorosos ministeriales; pero él, que no es tonto, no se olvidó del Presidente que salía, y volviéndose hacia éste, le dijo: «*Yo saludo también al sol en Occidente.*»

Desde entonces se instaló en la camarilla de Palacio; comenzó á calificar á los amigos de puros ó sospechosos, y conservó su destino no como una gracia, sino como una recompensa por los servicios prestados á la causa de los principios del gobernante, y por su adhesión ardiente á la nueva administración.

Así ha pasado Don Zacarías muchos años, subiendo como espuma, y sin otra inquietud que la de ganarse la voluntad de cuantos, en su concepto, podían ser Presidentes, y halagando á los que habían de serlo. Al que triunfa le dedica siempre aquel discurso que empieza: « Vuestro nombre, X X, lo inmortalizará la historia.»

Y no solamente hace esto, sino que, para quitar toda duda, los imprime con tintas de colores, con lo cual está tan seguro en su destino, como yo lo estoy de las críticas y censuras que me han de caer.

La vida privada de Don Zacarías ha sido un modelo de virtudes: estuvo solterón hasta los treinta años, tocando guitarra, yendo á todos los bailes y dando serenata á los Diputados que sostenían las pensiones y el aumento de los sueldos; pero á aquella edad empezó yá á sentir el hastío, y se casó, haciendo, eso sí, padrino de su matrimonio al Presidente.

Su cara mitad le ayuda desde entonces muchísimo: va á visitar á la mujer del nuevo Presidente y á la del nuevo Secretario; les manda flores lindísimas; les compra los encajes en la Calle Real; las acompaña á casa de la modista; y, en fin, se hace su íntima, su indispensable amiga; porque Don Zacarías sabe muy bien aquello de que «la mujer quiere lo que quiere el General.»

Pero no todas son glorias en este mundo: no todo es tortas y pan pintado: no hay quien no tenga sus penas, que *valle de lágrimas* llaman á la tierra. Y Don Zacarías no deja de verter algunas al ver que si su mujer

le ayuda á *brujulear el empleito*, le ayuda aun más á gastar el sueldecito, y que cuando le pagan en la Tesorería yá no le alcanza para cubrir la cuenta de la modista ni lo que debe en el almacén del peluquero. Y ¡ay! infeliz de él si le echa en cara su lujo, porque ella le contesta: ¿Qué quieres que haga? Me exiges que visite, que trate á todo el mundo, y yo no puedo presentarme vestida de lana. En adelante no me empeñaré con nadie, y si te quitan el destino, tú sabrás cómo mantienes la familia.

Contestación poco grata para Don Zacarías; y como él no puede decir como el gobierno:

«Quien manda, manda,
Cartuchera en el cañón,»

tiene que callarse y resignarse con su suerte, viendo delante de sí un déficit enorme, que lo obliga á ser más asíduo en la tarea de conservar el destino.

Tal es la existencia de esa planta que llaman empleado, en los tiempos caliginosos que atravesamos: planta azotada siempre por contrarios vientos, y que, como las nacidas en los páramos, tiene que estar siempre doblada para uno ú otro lado.

XVI

LAS DOS FILOSOFIAS.

—¿Quién eres tú que cantas?
—¿Quién eres tú que lloras?
—Tú malgastas tus horas.
—Tú de flaco me espantas

—Yo soy un capuchino
Que lloro mis pecados.
—Y yo otro, que en el vino
Ahogo esos cuidados. *

—Es corta ya mi vida
Para exhalar lamentos.
—Y á mí en muchos momentos
Me falta la bebida.

—¿ No piensas en tu fin,
Que vives de esta suerte ?
—Yo quiero que la muerte
Me coja en un festín.

—Piensa en el otro mundo,
Que todo allí es eterno !
—La sed aquí es mi infierno,
Y al beber me confundo.

—¡ Piensa, hermano, en morir !
—¿ De sed ? Lo creo, hermano.
—Dios os tiende su mano
—¿ Con vino ? A recibir !

—Para hacer vida nueva
Es preciso el ayuno.
—Muchos días, no uno,
Carezco de «Verbena.»

—Es corto tu camino
Y no haces penitencia.
—Yo la hago con frecuencia,
Cuando me falta vino.

—Cumple, pues, tu deber,
El mio es ¡ ay ! llorar.
—Pero el mio es gozar,
Y vivo del placer.

* Nombre que tomaron los jóvenes de Bogotá que formaron la sociedad de intemperancia.

XVII

CRÍTICA

SOBRE LOS VICIOS DE LA CAPITAL.

La ciudad capital, residencia de los altos poderes y centro á donde concurren de los Estados todos los ricos que quieren descansar, y todos los que sin fortuna ni profesión quieren vivir; donde se ostentan suntuosos palacios y donde el lujo supera á la grandeza; la villa de las tiendas inmundas, sin luz y sin ventilación, donde el pueblo vive sin salud; la mansión de los agiotistas opulentos y de los empleados cesantes; la morada de los ricos propietarios y de los mendigos harapientos; el lugar de las cortesanas elegantes y de las monjas exclaustradas; el teatro donde se aglomeran comerciantes fallidos, cantores sin ópera, sacristanes sin misas y sin procesiones, militares licenciados, viudas monumentales y jugadores de mala fe; Bogotá, en fin, es un infierno, y la condición moral de su población llena de profundo dolor al amigo de la humanidad.

Varias causas favorecen su desarrollo, al mismo tiempo que matan todo germen de prosperidad en la población, y forman una gran ciudad en medio de los desiertos y un pueblo miserable en un país rico, fértil y privilegiado. Su admirable situación sobre los Andes, con un clima dulce y una sabana abundosa, favorece el desarrollo de la población; pero esta misma situación, tan lejos de la costa y sin caminos, impide todo progreso agrícola é industrial, y que llegue hasta ella el ruido de la civilización. El Gobierno gasta una parte de su riqueza en ejércitos, sueldos y pensiones, con lo cual da á Bogotá una vida artificial; pero este mismo Gobierno monopoliza los veneros de sal que están en sus alrededores, retrae de la industria á muchos hombres útiles para hacerlos empleados, recluta á los trabajadores y somete la ciudad á los torbellinos de la política, que en

cada uno de sus cambios mata una industria, entierra una esperanza y destruye una manera de vivir establecida. El lujo fomenta una multitud de pequeñas industrias de que viven los pobres; pero arruina á muchas familias, destruye los ahorros, aniquila á los empleados y no deja nada para el porvenir. Su civilización, sus colegios, sus placeres, atraen mucha población, pero esta población consume y no produce, y sólo sirve para aumentar los conflictos del día siguiente. La religión, en fin, levanta suntuosos templos y sostiene un culto fastuoso ; pero esto no mejora la condición del pueblo.

Recorramos todos los grados de la escala social y veremos que en todos se encuentra hoy el malestar, la miseria encubierta ó desnuda, la inseguridad para el porvenir, el desaliento para el trabajo, que los gastos son superiores á las rentas, y que la ruina amenaza todas las fortunas.

Los ricos son los privilegiados de la tierra, y los males sociales les alcanzan, como el rumor del mar agitado al que está en puerto seguro; pero aun ellos se encuentran mal en Bogotá, porque no habiendo empresas útiles de ninguna clase, tienen que ser usureros ó agiotistas, y aunque parezcan muy halagüeñas estas dos profesiones, ellas encierran, sin embargo, en su seno mil espinas que no se descubren en la superficie. El usurero vive con la convicción de que todo cuanto acumula lo hace con los despojos de la fortuna ajena, porque en Bogotá la industria no da renta suficiente para dividir entre el que presta y el que recibe un capital á interés para trabajar. El agiotista lleva una vida agitada, tiene que sufrir el vaivén de la política, y está expuesto á que una revolución inesperada, una ley inconsulta, ó una combinación financiera, reduzcan su fortuna á la mitad. Por otra parte, los ricos ven crecer á sus hijos en un país en donde no les queda otro camino que ser ricos, sea cual fuere la educación que les den, y á sus hijas obligadas á contrariar sus afectos, y á no volver la mirada á la virtud, porque allí está la pobreza. Cargan con el odio de todos los miserables, tienen que ocultar sus goces para no despertar la envidia de los que sufren, y se ven hostigados por los mendigos decentes que les piden prestado, y por bandadas de pordioseros que los persiguen sin misericordia.

Las antiguas familias de Bogotá, las que conservaban tradiciones de virtud y buenas costumbres, y que poseían propiedades raíces, han caído. La razón es clara: las propiedades producen apenas el 5 por 100 anual y el interés del dinero, con hipoteca, es el 18 por 100. En todas las circunstancias de la vida en que han necesitado dinero, han hipotecado sus fincas por la tercera parte de su valor, los arrendamientos no han alcanzado á cubrir los intereses, y las fincas han ido saliendo de su poder á bajo precio. La pobreza las ha sorprendido, sin poder renunciar de repente á sus hábitos de

lujo y de comodidad, y para satisfacer estas necesidades imperiosas, un hijo se extravía por el sendero del vicio y una hija pierde las tradiciones de la virtud.

Bogotá es, dicen, una constelación de sabios : allí brillan los escritores eminentes, los hábiles financistas, los políticos profundos y los consumados literatos. ¿ De qué viven estos hombres ? De la política. ¿ Qué les da la política ? Un destino, cuando el partido á que pertenecen triunfa.

Pintar la vida del empleado en Bogotá, sería trazar un cuadro bien triste, y no siendo éste nuestro ánimo, nos limitamos á observar que siendo dos los partidos en que está dividida la República, mientras que el uno triunfa, están sin destino, sin ocupación y sin pan los hombres públicos del otro ; y que sus familias, que pertenecen siempre á la mejor sociedad, para no perder su posición, se ven obligadas á ocultar su miseria, su desnudez y su hambre á los ojos del público. ¿ Y cuántos sacrificios no exige esto ?

De aquí nacen muchas veces la intolerancia y la exacerbación de los escritores de la oposición ; de aquí nace la necesidad de que todo régimen claudique ; y lo más triste aún para la República, de aquí depende que el poder encuentre siempre viles servidores, y que se hagan populares las dictaduras, en que, sin ley ni principio reconocido, el tesoro público se reparta entre los favoritos, y que con destinos se compre á todos los de la oposición.

La vida en Bogotá es cara, los sueldos pequeños y el pago en la Tesorería incierto. El empleado va con anticipación devorando su renta, y el día de la remoción es el del hambre ; el día de su muerte, el en que empieza la disolución y la pérdida de una familia para la virtud ; porque en ese día no tiene pan, y el camino del vicio es más fácil que el del trabajo para el que ha vivido siempre de rentas.

La juventud de Bogotá, llena de entusiasmo, de generosos instintos y de nobles aspiraciones, pero ansiosa de placeres, sedienta de felicidad y sin encontrar trabajo, sin resignación para salir de aquí y sin tener dinero para gastar ; teniendo delante la tentación del vicio, y sin poder levantar su mirada al cielo del amor puro, del cual lo aparta la pobreza ; la juventud busca la ganancia en el juego, el placer en la embriaguez, y consume su sensibilidad y su vigor en el amor bastardo.

¿ Es mejor la condición de las jóvenes ?

Cándidas flores guardadas por el pudor y la inocencia, las jóvenes de Bogotá se marchitan lentamente, teniendo por perspectiva un mundo que las deslumbra y sin poder descubrir sus emociones, hasta que llegan á la vejez sin encontrar esposo. A veces traicionadas, á veces sin haber tenido una

ilusión, siempre mártires de una sociedad en donde el matrimonio es sólo una vanidad de los ricos.

En efecto, en Bogotá, ¿qué joven que no ha heredado una fortuna puede casarse? El matrimonio es costoso, y dos pobres que se casan, tienen la seguridad de llevar una vida infeliz y formar una familia miserable. ¡Qué sociedad!

El comercio de Bogotá está reducido á proveer de artículos muy caros el consumo improductivo de la ciudad y sus alrededores, y en tan pequeña escala, que los mismos importadores expenden por menor los artículos que les llegan de Europa. Aquí no hay grandes casas de comercio, donde los jóvenes entren como dependientes para ser despues socios y empresarios; ni este comercio da, como en otros países, ocupación á multitud de personas que en una cadena indefinida, desde el importador hasta el buhonero, van sacando una renta proporcional.

Pero hay más aún. En un país próspero, todo el que compra al fiado para negociar, tiene seguridad de una ganancia, y todo el que compra para consumir, tiene seguridad de adquirir con qué pagar; y así el crédito, teniendo base, favorece á infinidad de personas que trabajan sin capital. En un país miserable sucede lo contrario: el comerciante por menor que tiene que proveer al empleado sin sueldo, al militar licenciado, á la mujer aventurera y al joven jugador, generalmente pierde lo que da fiado, y no puede á su turno cumplir con sus compromisos en el día convenido. El comerciante por mayor, que tiene que negociar unas veces con hombres de mala fe, y otras con hombres honrados que son víctimas de los explotadores, concluye por no abrir crédito á nadie, muriendo así la industria de todos los que trabajan sin capital.

De esto y de las revoluciones, que paralizan los negocios, nacen las quiebras frecuentes y casi periódicas del comercio de Bogotá; de esto depende que todos los comerciantes por mayor tengan en cartera una existencia siempre considerable de documentos incobrables, y el detallador una gran lista de deudores insolventes; de esto depende que el comercio sea tan inactivo y que sólo se puedan dedicar á él los que tienen capital, estando expuestos á perderlo en una de esas quiebras que, como la de Landínez, arrastran consigo la fortuna de millares de familias y consumen los ahorros de una generación.

Volver la mirada hacia las clases trabajadoras de la capital, es como leer una de esas novelas socialistas que presentan siempre al pobre luchando inútilmente contra el vicio, al hambre como recompensa del trabajo y la honradez; á la prostitución como el único camino abierto á la

mujer; á la miseria devorando las familias, y á la sociedad desplomándose en un abismo.

En Bogotá no hay mar ni ríos navegables, en donde una parte de la población se ocupe en las necesidades del comercio. No hay fábricas á donde vayan las masas de obreros á ganar su jornal. No hay empresas industriales en que los obreros, ayudando á la obra de la producción, deduzcan un legítimo salario. En Bogotá las clases laboriosas están destinadas á producir artículos para el consumo improductivo del resto de la población, y esto hace que su situación sea más miserable que la de todos los obreros del mundo.

Los artesanos no producen más que artículos de uso personal, y tienen que luchar con los inconvenientes que les presentan la pobreza de los consumidores y lo limitado del consumo, el atraso de las otras industrias y el alto precio de las primeras materias, la falta de capitales para trabajar, y la competencia con artículos mejores venidos de Europa, todo lo cual hace infructuosa su laboriosidad, su genio artístico, su virtud y su amor á la familia, á la patria y al trabajo.

La mayor parte de la población de Bogotá no se viste, no se calza ni tiene muebles, y por lo mismo los artesanos no encuentran compradores para los artículos ordinarios y baratos, que en todo país forman la base de la industria y que podrían dejarles una renta regular. La parte pequeña, rica y acomodada que se viste, calza y tiene muebles, quiere artículos finos, perfectos y acabados, y los extranjeros proveen á sus necesidades mejor que los del país.

Los artesanos, para montar sus talleres con la elegancia que el buen gusto ha introducido, toman capitales al enorme precio del mercado, ó más caros aún, porque no tienen hipoteca que dar. Como los consumos son limitados en sus establecimientos, apenas alcanzan á vender artículos suficientes para pagar los géneros y atender á los obreros, y mientras tanto los intereses los van devorando, hasta que caen taller, empresario é industria en completa ruina.

El industrioso zapatero que pasa toda una semana haciendo un par de botas con materiales del país, recorre el sábado todas las calles de la ciudad ofreciéndolas, y no encuentra compradores. El albañil, el herrero, el campesino, el criado, no las compran, porque ellos no usan botas; el caballero no las compra, porque son muy feas, de cordobán, de pita floja y de suela cruda, y al fin el pobre hombre vuelve á su casa sin pan para sus hijos. El dueño de un elegante taller hace esfuerzos inauditos para imitar las obras extranjeras, y para fabricar un par de botas compra á subido precio cuero *inglés*, resortes *franceses* y pita *extranjera*; y cuando ha

concluído, encuentra que el valor de los materiales extranjeros y el jornal del obrero valen $ 8, y que al frente se venden botas de Malpell á $ 7. ¡ Tormento horrible ! ¡ Trabajar sin descanso y encontrar siempre perdido el sudor de su frente !

En tan cruel situación el artesano, unas veces oye las pérfidas insinuaciones de sus falsos amigos, que le aconsejan el desorden y la revolución, con lo cual se establece la desconfianza, se aleja el comercio y empeora su situacion ; pide á la sociedad otras veces que lo proteja. fijando un precio artificial á sus artículos, prohibiendo la introducción de los extranjeros, con lo cual empobrece la sociedad que lo mantiene, arruina á sus hermanos, que tienen á su turno que pagar más caros otros artículos, funda su industria sobre una base deleznable, y prepara una terrible crisis para el porvenir; y otras, se hace matar en los campos de batalla, donde nunca triunfa la causa del pueblo.

¡ Admirable virtud la de los artesanos de Bogotá ! Dos veces en diez años han sido dueños de la capital y se han constituído en guardianes de la propiedad. Han sido muchas veces vencedores ; y sin botín de guerra, sin despojos y sin recompensas, han vuelto á sus miserables tiendas á continuar su vida de trabajos, de hambre y de angustias.

La clase jornalera es la verdaderamente infeliz en Bogotá ; porque el jornal es barato, los alimentos caros, el vestido superior á sus esfuerzos, las habitaciones incómodas, y el trabajo incierto. El jornalero trabaja mientras tiene fuerzas, y el día que se le acaban, sigue de mendigo. El jornal es de un real, no le alcanza para vestirse, y si viste con harapos, no le alcanza para mantener mujer é hijos, y el que los tiene, vive de la estafa ó los manda á mendigar. El jornal es de un real por doce horas de trabajo, y un real se consigue de limosna en un momento ; y de aquí nacen esas bandadas de hombres y mujeres que esperan en la calle el pan, no del trabajo, sino de la casualidad. La falta de estímulo en el trabajo hace á los jornaleros ociosos, porque perder un día, no es perder más que un real ; la ociosidad los lleva al vicio y á la degradación, y de aquí la informalidad de todos, el abandono y relajación de muchos, y el que algunos vayan á engrosar las filas de los rateros que infestan la ciudad, y contra los cuales toda medida es ineficaz y toda autoridad impotente.

Si el trabajo de los hombres es poco productivo, ya se deja ver cuál será la suerte de las pobres mujeres del pueblo, sin tener maridos que las sostengan ni hermanos que las ayuden, y viéndose obligadas á ganar la vida con rudos trabajos ó industrias miserables.

Las que pueden trabajar independientemente, viven aglomeradas de á diez y doce, en pequeñas tiendas, y en medio de cerdos, gallinas y perros;

trabajan catorce horas diarias y duermen luégo en el mismo recinto, donde hay licores fermentados ó un fuego permanente. Éstas jamás pueden casarse; si tienen familia, son doblemente infelices, ó la abandonan : tienen una vejez prematura y mueren mendigando.

El servicio doméstico ofrece á las mujeres un asilo seguro mientras pueden trabajar; pero su condición es muy parecida á la de los antiguos esclavos, pues tienen que renunciar para siempre á una voluntad diferente de la de sus señores, á descansar alguna vez, y á casarse y formar una familia; y este asilo les dura sólo mientras tienen salud y robustez. ¿Qué señora consentiría en su casa una criada achacosa ? ¿Quién consentiría en que su sirvienta tuviera relaciones con el hombre que pudiera ser su esposo? ¿Qué criada encontraría colocación para ella, su marido y tres niños ? Entre los negros se permitían y aun se fomentaban los matrimonios ; los criados de Bogotá deben ser morales, y el matrimonio les es imposible.

Las más desgraciadas de las mujeres del pueblo, las que son hermosas, se prostituyen cuando jóvenes, mendigan y roban cuando viejas. Los clérigos las amenazan con Satanás, y las autoridades las encierran y las azotan; pero ellas, cantando unas veces, llorando otras, cumplen su destino.

En resumen, Bogotá y la sabana están pobladas de gentes miserables, para quienes toda mejora es imposible, toda moral una irrisión, la familia una desgracia y la riqueza un sueño.

Bogotá es una ciudad mágica en la mente de las muchachas bonitas de todos los Estados, la ciudad donde se rinde culto á la belleza y se pasa la vida en incesante placer ; donde hay *semana santa* y las mujeres lucen ricas sayas y costosas blondas ; óperas en que, á la luz de las lámparas de gas, ostentan sus encantos ante una inmensa concurrencia : y sobre todo, bailes, bailes suntuosos, en donde se bailan las piezas que acaban de llegar de Europa, con una música que llaman el «sesteto Achiardi,» dulce como la de los ángeles y embriagadora como el amor, y en que las mujeres, con trajes vaporosos, el seno descubierto y los brazos desnudos, cruzan en brazos de sus amantes suntuosos salones adornados de espejos y cubiertos de flores.

Las muchachas de los Estados suspiran por la vida de Bogotá, y la que llevan en sus respectivos lugares les parece triste, monótona y cansada ; porque ellas sólo escuchan las relaciones que les hacen los jóvenes que vienen al Congreso con buena renta y con ánimo de disfrutar de todo durante el tiempo de las sesiones, y que por supuesto sólo liban la copa y jamás apuran las heces de la vida en Bogotá; porque las muchachas no leen el folleto del señor Miguel Samper «La miseria en Bogotá,» obra demasiado seria, demasiado grave, y prefieren el «Lenguaje de las flores» ;

y porque Bogotá es como ese fantasma que cuentan que se les presentaba por la noche á los enamorados en la «Calle del Arco,» en figura de una hermosa y engalanada muchacha que, al ir á besarla, se convertía en un esqueleto.

A las muchachas que, llevando una vida tranquila, en un hogar modesto, y en un lugar retirado, envidian la vida de Bogotá, y ven con pesar que sus años pasan y su juventud se marchita sin haber saboreado los placeres, podríamos contarles la historia de muchas niñas de familia honorable y acomodada, las cuales, puras y respetadas en un principio, luégo que deslumbradas por el lujo de la capital, han visto perdido su patrimonio y con él su posición en la sociedad, no han podido volver á su país y llevan aquí una vida de miseria y lágrimas. Pero esas son novelas de una imaginación acalorada, dirán ellas ; y no nos darán crédito. Así, pues, nos limitaremos á contarles lo que estamos presenciando desde nuestra ventana.

El Ilustrísimo señor Arzobispo Herrán, que sólo se hacía notar en Bogotá por sus beneficios, y que sólo se veía en los lugares donde había lágrimas que enjugar, dejó abundantes limosnas para repartir á los pobres en dos días de la semana : los viernes, como hoy, á las mujeres, y los sábados á los hombres ; y en esos días se llenan las tres cuadras que hay en la plaza, hasta la casa de la señora que da las limosnas, de mendigos de todas clases y condiciones, que van á extender la mano para recoger la limosna que dejó el caritativo prelado : á recibir un real.

Hoy es viernes, son las doce del día, y ya empieza á desfilar la larga procesión de mujeres harapientas por el frente de nuestra casa : unas van envueltas en viejos pañolones de color y trajes claros, desgarrados y mugrosos, y arrastrando unos despedazados zapatos, que apenas pueden llevar en los pies ; otras van de saya y de mantilla tan viejas, que es imposible asegurar si era negro su primitivo color ; y las más, las del pueblo, con despojos de vestidos que solo alcanzan á cubrir su desnudez, y que presentan un aspecto repugnante á los ojos y apestan el lugar por donde pasan.

Entre estas mujeres van muchas de las antiguas señoras de Bogotá que se mecieron en cuna de oro y de marfil, y á quienes no queda más de su antigua grandeza que recuerdos hermosos que les hacen más triste su situación ; van muchas que ayer conocimos jóvenes y hermosas y hoy se presentan extenuadas por la miseria ; otras llevan niños flacos, enfermizos, y estampado en su cara el sello del hambre ; y muchas niñas de catorce á

veinte años, mal vestidas, con las facciones marchitas yá por la disolución, y cuyas miradas revelan el vicio.

Este cortejo de la miseria se aumenta todos los días: ayer con la viuda de un militar muerto en la última guerra; mañana con la hermana de un empleado que murió en la miseria; hoy vino á ser parte de él una señora que perdió en la quiebra de N. N. el último resto de su fortuna; y llegan en tropel todos los días las mujeres de los artesanos que sólo ganan un jornal diario y que para el día de la enfermedad y de la muerte nada han podido guardar; las mujeres industriosas que cuando enferman tienen que mendigar, y las bonitas, á quienes la prostitución y las enfermedades han quitado sus encantos.

El sábado desfilará el cortejo que los hombres hacen á la miseria, y, como hoy, se verán representadas todas las edades y clases de la sociedad: los inválidos de la industria; los inutilizados en las guerras civiles; los hebetados por el vicio; y, en fin, una infinidad de ancianos que lentamente y con trabajo se arrastran hasta la puerta de la familia del caritativo sacerdote, para conseguir algo con qué prolongar su mísera existencia.

Bogotá presenta un aspecto desconsolador y triste; y nada bueno se puede augurar para esta pobre ciudad sin industria, sin comercio, sin fábricas y poblada por 80,000 habitantes que escasamente ganan el pan de hoy, y que no están seguros de ganarlo mañana.

Los bogotanos somos tan amigos de nuestra pobre tierra, que, encontrándonos impotentes para remediar sus males, queremos al menos cerrar los ojos para no verlos; y cuando alguno viene á gritarnos al oído que los abramos si no queremos llegar á una completa ruina, nos disgustamos y maldecimos al importuno que así mata nuestras ilusiones.

A Bogotá venían antes de 1859 los ricos de otras partes á llevar una vida honorable, y sus riquezas, espléndidamente gastadas, repartían el bienestar á toda la sociedad: hoy vienen á Bogotá los arruinados en otras partes á buscar asilo, y su presencia es un nuevo embarazo para la sociedad: antes las casas de comercio de exportación de tabaco y de quinas tenían su asiento en Bogotá y le daban vida y animación; hoy esas casas se han cerrado, y han venido á Bogotá, en busca de trabajo, todos los que sembraban tabaco ó cortaban quinas; antes la sabana enviaba á las prósperas riberas del Magdalena sus inagotables productos, y era rica; hoy el Magdalena manda á la sabana sus ganados, y la tiene arruinada; antes la abundancia de capitales había paralizado los estragos de la usura; hoy la usura reina en Bogotá como un déspota, é impone á la sociedad el rigor de sus cínicas leyes.

Y el malestar, si no la pobreza, alcanza á todas las clases, y todas

van bajando en la categoría social de tal manera, que el que ayer era rico, hoy tiene afanes; el que ayer era acomodado, hoy es pobre, y éste ha pasado á mendigo, y mendigo que no tiene á quién pedir, porque nadie tiene qué darle.

En medio de tanta miseria, el Gobierno reparte algunos miles, que producen el efecto de los cuartillos que algunos padrinos arrojan en los bautizos á la multitud de muchachos que aguarda ansiosa á la puerta del templo; una algazara inmensa, gritos de aprobación y de censura, y por último, riñas encarnizadas disputándose estos cuartillos. Esta es la causa de que todo cambio político se celebre con entusiasmo y al día siguiente se mire con enojo, y de que adquiera popularidad el que prometa otro cambio. Este es el motivo de tanta agitación y de tan variadas faces como toma la política en Bogotá, y que en vano procurarían explicarse en otras Naciones; ésta es, en fin, la razón por que los negocios políticos no se tratan con la madurez y reflexión que ellos demandan, sino con la rabia que infunde la desesperación.

La política es la ocupación preferente, casi única, de Bogotá: de política hablan los corrillos que en las esquinas de la Calle Real hay á todas horas; de política tratan en todas las tiendas de comercio, ya que nada negocian; de política se habla en los talleres á falta de obra para los artesanos; y, cosa espantosa! la política es también la ocupación de muchas mujeres á quienes faltan paseos, bailes y teatro.

Pero la política aquí es apasionada, violenta y enteramente personal: todo contrario es un enemigo, y contra él se muestran implacables todos, con tanto mayor razón, cuanto que ocupa el empleo que se quiere ó solicita la colocación que se tiene, y que él es el único recurso de una numerosa familia; y los círculos más antipáticos y los hombres de opiniones más diversas, se encuentran de repente unidos por el hambre común y la necesidad de derribar al que está en el poder, porque no los deja participar del Tesoro nacional.

En el «Diario Oficial» nadie lee las leyes sobre Aduanas. ¿Aquí quién introduce? ¿Qué importancia se dará al crédito público donde pocos se interesan por el personal, ni á la navegación, donde viven encerrados hiriéndose los unos á los otros? Lo que se lee es la lista de los empleados removidos y que da alguna esperanza de colocación; ó cuando más, las resoluciones del Gobierno que puedan traer algún cambio favorable en algo para la situación individual.

Cuando Alejandro fué á visitar á Diógenes en su inmundo tonel, le preguntó qué quería, qué deseaba, qué le pedía. «Que no me quitéis mi

sol,» le contestó el cínico, haciéndole observar que se había colocado en un lugar en donde le interceptaba un rayo de sol que iba á calentar su estrecha morada.

En Bogotá, no por filosofía, sino por necesidad, nos contentamos ya con un rayo de sol que nos caliente, disputamos á todos el derecho de recibirlo, y nos parece que otro más poderoso ha de venir á interponerse y á privarnos de su calor. El egoísmo se ha apoderado de todos los corazones; y no estamos seguros de que éste, y el temor de que otros vengan á disputarnos en una esquina nuestro rayo de sol, no han tenido mucha parte en el sombrío cuadro que hemos trazado al principiar esta revista.

El señor Aníbal Fernandez fué un empleado laborioso y honrado que, consagrado á los deberes de su oficina, perdió la energía que todo hombre debe tener para buscar fortuna y formarse una existencia independiente; así fué que cuando, por consecuencia de uno de esos infinitos cambios que se suceden en la política y en el Gobierno, perdió su destino, quedóse con los brazos cruzados, y teniendo que hacer frente á los gastos de su señora enferma y de los cuatro niños nacidos de su matrimonio.

Al principio, los restos de su pasada grandeza; el reloj de oro que tenía; un aderezo de la señora; algunas fincas de plata heredadas de su antigua familia, y llevadas á la Moneda para ser selladas, alcanzaron escasamente para los más urgentes gastos; con lo cual no se sintió por algún tiempo la miseria.

Después apeló al crédito conseguido con muchos años de probidad y exactitud; pero éste empezó á faltarle poco á poco, y su vida se convirtió en una era de afanes, angustias y penalidades para conseguir habitación, vestidos y alimentos para la familia.

No tener calzado para presentarse delante de sus amigos aquel que siempre ha vivido decentemente; ver la levita ya rapada y los pantalones raídos, es bien duro para el que siempre ha estado bien vestido; pedir prestado el que jamás ha necesitado: pedir fiado el que sabe que no tiene con qué pagar al día siguiente; verse rechazado el que antes era atendido, sólo porque ha caído en la pobreza, es bien triste para el hombre de honor y de delicadeza.

Querer trabajar y no encontrar en qué; saber que su hija tiene necesidades, y no poder satisfacerlas; que los niños no tienen vestidos, y no poder llevárselos; salir de la casa todos los días con la esperanza de encon-

trar pan en la calle, y volver á ella con las manos vacías, cuando todos los hijos tienen hambre, esto es bien cruel.

Pero el dolor supremo está en ver á la mujer querida enferma, y no tener con qué llevar un médico ni pagar los remedios.

Dejóle Dios por consuelo al señor Fernandez en sus tribulaciones á Inés, su hija, joven de diez y ocho años, modesta, inteligente, dulce y oficiosa, que cuida á su madre, vela á su lado, asea á los niños y hace con su virtud olvidar el hambre, las penas, el dolor y la miseria.

Inés era la prometida del Coronel Escobedo, joven del Estado de ***, establecido en Bogotá desde la última revolución; hombre caballeroso, amable, que gastaba dinero, y que logró conquistar el corazón de aquélla á fuerza de atenciones y esmero.

Tienen por única criada en la casa de Fernandez á una mujer de mal carácter, tanto más exigente, cuanto más necesaria es, y que á cada momento amenaza con dejarlos.

Un día en que, como de costumbre, salió el señor Fernandez á solicitar un destino para el porvenir y algo de dinero para el presente, pasaron en su casa las siguientes escenas:

—Mi señora Inesita, decía la criada, yo me voy.

—Imposible, Jacinta. ¿Cómo nos dejas, mi mamá muy mala, y los niñitos que te quieren tanto?

—Sí será, pero yo no vivo de amor; y ya me deben tres meses de salarios.

—Pero te vamos á pagar muy pronto. Mi papá va á recibir dinero en estos días.

—Cuentos! Al amo no le liga ya la suerte.

—Ya verás. Ya verás. Paciencia, hija.

—Pero la tendera de la esquina no la tiene, y todos los días me cobra el pan que fió en la semana pasada.

—Eso no es nada. De un momento á otro vuelve papá á su destino, y verás qué fiestas vamos á tener en casa; pero mamá está llamando. Acába tú de lavar esta camisa de Juanito. Voy! Voy, mamá!

La criada se queda refunfuñando, con los brazos cruzados, y los niños juegan en el corredor.

Entretanto llega un criado con varias cajas de cartón y un ramo de flores, preguntando por la señorita Inés; y la criada, curiosa y atrevida, va destapando las cajas una á una, dejando descubiertos varios trajes de seda y un brillante aderezo.

—¿Para quién es esto? pregunta la criada.

—Para la señorita Inés.

—¿ De veras ?

—De veras, es la cuelga que le manda el Coronel.

—Es verdad que hoy es el santo de la niña ; pero este año sí que no ha tenido mi amo con qué celebrarlo.

Llaman á Inés, quien, al ver las cosas, no puede menos de lanzar una exclamación de sorpresa.

—Le manda á decir mi Coronel Escobedo, dice el criado, que ahí le manda de cuelga esas cositas que se sacó en una rifa.

—Dígale usted al señor Escobedo que todo está bellísimo ; pero que sólo acepto el ramo, dándole mil gracias por su recuerdo.

El criado no comprendió ; la criada se quedó pasmada ; y el *chino* del zapatero, que había ocurrido á la curiosidad, se iba cayendo para atrás.

Inés corrió para adentro, como huyendo á la tentación.

—Eso es, dijo la criada cuando Inés se había entrado y el criado había partido ; mucho orgullo y no me pagan mi jornal !

A los pocos instantes entra el señor Fernandez, padre de Inés, y la llama.

—Mi hija, le dice, no hay esperanza, los destinos están provistos y hay mil como yo, que asedian al Presidente en solicitud de un puesto. ¿ Cómo está tu mamá ?

—Está ahora aliviada, y ha preguntado muchas veces por usted.

—¿ Vino el médico ?

—No señor.

—Tiene razón, no he podido pagarle su cuenta del año pasado.

—¿ Trajeron el láudano ?

—No señor, porque.........

—Porque en la botica ya no me fían.

—¿ Los niños ?

—Han estado entretenidos, y ahora les van á dar algo de comer.

—He perdido el día miserablemente. Voy á vender un libro para que comamos todos. No le digas á tu mamá que he entrado ; pues quiero que no nos coja la noche sin tener siquiera para luz.

No tardó mucho rato en presentarse un joven elegantemente vestido, perfumado, con aire distinguido y maneras exquisitas; era el Coronel Escobedo. Ines lo recibe con complacencia, le abre la sala y lo invita á que se siente á su lado.

—Ha rechazado usted mi cuelga, Inés, le dijo éste, después de un rato de amable conversación ; ¿ por qué ha hecho usted esto ?

—He aceptado las flores, que es lo único que usted ha debido mandarme.

—Pero ¿ no es usted mi prometida ? ¿ No debemos á la vuelta de mi viaje unirnos para siempre ? Todo lo mío no debe ser de usted ?

Inés bajó la vista ruborizada.

—Tengo que pedir á usted un servicio importante, que espero no me lo negará. La realización de unos documentos que he recibido de mi país, me ha puesto en posesión de una fuerte suma que tengo aquí en oro y que no quiero ni puedo llevar á casa. Hágame usted el favor de guardármela, pues no tengo en Bogotá nadie más de quien hacer confianza.

—¡No, por Dios, Escobedo ! Esto me da miedo. Yo jamás he tenido oro en mis manos: désela usted á guardar á mi papá.

—Está muy bien, entréguesela usted apenas venga ; pero ahora recíbamela usted y guárdela. Yo no puedo aguardarme hasta que él venga.

Le entregó unos paquetes con onzas, que Inés puso en el cajón de una cómoda ; y siguieron en sabrosa plática, formando proyectos para el porvenir.

Media hora había transcurrido sin que los venturosos amantes lo sintieran, cuando el señor Fernandez entró con aire de espanto y gritando :

—¿ Qué es esto, señor Escobedo ? mi casa está rodeada de agentes de policía y el Juez pregunta por usted !

El coronel palideció y trató de huir.

En el acto entró el juez á la sala y con voz severa, y dirigiéndose al dueño de la casa, le dijo :

—Este señor ha falsificado una gran cantidad de documentos públicos que ha logrado colocar, engañando á varios comerciantes. En nombre de la justicia lo tomo preso, y pido á usted mil perdones por hacerlo en su casa.

Un rayo hubiera herido menos cruelmente el corazón de Inés.

Escobedo estaba cortado, nada contestaba ; y cuando lo obligaron á salir, se acercó á Inés y la dijo al oído :

—Guarde usted para su familia el oro que le he dejado.

Entonces Inés corrió á la cómoda, tiró el cajón y sacando el oro, le gritó al juez :

—Señor ! este caballero acababa de suplicarme que le dijera á papá que le guardara este oro. Ahí lo tiene usted !

Mientras que el vicio se cubra la faz en presencia de la sociedad y avergonzado se retire á los lugares no frecuentados por la virtud, la sociedad puede salvarse; pero cuando se ostenta descarado, cuando los buenos lo toleran y sus cínicas leyes se imponen con igual sanción que las de la moral, la sociedad está perdida, el esfuerzo individual es impotente para luchar, y al fin sucumbe.

¿Por qué en Bogotá no hay familia que no deplore los estragos del juego, ó que no tiemble de ser arruinada al día siguiente?

Oídlo:

Ese magnífico palacio ante el cual se pára la muchedumbre á escuchar la alegre música que dentro de sus salones resuena, que arroja torrentes de luz por los balcones y en el cual se da un espléndido banquete, al que asiste la sociedad escogida y elegante de la capital; ese palacio está levantado sobre la ruina de muchas familias despojadas de su fortuna en el juego por un caballero á quien la sociedad acata y reverencia.

Ese joven elegante, de rubia cabellera encrespada y bigote retorcido, que calza guantes habanos y usa lente; ese á quien las actrices dedican sus funciones y de quien reciben, entre flores, relojes de oro y aderezos de brillantes; ese que baila con las más bonitas muchachas y es el ídolo de la sociedad, ése es un jugador que ayer era un mendigo.

Ese diputado que arranca aplausos estrepitosos á la barra, defendiendo la moral y sosteniendo la propiedad, ha pasado la noche en una casa de juego, en donde, con naipes falsos, ha ganado á los incautos.

Recorred por las noches la lóbrega ciudad: todas las puertas están cerradas, todos los balcones sin luz, todas las habitaciones silenciosas; sólo veréis la puerta abierta y las piezas iluminadas, y oiréis bullicio y animación, donde haya una casa de juego.

La *ruleta* se ha instalado en Bogotá como una sirena engañadora, y llama á sí, con atractivo irresistible, al joven estudiante deslumbrado con los montones de oro que ve delante; al labrador que espera recoger allí lo que no le darían diez cosechas; al artesano que envidia una fortuna que jamás alcanzará á fuerza de labor y de constancia, y al adolescente que se escapa del hogar paterno deseoso de libertad y la encuentra allí confundida con el vicio.

Es *deuda de honor* la deuda de juego, y para pagarla el hombre tiene que dejar á sus hijos sin pan, á sus hermanas expuestas á la prostitución, y á su madre pidiendo limosna.

Oh! de tal manera están confundidos en Bogotá el vicio y la virtud, que no solamente ésta se marchita con el inmundo contacto de aquél,



sino que muchas veces sufre inmensos dolores, encontrándose herida por la corrupción que se tolera y por faltas que ella no comete.

Elena, la más rica heredera de Bogotá, llena de abnegación y de amor, se casó con un joven á quien entregó, hace apenas dos años, su corazón y su fortuna; pero este joven era jugador, y habiendo perdido toda la riqueza, no hace mucho que la insultó, porque no le daba un medallón de diamantes donde guardaba pelo de su madre, para jugarlo también.

Elena es la amiga íntima de Felisa, flor preciosa brotada en Bogotá y cuidadosamente preservada del contacto con el vicio, como esas camelias producidas en el jardín de Casiano Salcedo en un invernáculo de cristales, á las que la menor brisa del mes de Junio haría marchitar y morir.

Felisa es una joven de diez y ocho años, de ojos negros, lánguidos y hermosos, de fisonomía dulce y apacible, color de perla, cintura esbelta y cabellera abundosa; pero tímida, delicada é inocente, como si tuviera siete años, con el candor de una santa y la más absoluta ignorancia del mundo, como se educan las virgenes cristianas en Oriente.

Viendo á Felisa, aun los viejos soñamos; y los jovenes se deslumbran como en presencia de esas visiones celestiales que á los peregrinos rendidos de fatiga, sedientos y devorados por la fiebre, se les aparecen en medio del desierto, y con sus místicas sonrisas los animan para seguir en el camino que les muestran.

Luis se enamoró de Felisa locamente en el baile del ministro ***, y se hizo presentar en la casa el domingo siguiente, donde fué recibido con cordialidad, bien fuera por ignorancia de la conducta de este joven, ó por una incauta condescendencia con los vicios sociales.

Luis tiene atractivos, talento, fácil y culta conversación, maneras sueltas, está en buena sociedad y es audaz; pero es jugador, y el juego ha prostituido su alma hasta hacerlo capaz de las más viles acciones.

Felisa, educada en el retiro, sin más sociedad que sus flores, su piano, sus dibujos y sus propios poéticos sentimientos, escuchó la voz de Luis ruborizándose, pero con un secreto, misterioso encanto que la hacía feliz: temblaba en su presencia, pero deseaba verlo; y una mezcla indefinible de placer y de miedo la arrastraba hacia él. Si este es amor, Felisa lo amó.

Cuando Elena vió las solícitas atenciones de Luis, tembló por su amiga. Su propia dolorosa experiencia le aconsejó ir á prevenirle un horrible mal, y en una de esas íntimas confidencias, tan gratas para los jovenes, le dijo:

—¿ Sabes que Luis es jugador?

—Y eso ¿ qué es ? le contestó Felisa con esa casta ignorancia que hace adorables á las jóvenes bogotanas.

—Eso quiere decir que Luis vive de lo que quita á otros; que cuando seas su esposa y pases delante de alguno con joyas que te ha regalado, ése dirá : —esas joyas son mías ; que cuando tengas algún goce en tu hogar, este goce irá acibarado por el pensamiento de que tus placeres han costado lágrimas á otra familia.

—Ah ! eso es horrible ! Eso no puede ser ! contestó Felisa temblando de pies á cabeza.

Elena conoció que había llegado tarde, pero no desmayó en su propósito.

Desde aquel día Felisa languidece, se pone sombría, y parece imposible que resista á la terrible lucha que se traba entre su pobre, virgen corazón y su horror instintivo al vicio.

El afortunado en amores es desgraciado en el juego, dice el refrán, razón, sin duda, por la cual Luis ha estado de malas en estos últimos tiempos. Pero él se propuso parar los golpes de la suerte y enmendarla apelando á los dados falsos, y así ha logrado seguir ganando.

No hace muchas noches que fué sorprendido por un caballero á quien había ganado yá una fuerte suma con dados falsos ; éste lo vió, se calló, y juró una sangrienta venganza.

Al efecto, se entendió con las otras personas á quienes Luis había ganado y que tenían sospechas de su mala fe, y convinieron en promover para el domingo pasado una gran partida, numerosa, pública, en donde le cogerían la mano en el acto de cambiar los dados, en presencia de todos, y lo acusarían por ladrón.

El marido de Elena había sido una de las víctimas de Luis ; estaba irritado, furioso, y como en desagravio le refirió á su esposa el plan de su venganza y las esperanzas que tenía de rescate.

Elena estuvo el domingo en casa de su amiga, y queriendo curarla de su funesta pasión, le refirió lo que iba á pasar á Luis.

Felisa experimentó en su alma lo que la *sensitiva* al roce de la serpiente; pero volvió por efecto de una reacción poderosa y enérgica y le preguntó á Elena :

—¿ Sabes dónde es la casa de juego ?

—¿ Quién no sabe en Bogotá dónde son las casas de juego ? pero ¿ por cuál de ellas preguntas ?

—Por la en que juega Luis ahora.

—En ***

—Vamos allá, ahora mismo.

—¿ Estás loca, Felisa ?

—No, no ; pero quiero que vayamos.

Eran las nueve de la noche, la luna estaba espléndida é iluminaba las calles por donde cruzaron Elena y Felisa, ésta temblorosa, exánime, y agonizante, pero marchando adelante, y aquélla siguiéndola asombrada, hasta que llegaron á la gran puerta de ***

—¿ Qué pretendes ? dijo Elena cuando llegaron.

—Yá lo verás.

Atravesaron el oscuro zaguán, y en la segunda puerta dijeron a portero :

—Llámanos á Don Luis Quiñones.

—Imposible ahora : está empeñado en un gran juego.

—Llámalo, y te pagamos muy bien.

—Imposible, porque está rodeado de muchísima gente.

—Anda á decirle que dos señoras lo esperan, y toma este regalo.

—Bueno, pues ; pero si se pone bravo, yo no respondo.

—Mucho le amas ! dijo Elena.

A los pocos momentos volvió el muchacho, y dijo :

—Que nada tiene que hacer con señoras.

—Vámonos, por Dios, Felisa !

—Espérame, dijo ésta, y escribió unas pocas palabras en su tarjeta.

—Toma, le dijo al criado, acércate á él, y entrégala en su mano.

El criado se fué, y no había pasado mucho tiempo, cuando salió Luis avergonzado, quizás por primera vez, de ser encontrado en la casa de juego.

—Señorita ¿ en qué puedo servir á usted ? ¿ ha sucedido algo á su familia ?

—No señor : vengo solamente á pedir á usted los dados falsos con que va á jugar.

—Ah ! usted me insulta !

—No, Luis, lo salvo. Hay un convenio para sorprenderlo en el momento en que vaya á emplearlos : démelos usted !

—Ahí los tiene. ¿ Con qué podré pagar tan inmenso servicio ?

—Con olvidar que yo he venido hasta aquí, como yo sabré olvidar que lo he conocido á usted. ¡ Adios !

Al retirarse á su casa desfalleciente y llorosa, dijo á su amiga :

—Lo he salvado ! Ultimo sacrificio que haré á su amor. Ahora,

Dios me dará fuerzas para luchar contra la funesta inclinación que me llevaba á los brazos de un jugador.

Luis jugó limpio, nadie sospechó lo que había pasado, y su crédito se ha restablecido ; pero Felisa se extingue, la fiebre la devora, la memoria de esa noche terrible la persigue sin cesar, y en su delirio suelta palabras misteriosas que llenan de asombro á su familia. Felisa muere víctima del juego!

El vicio en París toma formas poéticas para seducir y arrastrar á la juventud. Es después de la ópera cuando hombres y hermosas mujeres toman asiento en torno del festín, en medio de flores y de luces que seducen y embriagan, teniendo al frente manjares esquisitos y vinos abundantes que convidan á la alegría y al placer. La galantería francesa, el espíritu picante y chistoso que principió en Rabelais y que no concluyó en Beranger, brota de todos los labios; y el champaña, el vino de la alegría por excelencia, la ambrosía del calembur, se sube á todas las cabezas para hacer de la fiesta una mágica escena, á la cual no falta ni el fuego del amor ni el encanto de los versos.

Pero en Bogotá el vicio tiene formas odiosas, un aspecto repugnante; y el hombre que se deja arrastrar por él, embruteciéndose de día en día, pasa una miserable existencia sin una hora de placer, sin alegría, sin fiesta, hasta que el fatal tósigo, después de haberle dementizado, lo lleva á la muerte.

La hermosa galería de Arrubla ha tomado el nombre de *el salón de los achispados*, y es allí donde los jóvenes, reclinados sobre un mostrador, tétricos, mudos, sombríos, consumen su existencia apurando el venenoso brandy, que les desgarra las entrañas, los devora por dentro y los consume moralmente; y esto sin bulliciosa alegría, y como si se tomaran más bien un narcótico que los privara de sentir la vida.

Sin embargo, el vicio avanza, avanza todos los días : las tiendas de licores aumentan en la ciudad en la proporción que decaen los útiles establecimientos, y el vicio hace sus conquistas, ya en un militar que concluída la campaña se ha quedado sin oficio y busca en la bebida algo que distraiga su fatal hastío ; ya en un joven desgraciado que ahoga en el vaso su funesto amor; ya en un comerciante arruinado que quiere olvidar su caída, y los hermosos días de prosperidad; y ya, en fin, hace estragos en la juventud que, ansiosa de placer y sedienta de goces, busca en la bebida las emociones que no encuentra en otra parte.

Nosotros comprendemos bien que la falta de un trabajo moralizador y constante, la ociosidad forzosa á que se ven condenados los jóvenes en esta ciudad, al mismo tiempo que les faltan placeres y diversiones propias de su edad, contribuyen sobre manera á empujarlos en la senda del vicio ; pero no encontramos disculpable la conducta de algunos que teniendo familia y hogar, lo abandonan todo para ir á buscar placeres que sólo debían hallar en el asilo doméstico.

¿ Quién creería que en la culta Bogotá y en la sociedad elegante, los jóvenes que van á los bailes más aristocráticos toman brandy ? ¿ Quién creería que en los intermedios de la danza, apuran fuertes tragos, y que después van medio ebrios á tomar una linda y perfumada niña y arrojan sobre ella los vapores del licor ? Y, sin embargo, esto no se mira con horror, ni hay quien se queje de este horrible martirio á que se sujeta á las púdicas y encantadoras señoritas.

Toda la ciudad recuerda á ese joven espiritual, el más chistoso de los bogotanos, que tenía genio, corazón, y á quien el licor arrebató en pocos años !

¿ Qué fué de ese poeta que tenía arranques sublimes como Byron, y que componía los versos cadenciosos y dulces que todos repiten hoy con placer ?

Había en Bogotá un joven cuya piedad filial, cuyo amor á su madre lo hubieran divinizado en Grecia; y este joven dejó por el vicio á su madre y hoy está en el cementerio.

Uno de los más habiles artesanos, joven aún y vigoroso, está mendigo, y atruena la ciudad con los acentos de su fúnebre canto.

Los hijos del hombre más acaudalado de Bogotá, que recibieron una educación brillante y fueron en un tiempo obsequiados y mimados por la sociedad, hoy extienden la mano para pedir un real para beber aguardiente.

El Presidente, general Mosquera, dió un decreto en que amenazaba con la remoción á los ebrios; y sin embargo, el decreto no pudo cumplirse, porque encontró á hombres importantísimos á quienes esta disposición iba á herir de muerte.

Los talentos más distinguidos, los escritores más eminentes, los sabios más profundos se han extinguido en estos últimos años, consumidos por el vicio.

El señor Hinojosa era una persona respetable de esta ciudad, comerciante acreditado y padre de una preciosa familia que supo educar en el amor de la virtud y en el santo temor de la sanción moral ; mas, desgra-

cias en sus negocios, ocultas penas ó amigos malos, lo lanzaron en el sendero del vicio; y desde entonces, la alegría desapareció de su hogar, su antes feliz esposa no tuvo ya bastantes lágrimas para llorar su desventura, y la pobreza no tardó en presentarse para siempre en el seno de la familia.

Los esfuerzos incansables de la virtuosa madre lograron, sin embargo, mantener el fuego del hogar, la respetabilidad de la familia y que nada perdiera á los ojos de la sociedad la linda é inocente Carolina, que continuó siendo el encanto de sus amigas y la ambición de ardientes corazones.

Félix la amaba con respeto, con ternura, como se ama á la mujer que, llenando nuestras aspiraciones y realizando nuestros sueños, elegimos por esposa, seguros de que el pudor y la inocencia adornan su sien, y de que su alma tiene la energía bastante para ayudarnos á llevar el peso del destino y apurar con nosotros nuestra ración de lágrimas ; pero Félix había olvidado el vicio en que cayó el padre de Carolina, ó no creía que pudiera ser un obstáculo para su enlace.

Al principio de las relaciones amorosas entre los dos jóvenes, el señor Hinojosa no pareció fijarse en ellos; más luégo, siempre que encontraba á Félix en su casa, lo trataba con aspereza y no dejaba de atormentar á Carolina, llegando hasta prohibirle sériamente que tratase con él, y previniendo á su esposa que no volviese á recibirlo.

La embriaguez produce una especie de demencia, y tiene, como ésta, sus manías. El señor Hinojosa se apasionó por la política, y fué tal el odio que profesó á Félix, por pertenecer éste al partido contrario, que no quería que entrase en su familia ni que fuese el esposo de su hija.

Félix es de carácter altivo, de orgullo indomable y de profundas convicciones, y lo hirió vivamente el rechazo del señor Hinojosa ; pero amaba con delirio á Carolina, ella lo quería también, y no creyó justo sacrificarla á su orgullo ofendido.

Los amantes tienen siempre medios de verse y de comunicarse, y Félix y Carolina no podían dejar de encontrarlos ; los amantes son los únicos que tienen fe, y la fe allana las montañas; y ellos también lograron que a madre se interesara por su amor y que venciese los inconvenientes que había para la unión.

Si hay algo sublime, tierno y conmovedor en la vida, es el cuidado con que una madre prepara la ropa con que su hija debe salir de la casa, el esmero con que arregla su traje de novia, y el empeño que tiene en dar aire de fiesta á la ceremonia con que se separa para siempre de ella; lo que hace en medio de un mar de lágrimas y dando los últimos besos á su hija.

La madre de Carolina, con solícito cuidado y haciendo esfuerzos

inauditos, había logrado aplacar al padre y arreglar el matrimonio. Habían sido invitadas á la fiesta las familias de ambos novios y los amigos comunes.

Era de noche : la sala estaba llena de convidados elegantemente vestidos, de mujeres hermosas cubiertas de diamantes, y radiante de luces y de flores ; pero se notaba la ausencia del señor Hinojosa. Carolina, temblorosa y pálida, rebosaba de felicidad, y estrechaba por primera vez la mano de Félix, que hacía votos de fidelidad.

El sacerdote interrogaba á cada uno de los desposados. Reinaba ese silencio solemne que preside siempre á la ceremonia sagrada, y Carolina acababa de contestar *sí*, cuando apareció en el fondo de la sala la figura pálida y espantosa de su padre, con el pelo erizado, la mirada extraviada y gritando : — No ; yo digo que no !

El terror se apoderó de todos los convidados.

Hinojosa se dirigió á Carolina y la tomó por un brazo ; perc ésta, guiada por un secreto instinto, se refugió al lado de Félix y se puso bajo su amparo. Este la defendió como á su esposa ; y entonces el padre, ebrio, irritado con la resistencia, disparó sobre aquél su revólver y le atravesó un brazo.

Félix, sin mirar siquiera la herida, que brotaba sangre, le dijo al sacerdote :

—Servíos, señor, concluir la ceremonia. Y éste, sin vacilar, bendijo en nombre del cielo, entre las lágrimas de la madre, el espanto de los concurrentes y las maldiciones de un ebrio, la unión de Félix y Carolina.

Todo reposa, todo duerme en la capital; sólo la muerte redobla su actividad llevando la desolación y el dolor á las familias. La mortalidad se ha aumentado horriblemente en esta capital en los últimos tiempos ; la estadística del cementerio arroja datos bien tristes acerca de la salubridad. Sin embargo, nadie se preocupa con esto, lo que prueba una gran filosofía en sus habitantes, pero una filosofía musulmana, que se resigna al destino, porque *la vida y la muerte están en las manos de Alá*.

Nosotros creemos que esta mortalidad no es una desgracia ni un castigo, sino que depende de la atmósfera corrompida en que vivimos y del lujo de inmundicia que se ostenta por todas partes. La ciudad es sucia, inmunda, y presenta un aspecto asqueroso y repugnante.

A lo lejos y al divisar sus elevadas torres desde la extensa sabana, se ve la ciudad envuelta en un vapor espeso que no es más que la

reunión de los miasmas fétidos que exhala, demasiado pesados para levantarse y confundirse con la atmósfera. Al entrar, un olor acre, repelente, como el que sale de las ciudades apestadas de Oriente, rechaza al viajero y le advierte que Bogotá es la mansión de muchas enfermedades y de la muerte. Los arroyos que corren por las calles se ven llenos de animales muertos, y de restos de alimentos en putrefacción, que no alcanzan á ser arrastrados, y que duran al frente de las casas hasta que el agua y el sol completan la disolución. En cada esquina se levanta una pirámide de basura, y á las siete de la noche es imposible atravesar por sus lóbregas calles.

Esto en cuanto al público, que en cuanto á las familias, las causas de insalubridad se aumentan de día en día. Un centenar de familias viven en casas altas, espaciosas, cómodas y elegantes ; el resto mora en tiendas húmedas, oscuras y estrechas, á donde no llega ni un rayo de sol ni una ráfaga de viento purificador; y aglomeradas de á ocho ó diez personas en cada pieza, pieza que sirve de taller para el trabajo, de cocina, de comedor, de alcoba y para todas las necesidades de la vida, hasta para establo de cerdos y corral de gallinas.

Después de haber estado aplanchando ó preparando *la chicha* hasta las diez de la noche, la familia cierra la única puerta por donde entra el aire, y duerme en medio de una atmósfera sufocante, inmunda y enfermiza, y al lado de las vasijas del licor, de las sucias camas de los chiquillos, que jamás se ventilan, y de algunos animales domésticos.

A veces la asfixia los sorprende en el sueño; pero esto no es lo más frecuente, es el tifo el que diariamente invade el recinto y barre la familia ; ó es la pulmonía la que hiere á dos ó tres de los niños, cuando por la mañana se abre la puerta y el viento frío los ataca sobre su lecho inmundo.

La sociedad pasa indiferente sobre estos acontecimientos, porque son los pobres los que así mueren ; sin reparar que la responsabilidad es solidaria : que los vapores que exhalan esas tiendas inmundas van precisamente á dar á las alcobas altas de los ricos : que el tifo es misteriosamente contagioso y se transmite en un átomo de brisa; y que los hijos de los ricos, cuyos órganos son más delicados, están más expuestos á enfermar con los miasmas pestilentes, que los hijos de los pobres, que nacen, viven y se desarrollan entre la mugre.

En cuanto al aspecto moral de la ciudad, nada hay más triste que ver esta inmensa población condenada así : las mujeres á la prostitución, los hombres á la ociosidad y al vicio. Porque las mujeres no tienen con quién ni cómo casarse, y los hombres no encuentran un jornal remunera-

dor; y desde niños se acostumbran á errar por las calles en busca de una limosna, de alegres pasatiempos ó de alguna casa descuidada donde haya algo que hurtar.

Triste, muy triste es la condición de la mujer en Oriente, y la poligamia y los serrallos influyen, sin duda, poderosamente en el retardo de la civilización en aquellas regiones ; pero que vengan á ver esta ciudad cristiana, y digan si hay condición más triste que la de esa infinita multitud de mujeres que ganan el pan con la prostitución, y un pan incierto que depende de su hermosura ; pan que tienen que ganar abriendo sus tiendas á los jóvenes inexpertos ó inundando las calles por la noche, con un descaro repugnante y un cinismo espantoso. Que vengan á ver qué puede esperar la moral, la civilización y el porvenir de una sociedad constituida así, en la que la mujer no es esclava de un hombre sino esclava de vicio, y no está destinada para el placer y la voluptuosidad de un Sultán, sino para el de todos los que le arrojan una moneda, que ella recoge entre la más vil prostitución.

La sociedad pasa también indiferente delante de estos hechos, porque la clase pobre es la que sufre los estragos del vicio ; pero se olvida de que la prostitución es también contagiosa como el tifo, y que se transmite con la atmósfera : que los ricos no pueden preservar á sus inocentes hijas de presenciar las escenas que en las tiendas bajas de la casa pasan con frecuencia, ni que sus hijos caigan en las redes que les tienden esas huríes perversas, que se cruzan por todas partes para seducirlos.

Hace algunos días que circuló en la ciudad el rumor de que á las orillas del rio San Francisco se encontró un cadáver de mujer descuartizado : este rumor ha crecido y se asegura que este cadáver es el de una muchacha muy conocida en Bogotá y de quien se refieren las siguientes anécdotas, que corren en boca del pueblo.

Esta muchacha era insinuante, despierta, audaz y eminentemente mala y corrompida. A las casas se introducía prestando oportunos servicios, y ganándose, por su expedición, inteligencia y buenas maneras, la voluntad de los amos ; pero siempre con el siniestro fin de ser la mensajera de galantes billetes para las señoritas, y de obtener de ellas prendas que los jóvenes le pagaban á precio de oro.

Un joven de familia distinguida cayó en sus redes, luégo la abandonó, y el joven murió poco tiempo después. Le dió *bebedizo*, dice el pueblo.

No hubo casa en Bogotá donde esa serpiente no se deslizara.

Si este horrible asesinato es cierto, él no es más que el desenlace de

una cadena de crímenes que hace mucho tiempo se están cometiendo en Bogotá. Él está relacionado con el robo cuantioso que hace algunos años se cometió en la casa de una respetable señora de la capital y en el cual la opinión ha marcado á personas de mucha fortuna. Él está relacionado con el homicidio, que no ha sido castigado, de un hombre; y él, en fin, no es más que una muestra del estado moral de esta ciudad.

Esta mujer había recorrido en pocos años la carrera del delito y había hecho grandes progresos, aplicando los recursos de su funesta inteligencia, y haciendo servir alternativamente el amor para el delito, y mezclando el delito en sus amorosas relaciones.

¿ Hay verdad en lo que se cuenta ? Un pobre y joven estudiante se apasionó de tal mujer, quien le hizo saborear los placeres de una vida ociosa y de comodidades por algún tiempo, y olvidar su carrera y mezclarse en la sociedad de los perversos que ella frecuentaba, y que lo acabaron de lanzar en el piélago de los vicios.

Hasta dónde llegó, nadie lo sabe ; pero se dice que una tarde se oyeron voces en la casa de la muchacha, y que ésta decía : « Bien ! yo lo diré y lo denunciaré todo, si me abandonas.»

Esa noche salieron juntos, como de costumbre ; pero ninguno de los dos volvió.........

Decididamente, Bogotá es una deliciosa mansión, por la actividad de los negocios, lo rico de su comercio y sus variados y repetidos placeres, sin hablar, por supuesto, del aseo de sus calles y su magnífico alumbrado por las noches.

—Maldonado, ¿ ya está mi reloj ?

—Mañana mismo se lo entrego; pero ¿ qué dice usted ? ¿ que se firman las leyes ? Nada ! Se burlan del Congreso.

—Patricio, ¿ pudiera usted dorarme un cristal ?

—Por supuesto ; casualmente estaba haciendo uno como usted lo quiere, el día en que salió el decreto del Presidente contra el Congreso ; ¿ ha visto usted cosa semejante ?

Por en medio de un numeroso corrillo que obstruye la puerta de una tienda me abro campo para llegar hasta donde está el comerciante, y á mi paso dice uno : "¡ Chito, que es godo !" El otro : " Siempre tendremos que *fregarse* los liberales." Otro, á media voz : "Pero no ha de quedar uno solo de estos pícaros ;" y así llego al frente del mostrador.

—Señor ¿ me compra usted unas resmas de papel florete ?

—Ahora, imposible. Mientras que no calmen estas cosas, no se puede

hacer negocio. ¿No ve usted cómo vino el Congreso á trastornarlo todo? ¡Tan bien como lo llevaba el Presidente!

Deslízome como puedo, y al retirarme oigo detrás de mí el rumor de la cólera contenida con mi presencia y que, si más me tardo, hubiera hecho explosión como el Cotacachi.

—Beso los pies de usted, mi señora.

—Adiós, caballero.

—¿Para qué le contestas á ése, que es godo?

Esto lo alcanzo á oír, porque la señora que lo dice quiere que yo lo oiga.

Sigo haciendo mis diligencias y paso por el frente de un grande almacén, en donde están contando dinero sobre el mostrador, y le pregunto al primero que pasa:

—¿Este es el Banco?

—No señor, me contesta, es el punto donde se recoge la contribución voluntaria de los oposicionistas para la guerra.

—¿Tiene usted botines para mi pié? pregunto en una tienda.

—No señor, pero tengo un famoso *revólver*, y usted debe andar preparado, porque los liberales lo detestan.

Llego á ótra en busca de mis botines.

—Venga usted, sáquenos de una duda, me dice el tendero. ¿Es cierto que el Gobierno general tiene los hilos de una gran conspiración?

La política, sólo la política ocupa los instantes de esta gran ciudad, y ella invade los talleres, alcanza á todas las clases y forma una atmósfera que ahoga; y por la noche, se duerme uno y sueña con dictadores, conspiraciones, &c.

La criada va por pan y se tarda una hora, dando por disculpa que estaban leyendo un papel muy bueno contra cierto círculo, y que no pudo menos que pararse á oír.

El criado se deserta para ir á la democrática, y á media noche y muerto de frio tiene uno que aguardar en la puerta de la calle á que el *cindano oficioso* pronuncie su última perorata contra la *tiraniberia* de los *conserveros*.

Manda uno remendar una levita, y al día siguiente va por ella.

—¿El maestro?

—¿Cuál maestro?

—Munévar.

—El Coronel, dirá usted, le contesta la mujer haciéndole mala cara. Se fué para Guasca.

—¿ Y mi levita ?

—¿ Es decir que se había de ir de ruana ? Pues se equivoca mucho usted; tan caballero es él como usted; y ahora sí vamos á saber si hay ó no *manos muertas*.

—Tan-cataplán-plan-plan ! Bando en que se promulgan las leyes de la Asamblea.

Tan-cataplán-plan-plan ! Bando del Presidente en que se desconocen las leyes de la Asamblea, y se dice que los Alcaldes son nombrados como á aquél le parezca.

Tan-cataplán-plan ! Bando del Alcalde en que se desconoce el decreto del Presidente, y se dice que él es el verdadero Alcalde.

Tan-cataplán-plan ! Bando del Agente de policía en que se desconoce al Alcalde.

Tan-cataplán ! Bando del Tribunal en que se desconoce al Agente de policía, y se manda juzgar á todos los que le obedezcan.

—¿ A quién llevan preso ?

—Al Prefecto.

—¿ Por orden de quién ?

—Del Tribunal.

—Allí traen otro preso, ¿ quién es ?

—El Juez.

—¿ Por órden de quién ?

—Del Prefecto.

No hay quien entienda
La algarabía
De la Alcaldía
En discusión ;
Todos disponen
Distinta cosa,
¡ Es espantosa
La situación !

Hay un gran cartel en la esquina de la plaza ; leamos :

« PROCLAMA.

¡ Cundinamarqueses ! »

—¿ De quién es ?

—Del Directorio.

—¿ Contra quién ?

—Contra el Gobernador.

"PROCLAMA.

¡ Cundinamarqueses !"
—¿ De quién es ?
—Del Gobernador.
—¿ Contra quién ?
—Contra el Directorio.
No hay teatro y todos están encerrados en sus casas.
—¿ Por qué ?
—Porque esta noche sí es deveras.
—¿ Qué ?
—La revolución.
—¿ Quién la hace ?
—El Gobernador.
—Mentira, que es el Directorio.
Díganme ustedes ahora si no es deliciosa la vida de Bogotá.

El pueblo romano, degradado por los Emperadores, empobrecido por los nobles y corrompido por las conquistas, indolente y perezoso, pasaba la vida anhelando por la guerra, tomando baños en las hermosas termas con que lo obsequiaba cada uno de sus amos, esperando las galeras que ya del Egipto, ya de las Galias debían traer el tributo de aceite y trigo para la ciudad de Roma, y ansioso de emociones, concurría frenético á los espectáculos sangrientos que se le daban en el circo, para deleitarse viendo los miembros palpitantes de un hombre desgarrado por un león, ó el combate de gladiadores en que morían hasta diez mil para divertir al pueblo-rey.

¿ Tiene el pueblo siempre necesidad de fuertes emociones, y busca ansioso algo que lo conmueva y que lo agite ?

Bogotá, empobrecida por las revoluciones, degradada por la miseria, sucia, hambrienta y corrompida, también anhela por la guerra ; y no teniendo comercio, ni juegos, ni espectáculos, busca las emociones en la política, hace de ella una ocupación, una necesidad, un placer, y la agita, la acalora, la envenena, para tener con qué llenar todos los instantes de su vida fastidiosa.

Y Bogotá tiene también sus gladiadores que van á hacerse matar en Guasca ó en el Tolima; y cuando allá se derraman torrentes de sangre, la ciudad, festiva, sigue con ansiedad los detalles del combate, celebra los triunfos

de los que quedan victoriosos, sin cuidarse de los que mueren ; y matronas y niñas toman parte en la relación sangrienta, con el mismo interés con que las damas romanas asistían al circo y hacían morir sin misericordia al que no había sabido caer con elegancia.

Gustan en Bogotá los oradores que inflaman las pasiones, que avivan los recuerdos dolorosos, que mantienen el fuego de los odios y que, calificando las leyes con ofensivos dictados, preparan un gran combustible de odios, de rencores y de venganzas para mantener la guerra en el porvenir.

Gustan en Bogotá los periódicos que hieren, ofenden, destrozan y vilipendian á los enemigos ; los que escritos con hiel y sangre, hiel y sangre han de derramar en la República ; y los que aconsejan siempre la resistencia, la rebeldía y la guerra, porque la guerra es el espectáculo que se desea.

Gustan en Bogotá los hombres públicos, energúmenos, fanáticos, violentos, que preparen conflictos y exacerben todas las cuestiones ; que odien con violencia á sus contrarios y que pidan cadalsos y persecuciones ; que no discutan sino que ofendan, y que todo lo resuelvan con la guerra, porque la guerra es la situación en que hay emociones.

Gusta en Bogotá una época de agitación, en que se abandonan todas las ocupaciones, en que todos los días hay una nueva emoción, en que se ocupa la barra del Congreso desde temprano para formar tumulto y promover desórdenes, en que las esperanzas de paz ó de guerra se renuevan á cada instante, en que las malas pasiones vuelven á tomar su rechinante voz, y en que los gladiadores se muestran prontos, anuncian públicamente su partida, y se ofrecen en espectáculo.

Gustan en Bogotá los trastornadores de todos los días, los que ayer se ofrecían para una conspiración con el objeto de salvar un principio, y hoy se ofrecen para una revolución contra ese principio.

Gusta en Bogotá la guerra, en fin, por más que contra ella se hable con cierto fingido pudor ; á ella contribuyen todos activamente, ó de ella se hacen cómplices por sus decididas simpatías y su tolerancia con los promovedores. Y si esto no fuera así, ¿ cómo podría explicarse el que la guerra dependa, no de la voluntad de un Emperador ó del Czar de Rusia, como en Europa, sino de la de uno ó dos hombres que se proponen no obedecer las leyes ? ¿ Cómo podría explicarse el hecho de que la tranquilidad toda y el porvenir entero de la Nación los decida el que se levante ó nó una guerrilla de hombres desautorizados ?

Esta fiebre política de todos los instantes y que invade todas las clases de la sociedad, es un efecto, pero al mismo tiempo contribuye á mante-

ner el estancamiento de la industria, la paralización en las empresas y la miseria espantosa que reina en el país. Los capitalistas que siguen vivamente los vaivenes de la política, gastan al fin sus capitales esperando el desenlace; los acomodados consumen sus ahorros sin buscar una industria; los pobres pierden toda esperanza de trabajo y se lanzan a la guerra; y mientras que se debaten las cuestiones políticas, mientras que todos los círculos deciden sobre el éxito de la guerra, la miseria, como una inmensa ola, avanza, y todo lo devora y lo consume.

¿ Piensa el Gobierno de la Unión en el fomento del gran territorio de San Martín, y en emplear los ahorros, producto de una severa economía en su Administración, en abrir camino al Meta, para hacer cambiar como por encanto las míseras poblaciones del interior en poblaciones ricas y felices y preparar un nuevo porvenir industrial á la República ? ¡ Alto ! le grita la política tormentosa de la capital, piense el Gobierno en su propia salvación, en organizar fuerzas y en esperar el combate ; y esos ahorros destínelos para balas y pólvora.

¿ Piensan los hombres industriosos en cubrir de café nuestras tierras calientes, en abatir las selvas para convertirlas en prados, en sembrar quina y artículos de exportación que den vida al pueblo hambriento y haraposo ? Alto! les grita la política de la capital, de hoy á mañana habrá un conflicto á que es preciso atender.

Hace pocos días se nos presentó un artesano preguntándonos si en nuestra oficina era donde se había abierto una suscrición para auxiliar á los que se iban á pelear.

—No, amigo, le contestamos. ¿ Y usted por qué se va á hacer matar ?

—Porque los liberales son la causa de nuestras desgracias ; porque el pueblo no puede sufrir más su dominio, y es preciso poner término á los males de la patria que ellos, hace tanto tiempo, están causando.

—Reflexiónelo usted bien, y acuérdese de su familia al partir.

Nuestra conversación fué interrumpida por una mujer pálida, extenuada y mal vestida, pero en cuyas facciones se descubría todavía el resto de una pasada belleza : llevaba dos niños de la mano y uno en los brazos.

—Una limosna, señor, para estos pobrecitos, que son hijos de un buen liberal, nos dijo al entrar.

—¿ Y dónde está su padre ? le preguntamos con interés.

—Murió en una acción, pues se fué al Tolima á defender la libertad.

—¿ Y la dejó á usted y á sus hijos ?

—Sí señor, porque el pueblo no puede soportar ya á los conserva-

dores, que maquinan incansablemente, y son la causa de todas las desgracias de la patria.

—¿ Quién era su esposo ?

—El maestro Elías Sarmiento.

—Era mi hermano ! dijo el que había venido á solicitar fondos para irse á pelear contra los liberales.

—Cuide usted de esa mujer abandonada, le repliqué, de sus hijos huérfanos, y éste será el servicio más grato á Dios y á la patria.

Las abejas están de moda: las niñas, en vez de cuidar micos y guacamayas, como antes, cuidan hoy colmenas que se propagan con fecundidad admirable, y dentro de poco las habrá en todas las casas; pero se ha observado que los zánganos que devoran la miel y destruyen la cera, se propagan en Bogotá más que en ninguna otra parte, y que si esto no tiene algún remedio, habrá que abandonar toda esperanza de aclimatar esta industria.

La sociedad es una inmensa colmena en donde infatigables abejas trabajan día y noche para aumentar la riqueza pública ; pero un enjambre de usureros indolentes y perezosos devora la miel y hace imposible toda industria. Bogotá está llena de estos individuos que viven de sangre, y que sin embargo se revisten de un carácter honorable á los ojos de la multitud, que hacen creer que son honrados y que no viven sino explotando la miseria, la ignorancia ó la credulidad de los demás, y que aumentan sus riquezas á proporción que la industria decae, el comercio languidece y la sociedad se arruina. Las grandes fortunas se han hecho con la usura, y la revolución, la ruina de las empresas y el fracaso de todas las especulaciones no han hecho más que fecundarlas.

Levantar la voz en nombre de la sociedad para castigar los vicios que se le quieren imponer ; defender la moral contra los que de antemano han conquistado posición bastante elevada para despreciarla impunemente, y retratar al crimen tal como es para que no engañe á la multitud y no se le tributen las distinciones que sólo se deben á la virtud y á la probidad, es un deber de la prensa, como es un deber del sacerdote erigir su cátedra sagrada en medio del vicio, atacarlo frente á frente; y mientras más soberbio y más poderoso se muestre, herirlo con más energía.

Como en Bogotá no hay un solo banco que fije la rata baja del interés y que adelante capitales á los hombres industriosos bajo su única responsabilidad, éstos tienen que ocurrir al usurero, que en un contrato

privado, midiendo de antemano la necesidad urgente del prestador, y explotando sin misericordia la situación, le exige intereses que pasmarían al mundo comercial, y que llevan al industrioso inevitablemente á la ruina; eventualidad que ha previsto el usurero, el cual ha tomado de antemano sus seguridades á fin de duplicar con ella su capital.

Cuando uno es niño, se figura al usurero como á un viejo judío, de barba negra, ojos penetrantes, faz odiosa, avaro, mal vestido, y pasando la vida en el antro en donde tiene oculto y bien guardado su oro. ¡Qué engaño! El usurero de Bogotá es un caballero que vive honorablemente, tiene una familia respetable, habita una decente casa, educa á sus hijos en Europa, lleva á sus hijas á la sociedad, se viste con elegancia, y no se distingue del resto de los humanos sino por sus instintos feroces y sus predicaciones permanentes en favor de la propiedad.

Pero ¿qué decimos? ¿puede pintarse acaso al usurero, cuando la ciudad encierra tántos, y este vicio domina yá en todos los rangos de la sociedad; cuando hay usureros que dan mil pesos para recibir dos mil, y usureros que dan un peso para recoger un cuartillo por día; cuando el usurero es comerciante, es propietario, es fullero, es mujer, es clérigo, es ministro, y es *chichera*; cuando, en fin, la aspiración constante en Bogotá es *tener algo para ponerlo á premio?*

Para nosotros, que en las grandes catástrofes miramos con igual sentimiento arruinar el palacio del rico propietario de Quito que la choza de barro del pobre indio de Imbabura; para nosotros es el mismo hombre el que en medio del lujo y avanzando capitales ha ido acumulando en una sola mano las grandes haciendas de la sabana, y el que detrás de un mostrador mugroso ha ido recogiendo todas las fincas de oro de las pobres familias; uno y otro han ejecutado una industria infame, y uno y otro han sido una funesta calamidad para el país.

« Establézcase como regla de moral que el contrato de dinero á interés se reputa como una compañía entre el prestador y el prestamista, en el que el uno da el capital y el otro pone la industria, teniendo derecho á la mitad de la utilidad probable,» ha dicho un ilustrado escritor, y esta es la verdadera regla de moral, la única manera de que el préstamo á interés no sea un hecho profundamente infame, un robo autorizado por la ley y de funestas consecuencias para la sociedad.

Si se quieren ejemplos, Bogotá los ofrece á millares. Aquí se ven todos los grandes especuladores arruinados, todos los hombres industriosos arruinados, todos los artesanos arruinados; los unos por las revoluciones, los otros por la crisis comercial; éstos por las malas cosechas, aquéllos por

la penuria general. Pero sobre todos ellos levanta su altiva cabeza el usurero, para quien nunca hay ni malas cosechas, ni estación funesta, ni acontecimiento alguno que pare por un instante el reloj del terrible interés. Sobre las ruinas y desolación de Ibarra levantaría, si tal desgracia hubiera sucedido á Bogotá, levantaría, decimos, su sereno dominio el usurero, porque todo se habría arruinado, pero él habría salvado sus pagarés, y al día siguiente de la catástrofe pediría ejecución.

¿ Lo dudáis ? Un hombre de aquellos á quienes Emiro Kastos llamaba *atletas de la industria*, dejó sus propiedades en la Sabana, y se fué al Magdalena á trabajar para fecundar esas regiones, para derramar la civilización y el bienestar entre los trabajadores y para dar al país exportación, riqueza y porvenir. Este hombre tomó capitales á interés. Como á todos los que trabajaron en el Magdalena, la suerte le fué aciaga ; y cuando volvió, sus propiedades de la sabana estaban embargadas y á poco tiempo fueron rematadas.

Un caballero, cuyo nombre debe ser grato para los amigos del progreso, era dueño de una rica hacienda ; pero su genio era emprendedor, y para otra especulación tomó dinero á interés y murió antes de ver concluída su obra. ¿ Qué fué de su hacienda ? ¿ Qué fué de su familia ?

Dejemos á los ricos, cuyas desgracias no nos interesan, y vamos á una tienda que se encuentra á poca distancia de la Calle Real, porque allí es donde los pobres llevan los despojos de la miseria para saciar el hambre feroz de un usurero.

En esta tienda debióse en algún tiempo vender algo, porque tiene estante y mostrador ; pero hoy está casi vacía y sólo se ven en espantosa confusión, sillas de montar, usadas, imágenes de santos, relojes de sobremesa, sofás, varios libros y una enorme caja de madera, de donde Don Antoñito, su dueño, va sacando infinidad de fincas de oro, cada una con un papelito, ó cubiertos de plata y relojes de bolsillo.

Allí van todas las pobres madres de familia los jueves en la tarde á buscar para el mercado del día siguiente, llevando para empeñar los restos de la pasada fortuna, los zarcillos de oro de la hija y el cubierto de plata de la abuela ; y reciben dos ó tres pesos, al módico interés de un cuartillo por peso diario, con la *expresa condición* de que si al mes no los devuelven, las fincas serán de Don Antoñito.

Allí va el infeliz artesano á empeñar su obra sin concluir, por pan para sus hijos, y se compromete á devolver el doble de lo que recibe, ó queda la obra como de Don Antoñito.

Allí va el jugador perdido y deja un aderezo *en fincas* por una onza

de oro con que va á desquitarse, pagando á real por hora ; pero si la suerte le es adversa, el aderezo es de Don Antoñito.

Allí va el elegante *cachaco* y deja su reloj y su leontina de oro por un condor para un caso de honor imprevisto, para pagar un ramillete á Casiano Salcedo, y ofrecérselo á una actriz la noche de su beneficio ; pero este condor gana un real diario, y si el cachaco se descuida, el reloj y la leontina son de Don Antoñito.

Allí va el pobre *cachifo* y empeña su libro por dos reales para comprar dulces con sus condiscípulos; pero éstos también se duplican : el cachifo no puede reunir ni en una ni en dos semanas tanto dinero, y el libro viene á ser de Don Antoñito.

¿ Qué hace Don Antoñito con esos zarcillos, galápagos, relojes y libros ?

Los *dota.*

Cuando alguno va muy urgido por dinero, él se lo da, pero á condición de que tome un *muérgano* por tanto, *dotado* con tanto, y ganando el todo el *módico interés* de tanto.

No es creíble, pero es verdad, que á Don Pio, el mejor cristiano de los que matan ganado, le obligó el otro día á tomar *Las Ruinas de Palmira*, *La Nueva Eloísa y la Moral de Holbach*, por cien pesos, dotados con otros ciento, para salir de un apuro que tenía, por no haber podido vender la carne el viernes anterior.

Que al elegante Arístides, por diez pesos, para una comida á escote en el Casino, un día en que estaba sin blanca, le obligó á tomar un rosario de granates con crucero y pasadores de oro, firmando un pagaré por veinticinco pesos.

A Doña Consolación, la beata, le dió un anteojo de teatro: al doctor Pacífico un rifle y á nosotros un birlocho.

El usurero también tiene sus contrariedades en la vida, ¿ cómo no ? él también puede decir con Terencio :

« Humanu sum humani nihil a me allienum potu.»

No hace cuatro días que sucedió esto. Muerto un caballero honrado y puntual, que no pudo arreglar sus deudas, y aunque dejó bastante haber, entre los acreedores se dividieron la túnica, y á un usurero, como *acreedor de mejor derecho*, le tocó la casa en que había vivido.

Consiguió auto de lanzamiento contra la viuda, y el día en que fué á expulsarla, encontró su cadáver extendido en la sala y cinco niños llorando á su alrededor. ¡ Qué contrariedad ! Tuvo que aguardar veinticuatro horas, mientras sacaban el cadáver.

XVIII.

EL ESTUDIANTE.

Líbreme Dios de alusiones personales en mis artículos, y líbreme también de que mis lectores, ó lector (que alguno he de tener, aunque sea el más triste, el más desgraciado de los nacidos), empiecen á hacer aplicaciones de lo que escribo; pues no quiero disgustos ni desafíos, ni pasar por hablador y lenguaraz, y me callaré como un indio, y me haré sordo como la policía hasta que me llegue el tiempo del desquite. Mas como no puedo dejar de escribir, y no han de faltar enemigos y malquerientes que, no atreviéndose á insultarme cara á cara, me tomen por estafermo y empiecen á decirse: «Mire que á usted lo pintan á las claras en Don Querubín.» «Lea con cuidado, mi señora Concepción, ciertos artículos, y verá cómo allí han tratado de desacreditarla, &c. &c.» para evitar incomodidades con los fuertes, voy, implacable, á saciarme en un ser débil, desamparado y pobre, en un mísero estudiante.

En la postración en que ha estado nuestra industria; en el estado de barbarie en que hemos vivido, *hacerse Doctores* ha sido la única carrera que ha quedado abierta á los jóvenes; y por esto no ha habido padre, por ignorante, por pobre que haya sido, que no haya hecho sus ahorros y muchos sacrificios para mandar á su hijo al colegio, con la esperanza de verlo un día siendo el *señor Cura* del pueblo, el *Doctor médico* del lugar, el *Juez* de su cantón, el Diputado á la Legislatura ó el Representante de su Estado; y si no ha soñado con verlo de Presidente, es porque todos sabemos que mientras que el pueblo permanezca embrutecido, la Presidencia es, por derecho divino, de los audaces. Y á esa circunstancia es á lo que debe la sociedad el estar plagada de Doctores; y no se crea que yo me quejo, bien

al contrario, creo á ojos cerrados que por esto Colombia es la República más adelantada de la América del Sur, aquella en que hay más ciencia, literatura y progreso.

¿ Qué tal ha estado para los Doctores este último párrafo ? Se conoce que el que lo escribió, contestará alguno, no nació más allá del Táchira, ni conoce otros países, ni deja de ser uno de esos Doctores ramplones que todo lo componen con una cita de Bentham ó un plagio de Vatel.

Ocurriósele al compadre del padrino del nieto de la suegra de mi hermana, sacar de su hijo Alfredo un chico de provecho, y para esto, después de que le enseñaron en su pueblo á leer mal, lo mandaron al colegio del Rosario de esta ciudad á estudiar la *cachifa*, la *filosofía y* el *derecho*. Más le hubiera valido al infeliz que lo hubieran condenado á trabajos forzados, que á ser *cachifo* en un colegio; pues desde la noche en que llegó empezaron sus padecimientos y angustías. Después de la cena le rezaron *la doctrina*, ó, como dicen los masones, *sometieron el profano á las pruebas físicas*. El más perverso de los colegiales entró disfrazado de fraile y principió á hacer preguntas extravagantes, hasta que llegó al cachifo, y con aire burlesco y socarrón le preguntó : ¿ Dónde le puso Dios la mano á Adán ? Señor, contestó todo aterrado el infeliz, el cura de mi pueblo no enseña esa doctrina. — Que le den doce azotes, replicó el seudo fraile, que sin duda era de cierta escuela que dice *que la letra con sangre entra ;* y sepa usted que es muy tonto al no saber que fué al extremo del brazo. En vano fueron súplicas, ruegos y promesas de aprender la doctrina al día siguiente; cuatro patanes lo cogieron y le aplicaron la receta ministerial. Y éste fué apenas el principio de su martirio, pues no le quedó dulce en su baúl que no le robaran, ni miembro de su cuerpo que no le magullaran ; creyéronse todos los estudiantes en el deber de darle aunque fuera un puntapié ó un papirote. Todo el día lo ocupaba en servir á los mayores, bajándoles las pelotas del tejado, lo que le proporcionaba la ocasión de rodar él también muchas veces con la pelota; y cuando iba á la clase, como no había aprendido el *musa musæ*, el catedrático lo recibía con la férula, y muy frecuentemente *mandándolo al rincón*, por haber dado *pésima*, cosa que no les sucede á muchos Secretarios.

No solo á los partidos políticos les toca en suerte pasar de víctimas á verdugos, gobernar con la Constitución y leyes con que los han gobernado, sino que á Alfredo, despues del primer año, también le cupo la ocasión de ejercer sobre los novicios toda la tiranía, toda la crueldad que habían empleado con él; entonces ocupó su tiempo en inocentes diversiones, tales como quitar el sombrero á las beatas que pasaban por la puerta, po-

niéndoles en su lugar una coroza ; enlazar perros y ponerles un cencerro en la cola, con lo que salían como demonios; ó robarse las gallinas de la vecindad; y así pasó los otros dos años de *cachifa,* al cabo de los cuales, con el auxilio de buenos diccionarios, podía traducir ya las fábulas de Fedro.

De filósofo, ya tuvo derecho de participar de todos los planes de los demás colegiales, y por su audacia y atrevimiento se hizo el jefe y capitán de los *perdidos:* no había noche que no se saliera del colegio, día que no tuviese una pelea, ni semana que no fuese condenado al calabozo, llevando así una vida desastrosa, y cuidándose tanto de su educación, como los gobiernos se ocupan de la primaria; hasta que pocos días antes del examen se persuadió de que era preciso estudiar algo, siquiera para cubrir el expediente, y tomó sus libros de Historia, Francés é Inglés, que estaban intactos, como las espadas de algunos Generales ; y principió á estudiar con tanta rapidez, con tanto entusiasmo, que por la noche, cuando descansaba, veía pasar por su acalorada imaginación á Griegos y Troyanos, á Romanos y Fenicios, todos unidos y en desacordada confusión ; veía Repúblicas con ejércitos, Reyes y tribunos, y no podía distinguir á Gutemberg de Laínez ; á Lutero de Gregorio VII ni á Colón del Duque de Alba. El día de examen llegó, en fin, y Alfredo se presentó fresco y satisfecho á sostenerlo.

—¿ Quién fué Rómulo ? le preguntó el examinador.

—Rómulo, contestó, fué hijo de Venus y Nerón; reinó en Tebas, la ciudad de las Cien puertas, dos mil años antes de la era vulgar; asistió al Concilio de Basilea y murió en la guerra de las Cruzadas.

—¿ Cómo dice usted ? le interrumpió el examinador.

—Me equivocaba, señor : Rómulo fué hijo de una perra, la que lo arrojó al Ganges, y de allí lo sacó Vasco de Gama en su viaje al Cabo de Buena-Esperanza: se hizo notable por haber quemado la biblioteca fundada por los Faraones, y murió á manos de su hermano Caín, quien lo mató por envidia de su virtud.

Veamos el francés :

«Maximes de religión et de meurs por l'Ablé Mointaigne.

Je sui d' avis que la loy en deféndant l'adultère á defandu tuot le vice dans l'amour.

El tradujo :

Maximas de religión de los moros, para la abeja de la montaña.

Yo tengo aviso de que Laloy, defendiendo el adulterio, ha defendido toda clase de amoríos.

Bien, bien, gritaron todos; y procedióse á la votación y salió *réprobo con plenitud.*

—Aquí no hay moral; aquí no hay opinión pública; aquí todo es mentira, decía el malogrado joven; y ya que no hay nada de esto, debería haber, por lo menos, exámenes para los aspirantes á las Secretarías, y entonces tendríamos dos ventajas: la primera, que no se llegaría á ese puesto por asalto, como suele suceder; y la segunda, que los que salieran reprobados por ignorantes, y serían los más, llenos de vergüenza, harían lo que yo: firme resolución de aprender algo, propósito de la enmienda y promesa de no aspirar á lo que no deben ni pueden. Con efecto, después de aquel desgraciado acontecimiento, se hizo estudioso, activo y consagrado, pero no formal; pues aunque cumplía en sus clases y hacía rápidos progresos, no dejaba sus travesuras, ni tampoco de robar á sus compañeros y á la botillera de la vecindad todo cuanto podía, para saciar su hambre: compañero inseparable del colegial, y verdugo que lo atormenta sin descanso, como puede colegirse del siguiente soneto, que estaba escrito con carbón en un claustro del colegio:

«Si Dios Omnipotente me dejara
Mi apetito saciar como quisiera,
Ni trufas ni alcachofas yo tomara,
Ni helados, ni rosquetes le pidiera;
Si un queso del Salitre me bastara
Para mi hambre saciar, yo lo eligiera;
Mas cuántas hambres recordar pudiera,
En que un queso mi mal acrecentara.
Yo sólo pido al Todopoderoso,
Benigno me conceda estos tres dones,
Para el hambre ahuyentar y ser dichoso:
Un mar de dulce en todas ocasiones,
Con sus islas de queso mantecoso,
Y un mundo, en fin, de arepas y roscones.»

Concluída la filosofía, Alfredo salió del colegio y buscó para vivir una casa de huéspedes: compró un paletó capaz de sufrir las más rudas campañas, y un sombrero de fieltro, y se preparó al estudio.

Su vida desde aquella época es un tejido maravilloso de diversas existencias: de día va al colegio y estudia, pero la noche le pertenece, y en ella se entrega con furor á sus locas travesuras. Unas veces se junta con sus compañeros, hace rodeo de burras en la plazuela de La Capuchina, monta en una sin silla ni brida, y se declara en expedición: y si no se entretiene en quemar todos los bastidores de linón ó de muselina que hay en

las ventanas, cantando mientras tanto, acompañado de la guitarra, estos versitos :

Duerme mi vida,
Duerme tranquila,
Mientras yo quemo
La muselina.

Duerme mi vida,
Duerme mi amor,
Mientras yo acabo
Con el linón.

Otras veces cambia todas las tablas de anuncios, poniendo sobre la puerta de su colegio la que dice : *Aquí se cuidan caballos ;* sobre la de un cuartel la de *Carnicería pública ;* sobre la de la Tesorería, *Agencia general de negocios;* y sobre la de un rico, *Leche á todas horas.* Se entra á todos los bailes de las Nieves sin ser convidado, y á pocas vueltas se hace dueño del patio; y si alguno se le opone, arma camorra, apaga las velas y empieza á dar garrotazos sin misericordia: las mujeres gritan, los chicos lloran, los hombres reniegan, todos se aporrean; y cuando viene la luz, Alfredo se ha salido ya por las tapias de la huerta.

Napoleón decía que la lucha eterna, la lucha universal era la de la fuerza contra la inteligencia; y Alfredo, siguiendo esta ley, es por instinto enemigo de los militares. Voy á referir una anécdota. En cierta época en que el militar era omnipotente, hubo elecciones, y como era natural, los militares se creyeron los dueños únicos del patio; pero los perversos estudiantes se les pusieron al frente, y un General habló de darles foete. Esto era todo lo que deseaba Alfredo: se puso á la cabeza de la falanje estudiantil, y marchó diciendo para sí : Si me pega un General, ¡ qué bárbaro ! dirán las viejas, pegarle á un niño ; si le pego á un General, ¡ qué guapo ! dirán las niñas, y de todos modos me inmortalizo. Avanza, pues, se tercia el sombrero, se cuadra, y confiado en su numerosa retaguardia, le pide cuenta de haberles ofrecido látigo: el General tose, vacila, se tuerce el bigote, mira á sus compañeros, mide con la vista el inmenso mar de cabezas de estudiantes que le rodea, y entra al fin en tratados con ellos.

Alfredo es de carácter noble, generoso y desinteresado ; si tiene medio real, lo gasta con sus amigos; si ve á dos peleando, se pone siempre de parte del débil; si un pobre le pide limosna y no tiene dinero, se quita la corbata y se la da; y si algún cachaco empieza á hablar contra alguna mujer honrada, le sella la boca de un bofetón, pare en lo que parare. Cuando

algún personaje está proscrito, es su ídolo; y se convierte en el Cabrión del gobierno. Cuando el proscrito llega á ser Presidente, se avergonzaría de saludarlo.

Si llegas al Congreso, paciente lector, el día de una discusión acalorada, y quieres saber de parte de quién está la razón y la justicia, mira de qué lado está Alfredo con sus compañeros, á quiénes aplaude con furor y á quiénes tose é interrumpe; y está seguro de que los primeros son dignos y los segundos son, ó indignos ó vendidos al poder, porque él, sin ambición, sin temores y sin empleo, se conserva puro y es el tipo de la justicia y el sectario más fervoroso de los principios; y los defiende, ya sea contra los fanáticos ó contra los bárbaros. Es verdad que Alfredo es comunista. Muévelo á esto una razón bien difícil de destruir, y es la de que el dinero que le manda su padre no le alcanza para nada, y no puede convenir en que los almacenes estén llenos de levitas elegantes, y él esté reducido al paletó cuotidiano, ni en que sus libros los tenga que empeñar cuando le apura el hambre y se encuentra limpio y con su crédito no muy bien sentado en las botillerías.

La pobreza conduce frecuentemente á los vicios, pero en Bogotá no es así: aquí los jóvenes pobres no son los corrompidos: ellos hablan de política, componen versos, fundan sociedades, peroran &c. &c.: aquí los corrompidos son los ricos, que juegan dado y se embriagan: inútil es, pues, decir que Alfredo es virtuoso, habiendo dicho que es joven y pobre. Y en efecto, él no juega. ¿Qué habría de jugar? No bebe, ¿con qué habría de beber?

Como Alfredo tiene por lo regular una querella mensual con sus caseras, por no tener con qué pagarles, su equipaje anda de arriba á abajo por la ciudad, como haciendo estaciones, y es muy conocido por lo sencillo: una cama, un baúl y un ropero; cinco libros: "Los Códigos," su libro de necesidad; "Jorge Sand," su bello ideal; "Juan Jacobo Rousseau;" su filósofo predilecto "El doctor Themis," humilde monumento elevado á nuestra literatura nacional por un joven pobre como él, á quien, lleno de inteligencia y de virtud, la sociedad dejó marchitar y morir en la oscuridad; y el "Libro del pueblo de Lamenais," en donde bebe inspiración para consagrarse á su mejoramiento. Un retrato de Lamartine y otro de Victor Hugo.

Estudiantes sin amores, vive Dios! que no los hay ni entre los que están en el seminario; pues mientras que llega la tonsura, tienen también sus coqueteos; y á muchos de ellos he visto la víspera de cantar misa, cambiar de resolución, y dejar la cura de almas á otros, porque la suya ne-

cesitaba curarse, y cambiar el báculo pastoral por el yugo matrimonial; en lo cual no obran en razón, según sus padres, y en mi humilde opinión. Alfredo tiene, pues, sus amores con la morena y graciosa Elisa; la adora con la sencillez de un niño, y para ella son sus más tiernas impresiones, y una que otra serenata en que le canta estos versos:

Divina, gentil Elisa,
Pura, fantástica rosa
Y fragante;
Oye con dulce sonrisa
Una canción amorosa
De estudiante.

Escucha desde tu reja
Propicia mi tierna queja,
¡Angel mío!
Y aunque el *pasante* mañana
Me apunte falta inhumana,
Yo me río.

Calma mi ardorosa sien,
Mi frenética demencia
Con tu mano;
Y nada importa, mi bien,
No saber la conferencia
De «Romano.»

Con tus amores dormido
En blando sueño, me olvido
De «Andrés Bello»:
Que la ciencia es enojosa
Sin una trenza olorosa
De cabello.

Mi dulce ilusión de niño,
El título que hoy anhelo
De abogado,
Por obtener tu cariño
Renunciaría sin recelo
Ni cuidado.

El fruto de mis faenas
Te ofrezco tímidamente,
Mi tesoro ;
Acepta, que yo azucenas
No tengo para tu frente,
Y te adoro.

Contigo mi fantasía
Sueña llena de alegría
Mil delicias ;
A ti, con mi amor eterno,
Ofrezco, constante y tierno,
Mis caricias.

Velando en la noche oscura
Arrojo mi queja amante
A la brisa.
Oyeme, gentil criatura,
No olvides á tu estudiante,
Bella Elisa !

Como la mariposa que se está encerrada largo tiempo para salir después brillante á deslumbrar con sus colores, así Alfredo se pasa toda la semana metido entre su paletó, sin ver á su querida, hasta el domingo, día de gloria, en que después de haber lustrado sus botines al són de aquella vieja cancioncita :

« Amor es bueno
Cuando uno es niño,
Cuando el cariño
Causa placer ;
Mas cuando á trechos
La barba empieza,
No más simpleza,
No más querer ;»

y después de acepillar su vestido nuevo, va á hacer á Elisa su visita á la una. Por la tarde pasa por su ventana, la saluda, vuelve la cara y sonríe, todo conforme á ordenanza ; y por la noche va con ella al parque, al concierto, ó se queda en la casa jugando lotería, con lo cual se proporciona un gran placer, también conforme á......ordenanza.

Ayer me dijo: — Voy á dejar la carrera; no estudio más, no vuelvo más al colegio. — ¿ Por qué ? le pregunté. — Porque me voy á graduar de Doctor.

—Cómo es esto ?

En el estado de desorganización en que hoy se encuentran los estudios, habiendo Universidades y colegios privados que dan títulos, nadie debe estudiar yá, porque esto trae molestias, y lo que se hace es presentarse en cualquier colegio, pagar la módica propina y pedir que le armen á uno de Doctor. Yo me gradúo al fin, porque mis padres saboreen la dicha de verme de Doctor, y por venir de Representante por mi Estado.

Así va á terminar la vida de este personaje, que llegará algún día á disponer del destino de la República ; hasta aquí ha sido pura, pero se hará servil cuando vea que hay necesidad de ahogar en el corazón todos los instintos generosos, para poder vivir en esta sociedad egoísta y corrompida.

XIX

TU CUMPLEAÑOS.

(EN LA AUSENCIA.)

Buenos días, mi adorada, mi Rosa,
Luz que alumbra mi plácido hogar,
En la ausencia, mi cándida esposa,
Yo saludo también tu natal.

Flor que un ángel velaba de noche,
Y otro arcángel guardaba del sol,
Para mí, que rompiendo su broche
Recogí su balsámico olor.

Blanca, dulce, sencilla paloma,
Que con tiernos arrullos de amor,
En su nido de pajas y aroma
A su fiel compañero acogió.

Hay un lazo que unió mi existencia
A la tuya ; y místico y leal,
Este lazo se estrecha en la ausencia,
Sin que pueda romperse jamás.

¿ Qué es la ausencia, y andar peregrino,
Como el ave perdida en el mar,
Triste y viuda, buscando un camino
Que las ondas borraron fugaz ;

Si me queda tu grata memoria,
Que levanta doquiera un edén ;
Si me quedan las horas de gloria,
Que á tu lado feliz disfruté;

Si tu voz argentina y sonora
Mi presente fatal borrará,
Como el sol que en Oriente colora
Calma siempre la cruel tempestad ?

Ni una flor que adornara tu frente
Hallo aquí que poderte mandar,
Que en el suelo de arena caliente
Solo crece la espina del mal.

Esta noche la luna, bien mío,
Brillará sobre el cielo turquí ;
En un rayo de luna te envío
Un suspiro de amor para ti.

Y mis hijos con loca alegría
Formarán tu corona de amor,
Celebrando con besos tu día ;
Sed felices, mi Rosa, y......adios !

Soledades de Natagaima — 1867.

XX

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

¡ Hermana de la caridad ! ¡ Qué hermoso nombre para encabezar nuestro artículo, y cuántos sentimientos despierta este nombre en nuestra alma ! Pero ¿ qué es una hermana ? ¿ qué es la caridad ?

¿ Qué es una hermana?

Es el ángel que acompaña á nuestra madre en la tarea incesante de enjugar nuestras lágrimas, aliviar nuestros dolores y mitigar los estragos de la miseria ó los rigores de la desventura; pero cuya faz joven y fresca nos inspira menos respeto, y cuya sonrisa celestial está más en armonía con nuestros caprichos de niños, y nos da más confianza para depositar en su corazón lo que á una madre jamás revelaríamos.

Una hermana es la única amiga á quien confiamos nuestros sueños de ambición, porque ella anima nuestras aspiraciones de gloria, porque vemos su frente iluminada por los destellos que arroja nuestra alma, y, en fin, porque siempre encontramos en ella una palabra de consuelo ó una lágrima que recibir en nuestras heridas.

¿ Habéis sido pobre ? ¿ Amabais el placer, la sociedad y la alegría y envidiabais á los venturosos de la tierra que gozaban del espléndido mundo que deslumbraba vuestros ojos ? Vuestra hermana os abrirá ese mundo, porque ella, que adivina los latidos de vuestro joven corazón, vendrá á entregaros el fruto de sus ahorros para haceros feliz, aunque sea por un día.

¿ A quién sino á una hermana, pueden hacerse esas revelaciones íntimas, secretas, del primer amor que inunda nuestra alma, que transforma nuestro ser, y que embellece con nueva luz nuestra existencia ? Sólo á ella, porque su corazón es un santuario donde sin miedo de profanación pode-

mos depositar ese sentimiento que nos avergüenza y que, sin embargo, es bello como la sonrisa de los ángeles.

Cuando el corazón, lleno de amargura, vertiendo sangre, maldice á la pérfida mujer que vendió nuestro amor y marchitó para siempre nuestras ilusiones, ¿quién, sino una hermana, viene en nuestra ayuda en esas horas de tormento y desesperación?

Y cuando somos felices, cuando la virgen de nuestros sueños abre para nosotros la puerta de oro del porvenir, entonces, la hermana querida, radiante de alegría, acaricia á nuestra prometida, juntas preparan la corona de azahares que debe ceñir las sienes de la desposada, y al pie del altar la vemos, con sus negros, sus rasgados ojos, vueltos al cielo para pedir la eterna felicidad de los amantes.

¿Qué es la caridad?

Nuestro labio enmudece al escuchar la palabra de San Pablo, que los siglos repiten:

"Conservad siempre la caridad para con vuestros hermanos; y no olvidéis de ejercitar la hospitalidad, pues sin saberlo hospedaréis ángeles.

"Acordaos de los presos como si estuvierais con ellos en la cárcel; y de los afligidos, como que también vosotros vivís en cuerpo sujetos á miserias.

"Aun cuando hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, si no tuviere caridad, sería como un metal que suena y no vale, ó campana que retiñe.

"Y aunque tuviera el don de la profecía, y penetrara todos los misterios, y poseyera todas las ciencias; y aunque tuviese fe bastante para trasladar con ella de una parte á otra los montes, no teniendo caridad, soy un nada.

"La caridad es dulce, sufrida y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra con precipitación ni temerariamente, no se ensoberbece: no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, sino que se complace en la verdad: á todo se acomoda, juzga bien del prójimo, todo lo espera y todo lo soporta.

"La caridad nunca fenece, y las profecías terminarán, y cesarán las lenguas y se acabará la ciencia."

Unid con lazo místico y divino el amor que os profesaba vuestra hermana con las sublimes prescripciones de San Pablo, y encontraréis el tipo común de la hermana de la caridad.

La hermana de la caridad es la que acompaña en sus dolores al po-

bre, desde la cuna hasta el sepulcro, prodigándole sus cuidados y llevándole consuelos; y por eso merece nuestra admiración.

Ella es la que recibe al niño inocente, arrojado en las calles por el vicio ó la miseria y recogido por San Vicente de Paul.

Ella á pie, por entre los hielos, sigue los ejércitos, participa de sus privaciones, divide sus fatigas y asiste á las batallas para rescatar la vida de un infeliz, para curar sus heridas, para auxiliar á un agonizante; y en medio del humo de la pólvora se divisa su blanca faz, apacible y serena, como el genio del bien en lucha con el espantoso genio de la guerra.

En la vida misma, en la vida común y ordinaria, cuando el corazón decae; cuando el hombre pierde los halagos é ilusiones, siente que hay dos mujeres en el mundo — la que amó, y la hermana de la caridad. Sí, cuando ya el ídolo de nuestros sueños, la quimera de nuestras adoraciones, nuestro ángel, nuestra estrella, esa mujer poética á quien amábamos nos parezca ya un mito usado, una cruel decepción, un símbolo del egoísmo, entonces comprendemos que la mujer no ha nacido sólo para el placer, y que puede existir en alguna parte una hermana de la caridad; dando todo lo que prodigamos á otras — salud, amor, juventud, creencias, vigilias, todo en fin. *Don Juan*, viejo ya, impotente y paralítico, entra á un convento, no para robarse á Doña Inés, sino para sacar de allí una hermana de la caridad.

La hermana de la caridad habita la ciudad de los enfermos, la ciudad de los muertos. Las ciudades le entregan sus pobres, sus virolentos, sus moribundos, todo lo que ya está gastado, todo aquello de que quiere desembarazarse á cualquier precio, todo lo que quiere arrojar de su seno. La hermana de la caridad previene la gangrena del cuerpo social, combate la lepra de la pobreza, y se encarga del sostenimiento de la higiene pública. Todo lo que es joven y vigoroso, todo lo que puede prestar aún algunos servicios á la sociedad, todo lo que puede ser materia de explotación, no es de su dominio.

La hermana de la caridad es uno de esos tipos que para los dichosos del mundo, para los ricos, no existe. Ella les huye, ellos la evitan. ¡Hay tanta distancia de un palacio á un hospital! Es preciso estar pobre ó enfermo, ó llevar en el corazón estos dolores, para poder comprender á la hermana de la caridad. Nombrarla es presentar una personificación del dolor, una de las faces más sombrías, más tristemente serias de la sociedad: es nombrar la principal heroína de un drama lúgubre, al que no faltan nunca muertos en el desenlace.

Y sin embargo, este drama se renueva todos los días para ella, por-

que la hermana de la caridad debe estar siempre allí, donde los enfermos mismos no están más que de paso; porque ella es la eterna compañera de la muerte; el espectro gemebundo de todos los Orestes que han encontrado en el mundo las torturas de la miseria, mucho más comunes que las del remordimiento. Es allí donde debemos estudiarla.

No; la filosofía antigua no inventó nada que se levante á la altura de la abnegación de la hermana de la caridad. Sin ella, el enfermo pasaría muchas horas, un día entero, quizás, sin que se le aplicase el remedio necesario de que espera la curación. La hermana de la caridad llena todos los vacíos de la sociedad, repara todas las negligencias y encuentra en el fondo de su celo inagotable, el medio de satisfacer las exigencias y los caprichos de los enfermos y de los pobres, y que son muy naturales en el infeliz que sufre.

Para la hermana de la caridad hay dos edades, dos épocas: hay dos hermanas de la caridad, una que es *madre* y una que es *hermana*; hay un fuego que se enciende, y otro que se reposa bajo las cenizas de sesenta inviernos.

El noviciado de la *hermana* es la época de los prodigios de la caridad. La hermana joven va poseyendo todas sus creencias, todas sus ilusiones, sin que las haya amortiguado la austera necesidad, y está siempre en lucha con un siglo impío y soberanamente independiente en materia de religión.

La *madre*, al contrario, tiene siempre moderación en su celo, imparcialidad en sus acciones y cierto escepticismo en sus exhortaciones, y hace reinar á su lado, no la piedad, sino el mayor orden: tiene una política administrativa que abraza todos los cultos, y sus providencias se ejercen lo mismo sobre el pecador arrepentido que sobre el culpable endurecido. Ella tiene un deber que llenar, y este deber dura largo tiempo, y su celo, para ser sostenido, tiene necesidad de ser moderado: su caridad, para ser eficaz, no debe ser especial, y sus beneficios se extienden sobre todos los enfermos á quienes sirve. Sabe hacerse obedecer de un enfermo, y hace respetar su presencia por una severidad bien entendida. Su sensibilidad se manifiesta con un poco de brusquedad, su misión no es en apariencia la de un ángel, sino la de un jefe del servicio. Se diría que su corazón ha envejecido, y no es sino que se ha formado. Ella obra por medio del respeto y de la persuasión; no es mujer, es hermana de la caridad.

Vasto ministerio el suyo, siempre renaciendo con las mismas formas desagradables: siempre exigiendo una actividad inmensa, para luchar contra dos agentes infatigables—la enfermedad y la muerte!—En vano intenta-

ríamos trazar el cuadro de un hospital: mansión de todo lo repugnante, de todos los sufrimientos y de toda abnegación; brillante reunión de todo el egoísmo y toda la vanidad de la época. Es preciso el genio del poeta para pintar el tipo de la hermana de la caridad; pero sería un crimen de lesa indiferencia no tener cantos sino para la dicha. Y quién sabe con qué fibras íntimas y desconocidas no está ligada la vida de lujo y de embriaguez de una gran ciudad con la vida de expiación y sufrimientos! Es en el hospital donde aparecen estos secretos del contraste de las fortunas. La hermana de la caridad es el tabernáculo que guarda el secreto del artesano que muere de hambre, y el del ocioso que muere por el egoísmo de la sociedaden que vivió.

Nacida del cristianismo, la hermana de la caridad es su expresión más conmovedora: ella conserva las virtudes primitivas, el celo evangélico y toda la santidad de los primeros cristianos. Angel de bendición, inclinado unas veces sobre una cuna y otras sobre un sepulcro, ella vela sola por la salud del pobre, el réprobo de la sociedad actual. Ella acepta en espíritu y en verdad el cumplimiento de los deberes de su vocación y es la única que recoge la herencia del Cristo, y la única que permanece fiel á la ley de la pobreza.

Sigamos á la hermana de la caridad en el ejercicio de su tarea cuotidiana. Ella es el poder ejecutivo del hospital y está colocada, en favor de los enfermos, entre la filantropía oficial ó de fórmula y el servilismo crapuloso de los dependientes; entre el administrador que lucra con el hospital y el enfermero que se pone una renta con cada enfermo; el uno distribuyendo el bienestar, y el otro vendiendo la simpatía al detal, ninguno de los cuales tiene las virtudes de la hermana de la caridad. El personal del servicio interior del hospital, que se compone de lo más vil y embrutecido de los criados, mortifica á los enfermos, inspirándoles el más profundo disgusto por una administración que se hace el receptáculo del vicio y la inmoralidad. Disciplinar á los enfermos y á los criados, es el primer cuidado de la hermana de la caridad.

Siempre está vestida con el mayor aseo: traje de lana blanco, limpio de toda mancha, en un lugar donde parece imposible que lo esté: cofia fea y un delantal no menos blanco, componen su vestido. Qué flojo usa el vestido y qué mezquinas parecen sus formas bajo esos pliegues tan largos! ¡ Qué moda tan triste! Qué monástico es su traje! Es un vestido suplicante, ó más bien un sudario. Parece que es preciso desfigurar á la mujer para hacerla hermana de la caridad, ó como que tiene miedo de parecer que pertenece á este mundo, y por eso adopta este traje. Las mangas

de su vestido se inclinan hacia la tumba, como el pesar. Este horrible vestido no dice nada á la pintura, nada al estatuario; pero va directamente al alma, revela algo de fúnebre y consolador; algo de espantoso y de dulce al mismo tiempo; él se espiritualiza en una infinidad de pliegues que no tienen nada de humano. Raras veces se descubre bajo este traje una de esas figuras de Rubens, llenas de frescura y de vida, porque la hermana de la caridad tiene el rostro en armonía con la blancura mate de su cuello é iguala la forma con el fondo. Esos hermosos brazos redondos, esas carnes voluptuosas, esas facciones puras y correctas, colocadas con una frescura radiante; esa expresión panteista del cristianismo que Rubens da á la Fe, á la Religión, á la Esperanza y á la Caridad; esas admirables reminiscencias de la forma pagana; esas aspiraciones carnales, no tienen nada de común con el tipo de la hermana de la caridad. Su oficio daña las carnes, mortifica los músculos, palidece el rostro y marchita las facciones. La hermana de la caridad es severa en sus formas; pero su figura revela toda la dulzura, todo el encanto, toda la poesía y el fantástico y hermoso ideal de la virtud. La hermana de la caridad es pálida como la muerte que á su lado vive; triste como la imagen de los dolores que alivia, y en su cara macilenta están impresos los sufrimientos, la miseria y el hambre de los pobres á quienes socorre; pero, como una lámpara de alabastro, su rostro mate está iluminado por luz divina que da á todo su ser una belleza celestial.

Todos los que lloran, así los piadosos como los que no creen, los buenos como los réprobos, la mujer perdida y el niño abandonado, el poeta proscrito y la actriz envejecida, el herido agonizante en el campo de batalla y el corazón desgarrado por la traición; todos se unen para elevar un himno solemne de alabanza que llega al cielo como un perfume á los pies de Cristo y que concluye diciendo:

¡ BENDITA SEA LA HERMANA DE LA CARIDAD !

XXI.

MI SOBRINA.

Todos los *cachacos* conocen en Bogotá á Adela, pues su belleza oriental, su frescura de rosa, su juventud risueña y su coquetería encantadora la hacen la muchacha más popular y más obsequiada de la ciudad, con gran placer de mi hermana Tránsito y orgullo mío, que soy su tío, aunque les pese á los cachacos.

Pero como en otras partes no la conocen, y yo quiero extender su fama, voy á pintarla, pidiendo perdón al público de mi nepotismo, tan natural como el que en otro tiempo se inculpaba á la corte de Roma; porque si uno no trata de los individuos de su familia, ¿quién ha de tratar de ellos sino para hacerles mal ó desacreditarlos?

Adela es preciosa y ha recibido la mejor educación que se da en Bogotá. Estuvo cinco años en el colegio de doña Bibiana, llamado de la «Transfiguración,» que es el más acreditado, y en efecto la transfiguraron. Qué adelantos! qué progreso! Sabe hacer cálculos de memoria hasta por setecientos mil trillones, sumar (también por cálculo) todas las cantidades que acaben por quince, las otras no, y dividir las que acaben en cero; con otros juegos de cálculo que nos tienen fascinados. Es verdad que no le han enseñado á escribir los números ni á practicar las cuatro vulgares operaciones por el método común, porque esto es muy retrógrado.

Sabe también mi sobrina todo el Fleury, el catecismo de controversias, y de memoria unos versos que principian:

«Con *v* se escriben válvula, vaca,
Vanagloria, vasija, venero,
Vaticinio, valor, vocinglero,
Vegetando, volar, vacilar;»

versos que ella declama admirablemente, dando su expresión á cada pensamiento, y enterneciéndose en donde el asunto lo requiere.

Item más : ha aprendido á hacer *frivolité*, y otras obras de mano primorosas, según he podido observar por varias que tiene principiadas, pero que jamás acaba.

Su maestro es Sindichi, y canta, dicen, como una alondra los pasajes más difíciles de La Norma en el papel de Adaljisa. Esto nos priva de que la oigamos con frecuencia, porque para ello se necesita que estén reunidos el maestro que la acompaña ; la niña que le haga primo, pues ella sólo hace segundo ; el libro donde está la música, y el piano de su casa, que es el que armoniza con su voz, pues los otros, ó están muy altos, ó muy bajos.

En cuanto á la parte moral, mi sobrina es buena ; pero algunos defectillos no dejan conocer todo su mérito, tales como ser algo beata, estar envanecida á causa de su hermosura, y saber que en su casa domina como una sultana, lo que perjudica su modestia encantadora.

Algún trabajo le cuesta á mi hermana hacerla levantar temprano para ir á misa ; pero al fin Adela, linda como la aurora y fresca como la amapola, se pone de pié ; se mira al espejo que tiene al frente; se pasa las manos por la cabeza para sentar los rizos de su rubia cabellera; toma un buche de agua del vaso de cristal que, con otros mil adornos, forma el servicio de noche ; se pone á toda prisa la saya y se envuelve en la mantilla, con lo que queda más gentil y más coqueta que una andaluza. A esto está reducido su tocador por la mañana; advirtiendo que el agua de la boca la arroja al llegar á la puerta de la calle.

Después de misa se queda de saya entre la casa, ó en un más sencillo *negligé*, pasa la mañana tarareando canciones ó jugando con sus pescaditos, canarios, turpiales, conejos, perros y gatos.

Pues la casa de mi hermana es un verdadero jardín zoológico, y un día de éstos voy á encontrar allí rinocerontes y dromedarios, debido á que ahora es moda en Bogotá regalar á las señoritas toda especie de *bichos*, ya como recuerdo de viajes, ya como aguinaldos, cuelgas, &c., &c. El hecho es que, según el lugar que los caballeros ocupan en el corazón de mi sobrina, ese ocupan las jaulas de los pájaros en el patio ; y aquél es un trajín de sacar y meter, de rezagar y de dar de alta, que los criados se desesperan, y mi hermana está casi al volverse loca.

Una noche rompió la bomba de cristal que encerraba una docena de pescaditos de oro, que Mr. Cóket le había traído de Londres, y los pobres animalitos fueron á nadar en la estera. Otra vez arrojó á « Recuerdo » por

el balcón, lindo perro de los que llaman del «Rey Carlos» y que antes le había visto besar y llevar á todas partes. Ahora el esmero lo tiene con un caimancito que le trajeron de Honda, y que se conserva vivo á virtud de sus cuidados.

El cuarto de Adela bien merece pintarse. Las paredes están cubiertas con los figurines de la «Moda elegante» en línea de batalla ; y en el un extremo el retrato de mi cuñado, pendiente de un clavo romano, pero velado por los aros de la nueva *crinolina*, que han merecido este puesto de cuidado ; y en el otro extremo la «Rosa Padilla,» sostenida sólo por un alfiler, pues los otros tres los ha arrancado Adela en los momentos de afán.

Hay un sofá que no sirve para sentarse y descansar, porque sobre él están extendidos los trajes de seda y las enaguas bordadas, recién almidonadas y aplanchadas.

Lo que hay sobre la mesa exige una factura, y para describirla necesitaría que me pusiesen dietas como á los Diputados al Congreso, para pasar el tiempo en fruslerías. Sólo diré que junto al saco de los libros místicos está un zapatico de raso blanco: más allá, abierta la caja de un aderezo, un pupitre de nácar, los *burujos y crepé de pelo* con que se forma los bucles, y un camisolín ; y del otro lado un álbum, un ramo de flores artificiales y un frasco de esencia ; en fin, todo cuanto sirve para el vestido, el adorno, el placer ó el capricho de una mujer, en espantosa confusión.

El bañador de caoba, que ocupa el otro extremo del cuarto, está igualmente tan colmado de cosas, que con frecuencia Adela tiene que colocar sobre un asiento de paja la taza para lavarse la cara, lo que ha hecho que éste pierda su barniz.

Andan por el suelo, una tabla de dibujo, sobre la que está un loro á medio acabar y que trajo en ese estado Adela del colegio para concluir ; un bastidor con un par de chinelas de paño rojo, principiadas á bordar con acero, y que fueron para el «Bazar de los pobres» de hace tres años, fueron para el pasado y para el presente, y serán para el venidero, sin que haya esperanza de que los pobres alivien con ellas sus necesidades ; y un cojín de terciopelo con borlas. He dicho que andan, porque, en efecto, la enorme cola de Adela, que á cada momento tropieza ó se enreda con estos objetos, los tiene siempre de aquí para allí.

Mi hermana no deja á Adela leer novelas para que no se pervierta con las lecturas francesas, y esto ha hecho que se quede sin nada en la cabeza y sin nada en el corazón ; pero en historia es muy fuerte. Nadie como ella se hace el peinado «á la María Stuart,» «á la Dubarri,» y «á la

Capul». Conoce perfectamente el origen, progresos é historia del Guarda Infante ó *crinolina*, desde las más remota antigüedad.

Conoce el francés bastante bien para saber lo que es *bouquet*, *perfumerie*, *toilette*, *crepé*, *trousó* y *souvenir*, y jamás nombra estas cosas ni los adornos de los trajes en español.

—¡ Virginia !

—¡ Mi señora !

—¿ Dónde está mi corsé ?

—Voy á buscarlo, porque su merced como que lo dejó en la sala anoche cuando se quedó dormida.

—¡ Virginia, Virginia !

—¡ Mi señora !

—¡ No me has puesto la *talvina* !

—Ya está lista y voy á llevársela á su merced.

—¡ Virginia !

—¡ Mi señora !

—A ver mi cepillito de dientes.

—Sobre la baranda lo puso su merced.

—¡ Virginia ! ¡ Virginia ! ¡ ah demonio ! que me hace desesperar !

—¡ Mi señora !

—Te vas sin acabarme de calzar y me dejas una hora esperando !

Diálogos semejantes, á voz en cuello, preceden siempre al tocado diario de Adela, que principia á la una del día; pero que se prolonga indefinitivamente, porque jamás parecen las cosas, y que muchas veces no termina, porque se pone colérica, y á la hora de comer se presenta todavía desgreñada.

Esto en cuanto al tocado diario, que el del domingo principia más temprano y es más tranquilo ; porque ese día viene peluquero francés y hay traje nuevo que, con todo lo necesario, le tienen preparado yá, lo que no obsta, sin embargo, para que haya rabietas de cuando en cuando, porque el traje le hace más ó menos ancha la cintura y porque el colorete no le queda bien en la cara. Pero yo he logrado que éstas vayan minorando, desde que le hice observar que el color se le encendía y los ojos se le hinchaban, lo que indudablemente la desperfeccionaba.

—¿ Cómo te va, *china* ?

—¡ China mía, querida !

Así se saludaban Adela y su amiga Elena el otro día que ésta vino á visitarla, y dándose abrazos y besos.

—¿ Cómo te fué de sermón ?

—Muy bien. Yo me encanto con el doctor Perilla.

—Yo también soy furiosa perillista; y no sé cómo hay algunas que oyen con paciencia al doctor Amézquita.

—Allá te ví coqueteando con Lisandro.

—¡ Embustera ! ¿ Y qué hay de Octavio ?

—Ya eso no anda.

—¿ De veras ?

—De veras china, logré descartarme del *piringo*, que me tenía aburrida.

—¿ Y ahora ?

—No te cuento, porque tú eres muy reservada conmigo.

—¡ Cuéntame !

—Pues bien, me caso.

—¿ Deveras ? ¿ Con quién ?

—Por fin con Don Camilo.

—¿ El dueño de San José ? Dicen que es muy rico.

—Y muy caballero. Mi papá está muy contento. Ha comprado la casa de Enrique París. Allí sí que hemos de tener tertulias.

—¿ Quieres fumar un cigarrillo ?

—¿ Y si tu mamá nos pilla ?

—Vámonos al jardín y allá podemos fumar y conversar sin que nos vean.

Ayer la encontré como una Dolorosa, ó mejor dicho, como una Magdalena, en medio de sus galas y joyas.

—¿ Qué hay, Adela ? dime ¿ qué ha sucedido ?

—¡ Ay, tío ! soy muy desgraciada !

—¿ Qué te ha pasado ? ábreme tu corazón. Confíaselo todo á tu vieo tío.

—¡ Que no tengo polvos de diamante !

—¿ Qué, qué, qué ?

—¡ Que no tengo polvos de diamante para la tertulia de esta noche, y Tulia lleva !

—¿ Y para qué quieres esos polvos ?

—Pues para el pelo, tío; es la última moda. Han llegado unas pocas cajas, pero cuando mamá fué, ya se habían acabado ! ¡ Qué hago yo !

—¿ Y tú sabes que haya de eso, en efecto, en Bogotá ?

—Sí, tío, si el peluquero que peinó á Tulia á las ocho de la mañana para la tertulia de esta noche, y que vino aquí á las once, me dijo que ella estaba ya empolvada. Pero por mí nadie se interesa ! nadie me quiere ! soy muy desgraciada, y tornó á llorar.

—No llores, mi bien, que si hay en Bogotá, yo te prometo conseguirte los polvos de diamante.

A la hora me presenté con los polvos, y volví la vida y la felicidad á mi sobrina.

Hace más de un año que Alfredo, joven abogado y sumamente estimable por sus modales y su comportamiento, está perdidamente enamorado de Adela; y ésta ha hecho por él algunas cosas que no son pruebas de amor, sino de coquetería loca y atolondrada, como regalarle flores, y creo que hasta recibirle un billetico.

Por otra parte, Don Patricio, rico hacendado, tosco y vulgar, le ha hecho á mi cuñada formales proposiciones sobre la mano de Adela.

Hoy me mandó llamar mi sobrina muy temprano con su *china* Virginia, que, sea dicho de paso, no pára un momento y anda todo el día de casa de la modista á la del jardinero, de allí á la de una amiga y de la de ésta á la calle real á buscarle botines y guantes, cintas y abalorio.

Tomé á toda prisa mi sombrero y me puse en camino.

Cuando llegué, Adela me aguardaba en el descanso de la escalera : estaba pálida, ojerosa y triste.

Qué nuevos polvos se le habrán ocurrido hoy á mi sobrina ? dije para mí al verla.

Ella me extendió la mano, me condujo á su pieza, y allí, soltando un mar de lágrimas, me dijo :

—¡ Alfredo no me quiere !

—¡ Vaya. Esas son tonterías ! Como hoy no tienes nada extravagante que desear, te has puesto á atormentarte con esto. Alfredo te quiere mucho.

—No ; anoche en la tertulia creí deslumbrarlo. Me puse mi más rico aderezo ; el traje estaba magnífico, y los polvos para la cara que usted me trajo me han servido mucho; sin embargo, apenas me miró á la entrada ; después no me habló en toda la noche y no quiso bailar.

—¿ Y tú quieres de veras á Alfredo ?

—Sí, tío, se lo confieso á usted, éste ha sido mi único amor, lo quiero mucho !

—¿ Más que á Don Patricio ?

—¡ Ah ! no se burle usted de mí ! ¿ Acaso pudiera yo hacer lo que Elena, sacrificarse al dinero ?

—¿ Lo quieres más que á tus trajes, á tus joyas y á los polvos de diamante ?

—¡ Lo quiero más que á todo en el mundo !

—Pues yo creía lo contrario, y él debe haber creído lo mismo que yo.

—¿El! por qué?

—Porque tú dabas pruebas de otra cosa.

—¿Yo? ¿Dar pruebas de otra cosa?

—Sí, de preferir casarte con Don Patricio!

—¡Jamás!

—Escúchame un momento, y después dime si él y yo teníamos razón de creer que tú preferías á Don Patricio; y está segura de que la conducta de Alfredo no ha tenido otra causa que la de ver sus esperanzas desvanecidas y sus más bellos sueños destruídos por tu conducta. Alfredo es honrado, instruido, noble y generoro, pero pobre; y al amarte te había creído digna de ir á embellecer su hogar sagrado pero modesto, donde recibirías diariamente los testimonios de su amor y de su admiración. El no te puede dar joyas, trajes ni fiestas, como tú necesitas; y tú serías por esto desgraciada con él.

—Pero si esos trajes y esas joyas las quiero yo para parecerle á él hermosa, ¿qué me importan si él me ha de amar sin ellos?

—Oyeme, pues, y arregla tu conducta. Cada traje ostentoso, cada capricho de lujo y vanidad, te aparta un paso de Alfredo y te arrastra por una pendiente rápida hácia Don Patricio el rico: sigue como vas, y al fin tendrás que hacer, á tu pesar, lo que hace Elena—casarse por dinero.

Adela tiene hermosos instintos, una alma apasionada y ama mucho á Alfredo; y entre esto y los vicios de su educación y las tontas exigencias de la sociedad, se ha establecido desde hoy una lucha á muerte.

Veremos qué triunfa.

XXII

LA MARIPOSA.

Sobre el pecho de nieve
De una pastora,
Cansada de dar vueltas
La mariposa,
Vino una tarde,
Levantando sus alas,
Tierna á posarse.

La pastora le dijo :
—Cuánto me encanta
Mirarte así en mi pecho,
Ver tu confianza!
Eres mi amiga,
Y jamás por mi mano
Serás cautiva.

Haces bien en confiarte
A mi cuidado,
Que tengo quē hacerte
También mi encargo,
Y es una cosa
Que sólo habrás de oírla
Tú, mariposa.

Mis amigas me cuentan
Que por tu vuelo
Adivinan y saben
Si su himeneo
Está cercano,
Si ha de ser dichoso
O desgraciado.

Vuela, pues, mariposa,
Sé mi agorera,
Y dime con tu vuelo,
Como tú puedas,
Cuál es la casa
A donde iré ceñida
De rosas blancas.

Apenas cesa el canto
De la pastora,
Abre sus blancas alas
La mariposa,
Tiende su vuelo,
Y se para en llegando......
Al cementerio.

XXIII

TRADICIONES DE TOCAIMA.

Hay en toda ruina un encanto misterioso que deleita al hombre más que las sublimes bellezas de la creación ó la suntuosidad de las obras humanas cuando están en todo su esplendor; encanto que le hace abandonar las ciudades modernas adornadas de soberbios monumentos, para ir á contemplar las ruinas de Palmira y los desiertos donde estuvieron situadas Nínive y Babilonia; por el cual prefiere al bullicio y la alegría de París el silencio pavoroso del Coliseo Romano; y que puebla de viajeros el Oriente para buscar las reliquias que á su paso dejaron los Faraones, la India para visitar las magníficas pagodas, y la América, no para contemplar su cielo hermoso y su vegetación gigantesca, sino en busca de las ruinas que pueblos desconocidos, en edades ignoradas, dejaron en Chiapas y el Palenque.

Y este amor inexplicable á lo pasado, le hace buscar con ansiedad las tradiciones históricas, exigir de la esfinge la revelación de su eterno secreto, arrancar á los sepulcros la historia de los que allí reposan, ó adivinar el misterioso sentido de los geroglíficos: desarrollar los quemados pergaminos de Herculano y de Pompeya, conocer las costumbres de dos pueblos que murieron el mismo día y á la misma hora; y buscar de toda nación, de todo lugar las tradiciones, llenas siempre de fábulas y de hechos que al través de los siglos toman un carácter maravilloso, como tomaron para los griegos los de sus primeros pobladores, llegando hasta hacerlos dioses á quienes rendían adoración.

¿Quién, al contemplar los rotos chapiteles de un templo abandonado no siente el alma absorta por un secreto estupor y el espíritu entregado á la contemplación? ¿Quién no siente profunda melancolía al ver los depo-

jos que ha dejado el tiempo de un esplendor pasado, de una grandeza que ya concluyó? ¿Quién no goza al escuchar las viejas tradiciones, transmitidas de boca en boca, sobre la historia de los abuelos de nuestros padres, sobre los fundadores de nuestras ciudades? Y cuando el tiempo ó alguna catástrofe ha hecho caer un pueblo, ¿quién no desea saber por quiénes fué habitado y cuál la causa de su destrucción? Todo cuanto la poesía tiene de sueños, de horrores, de funesto, se agolpa entonces á la imaginación, puebla esas ruinas, anima á los que hace siglos descansan bajo la tierra, y levanta con su vara mágica otra vez esa ciudad y le da de nuevo movimiento, vida, pasiones y virtudes, hasta que la acompaña á caer en la catástrofe que la derribó, al través de los siglos.

Cuando el hacha civilizadora de mi hermano abatía las montañas seculares del Peñón, para convertirlas en prados artificiales y entregar así estas regiones á la industria y á la civilización, se encontraron las ruinas de un pueblo, y todavía se ven los pisos enlosados de las habitaciones y los empedrados de las calles.

Este pueblo era la antigua ciudad de Tocaima; la tradición refería así la historia de la ruina de aquel pueblo:

Gonzalo Jiménez de Quesada, después de su famosa conquista del reino de los Chibchas y de haber fundado la ciudad de Santafé, lleno de riquezas pero acometido por una enfermedad desconocida para los moradores del Nuevo Mundo, pensó regresar á España, y dispuso que en el puerto de Guataquí se preparasen los bergantines necesarios para una expedición que, además de él, Belalcázar, Fredeman y los muchos españoles que volvían á su patria, se componía de naturales que llevaba como esclavos; de las inmensas riquezas que á él y á sus compañeros correspondían; de los quintos del Rey religiosamente custodiados; de infinidad de animales, como papagallos y monos, llevados como raros para sorprender á la Península; y, en fin, de las provisiones necesarias para bajar el desierto Magdalena, poblado de enfermedades y lleno de tigres, mosquitos y serpientes, contra todo lo cual era preciso prevenirse.

Largos meses gastaron en la construcción de los bergantines, y cuando ya estuvieron concluídos, se dispuso Quesada á partir para Guataquí con el inmenso tren de tiendas de campaña y equipajes al través de las selvas de Tena, que, desde la caída de la altiplanicie hasta el Magdalena, no eran interrumpidas sino por la llanura de La Mesa, en donde hizo una larga mansión, buscando indios que á la espalda condujeran los equipajes; porque todos los de la sabana se le fugaron en la noche que llegó allí, temerosos de ser conducidos como esclavos á España, ó por no internarse en las regio-

nes, hasta entonces para ellos desconocidas, que eran habitadas por los Panches, sus mortales enemigos.

Atravesando la elevada cordillera que separa este valle, descendió por la orilla del Pití ó Bogotá y llegó á un punto en donde creyó que era preciso atravesarlo y no dando vado, obligó á los viajeros á construir, al estilo de los indígenas, una tosca canoa del tronco de uno de los enormes árboles que crecían á las orillas; y así empezaron á pasar el variado cargamento, con tanta lentitud, que emplearon muchos días.

Quesada, que había pasado primero, atormentado por su enfermedad y hostigado por el calor, quería tomar unos baños, y no atreviéndose á hacerlo en el río, porque la experiencia le había enseñado que las aguas de los ríos crecidos eran siempre funestas, guiado por algunos naturales, se dirigió á un pequeño riachuelo, que corría cristalino por enmedio de ambuques y guayacanes, y que era conocido con el nombre de "Catarnica." ¡ Admirable fuente ! su piel empezó á suavisarse, los dolores cesaron, los miembros parecían adquirir nueva agilidad á cada baño, las fuerzas y la salud se presentaban de nuevo al gran capitán á ofrecerle una larga y tranquila vida. Quesada, que llevaba en el corazón el corroedor tormento de verse atacado de esa enfermedad funesta, que sabía que era incurable, y que lo iba á proscribir de la sociedad en el momento en que tenía nombre y porvenir, gloria y riquezas, lleno de júbilo, creyó haber encontrado la fuente de la vida que Ponce de León buscaría más tarde inútilmente en los bosques de la Florida, y determinó fundar una ciudad á la orilla del riachuelo milagroso.

Estaba en este proyecto, cuando una noche su improvisada cabaña de hojas de palmera fué acometida por un sin número de indios que bajaban de la cordillera occidental, y hubiera perecido si, valiente y acostumbrado á los peligros, no se hubiese hecho campo con su formidable espada por en medio de los indios, que á sus golpes cedían, como la cebada se abre y da campo al paso del segador, hasta que llegó á donde estaban los suyos, que en el acto se armaron y rechazaron el ataque con el denuedo y la bizarría que eran comunes en aquellos tiempos y en aquellos hombres.

El combate duró hasta que salió el sol; y entonces la chusma de indios huyó dejando muchos muertos y gran número de prisioneros en manos de los españoles.

Entre aquellos había caído la reina de los indios, llamada Guacaná, hija del casique Tocaima, de ágiles miembros, de formas duras y no deformes facciones, pero que se pintaba, según creían los españoles, con un color azulado que hacía visos.

Esta mujer, como sucedió muy frecuentemente durante la conquista, despues de prisionera y esclava, se apasionó de uno de los españoles y fué de grande utilidad para Quesada. Ella le aconsejó que no situase la ciudad en la orilla occidental del río, porque estaba expuesta á las invasiones de infinidad de pueblos que vivían en Copó, Lutaima y toda la cordillera, sino en la oriental, pues así estaba resguardada por el río, al que los indígenas tenían miedo; y trajo su tribu á situarse en la margen del río.

Grande fué la sorpresa de los españoles al notar que no sólo la reina, sino la mayor parte de los indios, tenía ese mismo color con diversos matices, color que era natural y se llamaba *carate;* teniéndose por más hermosas las mujeres cuanto más brillante era este barniz y más escamosa la piel; y que para una madre era una verdadera desgracia el que sus hijas llegasen á cierta edad con la cutis despejada y tersa.

Por largo tiempo hubiera querido permanecer allí Quesada; pero negocios de la mayor importancia lo llamaban con urgencia á la Corte, para donde partió, dejándole por regalo de despedida á Guacaná, que ya había sido bautizada, dos cerdos de los que Fedremán había traído atravesando los llanos, hasta encontrarse con Gonzalo en Santafé; y tuvo que marchar á España sin fundar la ciudad.

Poco tiempo después el Adelantado del Nuevo Reino de Granada, Don Alonso Luís de Luque, pensando en el descubrimiento de las afamadas minas de Neiva y en la conquista de los Panches, dispuso su fundación, para la que comisionó al Capitán Hernán Venegas Carrillo, caballero cordovés.

Los españoles eran valientes como crueles, religiosos y devotos, y sus conquistas fueron una serie de hazañas, de proezas y actos heróicos ejecutados por la más sórdida codicia ó el más sincero celo por la fe cristiana, y sus obras llevan por todas partes el sello de la religión y la intervención del cielo.

El día 13 de Abril de 1544, Hernán Carrillo, vestido de grande uniforme y después de haber oído la misa cantada, que debajo de los cauchos de Portillo dijeron los Capellanes Antonio de la Peña y Lope de Acuña, erigió la nueva ciudad de San Jacinto de Tocaima; y nombró por primeros alcaldes á Juan de Salinas y á Diego Hinestrosa, y por regidores á Miguel de Gamboa, Juan Ortiz y Juan de Corros; alguacil mayor á Miguel de Oviedo, y escribano á Miguel de Morales, siendo primer cura el padre Fray Andrés Mendez de los Ríos.

Después la ciudad de Tocaima lucía á la orilla del Bogotá, alegre como un pueblo oriental, y brillaban á los rayos del sol los techos de sus

casas de teja, de una iglesia mayor, de dos capillas y del convento de dominicanos. Había obtenido el título de noble y un escudo de armas, que era un águila de dos cabezas sobre fondo azul y un río que dividía el escudo por mitad. Habían establecido allí la muy ilustre orden de caballeros de San Jacinto, y era la residencia de todos los españoles viejos y achacosos, que no podían soportar el riguroso frio de Tunja ó de Santafé, y de otros que habían adquirido esa enfermedad que la América encerraba en su seno, y que los españoles recibieron como castigo de sus iniquidades, transmitiéndola despues á los franceses, cuyo nombre tomó y que se perpetúa de generación en generación.

Era sobre todo notable en la ciudad la *Casa grande* de Juan Díaz, construída con toda la suntuosidad que en aquel siglo podía obtenerse. Espaciosa, sólida y fuerte como un castillo, y para la cual se habían hecho venir desde Santafé muchos materiales; y desde España los azulejos con que estaba embaldosada, las rejas de hierro para las ventanas y los más faustosos adornos.

Juan Díaz, llamado el sevillano, había llegado de España con Fedremán, precedido de una mala reputación, y, como muchos otros, había venido á buscar fortuna sin tener profesión; pero como no era noble, ni traía empleo del Rey, su tarea parecía más difícil, á no ser que se dedicase á descubrir y conquistar nuevas tierras por medio del valor y de la audacia de la guerra; mas el sevillano era muy cobarde é incapaz de soportar las penalidades, y se afligía profundamente con los rigores del calor y las otras privaciones á que todos los españoles estaban entonces sujetos.

Su fisonomía era común; pero la manera de cerrar los ojos era como la de la serpiente cuando quiere pasar por dormida; el labio superior levantado, como el del perro cuando va á morder, y un aire de fanfarrón con que disfrazaba su cobardía.

Juan Díaz, el sevillano, despues de haber recorrido varias ciudades, había concluído por fijarse en Tocaima, despreciado de los nobles, mal mirado por los industriosos y viviendo sin saberse de qué.

Pero la suerte, que se burla siempre de los cálculos humanos, se propuso hacerlo poderoso por medio de la casualidad, y la tradición cuenta así el hecho.

Juan Díaz tenía un negro que le servía y que lo acompañaba en todas las expediciones, y estando en una de ellas sentado el negro Domingo cerca de un hormiguero, reparó que la arena que las hormigas sacaban era brillante: aproximóse á examinarla y vió que era polvo de oro; escarvó la tierra y encontró que era una inmensa mina. Lleno de alegría

fué á participar tan fausta nueva á su amo, pidiéndole en cambio de tantas riquezas como le ofrecía, su libertad. Juan Díaz lo llamó su amigo, su compañero, y le ofreció la libertad y que dividiría con él la fortuna; pero despues que vió la rica mina, de la cual se podía extraer el oro sin trabajo ninguno, movido por la avaricia y temeroso de que Domingo fuese á contar á alguno el descubrimiento, lo mató de un arcabuzaso por detrás.

En la época á que nos referimos, cuenta la tradición, que era tan rico, que medía el oro en polvo por celemines: su hacienda, situada en una mesa que después tomó su nombre, estaba llena de ganados, su casa era suntuosa y en su bodega se encontraban los mejores vinos de España y toda especie de rancho.

Su posición era tan elevada, que los nobles concurrían á su casa á jugar al dado todas las noches y á saborear sus esquisitos vinos; muchos españoles lo habían hecho su compadre; disponía de los votos del Cabildo, y nada se hacía en Tocaima sin la voluntad del *sevillano;* y sin embargo, nadie lo quería, todos murmuraban contra él, y nobles y ricos, y el pueblo todo, hubieran celebrado con júbilo su muerte.

¿ De dónde había sacado tantas riquezas ? De su mina de oro, que nadie sabía dónde estaba situada, porque él guardaba un profundo secreto; nadie lo había acompañado á ella, nadie había ido á trabajar allí, y hasta hoy se ha conservado la estupenda fama de la mina de Juan Díaz, pero en vano ha sido ésta buscada.

Muchos nobles le habían cedido sus encomiendas, sin duda á cambio de oro; muchas de las casas del lugar habían pasado á ser suyas, y sus antiguos dueños no tenían hogar; muchos hacendados le eran deudores, y le temían como á enemigo mortal, y todos los padres recomendaban á sus hijos que no se asociasen con él, y sin embargo los jóvenes buscaban su compañía y frecuentaban su casa.

El rumor sordo que se levantaba contra Juan Díaz le acusaba de las lúbricas abominaciones de Babilonia, de muertes dadas á sus dependientes y de haber hecho *pacto con el diablo* á cambio de oro, no solo vendiéndole su alma, sino también encargándose de comprar las de los buenos cristianos.

Las justicias de Santafé habían enviado despachos á las de Tocaima para que se averiguaran los hechos sobre la mala conducta del sevillano, cuya reputación había llegado hasta allí; pero las de Tocaima habían dado, bajo su influencia, los mejores informes, y últimamente el *sevillano*, cargado de

oro, resolvió ir á Santafé, la capital del Nuevo Reino, de donde volvió lleno de recomendaciones de las autoridades.

Entonces, de amable, obsequioso y comedido que era, se hizo altivo, insolente y despótico: maltrataba en público á sus esclavos, ofendía á los nobles como para vengarse de sus antiguas humillaciones, y se hizo intolerable y cruel para todos; pero todos sufrian resignados, porque los unos eran sus deudores, los otros vivían en casas de su propiedad: éstos temían sus maquinaciones secretas, aquéllos sus artes diabólicas, y ninguno se atrevía á arrostrar su enojo ni á oponérsele de frente.

Llegó por este tiempo á Tocaima el Capitán Hernán González, valiente español que había perdido una pierna en uno de los muchos combates que tuvo con los indios, casado en Facatativá con la india Firavita, que tomó el nombre de Teresa Espinosa por su madrina, padre de una hermosa niña criolla de 15 años; quien enfermo y viejo ya, había recibido del Rey, en premio de sus servicios y como donación, una grande extensión de tierras en la Vega del Bogotá. A este capitán, hombre quisquilloso en materia de honor, de carácter vivo é irritable, de cuerpo pequeño, delgado y ágil cuando joven, lo habían llamado en su regimiento Gonzalico, y con tal sobrenombre era conocido en América, y la vega del Bogotá lleva hoy aquel nombre.

Todo su amor, toda su dicha, todo su porvenir, estaba cifrado en Doña Elvira, su hija; y él, hombre de cuartel, inflexible en la disciplina, severo con todos, parecía un niño con su hija, participando de sus alegrías, secundando sus caprichos, yendo donde ella quería, á pesar de su cojera, y pasando noches enteras sentado al pié de su camilla de juncos para darla fresco y evitar que la picasen los zancudos.

¡Cáscaras! decía al contemplarla, que si su majestad la Reina supiese la perla que encierra la América, Doña Elvira González sería la primera dama de palacio!

Y en efecto, Doña Elvira era una linda muchacha, que había sacado toda la gracia andaluza, el pié pequeño y los ojos vivos de las españolas, al mismo tiempo que las formas voluptuosas de las americanas, un color de rosa despejado, y una rica y suntuosa cabellera.

Nacida y creada en la sabana, sentíase languidecer bajo el clima abrasador de Tocaima, pero amaba tanto á su padre, que jamás se quejaba, y cuando él decía–« Cáscaras, que el calor está insufrible! » ella le hacía creer que estaba fresca y que el clima le sentaba admirablemente.

La llegada de Gonzalico y su hija á la pequeña ciudad fué un grato acontecimiento, así para los viejos, que encontraron con quien hablar

de España y de sus tiempos, de las noticias que cada seis meses llegaban de la Península y del calor que hacía, como para los jóvenes, cuyos corazones había inflamado esta graciosa beldad.

Una noche, mientras que Gonzalico y su hija tomaban el fresco en el corredor de su casa, se presentó Juan Díaz á visitarlos por primera vez, y fué recibido con cordialidad, pero con la dignidad con que los españoles han sabido tratar siempre á los que consideran inferiores. Esto ofendió á Díaz, acostumbrado á recibir toda especie de homenajes; pero estuvo disimulando y llenó de ofrecimientos á la nueva familia, poniendo todas sus riquezas á su disposición.

—¡ Cáscaras ! y que son inmensas, le contestó Gonzalico, según es fama.

—Exageraciones, señor capitán; apenas tengo con qué comprar un infantado en Epaña.

—Y pensais formalmente en esto?

—Ni por pienso; pues aquí soy más que el Rey.

—¡ Silencio, villano, que hasta ahora nadie en mi presencia había osado hablar en tales términos de Su Magestad, mi amo y señor Don Carlos V, Emperador de Austria y Rey de España, á quien Dios guarde !

—No se enfade usted, padre mio, le dijo Elvira, esto le hará á usted daño. El señor es disculpable, porque no parece acostumbrado á la sociedad de los caballeros, viviendo siempre en estas soledades.

Dos heridas había recibido el sevillano en su amor propio, y él jamás olvidaba.

Una tarde que el sol se ocultaba en Occidente entre una nube de ópalo y de oro, y la atmósfera estaba cargada de los perfumes de las flores del bosque y la naturaleza se mostraba espléndida y serena, Elvira se bañaba en el caudaloso Pití y se sentía feliz, alegre y satisfecha, viendo correr las ondas y contemplando el cielo.

Fué arrancada de su arrobamiento por el ruido que hacía un caballo herrado sobre los guijarros de la orilla del río y que se iba acercando poco á poco al lugar donde ella estaba bañándose cubierta por un payandé. Su instinto pudoroso la inspiró un movimiento rápido para ocultarse á la mirada del atrevido que allí se dirigía; pero no teniendo ya tiempo para salir á tomar su ropa, se vió precisada á cubrirse con las ondas del río, sobre las cuales levantaba su linda cabeza, dejando flotante su hermosa cabellera.

El que llegaba era un extranjero que iba á dar de beber en el río á su brioso y sudado palafrén: llevaba sombrero de caña de anchas alas, poncho ó ruana blanca de listas encarnadas y enorme espada á la cin-

tura: era joven, español y hermoso. Al mirar á Elvira quedó absorto, como si acabase de ver una divinidad, y por mucho rato estuvo persuadido de que era una de esas sirenas de que hablan los cuentos populares, que hechizaban con su voz y su hermosura, porque en aquella época, para los españoles, la América contenía todas las maravillas imaginables.

—Por Dios, caballero! le gritó ella con una voz más dulce que la de las sirenas, tened la bondad de retiraros.

—Perdón, señora, replicó el extranjero, si he sido importuno: escusadme; ignoraba primero que estuviéseis aquí, y después, al veros tan hermosa, no he podido alejarme de este sitio.

Volvió rienda á su caballo y se dirigió á la ciudad, llevando presente la imagen de la divinidad que había sorprendido en medio de las ondas.

El extranjero era don Rodrigo Peñalver, hijo del Oidor de este nombre, de la Audiencia de Santafé, quien, habiendo muerto pocos meses antes, sólo le había dejado un nombre honorable que mantener ; y que venía de aquella ciudad á Tocaima á servir de agente en los numerosos negocios de Juan Díaz.

Habiendo sido su padre antiguo amigo del capitán Gonzalico, éste apenas supo su llegada, mandó á saludarlo y á ofrecerle su casa, motivo por el cual Rodrigo se apresuró á venir á darle las gracias. Mas, cuál fué su sorpresa al reconocer en la linda castellana que salió á recibirle la visita, á la misma divinidad del río, pero embellecida por una gracia sin igual y una urbanidad franca, sencilla y esmerada !

Empezaron por comprenderse los dos jóvenes, simpatizando en placeres, inclinaciones y afectos; y después de muchas noches en que juntos habían contemplado la luna en silencio; de gratos paseos, en que siempre cogía Rodrigo una nueva flor silvestre para obsequiar á Elvira, y de haber ésta escuchado distraída las canciones que, acompañado de la guitarra, entonaba Peñalver en su presencia, una y otro comprendieron que se amaban, pero ambos guardaron el secreto en el fondo del alma.

Gonzalico lo había adivinado, y cuando los oía cuchichear y veía á Elvira ponerse colorada, decía para sí: ¡ Cáscaras ! y qué linda pareja sería ésta. Voy á darle en dote á mi hija la Vega de Gonzalico, que tarde ó temprano ha de valer como valen las tierras en Castilla.

Pero ni Gonzalico ni los amantes habían contado con que Juan Díaz estaba enamorado de Elvira, y que, audaz en sus empresas, obstinado en sus empeños, perverso y sagaz, emplearía todos los medios para obtener su posesión.

La primera noticia que de su amor tuvieron fué un golpe terrible

para Rodrigo, quien fué llamado por Juan Díaz á su pieza particular y para que escribiese en nombre de éste una carta á Gonzalico, solicitando su hija en matrimonio.

Jamás hombre alguno fué más torturado que Rodrigo al escribir las frases que Juan Díaz le dictaba. Mil veces pensó despedazar la carta y arrojársela á la cara; pero ¿quién era él para tener tal derecho? ¿Sabía acaso si Elvira lo amaba? Y debía él, pobre aventurero, entrar en lucha con un español rico y lleno de poder y de influencia? No hubo remedio: tuvo que resignarse á su martirio, y escribir en nombre de su rival y al padre de su amada.

Por fortuna para los enamorados, Gonzalico era el tipo del caballero español, incorruptible, indomable y altanero.

¡Cáscaras! que es atrevimiento en un hombre que no ha recibido ni el *don*, el pretender casarse con la hija de un Capitán de Dragones de mi amo el Rey, dijo al leer la carta; y sin más reflexión, en una cuartilla de papel grueso y con caractéres que solo él podía descifrar, contestó:

«JUAN DÍAZ: No seas osado. No pretendas á mi hija, que es hija de noble.—HERNÁN GONZÁLEZ.»

Se puede herir impunemente un león, y el moribundo animal quizás olvida al agresor; pero jamás se pisa una serpiente sin que se vuelva furiosa á morder con su diente envenenado al infeliz que la ofende.

Juan Díaz, despreciado, sintió crecer su amor con la venganza; y poseer á la hija y humillar al padre fué ya toda su ambición, todo su empeño.

Rodrigo lo comprendía así, pero se creía impotente para romper sus tramas, y además tuvo la desgracia de que Díaz lo hiciese confidente de su amor, sin que él se atreviese á confesarle el suyo, creyendo que era una profanación revelar las íntimas escenas de cordialidad y de ternura que habían pasado entre los dos amantes y que no le daban el derecho de creer que Elvira lo amaba; y se resolvió á permanecer silencioso, aguardando que los acontecimientos tuvieran algún desenlace.

Juan Díaz principió por querer conquistar el cariño de Elvira con suntuosos regalos, que ella siempre rechazaba, y otra infinidad de demostraciones que empezaron por hacerlo ridículo á sus ojos y concluyeron por hacerlo odioso; pero Juan Díaz no desmayó por eso, y acostumbrado á vencer todos los obstáculos por medio de la astucia, el oro y la corrupción, resolvió emplear sus habituales instrumentos en esta empresa, en la cual estaban interesados su corazón, su vanidad y su venganza.

Valióse de los nobles que le debían dinero para que favoreciesen sus pretensiones con Gonzalico; pero éste, con un desprecio por la riqueza desconocido en nuestro siglo, permaneció inflexible. Valióse de algunas mujeres para que insinuasen su amor en el corazón de Elvira; pero encontró allí una roca. Entonces, perdiendo su acostumbrada habilidad, resolvió apelar á la violencia y robarse á Doña Elvira, como medio seguro de casarse con ella, para que el padre pudiese salvar su honra.

Con oro y con maldad, entonces como ahora, las cosas eran fáciles. Juan Díaz encontró quien ejecutase el acto sin que lo comprometiera en caso de ser descubierto.

Una tarde, cuando Doña Elvira atravesaba el sendero de matas de piñones y de pencas que conducía de su casa al rio, salieron dos hombres fornidos, y como quien levanta una paloma, la tomó el uno en sus brazos, mientras el otro se puso en asecho para evitar el ser sorprendidos. Pero quien ama, vela. Rodrigo iba todas las tardes á ver de lejos á Elvira, y oculto en la maleza permanecía hasta que ella regresaba del baño. Al ver la infame acción ejecutada por esos villanos, se lanzó sobre ellos, y con la rabia de un tigre y la fuerza de un gigante les arrebató la joven, maltratándoles terriblemente y obligándoles á huir.

Este acontecimiento llenó de terror á Elvira, de espanto á su padre y de cólera á Rodrigo. Cuando Juan Díaz supo lo acontecido, soltó una feroz carcajada, y dijo:—¿ Con que teníamos un rival en Rodrigo, y al traidor había yo confiado mi secreto ? Bueno ! á éste también alcanzará mi venganza !

Pocos días después tuvo necesidad Juan Díaz de remitir á las cajas reales el entero que debía hacer como rematador de los ramos de alcabala y aguardientes, que montaba á más de 4,000 patacones ; y como á la persona de más confianza confió á Rodrigo su conducción.

La víspera del viaje estuvieron hasta las seis de la noche pesando, en presencia de varios amigos, castellano por castellano, todo el oro que Rodrigo debía conducir, y después de que lo acomodaron en pequeños cajones forrados en cuero, que fueron colocados en el cuarto de Rodrigo, Juan Díaz, haciéndole firmar el competente recibo, se despidió de él hasta la vuelta porque se iba á pasar la noche en el campo, debiendo aquél madrugar.

Rodrigo, que tenía su pensamiento en otra parte, sólo deseaba que se concluyese la enojosa tarea de recibir el dinero para ir á donde su Elvira, que impaciente y llorosa lo esperaba. Cerró la puerta de su cuarto y se fué á verla.

¡ Oh ! momentos supremos para los amantes ; lágrimas que revelan al fin un amor no confesado, tiernas despedidas, juramentos de amor y de constancia, sublime amalgama de supremo dolor y de inefable dicha, cuán veloces sois ! Rodrigo y Elvira, estrechándose la mano, se dieron el último adios.

Al mismo tiempo concluía Juan Díaz una operación que no era tan poética, pero no menos interesante que la escena de los amantes. Apenas salió Rodrigo, entró por una puerta excusada, descosió algunos de los zurrones estrajo el oro y lo sustituyó con hierros ; volvió á cerrarlos y se retiró después de haberse robado su propio caudal.

Lo que después pasó es fácil de prever : el oro no llegó á Santafé; Rodrigo, que no daba razón de su pérdida, fué detenido y encarcelado, y pocos días después entraba á Tocaima maniatado, para ser juzgado como ladrón de la Real Hacienda, por lo cual debía ser ahorcado.

Su entrada fué el primer placer de Juan Díaz.

—Cáscaras ! de la que se libertó mi hija, decía Gonzalico: de haber tenido por marido á un ahorcado !

Sólo Elvira tenía fe en la inocencia de su amante; lloraba por él, y pedía al cielo su libertad.

Después de varios trámites y de haberse interrogado á todos los testigos que vieron recibir el oro, Rodrigo fué condenado por la audiencia de Santafé á ser ahorcado en la plaza de Tocaima.

Este fué el segundo placer de Juan Díaz.

Elvira, desesperada, loca, en su horrible dolor, en su tormento, resuelta á buscar todos los medios de salvar á su amante, habiendo implorado á los jueces, se acordó de Juan Díaz, y le escribió suplicándole que en nombre de ese amor que tantas veces le había jurado, hiciese algo por salvar á Rodrigo.

Este fué el tercer placer de Juan Díaz.

El sevillano, que conocía el amor de Elvira, no le quitó toda esperanza; fué atormentándola con bellas y lisonjeras ilusiones, que al día siguiente hacía desvanecer ; fué arrancando promesas, inspirando confianza, tomándose libertades, haciendo exigencias, hasta que formó de ella un débil instrumento que manejaba como quería, con sólo aumentar los terrores ó animar las esperanzas.

Entre tanto el día señalado para la ejecución, que era el martes después de Pascua, se acercaba yá, y ninguna esperanza había sobre la tierra.

El Jueves santo sacaba el estandarte del Cristo Juan Díaz, y se preparaba una procesión tan suntuosa como jamás se había dado en Tocaima,

y digna de las riquezas del sevillano. Elvira, lánguida, agonizante y cadavérica, había convenido en asistir á la procesión, á pesar de su situación, por tenerlo grato; y Rodrigo, que estaba en la rejilla de fierro de la cárcel, debía presenciarlo todo.

A las tres de la tarde la multitud se agolpaba á las puertas de la iglesia; un paso había salido yá, y la procesión avanzaba por en medio de la gente, cuando se presentó Juan Díaz en la puerta á recibir el estandarte de la cruz; apenas lo tomó, un rayo cruzó la atmósfera y un trueno formidable retumbó en el cielo. La multitud se paró aterrada: y al mismo tiempo se deshizo una furiosa tempestad que impidió que saliese la procesión.

Juan Díaz, lleno de rabia, se dió á maldecir, con escándalo de la multitud espantada.

El Viernes santo, día guardado siempre con religiosa solemnidad entre los católicos, era en aquellos tiempos de una severidad y rigidez extrema. Nadie comía carne, todos ayunaban, y los más religiosos se mantenían con pan, agua y ajenjos. Ni un grito, ni una voz, ni una campana se oía en la ciudad, y el día y la noche se pasaban en las ceremonias sagradas ó en la meditación de la pasión y muerte de Nuestro Señor.

Pues bien ; Juan Díaz, por una extravagancia incomprensible, resolvió dar una espléndida cena en su casa la noche del Viernes santo, día 9 de Abril, después de la procesión de la Soledad ; y logró que algunos jóvenes disolutos le acompañasen y que muchos nobles sus deudores se comprometiesen á asistir.

Su casa estaba resplandeciente : el pueblo que había asistido á la procesión se dirigía á la *Casa grande*, y al ver el aparato de la fiesta, principiaba á murmurar contra tamaña profanación del más grande de los días ; pero Juan Díaz se había ganado á algunos hombres, y por medio de ellos empezó á repartir aguardiente, y al cabo de dos horas el pueblo se olvidaba de que era Viernes santo y se entregaba á la orgía.

Entre tanto los disolutos principiaban á entrar, y los nobles se deslizaban entre la multitud, avergonzados y temerosos de ser conocidos, y ganaban el portón lo más pronto que podían.

Juan Díaz, que estaba radiante, orgulloso y satisfecho haciendo los honores de la fiesta, había hecho decir á Elvira :

« Rodrigo es inocente, pero está ya condenado y morirá sin falta. Podeis salvarlo si os prestais á ir á rescatarlo á la prisión, mientras yo distraigo en mi casa á las autoridades. Os envío una llave de la cárcel. De

allí lo llevareis á casa por una puerta excusada y así estará en salvo. Si vacilais, va á morir.»

Elvira asistió á la procesión de la Soledad y se perdió entre la gente. Fué á la prisión, rescató á sa amante y por una calle excusada se dirigió á la puerta del solar de la *Casa grande*. Allí una persona les dijo :—"Entrad por aquí, y esperad un momento.» Los condujeron por un pasadizo oscuro á una pieza que estaba igualmente en las tinieblas, y donde se escuchaba el rumor y bullicio que había en el salón.

Gonzalico, que había perdido á su hija en la procesión, la buscó en vano. Volvió á su casa y la encontró vacía ; se dirigió al acaso, á donde iba la gente, y llegó á casa de Juan Díaz ; preguntaba á todos por ella, y nadie le daba razón. Guiado por un fatal presentimiento, entró á la casa y se quedó abismado al oír la algazara y el bullicio que reinaba en el festín.

—Bien venido seais, Capitán Hernán González, le dijo Juan Díaz ; para vos hay un lugar predilecto en este banquete.

—Mi hija es lo que busco, contestó Gonzalico.

—Voy á traérosla.

Entonces Juan Díaz se retiró, entró á la pieza en donde estaba Elvira, y tomándola de la mano, levantó una cortina y la presentó en el festín.

—Vedla todos, dijo. Ella misma ha venido á mi casa.

El viejo Gonzalico se quedó como herido por un rayo : los convidados echaron vivas á Juan Díaz y apuraron sus copas.

—Maldito seais, Juan Díaz ! dijo el viejo. Malditas sean tus riquezas!

—Ni Dios puede quitármelas, dijo Juan Díaz, ni Dios puede quitarme á Elvira !

Entonces un vago rumor empieza á oirse; la multitud grita espantada en la calle, el ruido se aumenta y se hace atronador y terrible, un viento colosal apaga todas las luces, y una ola de agua invade el salón y se lleva todo cuanto se le opone.

Una inmensa creciente del Bogotá se llevó con Juan Díaz la Casa grande y la ciudad de Tocaima el día 9 de Abril del año de 1460.

Al día siguiente sólo se encontraron los dos cadáveres de los amantes abrazados en la playa, y la imagen de San Jacinto, que flotaba sobre las ondas.

San Jacinto es el patrono de la ciudad actual.

XXIV

LA BEATA.

Holgaríame yo, pecador mundano, de que el chistosísimo Juan Francisco Ortiz, que tan bien nos ha pintado «El album de Mimí»; holgaríame, digo, de que tuviese motivo de escándalo á cada instante, viendo á todas nuestras lindas paisanas con pantalones blancos; ó lo que sería más completo aún, con el elegante y fantástico vestido griego. Y esto, no por poner en tortura su conciencia, que no quiero ser demonio tentador, sino para que ellas dejasen ya definitivamente, y para siempre, la fatídica saya y la grotesca mantilla de merino; traje contemporáneo del Oidor Mesa, de los cuentos de la Calle del Arco y de la mano peluda; tan de mal gusto como las calles angostas y las rejas de fierro en las ventanas, que dejan ver á las mujeres como encarceladas, pero cómodo para andar por la mañana cubriendo el desgreñado cabello y el mal bañado rostro, y traje indispensable de la beata.

Mas si este amigo se opusiere á tal reforma, ó si ellas no hicieren caso de mis deseos, allá se las avengan; quédense ellas con su saya y su mantilla, que yo no tengo de reñir por esto, pues sólo he querido decir que la saya, una camándula envuelta en el brazo, y un ridículo monstruoso, lleno de más libros que militares hay en Venezuela, forman el traje distintivo de la beata de Bogotá.

La beata principia su carrera cuando pudiera ir á ocupar una poltrona en la Cámara del Senado, es decir, cuando ya tiene 35 años cumplidos; y no quiero que el público sepa nada de su vida anterior, en la que hay más escándalos, batallas, derrotas, triunfos y desengaños que en una guerra en Colombia, pues esto no pertenece al dominio de la historia, y sólo diré que á ella le sucede lo que á los políticos pasados de uno á otro bando—que

mientras más pecados tienen en su vida anterior, más se empeñan en perseguir á sus antiguos compañeros; y que así ella, cuanto más escandalosa ha sido en su vida mundana, más ardorosa, infatigable y violenta es en el cumplimiento de su misión.

La beata es una mujer que, llena de orgullo, de ambición y de cólera; teniendo necesidad de dominio, de séquito y de fama, y viendo ya sus mejillas marchitas, y que todos sus adoradores la abandonan, no queriendo descender á la vida privada, *contenta con el testimonio de su propia conciencia*, adopta la religión como pretexto, y elige á Bogotá por teatro de sus maquinaciones, batallas y conquistas.

La beata es el fiscal de todas las muchachas bonitas, y las persigue sin descanso. Es el demonio aterrador de los enamorados (por eso la detesto); la trompeta de la difamación de todas las de su sexo; el correo noticioso de todas las fiestas de iglesia; el telégrafo de comunicación de todas las desgracias domésticas; el pregonero de las desvergüenzas ocultas, y el más feroz enemigo de todo lo que es bello, noble y generoso.

Las muchachas la temen; pero ella explota la credulidad de las madres, como los usureros la pobreza del erario, y todas la reciben en la casa. Tiene en todas partes franca entrada, y á todas partes va, con semblante hipócrita y aire compungido, á conquistar gente para ejercicios espirituales, á relatar la profecía de una madre monja, á leer un artículo recientemente publicado, ó á contar á la mamá que ha visto varias tardes pasar por la casa un joven, y que esto puede ser por la niña, lo que le advierte para tranquilizar su conciencia. Si de día trabaja, de noche no descansa; díganlo si nó los cristales rotos de sus enemigos, los letreros que aparecen todos los días en las paredes, que ella pone con su sagrada mano, y los anónimos que más de una vez encuentran los padres debajo de la puerta de su casa; todo lo cual hace por la salvación de sus hermanos.

La beata es por instinto enemiga de las nuevas doctrinas, y aunque no sabe qué dicen Voltaire ni Bentham, habla contra ellos. Hace algunos meses que intentó una empresa en la que se arruinó, á saber: la de comprar todas las obras de Bentham para quemarlas; pero le sucedió que mientras más quemaba, más libros pedían los comerciantes, impidiéndole así llevar á cabo su piadosa empresa.

Si queréis ver á la beata energúmena, insultante y mordaz, habladle de la Universidad, de los colegios ó de las escuelas normales, y tendréis una tigre; pero hacedlo donde yo no esté, porque una vez hice la gracia, y en las narices llevo el sello de su indignación.

El día de una procesión es un día de gloria para ella: se lava la cara,

cambia su grasienta mantilla de paño por una más nueva, va á la iglesia, entra en la sacristía, sale, habla con los clérigos, abraza á los monacillos, y no le falta, para que el público conozca que la procesión es obra suya, sino poner cartelones anunciándolo.

La beata anda á caza de padres espirituales para las niñas, y de niñas para los padres espirituales; y sin haber establecido *agencia general de negocios*, no hay niña que cumpla catorce años que no le sea consignada para que la lleve á confesar; y es por esto por lo que la encontramos por esas calles de Dios, rodeada de ninfas como Calipso, y orgullosa como Napoleón en medio de su Estado mayor, la víspera de Austerlitz.

Cuando una criaturita da en querer casarse con un hombre que á la familia no gusta, entonces se manda por la beata como se manda por el médico cuando está atacada de los nervios; y es entonces cuando la beata despliega todo su genio, toda su astucia, toda su destreza, hasta que consigue que la niña deteste al que antes era su ídolo; pero si la niña es resistida, se le aplica el medicamento como se aplica el emético: si á la primera visita no hace efecto, entonces se duplica la dósis, va por un día entero; así no hay resistencia, la niña arroja á su amante, como arrojaría la fruta que le hizo daño.

Si hay en la familia un enfermo ó un muerto, allí está la beata; no á derramar bálsamo consolador en el corazón afligido, sino á explotar la situación, para que la linda rubia haga la promesa de su blonda cabellera á Santa Cunegunda; ó á que la pobre viuda quite el pan á sus hijos para mandar decir misas por el alma del difunto, pues tiene revelación de que dicha alma está en el purgatorio.

Ya puede concebirse que la beata no es cuerpo glorioso, y que siendo de carne y hueso como cualquier animal, tiene necesidad de vivir y de comer. En cuanto á lo primero, sólo Dios sabe cómo se aviene para pagar la casita en que habita, aunque yo tengo para mí que en esto de las contribuciones piadosas algo gana.

Pero así tuvieran los empleados seguro el sueldo, como la beata tiene seguro el alimento. Sabe como el padrenuestro las horas á que se come en todas las casas, y así como era costumbre entre nuestros abuelos dar hospitalidad al peregrino mientras relataba sus viajes y aventuras, así la beata, entre nosotros, tiene un lugarcito en la mesa, y come y come, mientras cuenta las conquistas que ha hecho de mil jóvenes incrédulos; la conversión del Emperador de la China, y uno que otro milagro de niños que han llorado sangre; pero en medio de la comida dice con voz resuelta: *ya cerré la intención*, y es como si le pusieran candado, pues no toca por nada un manjar más de los que están sobre la mesa.

Pocas veces la beata es casada, y de ahí viene, sin duda, su mala voluntad hacia los hombres á quienes no pudo coger en sus garras; otras veces sí ha podido ganar un marido, pero ha sido después de...su consagración á la vida devota ; y este marido es generalmente un santo varón, á quien ella estima mucho por su bondad y por su docilidad en andar pegando en las esquinas los avisos de misas y cuarenta horas. Van á la iglesia juntos, se confiesan con un mismo sacerdote, y tienen unas mismas devociones.

Opinan los médicos que en Bogotá no hay hidrofobia, mas para mí tengo que sí la hay, porque ¿ qué enfermedad es la que ataca á las pobres beatas algunas veces?, si no es hidrofobia ó mal de rabia, ¿cómo la llaman aquí ? Véanse si no los síntomas : ojos encendidos, boca espumosa, aire extraviado, movimiento rápido, y odio al agua y al aseo.

Y si la rabia es contagiosa, ¿ que hará la policía ? Yo aconsejo que se tomen medidas preventivas ; y que se dé un bando en que se mande que todas las beatas se bañen y se muden, y que quemen las sayas, como se quemaron los basureros en tiempo de peste.

Bien presumirá el lector que si he tratado de la beata, no es tan sólo por mi amor á la historia natural, sino porque estoy en estos momentos bajo la influencia de una mala estrella ; porque una beata tiene empeño en convertirme, y me estrecha, y me sitia, y me persigue, habla con mi madre, y se empeña con Zoilita, y yo no tengo otro medio de librarme de sus asechanzas, que la siguiente oración, que aconsejo al lector rece en caso de afán :

Cristalino río de Fucha,
Ondas de «Fuente Padilla,»
Agua de Fusca amarilla,
Los Laches y el Boquerón,
El Arzobispo y Tunjuelo,
Chapinero y Manzanares,
Todos los ríos y los mares
Vengan en mi protección,

Para lavar esta beata,
Esta vieja repelente,
Con su tufo de aguardiente
Y su cara de sartén.
¡ Agua por cara y pescuezo !
¡ Agua por espalda y pecho !
Quede el cochambre deshecho !
Por siempre jamás. Amén.

XXV

EL DESTINO.

El hombre en sus desgracias busca siempre á quien hacer responsable de ellas, ya para alejar de sí la culpa, ya para tener sobre quién vengarse de los males que experimenta, y ya, en fin, por un sentimiento innato de orgullo que le hace creerse superior al resto de los seres de la creación. Siempre se le oye acusar la traición de un amigo, la indiferencia de los suyos, la maldad de sus contrarios, el egoísmo de la sociedad, la perversidad humana; y cuando á nadie en el mundo puede culpar yá, entonces acusa al Destino ; deidad implacable y fatal que preside sus actos, contraría sus designios y se complace en sus desgracias. Todo esto no es más que orgullo.

El hombre cree que nació para ser amado, temido, adorado por los suyos, por la sociedad, por la creación entera, por Dios mismo; y quisiera que en todos los instantes le estuviesen presentando los tributos de esta adoración, y que el sol parase su carrera cuando él quisiera, y la lluvia cayera á su capricho : que la sociedad se detuviera á contemplarlo, y que todo, en fin, reconociese su dominio; y cuando esto no sucede, cuando la marcha inevitable del tiempo ó el curso de los acontecimientos contraría sus intereses ó su capricho, grita ¡Desgracia ! Fatalidad !

Esto no es más que orgullo.

Hay algo más cruel que la desgracia y á lo cual el insensato jamás quiere sujetarse, y este algo es el sentimiento de la propia nulidad ; y contra esto lucha hasta el instante en que muere, halagándose con pensar que sus días estaban contados y que ha llegado el de la muerte.

El olvido es la manifestación espléndida que el mundo da al hombre de su poco valer, y para ahorrarse esta manifestación por algún tiempo

los hombres hacen grandes sacrificios, buscan una muerte gloriosa ó logran que se les erijan monumentos. El olvido durante la vida es todavía más terrible; y por esto todo hombre prefiere ver siempre amenazante la ira de sus enemigos, la cuchilla de la justicia ó el rigor del Destino.

Así, nada satisface, nada halaga tanto la vanidad como la fe ciega en el Destino.

El Destino es Dios, que ha creado las estrellas para que el hombre naciese bajo su buena ó maléfica influencia; y antes de que viese la luz, el universo ya, por misteriosas combinaciones, trabajaba al través de los siglos para fijar el instante de su nacimiento.

Después, el hilo de su vida está tejido con venturas ó desgracias, siempre por la Divinidad; y el Destino va paso á paso con él, siguiendo sus menores sentimientos, inspirándole las menores acciones y guiándolo por un sendero inevitable hasta que lo lleva al fin de su carrera.

« Nada temas, llevas los destinos de César,» decía éste á los marineros, amedrentados en una recia tempestad.

Luis XVI vivía preocupado con el destino de Carlos I de Inglaterra.

Napoleón se creía llamado á grandes destinos.

« Si mi destino hubiera sido ser honrado,» decía el famoso ladrón Cartuche, «yo hubiera sido una gran cosa.»

« Maldito sea mi destino,» le hemos oído decir á un mendigo al dar contra una piedra su ulcerado pié.

Todo esto no es más que orgullo.

Id á decir á Napoleón, á César ó al mendigo: las hormigas humanas llevan un mismo camino, y cada una lleva su carga; las unas la toman ligera, las otras pesada; éstas llegan pronto á su cueva para descansar, y aquéllas tropiezan con el tronco de un árbol; las unas van y vuelven, pero á las otras las aplasta el casco de un caballo al pasar; y os dirán que esto es más terrible que morir á puñaladas por Bruto, de tedio en Santa Elena, ó que arrostrar una vida miserable, ¿por qué? Porque esto mata el orgullo humano, tan grande en Napoleón como en el mendigo, pues uno y otro creen en su Destiuo.

El paganismo, que más que religión era poesía, y que poblaba de divididades el Olimpo, reconocía la Suerte, el Destino y el Hado; y era este último Dios el que invocaban en sus canciones los amantes.

El tolerante Júpiter romano, que acogía todos los dioses, así los griegos como los egipcios, y que al lado del templo de la Victoria permitía á los vencidos erigir templos para adorar á sus dioses patrios, no excluyó del Capitolio á la Suerte; pero á la verdad, los romanos poco creían en ella, y

aunque se consultaban los oráculos, y los augurios examinaban las entrañas de las víctimas, sin embargo, sus generales en campaña obraban con tanto cuidado y tal ciencia, que nada confiaban al acaso ; y los otros hombres, en los negocios públicos y privados, obraban de manera que el éxito correspondiese á sus esfuerzos, lo que prueba evidentemente que los romanos no creían en el Destino.

No así los mahometanos, para quienes el fatalismo es la base de su religión y una creencia más poderosa que el instinto de conservación, y el móvil de las grandes acciones y de los crimenes más espantosos. Al fatalismo debió Mahoma todas sus conquistas, y al fatalismo debe el imperio turco su paralización y su ruina. La vida y la muerte están en la mano de Alá, lo que ha de suceder sucede siempre, dice el turco; y lleno de fe y de fanatismo se lanza á los combates donde ha de triunfar la Media-luna, ó permanece mudo y soñoliento, por siglos enteros, á la puerta de su bazar, y entregado á los deleites en su poblado serrallo.

Mas creer en la Suerte es para el verdadero cristiano una impiedad, nombrarla, una blasfemia ; y sin embargo, cuán pocos son los que logran sustraerse á esta superstición !

Y es que el curso del tiempo dentro del cual deben cumplirse los acontecimientos, conforme á leyes que sólo Dios conoce y que el hombre quiere adivinar, es limitado; es que el término más ó menos largo, pero siempre inevitable, de la vida humana, parece marcado; es que una serie de casualidades pueden repetirse muchas veces; es, en fin, que el orgullo humano contribuye á dar alimento á esta creencia, que se arraiga en el alma á pesar de la reflexión y del buen sentido.

En la edad media y hasta principios del siglo pasado, la creencia en el Destino fué casi igual á la que tienen los mahometanos. La astrología, la magia y la adivinación eran ciencias en que se ocupaba seriamente la humanidad : y adivinar el porvenir, y decir á cada uno su destino, era la ocupación de los sabios que decían contemplaban los astros en el espacio, y el oficio de los gitanos que examinaban las líneas de la mano.

El hombre cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer, ha dicho Larra; y, con perdón de tan agradable escritor, nosotros decimos : El hombre cree mentiras siempre. Las verdades no necesitan de fe, ellas tienen demostración y convencen el entendimiento ; pero hay una tendencia terrible en la humanidad á creer, abdicando la razón, cómo hay inclinación al vicio ; y entre las creencias más generalmente admitidas está la del Destino, porque ella halaga mucho nuestro orgullo.

Cuando la creencia en el Destino se nos presenta horrible, como en

el teatro antiguo, arrastrando á la familia del Rey Layo al crimen, y vinculando el adulterio y el asesinato en los Edipos de una manera inevitable, entonces queremos rechazarla; y el sentimiento cristiano predomina en nosotros, y comprendemos que la virtud no es obra de la casualidad, sino una fuerza de nuestra alma para practicar el bien y amar lo bello, y que el vicio es la relajación de las leyes morales y obra de nuestra voluntad, pero que Dios nos ha dejado libertad para escoger el sendero buscando la felicidad.

Cuando la Suerte se nos presenta repartiendo dones y derramando con pródiga mano la riqueza de un lado, mientras que del otro sólo deja caer enfermedades, miseria y dolores; entonces, todos creemos en ella, y por poca que sea nuestra desventura, nos hacemos siempre su víctima; y en todas nuestras contrariedades vemos un golpe de su mano, el poder que nos aplasta, ó el rayo inevitable que nos hiere.

Todo esto es orgullo.

El jugador que ve pasar á su lado los montones de oro, porque el dado impulsado por su mano ha presentado repetidas veces una misma faz se cree protegido por la Suerte; y sin embargo, hay hábiles jugadores que saben fabricarse esa suerte falsificando dados que caen siempre por las *suertes*. Así sucede con todo. Hay leyes en virtud de las cuales se verifican los acontecimientos, leyes que no conoce el hombre, que muchas veces contraría y cuya infracción le trae un mal, que él interpreta por rigor de la suerte. Siempre por orgullo.

La creencia en el Destino, como todo error, debe ser combatida, pues produce males inmensos al individuo y á la sociedad.

Ella es la que da aliento á los usurpadores, á los tiranos que, sintiéndose destinados para dominar la sociedad, imponen su voluntad y su capricho como una ley providencial, juzgan rebeldes á los que se les oponen, y enseñan al fin el cesarismo como una doctrina social.

Ella es la que, fascinando á algunos hombres, los hace acometer empresas superiores á sus fuerzas, creyéndose apoyados en la fuerza del Destino, para caer después triste y miserablemente.

Ella la que disculpa al criminal ante los ojos de la multitud, haciéndolo aparecer arrastrado por el Destino.

Y sobre todo, cuando el hombre laborioso y honrado ha trabajado sin éxito, cuando ha visto contrariadas sus empresas ó han naufragado sus esperanzas, la creencia en su mala suerte es funesta; porque el desaliento se apodera de su ánimo, mira como inútiles todos los esfuerzos, y, víctima de la desesperación, ve consumar la ruina de su familia sin hacer esfuerzos y sin levantar la mirada al cielo, en busca de esperanza.

Si en vez de entregarse al abatimiento que la creencia en el Destino engendra, el que ha sido desgraciado se consagra á buscar las causas de la contrariedad para remover los obstáculos, él ó su sucesor recogerá los frutos y cambiará en buena su mala suerte. El navegante que se encontraba entre Scila y Caribdis no tenía otra cosa que hacer que resignarse á morir sometiéndose á su destino; hoy los navegantes pasan por allí con seguridad y se burlan del miedo que los griegos tenían á esos escollos. Así sucede con todo.

La íntima creencia de que una Divinidad fatal interviene en las acciones humanas y en el curso de los acontecimientos para hacerlos á su capricho rigurosamente felices ó desgraciados, es perniciosa; porque el hombre deja de poner los medios que la naturaleza y la ocasión le ofrecen para conseguir el fin que se propone. El que ha sido picado por una serpiente y aguarda á saber cuál es el fallo del Destino, casi siempre es sentenciado á muerte. El que toma el contraveneno y busca en la tierra las leyes de la naturaleza, á que es preciso atender, casi siempre es absuelto.

Trabajemos, pues, constantemente y sin desmayar en la mejora de nuestra condición, porque esta es una ley de Dios; y cuando seamos contrariados, en vez de blasfemar con orgullosa presunción, redoblemos nuestros esfuerzos, y hagámonos superiores á los obstáculos que se nos presentan. Si sucumbimos, dejemos la tarea á nuestros hijos, que ellos la cumplirán; porque el *Destino* de la humanidad es luchar, vencer y avanzar.

XXVI

ESCENAS DEL HOGAR.

Esto no es vida,
Querida Rosa,
Es espantosa
La situación.
Estar oyendo
Como borrachos
Cinco muchachos,
¡Qué confusión!

¿Y en esto paran
Los galanteos?
¿Los coqueteos
En esto dan?
¿Por qué Dios santo
No te hizo fea?
¡Malhaya sea
Mi padre Adán!

Cuando escribiendo
Estoy un canto,
Principia el llanto
La *Mirrilín ;*
Y ¡ adios la musa !
Se va en Pegaso,
Y ese retazo
Queda sin fin.
Tomo una escena
De mi Proteo,
Y en alto leo :
« ¡ Ay ! infeliz !
Su pecho hiere
Punzante dardo.»
—Papá Medardo,
¿ Qué es meretriz ?
Esta pregunta
A quema-ropa
Y viento en popa,
Me hace *Nené !*
—Oye, es un cuento
Muy divertido,
Cuyo sentido
Te explicaré.
Con estas frases
Zafarme quiero ;
¡ Zas ! el tintero,
Lo derramó,
Manchando toda,
Toda la *escena ;*
Y tanta pena
Que me costó !
Con mil trabajos
La escena copio.......
¡ Mi telescopio !
¡ Jesús, Jesús !
Lo lleva el *Pancho*
Roto y dañado,
Pues ha formado
Dél una cruz.

Corro á cogerlo
Todo mohino,
Pero ese *chino*
Me corre más ;
Y va mi anteojo
Dando traquidos
Dando estallidos,
Y haciendo ¡ tras !
En esto el *Bebe*
Se me atraviesa
Y de cabeza
Rodando va ;
El inocente
Con mis papeles
Unos bajeles
Haciendo está.
El *Bebe* llora,
La *Nene* grita,
Y la chiquita
Llora también.
Y el *Pancho* llora,
Porque el anteojo
Le dió en un ojo
O en una sien.
¡ Jesús, Dios santo !
¡ Qué gritería !
¡ Qué algarabía !
¡ Qué confusión !
Esta no es vida,
Querida Rosa,
Es espantosa
La situación !
¿ Y en esto paran
Los galanteos ?
¿ Los coqueteos,
En esto dan ?
¿ Por qué Dios santo
No te hizo fea ?
¡ Malhaya sea
Mi padre Adán !

Pero no hay nada,
Nada perdido,
Del convertido
Se vale Dios ;
Mañana mismo
Nos separamos,
Nos divorciamos,
Y, abur, adios!
—Y los muchachos ?
Dí ¿ quién los cuida ?
Rosa querida,
Preguntarás ;
—Pues los muchachos,
—Siendo tan bellos,
—¡ Que vayan ellos
Con Satanás !
—Vaya, me quedo,
Si te parece,
Y mientras crece,
Con la *Nené :*
Es tan sensible,
Tan primorosa,
Que alguna cosa
Con ella haré.
O el lindo *Pancho*,
Mi idolatría,
Si es mi alegría
Verlo reír ;
Más bien el *Bebe*,
En cuya frente
Veo refulgente
Su porvenir.
No, no, ¡ qué digo !
Dejar la cuna ?
Si es mi fortuna
La *Mirrilín.*
No sé qué hacerme !
Si son tan bellos !
Con todos ellos
Me quedo en fin.
Y tú, mi linda,
Rosa querida,
Flor bendecida
De la amistad,
Ven á mis brazos,
Ven, dame un beso
Y te confieso
Ya la verdad.
Yo soy el hombre
Más venturoso,
Y es delicioso
Mi pobre hogar :
A cada hora,
Cada momento,
Nuevo contento
Me da á probar.
Tú sabes, *china*,
Que soy tu esclavo
Pero algo *bravo ;*
¡ Cómo ha de ser !
Y rabiar algo
Con las diabluras
De esas criaturas
Es un placer.
Si en esto paran
Los galanteos,
Los coqueteos
En eso dan ;
¡ Bendito el cielo
Que te hizo hermosa !
¡ Qué buena cosa
Fué el padre Adán !

XXVII

LA DOLOROSA

DE MI MADRE.

¡ Cómo no te he de amar, virgen hermosa
De ojos benignos y divina faz,
Si ante tu imagen pálida y llorosa
Gocé en mi hogar de bendición y paz !

Siempre te ve con sin igual cariño
Mi pobre, leal y amante corazón,
Que ante tu imagen ofrecí de niño,
Lleno de fe, mi cándida oración !

¡ Cómo olvidar podré que en su agonía,
En sus horas de angustia y de pesar,
Mi madre á ti, llorando, se acogía,
Y su llanto á tu llanto ví mezclar !

Santa virgen mujer, Madre de Cristo,
A quien viste morir en una cruz,
¡ Cómo podré olvidar que yo te he visto
De mi padre velar la última luz !

Ay ! quién tuviera ! quién tuviera ahora
El corazón nutrido por la fe,
Para ofrecerte mi oración, señora,
Como de niño mi oración alcé !

Mas nada puedo consagrarte. El cielo
Una hija me confió, madre de amor,
Tu nombre lleva ; bríndale consuelo
Cuando ante ti la lleve su dolor.

XXVIII

REUNION DE FAMILIA.

Entre los griegos la familia se perdía en el gran círculo de la patria, y los filósofos, como Platón, querían que desapareciese enteramente, para que no hubiese más que buenos ciudadanos. En Roma reconquistó sus derechos, y las familias patricias formaron el ornato de la República y la gloria de sus tradiciones. En España fué sacrificada al orgullo del nombre, y mientras que el primogénito vivía en medio de los honores y de la riqueza, los otros miembros vegetaban tristemente en el claustro, ó iban á morir en la guerra contra los moros; pero en América, como si instintivamente los hombres hubiesen conocido la necesidad de unirse para hacer frente á los combates de la naturaleza y á la guerra con sus semejantes, la familia ha sido un vínculo sagrado, mantenido por el amor y fortalecido por la autoridad.

La familia se extendía entre nosotros á todos los que tenían una gota de la propia sangre, y el título de *hermano* se daba á los más remotos parientes, siendo un reclamo de afecto, de amistad y de mutuas consideraciones. Esto, como todo lo bueno del pasado, se ha extinguido, sin que se haya sustituido lo bueno del porvenir, pues dicen que estamos en la época de transición. ¡ Desgraciada generación, siempre condenada á vivir como crisálida, porque sus padres fueron gusanos, y sin poder levantar el vuelo ni gozar de libertad!

Por mi parte declaro, sometiéndome á pasar por aristócrata, que la familia es todo mi universo; que no siento nada parecido al patriotismo de Bruto; que me deleito contemplando el cuadro de la familia de Darío en presencia de Alejandro, pues hasta para llorar en la desgra-

cia quiero estar con los míos; y que si Dios me diera el imperio del mundo, haría lo que Napoleón — levantar una familia de reyes.

¿En qué estábamos? ¡Ay! qué caída! Convinieron una vez mi padre, el tío Perucho, el tío Juan y todas las madres de mi extensa familia, en que, con el objeto de reunirla algunas veces, para mantener el cariño entre los primos, y como medio de economía, se comprasen algunas cosas por mayor para distribuirlas después y de común acuerdo en las diversas casas; y para dar principio, resolvieron comprar una vaca gorda, matarla en casa del tío Perucho, reunir allí la familia por la mañana, y que después de almorzar, cada cual se llevase su porción de carne para la casa, á más bajo precio de lo que la hubiera comprado en el mercado.

Fijóse el jueves próximo para la reunión; y la agradable noticia se difundió por todas las casas, se hizo el objeto de todas las conversaciones de los muchachos y de las reflexiones más serias de los viejos, acerca de los benéficos resultados del proyecto.

El día anunciado llegó, y por supuesto que nadie pensó en escuela ni colegio; y á las seis de la mañana todos los muchachos, sin licencia de nuestros padres, marchamos á encontrar la vaca prometida! Cual fué hasta los ejidos, cual hasta el paréntesis; y yo, montado en los pretiles del puente de San Victorino, y haciéndome ilusiones de que era un famoso caballo, esperé hasta que pasó la vaca, y luégo seguí detrás de ella con los otros muchachos, gritando y alarmando la ciudad.

La policía, atraída por el bullicio, y viendo atravesar por la calle de San Juan de Dios una vaca brava, á dos *rejos*, se presentó á impedirlo y prohibió formalmente que se matase dentro de la ciudad. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas! Pero la influencia del tío Juan, persona de importancia que, como él decía, se gloriaba de haber sido siete veces juez parroquial y una rematador, y que desempeñaba entonces el primer destino; su influencia, digo, logró que la víctima marchase á su fatal destino, devolviendo así la alegría á todos los corazones infantiles. ¡Cuántas veces en el mundo se necesita de una víctima para la felicidad de la multitud!

Si mis lectores quieren conocer al tío Juan, recuerden que el estilo es el hombre, y lean el siguiente aviso que puso de su puño y letra en la puerta de una de sus tiendas:

«Aviso:

«La persona ó individuo que desee ó quiera tomar en arrendamientó ó alquiler esta tienda ó almacén, hable con su dueño ó propietario, que es el que abajo firma, y que vive ó mora en la calle que cruza, al volver de la esquina.—El infrascrito, *Juan Asturias.*»

Estaban aguardando la vaca en la puerta de la calle todas las mujeres de la familia : las madres teniendo de la mano á las muchachitas ; las criadas con los niños alzados, y las viejas con las sayas remangadas y con anteojos para presenciar mejor el espectáculo.

—¡ Ahí viene ! gritaron todos al divisarla á dos cuadras de distancia, y todos corrieron para adentro, atropellándose. Una criada se tropezó, y el pobre niño salió rodando por el empedrado ; á una de las señoritas le desgarraron el traje ; y, por último, una criada estúpida y miedosa cerró el portón, dejando en la calle, y expuestas á las cornadas, á mamá Tomasa y á la Lugo, dos viejas octogenarias que se dieron por muertas, y que, arrodilladas y con las manos en ademán suplicante, pedían perdón á la *vaquita* de haber deseado que la mataran.

La empresa de entrar una vaca brava por un portón estrecho, era más ardua que la de someter la indómita República á la dictadura; y llamó la atención de toda la vecindad, y atrajo á todos los *chinos* de la ciudad, que con gritos, silbidos y *qué feos*, animaban á los vaqueros.

Como siempre he sido tímido, para ver la función con toda seguridad, subíme á la ventana de la casa del frente ; pero en mi entusiasmo accionaba con los pies, ya que no podía con las manos, y en un rapto, mi calcañal le dió á un cristal, el que saltó hecho pedazos. La señora de la casa que tal oyó, abrió furiosa la vidriera y me dió un empellón, del que fuí á caer junto á los cuernos de la vaca. ¡ Ah susto !

La parte sentimental de la reunión estaba representada por Luisa, mi prima, y Natalia, mi hermana, niñas románticas, si las hubo, y que apenas vieron atada la vaca para matarla, principiaron á llorar y á pedir, en nombre de Chateaubriand y Lamartine, perdón para la infeliz víctima. Sus poéticos ruegos conmovieron á las demás mujeres, y principió un concierto de llanto que atronaba la casa; pero la cuchilla ultriz no se detuvo, la vaca murió, y el último bramido que dió, fué la señal terrible. Natalia cayó desmayada por un lado y Luisa por otro; las otras mujeres se taparon los oídos, y las viejas encomendaron á San Antonio el alma de la pobrecita.

Por mi parte confieso que también estaba conmovido y que la escena me inspiró horror y lástima ; pero un sentimiento de curiosidad me retenía absorto, hasta que un muchacho malévolo y, entonces, para mí cruel, cogió sangre y nos bañó á todos, manchando nuestros *vestidos de domingo*, que teníamos puestos.

Eran las diez de la mañana y nadie había almorzado, porque el proyecto era almorzar carne fresca asada ; la tía Inés tenía ya jaqueca ; vinieron á llamar al tío Juan para el juzgado ; las románticas, después de

la privación, se sentían débiles, y todos principiaban á estar de mal humor; porque el hambre es una especie de rabia, y si nó, que lo digan los oposicionistas sin empleo.

Separóse lo que llaman *sobrebarriga*, ó mejor dicho, el *bocado de presidente*. Eramos cuarenta los aspirantes, y todos pedíamos ; pero empezóse por los mayores, por los que ya no tenían dientes para mascar, quienes la encontraron dura y desabrida, mientras que á los que teníamos las mandíbulas llenas y bastante vigor, nos dejaron sin parte. Siempre sucede lo mismo.

El muchacho malévolo que nos había ensangrentado y que estaba llamado por su audacia á grandes destinos en el porvenir, al ver que se iba á quedar sin parte, estiró el brazo del uno al otro extremo de la mesa, y á estilo de General sur-americano, se arrebató la presa, manchando al hacerlo todo el mantel y llevándose por delante botellones y vasos; pero él, que nada respetó, comió bien, y los otros niños que allí estábamos, por bien educados, nada probamos. Después nos ha pasado lo mismo en el mundo.

Las personas respetables se enojaron de tanta insolencia, y varias se levantaron de la mesa: pero después de muchos ¡ cálmense ustedes ! que no haya molestia ! hágalo por la paz ! &c. &c., volvieron á sus sillas, y continuó el parcial almuerzo. Entretanto el muchacho, detrás de una vidriera, hacía señales de pedir perdón, y señas tan graciosas, que todos, aun los más enojados, soltaron la risa, y él volvió á la mesa en medio de ovación como las que se hacen á los Generales desterrados.

Mis hermanos y yo éramos los pobres de la familia, lo que quiere decir que éramos los mejores y los más olvidados ; pero mi madre, amante y solícita, hizo notar la odiosa preferencia, y al fin protestó en *nombre de la justicia*.

¿ Quién tal dijo ? Las otras madres tomaron esto como un ataque á las tradiciones de la familia, y hubo dimes y diretes: hablóse, gritóse y peleóse, y mientras tanto nosotros *peristan*. Este fué un compendio de la Historia: el pobre pueblo reclama, pide y protesta; los privilegiados de la tierra gritan:—anarquía, impiedad y comunismo! se habla, se discute y hasta se pelea, y la familia humana sigue en su carrera y el pueblo siempre humillado y hambriento.

Después de esta escena, el almuerzo continuó triste y sombrío, y cada cual se fué levantando de la mesa con diversos pretextos ; y apenas el comedor estuvo sólo, el endiablado primo se subió á la mesa y principió á movernos guerra con los restos de la comida. Nosotros nos defendimos, y entonces nos tiró á la cara vasos, platos y cubiertos, hasta que les entró

miedo á algunos con la llegada del tío Perucho, quien echó en general un famoso regaño, y dió parte á mi padre, el cual á su turno nos reprendió, mientras que mi primo se asilaba en los cerezos de la huerta.

Divididos estaban caballeros y escuderos, dice Cervantes; y ese día pasaba en la casa lo mismo, pues mientras que las señoras conversaban en el comedor, las criadas, y sobre todo las amas, platicaban en la cocina; y como la vanidad es el pecado del hombre, ésta era también entre las indias el tema de la conversación.

—Niña Reyes, le preguntaba la una á la otra, á busté le han puesto *cajé?*

—De juerza, contestó la interrogada.

—¿Y come en loza jina?

—Luego!

—Pazque no le dan chicha, á sigún la niña está tan viche.

—Mí come como las señoras, y en las casas grandes no beben chicha, y si la niña está flaca, jué que tuvo la hipocresía al pecho, y en un ainas es angelito.

—Mi niño sí que es alentao, y á yo sí que me dan misteque y hasta cajé.

—¡Pus! su niño sí que es jiero, que ni un mascarón de pila.

—*Ti* no sabes lo que decís.

—*Ti* serás vos; y fué tirándole con el plato que tenía en la mano.

La otra se levantó furiosa y la agarró por las trenzas, trabándose un formidable combate, mientras que los niños, sus ídolos, rodaban entre la ceniza y la niña lloraba quemada en un bracito.

—Guerra de República. Viva la libertad! dicen los unos. Viva la religión! dicen los otros. Se agarran, pelean, se destrozan, y entre tanto la libertad y la religión yacen por el suelo, y todos profanan los ídolos motivo de la pelea.

Los otros criados ponen los gritos en el cielo, y es tal la algazara, que todos corren, creyendo que se ha prendido la cocina. Las madres preguntan por sus niños, los hombres traen escaleras, Luisa y Natalia vuelven á desmayarse, y los muchachos salimos á la calle gritando: fuego! fuego! que se quema la casa! que se quema la ciudad!, lo que atrae á la multitud á la puerta de la casa.

La tempestad pasó y la gente se disipó, pero no sin disgusto del público, pues mis lectores habrán observado que en una ciudad como Bogotá, que carece de espectáculos, un incendio, un asesinato en la Calle Real ó una pelea de caballeros son espectáculos que interesan vivamente á todos y que

producen verdadero alborozo ; y cuando el incendio se apaga sin que se hayan desocupado las casas, cuando el asesino no acierta el tiro, ó no hay sangre en la pelea, el público se cree chasqueado y se retira con disgusto.

Calmado el bullicio, el tío Juan apareció en la escena con la romana en la mano, como la estatua de la justicia, y ocupado en pesar la carne de la vaca para distribuirla entre las diversas familias. Marino experimentado, él había sabido dominar por largos años las tempestades del juzgado parroquial y salvado la nave ; pero ¡ ay ! el templo de la justicia había sido invadido por el amor, y el tío Juan prevaricaba.

Estaba enamorado de Luisa y, como caballero galante, agasajaba á Natalia. ¿ Cómo complacer á ambas madres, de cuya buena voluntad esperaba su porvenir y su ventura? ¿ Cómo aplacar la cólera y las protestas de las otras madres, perjudicadas en la distribución ?

El conflicto llegó á ser como la cuestión de los Estados danubianos, entre Rusia, Alemania y Austria: las madres privilegiadas no pudieron avenirse ; y las potencias de segundo orden protestaron, se armaron hasta los dientes, y se retiraron apelando ante la Europa civilizada.

Inútilmente se mandaron embajadores de casa en casa, llevando varias presas de carne que les correspondían; de todas fueron rechazadas, hasta que la carne se perdió para todos ; dando por resultado que en casa no comimos esa semana ; que el tío Juan perdió su reputación de justo y se quedó sin ninguna de las dos sobrinas, y que todos supimos que no hay nada más peligroso que una reunión de la familia.

XXIX

REGALO.

"EL PARAISO PERDIDO."

Es tu alma, mujer, un paraíso
Do nunca arroja su hálito Luzbel;
De perfumes y flores Dios lo hizo,
Dale mansión á mi recuerdo en él.

XXX

DOLORES.

I.

Al pié de dos cerros pertenecientes á la cordillera de los Andes se levanta, como en un nido de musgo, la lejana ciudad de Bogotá; ciudad española, mística y alegre, que embellece sus fiestas con el prestigio religioso, y da á la religión una pompa que arrastra á la multitud y que tiene encantos para el que cree y adora los misterios, para el que goza en los placeres inocentes y sencillos del pueblo, y para el que entre el humo del incienso y el perfume de las flores va á recoger bellos recuerdos, olvidadas creencias y sueños dorados de una juventud que se extinguió.

En una mañana del alegre Diciembre en Bogotá, cuando el sol se levantaba suntuoso detrás de la cordillera cubierta de laurel que domina la ciudad, y sus rayos iban á lo lejos á iluminar la espléndida llanura, envuelta aún por copos de niebla que suavemente se levantaban para desvanecerse en el cielo: cuando los copetones y cucaracheros lanzaban sus más sabrosos cantos, y el rocío, que es como el llanto místico de la noche, se mecía sobre el prado y brillaba como diamantes al reflejo de la luz; en una de esas mañanas en que la naturaleza ríe, canta y enamora, predisponiendo todos los corazones para la alegría y el placer, subían á la risueña ermita de Egipto, á la *misa de aguinaldo*, dos mujeres lujosamente vestidas, aunque con el traje nacional de saya y de mantilla, aprisa, porque ya habían dado el segundo repique, conversando alegres y con aire de asistir á una fiesta más bien que á una ceremonia religiosa.

Eran madre é hija.

La primera tenía una noble y distinguida fisonomía, grandes ojos negros, rasgados, de esos que revelan el alma al través de un océano de ternura: la cara blanca, pálida, como la de las madonas de mármol que se encuentran en capillas descubiertas en los caminos de Italia y que el pueblo adora por su belleza: boca grande, labios delgados, donde se dibujaba siempre una sonrisa dulce y celestial, y una frente donde se ostentaba el pensamiento; pero ya no era joven.

Al marchar por el inclinado sendero de cerezos y borracheros que conduce al pié de la pequeña capilla, y donde en espléndido panorama se presenta la llanura verde y alegre, la laguna de Fontibón que refleja la luz, y el horizonte limitado por los azules cerros de Occidente, la madre extendió una mirada por todas partes, y luégo la fijó en su hija con inefable placer y con supremo orgullo, como si dijese en su corazón: ¡ No; ni el sol, ni el cielo, nada hay igual á mi hija !

Ay ! Tenía razón. ¡ Cuán bella era Dolores !

Solo en América pueden encontrarse esas mujeres de tez de nieve y cútis suave como el de las inglesas, pero con ojos chispeantes y la mirada profunda de las que ha embellecido el sol del medio día; sólo aquí se encuentra esa suavidad de la niñez de quince años con ese fuego que hace latir el corazón de las hijas de Arabia; sólo en Bogotá hay esa belleza sobrehumana, que al puro aristocrático tipo europeo, une la gentileza y gallardía de la América; pero sólo en el cielo se hallarán esos seres que como una visión suelen aparecer en los sueños de rosa de la juventud para volar después, dejando su recuerdo una huella luminosa en nuestra alma, como la estela del buque en medio del océano. Así era Dolores.

La mantilla de terciopelo negro se le había rodado de la cabeza, y dejaba ver sus rubios, suavísimos crespos, que, ondulantes, caían hasta su cuello de cisne ; unas formas magníficas estaban veladas por el estrecho corpiño de seda que las ceñía dibujándolas ; y al levantar la flotante falda de la saya para no pisarla, se veía un lindo pié, que movía con una delicadeza y una gracia que haría la envidia de las andaluzas y que jamás tuvieron las vestales.

—Ay ! mamá, qué hermosa mañana ! ¡ Qué aire tan puro ! Qué sabrosos repiques ! Qué feliz me siento !

—Sólo tu papá nos falta para pasar alegres el Diciembre ; pero tengo esperanza de que no principie el nuevo año sin que lo hayamos abrazado. Ya está en la Costa, de regreso de Jamaica.

—Yo le escribí que viniera para la *noche buena* y pidiéndole mis aguinaldos. Si llega, ¡ qué contentas vamos á estar !

—Cuando llegue el piano haremos una tertulia para estrenarlo.

Al llegar al pié de la pendiente escalera que conduce á la capillita, interrumpieron su diálogo las dos mujeres, porque el atrio estaba lleno de elegantes, entre los cuales se escuchó un murmullo de admiración al contemplar á Dolores; y sobre su cabeza cayó una lluvia de ramos de flores de los que los alféreces de la misa arrojaban desde el campanario á las hermosas concurrentes.

Dolores bajó la mirada pudorosa, se cubrió parte de la faz con la mantilla, y, temblorosa, se deslizó entre la fila de jovenes que obstruía la puerta de la iglesia, yendo á arrodillarse al pie del altar de Santa Orocia, humilde y devota, llena de unción y pensando sólo en Dios.

La fiesta era espléndida, los alféreces habían adornado la iglesia con lujo y toda la plazuela y el atrio estaban llenos de arcos de laurel; durante la misa resonaban estrepitosos fuegos artificiales en el exterior, y del coro se lanzaban palomas llenas de cintas. Guarín había llevado su piano, y sus armonías llegaban al cielo con las oraciones del sacerdote, el humo del incienso y el perfume de las flores.

En esta historia tropezaremos con muchos muertos, esto le sucede al que visita los cementerios, y el corazón del hombre, cuando pasa la juventud, es un cementerio donde yacen, hacinados y confundidos, bellos recuerdos de extinguida gloria, suspiros de dolor, besos helados con el frío de la muerte y lágrimas que conservan su tristeza y su amargura; pero hay placer en pasearse á la sombra de los laureles que nacen sobre la tumba de los hombres que, más felices que nosotros, murieron dejando un recuerdo de gloria; y su eterna calma nos invita á tributarles el testimonio de nuestra admiración, sin miedo á su grandeza, y gozando de ese amor místico y sagrado que, al través de los años, une al grande artista con el poeta que lo admira.

Por esto hablamos de Guarín; porque vivir en la memoria de los que aman y esperan, es el último estímulo para los artistas, para esos hombres que llevan una vida de amargura y de miseria, que soportan resignados un presente fatigoso, consagrados á las duras fatigas de su profesión, y que sólo aspiran á dejar un recuerdo grato y una corona para su tumba.

Al través de la tormenta revolucionaria muchos nombres de héroes se han proclamado al estampido del cañón, que el eco ha llevado á lo lejos, y que se han ido perdiendo y extinguiendo como el humo de la pólvora; pero el nombre de Guarín, ese artista que tuvo una vida modesta y resignada, no se ha perdido aún, porque el genio lo cubre con sus alas y el corazón se complace en recordarlo.

A los hijos desheredados del pueblo, la Providencia les concede á veces una chispa del fuego celestial y hace de ellos bardos que encantan la existencia, que inspiran las grandes pasiones y que conservan la memoria de la virtud, ó grandes artistas que, como Guarín, con celestiales armonías, derraman un mar de emociones sobre los que alcanzan á oírlos, ó dejan para el porvenir melodías encantadoras, como el canto del ave gemebunda que oye el viajero atravesando el desierto.

La pobreza, siempre compañera de la virtud de los artistas, y que lleva á los hombres débiles á la desesperación, es santa y benéfica para las naturalezas privilegiadas, porque los aparta de esos placeres que enervan y adormecen el alma, y los obliga á buscar en su arte la felicidad y los medios de proveer á su existencia, y así es que éstos encuentran fuentes de inspiracion que sólo ellos conocen. Guarín, hijo del pueblo, pobre siempre, fué un músico eminente.

Durante toda la misa estuvo alternando el piano de Guarín con una música de viento que tocaba piezas alegres y bulliciosas; pero al tiempo de la consagración se levantó del coro una voz armoniosa, magnífica, sublime, que hacía resonar los arcos de la pequeña capilla, y que parecía impregnada de ese aire místico que envuelve los misterios de Dios, y que sólo los ángeles pueden interpretar en sus eternas alabanzas.

Era la voz de Rafael Martínez, artista cantor, amigo de Guarín, con genio como él, pero más desgraciado ; porque el nombre, la gloria y la fortuna no vienen siempre, y Rafael se extinguió sin conseguirlos, como esas flores que nacen en medio del bosque, cuyo perfume trasciende á lo lejos, pero cuya hermosura nadie ha conocido.

Al escuchar esta voz, Dolores sintió un algo desconocido que corría por sus venas y moría en el corazón : un extremecimiento magnético que le producía un deleite supremo y embriagador, al mismo tiempo que su alma, abierta á nueva luz y nuevos horizontes, entreveía el cielo, gozaba de sus delicias y se sentía arrastrada en el vuelo fantástico del ángel.

Dolores sintió amor.

Sintió amor por el desconocido ; pero demasiado inocente para conocerlo, su pecho conservó sólo de aquel momento un raro, extraño recuerdo, mezcla de santidad, de dicha y de deleite místico; y desde entonces se sintió más inclinada á la piedad, su genio alegre se hizo soñador, y con frecuencia pasaba horas enteras sin saberse si oraba, si soñaba ó si pedía.

Para formar una idea exacta del carácter de Dolores, es preciso saber que, educada en el aislamiento de la familia, no había recibido más lecciones que las de su padre y las de su madre: aquél un antiguo militar, dedica-

do después al comercio, y que le había mostrado todo lo que podía elevar su alma, cuanto tiene la virtud de noble y de sublime y lo que se debe al honor y al respeto á la sociedad ; mientras que la madre cultivaba en su corazón todos los sentimientos tiernos y dulces, el encanto de la modestia, de la piedad y del pudor, y cuanto tiene la virtud de consolador y de amable. Del concurso de estos cuidados resultó un carácter valeroso y sensible, á la par que extraordinaria energía y angélica dulzura ; fué á la vez altiva como todo lo que viene del honor, y tierna, consagrada, mansa y apacible, como todo lo que viene del amor.

Pero sobre las cualidades adquiridas por la educación, dominaba una naturaleza nerviosa, extremadamente sensible, que la hacía capaz de todo en un momento de fiebre eléctrica ; pero después de la cual sobrevenía una languidez y una extenuación que parecían concluir con sus fuerzas.

Las afecciones tiernas y profundas son las que se concentran en pocos objetos ; así Dolores, que no conocía más que á sus padres, no amaba más que á ellos ; los amaba con pasión, con delirio, y eran todo para ella en el mundo—los protectores de su debilidad y los compañeros de sus juegos. No sabía sino lo que ellos le habían enseñado : sus goces, sus comodidades, sus talentos, todo le venía de ellos ; y persuadida de que todo lo santo y todo lo bueno era lo que ellos le mandaban, se acostumbró á una dependencia moral absoluta, y su espíritu obedecía ciegamente y con profunda fe cuanto le mandaban, lo que influyó poderosamente en el cumplimiento de su fatal destino.

Cuando contó á su madre las dulces, extrañas emociones que el canto de la *misa de aguinaldo* había despertado en su alma, su madre nada pudo adivinar, creyó que eran sueños de niña, éxtasis sublimes de la inocencia, y la dejó seguir en la vida un tanto mística que desde ese día abrazó con ardor, sin que por esto la dulce sonrisa desapareciese de sus lindos labios, y sin que la felicidad dejase un instante de batir sus alas sobre el grupo hermoso de las dos mujeres.

II.

Cuando esto pasaba en Bogotá, dos hombres subían penosamente el río Magdalena, en un champán cargado de mercancías; y después de veinte días de navegación, cerca de San Pablo, sentados sobre la cubierta, tenían este amistoso diálogo:

—Me parece que no llego: la lentitud de este viaje me desespera. Estoy loco por volver á respirar el aire puro de mis montañas, y abrazar á mi dulce esposa y á mi linda hija.

—¿ Amas mucho á tu hija ?

—Ah ! mucho ! mucho ! Creo verla en este momento con su traje blanco y una cinta negra al cuello, venir á besar mi arrugada frente. Todas las amarguras de la ausencia se disipan ante la dulce esperanza de volverla á estrechar entre mis brazos. Ella es mi ilusión, mi sueño, mi ventura, como su madre ha sido el ángel que me ha guiado en todos mis trabajos. Estoy seguro de que sus plegarias me acompañan en este momento. ¿ Tú tienes alguna hija ?

—¿ Me crees tan viejo que pueda tener hijos ?

—Ah ! entonces no sabes lo que es la felicidad. Tener una esposa, es tener siempre un hogar risueño, y en la desgracia, quien divida nuestras amarguras y enjugue nuestras lágrimas, sin que ella pida jamás otra cosa que ternura y amor. Y tener una hija, es poseer una flor cuyo perfume sólo se exhala para nosotros y cuya belleza hace el encanto de la vida.

—Poco me han gustado las mujeres. Son pájaros que deslumbran con sus plumas como los papagayos, pero que á los dos días atolondran con sus gritos y se desea regalarlos al primero que pase. En cuanto á los hijos, jamás he oído llorar un muchacho sin que me dé gana de cojerlo por el pescuezo y tirarlo á la mitad de un rio.

—¿ Cuál es, según tú, la felicidad de la vida ?

—Ganar dinero; y como el medio más fácil de obtenerlo es jugando, en el juego paso la vida, porque éste me da también otro placer, el de ver llorar á los que pierden.

—¿ Jamás has amado ?

—¿ Por qué me haces esa pregunta ?

—Por nada.

Los que así hablaban eran el Coronel Julio Blanco, dedicado al comercio, que venía de Jamaica con mercancías, padre de Dolores, y Juan Montealegre, su compañero de viaje.

Este era un hombre de mediana edad, de frente achatada, de ojos azulosos, vivos y penetrantes, nariz aguda y rostro enjuto; que tenía algo de ave de rapiña, modales fáciles, aire suelto y sonrisa profundamente irónica.

Después de esta conversación, el Coronel guardó silencio y Montealegre lo miraba con una sonrisa diabólica y despreciativa; y cuando aquél se quedó dormido, agobiado por el calor, éste exclamó :

—¡ Imbécil ! Me pregunta si he amado, y no comprende que su hija me desespera, me irrita y me enfurece de amor. Que quisiera poseerla, aunque después viniera una eterna condenación. Que quisiera abrazar-

la, no una, sino mil veces, estrecharla hasta hacerla morir en mis brazos, y morir yo también respirando el perfume de su seno.

Pocos días después los viajeros llegaban á « Buenavista, » pero el Coronel no pudo saltar á tierra, y dos bogas tuvieron que sacarlo alzado del champán y conducirlo á una choza, porque le había dado la fiebre del Magdalena y venía moribundo.

Una vez á la sombra, abrió los ojos y pidió agua ; después, haciendo un grande esfuerzo, llamó á Montealegre, quien vino á sentarse á la orilla del lecho de guaduas en donde lo habían colocado.

—Me siento morir, le dijo el Coronel, y voy á morir sin abrazar á mi esposa y bendecir á mi hija.

—No tengas aprensión, la fiebre pronto desaparece ; mas si quieres disponer algo, yo haré en todo tu voluntad, contestóle Montealegre.

—Sí, amigo, me muero, y confío á ti la suerte de mi mujer y el porvenir de mi hija. Júrame, Montealegre, que como hombre de honor cumplirás la voluntad de un infeliz padre moribundo.

—Así lo ofrezco.

—Toda mi fortuna, el producto de muchos años de trabajo mío y de la economía de mi esposa, está en este negocio de mercancías que llevo, cuyas facturas te doy, haciéndote depositario, para que las entregues á mi mujer.

—Oh ! yo haré todo, todo lo que convenga.

—Otro servicio: toma papel y pluma, y escribe mi último adios á mi mujer y á mi Dolores.

Montealegre hizo lo que se le pedía, preparó los útiles de escritorio, y se puso á obedecer al moribundo, quien, sentándose penosamente en el lecho, le dictó, lenta y pausadamente, esta carta, interrumpida á veces por los sollozos y las lágrimas:

" Querida esposa mía:

¡ Cuán corta ha sido nuestra vida de casados, y ya tengo que abandonarte ! Te amo hoy tanto como el día de nuestra unión ; y al separarme de ti en la tierra, quiero que sepas que sólo me has dado días de felicidad.

«Dolores ¡ hija mía ! Muero sin darte un abrazo y sin que sepas dónde está mi huesa, para que vengas á llorar sobre ella ! Conserva tu virtud, que es mi encanto, y recuerda que tu padre, como viejo soldado, sacrificó todo al honor. Yo te bendigo, y con la mía te cubrirá la bendición del cielo.

«Montealegre queda encargado de llevar á mi esposa el negocio que

traía y las facturas que también le entrego. Si él cumple, como confío y me lo ha prometido, le deberán ustedes mucho, y espero que no serán ingratas.

¡ Adios esposa ! ¡ Adios hija ! hasta la eternidad.»

Cuando hubo acabado, dijo á Montealegre:

—Traémela para firmarla y ponerle yo mismo el sobrescrito.

Montealegre se la alcanzó ; el Coronel la firmó con mano temblorosa, y después de doblarla en cuatro, escribió encima :

« A mi señora Elena Gómez de Blanco» : la besó repetidas veces, lloró, y se quedó postrado por la emoción, con la carta en la mano.

Montealegre se la quitó con un placer indecible, y en un extremo de la choza se puso á leerla de nuevo. La carta había quedado escrita así :

«Querida esposa mía :

«¡ Cuán corta ha sido nuestra vida de casados, y ya tengo que abandonarte ! Te escribo para exigirte el cumplimiento de un juramento tan sagrado como el que hiciste el día de nuestra unión : y quiero que sepas que en él está cifrada tu felicidad.

«Dolores ¡ hija mía! Muero sin darte un abrazo y sin que pueda á la voz decirte mi última voluntad. Te he prometido á Montealegre como esposa: recuerda que tu padre, como viejo soldado, sacrificó todo al honor.

«Yo te bendigo, y si cumples lo que he prometido, te cubrirá la bendición del cielo.

«Montealegre me ha socorrido, pues muero miserable, y si él socorre á ustedes, como yo confío y él me lo ha prometido, le deberán ustedes mucho, y espero que no sean ingratas."

Pocas horas después el cadáver del Coronel, presentando siempre el aspecto marcial que lo había distinguido en vida, estaba tendido en la mitad de la choza y los bogas le habían colocado cuatro velas.

Montealegre, contemplándolo impávido, decía:

—He logrado mi objeto: ya nadie se opondrá á mis deseos. Soy rico, y esta carta me hace dueño de Dolores!

—Muchachos! dijo á los bogas, ¿cuántos días hay de aquí á Honda?

—Seis.

—Doble paga si llegamos en tres días, y marchemos en el acto!

—¿ Y no enterramos al Coronel ?

—No hay tiempo para eso.

—Eso no ; gritó el patrón del champán: eso no se hace ni con un perro; y yo no me voy sin haberle dado sepultura, rezado un padrenues-

tro y puesto una cruz en el lugar en que se quede, para que siempre que pase por aquí el champán recemos por su alma.

Así lo hicieron: en una improvisada barbacoa condujeron al Coronel al pié de un caucho, abrieron la huesa, y llorando los bogas por tan *buen blanco*, la cubrieron de arena y colocaron una cruz que el tiempo había respetado hasta 1854.

III.

Las herraduras de un caballo que se paraba á la puerta de una casa situada en la calle de los Carneros, hicieron salir gritando ¡ papá ! ¡ papá ! á una hermosa niña, quien, viendo la figura de Montealegre, se quedó parada y temblorosa, como temiendo una desgracia.

—¿ Papá dónde está ? le preguntó al cabo de un momento.

Montealegre no contestó ; y Dolores, que era la niña, empezó á dar gritos y á derramar un torrente de lágrimas.

El corazón de Montealegre se sintió conmovido en presencia de tan profundo dolor, y parecía vacilar en sus funestos proyectos ; pero la vista de esa mujer encendió de nuevo en su alma la volcánica pasión que lo devoraba, y dijo :

—Su padre, señorita, ha muerto !

En este instante apareció la infeliz madre en el umbral de la puerta, y cayó herida como por un rayo.

El dolor, la desolación y la miseria fueron desde entonces los huéspedes inseparables del antes feliz hogar ; y el amor entre la madre y la hija se hizo más estrecho, como para presentar así unidas un solo grupo á los tiros de la suerte.

El corazón no resiste el seguirlas en su carrera de infortunio, en sus tristes, solitarios días, en sus noches eternas, en que toda palabra traía un recuerdo doloroso y toda conversación terminaba con lágrimas, en que, sin embargo, no se hablaba más que del Coronel, y á él eran dirigidas todas las oraciones de la madre y de la hija.

Los amigos fueron desapareciendo ; el lujo de la casa se fué desvaneciendo, consumido por las necesidades; de un hogar cómodo fueron á otro más estrecho, y de ahí fueron rodando, impulsadas por la miseria, á una pequeña casa en la calle del Panteón de las Niéves, desmantelada y sin más que un lecho en donde se recogían la madre y la hija.

Aquélla, debilitada por los sufrimientos, parecía extinguirse; y llevando en el rostro las huellas del dolor, pálida, ojerosa y acongojada, tenía alguna semejanza con las Dolorosas pintadas por Vásquez. La hija no de-

jaba de llorar sino para trabajar en costuras, con cuyo producto tenía que hacer frente á la miseria.

Una noche, sentadas al rededor de una mesita donde había una vela moribunda, la hija cosiendo y la madre llorando, dominadas siempre por el mismo pensamiento, ésta dijo :

—Leeme otra vez su carta.

Dolores se levantó y tomó del canastico de su costura un papel gastado yá, en el cual leyó, interrumpiéndose á cada momento para enjugar el llanto, la carta del Coronel.

La madre, bañada aún en lágrimas y con voz desfalleciente, preguntó á Dolores :

—¿ Qué dices, hija mía ?

—Ay ! mamá, que eso es imposible ! Papá no ha podido querer mi sacrificio. Ese hombre me inspira aversión invencible.

Un profundo silencio, interrumpido apenas por prolongados suspiros, reinó toda esa noche entre las dos mujeres.

Hay un tormento cruel á que los ricos sujetan con frecuencia á las mujeres pobres, presentándoles el mágico embeleso del lujo y del placer, para exigir de ellas un sacrificio moral, las primicias de su virtud, un amor que se vende ó la esclavitud de los afectos, durante la vida entera, de un matrimonio. En este tormento en que el corazón sufre como sufrían los miembros rotos en el tormento físico, muchas mujeres sucumben y manchan su frente, ó se venden como las sircasianas por las telas de Oriente: otras resisten, pero llevan después la imagen de ese mundo fantástico que se reveló á sus ojos cuando quisieron ser buenas.

Montealegre, hombre de mundo, conocía muy bien el poder que la riqueza le daba, y no dejó un solo día de ir á aplicar el tormento moral á las dos abandonadas mujeres, solicitando la mano de Dolores ; pero la naturaleza privilegiada de ésta le hacía soportar con orgullo, y casi con el placer de un mártir, las agonías lentas pero terribles de la pobreza.

Su madre era víctima de una doble tortura, porque tenía que luchar entre la promesa hecha por su esposo al tiempo de morir y la repulsión invencible de su hija; pero esa lucha la devoraba por dentro, y cuando caía postrada, creía ver la imponente sombra de su esposo, de ese esposo á quien siempre había obedecido, que le exigía el cumplimiento de su palabra dada. Y cuando volvía, refería á Dolores esos fatales sueños, lo que agravaba la situación de la pobre niña.

El corazón de la mujer es una lámpara que el amor vivifica y embellece, y cuando el amor falta, la luz vacila, el valor la alimenta por algunos

instantes, la vida se prolonga entre lágrimas y recuerdos, pero pronto se extingue. La madre había sido feliz con el amor del Coronel, muerto el cual, había sentido el alma desgarrada, el corazón se le enfriaba y la vida era sólo llama flotante que al menor soplo muere.

Una noche del mes de Octubre, la lluvia, recia y continuada, batía las paredes de la pequeña casa con ruido melancólico y triste: el viento que soplaba de Oriente, al introducirse por las rendijas de la desvencijada puerta, silbaba aterrador, y los relámpagos, que se sucedían á cada instante, aumentaban el horror de la escena. Las dos mujeres estaban solas y á oscuras, porque no habían tenido con qué comprar una vela. La madre estaba tendida en el lecho, con la frente reclinada, y Dolores, de rodillas en el suelo, le tenía los yertos pies entre sus lindas manos para calentárselos.

—¡ Qué frio, hija !

Dolores se levantó, buscó algo por todas partes en la desierta morada, y no encontró nada con qué aumentar el calor de la madre ; pero, como si de repente hubiera caído en la cuenta de algo que antes no se le había ocurrido y por lo cual se hacía un cargo, se quitó apresuradamente una chaqueta raída de terciopelo, resto de su antiguo lujo, y la echó sobre las rodillas de la madre, quedándose ella tiritando de frío en el húmedo cuarto.

—Dame tu mano, Dolores.

La moribunda la tomó, la llevó á los helados labios y luégo la puso sobre su corazón, que palpitaba lenta y pausadamente como la péndola de un reloj al acabársele la cuerda, que á cada instante oscila con más calma.

—Voy á dejarte.

—Ah ! no, no mamá, gritó la niña. Eso es imposible, y la devoraba á besos.

—Sí, voy á morir. ¡ Pobre de mi hija ! Hermosa y en la miseria ¿ quién la amparará ?

—¡ Dios, madre mía !

—Oyeme, Dolores, tengo miedo de encontrarme con tu padre y que en vez de estrecharme lleno de amor entre sus brazos, con la faz imponente y severa me diga:— ¿ Por qué no cumplistes mi última voluntad ?. Esposa desobediente, estarás separada de mí por toda la eternidad !

—¡ Madre mía !

—Yo no te exijo nada : nada te pido ; pero comprende bien que ha sido la única vez que mi esposo no fué obedecido, y que es horrible presentarme á él para ser rechazada.

—Madre mía ! madre mía ! Tranquilízate, la voluntad de mi padre será cumplida. Seré la esposa de Montealegre.

La madre estrechó más vivamente la mano de su hija contra el seno, y se sentó para besarla.

Cuando lo hizo, dijo : Ay ! ay ! me vuelve el dolor. ¿ Queda algo de láudano ?

—Sí, mamá.

Dolores la dejó un momento para alcanzar del poyo de la ventana el frasco, y cuando volvió, la madre yá no estaba sentada. La llamó y no contestó, tentó en la oscuridad y encontró el rostro rígido y yerto; buscó la boca para darle el láudano, y la halló cerrada y trabada, puso la mano sobre el corazón, y yá no latía.

—¡Murió! dijo, lanzando un grito que debió de lastimar el corazón de Dios ; y se arrojó sobre el cadáver, dando alaridos y bañándolo en llanto.

La noche que pasó Dolores en presencia del cadáver de su madre, sola y desamparada, no puede describirse. Al día siguiente unas mujeres caritativas la sacaron de esa mansión de lágrimas y muerte, sin que ella llevase más que el frasco de láudano que instintivamente había tenido asido toda la noche.

IV.

Dolores vivía pocos años después con su esposo Juan Montealegre en la quinta de *Guanacas*; quinta que en otro tiempo fué el teatro de los devaneos de Doña Manuela Sáenz, á quien el vulgo llamaba *la Libertadora;* quinta de fiestas, de bailes y de banquetes, donde aquella mujer extraordinaria ostentaba toda su gracia varonil y toda la pompa de una reina; donde se hacían combinaciones bolivianas que habían de decidir del porvenir de la América, y donde los jóvenes Representantes de Colombia, ebrios de amor, de placer y de vino, olvidaban las cadenas de oro de la patria: quinta que fué perdiendo su opulencia, que fué arruinándose, y que en la época de esta historia no conservaba yá de su esplendor sino los recuerdos: espaciosos jardines abandonados, salones arruinados, pero cuyas paredes conservaban todavía los dorados papeles de otro tiempo, y algunas piezas desamuebladas, que eran las habitaciones de los dos esposos.

El hogar de Dolores era triste; á los primeros raptos de amor de Montealegre había sucedido la tibieza de una larga posesión, tan natural en los hombres á quienes sólo anima el fuego de los sentidos y para quienes la saciedad quita el encanto del objeto que se posee. Después había venido el fastidio de escenas iguales, jamás iluminadas por el sol de esa ternura

que hace comunes el placer y la desgracia; y últimamente, el encono del esposo por la tristeza habitual de Dolores, y las recriminaciones por no haberlo amado siempre.

Dolores sufría resignada y humilde.

Montealegre había buscado fuera de su hogar el placer, y había encontrado la ruina de su fortuna en el júego; y esto había acabado de agriar su carácter, haciéndolo cruel con su pobre mujer. Llegaba siempre indiferente, la trataba con dureza, le exigía todo con altanería; y luégo la dejaba hasta tarde de la noche, en que venía de la casa de juego, frecuentemente renegando de su mala fortuna.

La arruinada quinta tenía mal nombre en la vecindad, porque en ella *espantaban*. Los criados no duraban, porque decían que sentían entrar tarde de la noche personajes misteriosos que se iban con el alba: que se oían con frecuencia pisadas en los vastos aposentos y las puertas abrirse y cerrarse espontáneamente toda la noche.

Todo esto era mentira, y Montealegre así lo conocía y se burlaba cruelmente de su esposa cuando se lo refería; pero la infeliz tenía miedo de estar sola en la desierta casa, y pasaba largas noches de soledad, crispada, temblorosa, los ojos extraviados, escuchando todos los ruidos, oyendo silbar el viento y espantada de sus propios movimientos.

Una noche se levantó en medio del silencio una voz armoniosa que, al compás de la guitarra, cantaba dulcemente en la calle, al pié de la ventana.

¡El mismo canto de Egipto! gritó Dolores en medio de su sorpresa; y no pudiendo contenerse, abrió la ventana, y á la pálida luz de la luna vió á un joven de aire melancólico y distraído, que, con la guitarra en la mano y flotante la negra cabellera, tenía los ojos levantados al cielo y en actitud suplicante. Dolores había conocido á este hombre, ¿en dónde? En sus sueños de amor desvanecidos.

Este canto vino á renovar en su alma un fuego que no se había extinguido; y trajo á su memoria la imagen de esos días de inocencia, de felicidad, de perfumes y de luz, que para siempre habían huido; y asociándola en su imaginación al recuerdo de su madre y á las ilusiones venturosas que anidaba su corazón el día de la *misa de aguinaldo*, le hizo verter abundante llanto, pero llanto dulce, como el que se derrama al volver á encontrar á una persona querida.

Después todas las noches y á la misma hora el canto cadencioso se escuchaba siempre. Ya Dolores no se sentía sola; el miedo había desapa-

recido: anhelante esperaba que llegase la hora del canto, y escuchándolo se quedaba dormida.

Pero el que así cantaba era un loco.

¿ Por qué razón iba allí á cantar ? ¿ Había amado á Dolores ? ¿Esta mujer había tenido alguna influencia en su locura ? Misterio.

Es el genio centella celestial que iluminando quema: sus creaciones, que al mundo deslumbran, son la pálida imagen del trabajo incesante de un cerebro ardiente ; una chispa más, y el cerebro se calcina y la locura viene. Tasso, inspirado del cielo, fué un sublime demente.

¿ Quién que se haya dejado arrastrar por una fogosa fantasía, encantado con las bellezas luminosas de la poesía, no ha recorrido un mundo imaginario, aéreo y hermoso, donde todo es armonía, y donde el alma aspira perfumes desconocidos y el corazón adivina el amor ? Ese mundo es la región donde reina la locura ; y cuando el poeta vuelve de un vértigo y siente que la sien palpita, viene de ese mundo á contemplar la realidad de la vida.

Rafael, artista desgraciado, sintiendo en su seno bullir el entusiasmo, lleno de fe en el porvenir, abrazó con calor una carrera que no le había de dar más que miserias y desprecio; á cada decepción su alma se irritaba, y á cada espina que pisaba cuando buscaba flores, el dolor extremecía su corazón. Y empezando por huir de una sociedad que lo mortificaba, la soledad exaltó su fantasía, y se hizo ocioso y soñador; luégo fué indiferente á los estímulos del placer y la ambición, é irritado por la burla y el escarnio, se volvió loco.

Montealegre, informado del canto misterioso que todas las noches iba á interrumpir el silencio pavoroso de Guanacas, tuvo celos, única pasión que el amor alcanza á encender en los corazones endurecidos, pero que, como el fuego que alcanza á penetrar en el corazón de los troncos de guayacán que resisten al hacha, los devora por dentro y es inextinguible; tuvo celos, y esta pasión no le sirvió para comprender el mérito de Dolores y para amarla cual debía, sino que lo irritó más, llevándolo hasta la violencia y poniéndolo sediento de sangre y de crímenes.

Montealegre espiaba á Dolores: fingía ausentarse y llegaba de repente con la esperanza de encontrarla con su amante y poderla matar con licencia de la ley; pero salían fallidos sus proyectos. Una noche llegó hasta ponerle un puñal en el seno, amenazando matarla si no le revelaba el nombre de su amante.

La tránquila inocencia de Dolores era á sus ojos una profunda hipocresía, un refinamiento en el vicio que hacía impotentes sus esfuerzos y

sus amenazas ; y entonces resolvió echarla de su casa, previniéndose con una acusación como adúltera en caso de que ella se presentase á la justicia por reparación.

—Nada tragiste á mi casa, le dijo al despedirla, nada sacarás.

A Dolores le pareció que así debía ser; pero al llegar al umbral de la puerta, recordó que había traído el frasco de láudano que había servido á su madre moribunda, y que era su única propiedad, y se volvió á sacarlo.

Arrojada del hogar, desechada de su esposo, pobre, hermosa y pesando sobre su frente el anatema de una sospecha, Dolores sólo encontraba abierto el camino del vicio : del vicio que en Bogotá tiene un asilo en cada calle para las mujeres desgraciadas, altares donde los jovenes van á quemar incienso, y un mundo de placeres y de obsequios, vedado siempre á la virtud que espera ; pero Dolores, santamente ignorante de los senderos que, cubiertos de flores, conducen á la prostitución, se refugió en casa de los señores E......, antigua familia de la aristocracia bogotana, que, como todas las otras, había caído de su esplendor, pero que conservaba las tradiciones de honradez y el instinto de la beneficencia.

Vivía esta familia en la quinta de paja que estaba edificada en medio de un solar al frente del *puente nuevo*, y que en la época á que nos referimos estaba descubierta, rodeada sólo por una tapia baja y dominada por el puente y la calzada, que estaban á una altura de diez metros sobre el piso de la quinta. A Dolores se le dió uno de los cuarticos que están en el corredor alto que daba hacia el puente, y que tenía una reja de cristales.

Dolores no dormia, velaba, oraba ó trabajaba ; y la luz de su cuarto se veía brillar toda la noche por los que atravesaban el puente á diversas horas.

A pocas noches de vivir allí Dolores, se oyó la voz del cantor de Egipto, que desde encima del puente cantaba, como siempre, armoniosamente.

Dolores no pudo contenerse é instintivamente se asomó á la reja de cristales y vió, iluminado por la luna que le caía de frente, reclinado contra la muralla, á Rafael, que tenía algo de divino, pero algo de terrible, como los griegos inspirados por el fuego de las cavernas donde iban á consultar á los dioses.

Lo que Dolores sentía al escuchar ese canto nada tenía del amor común á los mortales, era una mezcla de gratitud, de fe, de embriaguez que enajenaba su alma ; y el cantor llegó á ser para ella un ente misterioso, un ser como la estrella que preside el destino de la criatura y la acompaña al través del desierto de la vida.

Pero ay! un día, desde su ventana, vió que aquel hombre desgreñado, pálido y enfurecido se debatía entre dos gendarmas que lo arrastraban por la fuerza; y vió que la multitud agrupada se reía; y oyó que los niños gritaban: Es un loco! es un loco! es un loco que llevan á la jaula!

El corazón de la infeliz Dolores dió un vuelco y dejó de latir por unos instantes. ¿Qué le quedaba ya en la vida?

Montealegre no sentía ya por Dolores amor, sino odio, como sucede á los seres á quienes Dios ó la naturaleza ha ligado para siempre, y que encuentran de repente roto el vínculo que unía sus corazones, pero firme la cadena que liga sus destinos. Nada hay más terrible que el odio de dos hermanos como don Pedro y don Enrique de Castilla; nada más cruel y más común que el aborrecimiento de dos esposos que se juraron eterno amor. Montealegre no había renunciado al derecho de perseguir á Dolores, pues era una necesidad de su alma; y fué á la casa donde se había refugiado Dolores á sembrar la inquietud y á infundir sospechas sobre la conducta de su esposa.

Una noche el loco escapado de la jaula fué al frente de la casa de Dolores á cantar, y como la luz no aparecía en la reja, principió á llamarla: sus voces despertaron á la señora de la casa, quien, habiéndose levantado, fué al cuarto de aquélla y la encontró despierta y vestida.

Las sospechas estaban confirmadas: Dolores, profanando el asilo que le habían dado, recibía á un hombre en la quinta.

La indignación natural en una madre que ve deshonrada su casa y expuesto el nombre de sus hijas á la maledicencia, estalló en la señora, y en medio de la indignación dijo:

—Dolores, mañana, en vez de una familia virtuosa, tendrás por compañeras á las mujeres del *divorcio*.

El *divorcio* es la prisión de mujeres donde, aglomeradas y en espantosa confusión, se encuentran en Bogotá las más inmundas prostitutas, las ladronas y las envenenadoras, con las pobres sindicadas de algún delito leve ó con las que han cometido alguna falta en el hogar doméstico; y de donde las sacan en medio de gendarmas armados de látigo, para hacerlas trabajar en afrentosa vergüenza, á la presencia de todos, á desherbar las calles públicas.

Dolores nada contestó; se arrodilló, tomó la mano de la señora, la bañó con sus lágrimas y la besó con humildad.

V.

La multitud al día siguiente se agrupaba á la puerta de la quinta con

esa ansiedad y ese entusiasmo que demuestra siempre cuando hay algùn acontecimiento extraordinario ó algún espectáculo sangriento; pero la puerta permanecía cerrada y sólo se oían en el interior voces de duelo, y de vez en cuando á algunas mujeres que lloraban.

Por en medio de la gente y abriéndose campo con grande esfuerzo, se presentó un joven magistrado que, en nombre de la justicia, mandó abrir la puerta; pero al penetrar él, la turba, atropellándolo todo, invadió la quinta y se precipitó en tropel hasta el interior.

Dolores se aparecía á los ojos de la multitud, tendida en el suelo, con un frasco de láudano casi agotado, en la mano, y la rubia cabellera suelta en mil rizos, formándole aureola; pálida, como el lirio que, fresco aún, la tempestad ha tronchado por la noche, una sonrisa triste dibujada en los labios y una lágrima brillando todavía entre sus largas pestañas.

Se mató! se suicidó! se envenenó! repetían todas las bocas; y oleadas de gente se sucedían unas á otras para venir á contemplar el cadáver de Dolores, con esa agitación que bulle siempre en el corazón del hombre en presencia de una gran desgracia; y las mujeres lloraban, los hombres manifestaban indignación y los niños se burlaban de unas y otros.

El rumor de la muerte de Dolores, extendido por toda la ciudad, llegó hasta Montealegre, quien se apresuró á ir á verla, y en presencia del cadáver dijo:

Adúltera y suicida: que la lleven á LAS TAPIAS DE PILATOS.

En toda ciudad hay un lugar de horror para los niños, de siniestros antecedentes para el pueblo, que lo mira siempre con aversión y con espanto, y cuyo nombre va trasmitiéndose de generación en generación, como si fuese la maldición de Caín impuesta sobre un pedazo de terreno. En Bogotá ese lugar lo llaman *las tapias de Pilatos*: está situado en un rincón entre las breñas de uno de los altos cerros que coronan la ciudad, no tiene ni un árbol, ni una planta, y hay en él el resto de un edificio que nadie sabe quién edificó y que el tiempo ha respetado. Este lugar lo señalan de lejos los niños, cuando van á bañarse á los Laches: las lavanderas á quienes sorprende la noche, pasan por cerca de él rezando; y el vulgo refiere cosas extraordinarias que allí pasan.

LAS TAPIAS DE PILATOS eran, desde tiempo inmemorial, el lugar ádonde se arrojaban los cadáveres de los suicidas, á quienes la misericordia de Dios quizás había perdonado, pero á quienes los hombres siempre implacables, negaban un puesto en el asilo común, queriendo echar sobre el inanimado cuerpo la infamia y la deshonra.

El joven magistrado se sintió indignado al escuchar las palabras de

Montealegre, lo hizo salir de la pieza mortuoria, y lleno de compasión por la víctima, mandó retirar á la multitud, y dispuso que el cadáver fuese trasladado de noche y en silencio al anfitreatro del hospital de San Juan de Dios, para hacerle la auptosia.

Era de noche, muy tarde ya, y el anfiteatro estaba apenas iluminado por una débil luz que dejaba oscuros los extremos del salón; el cadáver de Dolores yacía sobre una mesa, y á su rededor se hallaban dos viejos cirujanos: los doctores Pardo y Vargas, Emilio Pereira, joven estudiante, y el magistrado que presidía.

—¿ No hay ningún síntoma de envenenamiento ? dijo uno de los cirujanos.

—No se halla el láudano en ninguna parte, dijo Emilio Pereira.

—Examinen ustedes bien, dijo el magistrado.

—Rompa usted el pecho.

Siguió un silencio profundo que la solemnidad de la escena hacía pavoroso.

Una voz que parecía salir del fondo de la tierra cantaba melancólica y dulcemente.

Era la de Rafael Martínez, que cantaba desde su jaula de loco, colocada en la parte baja del edificio de San Juan de Dios.

El cadáver pareció extremecerse ; era que la mano de Emilio había temblado al introducir el escalpelo.

La disección continuó en silencio; se oían los latidos de todos los corazones, y nadie osaba pronunciar una palabra.

Al fin Emilio dijo:

—Es evidente; esta mujer no ha muerto envenenada. Vean ustedes este corazón, está endurecido, y una parte de él agangrenada : hacía mucho tiempo que vivía enferma. Esta mujer ha muerto de dolor !

—¿ Juran ustedes, preguntó el magistrado, que esta mujer no ha muerto envenenada ?

Sí juramos, contestaron á una los tres cirujanos.

El magistrado hizo entonces conducir á Dolores al cementerio cristiano de los pobres, y él mismo colocó sobre su huesa una flor.

Este magistrado era amigo nuestro.

XXXI

EL COMERCIANTE.

Hace no sé cuánto, dijo no sé quién, que el mundo es una comedia en que cada cual representa su papel; y dominado por este pensamiento, hace largos años que hago mis ensayos en todas las profesiones para ver si en alguna me toca hacer de Rey, y en todas me he encontrado sólo de comparsa, siendo de mi cuenta los costos. Baste decir que como abogado nunca pasé de serlo de los pobres; como hombre público fuí nombrado vigésimo sexto suplente (tal fué mi popularidad); como empleado serví de meritorio; y como escritor público, mis artículos fueron considerados por los periodistas como los avisos de píldoras y ungüentos, y en consecuencia me cobraron por la impresión y los pusieron á lo último; y por el público, peores que las dichas píldoras, pues éstas diz que son purgantes, y mis artículos fueron universalmente declarados indigestos.

Abatido por tantas decepciones, resolví poner fin á mis tristes días, y escogí la horca, por ser el género de suicidio más barato; y ya tenía la viga señalada y el lazo preparado, cuando el demonio de las reformas y las innovaciones me sugirió la idea de cambiar de papel en la comedia, y ahorcar al prójimo en vez de ahorcarme; y para llevar á cabo mi proyecto me hice comerciante, con tan sanas intenciones como las de un gobernante el día que se hace cargo del mando.

He encontrado en la profesión lo que nadie creerá, poesía, encantos, excitación y poder; y no la dejaría sino por servir á mi patria haciendo una revolución, ó para escribir un periódico hidrofóbico. De otro modo, cómo

iría yo á abandonar mis mercancías, que acaricio, arreglo y clasifico con el mismo placer que lo hace un botánico con sus plantas, un cura con sus feligreses, una coqueta con sus adornos, ó un general con sus batallones, viendo en ellas, como el botánico, mi porvenir de gloria, como el cura, mi riqueza, como la coqueta, mis poderosos medios de engañar, y como el general, los instrumentos con que he de satisfacer mi pequeña ambición?

Mi vida, en apariencia tan árida y monótona, es, bien al contrario, animada y poética. Desde las siete de la mañana estoy en acecho de los compradores, con la misma inquietud, ansiedad y vigilancia con que cierto partido acecha la libertad; apenas pasa alguno, le clavo la mirada con una fuerza magnética, dominadora, y lo detengo como el boa al animal que quiere devorar, hasta que á su pesar lo traigo frente de mi mostrador. Entonces, con una amabilidad celestial, lo saludo, le estrecho la mano, le muestro todos los géneros, le abro todas las cajas, y si veo que en algo se fija por casualidad, despliego todos los artificios de que se vale una mujer voluptuosa para hacer concebir un deseo ardiente, y con tales bases principio el negocio, entablándose entre el comprador y yo una lucha más formidable que la de los dos partidos en Colombia, él dominado por la miseria, yo por la avaricia; él con ánimo firme de no dejarse engañar, yo con el deseo ardiente de engañarlo; empleando cada beligerante toda la táctica, todas las estrategias y todas las astucias de los grandes políticos.

Mis armas son ofensivas y defensivas: las primeras son las facturas falsas, los derechos de importación y la odiosa contribución directa. Apenas me preguntan el precio de un artículo, apelo á las facturas, muestro lo que ha costado en París, lo que he pagado al fabricante, al comisionista, al asegurador, al enfardelador, al carretero y por flete de mar: luégo, lo que valen los derechos de importación, y el anclaje, enfardelaje y ladronaje de la costa, y concluyo lamentándome de la ruinosa contribución directa, que hace subir tánto las mercancías; y es casi seguro que el contrario no resiste tan formidable ataque, y que lleva el artículo por doble de su valor, y con la convicción de que se lo he dado por menos de lo que me cuesta, y esto sólo por ser á él, por quien tengo las mayores consideraciones y las más vivas simpatías. Pero si aun se mantiene firme y me objeta que la cosa es cara, ó que ha visto del mismo género más barato, entonces apelo á las defensivas. Observe usted *la calidad*, le digo: es riquísima, no puede compararse con ninguna otra. ¡Ah! es preciso pagar *la moda* y ésta es la rigurosa, ha venido por el último paquete; yo tengo de moda pasada á muy bajo precio; pero supongo que usted no quiere nada viejo. La *elegancia y buen gusto* lo hacen todo; así es que usted no debe vacilar en

pagar un poco más caro, porque es lo fascionable. Y con ésta y otras frases parecidas le doy siempre el *coup de grâce.*

Un amante á los pies de su querida pidiéndole la felicidad, jurándole ferviente amor, constancia eterna y un porvenir de dicha y de ventura, hasta que consigue que ella, pálida, temblorosa y avergonzada, á pesar de su virtud y de sus creencias, consume su desgracia, es nada ante la elocuencia, la fascinación y el entusiasmo que empleo para dominar el corazón del comprador y obligarlo á que, á pesar de su miseria y de sus creencias, vacilante y atemorizado, consume su desgracia, comprando algo de lo que llamamos *muérganos.*

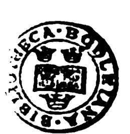
Mis corbatas son siempre á la Garibaldi, mis levitas á la Bismark, los trajes de señora á la Bayadere, y siempre busco nombres brillantes, y nunca feos, porque la humanidad se paga de los nombres: si no, ahí estuvo un hombre sentado en el trono de Francia, porque se llamó Napoleón.

Si una señorita del pueblo, de boca de coral y mejillas rubicundas, quiere un traje, y yo no tengo más que uno verde, llamo en mi auxilio el "Lenguaje de colores," para demostrarle que le conviene mucho, porque significa esperanza, y que ella, tan linda, tiene mucho que esperar poniéndose el traje, pues quedará como una rosa sobre el verde follaje ; mas si no lo quiere, y luégo entra una aristocrática, de frente pálida y de esbelto talle, me vuelvo romántico, doy un suspiro, le digo que con uno igual está representada una heroina de Byron, y que ella quedaría con él tan modestamente interesante, como el pálido jazmín sobre su enhiesto tallo; y si la rosa se me escapó, el jazmín cae. Si la niña tiene un amante, de una manera disimulada le hago comprender que á *él* le pareció divino: si una rival, que á *ella* precioso, pero muy caro: si es pobre, le pondero la duración, y si es rica, halago su vanidad y su lujo, y le digo que es el único faustoso que ha venido á Bogotá, y ella la única que puede llevarlo. En una palabra, todo, todo lo empleo para deslumbrar la imaginación de las mujeres, para excitar su corazón é inspirarles deseos, sueños, ambición : todos esos monstruos de la coquetería con dientes de diamante, y que hacen que los más tiernos afectos de la mujer sean por los trajes y sus más apasionados deseos por las joyas, entrando despues á retaguardia sus amantes y sus maridos.

Arrogándome los derechos de la policía, me introduzco hasta el seno de las familias, mas no como ella, á llevarles el terror y el espanto, sino llana y simplemente á saber si la niña se casa, ó el padre muere. En el primer caso, aprovecho la feliz ocasión que se me presenta para dar á la mamá los parabienes y ponderar hasta el cielo las cualidades del novio, á quien

no conozco; y poco á poco la llevo á mi almacén á que vea los trajes blancos, los velos de gasa y las coronas de azahar. En el segundo, asisto á las exequias, acompaño el cadáver hasta el cementerio, ruego por su alma, y después de cumplir con todos los deberes de mi piedad religiosa, al volverme con los dolientes *eternamente reconocidos*, les anuncio que tengo merino negro, muselina y pañolones para luto, y les pido que ocurran por todo lo que se le ofrezca á la familia, de cuyo justo dolor yo participo. Todo esto lo hago, porque la experiencia me ha enseñado que en tiempos de júbilo y de desgracia no se repara en precios, y que en tales ocasiones es que se puede sacar el vientre de mal año.

Se ha despertado en mi alma un espíritu público inagotable y tan desinteresado como el fervor religioso de mis paisanos; quisiera que el pueblo estuviera siempre en fiestas y diversiones, motivo por el cual ando siempre persiguiendo al Gobernador para que celebre el 20 de Julio, y cuando lo consigo, apunto en mis libros: «Manteletas, trajes y gorras recargados con un 25 por 100.» Orgulloso de las glorias de mi patria, no quiero que ningún aniversario pase olvidado, quiero centenarios, conciertos el día de San Simón, bailes el 7 de Agosto; y en todo caso escribo: «Gasas, linones y muselinas han tenido una alza considerable.»



Creo que nadie se queja de mi generosidad ni de mi galantería.

—Puede usted llevar la gorra, y me manda el dinero cuando usted quiera, le digo á una señora.

—Usted no necesita de dinero, le digo á un caballero. Vea si la levita le gusta, y tómela, el precio lo arreglarémos después.

Pero apenas salen, mando al criado con la cuenta, tanto más subida cuanto más galante he sido; y más les valiera no haber nacido, ó haber escrito como liberal, que haber aceptado mi generosidad, porque les saco la plata ó el sol del cuerpo. Hay, sin embargo, algunos tan duros, que no es posible que paguen un cuartillo, y entonces van al «Libro de picos.»

Cuando abro este libro y lentamente voy pasando hojas, leyendo nombres y sumando números, siento un placer, un orgullo tan grande como el que sentiría Napoleón mirando sus ejércitos, y exclamo lleno de vanidad: ¡Todos estos deudores me pertenecen, todos son mis esclavos!

Prescindiendo de la ley que nos quitó el derecho de perseguirlos, vejarlos y encarcelarlos como criminales, que ha sido fatal para el comercio, ¿cuánto poder no nos queda aún sobre los que nos deben? ¿Cuántas sonrisas de una linda niña no me ha valido la manteleta que lleva sobre sus blancos hombros, y que todavía no me ha pagado? ¿A cuántas tertulias no he sido convidado con la tácita condición de no cobrar una cuenta

vieja? ¿Cuántas alabanzas de mi talento no me ha prodigado un escritor que tuvo el suficiente para sacarme una levita fiada? ¿Cuántas veces no he visto ceder á empleados incorruptibles al solo recuerdo de lo que su esposa gastó en un baile? Precisamente por esto me opongo al sufragio secreto, y estoy por el bisexual; porque así sería yo el hombre más popular, y desafiaría á los demagogos con sus discursos, y á los populares con sus sociedades, á que luchasen conmigo, una vez sentado en la mesa electoral y con el «Libro de picos» en la mano.

He visto agitarse mucho á los círculos políticos por el nombramiento de miembros al Congreso, á la Asamblea, &c., &c., viendo en cada elección el triunfo ó la derrota de su partido, la muerte ó la glorificación de sus ideas; y no saben que éstos son siempre nombrados sobre un mostrador, por un círculo de comerciantes; y que los nombrados no representan los principios radicales, las ideas conservadoras ni las tendencias liberales, sino los intereses de X y C.ª ó el contrato de N. & C.ª

Por supuesto que á tal poder no he llegado yo, que sólo soy un pichón de comerciante, ó, como si dijéramos, un rico en crisálida, y esto sólo lo consiguen los venerables de la profesión; pero allá llegaré, pues ya he adoptado su máxima política, que es: «explotar el orden existente y aprovecharse de las innovaciones.»

Mucho se habla de la vida sedentaria de los comerciantes, y hay quienes la creen enfermiza por falta de ejercicio; pero los que tal dicen no han puesto atención en el mucho ejercicio que se hace, ya arreglando las zarazas y liencillos en forma de pirámides, de murallas, de castillos, de cualquier manera que llamen la atención y formen un espectáculo que atraiga al inocente indio; ya alcanzando todos los géneros que pide una impertinente señora (alias matrona), que concluye por no tomar nada; y ya, en fin, midiendo eterna y constantemente varas, en cada una de las cuales falta siempre una pulgada, debido á que unos usamos la vara granadina, otros la española; unos la nueva y otros la vieja, lo que forma un nuevo ramo de *aprovechamientos*.

Le he tomado tanto amor á mi tienda, como el beduino al desierto, y cuando excitado por mis amigos salgo hasta el *paréntesis*, en donde están colocadas para mí las columnas de Hércules con su correspondiente *non plus ultra*, siento que se me oprime el corazón y síntomas de una negra nostalgia, y vuelvo corriendo á derramar sobre mis fulas tan tiernas lágrimas, como el proscrito perdonado sobre las playas de su patria.

No todo en la vida del comerciante es virtud, hay que confesarlo; él, como todo hombre, tiene pasiones que lo arrastran á los vicios, y el

nuéstro es el juego. Los Congresos, que á todo atienden, desde tiempo atrás, han hecho de la República una inmensa casa de juego, en la que todos jugamos al *agiotaje*, y en la cual entran también á perder sus sueldos los miserables empleados; y en este juego pasamos la vida en la Calle Real, teniendo, entre otras, dos ventajas: la primera, que por una feliz casualidad nunca se ve que el comerciante pierda; y la segunda, que siendo el Gobierno quien pone la casa de juego, es también quien paga los gastos de los jugadores: pero esto, como todo lo bueno, se nos está acabando.

Sólo tiene la vida del comercio una pequeña é insignificante dificultad, y es la de que es preciso renunciar á tener una esposa y á formar una familia; porque el comerciante es una tabla de logaritmos, todo números, multiplicaciones é intereses, y la mujer necesita algo de sentimiento, algo de poesía que encante su alma ó algún perfume que halague su espíritu y su vanidad; y cuando esto falta, se marchita como una flor agostada. Yo veo á las esposas de mis vecinos, á unas arrastrar una vida miserable y triste entre la gran casa lujosamente amueblada en que las han colocado, como un pájaro en una gran jaula, con lo cual se dice que las tratan muy bien, sin que nunca empleen con ellas sus maridos esas dulces ternuras, esas deliciosas caricias, esas atenciones sociales que hacen el todo del corazón de la mujer; y á otras, hastiadas de la imaginación aritmética de sus esposos, aceptar las trovas de un poeta que ha llevado un rayo de consuelo á su alma desolada, ó las atenciones de un caballero que las ha hecho brillar en una sociedad que nunca les habían proporcionado sus esposos. Ambas cosas son un poco desagradables; por esta razón algunos hombres juiciosos hemos formado un club de solterones, y pasamos la vida, de día trabajando, y de noche paseándonos por las galerías y hablando contra las mujeres, ya que no podemos hacer otra cosa más útil.

Como no es posible renunciar enteramente á los viejos hábitos, el otro día quise hacer una composición, y como era natural principiar por el título, me puse á pensar en uno nuevo y bien romántico, como «Hojas perdidas,» «El arpa del proscrito,» «Las horas del prescito» ó «Los ecos del alma,» y, absorto en mi pensamiento, escribía maquinalmente: «géneros á la moda,» «imitación de cachemira,» «libros de oropel,» «juguetes para muchachos»; pero vuelto de mi arrobamiento, noté que mis títulos eran tan ridículos como los otros, mas poco usados; y desesperado de no encontrar ni para esto inspiración, me fuí á buscar alivio en mi agonía, contando el dinero de las ventas del día, siendo su vista un bálsamo consolador para mi pecho adolorido; y mientras lo iba contando y reparándolo bien, iba repitiendo entre dientes este otro título: «El dinero es mi ilusión» y estos versos macarrónicos:

Con diez cajones por banda,
Mucha ropa y caja fuerte,
No espero, busco la suerte
En mi querido almacén:

Bazar pirata que llaman
Por lo carero el temido,
En Bogotá conocido
Por los cachacos muy bien.

Y yo el tendero pirata
Contemplo alegre la ropa
Que me ha venido de Europa
Entre bayetón azul.
Las fulas miro en el centro,
Las lanas en los estantes,
En un lado los bramantes
Y al frente gasas y tul.

Me censuran por carero,
Yo me río;
Que tenga siempre dinero,
Y al mismo que me censura
Lo cogeré con la usura
En el propio bazar mío.

Y si quiebro,
¿Qué es la tienda
Si mi hacienda
Tengo aquí?
En mi pecho
Sin conciencia,
Que es la ciencia
Que aprendí.

A la voz de «á comprar vengo,»
Es de ver
Cómo giro y me prevengo
Toda la tienda á mostrar,
Que mi vida es engañar
Y mi pericia vender.
Con mis socios
Yo divido
Lo cogido
Por igual;
Sólo pido,
Sólo quiero
Ser tendero
Sin rival.

Adelante, bazar mío!
Sin temor,
Que ni extranjero judío,
Ni de tenderos la alianza
A torcer tu venta alcanza,
Ni á quitarte un comprador.

Mil negocios
Hemos hecho
A despecho
De un traidor,
Y han traído
Sus condores
Compradores
Por mayor.

Y no hay niña,
Linda ó fea,
Sea cual sea
Su esplendor,
Que no compre
Alguna cosa,
Y gozosa
Dé el valor.

Que es mi tienda, mi tesoro,
Es mi ley, el menudear,
Mi Dios, la plata y el oro,
Mi única dicha, engañar.

XXXII

ADIOS A MI HIJA.

Así dormida, en tu tranquila frente
Vengo un beso á estampar, ángel de amor,
Pidiendo al cielo el corazón ferviente
Que te proteja la bondad de Dios.

Vengo á verte, mi bien, de despedida,
Lleno de hiel sintiendo el corazón ;
Mas llevo la esperanza, hija querida,
En que te ampara la bondad de Dios.

No temas, no, las agitadas brisas,
Nítida y fresca, perfumada flor,
Que mientras vuelvo, guarda tus sonrisas,
Cual padre tierno, la bondad de Dios.

Cuando tu pobre madre esté llorando,
Con besos mil mitiga su aflicción ;
Y tú no llores pues me voy confiando
En que te guarda la bondad de Dios.

Ruda labor y dolorosa ausencia,
Me cuesta el pan para vosotras dos;
Mas es dulce, mi bien, si tu inocencia
Guarda entre tanto la bondad de Dios.

Otro beso y ¡ adios ! ¡ Cruel despedida !
Recibe en él mi amor, mi bendición;
Es preciso partir, hija querida,
¡ Que te proteja la bondad de Dios !

Yo te la entrego, cándida y hermosa,
Con lindos ojos, con vibrante voz,
Llena de encantos para mí, y graciosa,
Y así me la has de dar, bondad de Dios.

XXXIII

EL ROSARIO AL AMANECER.

(PARA MI DOLORES CUANDO TENGA DIEZ AÑOS.)

El recuerdo sagrado de mi padre viene siempre acompañado para mí de un perfume de religiosa piedad que el alma respira contenta, y que le deja después una dulce melancolía, en consonancia con mis inclinaciones á la tristeza, pero amante de lo bello y apasionada por la contemplación. Su memoria despierta más bien el amor que la amargura: es como el culto de Dios, á quien se ofrendan flores y perfumes, pero que acepta las lágrimas y que santifica el corazón de aquel que le consagra una hora de silencio ó la fe de una oración.

La cara de mi padre, tan parecida á la de Arístides el Justo, estaba siempre como velada por el pensamiento interior ó por la tristeza que el incierto porvenir de la familia derramaba en su alma ; y sólo se despejaba cuando, levantada la frente y la mirada en el cielo, oraba á Dios. Él oraba, oraba con fe y oraba con frecuencia, más bien como un descanso que como una obligación ; y por esto, sin duda, cuando algo religioso y poético conmueve mi alma, su imagen querida viene siempre á mi memoria.

Cuando yo era niño, en esa edad á que alcanza el recuerdo como un rayo de sol al través de la niebla de una mañana de Diciembre, mi padre era ya víctima de la *mala suerte*, que siempre mató sus esperanzas y destruyó sus empresas, y que implacable persigue aún á cada uno de sus hijos; pero el infortunio en él, sólo había logrado encorvar su cuerpo, todavía joven, y estampar en su noble faz la resignación y la tristeza, jamás el desaliento ni la desesperación.

Tenía yo diez años cuando mi padre resolvió llevarme á pasar los últimos días de Diciembre en una pequeña estancia que tenía en Yomasa; y una tarde, después de un fuerte aguacero, salímos de Bogotá, él adelante, callado y reflexivo, y yo dichoso y feliz, quedándome siempre atrás para tener después tiempo de soltar la carrera á mi caballo, llamado el *ruanito* de Dolores.

No es posible pintar mi alegría viendo el campo abierto á mis ojos, verde y cubierto todavía con las gotas de agua de la lluvia ; los potreros llenos de caballos, que creía míos, porque los miraba sueltos y á sus anchas; las vacas con terneritos tan lindos como los de los cuentos con que mi madre me dormía, y las ovejas que parecían conocerme porque balaban cuando yo pasaba. Yo gozaba con el viento que agitaba mi sombrero, con el agua que saltaba á las pisadas del caballo y con el canto de las ranas, que, alegres con la lluvia, chillaban en todas las zanjas. El amor sublime de la naturaleza, con sus inmensos goces, sólo existe en el niño : es un destello de la divinidad que, como la inocencia, se empaña con los años y se extingue con el vicio.

Al anochecer llegámos á Yomasa, y mis ojos contemplaron con supremo deleite la magnífica égloga que el campo ofrecía á esa hora : los ganados viniendo sueltos al corral, los trabajadores, de vuelta de sus tareas, desunciendo los bueyes y soltándolos á pastar ; las mujeres recibiendo el trigo que debían limpiar al día siguiente; las gallinas con inmenso trabajo y espantoso aleteo subiendo al gallinero ; los muchachos encerrando las ovejas, y caminando con los pies descalzos entre el barro ; el campo cubriéndose de sombras y el sol muriendo en medio de arreboles.

La casa á que llegamos, y en la cual fuimos recibidos con cariño y alegría por sus moradores, era grande, pajiza, con un patio interior en donde había varias matas de clavel, un naranjo y una retama, y estaba rodeada por las huertas y por los corrales de cercas de piedra y de madera, en donde dormía el ganado.

Mi padre y yo fuimos alojados en un pequeño aposento, separado del en que dormían las gentes de la casa por una sala común, y que tenía una ventana que daba al corral ; y apenas caí sobre mi lecho, compuesto de ruanas y el cojinete de la silla, me quedé dormido soñando con la felicidad.

En medio del sueño escuché un rumor indefinible de voces armónicas, que jamás había oído, y me pareció tan bello, que soñé con los angeles; pero la voz de mi padre me despertó, y supe que era que rezaban el "Rosario del amanecer."

Las vacas bramaban en el corral, los copetones y chisgas principia-

ban á cantar ; y en mi niña imaginación comprendía que todo hablaba en la naturaleza al amanecer. El rosario me pareció tan lindo como el canto de los pájaros y como todo lo que deslumbraba mi imaginación.

Mi padre rezaba con fervor, y yo principié á hacerlo con la misma alegría con que de antemano me proponía disfrutar de todos los placeres del campo ; pero á medida que pensaba en salir por la mañana alegre á juguetear con los niños de mi edad, á enlazar los terneros y á coger flores, mis ojos se iban cerrando poco á poco, y al cadente són de «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,» me dormí niño y feliz.

....

¡ Mucho he dormido ! ¡ Cuánto he soñado ! Pero se escucha aún el murmullo del rosario, y dicen: «Dános, Señor, buena vida y buena muerte;» y los pájaros están aún cantando y las vacas braman en el corral. Estoy triste, ¿ por qué ? No he despertado bien. ¡ Ay ! ¿ Quién arrancó de mis sienes la hermosa cabellera ?

¡ Padre ! ¡ padre !

Nadie me responde !

Estoy todavía dormido. ¡ Esto es un sueño ! ¡ Han pasado treinta años ! Mi padre duerme en el seno de Dios. ¡ Yo soy un viejo !

El rosario se escucha aún ; pero no es yá el himno de la mañana que oí en Yomasa, sino que en Casas-Viejas velan á un muerto.

¡ Ay ! qué horrible despertar !

Sólo á la naturaleza da Dios su eterna juventud.

XXXIV

EL POBRE Á UNA LECHUZA.

¡ Ah ! si tu bien supremo
Está en causar espanto
Con tu agorero canto
Y lamentable voz,

Si eres, pájaro triste,
El nuncio de la muerte,
Para cantar mi suerte
No te ha mandado Dios.

Si quieres que se tiemble
A tu agorero acento,
Corta ligero el viento,
Vuela á rica mansión,
Que en esta triste choza,
Do la miseria vive,
Tu canto se recibe
Como alegre canción.

Funesto tu presagio
No será ni un instante,
Ni el pálido semblante
Temor revelará,
Que si en la pobre cuna
La muerte pára el vuelo,
¡ Es mi hijo ! ¡ Qué consuelo !
¡ Que ya hambre no tendrá !

Y si la muerte hiere
A la afligida madre,
O si ella hiriere al padre,
Morirán sin dolor,
Pues no verán ya su hija
Escuálida y desnuda,
Sin tener una muda
Que cubra su pudor.

Sí, sea cual fuere, lechuza,
La escogida cabeza,
Nos verás sin tristeza
La nueva recibir ;
Que en la mansión del pobre,
El llanto, esa es la vida,
Y siempre es bendecida
La hora de morir.

XXXV

EL TOCHECITO.

El amor á las flores y á las aves es el único amor desinteresado, espontáneo y puro: los demás tienen una causa secreta, un motivo especial ó egoísta: se ama á la mujer porque en sus brazos somos felices; á la madre, por gratitud y reconocimiento, y porque su amor nos recuerda siempre las dulces ilusiones de la niñez, en que ella era nuestro ángel de consuelo; al padre, porque él representa todo lo santo, todo lo bueno, todo lo benéfico que hemos conocido en la vida; á la patria, porque es nuéstra, porque ella nos dió luz, aire, pan, seguridad y amparo; á la humanidad, porque somos uno de sus miembros, y porque sentimos placer y orgullo en ver á la gran familia levantarse feliz del seno de la miseria y de la esclavitud. Pero se ama á las flores y á las aves, sin gratitud, sin temor y sin esperanza, y para decirlo de una vez, se las ama con el amor *gólgota* de la vieja escuela.

Por esto las mujeres, que son el tipo de la abnegación y la generosidad, son siempre más apasionadas por las flores y las aves, y por esto también mi hermana, en un viaje que hicimos á Villeta, se enamoró locamente de un lindo toche que sabía cantar la diana y el *capotico;* y tan locamente se enamoró, que le dió á su dueño por él anillos, pañuelos, plata, y, lo que fué peor, los anteojos de mi abuela, á que se aficionó el maldito hombre. Y como mi abuela no puede ver con otros, se ha quedado desde ese día, como nuestros sabios, á oscuras de lo que pasa en el mundo.

Desde el día de su adquisición, la niña no volvió á coser, ni á escribir, ni á hacer nada, pensando en dar de comer al tochecito, en acostar

al tochecito, en buscar al tochecito, en hacer cariños y mimar al tochecito.

Para traerlo de Villeta fué preciso buscar peón, jaula y frazada para cubrirla, y como la niña no quería abandonarlo un momento, tuvimos que venir paso á paso y lentamente, llegando tarde á las posadas, sufriendo sol, comiendo mal y aguantando aguaceros, de resultas de los cuales me atacó un reumatismo que todavía me hace á media noche *celebrar las gracias del tochecito.*

En casa no se oyen más que regaños porque no le han dado de comer á tiempo al tochecito, porque no le ponen agua limpia al tochecito, porque no guardan temprano el tochecito : en la mesa no es posible que haya orden: el tochecito salta de cabeza en cabeza, come en todos los platos, lo ensucia todo, y esto hace el encanto de la familia. Por su seguridad se proscribió el gato; y los ratones, viendo el campo abandonado, se han apoderado de la casa, y hacen lo que algunos ejércitos en campaña : destruyen lo que no se pueden comer. De tal manera han causado daños, que el expediente de un intrincado pleito que tenía en mi poder, lo despedazaron, y lo que nadie creerá, hoy perderé un valioso patrimonio, *gracias al tochecito.*

Como las criadas no cuidan dignamente del tochecito, la familia no sale á ninguna parte, pues que no puede llevarlo ni dejarlo solo ; no pudo por esto ir á ver á un tío rico que llegó muy enfermo del campo ; él se puso furioso, testó en favor de otros sobrinos, murió, y hoy estamos privados de su cuantiosa herencia, *gracias al tochecito.*

Mi hermana le lleva todos los días cerezas á la jaula, y el tochecito, con una gracia admirable, la da violentos picotazos, y sucedió que el otro día mi otra hermanita se acercó á hacerle cariños, y el tochecito, tomando uno de sus negros ojos por cereza, le dió un picotazo y se lo reventó; *gracias del tochecito.*

Cuando se sale de la jaula y vuela, hay una confusión espantosa, llantos, gritos, alarma ; y los criados parecen Secretarios de Estado, averiguando el paradero del prófugo. No ha quedado teja buena ni canal en su lugar; y no ha parado en esto: junto á mi casa vivía un matrimonio feliz, porque el marido era rico y poco se cuidaba de su esposa, respetable matrona que admitía los románticos y espirituales obsequios de un galán. Fué el caso que una noche lluviosa se notó que el tochecito faltaba, y el muchacho, que ya sabía su deber, subió al tejado para ver si estaba dormido en alguna canal, se resbaló y fué rodando al patio de la otra casa. Ladrones ! gritaron unos ; el diablo ! decían otros; el muchacho lloraba, y el esposo,

que nunca salía de su cuarto, salió y encontró á su esposa con el romántico, por lo cual pidió separación y hoy son ambos desgraciados, *gracias al tochecito.*

Tenía mi hermana un novio á pedir de boca, porque era acomodado y majaderón ; mas quiso la desgracia que en una ocasión, al ir á saludarla, le dió un pisotón al tochecito: ella, impensadamente, le dijo ¡animal ! bruto ! estúpido ! y, de la ira del humilde me libre Dios, fué tanto lo que mi futuro cuñado se indignó, que no ha vuelto ni á pasar por casa, y mi hermana se quedó solterona, *gracias al tochecito.*

A pesar de haber buscado cirujano y secretario de los fomentos y de las cataplasmas, no hubo remedio, el tochecito se quedó cojo del pisón y camina como un doctor abogado que vive en frente de casa ; las muchachas le han puesto ese nombre, y á cada instante están con « Mi lindo doctor Tancredo,» « Cuiden al doctor Tancredo,» «¿ Dónde está el doctor Tancredo ?» Y el vecino, que se oye nombrar á cada instante, cree que se burlan de él, nos ha cogido un odio profundo, y para vengarse ha conseguido que la justicia declare que nuestra casa no es nuestra sino de él, fundado en no sé qué. De manera que mañana no tendremos en qué vivir, *gracias al tochecito.*

Tan funesto ha sido para mí y para los míos el tal tochecito, que por las noches, dominado por su fatal recuerdo, me pongo á hacer, lo peor que hacer pudiera, versos, y me ha inspirado los siguientes:

El pueblo de Sodoma corrompido
Por su impúdico trato fué proscrito,
Y en cenizas y polvo convertido;
Yo me río del castigo; hubiera sido
Un castigo más cruel el *tochecito.*

Cuando la santa inquisición paseaba
Los herejes, llevando un sambenito,
Cuando en cárceles negras encerraba
O con crueles suplicios los mataba,
¿ Por qué no se acordó de un *tochecito ?*

Y aquel que tiene vocación de santo,
El que ayuna con agua y pan bendito,
En vez de darse *rejo* y verter llanto,
En vez de usar cilicio y rezar tanto
¿ Por qué más bien no busca un *tochecito ?*

Allá en Venecia la tudesca gente,
Llevando la opresión á lo infinito,
Legislando y obrando torpemente,
No fué tan cruel, no amigos, ciertamente,
Pues no tuvo la idea del *tochecito.*

Le quita al pobre la Nación su renta,
Se la quita el Estado y el Distrito ;
Se calla el pobre y nunca se lamenta,
Y es que el pobre, señores, se contenta
Con que no hay en su casa un *tochecito.*

Por tanto, ya de muerte, el infrascrito
Declara descargando su conciencia :
Que es la pura verdad cuanto está escrito
Y que muere contento y con paciencia
Por salir del odioso *tochecito.*

XXXVI

A UNA JUDIA

REGALÁNDOLE LA BIBLIA.

Brillar sobre tu frente
Se ve la luz de Sión :
Tú llenas el ambiente
De aromas, inocente
Linda rosa de Albión.

Havre, 1.° de Enero de 1878.

XXXVII

LA BENDICION DEL POTRERO.

A MI QUERIDA ESPOSA.

La necesidad de implorar el hombre el auxilio de la Divinidad cuando va á emprender alguna obra, se ha sentido en todo el mundo, y en todas las épocas los pueblos han invocado á Dios al principiar la guerra ó al hacer la paz; y los cristianos piden su bendición en todos los acontecimientos solemnes de la vida y hasta al principiar las tareas por la mañana.

No quiero pasar á tus ojos por piadoso, ni rebosando en una fe extrema que no poseo, sino simplemente contarte que yo también he sentido esa necesidad, y decirte que he comprendido por qué la nave que gallarda y gentil se balancea en el puerto y que acaba de salir del astillero, hermosa y galana como una novia al salir de su hogar, antes de ser confiada á las olas del océano y exponerla al furor de las tempestades, es bendecida por un sacerdote, á cuya ceremonia asisten humildes los rudos marineros, la rodilla en tierra, la cabeza descubierta y la mirada en el cielo.

Yo sé que Dios cubre con su mirada protectora á todas sus criaturas, y derrama sus bendiciones como derrama la luz; pero la ceremonia me parece poética y hermosa, satisface una necesidad del alma, é inspira aliento y da fuerza. Y es que el hombre se siente débil para esperar el incierto porvenir y desafiar las contrariedades del destino, y en su debilidad ocurre á Dios, á quien cree poderoso.

En la soledad el orgullo humano se abate, y no escuchándose el ruido que en la vida social hacen las pasiones, el hombre se mira pequeño, débil é impotente en presencia de la naturaleza. El que ha estado en alta mar mirando en todas partes agua y cielo, y un mar y un

cielo inmensos, en cuyo centro flota sobre las ondas la cáscara de nuez que lo conduce, por altivo que sea, ha experimentado este sentimiento. Y el que á mediodía en un bosque del Magdalena contempla por todas partes la soledad y sólo ve árboles que, agitados por el viento, producen un rumor sordo y prolongado, no sólo siente esto, sino que un vago terror se apodera de su alma.

Yo creo que en uno de mis versos hay este pensamiento :

« Dios en la soledad con voz solemne
Se deja oír, y el alma lo comprende.»

Y él representa el estado en que el ánimo se pone después de algún tiempo de soledad, en que el pensamiento de un inmenso poder creador y destructor y de su presencia por todas partes, es de cada instante y viene á ser el compañero del solitario.

El hombre en la soledad no discute hasta dónde llega la influencia de Dios sobre la suerte del lagarto que se arrastra en la arena, sino que siente que él le da la vida y le envía los rayos de sol que reflejan sobre su verde escama y lo hacen venturoso; mientras que, por otra parte, el ánimo abatido desconfía de sus fuerzas y nada espera de su propio aliento.

Si á esto agregas tantas contrariedades como he sufrido en mis empresas, y tantas decepciones como ha soportado el corazón, y que me han hecho preocupar hasta creer en mi mala suerte ó que siempre obro víctima del error, comprenderás el miedo con que principio todas mis obras y la ansiedad de mi alma en algunos instantes.

Ayer se iba á estrenar el potrero de « Las Rosas,» al que puse tu nombre, porque cuando lo estaban haciendo, todas mis esperanzas iban unidas á tu recuerdo, y como un augurio de felicidad ; ayer se le iba á echar ganado por primera vez, y al abrir la puerta, mi mano temblaba y hubiera querido el amparo de Dios.

Estaba solo, completamente solo ; el potrero desierto, delante de mí ondeándose el pasto como las olas en un pequeño lago ; no había en el cielo una nube ni en la naturaleza una voz, y mi corazón palpitante elevó esta plegaria :

Dios mío ! te pido que pongas á cubierto de la desgracia este potrero, al que he dado el nombre de una mujer buena, cuya suerte está unida á mi destino, y cuyo porvenir depende del éxito de mis empresas. Bendícelo, Señor !

XXXVIII

MI SOBRINO.

Es mi hermana señora de campanillas, si las hay en Colombia, que sabe hacerse guardar los fueros de su clase, como atender á la educación y porvenir de sus dos hijos. Mis amigos conocen ya las gracias y virtudes de Adela, y ahora van á perdonarme el que les hable algo de Recaredo, que es la esperanza de la familia y el hijo mimado de las Musas.

Cuando niño era tontico, y su única hazaña consistía en acusar todas las faltas de su hermana, que era alegre, vivaracha, decidora y traviesa, mientras que él no se apartaba de las faldas de la mamá, temeroso de cometer alguna.

—Mamá, Adela se está comiendo el dulce.

—Mamá, Adela me dijo bobo.

—Mamá, Adela se quitó un cuartillo.

Hé aquí el eterno repetir del pobre niño, con el cual tenía desesperada á la hermanita, así constantemente vigilada y acusada, y un tanto cansada á la mamá, quien hubiera deseado en su corazón verlo hacer otro tanto.

Aprendió á leer con gran dificultad, pues repetía las lecciones de memoria á la primera vez que se le dictaban, y después era imposible que comprendiese la combinación de las letras ó que se fijase en las explicaciones de la buena vieja que le enseñaba la cartilla. Una vez que hubo aprendido, encontró en su casa un almanaque viejo, de 1836, y se lo aprendió de memoria desde el principio hasta el fin ; y era un encanto oírla repetir: Enero 1.º, lunes, La Circuncisión y llegar á Diciembre 31, lunes, San Sil-

vestre papa, sin cometer una falta ni olvidar una lunación, un eclipse, ó un santo del bendito almanaque.

Mas hacerle comprender que el 17 de Abril de 1854, por ejemplo, no había eclipse sino revolución, esto era imposible, porque él había leído que sí en su almanaque ; y francamente, tengo mis sospechas de que hoy mismo él no cree que pueda haber otro almanaque que el de 1836, que tuvo en sus manos cuando era niño.

Pusiéronlo en la escuela y jamás hubo niño más formal ; pero se granjeó el odio de todos sus compañeros, porque á toda hora estaba :

—Señor director, Fulano me está sacando la lengua.

—Señor director, Mengano tiene pan entre el bolsillo, &c., &c.

En el juego ridículo y pernicioso establecido en las escuelas de Bogotá, de subir y bajar los niños en las clases según la prontitud con que se corrigen, Recaredo *ganaba* siempre *la cabeza*, pues parecía inspirado para corregir ; pero en sus estudios iba siempre atrasado, y en los certámenes se llevaban el premio los muchachos juguetones á quienes él se había pasado corrigiendo todo el año.

Fué al seminario, y con relación á él tuvo lugar aquella anécdota que todos conocen en Bogotá.

El padre director, viendo que el niño, después de haber aprendido gramática, en nada adelantaba, tuvo escrúpulos y mandó llamar á mi difunto cuñado, que era un militar delicado y quisquilloso, y le manifestó que se llevase al niño, pues para nada servía.

—Para nada ? señor, le preguntó mi cuñado.

—Para nada, contestóle, es un imbécil.

Ofendióse mi cuñado con tanta claridad, y le dijo colérico : ¿ Ni para padre ?

—Ni para padre ; pero quizá pueda servir para militar.

Equivocábase el padre director: mi sobrino iba á ser una gran cosa.

Mi pobre cuñado (q. e. p. d.) murió también en el error ; pues impresionado por el padre director, sólo se fijaba en los instintos bélicos del niño, y desgraciadamente el niño era incapaz de ser guerrero ; faltábanle energía, corazón y valor.

Sólo la madre tiene ese instinto sagrado, misterioso, que Dios le da como una divina luz para guiar á sus hijos en el oscuro sendero del porvenir ; sólo la madre tiene ese poder de adivinación para conocer las facultades morales é intelectuales de sus hijos ; sólo la madre, sin tocar como Gall el cráneo del niño, puede decir : este va á ser conquistador, aquél astrónomo, el otro santo.

Sólo mi hermana podía adivinar que Recaredo llegaría á ser un literato, y para lograrlo ha consumido en sus estudios la mayor parte, si no todo el haber que mi cuñado dejó; y lo ha tenido, como dijo Don Eugenio Gerardo Lobo,

« Metido entre tanto tonto
Que al parnaso en tropa trepa.»

Mi amado sobrino es uno de aquellos á quienes Platón aconsejaba que se coronasen de flores y se desterrasen de la República por *inútiles* y *peor que inútiles ;* y pasa la vida admirablemente cuidado, rodeado de una inmensa librería, en un mirador de cristales, sin pensar en la patria, en el pueblo, en su familia ni en su hermana ; creyendo que nadie tiene que trabajar para comer, que nadie sufre, que nadie llora; sin interesarse por nada ni por nadie, y escribiendo famosísimas poesías, comedias perfectas, descripciones admirables, obras sin fin, pero que no tienen más mérito que el de no tener ningún defecto.

Permítaseme aquí una pequeña digresión y contar una anécdota.

D. P. Casablanca, como buen antioqueño, es muy aficionado á las morcillas, y como en Bogotá son escasas y no era posible matar un marrano con frecuencia, resolvió cuidar un famoso cerdo en su casa y sangrarlo todos los días, pero ¿ qué sucedió? que las morcillas, en apariencia muy buenas, eran insípidas é impasables. Esto que cuento nada tiene que ver con las composiciones de mi cuitado sobrino ¿ no es verdad?

Recaredo es un sabio, evidentemente, pero en mi humilde concepto vino al mundo 2,000 años después de su época ; nc conoce más divinidades que las del Olimpo ; habla de los campos Elíseos ; llama al diablo Plutón ; jura por la Laguna Estigia, les dice á todas las muchachas bonitas Venus, y asegura que tiene su Filis. ¿ Han visto ustedes cosa igual ?

Para él no hay Napoleón, ni Bolívar, ni más héroe que Aquiles. Es monarquista, de cuenta de que Ulises era Rey de Itaca; y Washington, Víctor Hugo y Juárez, entre otros muchos defectos, tienen para él el de ser de *turba-multa.*

Dice mi hermana que esto es por ser Recaredo poeta *clásico*, sobre cuya materia, como profano que soy, *ni emito opinión ni pongo ni quito Rey.*

Yo no sé bien si este colombiano es griego ó es romano, ó si pertenece á los buenos franceses del tiempo de Racine y de Corneille ; lo que puedo asegurar es que detesta todo lo que llama nuevo y suspira por todo lo viejo; que Melpómene tiene en su cuarto el puesto en que su padre te-

nía el « Acta de la Independencia del 20 de Julio de 1810 ; » que todo el repertorio clásico de todos los tiempos encanta sus ratos de ocio, que son algunos; que tiene una clámide y un coturno sobre su mesa, y que se acuesta abrazando la túnica bordada de Edipo.

Es implacable aun con sus mejores amigos. Por supuesto que sus mejores amigos son Menandro, Terencio y algunos otros que se escaparon del incendio de Alejandría. El otro día reconvenía á Racine con la mayor vehemencia.

—Sí, le decía, después de que te dieron gloria y nombre « La Tebaida,» y « Andrómaca,» « Británico,» y «Berenice,» tú ¡ cobarde ! te apartaste *de las reglas*, abandonaste las *tradiciones*, y por complacer á la favorita de un Rey, escribiste á «Athalia» y á «Esther,» que llevan la ponzoña naciente del *romanticismo*. Jamás, jamás te lo perdonaré !

¡ Qué importa que el drama moderno, armado del puñal florentino ó de la espada de Toledo, con el sombrero ladeado, mostachos y aire de matón, ó con blusa de obrero y los instrumentos de la industria, haya puesto en fuga la tragedia griega que, enredada en su larga vestidura, botó sobre los músicos el cetro y la corona, si allí estaba Recaredo para recogerlos y darle á la espantada reina asilo y amparo, como buen caballero.

Si alguno le lee « *La golondrina* » de Lamartine, primorosamente traducida por Holguín, él dice que no hay comparación con la golondrina de Anacreonte: si oye « La oración por todos» de Victor Hugo, traducida por Bello, se ríe, y empieza con épica entonación :

« ¡ Oh Dioses inmortales ! que juzgais los humanos, &c.»

A propósito de traducciones, Recaredo ha traducido « La Eneida,» « Las Geórgicas,» « Las Bucólicas » admirablemente, palabra por palabra : son las mismas obras, como son lo mismo una linda y fresca muchacha y una momia que conserve aún la piel, los dientes y el pelo ; á las unas y á las otras sólo les falta la vida, la frescura, la poesía y el amor.

Obras originales ha escrito sin número, y baste decir que tiene 675 *sonetos á Venus*, 40,000 *canciones pastoriles* para cantar al són del *dulce caramillo*, y un baúl de *anacreónticas*; fuera de las poesías serias, como poemas épicos, que tiene tres, tragedias 37, y otras muchas cosas buenas, escribiendo las cuales ha pasado las noches de claro en claro y los dias de turbio en turbio.

Si ustedes me guardan el secreto, voy á hacerles leer un soneto de mi sobrino; pero ¡ por Dios ! vean que yo le tiemblo ; porque en latín *genus irritabile* se aplica con frecuencia á los sabios como él.

Cuando á Febo en su carro rutilante,
La aurora anuncia con la luz de rosa,
De la noche la ninfa pudorosa,
Huye veloz á la región de Atlante,
El la sigue tenaz, y majestuosa
Su pompa ostenta en el cenit brillante ;
Pero entonces la ninfa temerosa
Oculta en ocaso su semblante ;
Así también mi Fílis, yo te sigo
En el carro gentil de los amores,
Y en vano por el prado te persigo
Para ofrecerte queso, miel y flores,
Porque el hado fatal que es mi enemigo,
Tus hermanos armó con arreadores.

Si alguna vez, como es muy justo, se piensa en la apoteósis de mi sobrino, yo creo que debería ser representado á la griega, cabalgando en Pegaso, pero montado al revés, despidiéndose de las Musas y en actitud de decirles el verso de Germán :

« Esto es hecho, yo me voy,
Fare thee well my dear Marcela.»

La otra noche escuchaba yo, oculto y bien guardado, á un amigo que le decía :

—Recaredo, un poeta no es más que un hombre de sentimiento que se expresa en un hermoso lenguaje, y los versos no pueden ser hechos conforme á las reglas de una escuela, sino dictados por el corazón. El poeta, por verdaderas pinturas de la naturaleza, agitando los sentimientos de hijo, de madre, de amigo, de enemigo, de amante y de querida, mezclando la ley de la Providencia al fuego de nuestras pasiones, removiendo lo que hay en el fondo de nuestras entrañas y arrojando tan pronto la luz como el rayo, es como puede arrastrar, seducir y ser útil á la humanidad. Atraer la multitud en torno de su gloriosa fantasía ; hacer llorar con dulces lágrimas á la mujer sobre una mujer perdida ; presentar la belleza moral desnuda del manto de la sociedad ; mostrar cuánto cieno encierra el corazón de los felices y cuánto oro hay en el de los caídos, para inspirar compasión á los buenos y esperanza á los malos ; y en fin, mostrar en medio del placer y coronadas de rosas las grandes verdades de la filosofía, entre las cuales des-

lumbra la libertad humana ; hé aquí la verdadera influencia, la verdadera colaboración de los poetas en la civilización.

El poeta debe estar mezclado en el gran drama de la vida, luchar también, caer en la catástrofe, ó merecer el triunfo. La historia de las pasiones humanas es una fuente inagotable de brillantes imágenes y de expresiones felices. Dante lucha por su partido, defiende su ciudad, cae, y proscrito escribe su poema para inmortalizar su despecho y su venganza. Camoens atraviesa los mares, se salva en una tempestad nadando con su poema en la mano, y va á morir de hambre en un hospital. Ercilla es valiente militar, y en las soledades de nuestra América escribe su poema sobre las pieles de los tigres que mata. Tasso muere de amor y en la demencia ; y Victor Hugo, inspirado para conservar en este siglo el prestigio de la divina palabra, deja su amada Francia por odio á la tiranía, y vive proscrito en Guernesey y aguardando el gran día de los pueblos.

¿ Cuál ha sido la vida de los grandes genios en Colombia ? El más querido de los republicanos, el divino Vargas Tejada, escribe su monólogo de Catón en presencia del tirano, entra en una gran conspiración patriótica que cuesta la vida á todos sus compañeros, escribe los últimos versos oculto en una cueva, y va á hundirse en las aguas del Casanare. Caro ama á una mujer como ninguno amó, lanza su barquilla en el mar tormentoso de la República, y arrojado por la tempestad muere sobre las arenas del Atlántico. Arboleda siente en su pecho hervir el fuego de las grandes pasiones, hace un poema de su propia vida, busca el laurel sangriento y encuentra la muerte en la montaña de Berruecos.

—No ; si la cosa es así, me voy á dejar de versos, le contestó Recaredo ; porque ¿ qué haría mi mamita el día que yo le faltara ?

Y ¿el *Dulce et decorum est pro patria mori*, no es también clásico, Recaredo? le grité desde mi escondite.

Por poco me tira con el Ovidio que tenía en la mano ; pero no por la burla que pudieran contener mis palabras, sino por el error cometido por mí en la construcción ; pues han de saber ustedes que desde el siglo del gramático Zoilo para acá, no ha habido gramático tan gramático como mi sobrino : es un metro-gramático, que, á la manera del termómetro, marca maquinalmente y en el acto los grados gramaticales de todo lo que oye y todo lo que lee ; ó más bien, es un autómata gramatical, construído admirablemente para señalar los errores en la composición.

Visdeloa en el *Suplemento* á la *Biblioteca oriental*, dice : « Un Heu cometió varios crímenes, asesinó á su marido, á su hermano y á sus hijos, pero ejecutó uno sobre todos, horrible; mandó, con desprecio de todas las

leyes gramaticales, que se le llamase *emperador* y no emperatriz ! !» Esta es la manera como mi sobrino juzga en moral, en política y en religión.

Ha pasado diez y siete meses meditando sobre el acento circunflejo ; y por la noche, cuando la ciudad está dormida y los perros aullan con ese triste y prolongado acento que da miedo á los niños, mi sobrino sale á escucharlos para fijar sus ideas acerca de la verdadera exclamación : ha formado el cuadro de todos los neologismos y galicismos cometidos por los periódicos desde 1810 hasta nuestros días, obra amena, que publicará en estos días; y tal es su impertinencia en censurar, criticar y encontrar defectos, que el otro día obligó á un poeta á repetirle:

« Sed neque Godœis accedad musa tropœis
Nec Capellanum fas mihi velle sequi.»

Cuando el poeta lleno de inspiración eleva himnos al sol; cuando el astrónomo señala al través de los siglos la marcha del tiempo y la sucesión de las estaciones, fijándose en ese astro ; cuando el agricultor aprovecha los tesoros de su fecundidad para hacer producir la tierra ; cuando el químico le roba su luz para estampar la imagen, cuán triste es ver al sabio que solo llega á descubrir que tiene manchas ! Cuán triste me ha parecido siempre el oficio de mi sobrino, buscando las manchas del sol de la inteligencia que derrama sobre nuestro suelo la luz, la virtud y la ciencia !

Cayó en sus manos el Diccionario de galicismos de Baralt, y aquí fué Troya !

—Dejémonos de las cuestiones de si son galicismos, si no son galicismos, le amonestaba un amigo, pues como dice Víctor Hugo :

« Lo que se ha hecho por las ideas no puede ser deshecho por los gramáticos. Es un error creer que un mismo pensamiento pueda escribirse de muchas maneras, que una misma idea pueda tener muchas formas. Una idea no puede tener jamás más que una forma, que le es propia, que es su forma por excelencia, su forma completa, su forma rigurosa, forma esencial que sale del cerebro del genio al mismo tiempo que la idea.» Dejémonos de esas cuestiones, acordándonos de aquello del llanero á quien el General Bolívar obligó á ponerse botas para una fiesta de iglesia. « Mi General, libertad hasta en los dedos.»

Permítaseme otra digresión y referir otra anécdota.

El «29 de Abril de 1867» había conmovido profundamente la República y por todos se temía una época de guerra, de sangre y de horror. El « 23 de Mayo,» el cañón, resonando en la ciudad para despertarla, anunciaba un gran acontecimiento. Toda la población corrió á la plaza y se informó de que el General Mosquera estaba preso y de que el General Acosta había

restablecido el imperio de la Constitución. Nadie se explicaba esto, todo el mundo temía; y apenas el rumor había llegado hasta nosotros, mi hermana y yo, cuando volvió Recaredo pálido, tembloroso y arrojando babaza.

—¿ Qué es lo que ha pasado, hijo mio ? le preguntó su mamá.

—Acosta ha cometido dos galicismos ! gritó éste lleno de horror.

Mi hermana se desmayó, y yo, que estaba preocupado con que esa conspiración iba á ser sangrienta, ví los dos cadáveres rodando en las escaleras de palacio.

—Y ¿ cuáles han sido las víctimas ? le pregunté, acordándome de todos los amigos del General Mosquera, entre los cuales había algunos míos.

—Galicismos, digo, que ha cometido galicismos en la Alocución.

—¡ Qué ignorancia la de mi tío !

El alma se me volvió al cuerpo y mi hermana volvió en sí, dándole gracias á Dios de que los horrores no pasaran de ahí.

Ultimamente, lectores míos, si ustedes quieren acabar de conocer á mi sobrino, sepan que se ha aferrado del *de* aristocrático, que nunca lo tuvo nuestra familia, cuando muchos otros caballeros han renunciado á él : que ha cogido el *Don*, no el *Don* con que oímos siempre nombrar á nuestros padres y nuestros mayores, signo de respeto y consideración, sino el *Don* antipático, ridículo, que se da á los petimetres, á los señoritos y á todo el que tiene botines; y últimamente, que

Sin tener nada en los ojos,
Gasta anteojos,
Y sin coto, corbatín :
Hace el sábado octavario ;
Y lo afeita el maestro Hilario
Limpio como querubín :

Usa bastón sin ser cojo,
Sacó flojo,
Guantes de ante y botarrón ;
Usa rapé sin catarro,
Jamás enciende un cigarro
Y al brandy lo llama ron.

Juega ajedrez sin ser viejo ;
Da consejo,
Y habla del tiempo y del juez ;
Se levanta con la aurora,
Mira el reló á cada hora
Y se retira á las diez.

XXXIX

PERDOMO.

Hubo en Colombia un hombre que arrastraba en pos de sí todas las poblaciones con la fama de sus curaciones maravillosas, al que iban todos los enfermos atraídos por el prodigio de su nombre, y que por más de seis meses fué el pasmo de la ciencia, el objeto de todas las conversaciones y la esperanza de todos los desgraciados que de él aguardaban un seguro alivio para sus enfermedades.

Este hombre fué Perdomo.

Perdomo, decían, da vista á los ciegos, voz á los mudos, oído á los sordos, juventud y vigor á los viejos, agilidad á los paralíticos ; extirpa el cancro, corta sin que se derrame sangre ; y una sola mirada le basta para conocer la enfermedad, como un solo remedio para devolver la salud.

¿ Quién es Perdomo ?

¿ Un hombre inspirado por Dios para derramar sus bendiciones sobre los pobres y los desgraciados ?

¿ Un sabio que sorprendió los misterios de la naturaleza, ó á quien los indios del Andaquí ó de Mocoa le enseñaron importantes secretos de la ciencia ?

¿ Perdomo fué sólo un impostor ?

En el camino de la ciencia no se marcha sino por grados ; y es imposible que un hombre, por el sólo esfuerzo de su voluntad, y por favorecido que esté con admirables dotes intelectuales, en un día atraviese los espacios, recorra el campo que la humanidad ha tenido que atravesar por siglos enteros, ayudada en su peregrinación por las luces que unos siglos han legado á los otros, y por los descubrimientos que el genio y el

estudio han ido conquistando; es imposible, decimos, que un hombre, salvando las vallas que al espíritu humano ha impuesto la naturaleza, en un día llegue al fin, y se encuentre poseedor de toda la ciencia de que es poseedora la humanidad entera ; y más aún, de una ciencia hasta hoy desconocida y tenida como fabulosa entre los hombres.

Nosotros sabemos que los indios son poseedores de secretos admirables que no se han trasmitido al mundo civilizado, y que el día en que se conozcan harán una revolución en la ciencia, como la que hizo la Quina, que tiene igual origen ; así es que si Perdomo hubiese adquirido uno sólo de esos secretos, merecería bien ser llamado benefactor de la humanidad y Colombia se enorgullecería de poseerlo.

Pero no es esto: los periódicos y demás publicaciones, y las relaciones que se hacían afirmaban que Perdomo ejercía la cirugía con prodigiosa destreza, cosa que no pudo aprender entre los indios; batía las cataratas, para lo cual se necesitan estudios que ocupan la vida entera de un hombre; extraía los cancros, lo que requería, si fuera posible, habilidad, destreza y práctica ; al mismo tiempo quitaba el coto, volvía la vista y el oído, y alentaba á los leprosos ; para cada cual de estas enfermedades era necesario que hubiese adquirido un secreto distinto, sorprendente, maravilloso, extraordinario. La razón rechaza, ó por lo menos no comprende, que la mente humana abrace tantos conocimientos sorprendentes y que al mismo tiempo ese hombre estuviera dotado de tanto genio para conocer las enfermedades con una mirada, y de tanta habilidad para hacer las operaciones más delicadas ; la razón no comprende que un hombre pueda curar al mismo tiempo á trescientos enfermos, de diversas dolencias, la mayor parte de ellas tenidas por incurables; la razón humana, en fin, no puede explicarse lo que pasa con Perdomo.

Pero sobre los juicios de la razón hay algo más poderoso, que arrastra y que seduce; el amor á lo maravilloso, instintivo en la humanidad, y la esperanza de los desgraciados enfermos, que se creen defraudados en sus legítimos derechos al perder la ilusión de que Perdomo no obraba maravillas. Las ilusiones son más fascinadoras cuando menos garantías ofrece la realidad. Recordemos que Ponce de León, envejecido por los trabajos y quebrantado por los años, buscaba lleno de ilusiones la *Fuente de la Vida* que debía estar en América.

En todas las épocas de la historia del hombre, bajo las latitudes más diversas y en todas las religiones, se encuentra constantemente la creencia en lo sobrenatural, en lo maravilloso, en ciencia, en poder ó en riquezas. ¿Cómo una creencia tan general se ha difundido así? Estudiando al hom-

bre fisiológicamente se le encuentra que está dominado por una necesidad irresistible de poseer lo desconocido, que en la mayor parte se convierte en amor á lo maravilloso.

Las tradiciones del Egipto que han llegado hasta nosotros; los oráculos griegos; la existencia de los *gitanos adivinadores*, desde remota antigüedad hasta hoy; la astrología y la magia de la edad media; la «Lámpara maravillosa de Aladino» de los árabes; las supersticiones populares, y el hecho de que hoy mismo y en el centro de la civilización, las adivinadoras ejercen su oficio, son pruebas evidentes de esta tendencia irresistible de la humanidad.

En «El Mercurio» de Nueva York, de 3 de Enero del año de 1878, encontramos este aviso:

ASTROLOGÍA.

MADAMA ROSA CHALLENGES.—SIN IGUAL EN EL MUNDO.

« Os adivina y os referirá vuestro pasado, vuestro presente y vuestro porvenir, y escrutará los más oscuros misterios de vuestra vida, desde la cuna hasta el sepulcro.»

Se sorprende uno de encontrar en todos los hombres semejantes creencias, y llega á preguntarse si la humanidad no es más que un compuesto de errores y juguete de las ilusiones; pero estudiando profundamente la cuestión, se advierte que esto no es más que la desviación de los dos grandes principios de nuestra existencia: la necesidad de saber, que se debe satisfacer sólo con la ciencia; y la imaginación que, sujeta á los límites de la razón, procura siempre romper los lazos que la encadenan, y cuando lo logra no hay género de fábulas que no crea, ilusiones que no conciba, sueños que no propague como realidades; hasta que el tiempo y una dolorosa experiencia vienen á traer á la humanidad al camino lento, escabroso, pero seguro de la ciencia.

Gusta más creer que examinar, dice Bacon; y cuando la creencia satisface, como la que se tenía en los prodigios de Perdomo, nuestro amor á lo maravilloso y nuestro orgullo nacional, entonces ella somete hasta las más claras inteligencias, se propaga por todas partes y dura hasta que la razón vuelve á reconquistar sus derechos.

Hasta dónde llega la credulidad, y por cuánto tiempo pueden ser engañados los pueblos, nos lo dicen estos hechos:

En la «Historia de París» encontramos lo siguiente:

El diácono Francisco París murió en 1727 y fué enterrado en el ce-

menterio de San Medardo, y á poco tiempo su sepultura se hizo notable porque todos los que iban á orar en ella se sentían agitados por las más violentas convulsiones: las convulsiones se iban transmitiendo por simpatía á un círculo inmenso, y no había pasado un año cuando el número de convulsos alcanzaba ya á miles. Unas muchachas manifestaban viva agitación y hacían extraordinarios movimientos, por lo que fueron llamadas Saltadoras: otras hacían como perros ó gatos y fueron llamadas Maulladoras. Se estableció una sociedad de convulsionistas, y, como toda secta, tuvo sus mártires. El cementerio se hizo el teatro de las escenas más espantosas: mujeres que se daban golpes con piedras en el pecho, otras que se rompían los dientes, otras que se mordían y arrancaban las carnes; mientras que algunos hombres les prestaban los *grandes socorros* de sujetarlas entre las piernas y despedazarlas á golpes, hasta matarlas. Entonces se hicieron grandes curaciones por los convulsionistas, y éstos, durante la crisis, anunciaban el porvenir.

El gobierno, en 1732, tuvo que cerrar el cementerio, y el Arzobispo tuvo que prohibir la oración sobre la tumba del diácono, como medios indispensables para cortar el mal que esta preocupación estaba causando en todo el pueblo de París, y al fin se veía un cartel en la puerta del cementerio, que decía: «Se prohiben los milagros.»

No hace mucho tiempo que el *Médico negro* hacía maravillosas curaciones en la Guayana: que fué á Holanda y conservó su fama; que fué á París é hizo furor, ofreciendo estirpar el cancro y hacer otras curaciones extraordinarias; y sólo al cabo del tiempo logró la ciencia hacerle perder su funesto prestigio, probando que era un charlatán.

En las calles mismas de París, un zuavo curaba toda clase de enfermedades con remedios que, decía, había llevado de Argel; la multitud lo seguía, y su fama era extraordinaria; y el tal zuavo era un impostor que dividía con sus camaradas lo que al pueblo estafaba.

Mesmer, médico alemán que figuró desde 1784 hasta 1815, estuvo por mucho tiempo curando con la aplicación de un diamante sobre las partes enfermas; pero bien pronto proclamó que la sóla aplicación de las manos sobre el cuerpo producía los mismos efectos; anunció en su país estas maravillosas curaciones, luégo se fué á París, en torno de su cubeta magnética reunió hasta mil enfermos, hizo extraordinarias curaciones y adquirió fervorosos partidarios. En 1784 el Gobierno nombró una comisión de Franklin y otros sabios, quienes informaron que los efectos que se notaban eran producidos por la imaginación ó la imitación. Mesmer duró mucho tiempo en el mundo civilizado curando á millares, lleno de fama; y hoy

se sabe que aunque su descubrimiento del magnetismo animal es una verdad, Mesmer no fué más que un impostor, y que su sistema curativo era puro charlatanismo.

Cagliostro, personaje misterioso del siglo pasado, que nació en Palermo y fué llamado José Bálsamo, figuró desde 1763 á 1790; conquistó una prodigiosa reputación, hizo curaciones maravillosas, fué recibido con entusiasmo en Francia y en París, excitó aun más la admiración y tuvo una fama sorprendente. Vendía un elixir maravilloso, invocaba á los muertos, y era reputado por un verdadero taumaturgo; y sin embargo Cagliostro no fué más que un agente de las logias masónicas de Italia.

El Conde Saint Germán, llevado á Francia por el Mariscal de Belle-Isle en 1740, pretendía haber vivido centenares de años: hablaba de Carlos V, de Francisco I, como de sus contemporáneos; hasta daba razón de la figura de Jesucristo, como si hubiera vivido en ese tiempo. Poseía preciosos secretos que vendía á precio de oro, para hacer concebir amor, para matar los celos, para dar la muerte con sólo una mirada; y el Conde Saint Germán tuvo una fama inmensa. Luis XIV le creía y la Pompadour lo consultaba como á un oráculo; y así vivió por largos años, y sin embargo, no era más que un impostor, espía de las Cortes.

La lección dejada por Perdomo servirá, pues, al pueblo para creer en la ciencia, que es la verdad, y paɹa nₒ dejarse arrebatar por la mentira, que es lo maravilloso.

XL

INVASIÓN.

(A LOS MEJICANOS).

¡ Juventud, á las armas! Peleando
Devolved á la patria su honor,
El guerrero el pendón tremolando,
De los libres reclama el valor.

¡ A luchar ! ¡ á luchar ! donde quiera
De los libres la empresa á ayudar ;
Libertad es la heróica bandera
A su lado morir ó triunfar.

De la gloria á seguir el camino,
Si en el pecho teneis corazón ;
De la patria mirad el destino —
Despotismo, ignorancia, opresión.

¿ Qué es la vida, patriotas, oyendo
Las cadenas y grillos sonar ?
¿ Qué es la vida, valientes, sufriendo
El honor de la patria insultar ?

Tu pendón desgarrado y caído,
Los sayones su manto jugar ;
De los libres el templo querido,
Entre ruinas y escombros humear.

O la infamia ó la guerra, es la suerte
Que á la patria le es dado escoger ;
¡ A la guerra !, gritad ! ¡ Guerra á muerte !
Que es preciso morir ó vencer.

Que no esperen que el pueblo oprimido
A sus plantas se venga á postrar :
Ni que vaya después de rendido
Sus caprichos cual ley á guardar.

Antes tintos en sangre los mares
Mire el sol vuestras costas bañar ;
Antes venga la muerte á millares
De los libres el campo á segar.

Antes veamos, patriotas, que ärda
Entre ruinas y horror la Nación ;
Que así un pueblo frenético guarda
De la patria el sagrado pendón.

¡ Juventud, á las armas ! Peleando
Devolved á la patria su honor,
El guerrero el pendón tremolando,
De sus hijos reclama el valor!

XLI

LAS FIESTAS DE PIEDRAS

(A MI ESPOSA.)

Falta siempre al paisaje luz, á las ondas murmurio, á la noche poesía y á mi vida distracción cuando estoy lejos de tí, mi querida Rosa; pues los ojos de mi alma son tus ojos y en ellos bebo el entusiasmo, la inspiración y el placer. Así, todo cuanto veo ahora, todo cuanto siento voy á revelártelo y á enviarte mis recuerdos.

Voy á pintarte las FIESTAS DE PIEDRAS, que se hacen en honor de SAN SEBASTIÁN, aquel guerrero romano que, consagrado á la causa de la Cruz, sufrió el martirio, conquistando así una inmortalidad que después de 15 siglos hace que lo veneren en un mundo que era desconocido cuando él murió, y que pongan bajo su protección un pobre pueblo colocado en las orillas del Magdalena, á donde jamás ha llegado el nombre del Emperador glorioso y lleno de poder que ordenó su martirio, ni aun el de Roma, esa nación que llenó el mundo con sus armas y su civilización.

El domingo á las ocho de la mañana se veía cruzar la extensa llanura en donde está colocado el pueblo de Piedras, la cual por su inmenso horizonte, su triste aridez y la infinidad de palmeras que hay difundidas en toda la extensión, se asemeja tanto á las regiones de Oriente, que bien pueden aplicarse á ella las palabras de Emiro Kastos, cuando, hablando de otra igual, decía que esperaba ver allí á cada instante un árabe sobre un dromedario; se veía cruzar, digo, la multitud que se dirigía á las fiestas. Pues debes saber que en estas regiones el hombre tra-

baja un año entero para llevar á las fiestas á su mujer cargada de prendas de oro ; y que ésta, de ordinario, esclava del trabajo en su casa, pasa á hacerse entonces exigente, ambiciosa y presumida.

Los hombres iban, como van en el mundo, divididos por la fortuna, los unos á pie, los otros en su *mocho*.

Este último tipo voy á describírtelo, y algo diera por tener el pincel de tu papá, para que vieras al calentano cabalgando sobre un *mocho* pequeño y flaco, pero de gran brío y formidable carrera ; en una silla de dos cabezas, sobre la cual ostenta un blanco cuero de oveja ; los pies descalzos metidos entre unos estribos de aro ; con unos calzones de lienzo que sólo llegan á la rodilla, dejando ver la pierna desnuda; una camisa abierta en el pecho y la falda flotante, y un sombrero de copa alta y de paja ordinaria.

El tipo de las mujeres se divide en tres clases :

1.º La matrona, ó la vieja, que marcha *á la turca*, es decir, cabalgando como hombre, las enaguas de tal manera arregladas, que parecen calzones bombachos, y envuelta en un pañolón colorado, con tal majestad marchando al trote, que cualquiera la tomaría por un Bajá que va á tomar posesión de su gobierno

2.º La *elegante* amazona que, agil, recta y bien sentada, maneja con maestría el caballo, lo excita, lo domina, y es encantadora ; y

3.º La cinturera. Este es el tipo original, precioso, simpático y que marca bien la inmensa diferencia entre la población de estas regiones y la del interior.

Va vestida con unas enaguas de color alegre, y en su marcha *zafada* y garbosa deja ver que debajo hay otras blancas como la nieve y llenas de bordados ; la linda camisa calentana, especial de nuestro país, escotada, con tira de colores ó rizados encajes ; el cuello cubierto con collares y rosarios de oro ; un pañolón azul ó colorado abierto y ciñendo la cintura, y un sombrerito *jipijapa* puesto con gracia y coquetería. Es delgada, esbelta, de pecho pronunciado, de color mate, dientes de marfil, ojos negros y lánguidos, y cabellera abundante que en dos trenzas llega á la cintura.

La población, desierta entre semana, está hoy rebosando de gente y llena de animación. En los alrededores pastan por la llanura infinidad de caballos, y debajo de cada árbol está uno ensillado y pronto para la hora del encierro de los toros. Qué bullicio ! Qué alegría ! Qué algazara ! No forma aquí la población aglomerada ese grupo sombrío y melancólico de nuestros indios del interior, siempre vestidos de negro, y que cuando se reunen, taciturnos y callados, dejan apenas oír un murmullo sordo y prolongado que no revela el regocijo. La infinita variedad de colores forma

aquí un cuadro animado y risueño, y en todas las caras se lee la alegría, el contento y el placer.

Llegó la hora de la procesión, y ocurrió un conflicto, que para desvanecerlo hubiera sido preciso que las potencias de primer orden se hubieran reunido en pleno Congreso con el objeto de arreglar el ceremonial diplomático en semejantes casos. Originábase este conflicto de que el señor Alcalde debía sacar el estandarte, como representante del poder civil, siendo al mismo tiempo quien tales funciones desempeñaba entonces el sobrino del cura, único que sabía ayudar á misa y contestar los cánticos sagrados durante la procesión. El Cura, en nombre de la Iglesia, le exigía que fuera detrás de él contestándole. El Estado civil reclamaba su dignidad ; y ya iba á estallar la guerra entre las *dos potestades*, cuando un vecino amigo *de la paz interpuso sus buenos oficios* y con su *mediación* consiguió que el Alcalde sacase el estandarte y que la procesión saliese sólo con tambor y chirimía.

Alegre salió San Sebastián rompiendo la marcha de la procesión; pero ó yo me engaño, ó el tal San Sebastián que vi era un impostor, porque yo lo había conocido antes figurando de " Resucitado," solo que entonces llevaba una bandera en la mano é iba libre, y ahora le habían puesto fuertes ligaduras que lo sujetaban á un tronco. Que fuera en castigo de su impostura ó que así debiera estar, es cuestión que no me toca resolver; y sólo diré que todas las mujeres del pueblo iban acompañándolo bajo el sol abrasador del mediodía con velas encendidas.

Seguía en la procesión una santa cuyo nombre ignoro, pero cuyo vestido, raro á la verdad, puede dar á los anticuarios algunas ideas para descubrir su orígen. Sobre un *camisón* de percalina azul llevaba una *esclavina*, como el manteo de los jesuitas, de zaraza carmelita y cuello recto; una vara de flores en la mano, y un sombrero *cubano* de los que las antiguas criadas usaban en Bogotá, de ala corta y copa elevada, con cinta de terciopelo negro y una pluma de pavo real al frente. Este estrambótico sombrero metido hasta las sienes, daba un aire poco elegante á la santa.

Venía en pos el estandarte ¡ Qué contraste hacían estos tres *empaquetados* en medio de la multitud vestida de alegres y variados colores !

Llevaba el estandarte el señor Alcalde, y las borlas las llevaban el Juez y su Secretario. Todos graves, circunspectos, estirados é íntimamente poseídos de la alta misión que estaban desempeñando, y de la importancia de su papel en aquellos momentos.

El señor Alcalde, que no es natural de Piedras, presume de *pepito*, es afeminado, y sus maneras entre conventuales y de *cachaco*, y su vestido

que tiene algo de sacristán y de elegante, lo hacen muy parecido al héroe que describió Samper en su graciosa comedia de "Los primos á la moderna."

Para presentarlo dignamente á la ceremonia, había disfrazado su coto el señor Juez con un paño de manos, que no con pieza más corta hubiera podido envolver los tres anones de que consta su reverencia. Llevaba casaca ¡ qué casaca ! La más exagerada hipérbole no alcanzaría á dar una idea de su corte y de su talle. ¿ Talle dije ? Mentira, porque las faldas principiaban en el cuello y terminaban en los talones: el tal cuello tenía sus rivalidades con el coto, y aprovechándose de que en ese día lo veía amarrado, se había subido á la nuca ; y las mangas estrechas, como la vida de un empleado, no alcanzaban más que á la mitad del brazo, donde en abultados bucles seguía la blanca camisa. El Istmo de Panamá mediaba entre el chaleco y los pantalones, que, bastante modestos, no alcanzaban á cubrir la media y las chinelas amarillas que completaban la *toilette.*

« O está Jerusalén en tierra fria,
O no fué allí donde David cantó.»

Decía nuestro inmortal Antíoco. Y ¿ qué dirá el infeliz que va cantando sin soltar por esto la borla del estandarte ? En este clima, bajo este sol y en un día de quemante verano, metido entre un gabán de riguroso invierno, de paño grueso y forrado en lana ; gabán que habría salvado á un extraviado caminante en el monte de San Bernardo; gabán que ahora muchos años compró el que lo lleva para lucir en Bogotá ; gabán que ha conservado como una joya, como un recuerdo de su juventud y que luce en todas las ocasiones solemnes. ¡ Pobre mártir de la elegancia; yo te perdonaría si hoy se celebrase á San Lorenzo, y quisieras en su honor, como él, morir quemado !

Iba la procesión en la mitad de su carrera, cuando se levanta de repente un tumulto. ¡Los toros ! ¡ Los toros ! gritan todos: las mujeres huyen aterradas, los hombres corren á verlos, y la procesión sigue para la iglesia á paso de trote. Sin duda la disputa ocurrida con motivo del cantor retardó la función el tiempo calculado para el *tope,* y los acontecimientos, precipitándose, trajeron esta complicación.

Poseídos de un frenesí diabólico desde este momento, los jinetes, que forman un cuerpo de más de trescientos hombres, y no pocas mujeres, ponen al escape sus caballos; van, vienen, cruzan, vuelven, se encuentran, se atropellan, enlazan, salvan lo que se les pone por delante; y sin detenerse un momento recorren todas las calles gritando, riendo, cantando, y no dejan

descansar los *mochos* hasta el último día de las fiestas, en que con el último toro salen de la plaza á beber la última copita.

El vaquero de tierra caliente enlaza al toro en la fuerza de la carrera, y con la llave del otro extremo del *rejo* enlaza la cabeza de la silla, uniéndose así con aquella fiera en *vínculo indisoluble*, y confiando sólo en su agilidad y en la fuerza de su *mocho*. De en medio de la multitud se desprende un toro, más bravo que una beata y más ágil que un venado: miles de enlazadores corren en pos de él tirándole lazos en todas direcciones; mas sólo uno logra enlazarlo de los cachos; y como de costumbre amarra el otro extremo á la cabeza de la silla. El toro, más pujante que el caballo, lo arrastra, y excitado por los gritos que le dan y las carreras de los caballos, ciego de rabia, sigue al escape de la carrera y sin detenerse en las breñas del Opía se precipita y arrastra al caballo y al jinete hasta el borde del abismo; pero el caballo, haciendo un esfuerzo *sobrehumano* y guiado por un instinto admirable, se pára de repente, dobla la trasera, y manteniendo al toro en el aire, da tiempo para que corten el rejo, salvándose así, y salvando á su señor.

No tuvo igual suerte otro jinete que con la garrocha esperó al toro, y errándole el golpe, ó dando con un contrario más esforzado de lo que esperaba, tuvo que ceder; y caballero y caballo fueron echados por tierra, aquél desnucado y éste bañado en sangre.

Tales incidentes no hicieron más que aumentar el interés de la diversión; y esto me ha probado, cosa que yo no creía, que los calentanos tienen también sangre española que circula por sus venas, pues de otra manera no fueran tan locos entusiastas por los toros, como lo son los madrileños, que asisten todos los lunes á los toros, y hablan toda la semana de la fiesta pasada y de la que se les espera.

Una plaza de toros en Piedras es mucho más animada que en cualquiera otra de la sabana; porque los calentanos son más ágiles que los sabaneros, y los toros son más débiles, lo que da lugar á infinidad de lances, juegos y pruebas de destreza que encantarían á un amante de la *tauromaquia*. Ya es un toreador de á pie que sin moverse de un puesto y con la ruana le hace mil quites y se burla de un toro furioso, sin que jamás lo toque; ya es otro que con la garrocha lo espera y al mismo tiempo que lo pica y el toro embiste, salta atrás y lo aguarda de nuevo; y ya, en fin, son dos borrachos que se convienen en que el uno haga de caballo y el otro llame al toro; y cuando se les viene, el que cabalga lo espera con la garrocha y el otro se escapa como una culebra por el suelo.

La noche forma el encanto y el atractivo precioso de las fiestas.

Lucen en la plaza millares de mesitas iluminadas, que se llaman *rifas:* en la una se vende aguardiente y bizcochos; en la otra empanadas y pollos; ésta aparece cubierta de loza que se rifa plato por plato y jícara por jícara al naipe ó á los dados; aquélla es un juego de ruleta; más allá está la lotería, en donde todas las mujeres, llenas de alegría, se apuntan y pierden contentas sus pesetas; porque el que la *canta*, haciendo de esto su habitual profesión, ejerce su arte con tal habilidad, que á cada ficha dice un nuevo verso, un chiste picante, ó una alusión que las hace morir de risa. Imposible es recordar, y mucho más referir, los versos; pero como una muestra pondré estos dos:

«La fortuna de mi hermano,
Él que saca la cabeza
Y el *caimán* que le echa mano.»

«A esta niña viera yo,
Contenta con sus amores;
Si le echara entre otras flores
La *rosa* de Jericó.»

El cielo azul, brillante, despejado y cubierto de estrellas: la brisa tibia de la noche, semejante al aliento perfumado de la mujer querida; y la languidez que reina en la naturaleza entera, convidan al amor, al placer y á la voluptuosidad en estos climas. Grupos de amantes felices se ven por todas partes, exponiendo á la suerte en los juegos el dinero que no es necesario para su ventura: añadiendo á la embriaguez del amor los tragos de aguardiente que avivan las pasiones, ó en el lenguaje picante del pueblo, dándose bromas y excitando los sentidos. El aire está poblado de cantos y de música, y el bambuco entonado por voces armónicas, vibrantes y bellas se escucha en todas partes.

Pálida, triste, es por fuerza la descripción de los sentimientos que despierta el bambuco, cantado en medio de la noche, por un pueblo ebrio de placer, en una plaza que rebosa de alegría, y que no obstante, es siempre melancólico y congojoso. ¿ Por qué cantan tristemente ? Ah! es porque el alma no tiene más ecos de armonía que los del dolor. Porque no hay poesía sino en la pena y el martirio. Porque el corazón no vibra sino tocado por el infortunio. Porque el pueblo no compone su música y sus cantares sino en la soledad, donde el espíritu se alimenta de tristeza y de melancolía; y porque el pueblo canta lo que es bello á sus ojos, y él sólo encuentra el sentimiento y la belleza en el recuerdo de sus congojas y en el desencanto de sus ilusiones disipadas.

El bambuco derrama en mi corazón torrentes de armonía: su música deleita mis sentidos, y los embriaga con suprema languidez, mientras que á mi alma vienen recuerdos lejanos de pasada dicha, de horas de gloria, de sueños de ambición, para hacerme sentir con doble pena la tristeza del presente y la duda del porvenir. Y encuentro encantos cuando una de sus notas prolongadas y tristes sirve de eco á mis ayes; y gozo escuchando esa melodía que imita tan bien el llanto de un corazón herido.

—Usted está sonámbulo, me dijo el amigo que me servía de *ciceroni*. Vamos á divertirnos. ¿A cuál baile quiere usted ir, al *decente* ó al de *cintureras?*

—El calificativo que usted ha dado al primero, me hace creer que el segundo será una cosa *non sancta*, y por lo mismo allá no debemos ir.

—No señor, me contestó, se llaman así, sólo porque el primero se compone de las personas decentes, es decir, de las más acomodadas, y el otro de las mujeres del campo.

Nos fuimos al decente. Era un salón inmenso, mal alumbrado, y cuya puerta estaba obstruida por una muralla de curiosos, á quienes contenía en forma de barricada un escaño atravesado. No había una sola mesa, ni el menor adorno; y las mujeres, sentadas en derredor del salón, unas sobre silletas, y las ancianas en el suelo, más parecía que asistían á un velorio que á un baile. Algunas muchachas bastante bien vestidas salieron á bailar una polka, y luego un vals de Straus.

¡Favor de Dios! exclamé yo. Los bailes propios de la Laponia, los inventados para matar el frio de la Alemania son los que se bailan aquí! Aquí, donde la sala es un horno, en donde se suda á mares estando uno quieto, y en donde la pereza que se apodera de los miembros no le permite á uno menear un pie sin pedirle licencia al otro. Tener que girar como un molinete y dar saltos y cabriolas! Esta no es conmigo, me voy al baile de las cintureras.

En el patio de la casa de este baile estaba haciendo, sin duda, los honores una lechona asada, puesta sobre una mesa y rodeada de botellas de aguardiente. Se notaba desde la entrada más animación que en el primero, y la puerta, que estaba despejada, permitía ver la sala bien alumbrada con infinidad de arañas de cañabrava, y la multitud de hombres y mujeres que se agitaban en distintas direcciones.

A pocos momentos después de nuestra llegada principió la música, verdadera armonía infernal. El bombo, tocado con una rapidez extraordinaria, y herido no sólo en el parche sino también en la madera, era lo único que se percibía al principio; pero después se notaba otro instrumen-

to no menos ruidoso. Un palo negro lleno de protuberancias que era recorrido de arriba á abajo con otro horizontal, el *chucho* de que salía un ruido más agudo que el de una matraca: varias panderetas agitadas por el diablo, y algunos muchachos dando piedra contra piedra, apenas dejaban adivinar que un pobre flautín también figuraba en la banda.

Quiso mi fortuna que algunos trovadores llegasen con bandolas cantando su bambuco, y habiendo cesado la música fuí á ver bailar.

¡Qué lindo es nuestro bambuco! Una muchacha gentil y graciosa, y uno que sería su amante estaban en el puesto. El se adelanta con urbanidad y le hace una cortesía, ella le sigue como tímida y avergonzada, pero satisfecha y feliz, y así dan una vuelta. Él quiere aproximársele y ella se retira; entonces la persigue y ella huye; ya la alcanza, y entonces cambia de puesto la muchacha y lo deja del otro lado. Vuelve como arrepentido á invitarla y ella lo sigue; pero desconfiada, ya sólo viene hasta la mitad y retrocede; mientras que él, intentando cogerla, da una vuelta, y ella, girando, lo deja chasqueado; y así en mil giros diversos, llenos de gracia y de nobleza, con pasos elegantes y artísticos y al compás de una música que inspira, juegan un romance de amor, lleno de vivos é interesantes detalles.

¡Pan! ¡Plan! ¡Llueven garrotazos! A mi lado cae uno con la cabeza rota, el patio y la sala del baile se convierten de repente en el campo de Agramante: gritos, juramentos, blasfemias, ayes, y garrote que va y viene á *diestra* y á *siniestra*, es cuanto se oye. Mi amigo, como práctico en la materia, me lleva detrás de un árbol de totumo, y allí pudimos sin peligro presenciar el feroz combate. Unos cogidos por la cintura luchan para ponerse en tierra, otros se abofetean, el garrote brama y el cuchillo hace su oficio; las mujeres piden misericordia, los muchachos lloran. No lo mate! grita uno. Dale, dale de frente! grita el otro. Foragidos! asesinos! dice éste. Sonsacadores! ladrones! Paz! Paz! grita un grupo que llega de la plaza, y habiéndolo logrado y reconocido el campo, se encontraron tres con la cabeza rota, uno con la cara amoratada y dos cojos.

—¿Cuál ha sido la causa de tan terrible riña? pregunté á mi compañero.

—Que un *ambalamero* sacó á una muchacha á tomar aguardiente, y reconvenido por el amante, le amenazó con pistola. ¿No oyó usted entre los gritos que decían, hubo tiro! sonó un tiro! como quien dice, hubo premeditación, traición y alevosía?

Pues bien, aquí *es de ley* que una mujer pueda abandonar á su amante por otro, si le gusta más, con tal de que este último *sepa trancar* á la lucha ó al garrote; y después de haberse batido van los amantes y la infiel á

tomar una copa juntos y en la mejor armonía. Pero hacer uso de la pistola es violar las leyes divinas y humanas, y con el que tal hace no hay reconciliación posible.

—¿ Y qué de más tiene morir de un tiro ó de una puñalada ?

—Un principio de çaballerosidad y de hidalguía que usted no negará. Todo calentano sabe luchar y jugar el garrote y el cuchillo ; así, pues, los combates son de igual á igual, mientras que pocos tienen pistolas ú otras armas de fuego. Además, en combate singular é improvisado, al garrote no puede haber alevosía, y cada cual se defiende como puede, mientras que un tiro de pistola mata al que está desprevenido y no tiene medios de defensa.

—Muy buenas me parecen sus razones, le contesté, pero mejor será que nos vamos de aquí, no sea que la chamusquina continúe.

—No tenga usted .cuidado, oiga usted el bombo, señal de que el baile continúa pacífico, por lo menos por dos horas. Esos son incidentes que le dan á la fiesta colorido y encantos.

No es la cama en *tierra caliente* un lecho que arrulle la sabrosa pereza de la mañana ; y así, al rayar el día dejamos la flotante hamaca para ir al baño de Opía. ¡ Qué cuadró tan miserable y degradado se presentó á mi vista ! Tirados en las calles y en la plaza, estaban hombres y mujeres, y los que no se habían rendido á la embriaguez, se nos presentaban vacilantes, cayéndose, con la mirada extraviada, desgreñados y tartamudeando algunas palabras indecorosas. Las muchachas que el día anterior me habían parecido tan célebres, llevaban en el rostro las huellas de una noche de disolución : habían arrastrado sus vestidos y tenían un aspecto repugnante y odioso.

Si la cama no tiene encantos en Piedras, el baño en el Opía los tiene á millares. Este río puro y cristalino, que rueda bulliciosamente entre elevadas peñas, forma de vez en cuando *pozos* profundos, sombreados por majestuosas ceibas ó hermosos payandés ; y allí mientras la imaginación se deleita contemplando la belleza de una escena tropical suntuosa, va el pie avanzando poco á poco sobre una arena que cede á su peso, y que rodando lo lleva á uno hasta en medio de las ondas, donde es preciso nadar gozando de un placer indecible y sin rival en los goces de la tierra fría.

A poca distancia de nosotros y en el mismo pozo estaban bañándose unas señoritas, y su melena suelta, sus blancas espaldas, sus hombros torneados y la manera de llevar el traje de baño, como túnica griega, me hicieron recordar las *Ninfas de Calipso*.

Pero estas ninfas no quemarán mi nave; y solo quiero que tú sepas cómo son las *Fiestas de Piedras*.

XLII

LA PENITENCIA.

Salían juntas una vez,
De rezar en la Capilla,
Margarita la sencilla
Y la diabólica Inés.

Metió en el agua bendita
Su mano blanca y rosada,
Y se quedó allí parada,
La inocente Margarita.

—¿Qué es eso? niña, ¿qué es eso?
—Niña, que me confesé
Que en la mano me dejé
De mi novio dar un beso.

—¡Qué tal el doctor Beltrán!
No me confieso, ni loca!
Pues á lavarme la boca
Me mandarían al Jordán.

XLIII

MEMORIAS

DE UN AJUSTICIADO.

Cuando la casualidad haga llegar este libro de lágrimas á otra mano que no sea la del que ahora lo escribe, el cual tiene delante un espectro horrible que se llama la muerte, y teme detenerse en cada palabra, porque ella le quita un instante de la corta vida que le resta ; cuando alguno pueda leer estas líneas que ahora trazo como con sangre, porque al fin de ellas me espera el patíbulo, ya la justicia humana estará satisfecha, las prevenciones sociales contra mí habrán desaparecido, y mis palabras se oirán como el eco de la verdad que se descubre sólo al quitar á la vida su misterio.

¡ Condenado á muerte !

¡ Qué cosa tan horrible ! Esta frase la oigo por donde quiera, resuena en los ecos de mi calabozo, está dentro de mi alma, rompe mi cráneo, interrumpe mi sueño, y el corazón en cada uno de sus latidos la repite. ¡ Condenado á muerte !

Ay ! otros leerán esta frase con la indiferencia con que yo la escuché muchas veces cuando era niño, sin pensar nunca que éste había de ser el término de mi fatal carrera ; que ésta había de ser la conclusión de mi vida, de mi vida que hoy me parece tan corta como un día, como si mi madre hubiera podido hacer con la mantilla en que me envolvió esta mañana mi mortaja para esta noche.

¿ Qué ha sido de mi vida ? ¿ En qué la he pasado ? ¿ Qué me queda de ella sino lágrimas y remordimientos ? ¡ Ah ! si yo pudiera sustraerme á

la fatal sentencia, cuán bueno, cuán feliz habría de ser y haría á mis semejantes!

¿ Para qué recordar los encantos de lo que ya no volveré á gozar? ¿Para qué avivar los afectos en el momento en que es preciso dejarlos para siempre? No, es mejor aletargar los sentidos, matar la memoria, ahogar los recuerdos, y que cuando vengan por mí ya no encuentren más que un hombre embrutecido, que, como el toro, sólo sienta el dolor de la puñalada.

¡ Ay! pero esto me es imposible! Mi cerebro arde como un volcán, siento una agitación que no puedo dominar; la vida me sobra, y á torrentes me vienen las tristes ideas y las imágenes dolorosas. ¡ Qué hago! Me doy golpes en el cráneo contra los muros del calabozo y mi ansiedad no cesa; y además, esta muerte que está aquí á mi lado, que mira lo que escribo, que me sigue á todas partes, y de la que me es imposible huír! ¡ Qué hago!

¿ Continúo escribiendo? ¿ Para qué? ¿ Puedo acaso pintar el tormento horrible, la angustia espantosa que devora mi sér? Y ¿ mis palabras para qué pueden servir? ¿ Para conmover el corazón de algunos y evitar así el que otros sean condenados también á muerte? Qué me importa á mí la suerte de otros si para mí no hay remedio? ¿ Qué me importa que se salven los otros si yo muero?

Ah! si yo viese en adelante á alguno sufriendo como yo sufro, lo salvaría ó moriría por salvarlo; y pues que nada he de poder hacer en lo sucesivo, voy siquiera á lanzar mi grito de agonía, que él puede llegar quizás á conmover el alma de los que no han podido saber lo terrible que es estar condenado á muerte. Quizás él haga comprender que la justicia va errada cuando se aparta de la caridad, y se hace sanguinaria y cruel, y así podré quizás detener el golpe que vaya á descargarse sobre otro criminal.

Pero para mí todo es inútil: inútil el dolor, inútil el arrepentimiento; y la sociedad no estará satisfecha con ningún sacrificio, ni estará contenta sino viendo mi cadáver.

El muerto necesita de un compañero, su cadáver está solo, la huesa es grande y me condenan á hacerle compañía; pero ay! mi agonía no la tuvo él, han debido matarme en el acto, sin hacerme sufrir este suplicio lento y espantoso.

No; matarme no; yo tengo miedo, mucho miedo á la muerte: han debido condenarme á llevar una vida de expiación y de trabajo, que para mí hubiera sido dulce y sabrosa, procurando borrar las huellas de mi crimen con lágrimas; pero la sangre del inocente, dicen, sólo puede lavarse con la sangre del malvado. ¡ Espantosa sentencia!

Me quedan quince días de vida, un soplo, nada ; y sin embargo, en cada momento sufro un nuevo martirio ; mi vida es horrible y yo mismo he querido prolongarla apelando á una sentencia que no puede ser revocada ; ¿ qué es, pues, la muerte, que es más espantosa que todos los sufrimientos á que estoy ahora sujeto ?

Me quedan quince días, bien lo sé, pues que muchas veces he sido defensor de los criminales que fueron como yo condenados á muerte. Yo conozco todos los secretos y trámites de los tribunales para presentar á la sociedad un día de sangriento espectáculo. Yo sé cuánto tiempo necesita cada uno para representar su papel en la tragedia humana, en la que no hay de real sino la muerte.

¡ Quince días ! ¡ Si fueran quince años !... Voy á emplear este corto tiempo en evocar mis recuerdos, para que ellos disipen delante de mí el pensamiento de la muerte : en hacer venir las imágenes risueñas de la niñez para que ellas espanten la horrible imagen de la muerte ; en repasar mi vida, recogiendo mis pasos, como dice el vulgo que hacen los moribundos por los lugares donde han vivido, para no sentir los pasos de la muerte que se acerca.

No puedo. A cada ruido que llega á mi calabozo me parece que ya vienen por mí, apresurando el plazo de la ejecución ; mi mano tiembla, la pluma se cae, y cada vez que tengo que escribir la palabra mu... er... te desfallezco y no concluyo.

No quiero adquirir la celebridad de los grandes criminales, y sin embargo confieso que soy ladrón y asesino ; pero quedan aún en mi corazón restos humanos, destellos de virtud, sentimientos generosos ; ¿ cómo puede ser esto ? No soy enteramente malo: yo lo siento, yo lo conozco, y he cometido, sin embargo, dos horribles crímenes ; ¿ qué monstruosa reunión de ternura y de egoísmo, de amor y de perversidad se ha anidado en mi alma y me ha llevado á esta situación ?

No quiero disculpar mis delitos ; esto sería una cobardía inútil, pues que mis Memorias sólo aparecerán muchos años después de mi muerte ; pero es preciso que se sepa que todo crimen es solidario entre el criminal y la sociedad : que ésta no salva su responsabilidad apelando á los remedios sangrientos ; y que los hombres que se muestran implacables y que sostienen la pena de muerte, son los que están más próximos á caer en el delito, porque les falta ya la caridad.

Voy á hacer una pintura natural de mi vida, á retratar mis sentimientos de hijo, de padre, de amante, de amigo, de enemigo y de criminal, para que aquellos que los miren examinen si tienen rasgos semejantes á

los suyos. Voy á mostrar el bien y el mal que he hecho, para que los demás hombres conozcan lo que me ha arrastrado al delito y puedan evitar éste y fomentar en su alma los instintos del bien; voy á sondear mi conciencia, para que cada uno examine la suya ; voy á contar mis ideas, mis ilusiones, mis sueños, mis vicios, para que los demás separen en su alma lo bueno de lo malo, al verlo en mí claramente definido; voy á remover todo lo que hay en el fondo oscuro de mis entrañas, para enseñar á todos que frecuentemente hay un poco de mal en todos los buenos corazones, y algo de bueno en los peores, y poder así inspirar á los criminales alguna esperanza de purificación, y á los buenos alguna indulgencia para los que caen.

Voy á pintar la sociedad en que he vivido, para que ésta vea la parte que ha tenido en mi caída, y que más tarde se corrija y salve á sus hijos en vez de fusilarlos.

Apenas alcanza mi memoria á una época de luz vacilante en que los objetos se retratan como al través de un velo de gasa; apenas puedo recordar que muy niño andaba siempre detrás de mi madre, que era el único ser á quien amaba y el único ser que me quería ; pero la figura de mi madre entonces sí la recuerdo perfectamente, porque Dios estampa siempre en el corazón del hombre su imagen, y mi madre ha sido la personificación de Dios para mí sobre la tierra.

Era una mujer alta, delgada, de ojos negros y mirada serena, de tez pálida, como si la atormentase un dolor interior, y su sonrisa no tenía nada de alegre, nada de festivo. Su hermosa cabellera negra la llevaba siempre dividida en dos bandas; pero cuando íbamos al baño yo me divertía en destrenzarla y en envolverme en su cabello, que alcanzaba á ocultarme.

Vestía ¡ oh ! qué lindo era su vestido ! una camisa bordada de negro que dejaba descubierto el color mate blanco de su lindo pecho; largas, flotantes enaguas que caían en majestuosos pliegues, como los trajes de las estatuas griegas que he visto después en los jardines, y su lindo pequeñito pie ceñido por unas alpargatas que, como sandalias, dejaban sin cubrir el torneado talón, el rosado empeine y el tobillo.

Muchas veces sorprendí á mi madre con lágrimas en los ojos, lágrimas que yo enjugaba con besos, pidiéndole perdón, porque me imaginaba que yo era la causa ; pero ella entonces se sonreía tristemente, y me colocaba sobre sus rodillas para hacerme comprender que yo no tenía la culpa. Después he sabido la causa de su llanto: historia bien triste, común á todas las jóvenes pobres, que no puedo contar, pero que llevó mucha hiel á mi joven corazón.

Dicen que las mariposas llevan en sus alas el reflejo del lugar donde tienen su nido : oscuras, tristes, negras ó pardas en los páramos ; brillantes en los climas ardientes, y de verde ó azul tornasolado las de Muzo que anidan sobre esmeraldas. Así es la imaginación del hombre: siempre lleva el colorido del lugar en donde empezó á desarrollarse, y es ardiente, entusiasta, poética, volcánica en los climas ardientes: fría, reflexiva, meditadora en los lugares donde el sol no quema iluminando el cerebro.

El lugar donde me conocí es suntuoso, y si entonces yo no tenía ojos para admirarlo, ahora comprendo todo su esplendor y su belleza.

Gigantes, majestuosos árboles cubiertos de una verdura eterna ; un río caudaloso que con rabia se precipita entre peñas ; una elegante cascada que remeda el talle flexible y ondulante de la ninfa ; un inmenso, vaporoso horizonte al Occidente ; un cielo siempre azul y un sol de fuego iluminándolo todo. Yo vivía á las orillas del Sube.

Mi madre residía en un trapiche, y desempeñaba las funciones de mayordomo, de criada, de ama y de despensera ; la llamaban la *niña* y á mí el *niño*, y juntos formábamos un grupo que se bastaba á sí mismo ; yo no amaba más que á ella, ella no tenía otro amor, otra dicha, otra diversión que su hijo.

Ah ! santa y dulce mujer ! ¿ cómo tu instinto sagrado de madre no te hizo adivinar mi infame fin, para que me hubieras ahogado contra tu seno, dejándome al morir besar tu frente ?

Algunas veces llegaba á casa un señor que era el dueño de la hacienda, y entonces mi madre se afanaba mucho, los peones andaban muy ligeros, la habitual calma del trapiche se interrumpía, y con frecuencia este señor regañaba, observándolo todo. Yo no quería por esto á ese señor ; y sin embargo este hombre era mi padre.

Jamás estampó un beso sobre mi frente, nunca lo miré complacido en mis juegos, ni me dió un dulce de regalo ; ¿ cómo iba á quererlo ?

Yo era feliz en mi inocencia ; jugueteando por el prado que había al frente de la casa, chupando el jugo de las cañas más tiernas que llevaban al trapiche, escapándome al monte para sorprender los nidos de pájaros, bañándome dos ó tres veces al día en una quebrada que pasaba cerca, y viniendo después rendido á dormirme en el regazo de mi madre.

El trapiche andaba lenta y trabajosamente todo el día y gran parte de la noche, eternamente crugiendo y lanzando como quejidos ; los gritos del mayalero arreando las mulas no cesaban ; el canto de las trapicheras, las risotadas de los peones y los relinchos de las bestias mantenían el trapiche en continuo bullicio ; pero á la oración, el trapiche se paraba de re-

pente, todo ruido cesaba en un momento, los peones se descubrían y el mayalero gritaba con voz solemne :

« *El ángel del Señor anunció á María, y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo!* »

Los peones contestaban rezando el *Ave María ;* y después de haber gritado por tres veces: *San Gerónimo ! San Gerónimo ! San Gerónimo !* el trapiche seguía crugiendo, y las tareas continuaban hasta tarde de la noche.

Esta fué la primera y única idea que tuve de la Divinidad, de la oración y del culto que se le rinde á la Madre de Cristo. Creía que en ese momento aparecía el ángel entre las nubes de Occidente, y que María en medio de arreboles oía la oración ; y con una fe divina y con un amor sincero rezaba también con los peones mi *Ave María.*

Yo era feliz ; pero un día anunciaron que llegaba al trapiche la *señora* con la familia: mi madre tuvo que dejar la casa y refugiarse en la ramada de los peones. Dieron orden de que me ocultaran, y al efecto me encerraron en la despensa de la miel contigua á la ramada del trapiche. ¿ Por qué ? ¿ Qué falta he cometido ? me preguntaba á mí mismo : ¿ por qué nos desalojan de nuestra casa á mi madre y á mí ?

A poco rato llegó una hermosa señora con un vestido que no era tan bonito como el de mi madre, y con unos niños ataviados con primor y á quienes el señor del trapiche acariciaba á cada momento. Pasé el día encerrado, atisbando por una pequeña ventana todo lo que pasaba, y lleno de impaciencia por salir. Después, cada vez que la señora ó los niños iban del lado del trapiche, me obligaban á quitarme de la ventana para no ser visto, como si mi presencia les hiciera mal ; no volví á salir á bañarme, ni á correr por el campo, y tanta privación hizo que yo aborreciera á esa señora y á esos niños.

Un día pregunté quiénes eran esos niños por quienes me tenían encerrado, y un peón me dijo que eran mis hermanos. No comprendí la palabra, pero recuerdo que me causó impresión.

Poco á poco mi clausura se fué relajando y empecé á escaparme, hasta que al fin hice conocimiento con una linda niñita rubia y crespa que había traído la señora. La tomé de la mano y la llevé lleno de gozo á donde sabía que habíamos de encontrar nidos de pájaros. Cogimos muchos, y entretenidos pasamos todo el día, hasta que alarmada la señora por la ausencia de la niña, mandó á buscarla y la trajeron conmigo.

Al presentarme, mi padre me miró severamente, la señora se puso

colérica, mi madre me cogió con rudeza del brazo y me llevó de nuevo á mi encierro.

Este no fué un delito, y sin embargo fué injustamente castigado.

Ay ! madre mía ! ¿ Por qué entonces no adivinastes lo que ahora va á hacer conmigo la sociedad ?

Dejaron los niños olvidada en la mitad de un potrero una ruanita blanca de hilo, con fajas lacres, yo la tomé y me quedaba preciosa ; jamás había tenido ruana ! No pude resolverme á devolverla y la oculté en el tronco carcomido de un árbol, hasta que los niños se fueron, y entonces me la puse, diciendo que me la habían regalado.

Este fué mi primer robo y mi primera mentira.

Ay ! madre mía ! ¿ Te cegó el amor, que no viste mi robo ? Mira, ahora voy á morir en un cadalso !

He tenido que interrumpir mis memorias porque algunos amigos han venido á visitarme, estrechándome entre sus brazos, y al verlos llorar por mí he sentido alivio : no hay duda de que es un consuelo el que los otros se apiaden de nuestras desgracias. La compasión es benéfica, no sólo porque repara las desgracias, sino también porque las hace menos crueles cuando los otros toman parte en ellas.

Cuántas veces he perdido la ocasión de aliviar la suerte de un hombre con sólo una lágrima ó una muestra de simpatía !

¡ Ah ! Si yo obtuviese mi perdón, corregido ya, cuán sabrosa pasaría mi vida cumpliendo la obra de misericordia de *Consolar al triste !*

La soledad y la desgracia me han vuelto reflexivo: ahora comprendo toda la sublimidad de las *Obras de misericordia.* Practicándolas la sociedad, con el rigor con que practica la justicia, la tierra perdería en gran parte el título de *valle de lágrimas*; porque muchas de las desgracias humanas dependen de la falta de misericordia.

La amistad es una grata pasión, más noble y más leal que el amor. Sócrates conversaba con sus amigos al tomar la cicuta, y Jesús fué acompañado á la cruz por sus amigos Juan y Magdalena.

¿ Por qué es que en el Evangelio encuentro siempre un ejemplo para todo lo bello y todo lo consolador ?

No matarás! dicen los mandamientos de Dios. Yo he violado este precepto, y me matan : soy criminal, lo confieso y me arrepiento ; pero la sociedad que quiere matarme ¿ no es también criminal á los ojos de Dios ? Y ¿ estas reflexiones qué me importan, si no han de servir para

salvarme ? Este es mi único anhelo, mi único interés. Yo no quiero morir. Puedo aún ser feliz y hacer felices á los otros.

A Sócrates le aconsejaron sus amigos que huyese al Peloponeso, evitando así la muerte, y él contestó : — ¿ Se ha descubierto allí algún lugar donde el hombre sea inmortal ? ¡ Mentira ! Sócrates no pudo contestar eso; porque él debió sentir, como yo, que la proximidad de la muerte le da un prestigio poderoso á la vida, y que un instante en el mundo se debe comprar con una eternidad de dolores.

¡ Ah ! si mis amigos me propusiesen lo mismo ! Si ellos á fuerza de oro comprasen á mis jueces ó á los carceleros y me facilitasen la fuga !

Pero oro ¿ de dónde ? Ah ! demonio tentador del oro que me has perdido, tú vienes hasta el fondo de mi calabozo á mostrarme que eres más poderoso que la muerte y el destino ! Sí, yo con oro, con mucho oro, estoy seguro de que me redimiría del patíbulo !

Continúo mis memorias :

Cuando tenía ocho años me enviaron, no sé por qué ni de orden de quién, á la escuela del pueblo. La separación de mi madre y el abandono de los lugares en donde tan feliz había sido mi niñez, me causaron un dolor profundo. Le dije adios al naranjo que estaba al lado de la casa y á cuya sombra tantas veces había dormido ; me bañé en la cristalina quebrada, y sus ondas como que me acariciaban y me retenían; y por la tarde recé con los peones el *Ave María*, y por última vez tuve la visión que me inspiraba la fe de la inocencia.

Al decir adios ! á mi madre, el corazón se me arrancó, derramé muchas lágrimas, la garganta se me comprimió, y no pude pronunciar su nombre.........

Ay ! madre mía ! ¿ Por qué me dejaste apartar de tu lado, para seguir en esta vida de dolores y de vicios, de espinas y de fango, en donde he dado tantas caídas y que va á terminar en el cadalso ?

Mi posición en la escuela era bien triste, siendo además de discípulo el criado del maestro, á cuya casa me habían mandado y de quien recibía un trato rudo y las mayores ofensas ; ocupaba el último lugar entre todos, y los niños no me miraban como á su amigo y compañero si no como á un inferior, ni se mezclaban conmigo. Todo eso es una tontería cuando uno es hombre, pero para un niño es muy cruel, y naturalmente exacerba su carácter y lo prepara como á mí para el mal; estas diferencias entre los niños inspiran sentimientos de orgullo en los unos y de envidia ú odio en los otros, y van después á envenenar las relaciones sociales.

El aislamiento y la soledad en que vivía, la separación de mi adorada madre y el rudo tratamiento á que estaba sujeto, enfermaron, sin duda, mi corazón, pues recuerdo que vivía triste y que con frecuencia lloraba, por lo cual los otros niños me pusieron el *chillón;* y se complacían en hacerme llorar con sus dichos picantes y sus juegos pesados. Pero mi corazón no sólo se enfermaba, sino que se viciaba también: la venganza echaba en él raíces, y cuando encontraba algún niño solo me vengaba en él del mal que todos me habían hecho. Esto producía sangrientas represalias, siempre estaba descalabrado ó con la nariz reventada, y mi aprendizaje en la vida social fué una guerra permanente sostenida por mí solo contra todos los niños de la escuela.

La doctrina cristiana me la enseñaban, como á los demás niños, de memoria y sin que de ella comprendiese una palabra; así es que sólo después, quizás ahora que he pasado tantos meses en la prisión, es que he venido á pensar en lo que en ella se contiene. Estoy convencido de que si en mi corazón hubiesen inculcado ideas morales desde niño, si me hubiesen enseñado á amar lo bueno y hecho de la virtud una necesidad de mi alma, yo no hubiera sido malo. Pero todo lo que he hecho, bueno ó malo, en el mundo, ha sido guiado sólo por mis instintos, primero generosos, después egoístas y últimamente pervertidos.

La idea de Dios vigilante y remunerador me hubiera dado aliento contra lo que yo juzgaba caprichos de la suerte, y me hubiera también hecho avergonzar de mis crímenes que él miraba; pero la idea de Dios estuvo confundida en el principio de mi vida con una infinidad de absurdas creencias, como la del diablo, las ánimas benditas, los aparecidos, el mohán y las brujas, que la oscurecían: después poco á poco fué desvaneciéndose, y por último se borró de mi mente. Sólo la proximidad de la muerte la ha traído otra vez á mi espíritu, inspirándome estas reflexiones; pero ya es tarde!

Mi inteligencia se desarrollaba prodigiosamente, aprendía las lecciones con facilidad, y en el sistema de rivalidad fundado en la escuela, de corregir los unos niños á los otros, alimentando así las malas inclinaciones, yo llevaba siempre la ventaja; pero también adquiría el vicio vergonzoso de quitarles lo que llevaban á la escuela, le sustraía al maestro parte de sus alimentos, y en las botellerías del pueblo me robaba los dulces. Mi habilidad fué conocida al fin por los condiscípulos, y yo los dirigía en las expediciones á robar frutas en los cercados del campo, ó á los vendedores en la plaza el día de mercado.

«Este muchacho es muy malo, es incorregible,» decía el maestro

siempre que me castigaba, y me castigaba con frecuencia y cuelmente. Yo llegué á adquirir la idea de que era natural é irremisiblemente un sér malo y perverso; pero nunca pude comprender por qué ni cómo pudiera dejar de serlo.

Hacer mis picardías de manera que no llegasen á saberlas, ó evitar de alguna manera el castigo después de descubiertas, era el problema que estaba siempre resolviendo en mi mente.

En las vacaciones volvía al trapiche, y jamás he disfrutado en la vida de un momento de más inefable dicha, de más dulce ternura, que en el que volvía á abrazar á mi madre, viéndola al través de las lágrimas de que estaban preñados mis ojos, tan hermosa, tan buena y tan cariñosa como siempre, estrechándome como cuando niño contra su corazón y colmándome de besos.

La historia de estas entrevistas y de estas despedidas que se renovaban todos los años, siempre entre lágrimas, unas de felicidad y otras de tristeza, pero todas dulces, forma un poema que guarda el corazón, apartado siempre del resto del drama sangriento de mi vida, como guardaban los prófugos de Troya, apartados siempre para que no fuesen profanados, sus dioses tutelares; porque todo lo santo de mi vida se refiere á mi madre, y todas mis horas de felicidad á ella se las debo......

El Secretario del Juzgado ha venido á notificarme que estaba admitida la apelación. ¿Por qué he temblado al verlo acercarse? La idea de la muerte no se borra de mi mente un instante, y sin embargo, cada vez me sorprende de nuevo, y todos los incidentes de ese maldito proceso son como voces que vienen á repetírmela. En este proceso no hay más que papeles y este es el instrumento con que me matan; ¿por qué no destruirlos para salvarme? Cuando está delante de mí ese expediente, veo que no es más que papeles, pero luégo, por la noche, cuando pienso en ese proceso en donde están las declaraciones que me acusan y la sentencia que me condena, este expediente va variando de forma. Sus hojas se extienden poco á poco y se separan, las letras se encienden, y al mismo tiempo y en la oscuridad puedo leer todo lo que hay contra mí; luégo las páginas se animan y las palabras gritan; y últimamente, se convierte en un monstruo que me envuelve con sus quinientas hojas, que me ahoga y que me grita al oído ¡Ladrón! asesino! ¡yo te condeno á muerte!

Este insomnio, estas visiones son espantosas. Mañana haré que me

traigan opio, y tomaré bastante para dormir. Me ocurre una idea. ¿No es mejor el suicidio en mi prisión que morir en espectáculo?

Continúo mis memorias.

Hay contra mí un cargo que me da vergüenza confesar y mucho más consignarlo en el papel, porque él revela ingratitud y bajeza en mi alma, y los criminales tenemos cierto orgullo en que nuestros delitos no revelen ni cobardía ni falta de corazón. La sociedad me dió gratuita educación, y yo he empleado esta educación como instrumento para herirla; me mantuvo por mucho tiempo con los ahorros que unas generaciones legan á las otras para consuelo de los desamparados, y yo me he hecho el enemigo de la propiedad, que es la acumulación de los ahorros; me puso en posición de ser un ejemplo benéfico para los hijos del pueblo, y he sido una piedra de escándalo para la sociedad, matando así el porvenir de mis hermanos. Un hijo ingrato no merece nunca el perdón de su madre.

Todo el que no devuelve bien por bien es un ingrato, y el que no emplea los medios intelectuales ó pecuniarios que la sociedad, tal como existe, le ha dado para mejorar su condición y para el alivio de sus hermanos que sufren, es un mal hijo.

¿Por qué la semilla del bien ha producido en mí frutos de maldición?

Yo quiero descubrir este misterio, y revelárselo á la sociedad para que lo evite.

Fray Cristóbal de Torres y fray Bartolomé Lobo Guerrero: varones ilustres que buscásteis no la efímera gloria, sino la inmortalidad que se conquista con el bien hecho á la humanidad en el nombre de Dios; fundadores de los colegios del Rosario y San Bartolomé; sobre vuestras tumbas se han erigido altares, y una en pos de otra todas las generaciones vienen á tributaros el perfume de la ciencia y de la virtud que adquieren en vuestros colegios. Sólo yo no he aprendido en el libro de la ciencia más que el medio de hacer el mal, y en los espaciosos claustros á meditar en los medios de satisfacer mi ambición y mis rencores contra los favorecidos de la tierra. Pero yo soy sombra en la constelación qne forman los numerosos hijos vuestros que, educados en los dos colegios, han brillado en el cielo de la patria, y yo os pido perdón por no haber sabido corresponder á vuestros beneficios

¿Por qué, extraviado, he tomado el camino que conduce al crimen, á la ignominia y al cadalso, cuando tantos otros han seguido el del poder, los honores y la gloria?

No sé. Creí escoger el camino más fácil y más corto para llegar á la

cima, y me he encontrado cada día más lejos; he querido retroceder y me ha sido imposible; hasta que al fin me he hallado en medio de horrores y peligros, perdido enteramente, y para no caer en el abismo, he creído salvarme con un crimen, y entonces me he hundido para siempre!

Quizás ha sido que la luz del honor no guió mis pasos; quizás ha sido que no me apoyaba en la moral, confiando sólo en mis fuerzas; quizás ha sido que á lo lejos vi el vicio triunfante y lenta y penosamente marchando la virtud, y la impaciencia me arrastró tras ejemplos perniciosos que siempre deslumbraron mis ojos.

Yo he creído lo contrario: que la casualidad no me había sido favorable, ó que el destino implacable me perseguía con una obstinación que me irritaba, haciéndome salvar todas las vallas que la sociedad impone, y vencer con la audacia todos los inconvenientes que encontraba en mi carrera. En mí se ha encarnado el pensamiento de *Fausto:*

« Todo lo he estudiado, filosofía, leyes y medicina; he sondeado el « corazón de los hombres, he descendido á las entrañas de la tierra, he ce« ñido á mi inteligencia las alas del águila para remontarme sobre las nu« bes; ¿ á dónde me ha conducido este largo estudio ? á la duda y al des« aliento. No tengo ya, es cierto, ni ilusiones ni escrúpulos; no temo ni á « Dios ni á Satanás, pero he pagado estas ventajas á costa de todas las deli« cias de la vida.»

....

Hay en la ceremonia del bautizmo dos personas que á nombre del niño bautizado ofrecen que permanecerá en la fe de Jesucristo, que son los dos padrinos; y estas dos personas adquieren, según los cánones, parentesco espiritual con el niño, y según nuestras costumbres, parentesco de corazón, de tal manera que el ahijado les debe respeto y sumisión á los padrinos, y éstos tienen que velar por el ahijado y servirle muchas veces de padres, siendo un reclamo de cariño y atención.

Siempre que me encontraba con mi padrino me arrodillaba, me quitaba el sombrero, le *alababa á Dios* y le daba los buenos días. Mi padrino me dejaba acabar todo el bendito arrodillado, y luego con voz grave me contestaba: —Buenos días ahijado; y me regalaba medio real.

Mi padrino era una notabilidad en la Provincia del Socorro, hermano de un Canónigo de Bogotá, y éste muy amigo del Rector de uno de los colegios, por cuyo medio me consiguió una beca de *fámulo* para estudiar.

La entrada á un colegio para el que llega de un miserable pueblo

es muy triste. Sus inmensos claustros le enfrían el corazón, el eco que se repite en sus prolongadas arcadas le da miedo; y se abate al verse solo y sin amparo entre la multitud agitada, bulliciosa y maligna que por dondequiera lo rodea. Además, es un mundo enteramente nuevo, una vida nueva que espanta; y la primera noche se pasa con el horror con que los griegos debían entrar al laberinto de Creta, en donde los esperaba el formidable minotauro.

En los colegios, en la época á que me refiero, los preceptores no vigilaban á los alumnos, ni para dar amparo y aliento al que entraba y evitar que fuera víctima de los veteranos, ni para precaverlo de la corrupción que naturalmente debía desarrollarse entre jóvenes de diversas edades, condiciones y lugares, reunidos en todas las horas de descanso.

En la noche que entré al colegio me robaron las provisiones que traía de mi pueblo; y conduciéndome por corredores inmensos, oscuros y desconocidos á un gran salón desierto, alumbrado sólo por dos velas, y donde se representó una farsa atroz, me azotaron los otros estudiantes.

Cuando fuí iniciado en los misterios de esa primera noche, juré vengarme.

La venganza ha sido la única pasión vehemente de mi alma ; desde niño la menor ofensa me hería profundamente, y como nadie la dominó, me vengué siempre que pude con un placer terrible ; creció y se desarrolló con la edad, con las amarguras, con los sufrimientos y con las humillaciones, hasta tal extremo, que sentía la necesidad de vengar, no sólo mis propias ofensas, sino la miseria del pobre, el llanto de la viuda y las injusticias todas de la sociedad.

En el colegio me enseñaron todo, desde gramática hasta derecho civil patrio, menos moral. Cultivaron mi inteligencia, pero dejaron agreste mi corazón ; es decir, construyeron un instrumento de admirable fuerza intelectual, pero sin la conciencia de la manera de obrar, como esos cañones que deben estallar encendidos por la luz del mediodía, pero que un niño prende también, produciendo mil estragos, sin la conciencia de lo que ejecutan.

Si el orgullo perdió á Luzbel, ángel de Dios que moraba en el cielo, ¡ qué mucho que me perdiese á mí, vil gusano arrastrado en la tierra, á quien todos miraban con horror ó con desprecio, y al que faltaba algo divino, como la moral, que le obligase á seguir con la cabeza inclinada hasta llegar al fin que Dios le prometía !

En el colegio era *refectorero*, es decir, estaba obligado á servir á mis compañeros la comida en cambio de mis alimentos y de mi educación :

nada más natural ; pero esto me sujetó á mil humillaciones que yo devoraba con mis lágrimas y que fueron corroyendo el corazón y formándome para el delito ; pues yo no cavilaba más que en llegar á un punto en que en vez de estar debajo y sirviendo, estuviese encima de mis compañeros.

El trabajo es la más santa de las disposiciones de la naturaleza : el trabajo fortifica, ennoblece y hace al hombre mejor; y sin embargo, la preocupación social lo ha envilecido, lo ha degradado y lo ha hecho repugnante, desde que el trabajo fué signo de esclavitud ; así, no debe extrañarse que en un carácter susceptible y orgulloso como el mío, esta servidumbre, esta degradación social á que se me sujetaba, de servir á mis compañeros ricos porque era pobre, envenenara las fuentes de mi alma. La esclavitud, el servicio y la pobreza vinieron á estar confundidos en mi mente, y nadie la iluminó para mostrarle que la virtud era más bella y más radiante mientras más humilde es la condición de la vida.

En los hábitos del colegio encuentro también la causa de mi perdición. El más fuerte, el más audaz, era el que se imponía á los otros ; y los débiles, los timoratos ó los cobardes llevaban una suerte atroz. Desde el segundo año de mi permanencia en el colegio, mi arrogancia y una navaja siempre lista, me dieron un lugar preferente entre los estudiantes. Mi vida de colegial fué, sin embargo, austera : jamás participé de los juegos bulliciosos, ni gocé de los paseos y diversiones de los otros compañeros ; estudiando siempre ó paseándome silencioso en las largas galerías, buscaba en la ciencia los goces del porvenir, ó meditaba en la desigualdad de las condiciones sociales.

Al fin mi carrera estuvo concluída : siete sabios pronunciaron un veredicto de aprobación en el examen que presenté, y me expidieron el título de Doctor en jurisprudencia ; y á pocos días la Corte Suprema de la Nación me declaró ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA REPÚBLICA.

Entonces le ví la faz al mundo, entonces contemplé la sociedad : aquél me pareció horrible, ésta demasiado fuerte para dominarla ; y en mi corazón sentí un impulso secreto, misterioso, terrible : la ambición.

....

Hoy me han traído mis dos hijitos.

—Papá ! papá ! gritaron al verme, agarrándose de mi cuello. ¿ Cómo es que ellos no se han horrorizado ? ¿ No tiene el criminal algo que espanta ? ¡ Cuánto mal les he hecho ! Pobrecitos ! Mi delito es doble porque yo me olvidé de ellos al cometerlo, he sido peor que una leona ; ella no marcha sin llevar á sus cachorros y yo me he lanzado por la vía del crimen sin pensar en su suerte. ¡ Ay ! y mi maldición pesará también sobre ellos,

porque siempre serán los hijos del ajusticiado; y si no sucumben á la miseria y al abandono, tendrán que llevar después sobre su frente la vergüenza de mi delito.

Enrique tiene siete años y no muestra ninguno de los rasgos de mi carácter: es dulce, humilde y sensible, y hubiera sido el encanto de mi vejez y el apoyo de su pobre madre; pero ¿ qué va á ser de él?

Soledad tiene apenas cuatro, y es linda como un ángel; graciosa y amable ha estado peinando mi desgreñado cabello y dándome besos cada vez que interrumpía su trabajo. Pobre de mi hija! Sólo tendrá por dote la memoria infame de su padre; y cuando grande, pura y hermosa ya, sienta latir su corazón de joven, tendrá que bajar humillada su frente llena de vergüenza, recordando que es la hija de un condenado á muerte.

Enrique ha llorado mucho al ver los grillos que me sujetan, y me ha preguntado cuándo acabará esto para que vaya á cuidar á su mamá que está enferma. Pronto! muy pronto se acabará; pero yo iré á una mansión vacía en donde no hay esposa ni hijos.

Soledad ha estado jugando, y su alegría me ha desgarrado el corazón.

Dos horas he pasado con ellos, su presencia me ha atormentado terriblemente; pero me ha parecido que el tiempo pasaba ligero y no quería que me los quitaran. Era ya de noche y el carcelero tenía que cerrar la prisión.

No uno sino mil besos les he dado al despedirme; pero luégo me ha dado miedo. Si el vicio fuese hereditario, qué sería de mis hijos! Yo he sido malo, muy malo, pero quiero que mis hijos sean buenos, muy buenos. ¿ Qué es, pues, la virtud, que tiene encantos aun á los ojos del criminal?

Si obtuviese mi perdón, me iría lejos de aquí, cambiaría de nombre, y en un lugar retirado me consagraría al trabajo, á cuidar á mi esposa ya tan enferma y á educar á mis hijos, desarrollando todos los gérmenes del bien que brotasen en su corazón, preservándolos del aliento del vicio y haciendo que su virtud fuese una reparación de mis crímenes. Y cuando ya estuviesen grandes y fuesen honrados, moriría contento en mi oscuro hogar, en medio de amigos afectuosos y al lado de mis dos virtuosos hijos.

Pero ay! vana ilusión! Mi muerte será la de fusilado en la plaza pública, sirviendo de espectáculo á la multitud que es apasionada por la sangre, y mi cadáver lo recogerá la policía!

¿ A quién confío mi mujer y mis hijos? ¿ Quién velará por ellos? ¿ Les escribiré á mis hermanos? ¡ Ay! ellos, que siempre me han negado, ¿ qué caso harán de un hermano ajusticiado? ¿ A mis amigos? Cuáles? Si

algunos tengo, bastante hacen con darme su compasión, pero ninguno de ellos puede echarse encima carga tan pesada.

¿ Los confío á la sociedad en cuyo nombre les quitan á su padre? Pero ¿quién es el representante de la caridad de la sociedad? ¿Qué hará ella por mis hijos? Nada! ay! nada! No hay nadie sobre la tierra que les dé pan y los preserve del vicio; pero sobre la tierra y con poder inmenso está Dios. A Dios los confío.

....

Al concluir una carrera literaria tan larga, tan llena de privaciones y de tan tristes incidentes, me encontré sin oficio y sin saber hacer nada; pues tenía la cabeza repleta de conocimientos teóricos que no sabía aplicar ni tenía cómo poner en ejecución, y estaba sin asilo y sin pan.

Me refugié en una celda situada en el último piso de la parte arruinada del convento de Santo Domingo, que tenía ventana para la calle de Florián, y que me la dieron grátis; é iba á comer en una tienda de botillería de una mujer llamada Laureana, que vivia en la esquina del Colegio del Rosario, pero lleno de vergüenza de que viesen entrar allí á un doctor, y con la pena de no tener con qué pagar la pensión al fin del mes.

Había estado diez años en el Colegio, aprendido mucho y consumido una gran riqueza, y me consideraba no obstante en la última condición de la vida y muy desgraciado. Había una inmensa distancia entre el niño descalzo é ignorante del trapiche, y el sabio doctor que podía juzgar de la constitución de todos los pueblos y de la organización civil y política de todas las naciones; y sinembargo, mi suerte había empeorado.

Despues he reflexionado que en la República la sociedad debe levantar un grado á todos los hijos del pueblo para libertarlos de la ignorancia, del vicio y de la degradación; pero que no debe tomar al acaso á unos para hacerlos sabios, dejando á los demás en la ignorancia, porque comete una injusticia, porque á éstos no se les hace siempre un bien, y porque con hombres como yo no hace más que afilar los colmillos de la serpiente. Si no estuviera próximo á morir no hiciera esta confesión.

En mi celda empolvada y vacía, que recibía el aire por las rendijas de la puerta y de la ventana, cuyo cielo de vigas estaba ahumado, porque había antes servido de cocina, y cuyas paredes rajadas amenazaban desplomarse de un día á otro; viviendo en la miseria más grande y durmiendo sobre un jergón tendido en el suelo, tuve las visiones más suntuosas de la

vida, las horas de embriaguez más encantadora, y las ilusiones más bellas de ventura.

Aquélla fué la época hermosa de mi vida. Los que han saboreado los goces de la riqueza, los placeres de la sociedad, los deleites de una vida suntuosa, no saben lo que es la felicidad: rayo de luz que penetra sólo en el corazón de los que sufren, para mostrarles el cielo con todo su esplendor y toda su alegría, pero que se desvanece muy pronto, dejando luego sólo tinieblas y tristeza.

Mi vida había sido austera y no había participado ni de los placeres fáciles del amor, ni de la alegría y contento de mis compañeros en el mundo : retirado y pensativo siempre, con el alma absorta en la meditación, descifrando los misterios de la ciencia ó cavilando en la perspectiva triste de mi vida, nada sabía del amor.

Era el anochecer de una de esas tardes que Dios ha reservado para Bogotá, de cielo azul sembrado de nubes blancas, aire sereno y en que el sol muere entre arreboles detrás de la cordillera del Tablazo. Tardes hermosas en que el alma se siente dispuesta para la felicidad y en las que la imaginación sueña horas de dicha, de amor y de ventura. Estaba sentado en mi altísima ventana que dominaba el horizonte; tenía á mi frente la espléndida llanura que hacía olas como las del mar al influjo de los rayos perdidos de la luz: á la izquierda y á la derecha la ciudad levantaba sus torres sobre un fondo de oro, y más arriba estaba el inmenso pabellón del cielo, en el que empezaban á aparecer algunas estrellas.

Como el himno moribundo de la tarde, melancólico y dulce, oí el *Ultimo pensamiento de Weber* tocado en el piano, y sus notas acordes y magníficas vinieron á herir en mi corazón una fibra que jamás había sentido. El recuerdo de esta tarde es para mí tan hermoso, que alcanza á iluminar ahora el sombrío cuadro de mi calabozo.

Vivía al frente de Santo Domingo el señor Varela, rico comerciante, padre de una honorable familia que ocupaba un puesto muy distinguido en la sociedad de Bogotá y que estaba educada con el esmero que entonces se podía alcanzar. Jamás había vuelto á mirar para esa casa, pero esa tarde comprendí que de su salón, que yo dominaba, salía tan dulce armonía, y fijándome mucho, alcancé á divisar una mujer tocando el piado, de la cual sólo podía ver el perfil perdido en la oscuridad y su linda cabeza perfectamente dibujada por un rayo de luz que debía entrar por una reja colocada al Occidente.

La escena de la tarde anterior me había parecido tan hermosa, que quise saber si se repetia al día siguiente, y desde muy temprano me senté

en mi ventana á contemplar el horizonte, esperando con inquietud la hora del anochecer; pero á las cinco y media de la tarde no más sentí abrir con fuerza la vidriera del balcón del frente, y vi que dos mujeres se asomaban. El corazón, no la mirada, reconoció en la una á la que la víspera había tocado el *Ultimo pensamiento de Weber* y que yo apenas había alcanzado á ver al través de las cortinas de punto que había en el balcón. Era Magdalena Varela, la hija del comerciante, que se asomaba con su madre, como es costumbre en Bogotá, á ver pasar gente á esa hora.

Magdalena era la más bella encarnación del tipo bogotano, del tipo de esas mujeres que, como dicen los poetas, están amasadas de nieve y rosa, vaciadas en el modelo de la Venus naciente, de ojos vivos, boca de clavel, sonrisa pudorosa, pie breve y caminar modesto.

Estaba vestida con un traje de gro carmelita tornasolado y una basquiña de paño más oscuro que ceñía su esbelta cintura, y dejaba lucir toda la gallardía y elegancia de sus formas. El cabello tirado atrás y partido por delante en dos trenzas labradas que formaban un cuadro admirable á su risueña faz; y una rosa blanca, colocada no sé dónde, que hacía toda la gracia del tocado y toda la elegancia del vestido.

Esta pintura la puedo hacer ahora en que el hielo de la edad se ha mezclado con la sangre de mis venas: en que del fuego del corazón no quedan más que cenizas que se pueden revolcar sin quemarse, y en que á la creación fantástica de mi ardiente amor ha sucedido la memoria que la razón conserva al través de los años. Pero entonces, Magdalena fué para mi un ángel, en cuya frente brillaba toda la majestad de la belleza celeste, y que, rodeada de una aureola mística y divina, sólo tenía de la tierra lo que tienen las rosas, el perfume, y de la mujer el atractivo voluptuoso que arrastra y enamora.

Contemplándola pasé toda la tarde, y mi corazón latía con nuevas y armónicas pulsaciones y me hablaba un lenguaje hasta entonces desconocido para mí. Esa noche y la siguiente, y mil más, las pasé adivinando su sombra al través de las cortinas del balcón, y escuchando con supremo placer cada una de las notas de su piano, que resonaban en mi corazón de una manera divina.

¿Quién no ha soñado, quién no ha creído, quién no ha amado como yo soñé, creí y amé entonces? Mi corazón perdió toda su altivez y su rudeza: las ideas sombrías y los sentimientos uraños se desvanecieron; la ambición voló, y el amor que Magdalena me inspiraba me reconciliaba con el cielo y me hacía ver hermoso el mundo.

La alegoría de una mujer hermosa domesticando un león hasta po-

der cortarle las uñas, y que en retablos de esquisito gusto he visto en algunos salones de Bogotá, es una idea que la sociedad no debería olvidar. El amor haría ceder á aquellos caracteres que el rigor no hace más que irritar; y estoy seguro de que todo hombre atraído por la dulzura, la suavidad y el cariño á nobles y generosos sentimientos, se detendría, si hubiera tomado un camino extraviado. Para mí no hubo después ni días enojosos ni noches largas; Magdalena era el recreo de mi eterno pensamiento y el objeto único de mis sueños. Verla, oírla de lejos tocar el piano y adorarla en silencio, era mi ambición, mi dicha y mi esperanza. La mirada fija en el balcón donde debía aparecer, el oído atento á la primera nota de música que resonara, y siguiendo su vida con el pensamiento, del tal manera que la acompañaba á todas horas, á su costura, á su tocador y al lugar de sus oraciones, pasé largos meses feliz en mi ilusión.

Un día su mirada se cruzó con la mía, y temblé; otro día la orla de su vestido se rozó conmigo á su paso, y un extremecimiento magnético conmovió todo mi ser; por fin creí adivinar una sonrisa en su boca hechicera, y la ventura de los ángeles inundó mi corazón.

Magdalena me amó ! Sí, me amó ! Así me lo contaron sus miradas, en las cuales se reflejaba el fuego de las mías; así me lo decían sus sonrisas inefables, así me lo anunció mi corazón, mi corazón, que nunca se ha engañado, y que palpitaba en armonía con su dulce, tierno y sencillo corazón.

Cuando ella me abrió la puerta de oro que lleva á la felicidad, era yo un hombre nuevo que había quemado en la hoguera de su amor mis pasadas memorias y las antiguas prevenciones, y que miraba lleno de luz y hermoso el porvenir.

¿ Quién era yo entonces ?

Un hombre bueno, nacido para amar ; igual á Magdalena en vigor y juventud, y de quien ella iba á recibir una adoración perpétua y toda la felicidad que puede dar un amante lleno de entusiasmo, de fervor, de cariño y de ternura á la mujer querida.

Nuestro amor permaneció oculto ; ¿ porqué ? ¿ Había algo en el cielo que pudiese apartar nuestros destinos ? ¿ Qué podría ser cualquiera valla de la tierra ante mi inmenso amor ?

Abrí entonces en Bogotá una escuela de primeras letras para niños ; y en aquella época el cargo de director de la juventud se miraba tan mal, que era hasta ridículo, y no dejó de costarme algún sacrificio resignarme á que Magdalena supiese que era maestro de escuela. Todavía la ilustrada sociedad honra el magisterio y la preocupación social lo escarnece ; pero

el problema social se está resolviendo en favor de la ilustración, y en adelante nadie, por noble que sea, tendrá vergüenza de enseñar.

Mucho tiempo pasará antes de que el trabajo conquiste sus fueros de nobleza; tan arraigadas fueron las preocupaciones contra él. Todavía un joven que es admitido en los primeros salones, no se avergüenza si es sorprendido en una casa de juego, pero por nada en el mundo iría á sentarse en la plaza pública á vender alimentos por menor; por nada en el mundo llevaría su caballo de diestro, y por nada en el mundo se ocuparía de un trabajo mecánico. Las *profesiones liberales* son pocas, las *bellas artes* no son productivas, y las familias decentes no quieren que sus hijos aprendan *un oficio;* esta es la causa porqué entre mis compañeros de vicios, entre mis cómplices y amigos, he encontrado siempre un gran número de jovenes decentes desgraciados, lanzados al crimen por la miseria y la preocupación social; y la sociedad y las familias no se creen responsables!

Tenía el más vivo deseo de enseñar, rompiendo los métodos absurdos practicados hasta entonces; pero yo tampoco sabía otros, y mi escuela se convirtió en un laberinto que yo mismo no podía entender. Además, atacaba en mis lecciones algunas preocupaciones sociales con suma imprudencia, y esto alarmó la conciencia de los padres de familia, quienes me retiraron todos sus niños.

Así fracasó mi primera especulación.

Mis sueños de rosa halagaban, no obstante, la existencia; pues hay una vida mística é ideal enteramente distinta de la material, que lleva al hombre al paraíso ó al infierno, sin más que tocar su corazón con esa vara mágica que se llama amor. El amor debe de ser la esencia que en cálices de oro beben los bienaventurados, de la que se derraman algunas gotas al mundo para consuelo de la especie humana, pero de las que algunas también llegan envenenadas por los ángeles que se quedaron entre el cielo y el infierno después de la rebelión contra Dios.

Entonces yo era feliz, y quise hacer una peregrinación á los lugares en donde había nacido, y á recoger los huesos de mi madre. Ella había muerto mientras yo estaba en el colegio, sin que nadie lo advirtiese ni hubiera quien la llorase. Su hijo lo ignoró por mucho tiempo: quizá por compasión se lo ocultaron; pero hay dolores que no se deben ahorrar á los hombres, porque ellos pueden traerlos al sendero del bien. Su memoria querida ha quedado en mi corazón como un templo que se ha cerrado en las horas del crimen, pero en el que he rendido culto siempre que he ejecutado alguna buena acción.

Fuí allí con todo el fervor de un verdadero peregrino. Cuántas emo-

ciones imprevistas experimenté! Llegado á media legua de distancia del trapiche, fuí reconociendo todos los objetos que me habían sido queridos, y saludándolos como si fuesen antiguos y no olvidados amigos; contemplé esas montañas que antes había mirado por horas enteras, esos valles, esos bosques cubiertos de un leve vapor ligero, qne atraían mis pasos y despertaban mis recuerdos. En fin, llegué á la estancia; ¡qué desolación, qué cambio se había efectuado! El cultivo había desaparecido y por donde quiera el bosque había invadido el terreno: la ramada del trapiche se había caído, y sólo quedaban algunos estantillos que marcaban el lugar donde había estado. Nuestra casa estaba solitaria, y, como empujada por el tiempo, se había ido de lado, y una parte del empajado daba contra el suelo; por todas partes reinaban un silencio sombrío y una desolación aterradora. No quedaban más que el naranjo cubierto de parásitas, y la limpia quebrada que murmuraba como siempre, y á cuya orilla me senté como buscando á alguien que me reconociese. Mi corazón estaba oprimido, y sin embargo quise entrar en la casa arruinada para apurar el cáliz de mi agonía: cada paso que daba en la desierta y silenciosa morada me traía un recuerdo de la niñez; mas de repente oí un ruido sobre las hojas de palma que estaban regadas por el suelo, me sobresalté, volví la cabeza y vi una serpiente que había hecho allí su nido, y que, despertándose con mi entrada, se desenvolvía perezosa.

Este era el huésped que salía á recibirme en el lugar donde vi la primera luz.

Por la tarde fuí al cementerio del pueblo á visitar la huesa de mi madre. Una cruz, decía yo, quizá su nombre, me la ha de señalar. Nada! Había sido enterrada, y nadie había cuidado de señalar el lugar de su descanso. Nadie había sembrado una flor ni rezado una oración sobre su fosa.

Postrándome sobre la tierra que en común contenía los despojos de los pobres, lloré mucho: últimas lágrimas piadosas derramadas en mi vida; y oré por el alma de mi madre: último acto de fe, de piedad, y de amor que ejecutaba en mi vida.

....

Hoy han tenido lugar los alegatos en el tribunal, mi abogado ha estado frío, débil en los razonamientos y...... estúpido. Yo tomé la palabra: estaba seguro de que iba á ser elocuente, magnífico, arrebatador; de que los jueces se conmoverían y de que el auditorio, entusiasmado, pediría mi absolu-

ción ; pero todo lo que yo creía que iba á producir un magnífico efecto, fué pálido; mi ternura estuvo ridícula; y al fin, atolondrado, habiendo olvidado el hilo del discurso, fuí enojoso. Esto contribuirá á mi condenación : tal es la suerte de la humanidad.

Si yo hubiera estado elocuente, el público se habría interesado por mí; como estuve desgraciado, me dejará morir. En el circo romano las matronas pedían la gracia del gladiador que caía herido con gallardía, y dejaban matar al que desfallecía torpemente. No ha adelantado mucho la tragedia, lo que ha cambiado es el teatro.

Conozco que la sociedad está abiertamente prevenida contra mí, y que mi muerte se pide como una reparación indispensable para calmar el alarma que ha reinado. Vencísteis, Galileo ! Vencísteis, sociedad, en la guerra que hacía tanto tiempo llevábamos ! Ah ! Ardo de furor ! Quisiera poder colocar en mi lugar á todos los que piden mi muerte, para que así juzgaran de la justicia.

Sigo mis memorias.

La circunstancia de llegar de la capital recientemente, y quizá cierta arrogancia natural que tenía al expresarme, empezaron por darme reputación en el Socorro como abogado, y no me hubiera sido difícil ganar allí una fortuna, después de algunos años y con un trabajo asiduo y constante; pero Magdalena vivía en mi corazón, y me arrastró á Bogotá apenas había ganado una modesta suma.

Es preciso confesar que después de tantos años pasados en la capital, la vida del pueblo me pareció intolerable : no podía soportar la rudeza de los modales de los lugareños y llegué á concebir en mi mente que era mejor una vida de miseria en Bogotá, que de comodidades en un pueblo.

Si esto sentí yo, que de la sociedad de Bogotá no había saboreado los goces, ¿ qué sucederá á los jóvenes que concurren al teatro, que asisten á bailes, que llevan una vida espléndida mientras estudian, y que luégo van á su pueblo á vivir en la soledad, á tratar con sus padres rústicos é ignorantes ?

Este es un grave mal que produce la educación larga y esmerada que se da en Bogotá ; y esto explica también la aglomeración de hombres inteligentes de las provincias en Bogotá, hombres que allí pudieran llevar una vida honorable y util, y que aquí, después de que consumen sus recursos, viven del juego, de la estafa y del robo, porque no hay otros medios de subsistencia; pues el que ha estado en Bogotá de joven, no puede resignarse á vivir después en un pueblo.

Volví á la capital lleno de ilusiones y de esperanzas, dominado por el dulce amor de Magdalena, y seguro de poseerla. A mi aproximación á la ciudad, por las majestuosas torres que de lejos se divisan, calculaba el lugar donde ella moraba, y me parecía verla voluptuosa y gentil, adivinando la hora de mi llegada y esperándome en el balcón para recibirme con una de esas sonrisas que le había robado al cielo.

Llegué de noche, espié su casa como un ladrón, procurando adivinar todos los ruidos y creyendo que sentía sus pasos sobre el blando alfombrado del salón; y no me retiré hasta que dentro de la casa reinaban ya el mayor silencio y la más completa oscuridad.

Al día siguiente volví á mi querida celda y estuve en la ventana en acecho todo el día, pero ella no se mostró hasta las cuatro de la tarde, cuando salió á paseo con su madre. Pero pasó sin volver á mirar hacia la ventana, y sin que el fuego magnético de mi mirada le indicase que allí estaba yo. No sé porqué esto me afligió profundamente.

Al anochecer volvió; un caballero le daba el brazo á ella, y otro caballero á su madre. ¿Quién era el que la acompañaba? Sentí celos. ¿No podía ser un amigo de la casa, un pariente, un simple conocido?

Pasé una noche horrible: una nueva y volcánica pasión ardía en mi corazón; y á la imagen de Magdalena la rodeaba ya, no una aureola de luz, sino un círculo de sangre.

El corazón del hombre es un amigo leal que le advierte con repentino é infalible instinto el mal que le amenaza ó el bien que debe esperar, la acción que lo ennoblece ó el delito que lo deshonra; pero ciego el hombre, ni oye sus avisos, ni sigue sus consejos, ni llama en su auxilio la razón: y la razón sólo le sirve, como la serpiente, para engañar á Eva, para hacerle concebir quiméricas esperanzas ó para disculpar con mentidas frases el horror del delito.

Mi corazón no me engañaba: Magdalena, en mi ausencia, había aceptado los obsequios de un caballero antioqueño, joven como yo; pero él, rico, deslumbraba á Magdalena con fiestas, bailes y paseos; yo, pobre, sólo podía ofrecerle el caudal inmenso de mi sincero amor.

.El golpe fué terrible y yo desfallecía; pero luégo dije: ¿qué tiene él que yo no tenga? Oro. ¿Qué tiene él para arrebatarme la mujer que yo he amado? Oro. ¿Qué tiene él para poseer una mujer que es mía porque ella me ha dado las primicias de su corazón? Oro. Pues bien, yo también tendré oro.

Reuní los pocos fondos que había traído del Socorro y fuí á un lugar de donde podía sacar oro con sólo un golpe de la suerte.

Llegué á la esquina de San Juan de Dics y doblé á la derecha: un farol puesto en el interior del zaguán me señaló la casa de juego. Entré temblando, atravesé el largo y oscuro corredor y me detuve en la puerta de un salón iluminado : antes de franquear el maldito umbral me paré y observé por un rato.

Una lámpara colgada en alto y cubierta por una pantalla que impedía que la luz se difundiera en el salón, iluminaba vivamente á un círculo de hombres que estaban alrededor de una mesa, cubierta con una carpeta verde, sobre la cual estaban trazadas unas líneas blancas y misteriosas. Al frente un hombre flaco, descarnado, amarillento, de facciones secas, con una sonrisa estereotipada siempre en los labios, y que tenía la vida concentrada en la mirada : era el sacerdote de la suerte, el que tiraba el dado y el que recogía el oro que los otros ofrecían, ó les daba algo de los montones que tetenía al frente.

En torno de él había veinte ó veinticinco hombres de diversas edades, como atraídos por un imán infernal, con la mirada fija en los dados; y luégo, repentinamente animados de diversas pasiones, vi á los unos reírse con estrépito, á los otros retorcerse como unos energúmenos, morderse las uñas y blasfemar contra Dios y sus santos. Pero todos revelando feroces, implacables sentimientos, gozándose los unos en la pérdida de los otros, y éstos llenos de envidia y de rencor por la fortuna de los gananciosos.

Jugaban monte-dado.

Jamás me había parecido la humanidad tan odiosa; pero yo no iba á hacer observaciones morales, sino á jugar. Seguí adelante, ocupé un puesto vacío y presenté como ofrenda, con la mano temblorosa y sin atreverme á respirar, la mitad de lo que llevaba. El dado corrió para todos y para mí fué adverso; el tallador recogió mi apunte, y el corazón se me heló.

La emoción me embargó por algunos instantes y me puse á ver correr el dado para uno y otro lado con la mayor atención; pero estúpidamente, sin saber lo que hacía, hasta que al cuarto de hora me resolví á exponer todo lo que me quedaba y lo puse en una sola parada. El tallador entonces, tomando de su oro unas tantas onzas, me las tiró de manera que fueron quedando una en pos de otra, y contando dijo: veinticinco onzas. La sangre se agolpó á la cabeza, los oídos me zumbaron, sentí vértigo y apenas tuve fuerzas para recoger mi ganancia.

Seguí jugando toda la noche: unas apuestas las ganaba, otras las perdía, y mi corazón estuvo como un buque agitado por recia tempestad, tan pronto levantado por las olas hasta el cielo, tan pronto lanzado en un

abismo; pero al acabarse la sesión, yo era poseedor de una fortuna veinte veces mayor que la que había traído.

Después supe que era regla del juego que á los novicios los protegía la suerte.

¡ Imbéciles los que trabajan para acumular una fortuna lentamente, decía yo al retirarme de la mesa, cuando el juego la da con tanta facilidad!

Feliz con mi ganancia, fuí tarde de la noche al portón de la casa de Magdalena, sacudí las mochilas, creyendo que el tañido del oro había de llegar hasta su lecho, y grité como un insensato: "Magdalena, serás mia porque empiezo á ser rico."

Hasta aquel día había sido sobriamente económico, pero entonces me volví pródigo. Era tan fácil adquirir fortuna y tan sabroso disfrutarla! Compré donde el *chapetón Rodríguez*, el primer taller en aquella época, una ancha y elegante capa azul con vueltas de terciopelo lacre y piel blanca en el cuello; un sombrero de pelo de última moda, y todo lo necesario para ser un *cachaco de pro*, como se decía entonces; compré caballo para pasear por las tardes; fuí á comer á la fonda, y adquirí relaciones con los más famosos calaveras de Bogotá.

Entonces tuve amigos y ellos me contaron que B..., que tanto ruido hacía en Bogotá, había sido un empleado pobre en Tunja, á quien el juego había levantado hasta esa altura: que el joven que pretendía á la muchacha más bonita de la ciudad y á quien ella daba públicas manifestaciones de amor, había venido de Medellín de sirviente, y el juego lo había ennoblecido; que H..., hombre público á quien todos atendían, vivía del juego; y que G, potentado que gastaba como un lord, no era más que un jugador.

Y la sociedad que permite las casas de juego y que acata á los jugadores, se sorprende después de que haya crimenes!

Lo que yo había ganado al juego no era más que la base de lo que debía adquirir para poseer á Magdalena. Nadie más asiduo que yo desde entonces á la casa de juego: era el primero que llegaba y el último que se retiraba. Ay! y con fortuna varia duré por seis meses jugando, al cabo de los cuales consumí el último peso de la riqueza adquirida. Entonces me desesperé.

Las emociones del juego habían llegado á ser una necesidad de mi alma, á la que no me era dado renunciar, como á los acostumbrados á los licores fuertes no les es dado renunciar, sin morir, á esas excitaciones violentas.

A poco tiempo, ya no sólo el deseo de poseer á Magdalena me llevaba á esos antros infernales, sino el amor al juego; y estudio, ciencia, gloria, placeres y virtud, todo me pareció insípido.

Como era natural, Magdalena, entre un hombre pobre y vicioso y un honrado caballero, escogió al segundo: pero al hacerlo cavó para mí el abismo del crimen, en donde al fin me he hundido!

Hay un dolor que arranca del corazón todos los nobles instintos, como al caer el guayacán arranca con sus raíces toda la tierra á que estaba sujeto: este dolor es el que se experimenta con la pérdida de la mujer á quien se ama, pues con ella se pierden todas las ilusiones, todas las creencias y todos los afectos que ligaban á la sociedad.

Desde entonces para mí las mujeres fueron pérfidas, interesadas, mercenarias, los hombres egoistas, y la sociedad infame. Los nobles estímulos habían desaparecido para mí; sentía pesar al ver á los demás felices, y amargura cuando los veía desgraciados no pudiendo aliviarlos; y mi vida se hizo insoportable.

Fuí nombrado *abogado de pobres* de la ciudad, y empecé á desempeñar mi encargo con celo, pues sentía placer en salvar á los infelices que desgraciadamente eran inculpados, y á quienes la sociedad dejaba abandonados por mucho tiempo en las prisiones y lejos de su hogar y su familia, contentándose con decirles al cabo de seis meses de sufrimientos y de miseria: «Os absuelvo porque sois inocentes.»

Mi voz, impotente ahora para salvarme, resonó entonces con desusada elocuencia en el foro y recogí muchos triunfos, pero triunfos sin laureles y sin ruido, porque los pobres á quienes yo salvaba no eran conocidos, y porque el público nunca sabe si la turba que vive en las prisiones es inocente ó es culpable, y si el que ha sido procesado vuelve á su hogar ó arrastra luégo la carlanca del presidiario por las calles.

Este silencio que se guardaba sobre mis triunfos en favor de la inocencia; esa absoluta ignorancia de la sociedad sobre la suerte de los criminales; esa mezcla en que viven en las prisiones, confundidos inocentes y criminales, sin que nadie más que el juez los pueda distinguir, me inspiraron un mal pensamiento: el de defender también á los criminales, y quitar así de las garras de la sociedad dormida á los que ella quería castigar.

Demasiado talento tenía yo y bastante había sufrido para no hacerme astutas reflexiones que velaran ante mi propia conciencia el mal de mis procedimientos, y estos argumentos llegaron al fin á extraviar mi mente, justificándolos en las diversas ocasiones en que fuí defensor.

Qué! me decía yo, la sociedad está tan bien organizada que se cree con derecho para ser implacable contra el que en algo falta á esa organización? ¿Ha hecho la sociedad bastante para evitar que este hombre haya faltado? ¿Lo ha educado, enseñado y dado las nociones necesarias sobre

el bien y el mal ? ¿ No le ha puesto ella misma de un lado los goces y el delito, y del otro los sufrimientos y la honradez ? Y ¿ ese *Código penal*, no dice el pueblo que es un mastín que sólo muerde á los de ruana ? ¿ La injusta severidad de sus penas no justifica los esfuerzos que se hagan para que esa crueldad no pese sobre algunos infelices ? ¿ Los grandes criminales, los que roban la honra de un padre, los que pervierten la inocencia, los que explotan el tesoro público, los que venden las sentencias, no quedan impunidos ? ¿No hay una parcialidad injustificable en el sólo castigo de los delincuentes pobres ?

Con estos razonamientos me había erigido locamente en árbitro de la justicia de la sociedad y de la suerte de los delincuentes, sin atender más que á mi juicio ; y por honradas que hubieran sido mis intenciones, me habría extraviado, como se extravían todos los hombres que ejercen un poder sin más regla que su voluntad y sin más sanción que su conciencia.

Mi reputación crecía : jamás los pobres habían sido tan bien defendidos. Mi energía hacía contraste con la inercia y apatía del fiscal; y tras la defensa de los pobres me vinieron otras por las que gané honorario, y algunos pleitos civiles bien recompensados. Pero todo esto era nada para el que había tenido en sus manos una gran fortuna; y buscando de nuevo esa fortuna iba todas las noches á enterrar en el juego lo que había ganado durante el día.

Presentóse una noche en mi casa de habitación un joven bien parecido, de buenos modales y de aire distinguido, y después de haberse asegurado de que no había nadie en la habitación y de haberme exigido una absoluta reserva, sacando una mochila de dinero de debajo de la capa, me dijo :

—Ahí tiene usted cien pesos.

—Para qué ?

—Para que usted me defienda.

—De qué ?

—Del robo de mil pesos que acabo de cometer y por el que seré preso mañana precisamente.

—No; yo no lo defiendo á usted. Aun es tiempo de que se salve. Vaya devuelva usted ese dinero.

—Eso no. Si usted no quiere defenderme, habrá otro que lo haga; pero ir á devolver el dinero, sería quedarme con el pecado y sin el género.

—Piénselo usted bien.

—Pensado lo tengo desde que cometí el robo. Lo que hay es que yo

no preveía que al salir me encontrasen algunas personas de la casa, y esto va á hacer caer sobre mí las sospechas.

—¿Es el primer robo que usted comete?

—Basta, padre confesor. Me voy; le dejo la mitad de la suma porque guarde siquiera silencio; si se resuelve le daré la otra mitad.

Yo quedé pensativo, mirando la mochila de dinero que el joven había dejado sobre la mesa y reflexionando en lo singular de mi situación. ¿Por qué he de denunciar, decía yo, á este joven que ha confiado en mí? ¿No sería una traición? Si voy á devolver este dinero, ¿no me preguntarán por el resto, y no estaré obligado á una denuncia? Entretanto llegaba la hora de ir á la casa de juego, no tenía dinero y sentía una desazón y una inquietud que sólo los jugadores pueden conocer. Con una buena parada duplico este dinero, pensaba yo: con tres gano mil pesos y salvo á ese joven devolviendo el dinero; y si la fortuna me sopla, soy rico. ¡Providencia mía, exclamé, al fin me enviaste la fortuna! Y tomando la mochila me fuí á enterrarla á la casa de juego.

Hoy he sabido que mi pobre mujer empeora, quizá á causa de los sufrimientos y de la falta de recursos. Ha sido siempre buena conmigo, cree en mi inocencia, y es bien seguro que no sobrevivirá á mi muerte en el banquillo. Si al menos se le pudiese ahorrar este último dolor!

Voy á contar la historia de mi matrimonio, porque si la vergüenza de mis delitos ha de recaer sobre mis hijos, que la memoria de su madre, mujer del pueblo, buena y virtuosa, les dé aliento para seguir en el camino del bien.

Los sufrimientos morales después de la pérdida de mi fortuna improvisada, la miseria á que quedé reducido, habiendo ya adquirido hábitos de comodidad y hasta de lujo, y la terrible caída que había dado desde el altar de mis ilusiones hasta la dura realidad, me enfermaron gravemente, y me postraron en cama en una pequeña casa de las Nieves, donde me había refugiado, no teniendo ni un criado ni recursos.

Una pobre joven costurera, que allí tenía también una pieza arrendada y que vivía siempre contenta, se encargó de cuidarme, y lo hizo como podría hacerlo una Hermana de la caridad, con eficacia, con celo y con abnegación. Trabajaba durante el día al lado de mi cama, adivinando mis deseos y previendo mis necesidades; iba á vender sus costuras, y de lo que ganaba apartaba algo para destinarlo á los medicamentos; por la noche velaba constantemente; y á sus cuidados asiduos é infatigables y á su admirable consagración debí la salud.

Cuando me repuse,ví que me atendía como á un niño, satisfacía mis caprichos, me impedía hacer algo que pudiera dañarme, y con el mayor esmero preparaba los alimentos, regañándome cuando estaba sombrío y pensativo, ó cuando no seguía las prescripciones del médico.

¿Qué podía hacer yo para recompensar la virtud y el desinterés de esta mujer? Ofrecíle mi mano, y ella, avergonzada, la rechazó como un honor que no merecía alcanzar.

Oh! sociedad, decía yo, Magdalena la señorita no me aceptó siendo joven, virtuoso y alentado, y esta otra mujer, buena también, se cree honrada con aceptar á un hombre perdido ya y enfermo!

Esta reflexión no era justa, ahora lo conozco: la falta no estuvo en la sociedad, sino en mi orgullo, en mi presunción, que me hizo aspirar á más de lo que podía alcanzar, mientras que si yo hubiese buscado una esposa modesta, oscura y digna, no habría comenzado jamás la carrera del crimen ó no la habría empezado tan aprisa.

Hice á Margarita mi esposa; así se llamaba esta encantadora y dulce criatura; y habría sido feliz si mi corazón no hubiera estado ya agangrenado, si no hubiese estado ya encenagado en ese inmundo piélago de vicios, del que no he salido sino para venir á la prisión y salir de aquí al ban...quillo.

Mi esposa me ha dado dos hijos, á quienes quiero mucho, pues el delito no alcanza á borrar los sentimientos que la naturaleza engendra como un consuelo para los débiles, como un placer para los fuertes.

Lo que he sentido por mi esposa ha sido una mezcla de cariño y reconocimiento que no ha traído á nuestro hogar ni una tempestad ni una hora de disgusto. Mi mujer me ha amado con mis defectos, con mis vicios, que no le ha sido dado dominar, echando sobre ellos el velo del amor para no verlos, y dejando sólo á la sociedad que los juzgue y los castigue; por eso lo que en un principio fué sólo gratitud en mi corazón, ha venido á convertirse en entrañable afecto.

¡Pobre mujer! si alcanzas á sobrevivirme, si tu enfermedad no te lleva á la tumba antes que los hombres á mí al patíbulo, á tí te dejaré mis Memorias y aquí encontrarás manchado el papel con una lágrima.

....

El fallo del Tribunal debe de estar ya puesto. ¿Qué contendrá? ¡La mu...erte! Ay! ¡Quién hubiera tenido un momento de reflexión al cometer el delito! ¡Porqué no tuve delante de mí la imagen terrible del castigo!

Del día en que me notifiquen la sentencia al día de la eje...cu...ción, será muy breve el tiempo y he prometido escribir mis Memorias; concluiré.

El joven ladrón fué defendido por mí y absuelto ; y desde entonces se establecieron entre los dos íntimas relaciones, que el vicio encadenaba y que me llevaron como en un torbellino, de delito en delito, hasta llegar á esa compañía de hombres que, odiados por la sociedad, perseguidos por la justicia, avezados al crimen y sedientos de oro, nada respetaron y llenaron de espanto á las familias y de consternación á la sociedad de Bogotá.

Ya no me es dado declinar la responsabilidad de sus hechos, porque ellos, como yo, van á ser condenados á muerte, y esto sería una cobardía de mi parte. Mi complicidad aparece de los autos, y si jamás los seguí en la ejecución misma del delito, graves cargos pesan sobre mi conciencia.

La sociedad, en alarma constante, no vivía. Nosotros, espiados, vigilados, seguidos por todas partes, en donde quiera veíamos un peligro, y un enemigo en todo el que se nos acercaba. Se difunde un rumor de que estamos vendidos, de que hay entre nosotros un espía; las sospechas se aumentan y la evidencia me convence de que....... el joven á quien yo había defendido y el que me había llevado al precipicio nos iba á entregar. El miedo, la cólera, el poder del infierno armaron mi brazo, y para salvarme y para salvar á mis compañeros, lo maté!...... Ay! Terrible poder el que arrastra al hombre del vicio al delito y del delito al crimen !

Es preciso que yo escape por cualquier parte, de cualquier manera: el tiempo urge, no creía que pasara tan pronto ! Ah ! si lograra evadirme, cómo correría ! Cuánta felicidad al respirar el aire libre ! Con qué velocidad llegaría á Monserrate! desde allí echaría una mirada sobre la infame ciudad, y sin detenerme me perdería en los páramos, y por la noche emprendería mi fuga para Venezuela, donde con otro nombre y otra vida me haría querer de todos, llamaría á mis hijos y sería feliz ! Ah ! desgraciado soñador, siempre te estrellaste contra la dura realidad ! ¡ Rompe ahora este muro de piedra !

El hombre debería vivir en los cementerios y no buscar otra profesión que la de enterrador, para tener siempre fija la idea de la muerte, y que á la hora llegada no le causara tanto espanto. Inútil sería esto también. Hace doce días que estoy encerrado en este calabozo, sin espacio para menearme,

sin horizonte para distraerme y sin pensar más que en la muerte; y hoy me asusta más que el primer día.

¿Cómo no me he vuelto loco? Gracias al láudano que me adormece gran parte de la noche; pero ¡ay! qué horribles son los sueños! Siempre el mismo pensamiento medroso bajo diversas formas, mezclándose á todo y llenándome de terror. El láudano se está agotando, y tengo que pedir más. En todo caso... la muerte voluntaria.

....

¡Perdí toda esperanza!

Hoy á las doce del día y con una solemnidad aterradora me han notificado la sentencia confirmatoria del Tribunal ¡á muerte!

Temblé al ver entrar al Ministro y á su Secretario; después sentí vértigo; oí la larga sentencia con una atención extrema, pero nada comprendí; mi imaginación, mi inteligencia, mi alma estaban en otra parte, hasta que llegaron á la palabra ¡muerte! que me sacó del estupor; luégo, como un demente, he firmado lo que han querido. Cerré los ojos con horror y he visto todo ya claro.

Hasta que me notificaron la sentencia podía respirar como todos, mi corazón palpitaba, vivía como los demás hombres; ahora no veo en mí más que un cadáver que se mueve aún por algunos instantes, y siento el frío que debe de hacer en la tumba.

Pero ¿es esto posible? ¡Hombres á quienes no he hecho mal, que no me aborrecen, me condenan á muerte! ¡Maldita sea la humanidad tan indolente ó tan perversa!

....

Al acabar las líneas anteriores se presentó un clérigo; no pudo venir en peor hora: vino á interesarse por mi alma, ¿porqué no se interesa por mi vida? ¿Porqué no se vale de su influencia para que no me maten? Es el canónigo Herrán, á quien todos respetan mucho por su caridad y su dulzura; pero ahora no necesito de buenas palabras, lo que quiero es que no me maten. Me ha impresionado una cosa: llamóme su hijo, y me abrazó con ternura. Desde que me separé de mi madre nadie me había vuelto á llamar hijo, y esto me ha afectado. El acompañamiento de un clérigo es indispensable para que las ejecuciones tengan un aspecto teatral é imponente, y por esto, sin duda, él ha venido; pero ¿qué motivo especial ha tenido este canónigo para escoger tan triste oficio, pudiendo dejárselo á cualquier otro padre? ¿Será en verdad un hombre bueno? Quizás he hecho mal en reci-

birlo con dureza. El, sin embargo, no ha hecho caso de mis palabras, me ha tomado las manos entre las suyas y á cada repulsa mía ha contestado con alguna palabra cariñosa. Viendo mi irrevocable resolución de no atenderlo, y que estaba colérico, se ha retirado, abrazándome de nuevo, y ha llorado. ¿ Es posible esto ? ¿ Hasta allá llega la comedia humana ? Este hombre tiene una manera de decir las cosas, que no parecen aprendidas, y no ha gastado conmigo su elocuencia. Quisiera tener un amigo así, como este clérigo, con quien desahogar mi corazón en estas horas terribles, pero que no fuese clérigo y que yo supiera que en efecto me quería.

De mis amigos ninguno ha venido á visitarme, quizá por no aumentar mi tristeza renovando su cariño al tiempo de una separación eterna. Eterna, sí, porque pronto habré de dejarlos para siempre y de dejar el mundo, la naturaleza, el sol, todo; y todo seguirá como cuando yo vivía, sin que un momento siquiera la naturaleza se vele, ni los hombres dejen sus afanes, su trabajo ó sus diversiones. ¡ Qué triste es la condición del hombre !

¿ Para qué arrancarlo del seno de la nada, y sin que él lo pida darle el funesto don de la existencia y volverlo á la nada á su pesar y contra su voluntad ? ¿ Qué misión llena el hombre en la obra de la creación, viviendo unos días y luégo desapareciendo ? Ah ! pero sea cual fuere esta misión, conforme á las reglas de la naturaleza el hombre muere agobiado por los años ó carcomido por las enfermedades, y á mí me matan lleno de robustez y de vigor. Esto es rebelarse contra lo que... Dios, sí, tengo necesidad de creerlo, Dios ha mandado. Sí, reconozco que Dios es el único árbitro de la vida y de la muerte, y que él sólo ha podido quitarme la mía. Los hombres que con todo su poder no pueden dar un soplo de vida, tampoco pueden extinguir á su voluntad el que ahora me anima.

Dios mio ! Dios mio! castiga á los sacrílegos que se han arrogado tu poder !

Pero ¿ cómo le hablo yo á Dios ? ¿ No he hecho yo lo mismo destruyendo una de sus criaturas ? Ah ! Ni á Dios, que es el último amparo de las desgraciados, puedo dirigirme para pedirle consuelo ni para exigirle venganza !

Siento haber matado á ese hombre, porque quisiera, estando inocente, tener de mi lado la razón, la justicia y la protección de Dios, para que el crimen que cometen conmigo apareciera horrible en la tierra y fuese condenado en el cielo; pero no siendo inocente, ¿ qué hago ? Resignarme. ¿ La resignación será aceptable á Dios ? Un esfuerzo para dominar mis pasiones en las últimas horas, llamar en mi auxilio la filosofía estoica, armarme del

valor que es propio del hombre, esto es resignarme, y esta resignación será quizás grata á Dios, y él estará de mi parte. No había pensado en esto.

Cada vez que el carcelero abre la puerta de mi calabozo, la multitud se agolpa curiosa como para ver una bestia rara y feroz. Esto me irrita mucho y prueba una gran perversidad en el corazón humano, pues hay entre ella muchos niños ansiosos de ver á un condenado á muerte. Quizás no es más que curiosidad, y como la sociedad no da de estos espectáculos con frecuencia, todos quieren saber qué hace, cómo anda y cómo respira un hombre dos días antes de morir. ¡ Dos días ! Cómo pasa el tiempo aun para los que lo tienen marcado en el reloj de la eternidad !

Parece que se han propuesto hacerme abandonar el pensamiento de resignarme, pues todos vienen á restregarme la herida y á mortificarme, como si fuese insensible, recordándome á cada instante y con mil fórmulas y pretextos que me van á matar.

Ha venido un pintor á sacar mi retrato. Este ha sido un nuevo insulto, y poco faltó para que le hiciera comprender al retratista que contra la pared del calabozo podía él dejar la vida unas horas antes que yo.

¿ No es lo mismo morir llevándose á un hombre por delante que á dos, ó tres, ó á mil ? ¿ Ha pensado en esto el legislador que ha impuesto la pena de muerte ?

Sin embargo, he tenido paciencia, porque repentinamente tuve esta idea : dejar á mis hijos mi retrato. Ellos me quieren, me querrán siempre, serán los primeros en perdonar mi delito, y deseo que renueven mi memoria cada vez que vean mi retrato. Su padre es un criminal, pero los ha amado tanto ! Que recuerden mi amor y olviden mi delito.

¿ No habría algún medio de aparecer á sus ojos purificado de mi crimen ? ¿ No habría algún bautizmo social que borrase de mi frente esta marca y de mi memoria esta mancha, para no transmitirla á mis hijos, como lo hay en la religión ? La religión. Es verdad, en la religión sí vale el arrepentimiento, y el hombre criminal, por malo que haya sido, puede adquirir los derechos del inocente. Ah ! la religión es más sabia que la sociedad: ahora lo comprendo por amor á mis hijos, y quisiera ...... que alguno viniese á descifrar, á explicarme lo que está pasando en mi mente. Todas estas reflexiones las hice mientras que tuve necesidad de permanecer quieto para que tomasen el retrato que voy á dejar á mis hijos. He querido poner algo tierno para ellos en el reverso del retrato, y nada se me ha ocurrido. Los grandes sentimientos no pueden expresarse, y yo quiero tanto á mis hijos. Después de pensar mucho, no me ha venido otra idea que

la de copiar un verso que aprendí en el colegio, compuesto por el republicano Roux, á quien también iban á matar, al dejar el retrato á sus hijos:

« Ne vous etonnez pas, objets chéris et doux,
Si quelque ombre sinistre obscurcit mon visage
Lors qu'un savant crayon dessinait mon image,
L' échafaud m'atendait et je songais á vous.»

Volvió el sacerdote, y no sé porqué, cuando la vista de todos me es insoportable,su entrada no me disgustó; sin duda porque todos vienen no por mí, sino por ellos ó por la sociedad, y este hombre viene á hacerme lo que él cree un bien: todos vienen indiferentes á recordarme lo que me va á apartar de la vida, y en él he encontrado un asidero en mi desesperación ; en fin, aunque haya sido una debilidad, su entrada la miré como un consuelo.

Me ha abrazado nuevamente ¡ cuánto le he agradecido su cariño! En estos momentos tengo necesidad de amor, de cariño, de ternura, de alguna efusión para mi alma abatida. Le he hecho muchas preguntas lleno de ansiedad, y á ninguna me ha contestado sino con frases como éstas: « Hijo mío, Dios es muy misericordioso. Dios es el padre de todos. Cristo vino al mundo para los buenos y para los malos. Nada hay imposible á los ojos de Dios.» Pero cuando le hablé de mi mujer y de mis hijos lloró conmigo: estas lágrimas no eran fingidas ; después me estrechó contra su corazón y me contestó: « Le juro á usted adoptar en el nombre de Jesucristo sus hijos por hijos míos y consolar á su esposa ; pero hágase usted digno de que yo pueda hablarles frecuentemente de usted, contándoles que murió como cristiano, y que su delito, perdonado por Dios, no se ha transmitido con su memoria.»

La emoción me ahogó, y el buen sacerdote me dejó un rato solo, para que pudiera reponerme, recomendándome la lectura de algunos libros que dejó sobre mi cama.

« El Kémpis.» He leído dos horas sin poder fijarme bien en este filósofo cristiano, pero ha dejado viva en mi mente esta imagen: la vida es siempre breve ; la muerte es un rápido tránsito que no debe inspirar horror, y la verdadera vida nos aguarda en el acto, inmediatamente que morimos, y que pasamos á nuestra patria, que es el cielo. Siento alivio. No quiero que esta imagen se borre. Si ahora mismo me mataran, no tendría miedo. Esto es maravilloso!

Los otros libros me los ha dejado marcados en algunos pasajes ; voy á registrar.

San Gregorio Nacianceno: « Si toda la vida es brevísima, cuánto

más fugaz es este soplo de vida que ya empieza á extinguirse; y ¿qué sacrificio merece que le hagamos? ¿que nos valdrá el retraso de algunos días? Algunos males más que ver, que sentir, quizás que causar, para pagar después á la naturaleza la deuda común é inevitable.»

¡Cuánta verdad en la boca de un santo! Este hombre escribió para mí y desde cuántos siglos atrás adivinó mi desgraciada situación y que sus palabras vendrían á darme valor y consuelo. Bendito sea él, y bendito sea el sentimiento que inspiró sus palabras!

San Gerónimo: «Todos los días vemos morir á otros y nos creemos inmortales. ¡Insensatos, la muerte es la esperanza!

Basta. No leo más; quiero quedarme como estoy ahora. Mi alma estaba desolada como un inmenso arenal y le ha caído un rocío. Voy á dormir......

Al despertar encontré sentado sobre mi lecho, como un viejo amigo de colegio, al doctor Herrán, y su presencia no me sorprendió ni me alarmó. "Hace una hora, hijo mío, me dijo, que duermes, camina;" y sin dejarme preguntar á dónde, medio abrazado, medio arrastrado, me condujo á la capilla!

¡Qué tristeza! Es verdaderamente el camino para la tumba. Todo oscuro, un Cristo y una Dolorosa son mis compañeros.

«Este es nuestro Dios, me dijo á lo que entramos, que también fué condenado por los hombres; él comprende sus amarguras, porque también las sufrió: arrodíllese, hijo, y pídale perdón.» Un niño me habría postrado en tierra, y hubiera obedecido la voz de una mujer. Me arrodillé, él también, y repetí lo que él me fué enseñando, primero maquinalmente, después pensando en lo que pedía, y últimamente con fe.

Así hemos pasado mucho rato, y luégo, levantándome, me ha dicho: «No piense, hijo mío, en la muerte, piense en Dios y prepárese para recibir los sacramentos, que pronto vuelvo.»

Prodigioso poder el de la bondad! el doctor Herrán ha dominado mi corazón, ha subyugado mi inteligencia y me ha dado fe, sin que me haya convencido.

Todo está tranquilo en torno de mí, y qué calma tan profunda reina en mi alma! Te doy gracias, Dios mío, por concederme en estos últimos momentos valor y resignación!

Ya que voy á morir y muero resignado, porque la religión me ha acogido bajo su manto divino dándome la esperanza de la purificación ante mis hijos, voy á hacer mi confesión: que ella sirva de expiación á los que hayan de atravesar un sendero difícil.

«La ambición, el orgullo y la sed de oro me han llevado al patíbulo, único punto á que se llega cuando el hombre se deja arrastrar por sus instintos. Creerse el hombre llamado á magníficos destinos cuando la suerte común de la humanidad es vivir de trabajos, sólo sirve para hacer intolerable la vida y mirar con desdén los bienes que á todos concede la Providencia. Para todos hay un lugar digno en la sociedad, y renunciar á él por ambición, ó intentar trastornar las leyes que tienen la sanción de los siglos y que representan la armonía eterna del hombre con la sociedad, es una demencia, cuando no llega á ser un crimen.

No hay otra ambición legítima que la de hacer el bien á su familia, á su patria y á sus semejantes en el círculo que á cada uno le corresponde; y la enseñanza de la virtud y la práctica de los deberes es un campo inmenso abierto á la ambición de todos los hombres y en todas las condiciones de la vida.

En los libros que me ha traído mi confesor está *San Francisco de Sales*; en él he encontrado este pensamiento, que yo quisiera que todos recordaran en los momentos de suprema desesperación: «Volvamos la mirada abajo y veremos cuántos hay que sufren más que nosotros; volvámosla arriba y esperemos en Dios.»

El orgullo es una inclinación que nunca se reprime en los niños y que lleva al hombre á los mayores excesos, haciéndole creer que es digno de todos los honores y de todas las felicidades; irritándolo con las contrariedades, y haciéndole mirar como injusticias é iniquidades de la sociedad las reglas que tienden á mantenerlo en su estado y en la esfera que le corresponde. La humildad de que Cristo nos dió ejemplo, como lo dió de todo lo que es sublime, es una virtud eminentemente social y democrática, que tiende á nivelar á todos los hombres, porque ninguno ha de levantarse sobre sus hermanos ni alzado por la gloria, ni enaltecido por la inteligencia.

El amor del oro. Este es el vicio dominante de nuestro siglo: este es el cancro que devora las entrañas de nuestra sociedad, y que corrompe todos los sentimientos y vicia todas las inteligencias. Para muchos, como lo fué para mí, la riqueza representa los placeres, la dicha, el amor, los honores, las consideraciones; y buscar riquezas es la única misión, el único pensamiento y la única aspiración de su vida. Y en la difícil carrera que nos toca, queremos conseguir riquezas, no por el lícito y penoso medio del trabajo, sino pronto, rápidamente; porque la necesidad es premiosa, y vivas las exigencias; y todos los medios se hacen legítimos, y el juego, el fraude, la falsificación, el robo y el asesinato llegan á justificarse ante la imprescindible necesidad de hacerse rico.

La pena de muerte es cruel é inútil: la miramos siempre muy lejana y como dudosa, y su idea, que se aparta por importuna, nos hace concebir la felicidad sólo en el placer, sin recompensa para la virtud que sufre, y esto nos aparta de ella y nos lleva al delito.»

Esta es mi confesión, que presentaré, sin que me inspire vergüenza, al sacerdote cuando venga, y que si me fuese permitido haría también en público ; porque el sacrificio de revelarla debe también ser aceptable á Dios, cuando ella puede servir para detener al desgraciado en el primer paso hacia su perdición.

Solo, en presencia de la muerte, sin tener á quién dirigirme sino á Cristo, cuya imagen ensangrentada está á mi frente, sin tener á quién pedir amparo sino á la Virgen que llorando me acompaña, á ellos me acojo.

....

No escribo más, para apartar de mi mente toda idea del mundo. Orando ante su altar pasaré las horas de vida que me restan, y besando el crucifijo caminaré al banquillo.

Adios ! amable y buena esposa, que contaste las horas de nuestra unión por las amarguras que te dí!

Adios! hijos míos; la bendición de vuestro padre el ajusticiado puede cubriros, porque el cielo le ha concedido el purificarse por el arrepentimiento.

Adios, esposa mía ! Adios, mi dulce Enrique ! Adios, mi linda Soledad ! ¡ Adios ! ¡ Adios !

XLIV

EL MAROMERO.

Fué una vez un maromero
A las fiestas de Ibagué;
Un vejete majadero
Que en saltar de lo primero
Sin duda en sus tiempos fué.

Y hubo en las fiestas tal gozo,
Tanto humor, tal diversión,
Que en medio del alborozo
Les ofreció sin embozo
Dar de balde una función.

En una noche serena,
Bajo el pálido turquí,
Y estando la plaza llena,
Se les presentó en la escena
Vestido de carmesí.

Y al ver aquella figura
Saltar con gran rapidez,
Hubo entusiasmo y locura,
Y ¡ bravo ! gritaba el cura,
Y ¡ bravo ! gritaba el juez.

Pero á los pocos momentos
Se debieron de cansar
De verle hacer movimientos,
Y comenzaron violentos
A toserle y á silbar.

Y en la prueba más famosa,
El paso más sorprendente,
Le lanzaron de repente
Una pedrada espantosa
Y le dieron en la frente.

El hombre cayó rodando,
¡ Cómo iba á caer de pié !
Y el pueblo salió gritando :
¡ Qué feo ! feo ! y gozando
De las fiestas de Ibagué.

Así le pasa también
Al escritor liberal;
Bravo ! le gritan, muy bien !
Mas en cayéndose ¿ quién
Se apiadará de su mal ?

XLV

DOÑA JUSTA.

Hace pocos días que, estando en un baile de los muy escasos que se dan en Bogotá, vi entrar dos hermosas jovenes de frente cándida y de mirada pudorosa, que, avergonzadas con el rumor que su belleza produjo entre los *cachacos*, tomaron los primeros asientos que encontraron, quedando colocadas á uno y otro lado de un señora que, sin contestarles el tímido saludo que le hicieron, se levantó, llamó á sus hijas y salió del baile dando señas del más profundo desagrado. Esto causó alguna novedad en los que lo presenciamos, por un instante; pero luégo, entretenidos todos con las polkas y las redowas, se olvidaron del hecho; y los *cachacos*, encantados con las dos jovencitas, les hicieron, sin duda, olvidar el desaire recibido, pues luégo las vi radiantes de alegría y de inocencia.

Como las muchachas me parecieron divinas, traté de averiguar el origen de lo acaecido, temiendo saber que bajo su exterior casto encubrían una conducta licenciosa que mereciese un desaire semejante de una señora respetable, y pregunté á un amigo de esos que van á los bailes, no á bailar sino á observar, y que conocen á todo el mundo y la crónica secreta de todas las familias, lo que equivale á decir que es un Florez de Eucaris de la época.

—Esas muchachas, me dijo, son hijas de un pobre empleado de Hacienda, honradas y buenas, pero tan pobres, que con su aguja han ganado el vestido con que te parecen tan gentiles; pero como no pertenecen á la *crême de la crême*, Doña Justa no quiere estar donde están ellas, ni que sus hijas las traten.

—No seas necio, le repliqué, dime la verdad, y no andes con tonterías de aristocracia en Bogotá.

—No crees en la aristocracia de Bogotá? Pues mi amigo, de que la hay, la hay, y si es la más ridícula del mundo, también es cierto que es la más exigente.

Ciertas familias han formado un círculo aparte, exclusivo y tiránico, que desprecia y ultraja á las familias pobres, que tienen sus reuniones, sus bailes y sus costumbres, y que es dirigido por señoras como la que acaba de salir. Esta aristocracia, por supuesto, es sólo mujeril, por varias razones poderosas: la primera, porque sus miembros varones no pueden guardar el tono aristocrático con el Secretario ante quien se humillan para que dé valor á las rentas públicas, ni con el empleado á quien compran los sueldos, ni con el infeliz á quien dan plata á usura ó le compran su herencia; y segunda, porque los audaces *cachacos* asaltan todos los círculos, así limpios y pelados como andan siempre, y son los únicos que pueden amenizar las reuniones aristocráticas, de las cuales se burlan á sus anchas.

—Es que tú tienes en la cabeza los artículos de Balzac y de otros franceses contra la *bourgeoisie*, y quieres aplicarlos á nuestras costumbres.

—Tú eres el que confundes á las señoras bogotanas, que son dulces, tiernas, virtuosas, caritativas y santas, que aman á sus esposos, cuidan de sus hijos y son queridas en la sociedad por sus maneras francas, su aire sencillo y su cordialidad exquisita; las confundes, digo, con las de la *crême*, llenas de orgullo y vanidad, estériles para la virtud y exclusivistas en el trato social, de las que es tipo verdadero Doña Justa.

—Pero quiénes son esas damas que te tienen tan aterrado?

—Eso no se puede decir sin haber echado antes un trago y fumado un cigarro. Vamos al comedor, y mientras todos bailan, nosotros, que estamos ya rodillones, charlaremos.

Fuimos en efecto, tomamos un trago de madera, y bajo su inspiración me dijo mi amigo lo siguiente:

Doña Justa es una mujer que se encuentra en esa edad repugnante en que han desaparecido todos los encantos de la juventud y no se han adquirido los derechos que da la ancianidad; su título lo ha adquirido con sus esfuerzos, ó mejor dicho, se lo ha impuesto á la sociedad, y está tan poseída de él, que cuando en alguna perorata ó discurso se dice aquello de las damas romanas, inclina la cabeza para que no vean los tintes de rubor que aparecen en sus mejillas; y ¡ ay ! del que intentara disputárselo ó del que le negara sus derechos.

Creo que Doña Justa es viuda, ó si es casada, es con algún rico que sólo se ocupa en darle dinero y libre pasaporte, dejándole el dominio exclusivo de la familia, no teniendo en todo más voluntad que la de su esposa, y reservándose el derecho de acompañarla algunas veces á las reuniones de la aristocracia y de hacer las visitas que ella le previene.

Los derechos de Doña Justa son inmensos : su respetabilidad, su conocida piedad, su alta posición, hacen que todos los hombres la acaten y quieran merecer una atención de ella, y que las mujeres, aunque la detesten, la ponderen siempre y se hagan un honor de ser sus amigas. De tal manera es omnipotente, que no hay baile ni función que se quiera solemnizar sin la presencia de Doña Justa, que es invitada con instancia, ni acto público en el cual no tenga asiento de preferencia.

Doña Justa es una potencia sorda y secreta, pero irresistible; una especie de influencia omnipotente, como la de las monarquías, unida al orden de cosas presente. Para crearse este reino social, ella ha tenido que renunciar á todos los goces del mundo, encerrándose herméticamente en una importancia digna y fría.

Ella sola decide del grado de consideración que debe acordársele á una señora, ó sobre los méritos y virtudes de una señorita, y de la importancia de los hombres que la rodean.

Si en una familia se trata de casar á una señorita, se consulta, desde luégo, con Doña Justa, y ella decide de los méritos del novio y califica los grados de nobleza del pretendiente; y ¡ ay ! del que no haya mendigado su cariño, del que no haya reconocido su omnipotencia y acatado su influencia, porque de ese consejo sale moro, aunque sea hijo de Don Pastor Lozada; y si nó, es jugador; y si nó, es un *nadie;* palabra terrible con que aterra á la familia, viéndose ya deshonrada con la admisión de un miembro que merece este dictado de la respetable boca de Doña Justa ; en lo cual ella obra como las autoridades, que juzgan á un hombre por ladrón, y si sale absuelto, lo encausan por vago, y si prueba que tiene oficio y es trabajador, lo declaran pobre, lo que equivale á decir, fuera de la ley.

Viviendo Doña Justa en el seno de las comodidades y la opulencia, ignora y mira con indiferencia las desgracias y penalidades de los infelices, jamás su corazón ha sentido un movimiento de piedad, ni la compasión se ha abrigado en su pecho: nunca ha llevado el consuelo á una familia desolada ni dado un pan al hambriento. *Esa gente,* dice ella, nació para sufrir y para servir, y al compadecernos de ella no hacemos más que ponerla altiva é insolente. En cambio da suntuosas fiestas de iglesia, costea ruidosas vela-

ciones y forma ostentosas procesiones, en donde aparece con todo su orgullo y su vanidad.

Doña Justa es cruel y altiva, y sacia su crueldad en una infeliz criadita que lleva siempre detrás, con una enorme alfombra, para arrodillarse en la iglesia. Como la alfombra es más grande que la muchachita, la hace caer muchas veces, y ella la levanta de las orejas. En la iglesia la arrodilla delante, y cuando, cansada de las largas horas que pasa allí, se duerme ó quiere sentarse, la pellizca y la hace arrodillar de nuevo.

En la casa la tiene siempre junto para tener á mano en quién desfogar su atrabilis: la castiga por todo, la regaña siempre, y su mayor placer es verla llorar y acongojarse, privándola muchas veces de alimento, por lo cual la muchachita ni crece ni se desarrolla, y está siempre pálida y macilenta.

Para crearse Doña Justa este reino, esta importancia social de que disfruta, ha tenido que secuestrarse de todo afecto, renunciar á todo sentimiento tierno y revestirse de un exterior de dueña de comedia. Su voz, siempre grave, recorre todo el diapasón del violoncelo : áspera y ronca con los que no *valen nada*, amable y meliflua con los Ministros y los Presidentes, gangosa y tierna con los ricos y los poderosos, no pierde ocasión de halagar á éstos y de despreciar á los pobres. Su única aspiración es colocar á su familia, no porque la quiera, sino por el orgullo de verla bien colocada; y á sus hijas les dice: marido rico, y aunque sea de cartón; y anda siempre á caza de imbéciles con pesetas á quienes imponer la ley después del matrimonio. Y no hay rica heredera, linda ó fea, necia ó loca, á quien no haga la corte, le prepare golpes teatrales, amorosas citas y secretas confidencias para colocar á su hijo varón.

Cuando dije que Doña Justa no era caritativa, me olvidé de que las gentes sí hablan de unos chiquitos á quienes ella protege y que se le parecen mucho; infelices niños que, según dicen algunos, no han conocido ni á su padre ni á su madre, porque los perdieron desde que nacieron; pero Doña Justa los trata tan bien, que pudiéramos decir que es su segunda familia.

Las muchachas temen á los corrillos de los *cachacos*, y no pasan por la calle real sin un gran terror. Pobres! no saben que los *cachacos* sólo dicen chistes picantes, anécdotas graciosas, para pasar el tiempo, pero que no dejan huella alguna, como la niebla que cubre los objetos por la mañana, y que al levantarse el sol los deja ver sanos é intactos; no saben que es á Doña Justa, murmuradora y mordaz, á quien deben temer: á ella, que espía sus acciones, interpreta sus palabras y adivina sus movimientos;

á ella, que no da tregua, que averigua el origen de un solitario que una muchacha luce en un baile; que estrecha entre las suyas con el mayor cariño las manos de una linda niña, hasta que descifra dos letras grabadas en un humilde anillo que lleva en el dedo ; que se hace su amiga para arrancarle sus más simples secretos ; su confidente, para sorprenderle una debilidad, y que después, con aire de santa indignación unas veces, de humilde compostura otras, lo refiere todo, lo adultera todo y lo pervierte todo para cubrirlas de vergüenza y deshonor. No saben que un consejo de esas viejas es un juicio de inquisición en que las condenan siempre á ser torturadas y á llevar de por vida sobre su frente *el sambenito* de la perdición.

Hubo en España y cerca de un pueblo que si mal no recuerdo se llama Egira, una numerosa cuadrilla de bandidos qne acechaba á los viajeros, saqueaba las poblaciones y traía en candela toda la provincia; pero que tenía de particular, que nunca aparecían de la cuadrilla sino siete, no entraban en combate sino siete, no atacaban las poblaciones sino siete, y como, aunque la policía mataba unos tantos, ellos nunca dejaban los cadáveres en el campo, al día siguiente aparecían los siete bandoleros, ellos adquirieron un carácter misterioso y se les llamó *Los Siete niños de Egira*. Sucede lo mismo con las viejas de la *crême de la crême:* su número no pasa de siete, y en las grandes solemnidades no aparecen más de siete, que nunca mueren por desgracia, que nunca se van, que nunca desaparecen: pero en cada casa tienen un oído, en cada iglesia un ojo, en cada garita un testigo, en cada baile un fisgón, en cada esquina un ocioso, en cada escritorio un espía, en cada camellón un paseante que les pertenece, en todas partes hay una boca que delata, que adultera, que miente, y que tiene á Bogotá en áscuas; y sin embargo, sólo se ven siete.

De los frailes han dicho que se unen sin conocerse, viven sin amarse y se separan sin sentirse, y esto es perfectamente aplicable á dichas mujeres; siempre aparecen unidas, pero guardándose las unas de las otras, criticándose y despedazándose; y cuando dos de ellas están en unión de una profana, por nada en el mundo se va la una antes que la otra, porque ya sabe lo que se le espera por detrás.

Doña Justa posee una ventaja, y es que no tiene opiniones políticas, y cuando más se le puede adivinar que es oposicionista de todos los que gobiernan, y esto no por otra razón, sino porque es enemiga de la humanidad y los que gobiernan pertenecen, á veces, á ella: sólo se le ha visto tener vivas simpatías por los gobiernos fuertes, y ya se puede imaginar porqué es esto.

Su delirio, su única ambición, es fundar la aristocracia; pero una

aristocracia en que se reconozcan todos los derechos de señorío de la edad media, con la condición de que ella sola sea aristócrata y los demás sean sus vasallos.

—¡No quieren tomar un bizcocho ó una taza de crema? nos dijo una voz por detrás de nuestros sillones; voz que me hizo recordar que estaba en un baile y que me sacó de la pesadilla en que me tenía la relación de mi amigo.

—Con mucho gusto, contesté; y después me fuí á gozar, viendo bailar con rápido entusiasmo y fervoroso paso á las dos muchachas un vals de strauss; y al contemplarlas tan bellas, tan dulces, tan contentas, y al recordar la agria cara de la señora que las había despreciado, esa noche, medio dormido y como con pesadilla, se me vinieron á la imaginación aquellos versos que dicen:

«Non echeis en olvidanza
Que es del infierno brotada,
Doña Justa la taimada
Y su piadosa semblanza.

Que se noma una matrona
Cierta alimaña bravía,
Que tiene lengua de arpía
E las uñas de leona.

Mal engendro de cobdicia
Garrida é engorgollada,
La mente siempre ocupada
Con recóndita malicia.

Acaece á las vegadas
Que seyendo ansi orgullosa,
Con los homes otra cosa
Aparece á las calladas.

E magüer su santidá,
E su hipócrita talante,
Encubre so su semblante
Tortícera iniquidá.

E por ende, dende agora
Vos digo é vos amonesto
A todos, que fuyais presto
De esa serpiente traidora.

Non creyendo en su meloso
O vos, apuesta doncela,
Fuye como la gacela
Fuye del lobo rabioso.»

XLVI
DOLORES G. DE CALVO.

(A SIMEÓN CALVO).

En la gran desgracia que usted ha sufrido, desgracia que llena á toda la familia de consternación y que entenebrecerá y cubrirá de duelo nuestra vida en adelante, nada más natural sino que la voz afectuosa de un hermano que tanto lo quiere, se hubiera apresurado á consolarlo; y sinembargo, yo he tenido que dejar pasar muchos días, porque mi tristeza es muy grande y no quería aumentar su dolor y su desesperación con mis quejas y mi llanto.

Era Dolores á mis ojos como luz que todo lo embellecía con su mirada: como perfume celestial que todo lo embalsamaba con su bondad; y hermosa, elegante, graciosa en el porte, de maneras distinguidas y de un tacto admirable é instintivamente fino; yo la veía con orgullo en medio de la sociedad, á la que tan pocas veces concurría, recoger por dondequiera simpatías y afectos.

Dolores era inteligente, aunque en extremo sencilla, y esto daba á su conversación un supremo encanto; y á su lado se pasaban dulcemente las horas sin sentirlas. Comprendía que las ideas se reflejan en la razón humana como la luz en un prisma, con variadísimos colores; y era tolerante y suave, excusándolo todo con su genial bondad y embelleciéndolo con su fresca imaginación.

Cuántas veces, al concluir una composición literaria, como quien busca el aura popular ó una corona para su sien, fuí á leérsela á Dolores, y vi que ella comprendía mis sentimientos, que se conmovía con la lectura y adivinaba lo que había dentro de mi alma, y que, rebelde el pensamiento, no alcanzaba á comunicarlo en el lenguaje. Yo salía siempre contento y saboreando su aprobación y sus aplausos.

Tenía Dolores unos ojos magníficos; pero no eran simplemente hermosos, sino que al través de su pupila se descubría un mundo entero de amor, de abnegación y de bondad; é iluminados por un rayo celestial, envolvía con su mirada á los seres que amaba, como los ángeles deben envolver en una atmósfera de luz y de ambrosía hoy á su alma pura.

Reinaba en su corazón el amor desinteresado y generoso; ese amor que levanta y ennoblece al hombre á quien se consagra, que le da valor en las horas de abatimiento, y que, como el vuelo fantástico del espíritu, lo lleva á esas regiones donde no hay espinas, ni dolores, ni lágrimas: donde todo es felicidad.

Ah! Ella recorrió el campo de la vida sin haber hecho derramar una sola lágrima á sus lindas hijitas, ni á sus criados, ni á nadie; enjugando, sí, muchas de las que la humana injusticia, la miseria ó el infortunio hacen derramar por dondequiera.

Yo veo ahora todas esas lágrimas formando, como diamantes, una corona que ciñe sus sienes pálidas y marchitas, y que con esa corona inmortal es conducida á la tumba.

Pasó breve su frescura, su juventud y su alegría. La veíamos languidecer y acabarse como lámpara que se extingue, arrojando para morir sus más bellos y vivos resplandores; pero ni usted, ni Rosa, ni yo, ni ninguno de los que tanto la amábamos, y para quienes su existencia era una joya preciosa, podíamos comprender que era fácil perderla. Ella sí sentía el mal desconocido que la devoraba por dentro, y presentía que iba á dejarnos muy pronto; por eso lloraba.

Todo parecía sonreirle en el mundo. Era para sus padres el encanto y la dicha: usted le tributaba adoración y culto; sus hermanos la amábamos con sin igual amor; y tres preciosas niñas estaban pendientes de su mirada y vivían de su sonrisa. Fortuna, estimación, favor social, todo cuanto puede hacer hermosa la vida de una mujer, lo tenía ella; y sinembargo lloraba. ¿Porqué no recogimos en una urna sus preciosísimas lágrimas?

De ella no nos quedan en la tierra más que sus restos sagrados en el cementerio y su grata memoria en nuestros corazones. Yo quiero que tributemos culto á su memoria ; que hagamos de Dolores siempre dulces recuerdos, y que cuando sus hijas crezcan, les hablemos de ella, y se la pintemos cuan hermosa y buena era.

Esta carta, escrita bajo la influencia de un vivo y justísimo dolor, y manchada con lágrimas, es la primera corona que mi amor consagra á su sepulcro. Jamás el olvido lo cubrirá de maleza, y la religión de los recuerdos irá siempre á regarlo de flores.

No es posible llevar un rayo de consuelo á su alma desolada; pues, ¿qué consuelo cabe para el que vió hundirse en un momento amor, felicidad y porvenir? Pero sí quiero que juntos guardemos el santuario donde se encierra la memoria de Dolores.

Cipaquirá, Octubre 18 de 1883.

XLVII

UN PASEO AL CAMPO.

(TEMA SACADO Á LA SUERTE EN EL LICEO).

Para el *cachaco* espiritual, Bogotá es un Edén de inagotables placeres. Pasar en sabrosas pláticas las horas, recorrer las calles los domingos, saludar á todas las muchachas y obtener una sonrisa de la mujer que adora, hé aquí su porvenir, su gloria y su esperanza. Las columnas de Hércules están levantadas para él en la alameda ; y cuando por desgracia tiene que aventurarse en ese mundo desconocido de la sabana, derrama lágrimas tan ardientes como las del proscrito al alejarse de su patria, y se despide de su querida ciudad lanzando entre suspiros estas tristísimas endechas:

Adios, Bogotá divina,
Sultana dominadora,
De los *cachacos* señora,
De las hermosas mansión ;
Adios, y ojalá mañana
Cuando el sol en el Oriente
Aparezca, nuevamente
Te admire mi corazón.
Ciudad oriental, que noble
El verde valle dominas,
Y dos hermosas colinas
Te coronan de laurel ;
Y con su aroma embalsaman
El ambiente de tu imperio.

Adios ! ciudad del misterio,
Adios ! soñado vergel,
Recinto dulce y sabroso
De los cuitados amores ;
Ciudad de los trovadores,
De la alegría y el placer.
Altar suntuoso, rodeado
De celestiales jardines,
Donde bailes y festines
Se ofrendan á la mujer.
Guarda, Bogotá, en tu seno,
Retirada, misteriosa,
Esa fantástica rosa
Orgullo de tu pensil :

Flor que descendió del cielo
Y su corola inocente
Eleva lánguidamente
Sobre su tallo gentil.
Guárdala donde no escuche
El vago rumor del río,
Ni una gota de rocío
Vaya en su seno á posar :
Guárdala donde no pueda
Respirar el puro aliento
De sus pétalos el viento
Enamorado al pasar.
Y adios, Bogotá divina,
Sultana dominadora,
De los *cachacos* señora,
De las hermosas mansión :
Adios ! y ojalá mañana
Cuando el sol en el Oriente
Aparezca, nuevamente
Te admire mi corazón.

Esto dice el *cachaco ;* y yo declaro que no le falta razón, si á todos les va tan mal como á mí me fué, que alucinado con las novelas de Florián y delirando con una égloga personal, acepté el convite que un amigo me hizo á pasar con su familia un día en el campo; pues fueron tantas las cuitas que pasé y las desgracias que me sobrevinieron, que desde entonces me he afiliado en el batallón de los raizales, de la columna de inmóviles.

Como circunstancia previa é indispensable del paseo, ocurrí donde el señor Osuna á alquilar un caballo, y mediante el módico desembolso de dos pesos, obtuve de él un animal á quien llamaba *Tragaleguas :* nombre que significaba bien su velocidad en la carrera, su aliento soberano y su indomable brío.

Y era el tal animal un pobre jaco
De humilde aspecto y aire dolorido,
De crin escasa, soñoliento y flaco,
Tuerto, chapín, hambriento y maltraido.

Contemporáneo del audaz Quesada,
Firme campeón luchaba con los años ;
Mas su cabeza seca y descarnada
Abatieron al fin los desengaños.

Violín sin encordar, harpa viviente,
Espectro que dejó su sepultura,
Momia fugada del perdido Oriente,
O atroz visión de horrible calentura ;

Tal era mi animal, triste jumento,
De dulce genio, manso y apacible,
De paso incierto, mesurado y lento,
Y á la espuela y al látigo insensible.

Con sombrero á la Bolívar, casaca de punta de diamante, espolines, arreos de cazador, y cabalgando en tan famoso corcel, enjaezado con galápago húngaro y jaquimón de conchas, me presenté en la casa de mi amigo el sábado á las dos y media de la tarde: al llegar, noté que las señoritas sus hijas, que ya montaban sendos caballos de gran valor y gallarda presencia, noté, digo, que me miraban con suma curiosidad y que se sonreían de una manera sospechosa ; pero desechando todos estos indicios de simpatía, me declaré el caballero galante de la más bonita ; y la caravana emprendió su marcha por el lado del Norte.

Apenas íbamos por la alameda, cuando mi dama, con perversa intención ó por casualidad, dejó caer su pañuelo. Mi intento fué dar un salto, caer en pié, recoger el pañuelo, doblar la rodilla y presentárselo ; mas ¡ oh dolor ! al hacerlo me faltó la agilidad, me enredé en la escopeta, ésta se disparó, y el tiro asustó la mula que llevaba las petacas, la que salió brincando y se llevó por delante el caballo en que iba la cocinera en su cómodo sillón, y criada y sillón fueron á tierra. Gritos, confusión, alarma ; pero nada grave. Mi amigo vino y nos recogió al látigo y á mí, al sillón y á la criada.

Respiraba contento el aire embalsamado de la pradera, le hacía admirar á mi hermosa compañera de viaje el variado panorama de la sabana, con sus mil matices y sus colinas caprichosas, y el entusiasmo se despertaba en mi alma, cuando una lluvia violenta vino á sacarme de mi arrobamiento, y empapándome de pies á cabeza logró apagar mi entusiasmo y enfriarme tanto, que las mandíbulas se me cruzaron, y lo que fué peor, me puso de tan triste figura, que ya las niñas no se sonreían como al principio, sino que soltaban estrepitosas carcajadas.

No habíamos andado gran parte del camino, cuando *Tragaleguas*, impasible y mudo, pero resuelto, declaró que no seguía. En vano le hice elocuentes discursos probándole la deslealtad de su conducta ; en vano le hablé de honor y de opinión pública ; en vano apelé, en fin, al código penal y le dí látigo y espuela : no se quejaba ni seguía. Semejante á aquellos hombres lentos para tomar una resolución, pero tenaces cuando ya la han adoptado, resolvió cansarse y arrostrar todas las consecuencias de acción tan villana y criminal.

Viendo que todo era inútil y que la familia estaba ya muy adelante, determiné dejarlo entregado á sus propios remordimientos, y emprender el camino á pie; pero había tanto lodo y estaba tan resbaloso el camino, que á cada paso que intentaba dar caía de bruces; y habiendo contado siete porrazos en tres varas, me senté en el suelo á meditar en mi triste y abandonada situación.

Mi amigo advirtió mi ausencia, volvió á buscarme, y viéndome en tan lamentable estado, dispuso que montase en la mula que llevaba las petacas, y que éstas se quedasen en una casa vecina hasta el día siguiente. Mi vanidad se resintió, y mi orgullo no podía tolerar que las niñas me viesen en mula y sin más apero que una enjalma ; pero la necesidad, dicen, tiene cara de hereje, y fué preciso resolverme, animado con la idea de que, como iba tan embarrado, las niñas no me conocerían, y que podría pasar á sus ojos por un viajero incógnito. Así llegamos al Puente del Común, iluminado apenas por los últimos rayos del sol en Occidente ; la hora solemne del crepúsculo hacía más imponentes esas columnas elevadas en medio de la soledad ; me sentí inspirado al contemplar ese soberbio monumento, suntuoso legado del gobierno colonial, y saqué mi cartera de viajes para escribir ; pero mi mula, dominada por pensamientos enteramente distintos, resolvió revolcarse, y doblando las rodillas, me sacó por la cabeza, y fuí á un vallado á tomar un baño ruso, del cual salí con mil esfuerzos y dejando allí la inspiración y la cartera :

El que en mula ha cabalgado,
Habrá hecho la reflexión
De que va como empleado,
Que cuando está descuidado
Le lanzan la remoción.

Como el pobre comerciante
(Y no es alusión, señores)
Que juzgándose boyante,
Le notifica el guarante
Un concurso de acreedores.

Como el apócrifo Dante,
Improvisador poeta,
Que en la ocasión más brillante
No concluye una cuarteta
Por falta de consonante.

Como la beata Felisa
Que á la iglesia madrugó,
Y al principiarse la misa
Advierte que con la prisa
La camándula olvidó.

Como al amante rendido
De una criatura desleal,
Que juzgándose querido
Advierte que hay escondido
Un pepito de rival.

Como el tonto y temerario,
Que estudia en su juventud,
Y en el grado literario
Escucha del secretario
« Réprobo con plenitud.»

Como el bravo militar,
Que entre nubes de metralla
La gloria quiere alcanzar,
Y en la primera batalla
Se tiene que derrotar.

Porque es la mula una muestra
Que gratis á los mortales,
De la manera más diestra,
La inconstancia nos demuestra
De las glorias terrenales.

Dichosamente para la humanidad tan afligida en mi persona, la casa de mi amigo no estaba lejos, y á pocos momentos estuvimos ya bajo su abrigo protector. La casa es vieja, triste, desapacible y melancólica ; pero yo la encontré deliciosa, halagado con la lisonjera esperanza de que un posillo de aromático chocolate y una cena abundante y apetitosa vendrían á reponer mis fuerzas agotadas y á dar ánimo á mi espíritu abatido, porque, sea dicho de paso, y con perdón de los románticos, nada contrista más al hombre ni lo pone más melancólico que tener el estómago vacío. Mas ¡ ay ! que fué preciso renunciar á la dulce ilusión de la cena, porque la criada, maltratada y adolorida, protestó contra la idea de prender candela, y porque las petacas, como antes he dicho, se habían quedado atrás.

En atención al mal estado de mi parte física, lo primero de que se trató fué de proporcionarme una cama, para lo cual se unieron dos viejos canapés que había en la sala y que eran nido de ratones y madriguera de pulgas : se sacó una almohada más dura que el corazón de un usurero, y, perdóneseme la exageración, se extendió una manta que, según los pedazos que le faltaban, dejaba conocer que ya para ella habían pasado las reclamaciones diplomáticas, inglesas y norte-americanas. Con lo cual se retiró la familia á la pieza inmediata á dormir, deseándome una feliz noche.

Feliz fué, en efecto, porque mi cama improvisada estaba enfrente de la puerta, y cada vez que la abrían, daba unos quejidos largos y prolongados, y una ráfaga de viento frío y penetrante me cogía de frente : operación que se repitió hasta media noche, en que entró por la última vez el último de los criados. En esta hora las pulgas me atacaron en columna cerrada, y los ratones, haciendo de mi cuerpo un *hipodromo,* principiaron á apostar carreras desde la cabeza á los tobillos, y ya me cruzaban como rayos por la cara, ya rodaban y se deslizaban por la garganta : ellos sumamente entretenidos con la diversión, yo sumamente dichoso por el honor que me dispensaban.

El cigarro es un consuelo
Para el que triste suspira,
Porque con el humo al cielo
Volar los suspiros mira.

Hé aquí porqué me entró un vehemente deseo de fumar, y estando la vela un poco distante, resolví levantarme en puntillas, y envuelto en la susodicha manta, á encender mi tabaco. Ya lo había hecho y volvía satisfecho y contento, cuando tropecé con una silleta sobre cuyo espaldar estaba un galápago, y á mi empuje cayeron sobre la criada, que á la sazón dor-

mía en un rincón y que soñaba sin duda con el diablo, porque, despertándose sobresaltada, principió á gritar: *¡ Arredo va Satanás, espíritu maligno. Auxilio ! ¡ Auxilio ! que me lleva el diablo !* Lo que entonces pasó no es posible pintarlo : los chiquitos lloraban, las niñas pedían misericordia, la criada no cesaba de gritar, y mi amigo, con el pelo erizado y un sable en la mano, parecía desafiar todo el poder del infierno ; hasta que hice oír mi voz entre la multitud, y, cual otro orador popular, pude aplacar la tempestad, con lo cual se retiraron todos, inclusos los ratones, á sus cuarteles de invierno, y yo me entregué al sueño tranquilo de los justos.

¡ Humana felicidad, cuán poco duras ! Habría dormido dos horas no cabales, cuando principió el segundo acto de la puerta quejumbrosa, y el frío de la mañana, llegando hasta mi rústico lecho, me dió tentación de levantarme á gozar del encanto misterioso del amanecer.

He sido sumamente aficionado á la caza, cuando ésta está ya sabrosamente preparada por la cocinera ; pero lo que es ir á cazar, jamás lo había hecho; sin embargo, ese día era preciso, porque llevaba escopeta, y porque, según dicen, éste es uno de los placeres del campo, cuya fuente debía apurar hasta la saciedad. Emprendí, pues, marcha con la escopeta al hombro, con la esperanza de volver con buena presa para ofrecerla á los pies de la belleza, y anduve como una legua por en medio de espinas y malezas, en donde dejé algunos tajos de la cara y muchos pedazos de vestido, sin encontrar nada, hasta que al fin descubrí una manada de torcaces ó palomas silvestres. Me aproximé lo más posible, y con mampuesto y demás comodidades del caso, rastrillé una, dos y tres veces, pero el tiro no salió. Entonces recordé que la víspera lo había hecho y en ocasión no muy oportuna, y con santa paciencia me puse á cargar de nuevo ; pero las tórtolas fueron tan descorteses, que no quisieron aguardarme, por lo que tuve que correr otra media legua tras de ellas, y al alcanzarlas, rastrillé, el tiro salió y la escopeta me dió tan fuerte culatazo, que me botó para atrás, atolondrado y medio muerto. Cuando pude levantarme fuí á recoger lo que había matado, y encontré...... el campo limpio ; esto me dió á conocer que no tenía vocación de cazador, y emprendí la retirada.

Guiado por el instinto de la conservación y sintiendo cierto tormento interior de que padecen mucho los estudiantes, me dirigí á una casa que estaba en el camino, y con voz meliflua le dije á un hombre viejo que estaba en la puerta :

—« Anciano venerable en cuya blanca barba descubro que vuestra sabiduría es igual á vuestra piedad, ¿ seríais insensible á la desgracia de un pobre que, buscando la caza á merced de los espinos y zarzales, ha visto

quedarse su vestido hecho pedazos, y siente agotadas las fuerzas de la naturaleza? ¿ó movido por el más noble sentimiento que anima á los mortales, me daréis hospitalidad y refrigerio en vuestro rústico albergue?»

—Ahora no es tiempo de rúchica y alberjas, me contestó; para esos cortos rasguños que tiene en la cara no hay necesidad de que lo lleven al hospital, y si ha estado buscando mi casa para que le den de almorzar, entre y entiéndase con la ventera.

Me sirvieron un desayuno que no era de miel y frutas, como el de los pastores, lo que me sorprendió mucho, y al acabar dije á la ventera: «Los dioses protectores le pagarán á usted.»

—No, señor, me gritó ella interrumpiéndome, yo no conozco á esos señores; van y no pasan por aquí, y yo pierdo mi almuerzo; ó me paga usted, ó no sale. Tan ajeno estaba yo de que hasta allí hubiese llevado el *aurea sacra fames* su imperio, que no tenía ni un cuarto, y para rescatar mi persona tuve que dejar en prenda mi escopeta.

Volví á la casa y encontré á mi amigo, quien, deseoso de hacerme olvidar los malos ratos que las bestias me habían dado la víspera, me tenía destinado un alazán tostado, nervioso y esbelto, que piafaba, mordía el bocado, miraba al campo y á compás hacía resonar el suelo con sus cascos: caballo el más famoso entre los cazadores y el predilecto de la familia. Yo había peleado el 4 de Diciembre, ó por lo menos al día siguiente se lo había hecho creer á todos los amigos; pero ni entonces ni en época ninguna había tenido un miedo semejante. Como el condenado á muerte que pide la palabra para prolongar unos momentos más la dulcísima existencia, así buscaba yo mil pretextos para dilatar el terrible momento de montar; mas al fin tuve que hacerlo, y con gran contento de mi parte, el caballo no salió tan mal, pedía rienda y se encabritaba, pero no daba señales de abandonar su carga. Al fin llegamos á la llanura, y entonces dió una estampida, me arrebató la rienda y emprendió carrera con la velocidad del rayo: las casas, los árboles, todo pasaba á mis ojos como sombras, y con mis gritos de ¡ténganme! ¡ténganme!, el caballo, que creía sin duda que estaba siguiendo á algún venado y que yo lo apuraba, aumentaba más la rapidez de su carrera.

Me creí un nuevo Mazzepa, y esta idea me consoló, porque yo soy de aquellos hombres que morirían gustosos con tal que al día siguiente les permitiesen oír su oración fúnebre; pero no tuve ni este consuelo, porque cuando yo me creía en medio de una montaña y rodeado de javalíes, mi caballo, cansado de correr por cerros y precipicios, volvió á pararse en el punto donde estaban los demás, haciéndome aparecer delante de las niñas pálido, sin sombrero y con el pelo agitado por la tempestad.

Para que todo fuese campestre, la comida se sirvió *sur le gaçon fleury*, de manera que tuvimos que sentarnos en el suelo, y en tan cómoda postura, que ya me iba para atrás, ya para un lado, haciéndole derramar á mi vecina la sopa sobre su traje; en tal postura, digo, me hicieron partir el pavo con un cuchillo sin filo, tomar un vino más agrio que la cara de un acreedor, sufrir por una hora las excusas de la señora, y brindar, en fin, á la salud de mi amigo.

Propusiéronme que jugáramos unos toros para pasar la tarde, y por lo que me podía suceder le dí el brazo á una abuelita, con ánimo de no abandonarla un solo instante; pero las señoritas, que no querían que yo me privase de la agradable diversión de romperme un brazo, me instaron mucho para que saliese á torear, y como nadie quiere pasar por cobarde delante de las damas, fuéme preciso ceder á sus instancias. Saqué el pañuelo, le hice frente á un becerro barcino, que me pareció el más chico, y lo llamé con la misma gracia con que lo haría un torero andaluz: el becerro se me vino, quise hacerle el lance, pero el ánimo me faltó á la mejor del tiempo y prendí carrera; y como él corría más que yo, alcanzándome, de una cornada me botó á seis varas de distancia, de donde me levanté maltratado y lleno de polvo, por complacer á las señoritas.

La noche la pasamos en el ameno juego de la lotería. Tocóme estar sentado en la esquina de la mesa, y en medio de una dama y un chiquito de nueve años; con la primera hice compañía, y me sucedió lo que siempre, fuí desgraciado; y el segundo, enamorado de mi genio pacífico, se divirtió tirándome las narices y peinándome la barba, hasta que, cansado, se durmió sobre mí; y pesaba la criaturita como un cargo concejil!

Al día siguiente, al amanecer, galopaba para mi querida Bogotá, y al descubrir sus elevadas torres, la saludé con el mismo entusiasmo que los peregrinos al descubrir á Jerusalén, y con el mismo placer con que un amante divisa á lo lejos á su amada.

Este grato paseo me proporcionó inmensos beneficios, y entre ellos, el de dar 15 pesos por el valor de *Fragaleguas*, que no volvió á parecer; la pérdida de mi escopeta, que no he podido rescatar, y un amable reumatismo que gané con las mojadas, y que es para mí el recuerdo imperecedero del paseo. Por esto declaro en forma:

Que «Un paseo al campo» es,
En mis recuerdos, lo mismo
Que saborear otra vez
Ese dolor en los pies
Que se llama reumatismo.

Y al que ha arrojado tal tema,
Hijo del romanticismo,
Si no fuera un anatema,
Le dijera yo que tema
Un clásico reumatismo.

XLVIII

EL ALMANAQUE.

Los días de la niñez, color de rosa ; los de la juventud, de oro y brillantes ; los de la vejez, tristes y oscuros, todos los lleva el ALMANAQUE : iguales para el que sólo contempla la marcha impacible del tiempo, semejante al curso de un rio; distintos para el que en ellos encuentra escrita su propia historia, parecida á la onda que nace bulliciosa, pasa por riberas encantadas, y tiene al fin que hundirse en el inmenso piélago de la eternidad.

En una familia pobre cuyo hogar conocimos y que estaba embellecido por el amor y la virtud, la madre compraba siempre un almanaque en los últimos días de Diciembre, y el *día de año nuevo*, después de haber oído misa, lo tomaba, y con las tijeras iba recortando, uno por uno, todos los meses, y ensartándolos en una cinta roja ; y quitando de su puesto el almanaque viejo, que era entregado, como el tiempo á la historia, en despojo á los muchachos para jugar y hacerlo pedazos, colgaba el nuevo en el clavo, de donde nunca faltó : teniendo cuidado cada mes de echar atrás el mes pasado, para que estuviese á la vista el que empezaba; tarea que el tiempo desempeña incansable con los días, los meses, los años y los siglos !

Después venían todos los niños alegres y bulliciosos á marcar, cada uno, el *día de su santo* con colores diversos, según el gusto ó el capricho de cada uno.

—El mío es el 27 de Enero.

—El mío es Santa Rita.

—Primero marco yo el mío, que es en Junio, el tiempo de duraznos.

—El mío va á caer en cuaresma, y el convite va á ser de viernes.

—El primero que se marca es el de papá, decía la hermana mayor con cierto aire grave, como si se tratase de una obra solemne.

—Después el de mamá, decía la otra, y ése lo marco yo con azul, que es color de cielo, porque así se me figura siempre ese día.

—El de mamá abuelita con amarillo, para que nos acordemos de los bizcochuelos.

—El de la tía Inés no se les olvide, para tener prontas las *cuelgas*.

El almanaque quedaba, pues, como los mapas de banderas, en donde se ven brillar todos los colores, pero en donde cada nación encuentra la insignia de sus glorias, de sus conquistas, de sus esperanzas, y el pabellón al rededor del cual reune sus hijos para el engrandecimiento de la patria común ; pues quedaba marcando para cada uno de los niños todas las fiestas de la familia, pero en especial el día de *su santo*, el día de su cumpleaños, el día en que para él, únicamente para él, eran todos los cariños, los dulces, el vestido nuevo y todas las *cuelgas*.

El *día de Corpus* tenía su señal que traía á la imaginación de los niños la suntuosa procesión, las ninfas, la ciudad engalanada y las calles cubiertas de canastos con manzanas y frutas de todos los climas y todos los temperamentos ; *La Concepción* con la suya, símbolo de los repiques, la iluminación de la víspera y las banderas, paseos y colaciones del día siguiente ; los *aguinaldos*, la *noche buena*, en fin, todos los días en que la familia tenía una fiesta, eran marcados ; y con frecuencia venían á registrar el almanaque los niños, como para desarrollar el itinerario de sus alegrías y el programa de sus diversiones.

Impacientes, deseando que los días vacíos pasasen para que llegasen los *días de sol* y *de fiesta*, consultando siempre el almanaque, ¿cómo sentir la vida que tan dulce, tan bellamente así se deslizaba ?

A los primeros nombres de *todos los santos* de la familia se agregaron los de las bellas desposadas que entraron al hogar, y los de los nuevos hermanos ; y así los días de las fiestas se aumentaron, y el almanaque casi no tenía ya más que días de felicidad y de alegría. ¡ Qué hermosa era la vida !

Nuevos días de gloria traía la juventud, en que á porfía el amor, la ciencia y la esperanza botaban sus coronas.

En el almanaque renovado el día de *año nuevo* nadie ha contado los años, que se han desvanecido como el humo de una fiesta.

Un día, de la antes animada y bulliciosa casa, salió el ataud del querido padre, llevándose toda la alegría de la familia, y empapado con el llanto de sus hijos.

El día de su muerte fué marcado en el almanaque del año siguiente

con una cruz, como signo de duelo, y representando una visita al cementerio.

Después salió el ataud tardío de la abuela, y apareció en el almanaque del *año nuevo* siguiente otra cruz negra, indicando otra visita al cementerio.

Luégo otro féretro, y otra cruz negra.

Después desapareció un noble hermano, y su viuda, conducida por el dolor, lo siguió á la tumba.

Dos cruces más en el almanaque, y dos visitas al cementerio, á evocar recuerdos y á derramar lágrimas.

La tierna y dulce hermana cuya entrada á la familia embelleció las fiestas, murió también; y como signo de que era preciso ir en su día á colocar una corona sobre su tumba, apareció otra cruz negra en el almanaque.

Ya nadie ponía rayas de vivos colores; los días de duelo alcanzaban á cubrir con su sombra todos los del año para la familia.

Al fin el tiempo vino á helar la mano de la adorada madre, que arreglaba y componía el almanaque: la casa pareció vacía, la vida de la familia se había trasladado al cementerio, los nombres que antes se marcaban en el almanaque con vivos colores, estaban grabados sobre dispersas tumbas; las emociones del corazón, las creaciones del espíritu, todo pertenecía al pasado.

Y sinembargo, entre una y otra época el tiempo había corrido tan brevemente como un alegre sueño. La historia entera de una familia se había escrito y concluido, y el primer almanaque y el último sólo se diferenciaban en una fecha.

En el primero, la vida y la felicidad estaban pintadas con vivos colores; en el último, el duelo y la muerte señalados con cruces.

En las alegrías de los niños y en las oraciones por los muertos, resonaba siempre el nombre inmutable de DIOS.

XLIX

DISCUSION.

Estábamos discutiendo
Una vez con mi mujer,
(Que cuando estoy escribiendo
Se viene siempre corriendo
Mis manuscritos á leer).

Discutíamos formalmente,
Pero sin pelear los dos,
Ella sentada indolente,
Y yo escribiendo á su frente,
Sobre los dones de Dios.

Ella como es literata,
Exclamaba : *La poesía !*
El genio ! Yo me reía,
Y riéndome la decía :
No hay golis, *hija*, *La plata.*

Llaman en esto á la puerta
(Porque en casa no hay portón),
Y cesa la discusión.
Era la maldita tuerta
Por la plata del carbón.

Págale, la dije, ahora
Con tus versos « Al condor,»
Que te reciba « La aurora,»
« La suicida,» « Media hora,»
O á « Fe, religión y amor.»

Y viéndola avergonzada,
Sin saber qué responder,
Tomando un peso — No hay nada,
Repuse, díle á la criada
Que despache esa mujer.

L

CONTRARIEDADES

DE UN REDACTOR.

Voy, me dijo Leoncio, á fundar un periódico que *esté á la altura de la situación;* periódico no de polémica ni de *política palpitante,* sino científico, de estadística y comercial, y que por sus apreciaciones filosóficas y justas venga á arreglar la marcha de la República y á sujetar á los partidos al yugo saludable de la opinión. Cuento con la eficaz *cooperación* de algunos amigos, y me propongo no sólo abrazar una profesión, sino abrir una nueva era para la prensa del país, evitando toda disputa estéril, toda polémica infecunda y toda rivalidad inútil; pues nuestros artículos ni herirán á nadie ni serán atacados por los periódicos, siendo enteramente especulaciones abstractas y metafísicas, *en el campo de la ciencia,* que es lo que necesita el país.

—Y tienes ya *lo necesario* para esta empresa? le contesté.

—Lo necesario para ser periodista? Aunque te parezca vanidad, no me falta á mí ni les falta á mis amigos.

—Me felicito por esto, porque ahora anda un poco escaso.

—No, mi primer compañero de redacción, que será Eugenio, *tiene chispa* y.........

—Si no es eso.

—El segundo, que será Querubín, *promete.........*

—¿Pagar?

—¿ Cómo ?

—Pagar la impresión.

—Vaya! El periódico dará para sus gastos, y deduciremos además una justa remuneración como redactores.

—Quién sabe, quién sabe, Leoncio: lo *necesario* para ser redactor es el *conquibus*.

Púsose de acuerdo con sus compañeros, arreglóse con el impresor (verdadero milagro), y á pocos días apareció el nuevo y famoso papel, en tipos elegantes y lucida impresión.

"EL ÆGOS POTAMOS.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, POLÍTICO Y LITERARIO,
DE COMERCIO, BELLAS ARTES Y ESTADÍSTICA.

Se canjea con todos los periódicos de dentro y fuera de la República.	La suscrición por año, $ 8 ; por semestre, $ 4 ; por trimestre, $ 2. Aparecerá todos los domingos.

AÑO I. — TRIM. I. Bogotá, 1.° de Septiembre de 1869. NUM. 1.°

LOCAL DE LA REDACCIÓN, Carrera de Antioquia, calle 1.ª, n.° 1.°	AGENTE GENERAL, D. AVELINO CASANOVA, Carrera de Bogotá, calle 1.ª, n.° 1.°

La prensa es un sacerdocio : los que lo ejercen merecen veneración.— L. C.

REDACTORES.
DON LEONCIO CIENFUEGOS.
DON EUGENIO DE MEDINA CELI.
DON QUERUBÍN DEL PRADO."

Antes de mencionar lo que el periódico contenía, debemos consagrar unos momentos á las emociones que experimentó Leoncio desde el instante en que llevó su artículo á la imprenta, hasta el día en que apareció en *letra de molde*; emociones de angustia, de miedo, de amor, de voluptuosidad y de dicha, que alternativamente fueron haciendo palpitar su corazón.

Al entrar en el vasto edificio de la imprenta, en donde más de treinta hombres mudos, misteriosos, al frente de *las cajas* iban acomodando las letras, mientras que á cada instante el golpe de la máquina anunciaba que había caído el ejemplar de un impreso, la exaltada imaginación de Eugenio le hizo concebir el temor natural á los iniciados en los misterios de las di-

vinidades paganas; y la imprenta á sus ojos vino á ser un templo en cuyas ceremonias iba á ser iniciado, siendo pronto votario y sacerdote.

Las *pruebas* fueron aguardadas por él con una ansiedad mortal; al recibirlas les echó una mirada devoradora, como la del turco que en un instante abarca y adivina todos los encantos de una joven doncella; y se detuvo al encontrar al pie su nombre escrito. Entonces el orgullo mató esa primera emoción de amor.

Las recibe con mano temblorosa, las coloca en el bolsillo del pecho para tenerlas más cerca del corazón; pero allí le queman, y á pocos instantes las retira, y sin poder leer nada, les echa otra mirada, las estrecha con amor como se estrecha al descuido la mano querida de una mujer; y jadeante, casi con vértigo, llega á su casa, abre precipitadamente la puerta de su cuarto, la cierra con estrépito, y allí en secreto se entrega á todas las voluptuosidades de un marido en la *luna de miel.* Leer el título de su artículo, es recibir el primer beso y sentir la sangre como fuego circular de vena en vena. Poco á poco levanta el velo misterioso, recorriendo las líneas impresas; cada palabra es una emoción y en cada párrafo se detiene para saborear la felicidad, hasta que al fin, ebrio de dicha, apura el supremo deleite, leyendo de seguido toda la composición.

Por la noche su sueño es inquieto, repite durante él, en palabras entrecortadas, todo el artículo, que en letras de fuego ve escrito en las paredes de su cuarto; y muy tarde ya, se levanta en paños menores, tropezando con las sillas y dándose contra un palo del ropero en un ojo, llega hasta la mesa de escribir, y con la ansiedad del avaro ciego que tienta su tesoro, coge las pruebas, las lleva á los labios y grita: Ah ! ¡ Es verdad !

Por la mañana, antes de que los obreros entren, ya está parado en la puerta de la imprenta; apenas se presenta el director, se le aboca y quiere proponerle que le escuche el artículo ; pero vacila ante la idea de que ese bárbaro, ocupado en sus negocios, no le preste la debida atención, y se resuelve á que la obra produzca su efecto á la publicación del periódico ; por lo que le entrega las pruebas á la corrección, con el orgullo con que un General entrega á sus ayudantes el plan de la batalla.

Los otros redactores, más ó menos asiduos, rodearon también la imprenta de día y de noche desde el instante en que mandaron sus escritos hasta el en que vió la luz « El Ægos Potamos.»

El día en que debía aparecer el periódico, á las doce en punto, se instaló la redacción en el local de las sesiones. Presidía Leoncio, á su lado derecho estaba Eugenio, al izquierdo Querubín y al frente Patricio, colaborador que había enviado unos versos. Todos estaban poseídos de la so-

lemnidad del momento; mudos, silenciosos y graves, sólo descubrían su ansiedad por las frecuentes miradas que lanzaban á la puerta, y porque palidecían cada vez que se oía ruido de pasos.

Al fin se presentó Don Avelino Casanova, el agente general, con los pies torcidos hacia afuera, llevando el periódico abierto y cogido por las dos esquinas, como la Verónica lleva el lienzo santo en las procesiones, y con voz chillona y repugnante anunció: «El primer número del *Ægos Potamos.*»

La redacción se puso de pié para hacer los honores al periódico; después, colocado éste sobre la mesa, principió Leoncio la lectura solemne, desde el título hasta donde decía «Imprenta y Litografía de Encinales y C.ª, carrera de Chire, calle 1.ª, número 45.»

—¡Estupendo! dijo Querubín.

—Admirable, gritó Eugenio.

—Este periódico se va á ir á las nubes, dijo Leoncio. (En el Agosto entrante, hubiera dicho el impresor, porque ya pasó el tiempo de las cometas).

—¡Qué bueno está tu artículo!

—Mucho mejor es el tuyo, francamente.

—Tienes un estilo inimitable!

—¿De dónde has sacado tú tan buenas cosas?

—Hay elevación de pensamientos, nobleza en las ideas y precisión en el lenguaje de tu artículo. Decididamente, eres *el mejor escritor de Sur América.*

—Tú tienes una cosa que yo envidio: *l'esprit* francés.

—¿Te fijaste en la manera como yo trato la cuestión moral en un sólo aparte?

—Por supuesto! Pero tú no pusiste atención en una cosa que yo digo de las mujeres. Oye. Y fué tomando el periódico el que así hablaba.

—Permíteme, le dijo el otro, arrebatándoselo, que antes lea yo una cosa que, como puede aparejar responsabilidad á la redacción, es necesario saber si estamos ó no todos de acuerdo.

—Amigos, me creo con derecho á que me escuchen primero, como á principal redactor.

—Pero tú acabas de leer tus artículos con énfasis, y los míos con voz cansada, lo que les hace perder sin duda.

—Yo hasta ahora me he callado por moderación; pero necesito que me oigan, ó no vuelvo á escribir.

Acaloróse la discusión: el periódico, arrebatado de mano en mano,

fué casi desgarrado en un último tirón, y ya iban á reñir los redactores, cuando Don Avelino les gritó :

"Señores redactores : en la agencia general cinco mil suscritores os contemplan ! "

Para que no hubiera preferencias, el agente general propuso que se siguiera la moda de la época y que rifaran los artículos, echando los títulos en un saco, y que á la suerte fueran leídos, en el orden en que saliesen.

Hízose así, y cada uno saboreó la dicha de leer su producción, entre los aplausos de los concurrentes; volviendo á empezar el turno cuando el último había concluido.

Acabada la vigésima sexta lectura, Leoncio manifestó que la aparición del periódico debía celebrarse con un banquete ofrecido á la redacción, y del cual se hablaría en el número próximo.

El pensamiento fué acogido con aclamación.

—Tienes tú plata ?—No—Tú ?—No—Tú ?—No—¿ Qué hacemos ?

—Señor agente general ; no pudiera usted adelantar los fondos necesarios para el banquete, que serían, por supuesto, reembolsados con los productos del periódico ?

—Imposible ; pues antes por servir á ustedes y para cumplir con sus recomendaciones, he tenido que tomar los artículos cuya factura aprovecho la ocasión de presentar, y que debo á los señores Arismendi y Corral.

FACTURA DE LOS ARTÍCULOS COMPRADOS PARA LA AGENCIA GENERAL DE « EL ÆGOS POTAMOS.»

Un libro en blanco de 500 páginas para la lista de suscritores en la capital..	$	1
Uno id. de 2,000 páginas para las agencias de la República...		4
Un libro de caja		4
Un Diaro y un Mayor para llevar las cuentas por partida doble..		16
Una prensa de copiar para la correspondencia................		25
Un libro copiador..		2
Dos resmas papel de carta..		6
Tinta, plumas, lápices, goma y demás útiles para montar la agencia..		50
Suma..	$	108

—Muy bien ! Muy bien ! Mucho va á tener que trabajar usted, señor agente ; pero usted tiene ya asegurado su porvenir y el de su familia, porque este periódico será un *monumento nacional,* que se trasmitirá de generación en generación.

—¿ Cómo vencer esta primera y última dificultad que encontramos en nuestra carrera brillante ? ¿ Cómo haremos para obsequiar hoy á la redacción con un banquete ?

—Como una prueba de mi consagración, dijo Patricio el colaborador, á la causa del bien público y de mi amor á la gloria de Colombia, voy á llevar mi reloj al Banco Prendario que aquí junto tenemos ; y de allí seguiremos al Club.

Mientras que ellos hacen las diligencias de empeñar el reloj, veamos lo que contiene « El Ægos Potamos.»

(PRIMER ARTÍCULO).

"NUESTRA MISIÓN.

Dedicado al hábil político y eminente escritor

EUGENIO DE MEDINA CELI."

(SEGUNDO ARTÍCULO).

"LA SITUACIÓN.

Al Larra colombiano, al poderoso genio que ha emprendido la regeneración de nuestra sociedad,

A DON QUERUBIN DEL PRADO."

(TERCER ARTÍCULO).

"LO QUE PASA.

Como testimonio de admiración á la ciencia y virtud del famoso publicista americano,

LEONCIO CIENFUEGOS."

(UNOS VERSOS).

"DESTELLOS Y ESPLENDOR.

A mis nobles amigos los ilustrados redactores de " El Ægos Potamos."

"ESTADÍSTICA.

La redacción se ocupa seriamente de investigar el número total de los mendigos que hay en Bogotá, cuyo cuadro aparecerá muy pronto.»

"MOVIMIENTO DE LA POBLACIÓN EN EL MES.

DEFUNCIONES.

De tifus	300
Disenteria	100
Pulmonía	200
Fiebres	25
Violentamente	50
De hambre	2
Varias enfermedades	23
Total	700

NACIMIENTOS.

Legítimos	7
Ilegítimos	650
Total	657»

"COMERCIO.

En el curso del presente mes ha llegado á esta plaza un arriero conduciendo un buey y un burro, cargados con mercancías despachadas en Honda, y preguntando por el señor Torices, de este comercio. Varios negociantes, que desde hace algunos meses esperan cada uno una carga, se apresuraron á salir al encuentro del arriero, animados con la lisonjera esperanza de que fueran las cargas esperadas; pues que el tal Torices no tiene tienda abierta en este comercio. Por los manifiestos, facturas y cartas de remesa que el conductor traía, se pudo averiguar que las expresadas cargas contenían:

2 bultos gorras de seda y paja de Italia, despachados por Fourquet Freres de París en 1853 (que habían sido algo retardados en la Costa), y pertenecientes á la casa de L. & R. de Bogotá.

2 id. espejos y brandy francés, despachados de Bremen para Thorsmith & Compañía (alias Torices). Abiertos los dichos bultos, resultaron rotos los espejos y sustraídas las botellas.

El brandy coñac ha tenido por esto una alza considerable.

El paquete inglés que cada mes llega á esta capital, se ha retardado ahora diez días por lo seco del río.

El telégrafo eléctrico funciona hasta San Victorino.

Los comerciantes han inventado el sistema de *Rifas*, para vender por diez veces más de lo que vale lo que nadie quiere y para nada sirve.»

"NECROLOGIA.

La parca Atropos ha cortado inexorable el hilo de la vida del SARGENTO PRIETO, cuando el tiempo, en su vuelo inmutable, marcaba ya casi veinte lustros, desde que la estrella del destino lo colocó en la mansión de los mortales.

En vano Esculapio y Panacea, dioses amigos de los hombres, quisieron disputárselo á la muerte: en vano los discípulos de Hipócrates y Galeno invocaron la ciencia para retenerlo entre nosotros; la terrible Hécate lo llevó á sus dominios tenebrosos.

Sobre el lugar donde descansan sus restos no iremos nosotros á deponer el sangriento laurel de Marte, porque las ninfas domésticas de Bogotá (alias las criadas) colocarán allí las estatuas de Apolo y de Terpsicores; pues que á su espléndido albergue era á donde, en los días consagrados al descanso (los domingos por la tarde), iban á ensayar con sus amantes ligeras danzas, y á saborear en refrigerios frugales y sobre el verde césped, los rostros de los blancos corderos, y apurar hasta las heces el néctar amarillo de los aborígenes (la chicha), sucediéndose después mil escenas en que el amor embellecía sus horas.

Pidamos á los Dioses inmortales que el *Sargento Prieto* sea llevado á los campos Eliseos y no al reino sombrío de Proserpina.»

Conseguido el dinero necesario, encamináronse los señores redactores al « Club americano,» á celebrar el banquete ofrecido por ellos á ellos (Demetrios Phalerius á Demetrius Phalerius erexit); y con una arrogancia de plebeyo enriquecido, é instalándose en una de las más elegantes salas, llamaron al sirviente y le dijeron:

—Tráiganos usted « El Ægos Potamos.»

Salió el sirviente, y al cabo de media hora volvió diciendo: «Hay Jenessey, Vermout, Brillantine, Jerez, &c. ; pero no *aguas potables*.»

—Bárbaro ! diga usted que lo que pedimos es el periódico « Ægos Potamos,» que está circulando en la ciudad, y que pronto conocerá la nación entera.

—Que no saben aquí de tal papel.

—Vámonos de aquí, porque este establecimiento está indudablemen-

te en decadencia, pues hace tres horas que el periódico está circulando, y no lo tienen todavía. Y fuéronse al «Casino.»

—Un banquete para tres caballeros, dijeron al sirviente, y tráiganos usted «El Ægos Potamos,» para entretenernos, mientras lo sirven.

—¿Qué cosa? mis amos.

—«El Ægos Potamos» ¿oye usted?

—¿Es á faición de bebistraje ó de juego como el arjerdes, ó la lotería lo que susmercedes me piden?

—No, hombre. Anda y pídelo al director.

Emos bocato! Emos bocato! fué repitiendo el criado para no equivocarse, y lo mismo dijo al director.

¿Emos bocato? repitió éste. Debe ser algún plato italiano. Que venga Rossi, para saber qué es lo que piden estos señores.

Presentóse el ex-tenor de la ópera, y hoy director general de la parte culinaria del establecimiento, y en el instante dió con lo que le pedían.

Emos bocato, dijo, es qûelque cosa á manera de *polenta con fromajo, por fare colazione;* y dió sus órdenes para que en el acto se les sirviese esta refacción á los caballeros, quienes la aceptaron, quedándose esperando siempre la llegada del periódico.

Cansados de aguardar, lo pidieron de nuevo, y se dirigieron personalmente al director. Este no supo qué contestar; no quería confesar que en su casa faltase lo que pedían; é interrogado un chusco que en el billar estaba, contestó.—Vaya! es un papelucho, sin maldita la gracia, que desde esta mañana andan repartiendo.

Oir esto los redactores, montarse en cólera por los impertinentes desacatos del gracioso, y querer beber su sangre, fué todo uno; pero la moderación que los caracteriza les aconsejó no formar querella: retiráronse de un establecimiento en donde personas tan iliteratas eran admitidas; y pagando el valor de la *polenta* y el *fromajo*, fuéronse á la «Rosa Blanca.»

La antes tan animada y bulliciosa «Rosa Blanca,» ahora tan solitaria y decaída, recibió á los visitantes con mil halagos, y *madama*, en la actitud de un suavo que recibe las órdenes de su Coronel, les hizo la venia á la entrada, diciéndoles con acento gascón.

—Podemos ser útiles á mis señores? Richard n'est pas á la casa, mais c'est la misma cosa, nous sommes très contentos d'atender á los caballeros.

Significáronle que deseaban una comida para tres personas.

—Très bien. 20

—Deseamos también «El Ægos Potamos.»

—Comment dites vous? Je ne vous comprend pas.

—Deseamos «El Ægos Potamos,» periódico que se ha publicado hoy; y como en todo establecimiento notable deben encontrarse los periódicos del día......

—Ah! sans doute; et nosotros tenerlo también. A la «Rosa Blanca,» no manca rien, apesar des calumnias de nos enemigos ¿vous comprenez? Nous venons de recevoir, despoissons frescos, peras y otras frutas á l'eau de vie, des salchichón de génova, première calité; et beaucoup de otras cosas magníficas! Ah! en nuestro país, c'est tout diferent que aquí, los consumidores son personas delicadas, que no mangent espejos como al «Club,» sino artículos bien confeccionées: que c'est que vous fait á voir de soberbios muebles et un mal beafsteak? y ¿el café? peste! Si usted no lo toma en la «Rosa Blanca» no hay otra parte donde sea bueno.

—Dispondrá usted que nos sirvan pronto?

—Ah! sans doute. En un apartamiento particular, ó en la table d'hôte?

—En una pieza particular.

—Oh, très bien. Mis señores serán servidos como príncipes. Il n'y á que la «Rosa Blanca» para las buenas comidas. Farceurs de «Casinos,» que hacen la sopa á la Julien sin pisca de pimienta. Oh! moi, yo que la he comido. Voy á despachar, voy á despachar!

—«El Ægos Potamos,» no lo olvide usted.

—Oh! yo no olvido nada en una comida por caballeros aussi distinguidos et generosos. Garzón! Garzón! atienda todo pedimento de estos señores. Parto á la cocina á hacer mis prevenciones.

—Ante todo el periódico.

—Es verdad. «¿El Journal Oficiel?»

—No. «El Ægos Potamos.»

—Escribe usted un poco, si usted gusta, aquí el nombre de ese papel. Nosotros tenerlo. Oh, sans doute. Richard siempre, cada año, recibe los papeles franceses.

Puso Leoncio en una tira de papel el nombre del periódico, y la madama despachó al criado para que fuese á buscarlo y lo trajese, costase lo que costase.

Llegó el periódico, y retirados á un gabinete particular, principió el banquete, alternando los tragos de vino tinto con los párrafos, y los buenos bocados con los moderados elogios que se tributaban.

—Oh! No savez vous lo que hay de particular, decía madama á

todos los vecinos. Nous avons esta tarde toda la prensa de la capital, á comer á la maisón. Quell banquete, mon Dieu, mon Dieu!

A la hora de los brindis, los redactores brindaron por su ilustrado y asiduo colaborador, y éste por los redactores, con discursos llenos de fuego y de entusiasmo.

A la puerta estaba un concurso numeroso, invitado por madama, quien decía:

—Ah, señores, atendez, il y á un caballero que habla magnificamente como un libro.

El agente general montó la oficina á la europea; aguardó el primero, segundo y tercer día; al cabo de ellos fué á dar cuenta de que los libros estaban vírgenes, y de que las más comedidas de las personas á quienes se les había remitido el periódico lo habían devuelto.

Primera, pero no pequeña contrariedad para un redactor.

Instalados al fin de la semana los redactores en el local respectivo, á donde se había remitido el canje de los periódicos, se pusieron á leerlos para ver la impresión que había causado el suyo, y los saludos y felicitaciones que les dirigiesen.

"EL FENIX."

« Jamás habíamos sido tan desagradablemente sorprendidos como con la « Necrología » publicada en el primer número de « El Ægos Potamos;» porque hasta ahora nadie había intentado en nuestro país restablecer el paganismo sensual y corruptor, como se pretende allí.

Es en nombre de la libertad que nosotros protestamos contra esas publicaciones; porque se nos quieren arrebatar las creencias que recibimos de nuestros padres, y las creencias que queremos transmitir á nuestros hijos.

Y esto se hace en pleno siglo XIX, y por los hombres que se apellidan ellos mismos *espíritus fuertes*, pero que no hacen sino secundar las tendencias de *Juliano apóstata*, y que, como él, morirán llenos de remordimientos!! »

"EL PORVENIR."

« Amar, creer y pensar. Hé aquí la vida. Todo lo demás es error. Es el abismo que nos atrae. Es la tempestad que en sus alas nos levanta. Es el cáos en que vamos á hundirnos.

Sobre los despojos de las edades, pisando el polvo de las generaciones con briosa planta, se ha levantado la religión del sentimiento y del dolor, cuya expresión típica es la literatura moderna.

Oh! vosotros, jóvenes ó viejos, que renegáis de esta aurora del porvenir, que escribís una «Necrología,» como si el tiempo, que todo lo crea y todo lo devora, pusiese barreras al pensamiento, arrojad vuestra pluma si no tenéis fe, y sabed que la muerte es la luz.»

A los redactores de «El Ægos Potamos.»

"LA GACETA DE LOS DOLIENTES."

«Es falso que en la enfermedad que llevó á la muerte al SARGENTO PRIETO se hubiese apurado la ciencia, como dice una «Necrología» publicada en el primer número de «El Ægos Potamos»; ningún médico hidropático fué consultado, ni se sujetó al enfermo al método de baños rusos, con lo cual estamos seguros de que se habría salvado.

Los que escriben eso, ó no saben lo que dicen, ó están miserablemente engañados por los alópatas.»

"LA LUZ."

«Con ánimo perverso y siniestras intenciones se ha estampado en un pasquín recientemente publicado en esta capital, llamado «El Ægos Potamos» por irrisión, una infame «Necrología»: escrito subversivo é inmoral, que con pretexto de lamentar la muerte de SARGENTO PRIETO, lo que procura es desorganizar el servicio doméstico, echando por tierra los principios salvadores de la sociedad.

Si la prensa no se corrige, y si una mano de hierro no viene á poner remedio á abusos de tanta consideración; si la voz de los malvados, de los anarquistas, se deja oír y no se les escarmienta; si producciones como la «Necrología» á que nos referimos se dejan pasar desapercibidas, qué será de los buenos, qué será de la familia y de la tranquilidad doméstica!

Damos la voz de alerta, y ya que no hay en la legislación, desgraciadamente, castigo para estos desvergonzados escritores, nosotros los entregamos á la execración pública!»

"LA LEY."

«Asalariados por el despotismo, varios escritores mercenarios han empezado la publicación de un periódico, cuyo objeto único es defender el cesarismo; y como una prueba de ello ponemos aquí la «Necrología» que apareció en su primer número. En efecto, ¿por qué con estilo pomposo hacer la apoteósis de *un Sargento*, cuando tantos otros ciudadanos estimables han muerto también y nada les han dicho? ¿Por qué hablar de Marte, cuando la sociedad lo que necesita es que haya espigas de paz?

Señores escritores de «El Ægos Potamos,» el pueblo no se deja engañar ya por oropeles y frases altisonantes, y detesta el despotismo militar. Ténganlo entendido!»

"EL PASTOR FIDO."

« Ocupados en las tareas literarias que nos hemos impuesto y dando todos nuestros ratos de descanso á Tácito, Terencio, Virgilio, Garcilaso, Lope de Vega y otros viejos amigos que nos instruyen deleitándonos, jamás leemos los periódicos de este país; así es que, por una casualidad, ha llegado á nuestras manos el primer número de «El Ægos Potamos,» que parece es redactado en esta capital, y en el cual se nos ha hecho fijar la atención por una «Necrología» dedicada á un tal SARGENTO PRIETO por los redactores.

Creemos hacer un positivo servicio á la juventud, indicándole los errores que dicha obra contiene, y protestamos que no nos mueve otro sentimiento que el de evitar graves extravíos, que al fin acabarán de dar en tierra con la República de las letras, tan decaída ya.

La palabra Necrología (no admitimos la corrupción de escribir con j lo que la Academia manda escribir con g) se compone de las palabras griegas: *νεxροʃ*, muerte, y *¦λογοʃ*, nómina ó discurso; así es que en su sentido propio no puede aplicarse á lo que esos señores han apellidado tal en su periódico; mientras que si se da con exactitud á la lista de los muertos que ha habido en cierto tiempo, y muy principalmente á la relación de los benefactores de la República, de una iglesia, &c., &c. (Alphabetum gregorum brammhanicum seu. indostanum Universitatis Kasi 12mo Romaæ Congr. de Propag. Fid. 1791). Este grave error y el de llamar Necrópolis (*νεxροʃ*, muerte, *πολιʃ*, ciudad) á los cementerios cristianos, son de funestas consecuencias.

«La parca Athropos, dice lo que llaman Necrología, cortó el hilo de los días del SARGENTO PRIETO.» No podemos dejar pasar desapercibido esto: Las bien conocidas líneas

Clotho colum retinet, Lachesis net. et Athropos ococat

dan una idea cabal de las respectivas ocupaciones de las tres parcas; así es que ha debido simplemente decirse Athropos, sin anteponer la palabra *parca*; porque esto prueba que el escritor no sabía que eran tres, ó que ignoraba la ocupación de cada una de ellas. Y esto es tanto más cierto, cuanto que en la Ilíada, con excepción de un pasaje (20–49) se habla siempre de la *parca* en singular, y sólo en la Odisea se pluraliza, como un adjetivo seguido de un sustantivo de persona, y significando Athropos más bien

destino. La palabra *parca* se deduce por antífrasis de *parco* (ahorrar) para significar que no ahorra á nadie. *Ego nĕmine parco.* (Seu. ad Æ 1-26 Donot — Dionce ap Voss Ethimologia),

« En vano Esculapio y Panacea, dioses amigos de los hombres, intentaron disputárselo á la muerte.»

No comprendemos porqué se cita á Panacea, la tercera hija de Esculapio, excluyendo á Higia y á Egloé, hermanas mayores, sobre todo á Higia, que es la diosa de la salud, y que era la más celebrada por los griegos (Gorres Mythengeschichte der Asiatishen Velt 8vo. Heigdeble 1808).

« La terrible Hécate lo llevó á sus dominios oscuros &c.»

Ya habían dicho que se lo habían disputado á la Muerte, y ahora es Hécate quien se lo lleva.

En primer lugar, Hécate es una extraña divinidad en la mitología griega, y fué Hesiodo quien la introdujo entre la última clase de los dioses, y la esfera en que se le colocó estaba muy distante de la en que figuran los que obraban sobre el destino del hombre. Hécate no figura ni en la Ilíada ni en la Odisea, y el papel que se le asigna en el poema mucho más reciente de los Argonautas, es más bien el de la noche (Argón. 3, 12, 14 se qq.) En segundo lugar, Hécate no tenía dominios ; y en tercer lugar, no todos los autores la pintan terrible como Apolonio de Rodas, que la describe con la cabeza rodeada de serpientes, con antorchas inflamadas en las manos y dando espantosos alaridos; sino hermosa y brillante como la luna (Schoall Histoire de la literature Greque, París 1823 - 8 vol. P. 67).

« El reino sombrío de Proserpina.»

Perserphone ó Proserpina, hija de Céres y Júpiter, representa en la mitología el doble papel de crear y destruir ; y así la vemos aparecer en Homero (29-15); pero aun considerándola como la esposa del monarca del Erebo, la invocación no es apropiada, pues ha debido decirse el reino de Plutón (Class. Journ. vol. 25. p. 30).

Aunque brevemente, creemos haber satisfecho los deseos de personas ilustradas que nos han manifestado la necesidad que había de comprobar los funestos errores en que han incurrido los redactores de « El Ægos Potamos.»

Segunda y no pequeña contrariedad de los redactores.

Al leer esta descarga cerrada de todos los periódicos por la inocente «Necrología,» Leoncio, que es un carácter altivo, se irritó y dijo : Pues bien, para combatir á todos esos escritores, es preciso que el periódico salga, no ya todas las semanas, sino diariamente : y es necesario sostener la polémica y confundirlos á todos.

Escribió más que Samper, más que el Tostado, y con todcs sus manuscritos se fué á casa del impresor.

—Necesito, dijo, que el periódico sea diario.

—*Necesito* que se me pague el primer número.

—Espere usted.

—Espere usted.

—Es una tiranía la de usted.

—Es una tiranía la de usted.

—¿ Hasta que no se le pague no imprimirá usted ?

—Hasta que no se me pague no imprimiré.

—Pues publicaremos el periódico en otra imprenta.

—Pues verá usted cómo en ninguna lo publican sin pagar.

—Veremos.

—Veremos.

Fuése Leoncio rabiando, y el impresor se quedó riendo. Recorrió aquél todos los establecimientos, y en todos le preguntaban porqué variaba de imprenta, y al dar la razón, todos se negaron á imprimirlo.

Tercera y no pequeña contrariedad del redactor.

Desesperado, loco, resolvió formalmente suicidarse, y antes de hacerlo le escribió una tristísima carta romántica á su querida; pues había quedado escarmentado del clasicismo de la necrología, y otra á mí, concebida en estos términos :

«Es preciso que yo muera ; porque si no ¿ qué hacer en un país en donde tú tienes razón ?»

En la huerta de su casa había un papayo : ató á él la punta de un lazo, y el otro extremo se lo echó al cuello con nudo corredizo, le dió un puntapié al taburete en que se había subido, y se lanzó á la eternidad. Pobre mancebo ! hubiera dicho el impresor al saberlo, se fué debiéndome el primer número de su periódico. ¡ Que Dios se lo perdone, ya que yo no puedo hacerlo !

Pero el flexible y débil tronco del papayo no pudo resistir el peso del cuerpo y fué cediendo poco á poco, doblándose suavemente y colocándolo como dormidito sobre un montón de basura que al pie había.

Así lo encontramos, el impresor que había ido á cobrarle, y yo, que corrí afanado al recibir su carta ; y con la ayuda eficaz de la cocinera lo volvimos á la vida.

Última y no pequeña contrariedad de un redactor.

LI

MI HERENCIA.

La triste imagen de la negra noche
Que guarda siempre mi amoroso pecho,
El corazón en lágrimas deshecho,
Voy, mi Rosa, también por ti á evocar ;
Como del fondo del sepulcro se alza
El genio del dolor, la faz cubierta
Y extendiendo su mano, seca y yerta,
Va la copa del llanto á derramar.

Mi padre iba á morir. Los nueve hermanos
Inclinada la sién, baja la frente,
Rodeados de su lecho, tristemente,
Contemplábamos su fúnebre estertor :
Sobre ese lecho donde tantas veces,
En medio del dolor nos repetía—
La virtud es el bien, allí moría,
Sin que nada pudiese nuestro amor.

¡ Mi madre ! ...... ¡ Ay ! nunca ¡ oh Rosa !
Podré olvidar su pálido semblante,
Transido de dolor, al vacilante
Reverberar de la lejana luz,
En el momento que, con mano trémula,
Como le da la esposa del viajero,
Al tiempo de partir, un compañero,
Ella le daba la sagrada cruz.

Ni una queja se oía, ni un suspiro
Venía el silencio á interrumpir profundo,
Apenas el aliento moribundo
De nuestro padre se alcanzaba á oír.
Algo sublime, superior, tremendo,
Más grande que el dolor, en ese instante
A todos dominó. Él, vacilante
Con su mano nos quiso bendecir.

¡ Ay ! Fuí sobre ella con amor supremo
Mis labios á estampar. ¡ Estaba fría ! ......
Como justo que fué, sin agonía
Volóse su alma al seno del Señor.
De su frente sagrada se borraron
Los surcos que formó la desventura,
Su noble, digna, patriarcal figura
Cubrió un extraño y pálido color.

Para siempre sus ojos se cerraron,
Nuestros ayes de amor no los oía,
Su voz, para nosotros armonía,
Jamás volvió magnífica á sonar.
¡ Ay ! delirantes, locos, su cadáver
Pasábamos del lecho á nuestros brazos,
O á la madre infeliz, con mil abrazos
En su duelo queríamos consolar.

¡ Pobre mujer ! ¡ Quién iba á consolarte
En esa noche de tremendo duelo,
En que el amigo que te diera el cielo
Y en quien pusiste adoración y fe,
Tras largos años de amoroso enlace,
En que el afán partiste de su vida,
Sin escuchar tu queja dolorida,
Sin llevarte también, con Dios se fué !

Con un acento que el dolor ahogaba,
La mano de mi padre entre sus manos,
El más noble, el mayor de los hermanos,
Nuestro hermano querido, Rafael ;
« Juremos, dijo, unidos vivir siempre,
De nuestra madre consolar el llanto,
Partir nuestra pobreza, amarnos tanto
Cual nos amamos en presencia de él.»

Suspiros de dolor, ayes continuos,
Y un prolongado y general lamento,
Consagraron el santo juramento
De amistad fraternal y eterna unión;

Y postrados delante del cadáver
Abrazados, humildes, reverentes,
De mi madre, con lágrimas ardientes,
Recibimos la santa bendición.

Las hermanas, piadosas, resignadas,
Oraban en la estancia solitaria,
Y su ferviente y fúnebre plegaria
Llegó con él á la mansión de Dios.
¡ Bendecida esa fe, sencilla y pura,
Que más allá de la desgracia alcanza !
Que mitiga el pesar con la esperanza
Y da al dolor su religiosa voz !

Sobre el pecho ya yerto de mi padre
Una humilde reliquia se veía,
Y arrancada de allí con mano pía
Mi tierna hermana á mí la dedicó.
Esta mi herencia fué. ¡ Prenda preciosa !
Que consagró su fe sublime y pura,
El, á quien siempre hirió la desventura,
Esta joya y su ejemplo me dejó.

Esta mi herencia fué. Tuya es ahora,
Mi tierna amiga, mi celeste Rosa,
Cuando llena de amor fuiste mi esposa
Lleno de amor á ti la dediqué.
Consérvala en tu pecho, santo y bueno,
Como pasa de un templo abandonado
A otro templo, el santuario consagrado
Por el amor, los años y la fe.

Si alguna vez se aparta de tu lado
Esa niña que arrullas cariñosa,
Y entre el bullicio, ya grande y hermosa
La llevare á brillar, hado fatal;
Si no pudieres con amante anhelo
Velar sobre su cándida inocencia
Pon en su cuello mi preciosa herencia
Que su virtud la librará del mal.

LII

LA VIDA.

A J. P. P.

¿ Ves á esos dos niños que se encuentran en un alegre prado, que se abrazan y ríen y juegan juntcs ?

Es de mañana : el sol en el Oriente lanza rayos de apacible luz, de un calor vivificante y de una voluptuosidad que los envuelve como para hacerlos dormir ; la atmósfera está despejada y magnífica ; el cielo sereno y azul, con blancas nubecillas que semejan un velo de gasa ; á lo lejos se descubren colinas elisias y un hermoso horizonte que los atrae y que los ceduce ; y la brisa perfumada viene á acariciar sus blondas cabelleras, y les trae los ruidos de una sabrosa música.

Alegres los niños, jugando y riendo siempre, van en busca de esos horizontes que están tan cerca de ellos, cogidos de la mano, bailando al són de la música, pero marchando siempre, y entretenidos con las flores que en el camino encuentran, ó escuchando los versos que uno de ellos canta.

Se sueltan de la mano, que cada uno siguiendo sus instintos quiere marchar, pero sin apartarse mucho, con la sonrisa en los labios y el amor en el corazón : y á cada momento vuelven á mirarse, señalan el horizonte y siguen alegres.

El sol avanza en el horizonte y da nuevo vigor á los adolescentes, que se empeñan en seguir adelante, á donde hay más luz, más flores, más placeres y más felicidad. El uno toma un sendero empradizado por musgo que cede á sus pisadas, sombreado de palmas y embellecido por un tinte magnífico que se refleja como la luz de Bengala sobre todos los objetos

para iluminarlos. De vez en cuando vuelve á mirar á su amigo, siempre con cariño, pero embriagado con sus propios placeres.

Va cantando, y su canto, en armonía con la naturaleza que lo rodea, igual al murmurio de la fuente que atraviesa, tan suave como el de las aves que pueblan el espacio, es un himno de felicidad que parece inspirado por Dios.

El eco de sus canciones va muy lejos; y armónico y divino, alcanza á agitar las copas de los árboles que á su paso desgajan sobre su cabeza las más bellas flores; y los pájaros, engañados con su canto, le devuelven también sus más sabrosos trinos.

Ya no va solo: una mujer hermosa se ha puesto á su lado, acaricia su mejilla, arregla su cabellera, y abrazada de él sigue adelante. ¿Porqué no se detiene en esa fresca gruta que convida al reposo, al amor y á la voluptuosidad?

El sol lanza sus rayos sobre la feliz pareja, que camina guiada por el amor y alentada por el entusiasmo; y él le dedica versos, y ella le devuelve besos.

Ya no se ven los dos amigos, porque el otro tomó un sendero arenoso, aspero y desapacible, que en vano el amor quiso hacer suave; pero á lo lejos aun alcanza á oír el eco de las canciones de su niño amigo, y goza en escucharlas.

Los dos senderos se juntan donde creían que estaban las colinas elisias y los bellos horizontes, y donde sólo hay una llanura árida y desierta; y de uno de estos senderos sale un anciano fatigado, con el pelo y la barba encanecidos, pero la frente iluminada aún por el genio, que quiere atravesar la llanura; y del otro un hombre envejecido por el trabajo y por las decepciones. Los dos amigos se conocen, se abrazan con cariño y se juntan de nuevo para hacer el camino que les falta.

—Qué encontraste por tu senda de flores?

—La desgracia.

—Y tú ¿qué hallaste por tu camino escabroso?

—El infortunio.

—¿Qué traes que te sirva para pasar el resto del camino?

—Mis versos y mi genio.

—Y tú ¿qué tienes para seguir en la vida?

—Resignación!

Bogotá, Julio 1.º de 1870.

LIII

LAS RIFAS.

—¡ Escóndame, señor, que me coge, escóndame, escóndame !

Así entró gritando á mi establecimiento uno de los obreros, que pocos momentos antes había recibido el dinero que semanalmente se le da para alimentos de la familia.

—¿ Qué hay ? ¿ Reclutamiento ? ¿ Nos vamos siempre á parrandear á Medellín ?

—Una cosa peor.

—¿ Lo persigue á usted algún enemigo ?

—Una cosa peor.

—¿ Algún perro rabioso ?

—Una cosa peor.

—¿ Qué es pues ? ¡ por Dios !

—Una rifa ! Una rifa ! Mire usted á la calle y verá al agente que me está acechando en el zaguan de enfrente, á fin de obligarme á entrar á la rifa de una casaca de general. El jueves pasado me cogió la semana que llevaba á casa, para la rifa de una casulla, y mi familia ha perecido en toda ella : lo mismo les ha sucedido á los demás obreros. Escóndame, señor, porque una vez que me vea, no hay salvación, se lleva la semana, se la lleva sin remedio !

El obrero se estuvo escondido hasta muy tarde, y el agente de la rifa, cansado de esperar, se fué haciéndole una seña amenazadora que quería decir : ¡ No te has de escapar !

En efecto, nadie se escapa hoy de las grandes ó de las pequeñas ó de las infinitésimas rifas que se hacen á toda hora y por todas partes en la

ciudad. Mr. Falb, el astrónomo alemán, que ha puesto en consternación á todas las poblaciones del Ecuador y del Perú, anunciando terribles catástrofes en esas regiones, no previó que en Colombia sucedería la calamidad de *las rifas*, que no hace menos estragos que las mareas, los terremotos y los naufragios.

La *gran rifa* es siempre la de la República, en que entran el partido conservador y el liberal á ver cuál saca el número 5.

Esta rifa es acalorada, y muchas veces se van á las manos ; pues desde el principio se presenta con el sombrero ladeado, á media chispa, echando roncas y con la navaja fuera del carriel, algún matón, que en todos los juegos quiere tomar parte ; y se presenta diciendo que se ha de sacar la rifa con sus amigos, no sólo con el número 5, sino con el 4, y hasta con el 1.

Por fortuna, á veces tanbién los otros jugadores, que saben ya que el tal matón es como Germán, á veces impertinente, pero siempre inofensivo, no le hacen caso y sigue la rifa cada dos años, sin admitir próroga.

A propósito de Germán, voy á referir una anécdota que pasó hace ya muchos años, pero que no por vieja deja de tener su mérito.

Estábamos en un famoso baile, de esos que á pocas vueltas se acaban con palizas, y en los que las respetables matronas y las señoritas toman una parte activa en la pelea; y Germán, que entonces era un joven espiritual y gracioso, empezó á dar bromas á un pobre calentano que se había presentado en el baile con chinelas amarillas y calzón blanco. El calentano, que no aguantaba moscas, se puso furioso, y empezó á tratar muy mal á nuestro amigo Germán, quien, precavido y cauteloso, se le deslizaba sin querer hacerle frente, á pesar de las muchas provocaciones.

Visto esto por Antonio París, que á nada ni á nadie tenía miedo, que era una especie de partido liberal, que á nadie ofendía, pero que era tremendo en la pelea, se volvió hacia Germán y le dijo: «Párale al calentano y yo te defiendo.»

Salióse Germán al centro de la sala, hízose campo, y con aire de matón gritó :

—Hasta ahora, por moderación y por respeto al bello sexo, he estado sufriendo, pero si hay alguno que quiera pelear conmigo, salga al frente !

No lo había acabado de decir, cuando saltó al centro de la sala el ágil calentano, y señalando los puños, dijo:

—Aquí estoy yo !

—Entiéndase usted con Antonio París, le contestó Germán con aire grave, pues á mí no me gustan los pescozones.

La ocurrencia hizo reir á todos, el calentano se calmó, el baile siguió alegre, y la paz se selló con unos tantos tragos.

A una persona á quien yo contaba esto, se le ocurrió que si la Nación aceptase las provocaciones de los matones, éstos habrían de contestar con mucho garbo, como Germán : « Entiéndase usted con los otros, que á mí no me gusta pelear.»

Y si alguno no quedare contento con la alusión, entiéndase con el autor de ella, que á mí tampoco me gustan las camorras.

Sigue en el orden de las rifas la de San Vicente de Paúl, por $ 6,000; después la de una hacienda, por 71 mil pesos: rifa tentadora, como una muchacha bonita; rifa que ha dado de qué hablar, como cierto asunto reservado que en la boca de todos está, y que hará época como un concilio ecuménico.

Para probar á ustedes mi amor á la vida privada, retirado *lejos del mundo y de la fortuna*, sólo tendré que decirles que en el caso de ser favorecido por la suerte, me retiraré inmediatamente á vivir en mi hacienda, donde construiré una *villa pompeya*, ó una quinta algo parecida á la de Plinio ó á la de Cicerón, y donde nada me sería tan grato como recibir á mis amigos lectores, para disertar con ellos sobre la decadencia y ruina del imperio de los Caldeos, ó sobre la hibridación probable de las horquideas.

Pero mientras esto suceda (y que de suceder tiene, pésele á quien le pesare), mientras que sea propietario, gracias á la buena ocurrencia del dueño de la rifa, de poner una hacienda en la sabana *al alcance de todos*, preciso me es seguir hablando de las rifas.

En todas las calles hay una rifa, y en todas las esquinas, grandes carteles anunciando otras en los términos más halagadores. En la una hay sólo quinientas boletas que se venden á medio real, *todas premiadas*, y el valor de la rifa alcanza, *según el avalúo hecho por la autoridad*, á $ 5,000. En la otra *no todas* las boletas *son premiadas*, pero hay algunas con un magnífico reloj que vale 500 pesos, con un suntuoso piano, &c. &c.

Los retratos de los literatos, los fósforos pasados, las agujas mohosas, las lámparas para gasolina, el aceite rancio y algunos versos, son los objetos destinados para premiar las boletas, sin que jamás aparezcan las que tienen por premio el reloj, el piano, &c. &c.

El sistema se reduce á echar como granos de maiz, boletas impresas en una urna destapada y á cargo de los riferos, y cada vez que las boletas se agotan se echan más de repuesto ; y así sucede que una rifa que sólo se anuncia con 500 boletas, dura tres ó cuatro meses, donde de día y de noche se toca el organito, para atraer á los chicuelos, á los campesinos y á las

criadas, para cogerles el *real contingente*, para sacarse ese reloj y ese piano que nadie ha visto.

Hay quien rifa un palacio que nunca ha poseído, por cuya calle no ha pasado y á cuyo propietario no conoce: otro rifa una lindísima quinta con baños, situada en la calle de Betoyes, calle y quinta que no existen, y agua que jamás ha corrido; y en fin, hay quien vaya recogiendo el precio de las boletas para hacer una rifa de dinero, y jugándolo en Malakof; y cuando echa ases dice: «qué de malas están los de la rifa!»

Todo el mundo quiere salir de lo que tiene por medio de una rifa: y como en Bogotá hay una agencia acreditada por su honradez y actividad para eso, el director ha recibido la siguiente carta:

«Muy señor mío:

Sabiendo por los periódicos que usted se encarga de todas las diligencias para verificar una rifa, mediante la comisión de un 5 por 100, consigno á usted para el expresado objeto cinco muchachos de los diez que Dios me ha dado. Usted los hará *valorar por una autoridad competente*, y verificada la rifa y deducida la comisión, se servirá remitirme el resto del valor.

Su atenta servidora,

MARÍA DE LAS ANGUSTIAS CABAL.

P. D. Como usted dice en sus anuncios que los objetos deben estar á la vista, para llamar la atención del público, usted mantendrá en su almacén los expresados chicuelos hasta que se verifique la rifa.

ANGUSTIAS.»

Una familia de siete varones en disponibilidad se reunió hace pocas noches, y poniendo los nombres de las siete muchachas más ricas de Bogotá (y no muchachas, pues entre ellas hay una viuda), los echó entre un sombrero, y cada cual de los sujetos fué sacando su ficha y leyéndola en alto; ficha que representaba á su futura.

Como se ve, en esta rifa, en la cual los puestos no costaron nada, todas las fichas estaban dotadas, y la suerte sólo decidía de la cantidad de la dote. Al día siguiente de la rifa, cada mancebo se presentó como amante amartelado de su respectiva ficha; y el uno dando serenatas, el otro componiendo versos y publicándolos en los periódicos, éste valiéndose de una vieja que entra á la casa, aquél oyendo misa y dándose golpes de pecho delante del apetecido suegro, y uno, además, echándolas de fuerte negociante, todos han empezado su camino. ¿Empezado dije? Mentira. De ellos, tres se han casado ya, dos han sufrido calabazas, y dos tienen fundadas esperanzas de que su amor y su constancia sean premiados.

¡Vaya usted á hacer una visita por la noche!

Mejor le fuera no haber nacido, porque es seguro que en el momento de su llegada se va á hacer la rifa de unas chinelas que ha bordado fulanita, y que con su puesto se completa el número; y aunque usted tenga más chinelas bordadas que camorras un periodista, y sea más tacaño que Don Querubín, tiene que aflojar los dos fuertes por el puesto en la rifa que se hace entre seis de la familia y usted, que es el *verdadero pagano*, por ser *domingo siete*.

El mes pasado tuvo lugar la rifa más rara que jamás se haya visto, y no se crea que es invención de mi cabeza, pues sobre el particular se ha conversado mucho en Bogotá.

Es el caso que había en una familia de esas que por tradición, por orgullo de raza y por costumbre han venido casando á primos con primas, y á tíos con sobrinas, de manera que ya no hay quien entienda el laberinto que se ha formado con los apellidos, pues las mujeres son unas Medina-Celis de Riva-de-Neira y Medina-Célis, y otras Riva-de-Neira de Medina-Celis y Riva-de-Neira: había, digo, un joven que se estaba tardando ya en casarse, muy estimable, por otra parte, pero medio atontado, un poco cazcorvo, y tan feo, que ninguna de las primas ó de las sobrinas lo había querido ni para *bobito de reserva*.

Y ya que digo *bobito de reserva*, voy á contar lo que esto significa entre las muchachas de Bogotá, y el origen del nombre, para que mis lectores puedan más fácilmente comprenderme.

Una gentil y graciosísima muchacha tenía dos apasionados, uno elegante y calavera, á quien ella quería, y otro hombre formal y bueno á quien ella daba esperanzas. Una amiga que por este caballero se interesaba, le dijo un día á la muchacha:

—Si no quieres á fulano, ¿por qué alimentas sus ilusiones y mantienes vivo el fuego que arde en su corazón?

—Porque si el que yo quiero no se casa conmigo, el día en que me desengañe, me caso con el otro, aunque es *bobito*, y por eso lo tengo de *reserva*.

La idea pareció tan buena, que desde entonces toda muchacha bonita en Bogotá tiene su *bobito de reserva* para una eventualidad. Y no vayan ustedes á creer que el papel del *bobito de reserva* es triste y vergonzoso: nada de eso. El es quien recibe todas las pruebas de confianza y cariño, que al verdadero amante nunca se le dan. El es quien le alcanza en un baile el abanico que ha dejado olvidado en otro lugar, quien le trae agua si

tiene sed, y cuando alguno viene á sacarla y no quiere bailar, siempre aparece comprometida con el *bobito*, que entiende á media señal.

Y para aplacar sus celos, si llega á tenerlos, ¡qué de apretones de mano y......no recibe en reserva! Lo que puedo decir á usted es que muchas veces les he tenido envidia á ciertos *bobitos de reserva.*

Como iba de mi cuento: de las muchachas de la familia ninguna había querido á Uladislao, que éste es su nombre, y como era preciso que se casara, la tía, que más autoridad tenía, propuso, y fué aceptado por todas las madres, que el joven fuese rifado entre todas las primas, y que á la que le tocase en suerte se casase con él.

Hízose así con toda solemnidad: echáronse en un sombrero tantos papelitos blancos, menos uno, cuantas muchachas solteras había en la familia, y en este uno se puso el nombre de Uladislao. Cada muchacha se fué acercando temblorosa, y sacando la papeleta la leía. Ya habían salido del susto seis, cuando le tocó sacar á Carolina, quien tomó su boleta, la abrió y encontró el nombre escrito. Al mes completo, la familia reunida celebraba *el feliz enlace* de Uladislao y Carolina, *que se habían querido desde chiquitos.*

Bonifacio tiene una suerte atroz, entra á todas las rifas y nunca saca nada (entre paréntesis, á varios les he oído quejarse de lo mismo); pero el otro día en la rifa de un aderezo quedóse su boleta sola con otra para lo último: dióle tanto miedo, que viéndolo el dueño de la otra, propúsole cambio.

—Por supuesto, acepto, dijo Bonifacio, si mi suerte es muy mala.

Hízose el cambio, tiróse la suerte, y la boleta que había sido de Bonifacio se sacó la rifa. ¿Tiene buena ó mala suerte?

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que como todo el mundo se deshace por medio de rifas de lo que tiene y no puede vender ni cambiar, Bonifacio ha resuelto rifar su suerte á ver quién se la lleva, y me ha recomendado dirigirme á mis amados lectores, que tienen la malísima de leer este libro, para que le tomen algunos puestos. En cuanto á mí, he tomado ya varios, pues soy *impresor* y los billetes de invitación de Bonifacio concluyen con el romance de Quevedo en donde está aquello de

«Tal fortuna desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de *tinta*
Según ha sido de negra.»

LIV

LA ESCUELA AYER.

Pum ! pum !

—¿ Quién es ?

—Yo soy.

—¿ Qué dice ?

—Que si *estai* Don Esmagrafo que le den este *oficio.*

Este diálogo pasaba á las siete de la noche en la puerta de mi casa, y la criada, que era uno de los interlocutores, subió á mi cuarto y me entregó el pliego cerrado que el portador le había dejado al retirarse.

¿ Qué será ? Por una preocupación que no he podido vencer, y que heredé de mi padre, no abro jamás un oficio sin miedo de que contenga algo desagradable, ni carta alguna sin cierto temorcillo acerca de su objeto. Esto es, sin duda, porque á los prójimos no les ocurre escribirle á uno para decirle bonito ó mandarle sus aguinaldos, y porque las autoridades tampoco se dirigen á los ciudadanos para darles una prebenda.

Abrí el oficio, y encontré que no tenía fecha ni nada de malo; pues estaba concebido así :

« Señor Medaedo Rivas :

La Municipalidad ha nombrado á usted examinador para el certamen de la escuela de Santa Bárbara, que tendrá lugar mañana en el local de la misma escuela.

&c. &c.»

—¿ Cuándo es mañana ?

—¿ A qué hora tendrá lugar el certamen ?

—¿ Cuál es el local ?

Al día siguiente, que debía ser el mañana á que se refería la comunicación, á las diez en punto, suponiendo que ésa fuese la hora citada, me dirigí al barrio de Santa Bárbara, resuelto á vencer todos los inconvenientes para ir al examen, pues hay convites á que siempre concurro; y apenas pasé el puente de San Agustín, á la primera persona que encontré le dije:

—¿ Me da usted razón dónde es el local de la escuela ?

—Dos cuadras arriba del altozano de la iglesia, á mano derecha, el segundo portón, me contestó.

Dirigíme al sitio indicado y pregunté en la puerta de la casa si ahí era la escuela.

—Fué, pero ya no es, me contestaron de adentro ; pues no pagaban la casa.

Salí un poco mohíno por el chasco, pero sin desmayar en mi empresa de dar con dicha escuela; y cuando estuve en frente de la iglesia, volví á preguntar.

—Por *Paloquemao* oí leer el otro día, me contestó el transeunte. Vaya usted á la primera casa de la derecha, que ahí debe ser.

—Es aquí la escuela? pregunté al llegar á la casa indicada.

—Ya no ; me contestaron.

—Puede usted decirme á dónde se ha pasado ?

—Hace dos meses que estaba junto al puente de San Juanito, pero como nunca pagan los arrendamientos, es probable que de allí la hayan echado también.

Fuíme á San Juanito. Ya eran las once, y yo temía ser tachado de inexacto por las autoridades, por el Director de la escuela, y aun por los mismos niños, sin culpa mía. Dí con la casa, y efectivamente ya habían trasladado la escuela á otro local.

Volvíame desconsolado para mi hogar; pero al llegar á la calle de la Carrera me encontré con un amigo á quien pregunté, que me dijo:

—Tome usted de aquí la calle recta, y donde encuentre que si diera un paso más se mataría, ahí mismo, en la casa que está en el precipicio, está la escuela.

Tomé mi camino, llegué al precipicio, que, gracias al eficaz interés de las autoridades, divide la ciudad allí en dos partes é impide la salida; y entré en la casa que está á la derecha.

Salió á recibirme un ciudadano con gorro griego encarnado, y díjome ser el Director de la escuela, á cuyo local me condujo.

Esperaba encontrar en los certámenes á algún miembro del Consejo de instrucción pública, al alcalde de la ciudad, á los vecinos respetables de

Santa Bárbara, al cura, á..... quién sabe! Yo había leído que hasta el Presidente de los Estados Unidos pronunciaba discursos á los niños de escuela, llamándolos sus hijitos; y como aquí nos gusta imitar, me dejé ir en alas de la fantasía.

Principiaré por decir que el local de la escuela es una pieza en el zaguán de la casa, dividida en dos por un tabique que deja á la de adentro sin luz; húmeda, sin papel ni esteras, y que tendrá ocho varas de ancho y doce de largo; en las paredes hay algunos cuadros incompletos de Citolegia, de diversos tamaños y edades, diciendo en algunos de ellos Citolafía.

—Es el segundo que llega, me dijo el Director.

—¿ Quién ha venido ?

—El señor doctor Ferrer.

—Tengo un buen compañero: adelante.

—¿ Para qué hora está citada la concurrencia ?

—Para las diez.

—Son las once y media. Esperemos.

Mientras que venían los otros examinadores, nos pusimos á examinar al pobre Director.

—Cuántos niños tiene usted ?

—Están matriculados cuarenta, pero solo concurren de diez y seis á veinte.

—Es posible! En el barrio de Santa Bárbara, según el censo de población, debe de haber de mil seiscientos á dos mil niños en estado de recibir educación. ¡ Viva la República! iba yo á gritar en mi entusiasmo por los progresos que en la instrucción primaria hace Colombia, pero me contuvo la *solemnidad del acto*.

—¿ Porqué está la escuela en este local inmundo, estrecho é incompetente?

—Porque es de cargo del Director dar local, y como á mí no me pagan sino muy de tarde en tarde, tengo que vender mi sueldo por la mitad, no hay quien quiera alquilarme una casa, ni yo puedo pagar otra mejor.

—¿ Qué útiles tiene la escuela?

—Tres bancas para escribir los niños, pero la una está inútil por faltarle una pata; dos banquitas para sentarse, una silla para el Director, diez y seis cuadros de Citolegia, y este escaño que la iglesia está reclamando, pues lo prestó para un certamen hace algunos años, y no se le ha devuelto.

—¿ Le dan á la escuela pizarras, papel, plumas, tinta, &c. &c.?

—No señor; quién iba á dar eso? El niño que quiera aprender á escribir tiene que traerlo todo de su casa; pero como hay algunos pobrecitos que no pueden y que tienen mucha afición, yo suelo conseguirles papeles impresos para que hagan sobre ellos los palotes.

—¿El Consejo de Instrucción pública ha visitado esta escuela?

—En dos años que hace *que yo la regento* no ha venido.

—El señor Gobernador?

Se rió el maestro de escuela, como si estuviese hablando con un insensato, y me contestó con otra pregunta.

—¿A qué habría de venir el Gobernador?

—¿El Alcalde de la ciudad?

—Pobre el Alcalde! que nos huye como al diablo; pero qué vamos á hacer si con él tenemos que pegar todos los maestros para no morirnos de hambre! Su despacho desde las doce del día se parece á un cuadro de ánimas benditas, lleno de los maestros y maestras, con la boca abierta y la mano estirada, esperando algo que llevar á la casa para hacer el puchero.

Cuando estábamos en este animado diálogo, llegó el señor Cuervo, otro buen compañero, quien nos dijo que había perdido, como nosotros, la mañana buscando la escuela.

—¿Quién debe presidir el acto?

—Está nombrado el señor Pedreros, que es del barrio; pero como hoy hay procesión, no vendrá hasta que no se acabe.

—Aguardemos.

—¿Cuánto tiempo hace que es usted maestro de escuela?

Veintiun años!

Mi imaginación se perdió en esa eternidad de martirios, de esclavitud, de privaciones, de días iguales, monótonos, en que se hace la víspera lo que al día siguiente; eternidad consumida entre cuatro paredes, dando azotes, imponiendo encierros, crucificando niños, odiado siempre, escarnecido siempre por ellos; eternidad pasada como la de esos monos que se ponen en las sementeras para espantar los pájaros, y que estaba comprendida en estas simples palabras ¡21 años de maestro de escuela!

Maestro de escuela! Pobre hombre! Arrojemos una mirada sobre su vida; y ya que cuando éramos niños lo llamábamos *tirano*, *injusto*, *cruel*, *verdugo*, *parcial*, *tigre*, devolvámosle en compasión el odio injusto que entonces le profesamos, y llamémosle, con su verdadero título, *víctima* ofrecida por la pobreza á la ignorancia de la sociedad.

A las nueve á la escuela: los niños van entrando, y la voz del maestro, artísticamente enronquecida para infundir miedo, da en el día la primera pala-

bra de *silencio!* que repetirá durante él cien mil veces más; y ay! del muchacho que no la oiga ó que no haga caso, que allá va férula para infundir orden; y después toda la mañana en acecho para sorprender una seña, para escuchar una palabra y volar á castigarla. De repente un papirote le da en un ojo, y mientras que se lo limpia, la mano que lo lanzó se ha ocultado; al ir á corregir una plana, resbala en una cáscara de plátano colocada *ad hoc,* y cae de largo á largo; y así en guerra abierta, permanente y cruel con la malicia, la astucia y la perversidad de los muchachos, infligiendo castigos que son más bien venganzas, llegan las doce del día, y la campana redentora señala la hora de libertad. *A rezar la tabla!* Todos los niños, impacientes como los perros que ven pasar el venado, principian á entonar á voz en cuello: *dos por dos cuatro!* y apenas llegan á *diez por cien mil un millón!* se escapan en medio del bullicio y la algazara; y el maestro de escuela, que mientras tanto ha estado sacudiendo la levita y acepillando el sombrero, se marcha en pos de ellos, cerrando cuidadosamente la puerta.

Las dos de la tarde!—A la escuela!—Un momento, que estoy fumando mi cigarro!—Imposible!—Un momento para concluir una declaración amorosa empezada á los pies de una Venus (todo maestro de escuela es poeta clásico), y de la que depende mi félicidad!—Imposible!—Para atender á mi esposa, que dentro de cinco minutos dará á luz un pimpollo!—Imposible!—Para apagar la cocina, que se está ardiendo!—Imposible!—Para morirme ó descansar!—Imposible! imposible! A la escuela!

Esclavo de la campana, obligado á mantener siempre un continente grave, á hablar con voz cavernosa, á no dejar traslucir nunca un sentimiento humano, la condición del maestro de escuela en Colombia es la más triste del mundo; y se admira uno cómo los legisladores, que han puesto en el código penal presidio, trabajos forzados, penitenciaría, &c., no han colocado entre las penas la de ser *maestro de escuela.*

Mientras que yo me hundía en estas cavilaciones, mis estimables compañeros le hacían también al Director su interrogatorio.

—¿Por qué método ha enseñado usted en las escuelas?

—Yo enseñaba por el método lancasteriano que aprendí con el señor Triana; pero después declararon los sabios que éste no era bueno, y fué preciso abandonarlo.

—¿Por cuál ha sido reemplazado?

—Por ninguno. Cada maestro enseña como puede.

Ventajas de tener sabios en el país!

No pareciendo la persona que debía presidir el acto, y siendo ya muy

tarde, nos declaramos en junta revolucionaria, y me hice presidente (creo que no he sido el primero en América), y el certamen principió.

Un niño vivo y muy bonito salió al frente, y haciendo una graciosa cortesía, dijo :

«Excelentísimo señor (ese debía de ser yo). Señor ilustrísimo (ese debía de ser el señor Cuervo). Respetable auditorio (ese debía de ser el señor Ferrer):» y luégo pronunció un largo discurso contra Sesóstris, Palmira, Cristóbal Colón y las novelas francesas ; y concluyó con que al templo de la sabiduría se llegaba por un áspero camino, y que disimuláramos las faltas que naturalmente cometerían párvulos inocentes.

Si este niño lograse conservar en la memoria esta pieza literaria hasta que fuese grande, no me queda duda que merecería un lugar distinguido entre los académicos, con dos ó tres veces que lo pronunciase en público, y con una que lo hiciese insertar en todos los periódicos, dedicado, eso sí, *á su distinguido amigo el eminente literato N.*

Principiamos el examen por la lectura, y los niños, con admirable rapidez, leyeron los cuadros que estaban en la pared; pero como soy algo malicioso, tomé uno, y marcando en la mitad, dije al niño: «lea aquí.»

Vaciló, tartamudeó, tembló, y por último dijo:

«Los......burros......con......ducen......los hom......bres á las letras.

El león pase......la gra......ma y sa.. ...ca la miel.

Dios......te......crió á tí......luz......y dón......de pan.........»

En una palabra, los niños, que sabían todos los cuadros de memoria, no podían leer en ninguno de ellos, y hacían una mezcla de lo que tenían en la cabeza y de las palabras que alcanzaban á atrapar, de la que salían los disparates más grandes.

En el examen de doctrina cristiana respondían con el mayor acierto el catecismo de Astete, siempre que se principiase por el *pregunto ¿ sois cristiano ?* mas al cambiar un poco las frases, contestaban absurdos espantosos.

—¿ Quién es el enemigo del hombre que le hace faltar á los mandamientos ?

—La mujer, que es un ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, justo, principio y fin de todas las cosas.

—¿ Por qué dice usted que el mundo es enemigo del alma.

—Porque con sólo su poder hace todo cuanto quiere.

—Dígame usted ¿ cuál es el tercer enemigo del hombre ?

—El que adora ó cree en ídolos ó dioses falsos.

El examen, que duró por más de dos horas, nos dió la convicción de

que el Director había trabajado mucho, pero infructuosamente, por falta de un método de enseñanza: que la cabeza de los niños estaba repleta de cosas que ni entendían ni podían aplicar, y que los sacrificios que los pobres habían hecho durante el año para mandar sus hijos á la escuela, habían sido completamente estériles.

Como presidente (provisório) redacté la siguiente comunicación:

« Señor Alcalde: — La necesidad de la instrucción primaria está hoy fuera de toda duda; y nuestro benéfico Gobierno, que trabaja con solícito desvelo en la educación de los niños, que representan la esperanza de la patria, verá con la mayor complacencia los grandes progresos que la instrucción primaria hace en la capital, y á nosotros nos es muy grato informar á usted que la escuela de Santa Bárbara está perfectamente bien establecida, y que los actos literarios en el presente año no han dejado nada que desear.

Somos de usted, &c. &c.»

Mis ilustrados compañeros se denegaron á firmar esta comunicación, á pesar de que yo les hice observar que ésta era la fórmula establecida, y que la menor alteración en este sentido iba á mirarse como una innovación peligrosa para la sociedad, y á ser sumamente desagradable para las autoridades.

Declino, pues, toda responsabilidad, para que no por eso dejen de nombrarme examinador ó de invitarme á los certámenes de los colegios y escuelas, y declaro en público:

1.° Que todo certamen á que me conviden es magnífico, sobre todo si, como acostumbran en los colegios aristocráticos, hay música, canto, comedia y una faustosa *repartición de premios.*

2.° Que la instrucción primaria en Bogotá marcha admirablemente; y

3.° Que la escuela de Santa Bárbara es la mejor de las escuelas, en la más civilizada de las ciudades, en el mejor de los mundos posibles y en el año feliz de

1869.

LV

LA ESCUELA HOY.

El suntuoso jardín que acaba de construirse en Santiago de Chile está decorado con las estatuas alegóricas de cada una de las capitales de las Repúblicas americanas: Méjico, Caracas, la Asunción &c; y estas estatuas compiten en la belleza artística, así como en la majestad de la actitud, indicando cada una la actualidad distintiva de la Nación que representa. Este ha sido un bello y patriótico pensamiento que enaltece las virtudes americanas, y tiende á fundar la fraternidad entre las nuevas naciones, mostrando que en el templo de la civilización hay un lugar para cada virtud, y que cada pueblo es honrado y enaltecido por las nobles cualidades que le distinguen.

Bogotá está coronada de laurel, y, como la diosa de la contemplación, con el libro de la ciencia en la mano y la mirada en el cielo, aguardando la revelación de la verdad. Colombia debe estar orgullosa de la manera como su capital ha sido representada.

¿Merece Bogotá este honor, ó indolente y perezosa se deja arrullar por el vicio, y en los brazos del lujo y de los placeres olvida sus tradiciones y su gloria?

Sólo los extranjeros que contemplan nuestras costumbres austeras, y que miran esta ciudad melancólica como Basilea, en donde no se oye el ruido de una alegre fiesta, ni el bullicio del comercio, ni un grito de guerra, pero en donde, como inmensas colmenas, se encuentran por todas partes los colegios y las escuelas, con mil enjambres de niños que se educan para el porvenir; sólo ellos pueden contestar satisfactoriamente á estas preguntas.

Así, las *tardes amenas* de Bogotá no están destinadas á la alegría y

al placer, sino á unas fiestas modestas en honor de la niñez, de la virtud y de la ciencia; pero son fiestas que embalsaman el corazón, dulcifican nuestros sentimientos y enaltecen nuestra inteligencia.

El famoso artista que delineó la estatua de Bogotá, hubiera podido recibir inspiración asistiendo á la fiesta en que Inocencia Nariño, señorita de diez y ocho años, exhibía en uno de los salones del teatro los adelantos de la Escuela pública que dirige, y que es la 2.ª de esta ciudad. Sencilla y elegantemente vestida, con un sombrerito que daba gracia y coquetería á toda su persona; paseándose en el vasto salón por en medio de todas las niñas, que pendientes estaban de su mirada para poder hablar, como una maga señalaba con su varita á la niña que debía responder, y ésta varita era prodigiosa, pues en el instante salían de los labios de la niña que señalaba, torrentes de palabras de ciencia, fácil y sencillamente dichas; y, como para mostrar el poder de su encanto, las niñas de siete años marcaban en el mapa las principales capitales del mundo, recorrían los mares, llevaban al espectador al Japón, ó le hablaban de Rusia; y después resolvían los problemas de la aritmética, ó exhibían graciosos fenómenos de física.

Bogotá no decae ni pierde su prestigio: la austera ciencia que hacía arrugar las sienes y encanecer la cabeza del sabio, se ha revestido de lindas formas entre nosotros, tomando la figura de una mujer, y así, haciéndose amable y seductora á los niños, extiende su dominio por todas partes y asegura su reinado para siempre.

Las tardes amenas se repiten todos los lunes, pues cada escuela se va exhibiendo allí por turno, y las horas se pasan sin sentir, encantadas con el perfume de la inocencia, viendo rostros alegres, sonrisas inteligentes, y pensando en el lisonjero porvenir de la patria.

Ayer la señorita María de Jesús Páramo exhibió su Escuela, que es la 1.ª de esta ciudad; y el placer y el asombro aumentaron para nosotros. Hermosa como la más lozana mujer de Albión, con su abundante cabellera rubia cayendo en bucles, y todas sus maneras impregnadas de ese aire que tienen las grandes señoras, iba de banca en banca acariciando á sus niñas; y después, cuando de pie, con la mirada centellante, la boca sonreída y en actitud noble las iba interrogando, ah! entonces aparecía sublime, porque la ciencia la coronaba de luz.

Inútil afán el de la mujer bogotana en vestirse de seda y cubrirse de joyas! Los vasos de oro incrustados de piedras preciosas, que se sacan del Herculano ó de Pompeya, jamás alcanzan á tener la belleza de la lámpara de alabastro iluminada por la luz que eternamente ardía en el templo de

las vestales. Nunca es más hermosa la mujer como cuando hace lucir su inteligencia; y las señoritas que después de haberse educado con esmero se dedican á difundir la luz entre sus hermanas del pueblo, no sólo son muy interesantes para la sociedad, sino que en momentos como los de las *tardes amenas*, en que se muestran ante el público, son realmente encantadoras.

¿Qué tiene la sociedad que ofrecer á señoritas como éstas? ¿Flores? Es poco. Esas se ofrecen también á las cantatrices que sólo fascinan los sentidos. Alabanzas? Ellas son muy lindas y muy jóvenes aún para merecer algo más que lo que se ofrece siempre á la juventud y á la belleza. Ellas tienen la admiración del público que asiste á las *tardes amenas*, y la gratitud y el amor de las niñas á quienes se educa por la virtud y para la felicidad.

Las tardes amenas, promovidas por el Doctor Dámaso Zapata, inteligente y activo Director de instrucción pública, concluyen siempre con coros de las niñas, en los que sus mil voces infantiles, armónicas y suaves, se unen para elevar á Dios sus alabanzas porque las ha librado de la esclavitud, de la ignorancia y del vicio, ó para recordar los himnos de gloria de la patria.

Flores, perfumes, música y poesía, como en una gran fiesta, la fiesta de la civilización y del progreso, nos brindan las *tardes amenas* de la Escuela; y el alma alegre al ver cien niñas que se elevan con las alas del ángel, y el corazón conmovido con el aspecto de la belleza y de la juventud, todo arrastra, todo seduce y hace que se salude con orgullo á Bogotá en

1874.

LVI

LOS PEREGRINOS.

A JACINTO CORREDOR.

I.

Para contarte la «HISTORIA DE UNA ROSA,» historia de mi alma empapada en lágrimas y escrita con el fuego de mi primera juventud, fuí á Oriente, el país de la poesía y de las tradiciones; ahora, querido amigo, tienes que acompañarme á América, mundo nuevo que se abre al porvenir y vive de esperanzas.

¿Has estado alguna vez en Bogotá? No? Pues Dios no ha creado nada más bello que su extensa llanura de terciopelo verde tachonada de estrellas, donde los rebaños pastan entre tulipanes y amapolas, cuya brisa embalsamada con el poleo y el tomillo fortifica y rejuvenece; limitada al Occidente por cerros azules que confunden sus elevadas cimas con las nubes de amaranto y oro, y coronada por la ciudad, que blanca y majestuosa se levanta, como una ninfa que apenas pisa con su descalzo pie el esmaltado valle.

La ciudad de Bogotá es original, con sus calles rectas que en anfiteatro se levantan hasta el pie de la cordillera que da sombra al paisaje, donde se descubren las gigantescas torres de su soberbia Catedral, elegantes campanarios que elevan su cruz á inmensa altura, graciosos alminares en cuyos vidrios se refleja la luz, y algunos verdes sauces que caen sobre los tejados; y todo eso embellecido por un cielo que no es brillante y deslumbrador como el de Grecia, sino de un azul suave y sembrado de blancas nubes, de donde un sol benéfico despide rayos de apacible luz, de agradable calor, de vida y de felicidad.

Bogotá es un nido de palomas. Sólo así puede pintarse la vida de

afectos que llevan sus habitantes y lo suave y dulce de sus costumbres; y vivir allí es gozar, cantar y elevar himnos al amor y al placer.

A veces el huracán revolucionario viene á agitar este nido, pero apenas pasa la tempestad, las palomas vuelven á tender sus alas al viento perfumado de la mañana, y á llamar con sus arrullos á las que, en lejanas playas, han perdido su hogar y su quietud.

Las mujeres de Bogotá son como las flores, hermosas, delicadas y castas, pero inspiran un sentimiento como el que se experimenta al ver un sesto de frutas en sazón, excitantes, aromáticas y provocativas; despiertan en el corazón pasiones violentas, y envían al alma sueños celestiales como los que inspiran los ángeles.

Hay en Bogotá un lujo que concluirá por corromper las costumbres, un refinamiento en las maneras que enerva la juventud, y hábitos sociales que quizá repruebe la austeridad; pero todo esto contribuye á hacer más delicioso ese paraíso formado por Dios y embellecido por la civilización. Allí van los ricos de todo el país á buscar tranquilidad y goces, y viven en espléndidos palacios entapisados y adornados con suntuosos muebles de rosa ó palisandro, gigantescos espejos y jarrones de porcelana ó bronces de costosísimo primor.

En los banquetes se sirve infinita variedad de manjares en vajillas de plata cincelada, y los mejores vinos de Europa circulan en copas de riquísimo cristal. Las mujeres arrastran por el lodo trajes de seda y frescas blondas, y van á los bailes cargadas de oro y pedrería; y los jóvenes, caballerosos, nobles y elegantes, se arruinan con frecuencia dando fiestas y llevando una vida disipada y de placeres.

En el mes de Diciembre de 18........., varios jóvenes cenaban en la casa de Julio, quien, para obsequiar á sus amigos, había preparado un espléndido festín; y alegres, contentos, corteses y espirituales, animados por los humos del champaña, brindaban, unos por la patria y por la libertad, y otros por el amor y por sus damas, con rasgos de arrebatadora elocuencia, ó con frases llenas de ternura y de entusiasmo.

A cada brindis se apuraban nuevas copas entre los estrepitosos aplausos tributados al orador, y así llegaron hasta ese extremo en que los espíritus agitados, no contentándose sino con obrar, pidieron que se hiciera algo nuevo. Algunos propusieron recorrer las calles dando alegres serenatas á sus pretendidas, y un genio maléfico propuso...... jugar al dado.

A pocos momentos las caras tan animadas y festivas antes, estaban pálidas y ceñudas al derredor de una carpeta verde cargada de onzas y sobre la cual giraba el dado, que daba á unos la fortuna que arrebataba á otros.

El vino bullía todavía en las cabezas, y el demonio del juego se apoderó de los corazones entusiastas de nuestros jóvenes, quienes no contentos con las sumas que circulaban en la mesa, fueron apostando sobre su palabra; y cuando la luz del día vino á disipar la reunión, Julio había perdido la fortuna de su madre.

II.

La señora T...... daba pocos días después un suntuoso baile para obsequiar al mundo elegante, y había reunido cuanto la riqueza puede conseguir y el buen gusto aconsejar. Su espaciosa casa estaba deslumbradora con mil bujías que reflejaban sobre los muros cubiertos de espejos y adornados de festones y guirnaldas de flores; y á lo lejos se descubrían los jardines fantásticamente iluminados, en donde fuegos artificiales de vistosísimos colores representaban fuentes de luz, cascadas de oro y palacios de diamante. El salón del baile, sencillamente adornado con flores y luces, y en donde se oía una alegre orquesta que tocaba polkas y cuadrillas, hacía contraste con la sala de recibo, lujosamente amueblada, y con una pompa severa y regia como la del Louvre. En privados gabinetes se ostentaban maravillas de la China y reliquias de la Tierra Santa; y el comedor resplandecía con oro, plata y vasos de cristal; todo lo cual era comunicado por fantásticas escalinatas, en donde lucían no sólo las flores que brinda Bogotá, sino también, en jarrones del Japón, las lindas parásitas de tierra caliente, con que sus amigas la habían obsequiado ese día.

Había llegado ya el sarao á ese instante en que la sociedad numerosa se hace íntima, reflejándose en todas las caras la alegría y el contento; cuando los amantes se encuentran, los amigos se estrechan, las madres comparan, las viejas critican, los jóvenes bailan y los gastrónomos saborean el vino madera y los bizcochos que solícitos criados reparten por todos los salones.

Instante delicioso, en que las jóvenes, llenas de vida y radiantes de belleza, vestidas de espumosa gasa, con los brazos desnudos, el blanco pecho descubierto y coronadas de flores, la mirada chispeante, el corazón palpitando, y medio ebrias por el baile, los perfumes y el placer, despliegan toda su hermosura, lanzan todas sus flechas, enamoran con sus sonrisas y hacen soñar al corazón con el amor, el placer, el cielo y la felicidad! El que no ha disfrutado de uno de estos instantes no ha vivido, sólo ha peregrinado sobre la tierra.

En uno de esos momentos es cuando el hombre, entre todos esos pechos de rosa que lo enamoran, entre todas esas sonrisas que lo atraen, seduci-

do, embriagado, en medio de los perfumes y al ruido de la música, elige, casi al acaso, la mujer que ha de ser su compañera en el desierto, y que ha de dividir con él las penas y los trabajos. A veces la bella desposada, llena de amor, de abnegación y de ternura, lleva á la soledad encantos bastantes á levantar un paraíso en donde viven felices los amantes; pero á veces también el recuerdo de la pasada fiesta la entristece, la soledad la espanta, el desierto la acongoja; y no hallando allí flores, música, ni encantos, llora su pasado y hace con la suya la desgracia de su amante.

Sentados sobre un mullido sofá están dos de los convidados á la fiesta, vestidos como los demás, elegantemente y de rigurosa etiqueta. El uno es Julio, joven no alto, delgado, de fisonomía viva, de mirada penetrante, que revela uno de esos caracteres activos, enérgicos, emprendedores é indomables; y el otro es Luis, un caballero alto, pálido, de mirada distraída, de barba negra y prolongada y de aspecto de poeta ó soñador.

Ambos miran con atención á Elvira, joven preciosa de diez y ocho años, rubia, esbelta, blanca y aérea, de mirada celeste, que baila como una hada y que de vez en cuando vuelve los ojos á donde están los que la contemplan, ó con sonrisa de angel deja ver sus dientes de perla entre los labios de coral.

—¿ La amas todavía ? preguntó el uno al otro de los dos amigos.

—Más que á mi vida, contestó Julio.

—¿ Y ella......

—¡ No me preguntes ! Cuando caí herido en la última guerra, sus amigas la vieron llorar. Al saber que había perdido al juego mi fortuna, no ha vuelto á sonreirse conmigo; pero su mirada triste y severa me ha dicho lo bastante. ¿Y *La romántica* no ha venido á la fiesta ?

—¡ Cándida flor, nacida en la soledad, guarda su belleza y su perfume para el cielo, y jamás asiste á las fiestas que puedan marchitarla!

La polka, que cesó en este momento, interrumpió el diálogo de los dos amigos, obligados á ceder sus asientos á las señoritas que estaban danzando; y pronto se perdieron entre la multitud.

Isabel R. cantaba poco después, y á los acordes melancólicos del piano unía los ecos de su sonora voz en el final de la « Lucía »; y ¡ mágico poder el de la música !, los rostros de las jóvenes beldades, risueños hacía un momento, ahora expresan ese sentimiento que se parece á la tristeza, pero que es más bello que el placer y que sumerge el alma en un voluptuoso mar de dulces impresiones; que es melancólico y hermoso como el anochecer y que tiene, como él, sus ráfagas de luz y sus celajes encantadores! Y dominadas todas por los encantos de la música, parecen decir que esos

ecos son los acentos de su alma, y que hay una armonía secreta pero íntima entre el cielo, la música y el corazón de la mujer.

Elvira, en este momento, pálida y temblorosa, desgarra descuidada el ramo de magníficas flores que tiene en la mano; á su lado está Julio, en cuyo rostro se descubre una viva emoción. Ella le escucha como asustada y cuidadosa, y al fin deja escapar de sus labios la palabra sí con energía, y cae casi desmayada sobre el cojín que diseña el perfil de su linda cabeza.

III.

Vamos al Magdalena, donde la naturaleza se ostenta con todo su poder y toda su grandeza; vamos á contemplar esas inmensas selvas solitarias, silenciosas, como si oyesen todavía las palabras del Creador, cuyos ecos parecen escucharse á lo lejos; vamos á ver ese río que eternamente pasa sus olas argentadas para ir á perderse en el mar.

Vamos á la soledad, porque allí el alma se fortifica y se eleva. La soledad de un día es el fastidio; la soledad de siempre tiene encantos, poesía, ecos y compañeros. En la soledad el hombre cuenta los latidos de su corazón, comprende su lenguaje, sondea sus abismos y complace los instintos de ese compañero, frecuentemente abandonado ó traicionado en sus más nobles aspiraciones. En la soledad desaparece el presente, y la memoria trae brillantes y deslumbradoras las imágenes del pasado, renovando los sueños de la juventud y despertando el entusiasmo de la primera edad. Allí mueren los celos y la ambición, y sobre sus despojos brotan la contemplación y la conformidad; el hombre lee lo que está escrito por los astros, comprende el lenguaje de la brisa, goza en el eco de la montaña, percibe la hoja seca que rueda, y vive con la estrella solitaria, con la flor escondida, con la tórtola gemidora, que jamás lo dejan.

En la orilla derecha del Magdalena hay un punto llamado « Buenavista,» en donde existe un grupo de casas pajizas medio cubiertas por árboles gigantescos, cuyos habitantes, casi salvajes, viven de la pesca y de las inmensas plataneras que siembran en la fértil vega del río. Allí se vive en estado de primitiva naturaleza, y sin más contacto con el mundo que el de algunos bogas que arriman con sus balsas cargadas con arroz y loza cuando del alto Tolima van á Ambalema, y que dejan en cambio de racimos de plátanos que les dan los habitantes. Las épocas son allí conocidas por las revoluciones, como *la guerra de Galindo*, *la guerra de Melo y la guerra de Mosquera ;* y esto porque entre sus habitantes hay un viejo soldado que, después de haber servido en cada una de esas guerras, se retiró allí

con su familia, y refiere á los otros sus hazañas en las noches de luna, sentados al pie de las palmas ó á la puerta de los caneyes.

Al frente de Buenavista y en la orilla opuesta del río se descubre una gran roza de maíz, que en medio de la selva, de color oscuro, luce verde como una isla en medio del océano, y al pie de esta roza hay una casita pequeña pero blanca y aseada y con ciertas pretensiones de coquetería sorprendentes en aquella soledad.

Allí vamos á encontrar á nuestros amigos *peregrinos*: al uno trabajando incansable y al otro soñando y haciendo versos.

Es de noche: una recia tempestad hace crugir los árboles, algunos de los cuales caen con ostentoso fragor: la lluvia azota las paredes de la pequeña casa, iluminada de vez en cuando por relámpagos y extremecida por los truenos que le siguen inmediatamente. Reina un calor sofocante dentro de la pieza, y el huracán impide abrir la puerta.

A los que vimos lujosamente vestidos en el baile de Bogotá, los encontramos ahora con pantalones de lienzo grueso, ruana blanca, alpargatas y camisa que deja descubierto todo el cuello. Luis está tostado por un año de sol en esas regiones, y su barba se prolonga como la de un Bajá. Julio lleva en su rostro las señales que ha dejado un profundo pesar, y está pálido, enfermizo y envejecido.

El soñador se pasea lentamente á lo largo de la sala, y se siente conmovido y excitado en presencia de la tempestad; mientras que Julio, tendido sobre un cuero de res, parece olvidar cuanto le rodea, para entregarse á penosos recuerdos.

¡ Un año ! dijo éste al cabo de mucho rato de silencio; pero esta palabra más parecía escapada de sus labios que dicha para dar principio á la conversación. Sin embargo, Luis se apresuró á contestarle.

—Un año de trabajos y amarguras, llevado con resignación, es un magnífico libramiento contra el porvenir. Por otra parte, aquí hay placeres que no se encuentran en la sociedad, y esta vida nueva que hemos adoptado tiene encantos y poesía para mí tan gratos, que no siento pasar los días. Por ejemplo ¿ en dónde sino aquí ó en el mar puede gozarse de una escena como la que acabamos de presenciar ? ¡ La tempestad ha sido espléndida !

—Pero no ha sido en busca de emociones que yo he venido al Magdalena, sino en busca de nueva fortuna, y la suerte se conspira contra mis propósitos, y los acontecimienros me son enteramente contrarios. ¡ Un año sin ver á Elvira ! un año sin ver á mi madre ! un año de destierro, y nada he adelantado !

—¿Cómo, que no has adelantado? Eres más fuerte que antes, ya sabes hacer frente á los sufrimientos, y lo que ayer te era imposible hoy te es ya fácil.

—No son los sufrimientos los que me desesperan, ni es esta vida de privaciones á que ya estoy acostumbrado, sino la lentitud del tiempo para hacer producir las cosechas, cuando mi actividad febril quisiera trabajar incansable para acelerar el porvenir; y después, lo incierto del resultado. He sido tan desgraciado hasta hoy, que nada me ha salido bien; ahora mismo esta tempestad que tanto te complace, habrá inundado el tabacal, y mañana estaremos más pobres y con menos esperanzas.

—¿Con menos esperanzas? Jamás! Dios dió al hombre el genio, y mientras que una chispa de él arda en sus sienes y tenga delante el porvenir, está seguro de conquistarlo y conseguirlo todo. Hay algo sublime en la fábula de Sísifo levantando siempre una enorme roca, que rueda cuando ya va coronando la cima: ésta parece ser nuestra tarea; pero él tenía por enemigos á los Dioses, y nosotros los tenemos propicios, añadió Luis riéndose, porque frecuentemente hacemos libaciones en su honor; y ahora te propongo que echemos un trago.

Oyóse á lo lejos el ruido que hace el canalete en el agua al impulsar sobre las ondas la canoa, y luégo una linda voz que se iba acercando y que cantaba alegre:

« Preguntále al sacamuelas
Cuál siente mayor dolor,
Si al que le arrancan la muela
Ó al que le quitan su amor.
Ay! fuego lento,
Al que le quitan su amor! »

Nada hay más en armonía con los lugares, las costumbres y la civilización, que la música y el canto; y nada hay comparable al canto melancólico y prolongado de las mujeres de tierra caliente, cuyos acentos se confunden con el gemido de la brisa y cuyos ecos se repiten de breña en breña hasta perderse en la inmensidad.

Poco á poco fué acercándose á la casa la persona que tan dulcemente así cantaba, hasta que sus pasos se escucharon ya cerca de la puerta.

—¿Quién es? preguntó Luis.

—El diablo, contestó la misma voz fresca y cadenciosa, como es la de las mujeres de la ribera del Magdalena.

—¿Eres tú? Cantalicia.

—No, sino que será mi ánima.

—¿ Y cómo pasaste el río ?

—¡ Vaya con la pregunta ! Por encima, porque por debajo me habría ahogado.

—¿ Y tu padre ?

—Allá. No, sino que vendría él á mojarse.

—¿ Pero no va á disgustarse ?

—Una buena manta de garrotazos me va á dar. Pero ¡ ave María ! no me haga tantas preguntas, que parece confesor, y déjeme dentrar, que vengo tantico cansada.

La que así hablaba atravesó la puerta, y la luz dejó ver una preciosa muchacha de diez y seis años, alta y delgada como una palma, de color de perla, ojos negros, rasgados, lánguidos y hermosos, y boca risueña; destilando por sus largas trenzas gotas de agua; con un gran sombrero de paja atado á la barba; el pecho apenas cubierto con su blanca camisa y un pañolón de algodón de color rojo; el traje alto y arremangado, y llevando en los pies unas *quimbas* de piel de res para evitar las espinas del monte.

—¿ Es posible, *niño* Julio, dijo apenas lo vió, que desde esta mañanitica no hayan güelto ? Cuando vide que ya anochecía y sin parecer, dije para mis adentros, aquellos blancos no han pasado bocao en toito el santo día, y resolví venir á traerles algo ; pero ¡ ave María purísima ! si es cuando ha caído tantica agua !

—Mil gracias, Cantalicia.

—Gracias las del judío, que habiendo sol tiene frío. Pasque ni aun candela tienen aquí.

—Aquí no hay nada.

—Pus no le hace, amén que el *viudo* viene caliente y que el mauro y el tasajo venían bien tapaditos.

Esto diciendo, se sentó en medio de la salita, recogiendo el traje, y con esa manera especial de las calentanas, que no es á la turca, ni como las bogotanas se sientan, sino más bien en cunclillas, como el tigre que descansa, pero en actitud de dar el salto, y sacó de una mochila que traía á la espalda: primero unas hojas verdes de plátano, que extendió en forma de mantel, y después, ayudada de una cuchara de palo y de sus delgados dedos, fué colocando sobre ellas pedazos de blanca yuca, que se desmoronaban al tocarlos, tajadas de plátano, cuyo olor provocativo abría el apetito, y casi enteros, varios riquísimos pescados cocidos con los otros alimentos. Luégo, de en medio de un pañito blanco y aseado, desenvolvió unos plátanos asados para que sirvieran de pan, y concluyó con *tasajo*, especie de cintas de carne asada, que despedían un olor exquisito.

—Hora sí vengan, dijo cuando ya estaba todo preparado y arreglado á su manera.

—¡Pobre Cantalicia!

—Pobre del diablo, que perdió la gracia de Dios por un resabio, interrumpió la muchacha, riéndose como si hubiera dicho una gran cosa.

—Ya ves, Julio, dijo Luis, ésta es una cena en el Olimpo, en la cual Cantalicia es la Diosa protectora, y sería digna de un cuadro mimoplástico. Algún día, cuando seas millonario y vivas en Londres, al tomar el te con tus amigos Rostchild ó Bering, les referirás con placer estas fiestas.

—Coman y no platiquen, que yo tengo quirme antes de que mi taita barajuste pacá.

—¿Crees tú, Cantalicia, que te pueda hacer algo tu padre por esta acción generosa? Entonces iremos nosotros á acompañarte y á protegerte.

—Tú que no puedes, llévame á cuestas. Ni faltara más que fueran á atravesar con la noche que hace el río; con ser uno que es distinto, y que no es temisto, cuál se ve para venir hasta aquí.

Cenando estaban agradablemente, cuando sintieron otros pasos más fuertes y más lentos que los primeros, pero que también se dirigían á la casita.

—¡Mi taita! gritó Cantalicia con ese instinto del salvaje que adivina el peligro; y se puso á temblar, buscando dónde refugiarse.

Luis se levantó precipitadamente y salió á la puerta; pero el padre de la muchacha pasó por junto de él, como si no lo viese, y entrando directamente á la sala, se dirigió á donde estaba la muchacha y le tiró un formidable garrotazo que, gracias á Julio, que se interpuso entre los dos y recibió el golpe en un brazo, no hirió á Cantalicia.

Entonces ella, olvidando su propio peligro, su miedo y todo lo que á ella hacía relación, tomó el brazo de Julio, y dijo con una energía sorprendente :—¡Vea, taita, lo que hace, que ya lastimó al niño Julio!

Un nuevo garrotazo iba á darle aquél por respuesta, pero Luis le quitó el palo y lo contuvo, mientras que ella, sin cuidarse de la tempestad que venía sobre su cabeza, levantaba la manga de la camisa que cubría el brazo de Julio y lo examinaba para conocer el daño.

—¡Valiente primor! taita, venir á aporrear al niño Julio!

—Calla! bagamunda, dijo el viejo, que no tienes otro pensar que estos foragidos.

—Ahí sí meto yo mi brazo, contestó la muchacha, porque una cosa es que yo le haiga puesto amor á Don Julio, porque así me lo ditaba mi corazón, y otra que busté lo llame foragido, cuando él no me ha dicho jamasito esta boca es mía, ni nadita de esa laya.

La escena continuó animada por algunos momentos : después fué aplacándose la cólera del viejo, y éste concluyó por tomar un trago de aguardiente con Luis. Al día siguiente todos juntos bajaron para el caserío, habiendo el mismo viejo piloteado la canoa en donde iban los *foragidos*, á quienes de buena voluntad habría dado muerte pocas horas antes.

Al atravesar el Magdalena el viejo piloteaba y dirigía la canoa ; Cantalicia iba sentada en el fondo de ella y disimuladamente estrechaba la mano de Julio entre las suyas ; y Luis, de pié en la proa, recitaba estos versos, que repetían los ecos de la montaña :

Sobre tu ardiente playa está mi choza,
Y tu lenta carrera perezosa
Igual por largos años vi pasar ;
¡ Qué hubiera sido del destino mío,
Inmenso, noble, caudaloso río,
No pudiendo tus ondas contemplar !

Cuando mi alma sucumbe á la tristeza,
Al contemplar tu mágica belleza,
Vuelvo otra vez á hallar resignación ;
Que hay en tus ondas música y poesía,
En tu murmurio plácida armonía
Y en tu inmenso raudal inspiración.

Tú que sigues constante en tu camino,
Sin murmurar de tu fatal destino,
Ni descanso y quietud pedir jamás ;
Sin preguntar á Dios porqué al oceano
Te arrastra siempre con potente mano:
Sin que intentes jamás volver atrás.

¿ En tus senos qué encierras ? El abismo,
La muerte, lo ignorado, y esto mismo
Arrebata y fascina la razón,
Como embeleza el porvenir, en donde
El duro escollo del dolor se esconde
O el abismo fatal de una pasión.

Igual, inalterable, indiferente,
Arrastrarás por siglos tu corriente,
Hallando un siglo al otro siglo igual ;

Hoy pasando por regias soledades,
Mañana por espléndidas ciudades,
Después por ruinas y el desierto erial.

Tus ondas, hoy hermanas, que jugando
Van por tu lecho, unidas y rodando,
Do se refleja el firmamento azul,
Irán, la una á agitar el mar de Atlante,
Mientras la otra, cariñosa, amante,
Besará los serrallos de Stambul.

Tú arrastras en tu curso, Magdalena,
Uno á uno, los granos de la arena,
Para sumirlos en la inmensa mar ;
Como en el curso de una larga vida
Toda ilusión magnífica y querida
Se siente hacia el abismo resbalar.

El poeta que estático te admira,
Siente la inspiración, toma su lira,
Y reverente adora á tu Criador.
Ya va á cantar.... ¿ La inspiración, qué se hizo ?
Cual de tus ondas el ligero rizo,
Murió lanzando plácido rumor.

Ay ! cuántas veces, con febril demencia,
Queriendo unir mi nombre á tu existencia,
La mano sobre el polvo lo grabó !
La tempestad, la lluvia ó la corriente
Lo borraron de noche ; al día siguiente
Ni nombre, ni señal, nada quedó.

Si la sublime inspiración que siento
De tus ondas no toma algún acento,
O su voz no le presta el huracán ;
Si no me das tu aliento, Magdalena,
Escritos con mi nombre sobre arena
¡Ay de mis versos, que á borrarse van !

Vamos á asistir á una vaquería con nuestros antiguos amigos, en los prados que han sustituido á las inmensas selvas abatidas por el hacha civilizadora. Son las cinco y media de la tarde y empiezan á llegar, uno á uno

á una casa pajiza, cuyo techo da contra el suelo y en donde están Julio y Luis, diversos personajes, repitiendo todos en forma de saludo:

—Se las dé Dios!

El traje de estos vaqueros es el ordinario de los calentanos: calzón corto de lienzo, camisa que deja flotar las faldas, y sombrero de gruesa paja. Cabalgan en caballos pequeños y ágiles, que llaman *mochos*; todos llevan una *garrocha*, en actitud de dar una lanzada, y un enorme rejo de enlazar, envuelto en grandes roscas y atado á la cabeza de la silla.

Hecha la salutación, cada cual va desfilando á colocar su *mocho*, atado á un tronco y con el cabestro largo, de manera que pueda pastar durante la noche y estar pronto al amanecer para principiar la vaquería; y luégo va á sentarse bajo el alar del caney ó se acuesta á lo largo sobre la cobija que extiende en el prado y forma siempre un grupo con los compañeros. En el medio hay un gran fuego, cuyo humo, impulsado por el viento, unas veces se entra al caney y otras se carga al Occidente, haciendo llorar y toser á los que están allí acostados, sin que por esto se muevan ni varíen de actitud; y alrededor del fuego está Cantalicia con dos hermanitas más, que revuelven una enorme olla, en donde está cocinándose la cena, ó dan vueltas con la mano á los plátanos verdes que sobre el rescoldo se están asando.

A las siete de la noche, y cuando ya todos los que debían asistir á la vaquería habían llegado, se sirvió la cena, empezando por Julio y por Luis, que, iguales á los demás, se van acercando á donde Cantalicia y recibiendo con una mano un plato que rebosa de sancocho de plátano con tasajo, sobre el cual flota una cuchara de madera, y con la otra una totuma de chocolate y un plátano asado; sin embargo, no faltó quien reparase que en el plato de Julio había las presas de un pollo mañosamente ocultas debajo del sancocho.

Concluída la cena, fueron acomodándose de la manera como debían pasar la noche, mas no con ánimo de dormir, pues el uno, sentado debajo de un totumo, cantaba el bambuco; mientras que la mayor parte escuchaba los cuentos del *rancho* Camilo, estallando á veces en una carcajada uniforme ó en exclamaciones de admiración. Los cuentos del *rancho* eran aventuras amorosas contadas en lenguaje libre y picante, ó hechos fabulosos de toros y de vaqueros; pero de esta clase pocos le gustaba referir, porque á su turno cada cual tomaba la palabra para relatar otros hechos estupendos. Dicen que nada hay más divertido, por las enormes mentiras que inventan, que una conversación entre cazadores; pero los que esto dicen, no han oído sin duda á los vaqueros, que exceden á cuanto

la imaginación pueda concebir, y que hacen de los toros prodigios y de los toreadores semidioses.

En medio de la conversación son interrumpidos por un caballo que, reventando el cabestro, sale haciendo un ruido de Satanás, y espantando á los demás caballos, y entonces se levanta una silba y gritería general entre todos los vaqueros, que contribuye á aumentar el espanto de las bestias y la confusión en el campamento.

Cuando ya era media noche, todos se entregaron al sueño apacible que trae siempre un día consagrado á la fatiga y al trabajo, y entonces entre Luis y Julio hubo este diálogo:

—Contempla este paisaje, dijo el primero. Horacio Vernet habría hecho en dromerario una correría de cien leguas para trasladarlo al lienzo con su precioso pincel. Mira, es más poético que todas las escenas del Oriente. Aquí no es una naturaleza muerta, un árido desierto, sino una selva virgen, majestuosa y sombría, la que nos rodea: el cielo es tan hermoso como allá, y la luna, espléndida y radiante, alumbra nuestro campamento, no menos pintoresco que el de los beduidos ó el de las caravanas en romería á la Meca.

—Feliz tú, que encuentras algo bello de qué gozar. Yo, perseguido, acosado por un solo pensamiento, en nada encuentro placer. Mi alma y mi corazón no viven aquí; y en presencia del deber sagrado que me he impuesto, todo me parece árido y triste. ¡ Ay ! con cuánta dificultad se forma una fortuna ! Terrible castigo, severa expiación por un momento de locura; pero mi voluntad es indominable: no vuelvo á Bogotá á ser mendigo y á ver á mi madre en la pobreza !

Al amanecer del día siguiente el relincho de los caballos, el ruido de las monturas y de las espuelas, y las voces de los vaqueros llamando á los *mochos*, hicieron levantar á nuestros amigos, con una emoción grata, semejante á la que se experimenta el día de una fiesta y en algo parecida á la de una batalla; y ensillando sus cabalgaduras se unieron al cortejo, que fué desfilando, de uno en uno, yendo en él Cantalicia, que, haciendo de sus enaguas un calzón turco, y poniéndose una ruana atravesada y un sombrero de ala ancha, levantado de lado, iba cabalgando como hombre, con maestría y destreza, un potro rosillo, ágil, cenceño, alegre y bufador.

Al llegar á la cruz del potrero se desplegaron en guerrilla los vaqueros y fueron á tomar las eminencias, desde donde, con gritos prolongados, empezaron á llamar el ganado, que al principio se manifestó sorprendido; luégo, mirando á todos lados, principió á correr sin destino, después fué

uniéndose en pequeñas manadas, y últimamente, reunido todo, comenzó á bajar de las alturas; los toros bramando, y las vacas llamando á sus terneros.

Los vaqueros, sin cesar de gritar, iban estrechando el círculo, y cada vez que un toro trataba de *desmancharse* ó apartarse, ponían su *mocho* á escape hasta pasar por delante, y con nuevos gritos le hacían volver al redil; pero á los terneros que, ligeros como gamos, se escapaban, sin atender á los gritos, era preciso enlazarlos. Nada es más admirable que ver á esos vaqueros con un rejo de diez y seis varas de largo, grueso, duro y pesado, y con una lazada que tendrá seis varas y que apenas pueden volear, correr detrás de un ternero pequeño, en medio del pasto, tirar el rejo, y á pocos momentos ver el ternero atado de un extremo, y del otro la cabeza de la silla enlazada, y el *mocho* en actitud de retroceder, para llevar al desertor al cuartel general.

Los potreros del Magdalena no son valles tersos como los de la sabana de Bogotá, sino cerros fragosos, llenos de grietas y de abismos, erizados de troncos de árboles tendidos que todavía no se han quemado, y todo cubierto por el pasto de pará y de guinea, que no deja percibir el suelo y los peligros. Por allí es preciso saltar los arbustos y dejar que el instinto del caballo adivine los peligros, ó cuando va impetuoso en la carrera y encuentra algún tropiezo y cae, rodar con él y estar pronto á montar de nuevo.

A la manera que el pescado cogido en la red gira, se revuelve, invade, busca, intenta salir y retrocede, siempre detenido por una malla que le impide el paso, hasta que al fin uno más grande y más fuerte empuja con violencia y da en el punto donde la red está débil, y por allí se escapa con todos sus compañeros; así al llegar al corral el ganado, un toro hosco, de aspecto matrero y robusta cerviz, de repente parte para donde está Luis, embiste al caballo, que cae bañado en sangre, y corre precipitadamente hacia el potrero. Todo el ganado sigue su ejemplo y se dirige por el mismo punto, en donde Luis se debate por salir de debajo del caballo; y cuando aquél va á pasar por sobre Luis, Cantalicia, rápida como una flecha, cruza el círculo, atraviesa su *mocho* delante del ganado, y valerosa y resuelta hace frente al primer toro que llega, lo grita, lo atropella y lo obliga á retroceder, y tras él todo el ganado se detiene; con lo cual salva á Luis de una muerte segura.

Luégo que el ganado estuvo en el corral, los vaqueros volvieron al campamento á relatar, arrebatándose la palabra, los riesgos que habían corrido y las gracias que habían hecho, debiéndose, en opinión de cada uno,

sólo á él la buena recogida. En efecto, es cosa incomprensible ver cómo quinientas fieras, cada una más potente que un león y más brava que una hiena, armada por la naturaleza de formidables cuernos y gozando de plena libertad en potreros inmensos, se dejan reducir y encorralar por una docena de hombres, á los cuales pone en dispersión un solo toro cuando se encuentra aislado.

En un momento de silencio, Luis, sacando una botella de aguardiente de anís de las alforjas y un coco labrado con manija de plata, propuso echar un trago por Cantalicia, su linda libertadora; y sea porque la muchacha fuera de universal simpatía, ó porque apetecieran el trago, la proposición fué aceptada con entusiasmo, y no una sino muchas botellas de aguardiente fueron apuradas.

—Tan pesao que es este niño Luis, dijo Cantalicia; por eso no lo quiero: venirlo á uno á sorrostricar delante de todito el mundo.

—No, muchacha, contestó Julio, él sólo ha querido darte una prueba de agradecimiento.

—Pus paqué dijo eso de *linda*, lindos los ángeles, y yo nadita soy de él pa que diga que su libertadora. Eso no es más que pa que hablen despues de uno.

Luis, un poco animado por el trago de aguardiente y ciertamente agradecido de Cantalicia por haberlo salvado, quiso abrazarla; pero ésta, con agilidad graciosa, y haciendo uso del derecho de legítima defensa, le dió una palmada en el carrillo que resonó por todas partes, y se escapó para el fondo del caney.

La vista del mar es sublime, pero la navegación es triste y melancólica, viendo siempre el cielo sobre nuestras cabezas, el mar inmenso que limita el horizonte, el día sucediendo á la noche siempre igual, y las olas monótonas y constantes produciendo el mismo rumor al estallar contra la proa del buque. No hay soledad que pueda comparársele, y el espíritu se acongoja al contemplar ese desierto de agua sin límites, por en medio del cual va atravesando el hombre, sin una huella que lo dirija ni un recuerdo de los que por allí han pasado; viendo el abismo y la muerte á cada instante, y sin que haya quien oiga sus gritos ni lo salve de los peligros. El corazón se enamora de la golondrina que viene á posarse en los mástiles: dice ¡adios! á las garzas que pasan deslizándose sobre las olas; contempla con placer las toninas qne en tiempo de calma juegan en el Océano, como los corderos en el verde prado; y se siente feliz cuando á

algunas millas se descubre la blanca vela de un buque que cruza, quién sabe para dónde, y que no volverá á ver nunca.

La navegación en el Magdalena, bien al contrario, es en extremo amena, risueña y pintoresca: se ve á cada paso un nuevo paisaje, una escena distinta, horizontes diversos. A lo lejos, en el poniente, se descubre el brillante y majestuoso Tolima, y á su alrededor, como séquito de su corte, tiene los páramos ó nevados de Ruiz, Santa Isabel y otros, y sirviéndoles de pedestal una inmensa y prolongada cordillera que á la luz de la luna se ve azul como el color del cielo, y más cerca las selvas vírgenes, espesas y negras de las riberas.

Por la noche Luis tomaba una canoa y un canalete, y soñando quizá que estaba navegando en el *gran canal* de Venecia, en su dorada góndola, pasaba las horas enteras cantando:

Solo y de noche
En mi barqueta,
Lista y coqueta,
Con ondulante,
Suave vaivén,
Cruzar cantando
Del Magdalena
La onda serena,
Es mi supremo
Y único bien.

Del banquete de la vida,
De la gloria y los honores,
De la suerte y sus favores,
Nada, nada me tocó.
El mundo me dió desprecios,
Busqué la virtud en vano,
Hice del hombre un hermano,
Y el hombre aleve me hirió.

Mas aquí, barqueta mía,
En un mar sin tempestades,
Por hermosas soledades
Vamos cruzando los dos.
La noche cubre la selva
Con leve, flotante velo;
La luna brilla en el cielo,
Y en el espacio está Dios.

Boga, boga,
Mi barqueta,
Tan coqueta
Y tan gentil ;
Que al impulso
De las brisas
Te deslizas
Sin sentir.

Aquí no oprime ninguno
Mi salvaje independencia,
Ni del oro la influencia,
Ni el prestigio del poder :
Aquí solo, en el desierto,
Alzando altiva la frente,
Sueño y gozo libremente,
Y cantar es mi placer.

Y á media noche
En mi barqueta,
Lista y coqueta,
Cruzar cantando
Del Magdalena
La onda serena,
Es mi supremo
Y único bien.

¡ Oh, libertad querida !
Sin odios ni venganza,
Un himno en tu alabanza
Aquí en la soledad
Mi corazón ardiente
En tu loor levanta,
Mientras mi labio canta
¡ Querida libertad !

De las ondas
La corriente
Suavemente
Se principia
Ya á agitar,

Y levanta
De la proa
Mi canoa
Con tremante
Bambolear.

Y voy feliz rodando
Sobre las ondas bellas,
Mirando las estrellas
Brillantes reflejar,
Oyendo de la selva
Los mágicos acentos
Traídos por los vientos,
Cargados de azahar.

Boga, boga,
Mi barqueta,
Tan coqueta
Y tan gentil;
Que al impulso
De las brisas
Te deslizas
Sin sentir.

Después de algunos años encontramos á los peregrinos navegando río abajo en una gran balsa cargada de tabaco, y en medio de la cual se ha formado de hojas un recinto redondo á manera de carro cubierto. Luis sentado en la cubierta, absorto, contemplando la pródiga y magnífica naturaleza; Julio dentro de ella, melancólico y pensativo.

El río corre por entre dos festones verdes que forman bellísimas ondulaciones y vueltas pintorescas; y la balsa, que lentamente va sobre las ondas, lleva un movimiento tan igual y tan suave, que á pocos momentos no se siente, y parece que son las orillas las que uniformes marchan y siguen hacia arriba, pasando como en revista á los ojos del espectador los árboles corpulentos, las ceivas seculares y los grupos de sauces y de bejucos. Y este efecto óptico contribuye sobremanera á la belleza y animación de la escena.

A veces el festón de verdura se corta para exhibir un prado ameno donde pastan ganados que vienen hasta la playa del río; otras es un caserío debajo de grandes árboles, donde se ven las lavanderas en el río y se oye

su ameno canto; de cuando en cuando hay poblaciones pequeñas donde los bogas tienen amigas á quienes dicen adios ó dejan recados en medio de la carrera; ó bien es otro río que viene á tributar sus aguas al caudaloso Magdalena. Por todas partes hay ruido, vida, animación y encanto. Se oye el pájaro que canta en la orilla, el ruido de la cascada que á lo lejos se desprende, el chillar de la cigarra y la voz melodiosa y querida del hombre.

Uno y otro parecen olvidar el lugar donde están y el objeto que los lleva. El uno soñando, mientras que la vista se recrea en el suntuoso panorama de la orilla, y el otro pensando en la mujer querida y en su madre, dos ídolos que su corazón adora en todos los momentos, y de los cuales lo tienen separado la locura de un momento y la promesa que ha hecho de recuperar la fortuna perdida.

—¡ Luis! baja! le gritó Julio; que ya ni conversas por estar mirando al cielo; si murieras ahora, te pondría, como á Don Alfonso el sabio, este epitafio: «Perdió las cosas terrenales por estar pensando en las celestiales.»

—Aquí me tienes, dijo Luis bajando y presentándose; pero te advierto que me privas del más lindo espectáculo que mis ojos hayan visto.

—Te confieso francamente que yo soy el hombre más enemigo de la naturaleza: en ella no veo más que los zancudos que me desesperan, las serpientes que matan, el sol que quema y la fiebre que devora. Yo, lejos del ruido de las ciudades y sin los goces de la civilización y los placeres de la sociedad, soy completamente mártir, y desgraciadamente, este martirio constante irrita mi genio, agria mi carácter y me hace ver más odiosa esta naturaleza salvaje, áspera, destructora y cruel.

—Eso tiene un grave inconveniente, Julio, y es, que de los placeres sociales no disfrutan más que los ricos, pues cuando admiten á los pobres, no es para que gocen sino para que envidien y sufran; mientras que de la naturaleza goza el mendigo y disfruta el poderoso.

—Díme, ¿ jamás has sido rico?

—Jamás! Ni espero serlo.

—Cuéntame tu vida.

—Has dado en el clavo; en el resorte que hace abrir todas las bocas y conversar á todos los hombres; en el centro de la locura y de la vanidad humana. Todo hombre ama su persona y se gloría de sus hechos; darle un retrato y hacerle una biografía, es hacerlo feliz; y todos aspiran á que su retrato venga en los paquetes de cigarrillos. Hé aquí la inmortalidad!

Y de esta vanidad no se escapan los grandes ni los pequeños, los héroes ni los imbéciles : Napoleón escribe su Diario en Santa Helena, y el mendigo refiere la causa de sus dolencias á la puerta del hogar y al corro de criadas y chiquillos que lo rodean ; todo militar es incansable refiriendo sus campañas, y hasta el austero Garibaldi dió á Dumas sus Memorias.

Deja que seamos ricos, y nos vamos á Nueva York á hacer publicar mi vida á continuación de la de Lincoln, con lo cual tendré para conquistar la inmortalidad; por ahora me parece mejor que echemos un trago, porque hace aquí adentro un calor sofocante.

—Pero Luís, tú trabajas sin descanso, más bien por placer, que instigado por esa sed de ganancia que á mí me devora.

—Sí, por dos razones : la primera, porque la fortuna es como el dado, que rueda á pesar de las súplicas y de las maldiciones de los jugadores; y la segunda, porque la fortuna no tiene para mí el atractivo que antes le suponía : el de conquistar la independencia; pues los ricos tienen siempre que transigir con la sociedad para conservar ó aumentar su fortuna.

—¿ Tú odias á la sociedad ?

—Al contrario, la amo, y nada hay para mí igual á una amena sociedad ; pero por un capricho que no puedo dominar, detesto las preocupaciones sociales y odio el vicio reinante. Apenas figuré en el mundo, herí estas preocupaciones, y no doblé la cabeza ante los favorecidos de la tierra: la sociedad me hirió, y sin ocuparse de mí, me dejó á un lado, me despreció y me olvidó.

—Según eso, es por una suprema vanidad que vives en la soledad.

—Si alguna vez tuve vanidad, quedé curado de ella desde que en los boulevards de París ví lucir todo lo que puede despertar la vanidad: magníficos carruajes, caballos soberbios, ricos trajes, diamantes, seda y oro; y todo cuanto en el mundo había de notable: leones á la moda, embajadores de potencias poderosas, príncipes del imperio, héroes de Sebastopol. ¿ Y sabes lo que se me figuró esa procesión ? Menos que una comedia, menos que una farsa, un camino de hormigas que iban y venían. ¿ Podría quedarme vanidad ?

—No tienes ambición?

—No.

—¿ No deseas gloria ?

—En nuestras contiendas civiles, cuando no hemos sido derrotados,

hemos entrado á Bogotá triunfantes, y nada me pareció más ridículo que las coronas que los tontos recibían; pero, á la verdad, la gloria es algo celestial que arrastra y que domina, y ya sea el ruido de las armas que en la caverna humana van cayendo por siglos—mazas, espadas, lanzas y picas—todas confundidas y arrojando con el roce chispas que deslumbran; ya sea el eco de los cantos de Homero, que inmortalmente van pasando de edad en edad y que hasta aquí llegan, ya las máximas democráticas de Licurgo, que han venido á formar la constitución de las nuevas sociedades en América, ésta, que es la gloria, á pesar mío hace palpitar con entusiasmo mi corazón y desear algo así para mí en la posteridad.

—¿No crees en nada?

—¡Alto ahí! Creo en todo lo bello, y mis creencias son la última reliquia del alma. Sobre todo, creo en la virtud y en la mujer: en la virtud, porque el que ha creadc en el orden físico las flores, los aromas, la música y la luz, ha debido crear también la belleza moral que perfuma y encanta el alma, y aquella no puede ser sino la virtud; y en la mujer, á quien adoro como al santuario donde brilla la virtud en la tierra, porque no he encontrado hasta ahora sino mujeres buenas.

La balsa principió á mecerse suavemente sobre las ondas, y á lo lejos se oía un ruido sordo, incierto y prolongado, que por momentos se hacía menos confuso, y semejante al rumor de una cascada.

—*Ahí viene Colombaima!* dijeron los bogas, quienes dormían en los extremos de la balsa, y prontamente se pusieron de pié y tomaron sus canaletes.

—¿Crees tú que Elvira no me olvida, que comprende y estima mi sacrificio, y que, leal, resistirá al impulso del tiempo y á las seducciones de la sociedad en que vive?

—Sí, y tú también lo crees; pero ahora, es á ti á quien toca hablar; porque éste es el privilegio de los enamorados, hablar siempre de la mujer á quien quieren, y ocupar á los otros con la relación de su amores.

—No te burles de mí! La amo tanto, que si ahora oyera el eco de su voz, mi corazón se pararía, y moriría feliz al escucharlo. Su recuerdo brilla en mi vida como un destello de gloria; y á lo lejos veo mi porvenir encantado por ella, como un cielo donde la felicidad sería el aire que respiraría, y donde el alma tendría los mayores placeres y los más sublimes goces.

La balsa se agitaba con rapidez, las ondulaciones eran más fuertes, el ruido se hacía atronador, las olas se agitaban con violencia, y los bogas manejaban con agilidad sus canaletes para tomar el centro de

la corriente; al fin las olas se embravecen, el rio gime, como el Océano, al estrellarse contra los arrecifes de la costa, y la balsa, ligera como una flecha, se desliza. Los bogas reman incansables, logran dirigirla, y la salvan de los primeros peligros ; pero de repente parte como un caballo desbocado, vuela sobre las ondas, va á estallar contra una peña y se desbarata en mil pedazos.

Los bogas, ágiles y diestros, habituados al peligro y estando en su elemento, se tiran al río, y á nado logran llegar á la orilla; mientras que Julio, asiéndose de los restos de la balsa, lucha con las olas, que tan pronto lo levantan hasta el cielo como lo hunden en el abismo, y arrastrado siempre por la rápida corriente, llega á un remolino: allí el resto de la balsa principia á girar en interminables vueltas; ya se acerca á la orilla, ya vuelve á la corriente, que la arroja de nuevo, y Julio, impotente, desfallecido, sintiendo que las fuerzas le abandonan, va á soltarse, cuando los bogas le tiran una cuerda que instintamente agarra, logrando así llegar á la orilla.

Luis! fué su primer grito.

Luis estaba sobre la peña donde la balsa se había despedazado : tenía en la mano, sin mojar, su reloj y la cartera de sus versos. ¿ Cómo ? Dios lo sabe.

Al cabo de un rato se daban un estrecho abrazo los dos amigos, y al contemplar los bultos de tabaco que flotaban sobre las ondas y los restos de la balsa, decia Julio:

—¿ Pesará sobre mí alguna maldición ?

—Al contrario, le contestó Luis, la Providencia vela sobre nosotros y acaba de salvarnos.

—¿ Pero nuestra fortuna ?

—¿ No recuerdas á aquel sabio que cargado de riquezas volvía á su patria, y naufragando lo perdió todo, y á los amigos que lo compadecían les contestaba: «*Nada he perdido, mi riqueza está aquí,*» señalando su frente ? Nosotros, menos orgullosos, pero tan conformes como él, diremos que nuestra riqueza está en el porvenir. Pero ante todo, ¿ qué haremos de *un trago ?* porque éste nos volverá el ánimo. Mandemos á uno de los bogas á la hacienda que está aquí cerca.

Si siempre que vemos á nuestros amigos es en el día de una catástrofe, es porque no se abandona impunemente la vida civilizada para meterse en el bosque, donde los peligros son frecuentes ; porque la relación de sus días de trabajo constante, bajo un sol abrasador, de sus sufrimientos físicos, y de sus noches, atormentados por el zancudo y apesarados por la

soledad, sería monótona y sin interés; y porque, en fin, escribimos su peregrinación.

—

La vida á las orillas del Magdalena es una batalla permanente, sin las emociones, sin el entusiasmo y la embriaguez que en la pelea se despiertan: sin la esperanza de la gloria que estimula, ni el toque del clarín que anima; al contrario, allí vemos triste y melancólica á la Muerte, acercarse implacable con la guadaña levantada, no errar golpe, aclarar las filas, herir á nuestro lado á los mejores de nuestros compañeros, mirarnos con sus ojos huecos y miedosos, y pararse como para acechar el momento en que debe matarnos.

Y la Muerte tiene allí por aliados á la fiebre, que, con faz amarilla y descarnada, temblorosa y errante, llega como peregrino á las puertas de todas las chozas, pide asilo y contagia á las familias; á las serpientes que, enroscando en mil pliegues los anillos de su enorme cola, su fea y chata cabeza levantada y erguida, descarnados los colmillos y la lengua punzante como una zaeta, nos aguardan detrás de un viejo tronco, ó como una cinta de vivísimos colores se deslizan silenciosas entre la grama, ó después de que pican, hacen sonar orgullosas los cascabeles con que adornan su cola, ó se esconden astutas en nuestros vestidos ó se meten en nuestro lecho para matarnos; al río que repentinamente abre sus ondas, forma un abismo en donde se hunde la canoa, y al cerrarse no deja el menor rastro; al hombre, que al ir allí en busca de fortuna, parece que vuelve á sus instintos salvajes y feroces, y que indiferente recibe ó da la muerte; y un sol de fuego que mata con cada uno de sus rayos.

Uno de éstos hirió á Ventura, joven de la clase del pueblo, que, nacido en la sabana de Bogotá, había ido, como tantos otros, al Magdalena á cambiar de suerte, y que tenía una plantación de tabaco y su caney, y era el mejor cosechero de la hacienda.

Para él escribió Luis este epitafio:

Para el que vive en este ardiente suelo
Por el mundo proscrito ó por la suerte,
Si no es una esperanza, es un consuelo
Una temprana y repentina muerte.

Las grandes virtudes están siempre en el pueblo, por lo menos esas virtudes que no nacen de un sacrificio del momento, sino que requieren constancia, firmeza y resignación; sobre todo las virtudes que pudiéramos llamar modestas, como son la humildad, la gratitud y la fidelidad; y es

preciso conocer la índole dulce de la raza indígena, destinada al servicio doméstico, para poder comprender la adhesión de los criados á sus amos en nuestro país, y cómo una criada llega, por largos años de servicios, de virtudes y de merecimientos, á hacer parte de esta misma familia, y á formar lazos cuyo rompimiento es doloroso.

Una india de las orillas del Funza había entrado desde joven, como criada, en la casa de Julio, cuando éste aún era niño; y le tomó tal afecto, que cuando él se fué al Magdalena, se empeñó en acompañarlo, para servirlo; y la madre de aquél, conociendo las virtudes de ésta, lo confió á su cuidado, como lo habría hecho con una persona de la mayor confianza.

Solícita, amante, cuidadosa, estuvo siempre sirviendo á los dos *peregrinos;* pero el clima deletéreo la quebrantó; cuando los vimos en la noche de la tempestad, estaban solos, pues la criada había quedado enferma en la población; á poco tiempo murió.

Julio, que la había conocido desde la niñez y que la quería mucho, se conmovió profundamente; y como su dolor era mudo y sombrío, Luis, interpretando los sentimientos de su alma, compuso en su nombre estos versos:

Sencilla y fiel, cual perro cariñoso
Que sigue leal á su amo en el desierto,
Tú me seguiste al clima donde has muerto,
Y hasta la tumba me siguió tu amor.
Ahora yo vengo, pensativo y triste,
A visitar tu huesa solitaria;
Mas sin poder alzar una plegaria
Ni consagrarte cariñosa flor.

Que en el ardiente suelo donde yaces
Nada florece, y la punzante espina
Del payandé, que pálido se inclina,
Es la que ostenta su dominio aquí;
Y vieja, seca y agotada fuente
Es ya mi corazón, donde no brota
De inspiradora fe fragante gota
Que consagrar en mi oración por ti.

Dime ¿hay después de la callada tumba,
Para el que muere, un mundo de consuelo?
¿Hay una eternidad? ¿Hay otro suelo
En donde el pobre pueda descansar?

O sólo hay triste y mísero vacío,
La nada, el polvo, la ceniza inerte?
¿En el *no ser* se encuentra de la muerte
El misterioso y funerario altar?

¿Tuviste miedo al contemplar la huesa?
¿Porqué? En su lecho triste y tenebroso
Duerme asimismo la que está en suntuoso
Monumento de mármol eternal,
Que tú, mi pobre y miserable criada,
Que al terminar la vida de amargura,
Tienes sólo en tu agreste sepultura
Una cruz infeliz como señal.

¡Pobre mi criada! Te llevó á la tumba
Del Magdalena el ábrego inclemente,
Como arrastró también en su corriente
La vieja palma que mi hogar sombreó;
Ahora más solo, más abandonado,
Proscrito, triste, pobre peregrino,
Voy á cumplir el mísero destino
Con que el azar mi vida encadenó.

¿Dónde naciste? ¿Dónde está tu madre?
¿Tuviste esposo, amigos, un amante?
¿No hay quien conmigo parta en este instante
La hiel que inunda el triste corazón?
¡Ay! nadie! nadie! que naciste pobre,
Y el pobre errante desgraciado vive,
Y cuando muere, nadie se apercibe:
Nadie en su tumba eleva una oración.

Duerme ya en paz; que el brazo de la muerte
Hiere también el porvenir del hombre,
Ese fantasma aterrador, sin nombre,
Que el pobre siempre en lontananza ve.
Duerme ya en paz; la vida es un tormento,
Cuando ya pasa la feliz mañana,
Y ¡ay! del que siente la vejez temprana
Sin esperanza, ni ilusión, ni fe.

¡ Adios ! En tu sepulcro solitario
Dejo un recuerdo doloroso y tierno;
Juntos dejamos el hogar paterno,
Su bendición mi madre dió á los dos.
Ya tú no la verás; quizá mañana
Yo moriré también distante de ella,
Y antes que caiga pálida mi estrella,
Vengo á decirte mi doliente ¡ adios !

Al Magdalena han venido en busca de fortuna todos los bandidos de la Nación; y generalmente, sin saber trabajar y sin hábitos de economía y de orden, no les ha quedado otro camino que hacerse el espanto de las indefensas poblaciones, á quienes tiranizan y oprimen; ya sacándoles con juegos descaradamente fraudulentos el producto de su trabajo, ya comprándoles lo que tienen y dándoles cuchilladas en vez del dinero que les deben; ya, en fin, arrebatándoles violentamente su ganado y sus bestias, seguros como están de la impunidad en medio de los desiertos, y contando, muchas veces, con la protección de las lejanas autoridades, con quienes dividen el provecho de sus expoliaciones.

Siempre que en caminos desiertos se encuentre el viajero á un hombre que *no es calentano*, con el sombrero ladeado como para librarse del sol, con la ruana atada en forma de banda, *peinilla* ó cuchillo á la cintura, montado en una buena mula, ó á pie apoyándose en un palo, que es el asta de una lanza, es bueno que prepare su *revólver* y evite toda conversación, porque este hombre es uno de esos aventureros que saben manejar el dado con tanta destreza, como dar una puñalada para robar la bolsa.

Llegó uno de estos hombres funestos al caserío en busca de trabajo; pero por desgracia, no solamente no tenía el aspecto de un malvado, sino que, al contrario, era de fisonomía simpática, buenos modales, y, según decía, proscrito del Cauca por sus opiniones políticas. Julio le dió colocación: durante un año estuvo representando un papel ambiguo; parecía trabajador, pero al mismo tiempo se le veía gastar más de lo que su trabajo podía producirle. De vez en cuando, sin que nadie explicara la causa, desaparecía una res; y ya empezaba á sospecharse de tal hombre. Al fin fué á la cabecera del distrito y se hizo el amigo íntimo del *tinterillo* y del gamonal del pueblo, con lo cual vió asegurada toda impunidad; y entonces sí *sacó su juego*, como dicen los tahures. Les estafaba descaradamente á los pobres labriegos

cuanto tenían; ponía juego de monte, y si ganaba, recogía todo el dinero, y si perdía, armaba pendencia, sacaba el machete, y aterrando á los que jugaban, les quitaba lo que habían apostado. Ebrio é insolente, llenaba de espanto á todas las mujeres de la comarca, estropeaba á los maridos y amenazaba á las madres; y cuando éstas iban al pueblo á quejarse, el bandido, en medio del gamonal y del alcalde, les hacía sentir todo el peso de su influencia.

Afligida estaba la comarca, como si hubiesen llegado á ella el cólera ó la fiebre, y en su desolación ocurrieron sus habitantes á Julio por remedio. Este, con el carácter noble y distinguido de un caballero cumplido, resolvió poner término á las depredaciones del bandido, y empezó por manifestarle que no seguiría trabajando dentro de su hacienda. El bandido le hizo presente que siempre lo había respetado, que nada había tocado de los intereses de la hacienda, y le suplicó que lo dejase allí; pero Julio, sin dar cabida al sórdido egoísmo, permaneció inflexible y lo despidió, reprobándole su conducta, y haciéndole presente que si seguían las violencias que ejercía á la sombra de las autoridades sobre los infelices, se vería obligado á ponerse á la cabeza de éstos para rechazarlas.

Para comprender la energía que Julio necesitaba al tomar esta resolución, es preciso saber que el enemigo más tenaz, más encarnizado y más cruel de la civilización en el Magdalena es, no el clima, ni la fiebre, sino el gamonal del pueblo: especie de rey que, adueñado de un infeliz distrito, mientras que estas regiones están incultas, ve con ojo envidioso á todo el que fija sus dominios, y lo persigue y lo hostiliza hasta que lo obliga á huir. Contando, pues, el bandido con la protección del gamonal y el apoyo de las autoridades, ponérsele de frente, era desafiar la tempestad y jugar la vida y la fortuna por defender á los infelices.

No dejaron de sentirse á pocos días las consecuencias del atrevido paso de Julio; pues en el distrito se organizó *la culebra*: asociación de que todo el país tuvo conocimiento, y que robaba, saqueaba y asesinaba impunemente en el Magdalena. Esta asociación era dirigida por el gamonal y encabezada por el bandido, y no pasó mucho tiempo sin que se presentase en el campo de Julio y en el pobre caserío.

Al primero á quien *picó* fué al padre de Cantalicia, que salió á defender una bestia que le robaban, y *de la picadura* quedó imposibilitado para trabajar por muchos días. Esto bastó para que Julio y Luis, poniéndose á la cabeza de los campesinos, le saliesen al frente y desafiaran su cólera.

El combate que se trabó fué enérgico, y hubiera sido horriblemente sangriento, si por una parte hubieran estado los campesinos armados de otra cosa que de garrotes y cuchillos, y *los de la culebra* de algo más que

sus machetes y el trabuco del bandido. A éste se dirigió Julio, cuando en horrible confusión peleaban yá los unos con los otros, y al verlo aquél, le apuntó con su trabuco y disparó; pero Julio tuvo tiempo de hacerse detrás de un tronco, escapando así el golpe mortífero. Entonces saca su revólver para acabar con el bandido, y dispara á cuatro pasos de distancia; mas por desgracia el arma se revienta y lastima la cara de Julio, quien, á pesar de estar bañado en sangre, lo sigue, lo acosa y logra ponerlo en fuga con todos sus compañeros.

A las diez de la noche vuelven á ser atacados los del caserío, y Julio y Luis pasan el río y vuelven á su defensa: el combate se traba de nuevo, y los bandidos salen derrotados; pero al perseguirlos, una gran claridad ven de repente, y atónitos miran todos la casa de Julio incendiada.

En efecto, una gran llama roja se levanta en un ángulo de la casa; pero el viento es contrario, el incendio no toma fuerza, y todavía hay tiempo de salvarla.

—¡Vamos! dice Julio, vamos á salvar la casa, que yo recompensaré ampliamente á ustedes.

—¿Y las nuéstras mientras nos vamos? dijo uno.—¿Quién pasa el río á estas horas? dijo otro.—Yo, por mi parte, estoy cojo, dijo un tercero.

—¿Cuánto paga? exclamó el que parecía más decidido.

—Lo que quieran porque me salven mis libros y mis documentos.

—Mis versos! gritó Luis.

Pero ninguno de aquellos á quienes Luis y Julio habían venido á defender y por quienes su casa había sido incendiada, se movía; y sólo al cabo de un rato, y después de ruegos, súplicas y hasta amenazas, lograron que algunos pasasen con ellos el río, iluminado aún por un resplandor funesto.

Al llegar, el fuego había invadido ya el pajizo techo, y se extendía por todas partes. Un huracán violento impulsaba la candela, que en forma de innumerables serpientes rojas se adelantaba devorando y concluyéndolo todo con la rapidez del pensamiento. Las vigas y el enmaderado caían con estrépito; las puertas se abrían carcomidas por el fuego, y dejaban ver la escena de horror del interior; las paredes se desplomaban, quedando sólo las columnas de guayacán, que, incendiadas también, iban lentamente consumiéndose y cayendo.

Después de media hora de agonía, en que Julio y Luis vieron destruído todo, encontrándose impotentes para remediarlo, sólo quedó un montón de cenizas y algunos troncos chispeando, que aumentaban la tristeza del cuadro.

Dicen que Nerón, poeta Emperador, cantaba los más hermosos versos mientras que veía á Roma arder por su mandato; pues él no perdía na-

da; mas Luis, quién lo creyera! olvidando la ruina de su fortuna y la de su amigo y la pérdida de sus versos, se puso á contemplar el espectáculo, y á su imaginación venían los versos de Homero sobre la ruina de Troya; y absorto, casi enajenado, permaneció en un mismo punto hasta que los gritos de rabia de Julio vinieron á sacarlo de su éxtasis. Los que acusen de indiferencia á nuestro amigo, no olviden esa fuerza del espíritu que se llama genio, que aisla al hombre de cuanto lo rodea, y que lo eleva á la contemplación á la orilla misma del sepulcro.

—¿Es ésta obra de Dios? dijo Julio.

—No, le contestó Luis, procurando calmar la irritación de su amigo; es la del gamonal del pueblo de...... que nos odia y quiere desterrarnos.

« Quiere hacernos sus colonos,
Incendiar nuestros hogares,
Arrasar nuestros sembrados,
Profanar nuestros altares, »

como dice un poeta.

Y si quieres persuadirte de que ni Dios ni la fortuna te persiguen, vámonos para Bogotá, y verás cómo allí ni naufragamos en Colombaima, ni nos incendian la casa. Es demencia atribuir á Dios el mal que soportamos, y que frecuentemente es el resultado de nuestras propias obras.

—¿Volver á Bogotá? ¡Jamás, ó rico! Tal es mi inflexible voluntad. ¿Comprendes, Luis, lo que nos ha pasado?

—¡Vàya, vaya! Pregúntale á Don Querubín el rico si comprendió lo que le pasó al encontrar su tesoro robado. Pregúntale al polaco lo que sintió cuando su joven esposa fué entregada á los soldados rusos en su presencia. Pregúntale á un padre á quien le quitan el menor de sus hijos cuál es su sufrimiento; y así sabrás lo que un poeta ama sus composiciones y comprenderás lo que sufre al verlas desaparecer. Pero el pueblo, que es el mejor filósofo, porque es el que más sufre, tiene un refrán que dice: « Al mal que no tiene remedio, hacerle buena cara. »

Un día Julio, profundamente conmovido por el estado moral de Luis, se atrevió á decirle:

—¿Porqué teniendo tú tan clara inteligencia y un noble y valiente corazón, te dejas arrastrar cobardemente por un momento de placer físico, por una excitación efímera, al abismo en donde puedes perder talento, virtud y quizá la razón misma?

—Voy á presentar ante ti, contestó Luis, no una disculpa, que eso aumentaría el disfavor con que tú miras la funesta inclinación que me do-

mina, sino la explicación de la causa moral y del encanto físico que á tantos ha perdido.

Bulle en el alma humana un entusiasmo que arrastra al amor, que inspira la poesía, que levanta el espíritu y que busca la gloria en las acciones generosas ó en los hechos heróicos; y este entusiasmo es el que da ilusiones, sueños venturosos, armonía en los versos y un vago, magnífico color de rosa y dicha á todo lo que nos rodea en la primera juventud.

¿Quién no ha creído que podría un día, como Pericles, dominar la multitud con su palabra é inmortalizar un siglo con su elocuencia? ¿Quién no ha sentido una hermosa inspiración y soñádose poeta? ¿Quién no ha buscado un teatro digno de su ardimiento, porque ha sentido en su pecho latir el heroísmo? ¿Quién no ha amado, soñado y cantado en el fondo de su alma como el Tasso ó Petrarca ó el Dante? Dura es la vida, severa la suerte, triste el mundo, horrible la realidad; y cuando el espíritu se abate, el licor, este tósigo del infierno, ese Mefistófeles del vicio, viene á darnos alegría, esperanzas, entusiasmo y sueños, y volvemos por unos momentos á ver los perfiles del Partenón, dorados por el sol de Oriente, el extro se agita en nuestro pecho, y el amor vuelve á tener sobre nuestros corazones su antiguo mágico embeleso. Y son tan bellos estos instantes, comparados con la estéril realidad, que nos empeñamos en prolongarlos, hasta que el alma se adormece, y el cuerpo fatigado sucumbe.

Hay en medio del inmenso océano Pacífico un peñón triste y solitario, en donde el gobierno inglés ha levantado una fortaleza y sostiene una guarnición, y ¡cosa triste! todos los jóvenes oficiales que allí envía, sucumben al vicio ó mueren pronto. ¿Sabes de qué? De alegría artificial; de buscar en el licor el contento de que están privados; y así va á perecer la humanidad dentro de algunos siglos.

Lo que al principio es un placer, se hace después una necesidad física, y luégo un vicio degradante.

—Pero ¿no tienes fuerza para resistir á esa tentación?

—No.

—¿La gloria?

—Marchitó para mí sus laureles.

—¿El amor?

—Aun vive en mi alma como esas lámparas que iluminan pálida y tristemente el santuario del templo cuando todo en torno es oscuridad y silencio.

—¿La virtud?

—Es fuerza ; y ya ha decaído á mis ojos el prestigio que la embellecía : me faltan fe y estímulo.

—¿ El recuerdo de *la Romántica* ?

—Entristece mi espíritu

—Óyeme, Luis: el amor, la virtud, y quizá las aspiraciones á la gloria, han salvado á nuestro antiguo amigo Milcíades, otro peregrino que, joven aún, se vino también á estas regiones en busca de una fortuna, no que hubiera perdido al juego como yo, sino que la suerte no le había concedido, y ha trabajado como nosotros; vive en la soledad, habiendo dejado en otra parte su amor y su familia, ha sido contrariado siempre por la suerte, y ni se embriaga como tú, ni se aflige como yo.

Luis se conmovió, y dijo con entusiasmo:

Eso es hermoso: yo lo seguiré.

Desde ese día no volvió á llevar á sus labios una copa de licor.

Con muchas ilusiones de menos, muchos años de más y tan pobres como al principio de sus empresas, volvemos á encontrar á los *peregrinos ;* pero Julio, á consecuencia de tanto sufrimiento moral, ha caído herido por la fiebre.

Cantalicia vino entonces á confirmar las creencias de Luis sobre la santidad y abnegación de la mujer, y á probar cuán fuerte es ésta para resistir la fatiga, para vencer el sueño y todas las exigencias físicas, cuando está dominada por un dolor moral ó por un sentimiento al cual se consagra con decidida voluntad. Siempre á la orilla del lecho de Julio moribundo, con la ternura de una madre y el cuidado de una hermana, velaba Cantalicia, adivinando sus necesidades, y haciéndole los remedios que á Luis se le ocurrían ó que ella imaginaba.

Cuando lo veía más malo, colocaba su cabeza contra el pecho, lo sentaba, y pasándole la mano cariñosamente por la frente, le decía :

—Ave María, niño Julio, no desaflija, ó hágase fuerte, no se deje de la calentura ni se amilane, que eso no es de hombres. Otras veces lo acariciaba como á un niño ; y por cuarenta días vivió sólo para notar su respiración, mirarle los ojos, tocarle las manos y gozar cuando notaba síntomas de mejoría ó llorar tristemente y en silencio cuando le veía agravarse. Al fin, sus cuidados, sus atenciones y sus desvelos lo salvaron. Julio abrió los ojos como si acabara de salir de un profundo sueño, y con voz debilitada por la enfermedad dijo :

—¡ Elvira !

El amor de la mujer en la vida civilizada, sin haber dejado su hermosura, ha suavizado su carácter, perdido su espontaneidad, abandonado

sus flechas envenenadas y sustituídolas por lazos de flores y cadenas de plata. Hiere á veces, pero sólo embriaga, sin que nunca mate; obedece sumiso, unas veces al honor, otras á las convenciones sociales, y otras al interés y al oro, sin que jamás falte para embellecer la vida ni para alegrar las fiestas. La mujer que de otro modo siente el amor, es víctima de la sociedad.

Pero el amor en la mujer del pueblo, en la mujer de las orillas del Magdalena, que obedece á todos sus instintos naturales, es una pasión hermosamente salvaje, que prende el fuego sagrado, y con deleite supremo hace que arda, se queme y se consuma el corazón. Divinidad indómita, altiva, que llega cuando quiere, se asila en el seno de una pobre niña, le da las aspiraciones de una paloma cuando arrulla en su nido, la dulzura de una oveja delante del que ama, la energía de una heroína y la rabia de una pantera.

Considérese, pues, cuál sería el dolor de Cantalicia al oír en los labios de Julio el nombre de Elvira.

Hay dolores que desgarran el corazón como con una sierra, y que la naturaleza no puede resistir; y uno de estos dolores nace de la convicción que adquiere una mujer enamorada de que hay otra á quien se prefiere, ó de que ella no es amada. Esta convicción acababa de tenerla Cantalicia: sus instintos salvajes, su orgullo herido, el despecho de la ingratitud, y la sangre que vertía su pobre corazón, la cegaron, y como una leona que es herida de muerte, pero que tiene todavía alientos para matar al que la ha herido, se levantó de repente, soltó la cabeza de Julio que tenía contra su seno, y dijo:

—¡ Guá ! Mejor sería matarlo !

Se quedó mirándolo con ojos llenos de reconvención y preñados de odio y de supremo desdén, como si quisiese decirle: « Ingrato ! puse en ti un amor que no mereces, te he salvado la vida, y en cambio me has ofendido. Bueno !, pues ahora sentirás el odio y la rabia de una mujer del pueblo.» Sus ojos estaban chispeantes, bruscamente dilatada la nariz, el labio superior contraído, el pecho comprimido y sin aliento, y el cuerpo recto y rígido como el de un cadáver. Era una Safo salvaje y despechada, que no pedía á los dioses infernales el castigo del infiel amante, sino que parecía querer tomarlo por sí misma. Mas Julio volvió á abrir los ojos, y viéndola á su lado, dijo: ¡ Cantalicia ! La mirada de ésta se turbó, sus ojos se preñaron de lágrimas, y aflojándose sus miembros, cayó de rodillas llorando y diciéndole:

—¡ Mi amo ! mi blanco ! mi lucero !

—¿ En dónde estoy ?

—En su casa: al lado del niño Luis y de su negra Cantalicia.

—He estado enfermo, ¿ no es verdad ?

—Nadita, ¡ ave María ! Un causón, eso no es enfermedá; pero ya está mejorcito.

—¿ Luis ?

—Ese blanco se fué á traer remedios al pueblo. Ora sí que lo estoy queriendo, porque es muy güeno y se ha dejado de chocanterías. Es el que ha llorado ! ¡ Ajá ! ya le conté lo que no le debía decir.

Cuando Luis vino, Julio había vuelto á dormirse; pero Cantalicia lo recibió con la buena noticia de que estaba mejor, y de que la había conocido. Después, bajando la voz como si hubiese quien los escuchase, le dijo:

—Niño Luis, ¿ me hace un bien ?

—¿Cuál ? mi querida Cantalicia: todo lo que nosotros tenemos está á tus órdenes y á las de tu padre.

—Si no es de dar, sino de decir.

—¿ Qué quieres que te diga ?

—¿ Quién es la Elvira á quien quiere Don Julio ?

—Es una señorita de Bogotá que le está prometida en matrimonio.

—¿ Es decir que Don Julio se irá de aquí á casarse con ella ?

—Indudablemente; pero ¿ qué mosca te ha picado hoy ? ¿ quién te ha hablado de ella y te ha contado que Julio la quiere ?

—Naiden; pero dígame, Elvira ¿ de qué ? ¿ cuál es su apelativo ?

—Elvira Santacoloma.

—Dígame y ¿ hora hay guerras en Bogotá ?

—No; todo está en paz.

—¡ Qué lástima !

—¿ De qué ?

—De nada.

Un movimiento de Julio interrumpió el diálogo, pues ambos ocurrieron solícitos á atenderlo.

Cuando Luis, á media noche, estaba dormido, Cantalicia se levantó muy pasito, dió un beso en la frente á Julio, y dijo:

—A sumercé no, mi amo, mi blanco, mi amor ; á la Elvira, á ella. ¡Adios !

Al día siguiente había desaparecido Cantalicia del caserío: su padre creyó que se había ido á casa de Julio, y Luis, que estaba en casa del padre; pero al fin ambos extrañaron la ausencia. Julio, convaleciente ya, y

habiendo recibido todos los cuidados de Cantalicia en un estado de postración en que no tenía conocimiento, fué el único que no extrañó su ausencia.

La convalescencia de Julio fué muy larga, y obligado á guardar el lecho ó á no salir de su casa, lo devoraba el hastío, la tristeza, la melancolía; y Luis, que le consagraba todos los instantes que le dejaban libres las tareas de la hacienda, lo entretenía conversando: un día en que estaba Julio más triste que siempre, le dijo :

—Estás profundamente abatido y por eso quieres hacerme hablar ; voy, pues, á hacerlo para entretenerte, como la sultana Scheherizade, que en las «Mil y una noches» tenía que inventar cada noche una historia á fin de librar la vida de la ferocidad de su señor el gran Sultán.

Y pues que allí lo que se relata son « Cuentos árabes», siguiendo la tradición, voy á continuar con los árabes y principio mi historia.

« Se engañan los que creen que los árabes eran un pueblo bárbaro y feroz; bien al contrario, ellos formaban un pueblo de brillante imaginación, admirablemente dotado para las ciencias, instintivamente poeta y generoso, y que en vez de asolar, como los romanos, los países que conquistaban, llevaban á ellos la luz, la civilización y las buenas costumbres.

Después de los griegos, que en unos pocos siglos de existencia crearon una religión poética y hermosa cuyas formas paganas admiramos todavía; que descubrieron en filosofía y en moral las más claras verdades ; que impulsaron las ciencias á una altura sorprendente, y que en bellas artes, en arquitectura, en poesía y en pintura produjeron lo que no ha tenido rival ; después de los griegos, digo, los árabes han sido los fundadores de la civilización actual. Su historia científica y literaria es admirable ; todo lo que sabemos, desde el arte de contar hasta la gracia de la poesía española, se lo debemos á los árabes ; y después de la caída del Imperio Romano, monstruo que absorbió, concentró, gozó y devoró toda la civilización del mundo, después de la caída de ese gigante, la Europa se cubrió de tinieblas y en el mundo no quedó otra luz que *la lámpara de Saladino*, ó sea la ciencia entre los árabes.

La España conquistada por éstos vino á ostentar en el siglo X una civilización igual á la que ya habían fundado en Bagdad, en Damasco y en Medina; y poco tiempo después, la región más civilizada de Europa y el centro del movimiento comercial, intelectual y científico de Occidente fué la España morisca. En todas las ciudades había escuelas, en ninguna mendigos ; y las universidades tenían discípulos de todas las naciones europeas. La escuela de Córdoba tuvo en su seno á los más sabios cristianos de la edad media, y á hombres que después fueron pontífices ; y esta

civilización se habría extendido por toda la Europa bárbara, si los moros no hubieran perdido varias batallas y no hubieran sido vencidos en Granada y expulsados de España.

Córdoba encerraba una población de 300,000 habitantes. Sus palacios, sus mezquitas, sus monumentos, todo formaba allí la metrópoli de las artes y de la riqueza. Su gran mezquita, construída en 771 por Abderraman, era un inmenso edificio sostenido por una selva de columnas de mármol y de pórfido, y tenía diez y nueve entradas, cerradas por puertas de bronce.

Granada, con su vega regada por mil canales, que pasaban bajo pabellones de naranjos y de viñas ; sus mil torres, sus alminares, su *jirafa* y su palacio de la Alhambra, no ha tenido rival en el mundo, y parecía una ciudad levantada por los genios.

Pero la fuerza venció á la civilización, los moros fueron perdiendo sus provincias, entregaron á Granada y al fin fueron, en tiempo de Felipe III, expulsados de España y arrojados á las playas de la Africa.

Algunos árabes reducidos á la esclavitud y á la más horrible miseria, habiendo abrazado el cristianismo, lograron quedarse en España; pero víctimas del odio popular, de la antipatía de las razas y de las preocupaciones religiosas y sociales, llevaron una vida de vergüenza y de afrentas, mucho más cruel que la que tocó á sus hermanos de vuelta á la Mauritania. Otros lograron vivir ocultos, ó huyendo y perseguidos, y entre ellos quedó Abel-Rajel-Mejid, que había sido maestro de retórica en Granada, cuyo palacio se muestra todavía en aquella ciudad, y que por algunos años se quedó allí, donde murió, dejando á su hijo el secreto de su nacimiento y la herencia de grandes riquezas.

Rajel-Mejid, como te digo, tuvo un hijo llamado Emir-Omar Mejid, á quien amaba mucho, y á quien educó en oculto y le enseñó la religión de Mahoma, inspirándole, como era natural, una aversión profunda por los *castellanos*, sus enemigos vencedores y asesinos de su raza.

Por aquel tiempo el ruido del descubrimiento del Nuevo Mundo, de su famosa conquista, de sus fabulosas riquezas y de las maravillas que encerraba, llenaba toda la España; y los hidalgos arruinados, los nobles segundones, los hombres de armas y los de espíritus ardientes y aventureros, no pensaban más que en armar espediciones los primeros, y enrolarse en ellas los segundos.

Los conquistadores, y sobre todo aquellos á quienes se habían hecho concesiones en América, á quienes se nombró de adelantados ó señores, eran poco escrupulosos en la elección de las tropas que traían á América, mu-

cho menos en la de colonos y pobladores, y menos aún, en la de marinos; así es, que todos los vagamundos, los fugados de los presidios, los galeotes que habían cumplido su condena y los que nada sabían hacer y para nada servían, fueron por ellos reclutados para América.

Los moros convertidos y los judíos bautizados eran víctimas del odio popular en España, y por cualquier motivo, por prácticas judaicas, por hechicerías, por sortilegios, por reuniones misteriosas y secretas con Satanás ó por cualquiera otro motivo, eran quemados con frecuencia por la Inquisición; además, esa masa de hombres de raza distinta y de costumbres diversas, formaba un verdadero obstáculo para la sociedad, por lo cual el Rey permitió, y ellos aceptaron con gusto, el que fuesen enrolados algunos moros y algunos judíos en las expediciones al Nuevo Mundo.

Emir-Omar-Mejid se aprovechó de este favor, se enganchó con la expedición de Robledo, uno de los conquistadores de Antioquia, vino á América como marino, siguió en la expedición, casó en el valle de Aburrá con la hija del Cacique de Zemífara, y manteniendo pura su raza, por el cruzamiento entre primos, así como las tradiciones árabes en la familia, ésta llegó hasta la época de la Independencia.

Entonces uno de los descendientes, con el mismo odio y el mismo rencor con que Abel-Rajel-Mejid lo hubiera hecho en Granada, puso á disposición de la Patria su inmensa fortuna para la guerra contra los españoles y mandó á su hijo mayor á pelear y á conquistar gloria, hasta que, cayendo en la tremenda hecatombe de la Cuchilla del Tambo, murió, como murieron sus ascendientes, al filo de la cuchilla castellana.

La hermana era mi madre; y tienes delante de ti al descendiente de Abel-Rajel-Mejid.»

—Embustero, le gritó Julio.

—Ingrato! le contestó Luis, te he matado el fastidio por media hora, inventando una historia, y por eso te pones bravo y me insultas. Así paga siempre el público á los infelices autores que se desviven por divertirlo.

Es evidente que los hombres de la raza blanca no pueden subsistir en las regiones ardientes de la América, y que por vigorosa que sea su constitución, se doblega al fin ante tantos enemigos que la combaten.

Luis, al cabo del tiempo, se extenuaba de día en día, prodigaba sus chistes á cada instante, y al fin ya no podía salir de la pequeña casa donde se habían refugiado; y las fuerzas y la vida parecían abandonarle, sin que

le faltase su humor filosófico y gracioso; y viendo á la muerte aproximarse, escribió estos últimos versos:

¡ Voy á morir ! A mis cansados ojos
Pronto la muerte quitará su brillo:
Un día de más reventará el anillo
Que á esta mansión el alma sujetó.
Llevo en el pecho el dardo de la muerte,
Y en vano lucha el corazón por vida;
Como la luz de lámpara extinguida,
La luz de mi existencia vaciló.

¡ Espantoso misterio ! ¡ Ley terrible !
Vivo, respiro aún, y veo, y siento,
Y al sólo influjo de fugaz momento
Ni vida, ni emoción, nada tendré.
Y yo que alcanzo á comprender ahora
De Dios la muda voluntad severa,
Y que un incierto porvenir me espera,
Pronto materia vil, polvo seré.

Mi corazón, que palpitó entusiasta
Para el placer, la gloria y la ventura;
El que bebió también de la amargura,
Fuente de fe, de inspiración y amor,
Será ese mismo corazón inerte,
Sólo de carne ya, de fibras, seco,
Que no tendrá para el placer un eco
Ni una gota de sangre en el dolor.

Vanidad, ambición, orgullo y fama,
Que con vaivén embriagador, liviano,
Y con mezquino pensamiento humano
Me mostrasteis hermoso porvenir:—
Mirad mi porvenir......Húmeda tierra
A mi cadáver servirá de lecho,
Una cruz y una piedra entre el helecho,
Como signo de fe se harán lucir.

Después, la cruz se inclinará; la lluvia
Azotará la fosa con fiereza,
Y engendrando la rústica maleza,
Con nombre y cruz y tumba acabará.

¿ Me quedará el recuerdo de los mios ?
¡ Ay ! el dolor de mi temprana muerte
El tiempo irá borrando ; y de mi suerte
Ningún amigo al fin se acordará !

Es preciso morir ! y estoy sintiendo
Llena de aromas y placer la vida ;
Cuando la maga de mi fe querida
Sólo una vez mi sien acarició.
Es preciso morir : estando joven,
Amando á una mujer con esperanza,
¡ Quién mirara la muerte en lontananza,
Como de niño el corazón la vió !

¿ Y qué son ¡ ay ! las horas que pasaron ?
Rayos de luz que cruzan el vacío,
Ondas livianas de agotado río
Que se perdieron en la inmensa mar.
Para morir nos basta un sólo instante,
Y es lo mismo morir débil, anciano,
Que henchido de vigor, joven, lozano,
O en la puerta del mundo, al despertar.

Es inútil llorar. Ya vacilante
Miro lucir mi estrella en Occidente ;
Tendré resignación. Tranquilamente
Esperaré mi término venir.
¡ Ah ! ¡ la bella creación ! ¡ Cuán seductora
Brilla ante mí la tarde todavía !
¡ Resplandeciente sol ! ¡ astro del día !
¡ Déjame ver tus rayos al morir !

Naturaleza : si hay entre tus galas
Negro crespón para cubrir el cielo,
De triste luto, de profundo duelo
Cubre después tu regia majestad ;
Porque á tu hijo fervoroso y tierno,
Al viejo amigo, al entusiasta amante,
Al que te dió su adoración constante,
Lo apartará de ti la eternidad.

Mas ¡ ay ! ¿ quién puede interrumpir el curso
Que Dios previno á la fulgente estrella ?
¿ Quién puede el paso de la luna bella,
Al principiar la noche, detener ?
¿ Y qué es un hombre en la creación de menos,
Si á millones los da naturaleza ?
Para alumbrar mi tumba, en su grandeza
El sol mañana volverá á nacer.

¡ Si al menos yo supiera qué es la muerte !
Si al terminar el hombre su jornada,
Escoria vil, se fundirá en la nada;
Y la esencia que fué deja de ser ;
O si es que nueva luz y nuevo fuego
Van á animar de nuevo su existencia,
Y que el polvo cambiado en pura esencia
Va á la vista de Dios á aparecer.

¡ Qué terrible es morir ! pero no tiemblo
Al ver llegar la muerte aterradora
Y tremenda marcar mi última hora,
Ni al dar al mundo mi doliente adios.
Débil, pobre criatura, entre tinieblas,
Sin fuerza ya, rendido, delirante,
Sin apoyo en la tierra, agonizante,
Vuelvo mi pobre corazón á Dios.

¡ Padre de luz ! A ti, Señor, me acojo,
Oye propicio la plegaria mía,
Y en mi terrible, fúnebre agonía,
Mi oscuridad alumbra con la fe :
Que un sólo rayo de tu luz divina
Venga á rasgar los velos de mi alma,
Y así tranquilo, en religiosa calma,
El fin de mi destino esperaré.

Odio, rencor, encono, ni venganza
No fueron la aureola de tu gloria ;
Como á Padre y Creador, misericordia,
Compasión y piedad, imploro yo.

Los hombres son tus hijos; como Padre
Perdonarás mis locos desvaríos;
Los que niegan tu amor son los impíos,
Nunca de ti mi labio blasfemó.

Gracias, Señor, porque tu ley cumpliendo
Nunca con sangre se manchó mi mano,
Ni de mi pobre, miserable hermano,
En copa de oro el llanto recibí:
Gracias, Señor, porque me diste un alma
Libre, entusiasta, fervorosa, amante;
Y cuando vi la libertad triunfante,
Con nuevo amor mi adoracion te dí.

¡ Dios inmortal! Un soplo de tu labio
Hizo latir mi corazón con vida,
Y en un momento quedará extinguida
Esta existencia para siempre ya.
Voy á morir; escucha, oye mi ruego:
Si soy un soplo de tu propia esencia
Y de mi error, ¡ oh Dios!, tienes clemencia,
Lleva mi ser á donde Cristo está.

Una tarde el sol, al ocultarse, formaba hermosos arreboles sobre un cielo brillante y despejado; la selva se mecía al impulso de una brisa cargada de perfumes, y la naturaleza entera estaba majestuosa y sublime. Luis se hizo sacar al aire libre y dijo á Julio.

—Voy á morir. Déjame contemplar por última vez la naturaleza. No era ésta la muerte que yo envidiaba. ¿Has estado alguna vez en *caballitos?* No te rías. Cuando yo era niño, me llevaron á una función y ví que representaban á un árabe defendiendo su bandera, hasta que, lleno de heridas, caía envuelto en ella. Así hubiera querido yo morir, en una gran batalla, defendiendo una gloriosa causa y envuelto en la bandera tricolor.

Es hermosa la muerte del cristiano que, lleno de fe, la mira sólo como el tránsito para una vida que le espera un momento después. Pero moriremos como filósofos, viendo llegar impávidos el término natural de la existencia, y diciendo con Beranger:

«Non mes amis, je ne crains pas la mort.»

El caso es tan grave, que fuera mano de trago si no hubiese prometido no volver á probar el licor y si no temiera perder la razón en estos últimos momentos, y prefiero decir, ¿con quién?

«Déjame ver el sol en Occidente
Recoger sus destellos y morir.»

Perdóname una debilidad. (Así llamaba una vieja cada una de las travesuras de su hija). Quiero decirte que muero contento, porque estaba despechado con la sociedad, que hirió, sin conocerlo, mi entusiasta y generoso corazón. No he tenido más que una pasión, el amor á *la Romántica,* tan vivo y luminoso hoy como el día en que la conocí. Es un triste consuelo, pero quiero que le digas que he muerto invocando su nombre y estrechando tu mano amiga. ¡ Adios !

Sus ojos se cerraron y la cabeza del cadáver cayó sobre el pecho, de Luis.

Tocó á su amigo el triste deber de celebrar los funerales, reducidos á conducirlo sobre sus hombros y los del padre de Cantalicia, en un lecho de cañabrava, lleno de grama verde y de flores silvestres, hasta el pié de una suntuosa ceiba que domina el valle y á donde llega el rumor del río; depositarlo en una sepultura que abrió, removiendo la tierra con su azada y empapándola con sus lágrimas, y sembrando sobre ella jazmines y camelias.

Después, todas las tardes iba á visitar la tumba solitaria, y á fuerza de constancia y con mucho tiempo de trabajo logró escribir en el tronco de la ceiba:

LUIS:
Duermes entre flores.
JULIO.

Julio pareció vacilar ante la perspectiva de su vida solitaria y salvaje ; pero su voluntad de hierro era superior á todas las desgracias humanas, y constante y asiduo siguió en el trabajo.

Mas ya no era el mismo hombre. ¿ Quién hubiera, en efecto, conocido al joven galante, de maneras nobles, fino y bondadoso de Bogotá, en ese hombre serio y melancólico, de mirar severo, y á quien irritaban los defectos de sus dependientes y la presencia de los extraños ? Sólo deponía su ceño altivo para llorar delante del sepulcro de su amigo; y mudo, huraño, retraído, pasaba los días en rudas labores, y las noches encerrado en su casa, donde no encendía luz, y donde se oían, según decían las gentes, como gritos de dolor y rugidos de león.

IV.

Volvamos á Bogotá. ¿ Encontraremos nuestros placeres y las beldades que deslumbraron nuestros ojos ? Han pasado diez años.

De una casa grande y de apariencia gótica, situada en la calle de Santa Marta, sale apresuradamente una criada vestida de traje rosado muy ancho y mantilla de paño negro; y en la carrera con que va deja ver que está descalza y que debajo de la mantilla tiene camisa de encajes. Lleva en una mano una hermosa garrafa de cristal y en la otra un papel doblado. De repente se pára, queda estática, suelta la garrafa, que se vuelve pedazos en el suelo, y dice como en un sueño: ¡ El niño Julio !

En efecto, era Julio el que estaba de pié á la puerta de la casa, y quien, después de tanto tiempo, se disponía á entrar á la habitación de la mujer á quien amaba; que lleno de esperanzas y de temores, con el corazón oprimido por la incertidumbre y sin fuerzas para tomar una resolución, á veces daba un paso hacia adelante, llegaba al umbral de la puerta y se disponía á golpear; pero se detenía, la emoción lo ahogaba, retrocedía hasta la esquina inmediata, se paraba al frente, interrogaba á los balcones y volvía de nuevo á querer penetrar en el santuario de su amor y el templo de sus adoraciones.

El ruido de la garrafa al romperse y su nombre pronunciado por una persona que salía de la casa á donde quería penetrar, lo sacaron de su arrobamiento, y fijándose en la criada, dijo á su turno:

—Cantalicia ! ¿ Tú aquí, en la casa de Elvira ?

—¿ Qué hago yo ? que ya rompí la botella, dijo la criada ; pero sí que está acabao, niño Julio. ¿ Con que se nos fué Don Luis con Dios ? ¡ Ave María purísima ! Sí que lo hemos pensao.

—Por Dios, Cantalicia ! dime ¿ qué has venido á hacer aquí ?

—Voy á contárselo todo; pero déjeme volver *en sí*,que estoy temblando. Yo me vine *desaurida* de allá y ganosa de darle la muerte á la niña Elvira, porque yo conocía que busté no me tenía amor y que ella era la causante; pero ¡ madre mía y señora de Chiquinquirá !, todo fué llegar á la casa y meterme con achaque de criada, cuando veo yo á esa niña tan preciosa y tan dulce, y dije entre mis adentros : ¿ Qué era lo que ibas á hacer, María Cantalicia ? Y todo mi encono se convertió en cariño. Mientras más la he tratado y más estoy con ella, pior que pior; y ora la pobrecita á conjorme se ve, ¡ hacerle mal ! Se me ha como rebajao la inclinación que tenía por busté. ¡ Pero á ver cómo no ! la bebida era para pronto, y ya ni aun la botella ! Si me encuentran conversando con un hombre ¡ Ave María !; como aquí no es como allá.

Dicho esto, echó á correr, dejando á Julio lleno de curiosidad.

Este, dominando su emoción, entra á la casa y sube la escalera, sin hallar á nadie; llega á la sala, la que encuentra abierta, golpea, y nadie le

responde ; penetra y reconoce los mismos muebles que en otro tiempo vió, el piano en donde había admirado el genio de Elvira, y le parece que pronto van á renovarse las escenas de amor y de placer de otro tiempo. Luégo vuelve la mirada á la puerta de la izquierda y alcanza á ver á Elvira sobre una gran cama de caoba, cuyo pabellón de damasco rojo llega hasta el cielo, y á su lado á una mujer vestida de saya negra, con manto de merino que la envuelve totalmente.

Elvira lo alcanzó á ver, y con voz débil pero tranquila le gritó :

—¡ Julio !

Al oír este nombre, la mujer del velo negro prorumpió en sollozos y ocultó la cabeza entre las manos. Era *la Romántica.*

Elvira extendió la mano á Julio, como si se hubieran separado la víspera, y le dijo con acento de profunda tristeza pero de gran resignación :

—Julio, qué tarde ha venido usted !

La frente de Elvira, radiante de juventud y de candor antes, estaba ahora pálida y enfermiza; las rosadas y frescas mejillas se veían delgadas y trasparentes ; los ojos estaban lánguidos ; la boca de coral había perdido su color, pero no su belleza ; y toda ella estaba más sublime, más fantástica y celestial que cuando la vimos en el baile de la señora T....

—Perdió usted á su amigo el poeta, le dijo después de algún reposo; al menos el cielo me ha ahorrado los dolores que ha sufrido la pobre *Romántica*, como él la llamaba, quien llora, como usted la ve, á todas horas, por un amor infeliz.

—Los últimos momentos de Luis fueron consagrados á ella, dijo Julio, y hoy tengo la triste misión de cumplir su voluntad como amigo, diciendo que murió pronunciando su nombre.

—¡ Pobre ! entonces debió de sufrir mucho, continuó Elvira con languidez. Es tan triste querer, y querer sin esperanza, que para él, como para mí, la muerte es un consuelo.

—¡ Por Dios, Elvira ! no hable usted de tristeza y de muerte cuando un porvenir de dicha y de ventura nos espera !

—Ojalá !

—Julio, ¿ haré mal en confesar mi amor cuando ya voy á morir ?

—Amé á usted, Julio, con un amor sencillo y puro, como amaba las notas de mi piano ó las flores del jardín; pero yo no me daba cuenta de este amor, hasta que mis amigas, que vieron enrojecer mis mejillas cuando usted pasaba, me dijeron que lo quería. Desde entonces una inquietud desconocida

en mi alma ocupaba muchos instantes de mi vida, y hasta en la oración esta inquietud agitaba mi seno. Al ver á usted me llenaba de confusión y de vergüenza, creía que todos se fijaban en mí y que habían de burlarse; pero sentía un placer tan grande, que no podía disimularlo á sus ojos, y le enviaba siempre una sonrisa ó una mirada que usted recibía tal vez con reconocimiento.

Yo no sabía si usted me amaba; pero lo encontraba tan noble, tan distinguido, tan superior á los otros hombres, que si me hubiera hablado de amor, se habría empequeñecido á mis ojos; pues la elevación de mis sentimientos no permitía que saliesen del fondo de mi alma, y todo lenguaje me parecía una profanación.

Así pasaba mi vida en el paraíso dichoso de los amantes, siendo feliz cuando nuestras miradas se cruzaban, recordando con placer su última sonrisa, soñando con la del día siguiente, y encontrando el mundo lleno de música, flores y poesía, bajo el imperio mágico de su amor.

Pero no hay nada más despiadado, más tiránico, más cruel que la sociedad, con el corazón de una pobre mujer, obligándolo á enmudecer y quitándole toda la dicha que debe haber en la expansión de los sentimientos tiernos, dulces y entusiastas que lo mueven!

Amé á usted, Julio; sí, sí: quiero que usted lo sepa, y que todo el mundo lo repita: quiero desahogar mi alma en este momento supremo, ya que ha vivido en la más estrecha prisión.

Cuando usted cayó herido en la última revolución, mi corazón se conmovió profundamente; y, sin embargo, me obligaron á ir á los bailes y á las fiestas, á reír y á cantar! ¡Sociedad cruel! ¿qué tirano ha obligado á reír y á cantar á sus víctimas? Yo comprendía que estar al lado de usted sería una felicidad: que mi deber de amante era cuidar de sus heridas, y tenía envidia á esas mujeres del pueblo á quienes no ligan las convenciones de la sociedad. Ah! llorar! llorar en la soledad y en el retiro era mi único alivio, mi único consuelo!

Después perdió usted su fortuna; ¿qué me importaba eso, si no era porque había caído usted á mis ojos del pedestal de un dios donde lo había colocado? Y, sin embargo, no pude ir á decirle: — Julio, pobre y arruinado, así lo quiero á usted más!

Se fué usted al Magdalena á recuperar la fortuna perdida, para venir después á ofrecerme la mano de esposo, según me lo prometió. ¿Porqué no me llevó usted? ¿Porqué no fuí yo á dividir su suerte, á participar de sus trabajos, á aliviar sus penas? ¿Porqué no unirnos desde entonces y que yo hubiera sido su amable compañera en la soledad del Magdalena? Ah!

porque nosotras no somos educadas para eso; porque nosotras no debemos tener corazón, y sólo debemos servir; y servimos para lucir joyas ó gastar lujo! Y, sin embargo, yo hubiera sido feliz pisando, cogida de su brazo, la arena caliente de la playa, apartando las malezas de su paso, picada por los insectos á su lado, y muriendo de la fiebre entre sus brazos! Y voy á morir desgraciada, víctima de la sociedad! Todos los trabajos, todas las agonías, todos los dolores hubieran sido nada ante esta eternidad de diez años de espera, impuesta por la sociedad, en medio de las comodidades y del lujo, y ocultando lágrimas, languideciendo todos los días, y muriéndome de amor, sin esperanza de que usted volviera.

¡Julio! ese *sí* que dí á usted en una noche de baile ha sido un juramento que he guardado por diez años; pero el alma de la mujer es un vaso frágil, que se quebranta á los golpes de la adversidad. He sufrido mucho; mi vida se extingue ya, y quiero ser feliz algunos instantes, desahogando mi corazón y confesando que *muero de amor*.

—Yo vengo, gritó Julio, lleno de amor y de entusiasmo como antes, á rendir á usted culto y adoración, como se lo he rendido en la soledad donde he vivido, entre horribles torturas, y animado sólo por la esperanza de su amor y su lealtad!

—Yo soy testiga, dijo Cantalicia, que había entrado sin hacerse notar y se había colocado al lado de la cama. El niño Julio deliraba con sumercé cuando estaba muriéndose, y no hacía más que gritar:

—¡Elvira! ¡Elvira!

Las miradas de ésta se iban encendiendo lentamente como con un fuego sagrado: las mejillas se coloreaban y los labios perdían la sonrisa melancólica que el pesar les había impreso.

—Yo no quiero morir, dijo con voz enérgica. Él ha vuelto, y siempre me ha amado: viene á ser mi esposo. Siento que las fuerzas me vuelven, el pecho ya no me duele: dicen que estaba tísica, pero ya estoy curada. Julio: estoy muy acabada, pero dentro de pocos días me verá usted tan fresca, tan hermosa como me encontraba antes. ¡Que venga mi madre! Díganle que estoy buena! Que me traigan flores, quiero levantarme. ¡El placer es la vida! ¡Qué aire tan sabroso el que respiro! Ya mi amor no es un secreto que me devora. Pronto nos uniremos. ¿No es verdad, Julio? Y volverán las fiestas y los placeres. No! no, es mejor que vivamos solos para saborear bastante la felicidad! Me he vuelto egoista. Pero mi madre no viene. ¡Que venga! ¡Que venga! para verme dichosa. ¡Qué hermoso porvenir! ¡Ay! dijo, esto es el cielo......; y ya había muerto.

V.

Cantalicia volvió á los desiertos.

A Julio lo vimos algunas veces conduciendo de la mano á una anciana ciega; como un apóstol, combatió contra el juego y el licor, tomó parte en todas las revoluciones, peleó en muchos campos de batalla, y, triunfante siempre la causa que defendía, siempre fué de los primeros que entraron victoriosos á Bogotá.

Perseguido por la felicidad, se fué á ofrecer al Gobierno de Cuba su valor y sus riquezas, en defensa de la libertad y el porvenir de un gran pueblo; y allí, cayendo prisionero en *El Virginius* con muchos otros colombianos, fué fusilado, encontrando así lo que buscaba: una muerte gloriosa.

LVII

MIGUEL ANGEL

AL MORIR.

(TRADUCCIÓN.)

Llega ya el curso de la vida mía,
Por agitado mar, en frágil barca,
Al común puerto, y la mirada abarca
Toda mundana acción, toda acción pía.
Por un error mi loca fantasía
Hizo del arte su ídolo y monarca;
Y ¡ay! este error en mí dejó su marca,
Que el hombre siempre por su mal porfía;
Y ya del arte el dulce pensamiento
Es nada para mí, que estoy vecino
De doble muerte hallada en mi camino,
Ni esculpir, ni pintar me dan aliento;
Al que en la cruz por mí sufrió el tormento
Mi alma se vuelve con amor divino.

LVIII

A VERANEAR.

Pasar el delicioso mes de Diciembre fuera de Bogotá, respirando aire puro, contemplando ese magnífico paisaje que se renueva á cada instante, llamado la naturaleza, bañarse, hacer ejercicio y tener libertad, hé aquí la ambición de todas las familias bogotanas, y hé aquí la causa de que mi esposa me obligase á abandonar mis ocupaciones, mis hábitos sedentarios y mi sabrosísima poltrona, para ir á conocer mundo y á pasar trabajos.

—Los niños han presentado un lucido certamen, me dijo; han estudiado todo el año, y es natural que se diviertan. Las niñas quieren pasear, y es muy justo darles gusto. Yo estoy enferma, y necesito temperar.

Observen ustedes que, según el discurso de mi mujer, era natural, justo y preciso que saliésemos al campo ; y teniendo tales condiciones lo que ella me exigía, no sólo yo, esposo condescendiente y amable, sino hasta uno de aquellos jueces que solo saben decretar *no ha lugar*, habría accedido á la petición.

Ya Don José Manuel Groot y el señor Ricardo Silva han pintado con admirable habilidad el viaje de una familia al campo; pero ellos no han dicho lo que yo tengo que decir, á saber: que sus familias podían ir al campo, y la mía *no podía*, porque yo *no tenía* con qué, y en esta América maldita tener y poder han llegado á ser sinónimos.

¡Tormento horrible, calamidad espantosa! buscar dinero el que no tiene crédito; solicitar dinero para no devolverlo; pedir dinero cuando al pobre le vuelven la espalda ! ¿ Habría placer en el campo que pudiera compensarme tanta angustia secreta, tanta vergüenza y tanto compromiso en el porvenir, siendo, como soy, un empleado en el ramo judicial ?

¡ Para qué creó Dios el campo !

¿ Qué necesidad tienen los hombres de verdes prados, de murmurantes arroyos, de cerros encrespados; en fin, de todas las fantasías de los poetas ?

A mí me basta y me sobra mi ciudad, mi oficio, mi poltrona, mis expedientes y mi tintero. Y nada de esto exige sacrificios, ni menearse, ni estropearse, ni, sobre todo, gastar dinero. Nada hay más superfluo en las obras de Dios que el campo; aforismo que estoy dispuesto á sostener cuando ya los periódicos den de mano al *Principio de la utilidad.*

Sea de ello lo que fuere, es el caso que conseguido el dinero, no sé cómo (verdadero milagro de los que se hacen constantemente en Bogotá), preciso fué conseguir galápagos y trajes de montar para mi amable mujer y las dos niñas; y vestiditos, sillitas, estribitos, ruanitas, zamarritos, espuelitas y mil millones de cositas más para que los niñitos fuesen á hacer su paseito.

Cuando ya estaba todo listo, dije á mi mujer:—Vámonos al campo, yo también lo deseo, para no oír hablar, siquiera en un mes, ni de modas, ni de política, ni de pleitos, ni de revoluciones; y para gozar de esa libertad tan ponderada del campo.

Nos fuimos á U...; casi que no digo á dónde, para evitar molestias.

Yo había dicho á mi mujer:—Nada de lujo, como para estar en el campo—batas de zaraza, sombreritos de jipijapa, y todo lo demás del traje de las niñas, sencillo y cómodo.—Nada de lujo; pero ¡ ay ! ¡ Qué mal pensamiento ! Como todos los míos.

Al día siguiente de nuestra llegada al pueblo, y muy de madrugada, recibieron mis hijas esta razón:

« Que muchos recaditos les mandan á sus mercedes mis señoras Alarcones, que se alegran que hayan llegado buenas : que si han traído los últimos números de la « Moda elegante, » que se los presten; y que les manden la *castaña* de sumerced para arreglar las suyas y un *fichu* de novedad, porque están haciendo unos trajes; y que si es cierto que no se usan ya mantos en Bogotá, sino mantellinas largas, que les manden para ver.»

—Ave María purísima! contesté yo, dígales que mis hijas no han traído nada de eso, porque han venido al campo á bañarse y á estar en libertad.

Las señoritas Alarcones echaron á mal lo de « que habían venido al campo,» tomaron á mi familia entre ojos, y encendieron el pueblo con los dimes y diretes, los cuentos y los enredos, y no la dejaron en paz hasta el día en que regresamos á nuestro hogar.

Poco después nos fuimos al baño, y como era preciso atravesar el pueblo, lo hicimos por entre una multitud de personas que salían á las puertas de las casas á vernos, las que, á lo que pasábamos, nos tosían, y cuando llegámos á la plaza hubo una rechifla general que nos puso en consternación.

Un amigo mío, de Bogotá, que alcanzó á vernos, corrió precipitadamente y me dijo :

—Dígales á las señoritas que se quiten el sombrero.

—¿ Porqué ? ¿ Ha salido Nuestro Amo ?

—No, es que el pueblo toma á menosprecio el que anden en él las señoras con sombrero, pues que en Bogotá no se usa.

¡ Muchachas ! les grité, quitarse el sombrero, exponerse al sol y ganar una fiebre: esto es lo que exige la libertad de que se goza en el campo !

Nuestra pequeña casa de paja no contaba más que con una sala, dos alcobas á los lados y una cocina al frente ; así, fué preciso habilitar la sala de pieza de recibo, de comedor y de alcoba por las noches para los niños, adornándola con dos esteras de chingalé que mi esposa había llevado, dos colchas que cubrían á las miradas de los profanos las alcobitas, cinco taburetes y una gran mesa en el medio. Pero para que la sala pudiera desempeñar la triple función á que estaba destinada, era aquello un sacar y meter camas, quitar y poner platos, y tapar y esconder á toda prisa, que no hubo vida ni para los criados, ni para mi mujer ni para mí en todo el tiempo que allí estuvimos.

Si á esto se agrega que desde la noche que llegamos hasta el día que nos vinimos, no faltaron un instante las visitas de caballeritos, que por estar en el campo se tomaban la libertad de ir á todas horas, y de señoras que iban de confianza, pero á quienes era preciso tratar con etiqueta y ocultar todas las faltas de la casa, se vendrá en cuenta del desorden, la anarquía y el bochinche en que vivimos.

Los niños se dormían tirados en el suelo y era preciso dejarlos hasta que á media noche se retiraban las amables visitas, para poder entonces sacar las camas. Aún no había amanecido, y ya estaban las amiguitas de mis hijas con proyectos de baño, y había que levantar á los chiquillos desnudos y ocultarlos con los colchones en las vecinas alcobas; y aunque fuera hora de comer y yo me estuviese muriendo de hambre, no nos atrevíamos á exhibir nuestra pobre comida á los ojos de los extraños.

¡ Qué vida, Dios santo ! ¡ Qué vida la del campo !

Llegó el primer domingo, y desde muy tempranc hice preparar á la

familia para asistir á misa; pero ¡ quién lo creyera ! Mis hijas estaban excomulgadas y no podían pisar el umbral de la iglesia. ¿ Saben ustedes porqué ? Porque no habían llevado *sayas y mantos*, y en el tal pueblo era indecoroso ir á misa los domingos con traje claro y pañolón.

¡ Oh libertad del campo !

Y era de ver, además, cómo las señoras que habían ido de Bogotá, arrastraban por entre el polvo los trajes de seda y de merino; y por los ricos pañolones y los sombreritos que usaban, más parecía el tal pueblo un Versalles que una parroquia de indios ; ¿ y las lugareñas ! Ay ! ay ! ay ! vestidas del mayor tono, aunque con rara extravagancia.

El pobre, aunque sea pobre, no deja de sufrir con las comparaciones, y mis hijas, que en Bogotá vivían retiradas y felices con su medianía, obligadas ahora á mezclarse con sus amigas ricas, se sintieron desgraciadas, y quizá tuvieron envidia.

¡ Sabrosa es la libertad del campo !

Dormir! Esa felicidad estaba reservada para ótros. En primer lugar, la casa estaba plagada de ciertos insectillos que no fué posible destruir y que no dejaban pegar los ojos; en segundo lugar, las visitas duraban hasta media noche, ó teníamos que ir á la vecindad hasta esa hora á jugar á la lotería, y después era cuando se acomodaban las camas, en lo que se empleaba el tiempo hasta amanecer; y por último, cuando ya empezábamos á conciliar el sueño, no faltaba una serenata que, á la verdad, á mis hijas no les desagradaba, pero que á mí me ponía como un Belzebú, porque siempre despertaba al niño de pecho y asustado seguía llorando sin interrupción.

¡ Ah noches las del campo !

Iba con más frecuencia de la necesaria á visitarme el señor Olave, el sabio del lugar; hombre que se leía de los periódicos hasta la imprenta de donde salían, fuerte en las firmas de todas las candidaturas y todas las adhesiones; y que en materia de historia antigua no tenía rival; iba con un niñito, su hijo, y siempre que le dirigía la palabra, le decía: Indino, porqué te has tardado? Indino, anda á traerme tal cosa. Yo, que soy medio filántropo, le hice observar un día que no debía dar ese tratamiento á su niño delante de la gente, porque le hacía perder la vergüenza.

—¿ Ese tratamiento ? Si es su nombre.

—¿ Su nombre ? No se burle usted.

—¿ Cómo es posible, gritó, que usted ignore que Indino era el nombre del jefe de los *borgoñones* que en tiempo de Valentiniano atacaron el Bajo Imperio, y con el que aquel Emperador hizo un tratado de paz que fué

fielmente cumplido por los bárbaros, según se ve en Anquetill, tomo 18, página 98? Doctor, yo lo creía á usted más fuerte en historia.

Desde aquel día, y viendo mi ignorancia histórica, se encargó gratuitamente de echarme párrafos de historia de los Medos, de los Persas y de los Asirios; y como un moscardón lo oía sin cesar, zumbando á mi lado, hasta en la hora del baño.

—Señor, me ha matado un mal vecino un líquido burro que tenía. ¿Qué puedo hacer? Me preguntó un día uno del pueblo, á quien sólo había visto algunas veces.

—Demándelo usted para que se lo pague, le contesté, sin medir la enormidad de mis palabras.

Yo no sé lo que diría el tal hombre; el hecho es que á poco rato se presentó en casa el gamonal del pueblo, y con aire amenazante me gritó:

—Viene usted á sembrar la zizaña en el pueblo en donde le dan hospitalidad: viene usted á atemorizarme porque es tinterillo, á hacerse cargo de pleitos injustos y á ofrecer que me arruinará; pues bien, sepa usted que para un tinterillo hay otro, y que tengo mucho dinero y mucha influencia, y la resolución de morir en la contienda.

—¿Qué dice usted, señor Don Anacleto?

—Sí, se hace usted el tonto: hablo del pleito de los burros, bestias y ganados de Don Pancracio que destruyeron mi sementeras, y de la guerra permanente que este mal vecino hace á mi propiedad, sólo porque no quise casarme con una de sus hijas. ¿Usted lo va á defender? ¡No le hace!

—No señor, yo no defiendo á nadie, yo no sé nada de su pleito, yo no .....

—¿Me autoriza usted para repetir en público lo que ahora me está diciendo?

—Lo autorizo á usted para todo, pero déjeme en paz.

Fuése el hombre, y no había pasado una hora, cuando vino el contrincante, todo azorado, diciéndome:

—¿Con que es cierto que usted le ha dado la razón á Don Anacleto, y le ha dicho que la ley lo autorizaba para todas sus iniquidades? Así son los abogados, al que más les paga; para todo tienen ley; y á usted ya se lo compró ese malvado, que después de deshonrar á mi hija, se ha propuesto reducirme á la miseria y.........

—Señor, yo no le he dado la razón á Don Anacleto, yo no le he dicho que tenga justicia: todo eso es mentira.

Mi nombre, mezclado en las querellas del pueblo, anduvo por todo el

lugar; unos alegaban mi ciencia, mi equidad y mi fama como comprobante de sus derechos; otros decían que yo era un abogado rancio, ignorante y de mala fe; así me ví; y á cada momento venían consultas, réplicas, explicaciones y hasta temí perder el juicio por la cuestión del *líquido* burro.

¡Ah dulce tranquilidad la del campo!

Enamoróse el pepito del pueblo de mi hija mayor (creo que en cada Diciembre se enamora de una de las muchachas que van de Bogotá), y enamorado más asiduo, más necio y más impertinente no se registra en los anales de los enamorados. Nos fatigaba con los cumplimientos, nos abrumaba con los obsequios de plátanos y granadillas, y nos aburría con los ofrecimientos y los solícitos favores que nos prestaba.

Si salíamos á pasear, iba corriendo á darle el brazo á la muchacha; ésta, que le tenía una antipatía marcada, se le escapaba con una amiga; y no obstante esto, al pasar una quebrada, al saltar un vallado, allí estaba el pepito dándole la mano; y mientras tanto, iba á mi lado retorciéndose el bigote, estirándose el cuello de la camisa y hablando de un *patoncito* que tenía, que se bebía los aires *y que no tenia igual en toda la América del Sur.*

Si hubiera sido sólo esto, no habría sido tan grave la cosa; pero el pepito, de improviso se le arrodillaba á la muchacha en el pasadizo de la casa, pidiéndole la mano; escribía papelitos que le mandaba con las criados, y pasaba la noche en el umbral de la puerta del frente. Visto lo cual, fuéme preciso usar de toda la autoridad paterna, y en virtud de la ley que dice:

Pater familiæ suti legasi, super pecuniæ, tutel habet, si est rey ita just est.

Despedílo con cajas destempladas; pero él persistía, alegando que mi hija lo amaba, y que *mi dispotismo* lo hacía infeliz, y con este cencerro duró por todo el mes.

¡Ah vida la del campo!

Hubo fiestas en el pueblo: es decir que ya no volvimos á comer ni á horas ni á deshoras, porque las criadas se insurreccionaron; que el polvo no se podía aguantar; que la chirimía se oía desde las cinco de la mañana; que los borrachos tomaron posesión del campo; que sin mi consentimiento sacaban á mis hijas á bailar á la plaza, y sin mi gusto andábamos todos en una batahola en que su madre no las podía vigilar ni yo corregir; y en fin, que yo no viví, cuidando á los niños de los atropellos de los caballos y á las niñas de los desacatos de los achispados.

¡Oh! sencillos placeres los del campo!

El último día ¿lo creerán ustedes? se entraron á mi casa, me saca-

ron, me pintaron bigotes y patillas (creo que ustedes sabrán que no fuí dotado por la naturaleza con estos adornos), y, en fin, poniéndome un morrión de soldado, me llevaron á la plaza y me fusilaron. Sí, señores, me fusilaron! porque en medio de la diversión y al compás de la música, el director de las fiestas se puso de pié sobre un caballo y gritó: Se nombra alférez para el baile de esta noche al señor... ¡Ay! ¿Quieren saber ustedes quién era el señor...? Yo. Sí, mis amigos, era yo. Un general aplauso acogió la inspiración del director. Yo creí morirme; pero había tantas señoras, que fué preciso aceptar con la sonrisa en los labios y la hiel en el corazón.

¡Maldito baile! que me costó mil afanes, mil molestias y en el cual consumí las pesetas que había llevado para los gastos del mes.

¡Ah vida la del campo!

Una desgracia trae otra desgracia, y sobre ésta vienen mil. En el tal baile, un espadachín sacó á una de mis hijas á bailar. Yo no sé lo que habría, el hecho fué que él decía *que le había jugado cubilete*, y energúmeno, furioso, me exigió satisfacción. Yo le dí todas las que se me ocurrieron; pero él, sin calmarse, me exigió *satisfacción por medio de las armas*.

Consulté á todos los que por allí estaban, y todos decidieron que era preciso batirme con el espadachín ó pasar por cobarde; pero vino á redimirme un buen sujeto (á quien Dios se lo pague), que á lo que el espadachín me metía la mano en la cara, le dió un soberano mojicón que lo hizo rodar por tierra.

Levantóse mi adversario, agarróse con mi libertador, y en plena sala principió una escena de pugilato que habría encantado á los ingleses; pero como cada uno de los combatientes tenía amigos, parientes y partidarios, éstos tomaron parte en la refriega, y el baile se volvió un palenque.

Yo saqué como pude á mis dos hijas, y pareciéndome que me perseguía el espadachín, corría para la posada diciéndoles en el camino:

«Si de ésta escapo y no muero,
No más boditas al cielo.»

¡No más, no más, muchachas, al campo á *veranear*!



LIX

LOS DOS CONSTANTINOS.

A RICARDO RIVAS.

Dime, Ricardo, ¿ es cierto que el Destino
Ahoga la virtud ? ¿ Que el hombre siempre
Lucha y combate en vano ?
¿ Que en vano busca inspiración y fuerza
Para elevarse á la región del cielo ?
¿ Y que la dura, la tremenda mano
Que lanza al porvenir ó da la muerte,
Es la mano inflexible de la Suerte ?

¿ Y es inútil amar ? ¿ Como las ondas
Que espumosas arrastra el remolino,
Siguen así los hombres su camino,
Mientras se estrella la ilusión querida
En el fatal escollo
Que para ahogar la fe, las ilusiones,
Oculto puso el bárbaro destino ?

¿ Y nombre, y fama, y porvenir, y gloria,
Son obra del capricho
De esa deidad excelsa y soberana,
Que de la raza humana
Hace juguetes : que levanta al hombre
En su carro triunfal al alto cielo,
O lo deja arrastrándose en el suelo ?

¡ Espantosa verdad ! Recuerda al hombre
Que á Roma envileció, que hirió á Licinio,
Su virtuoso rival: que victorioso
Atravesó la Italia, y altanero
Llamó á Magencio al campo,
Mas por celeste inspiración primero
Hizo abatir el águila rampante,
Y el lábaro adornó con cruz radiante.

Con este signo venceré exclamando,
Vence á Magencio y entra victorioso
En Roma la imperial, que en su alborozo
Lo apellida su Dios. Mas él desprecia
De la eterna ciudad la antigua pompa ;
Bajo su planta cruje
Añoso el Capitolio,
Y á Bizancio y al mar lleva su solio.

Obtiene con traiciones sus victorias,
Y por mero placer mata á la esposa,
Que le supo brindar gloria y fortuna.
Al hijo del rival mata en la cuna,
Y de sangre sediento,
El que lleva delante un crucifijo
Da la muerte alevosa al propio hijo.

Llenando al mundo con su inmensa gloria,
Legó á Bizancio su prestigio eterno,
Y quiso ya morir. Los cristiãnos
Lo tuvieron por santo, y los paganos
Lo adoraron por Dios en sus altares.
Dime, Ricardo, dime, ¿ fué el Destino
El genio celestial de Constantino ?

Pasan los siglos. Por millares de años
Ha visto la ciudad al sol de Oriente,
Sobre sus muros derramar el día,
Hermoso siempre, siempre refulgente ;
El mismo sol que alumbra á la amapola
En su inocente efímera carrera,
O al insecto que vive un sólo instante
En un rayo de luz de primavera.

Rige el imperio el joven Constantino ;
De su nación la antigua gentileza
Pretende restaurar con osadía.
La noble gloria invoca fervoroso,
Y á la virtud y á la justicia aclama.

Para salvar su patria de los turcos
A Roma también llama,
Y gallardo, valiente y generoso,
Con guerrera actitud y fe resuelta,
Deja la rienda á sus instintos suelta.

«Soy Mahomet, venido del desierto
A tomar la ciudad de Constantino.»
Entre el humo que arroja Alejandría,
Bárbaro musulmán grita insolente:
«Esa ciudad de Constantino es mía,
Es de mi pueblo intrépido y creyente,
No será de tu Alá, santa Sofía,
Mientras mi joven corazón aliente.»

Llama á su pueblo, la defensa apresta
Toma también el lábaro esplendente,
Y los muros derruídos recorriendo,
« *Con este signo venceré*, valiente,
Grita á la multitud ; y defendiendo
Patria y hogar, amigos, es preciso
Combatir por la fe como cristianos,
Por la patria morir como romanos.»

Y con el signo de la cruz combate ;
Pero Mahomet avanza victorioso,
El muro se derrumba,
El pueblo cede al miedo y al cansancio :
La media luna luce ya en Bizancio ;
Huella el turco insolente el Capitolio,
Y hace una tienda del soberbio solio.

En tanto el joven Constantino lucha,
Y al ver triunfar al bárbaro otomano,
« ¿No hay un amigo aquí, no hay un cristiano
Que quiera, grita, traspasarme el pecho ?»
Y en rabia ardiendo, en lágrimas deshecho,
Como cayera el último romano,
Al caer, su nación halló la muerte.
Dime, en verdad, hermano,
¿ Tocóle á Constantino adversa suerte ?

LX

EL RETRATO DE MI MADRE.

Estoy solo : los seres que amo, lejos de mí, muy lejos, con su presencia no colman el vacío que siente mi alma ; y su ausencia da campo á la melancolía, que ha vuelto á apoderarse de mi espíritu, como en otras horas en que la meditación era el consuelo de la soledad.

El retrato de mi anciana madre está al frente; su mirada dulce y serena, pero fija siempre en mí, parece que vigila mis acciones, penetra mis pensamientos y examina en el fondo de mi corazón si su recuerdo se ha borrado en él, si mi amor se ha extinguido y si he olvidado sus consejos y sus amonestaciones. Para olvidarla habría sido preciso borrar del corazón cuanto hay en él de santo y de sagrado ; renunciar á la religión querida de los recuerdos de la infancia y á las horas que, como luceros luminosos, brillan en el cielo de mi pasada vida ; y sus consejos son para mí santos mandatos que me colman de dicha cuando los sigo, y que me llenan de remordimiento cuando me atrevo á quebrantarlos.

Amo tu memoria, madre mía, como ama el que vive en reducida prisión el rayo de luz que al través de un muro espeso, por entre estrecha claraboya, viene desde un mundo donde hay flores, deleites y alegría á iluminar su negro calabozo, trayéndole con los recuerdos de ese mundo bello la esperanza de vivir otra vez en libertad. Conservo tu cariño en mi corazón como se conserva en el desierto la fuente de agua pura y cristalina que, tras largos días de peregrinación, de fatiga y de polvo, satisface la sed de los viajeros. Te quiero todavía, oh, madre mía ! como cuando era niño y en tu seno lloraba ; pues ahora las lágrimas que los hombres me hacen derramar caen sobre mi corazón, en donde está tu imagen y tu amor.

¿Qué ha sido de mi vida desde la época en que de niño, jugando á tu lado, me acariciabas solícita, hasta hoy, en que, ya viejo, sólo puedo contemplar sobre un lienzo pintado tu noble porte y tus facciones venerables? Ha sido un vértigo en que soñé amor, dicha, gloria y poder; y ya despierto, desvanecido el encanto, siento, sin embargo, la sien ardiente, y que el corazón palpita al recuerdo de las magníficas visiones, pero palpando ya la triste realidad y sufriendo el dolor de una espantosa decepción!

¡Ah, madre mía! Tú soñaste también con mi porvenir, y el amor te hacía entrever para mí coronas y triunfos. Por eso formabas mi corazón para la dicha, me animabas á las acciones generosas, y tus ojos se llenaban de lágrimas cuando mi imaginación, interpretando esa poesía que vivía en tu alma, pintaba alguna escena de nuestro hogar ó algún cuadro de la vida. Cuanto ha habido de poesía en mi corazón, fué engendrado por ti; y en tus rasgos de hermana de un héroe es que he alcanzado á comprender cuántos sacrificios merece nuestra patria!

Cuán pobre fué el hogar en que tú presidías como una benéfica deidad. Pero ¡qué santo, qué dulce, qué feliz! En el mundo he oído alabar la virtud de muchas mujeres, de muchas madres; pero en ninguna he encontrado la fortaleza de tu alma para la desgracia, tu energía para formar y dirigir la familia, y la severidad rígida de tus costumbres. Todos tus hijos, hasta que dejamos el hogar en que tú reinabas, ignorábamos que había vicios en el mundo; y tal respeto nos inspirabas después, que al volver á él, como el pecador que se reconcilia con Dios deja las sangrientas vestiduras al entrar al templo, nosotros dejábamos en el umbral las pasiones y los vicios con que vivíamos en el mundo. Ni un pensamiento que no fuese verdaderamente bueno, ni una palabra indigna pronunciada por alguno de sus moradores, profanó jamás el hogar en que tú formabas y preparabas para la vida el enjambre de niños de que Dios te hizo madre.

Ni enojosa piedad, ni la tristeza de la mujer que mira el mundo como un valle de lágrimas, velaron jamás tu sereno semblante á los ojos de tus amantes hijos; y sin embargo, el mundo no tenía para ti fiestas, ni alegría, ni bullicio, y sólo tus hijos y tu hogar llenaban los instantes de tu vida.

Hubo un tiempo en que mi padre fué rico, y tú hermosa. Era una tradición que se conservaba en la familia, y que algunos restos de antiguo esplendor acreditaban. Yo nada de esto conocí. Cuando vine al mundo, mi padre, desgraciado ya en los negocios, era muy pobre y tu noble faz estaba ya marchita, aunque tu frente era blanca, despejada y serena. Pero

así te amé yo ; quizá joven, hermosa y fresca no te hubiera amado con tal veneración, ó mi amor hubiera sido menos elevado y menos santo.

La pobreza que se muestra, la pobreza que pide, degrada, pero alivia los sufrimientos ; mas la pobreza que es un misterio para todos, excepto para el que la soporta ; la que se muestra con continente sereno y hace frente al vicio, á las tentaciones y exigencias de la sociedad ; la que oculta las escaseces del hogar, las necesidades de la familia, para que ésta no pierda su dignidad y su brillo ; la que, en fin, lucha incesante, es un tormento continuo ; pero su martirio eleva, ennoblece y santifica : tal fué la que por muchos años soportaste tú, madre mía, sin que nadie sorprendiese una lágrima en tus ojos, sin que el mundo adivinase que sufrías, y en medio de la cual levantaste brillante, como por milagro, una familia virtuosa que hoy bendice tu memoria.

Mi padre, á fuerza de trabajo, luchando con un destino cruel, llevaba un pan escaso al hogar, y tú lo repartías, haciendo aparecer la abundancia, y derramando la felicidad y el contento en todos los corazones. Las flores que cultivabas embellecían el estrecho recinto y lo hacían alegre : los niños jugaban festivos ó asistían á sus tareas literarias ; y reinaba un aire de felicidad que á todos engañaba, menos á ti, que trabajabas incansable en la educación de la familia.

Fuiste severa en la virtud, y rígida nos guiaste por su sendero, como si tu alma hubiese sido vaciada en el molde de las mujeres antiguas, que hacían del honor una divinidad á la que era preciso hacer constantes sacrificios ; y ninguno de tus hijos se ha extraviado. La familia conserva las tradiciones de la virtud, como su más rica herencia ; y si no ha alcanzado un brillante destino, se mantiene aún entre los límites que tú le mostraste como los del honor y la virtud.

Tú encantaste las horas de mi infancia y fuiste el ángel de la guarda de mi juventud : ven ahora á reinar en mi hogar. Que tu imagen sagrada esté presente en todas nuestras fiestas y en todas nuestras pesadumbres, como tu memoria vive en nuestros corazones ; que tus palabras, repetidas por mi esposa, las escuchen mis hijos para que sean buenos ; y que seas el aroma que embalsame mi hogar, menos pobre que aquel en que tú gobernaste, pero que necesita de tu presencia para que reine la felicidad.

Cuánto mi Rosa te amó ! Y en el indefinible afecto que le profeso, mezcla de ternura, de pasión y de amistad, hay un fondo de inmensa gratitud por el amor que te tuvo, y algo de respeto religioso por el recuerdo de lo que tú la amaste. Cubre, madre mía, á mi Rosa y á mis hijos con tu santa bendición !

Inspírame aún y guía mis acciones, porque hoy necesito más que nunca de fuerzas, de virtud y de constancia, pues que de mí depende la suerte de muchos seres que tu memoria veneran y que contemplarán con los ojos llenos de lágrimas tu imagen adorada.

Madre mía ! No queda más de ti para nosotros que polvo en el cementerio, y sobre un lienzo retratadas tus facciones ; pero arrodillado, besando tu imagen, me siento mejor y me atrevo á ofrecerte como prenda de cariño, que delante de ella procuraré ser tan bueno como lo fuí en la infancia.

LXI

CAIN A SU MUJER.

A Abel maté, mujer, hace un momento,
Y voy huyendo de mi propio horror.
Quiéres seguirme ? El soplo de mi aliento
Marchita y seca la inocente flor :
No hay para mí perfumes en la brisa,
Seca á mis pies sus aguas el raudal,
Muere en mis labios al nacer la risa,
Y no hay dolor á mi dolor igual.
La triste imagen de mi hermano muerto
Me envía á seguirme para siempre Dios :
No tendremos más patria que el desierto
Y eterna soledad para los dos.
Quiéres seguirme ? El rayo con que el cielo
Siempre amenaza mi maldita sien,
O las espinas que me brota el suelo
Pueden herirte á ti, mujer, también.
Y para siempre mi sentencia escrita
Por el dedo de Dios, no tendrá fin ;
Y al través de los siglos, *La maldita !*
Se llamará la raza de Cain.
Quiéres seguirme ?—Sí
—Ya nada temo,
¡ Dios ha tenido compasión de mí !
Dejándome tu amor, tu amor supremo,
Y su perdón me otorgará por ti.

LXII

UN VIAJE A PAICOL

EN BUSCA DE PERDOMO.

No hace muchos años que murió en Londres de melancolía un noble lord que, poseído de la manía de los descubrimientos, fijaba su dicha única en visitar lugares que la planta de un europeo jamás hubiese hollado; pero un obstinado rival se había interpuesto entre él y su destino, de tal manera que al ascender sobre la cima del Vesubio se encontró á su enemigo que estaba preparando té sobre la lava ardiente del volcán; en los desiertos de Saara le dejaba tarjetas con su nombre, regadas sobre la arena; en medio de los hielos del norte de América alcanzó á divisar la sombra de su rival reflejada sobre la superficie brillante del mar polar, á la luz de una aurora boreal; hasta que al fin, habiendo subido al pico más elevado del Himalaya, al límite, como dice el poema de Maarabata, entre la tierra y el cielo, al coronar la cima, vió lleno de horror que por el otro lado asomaba la odiosa cabeza de su enemigo, ocupado en grabar su nombre sobre la roca de la cima. Este fué el golpe mortal que lo arrojó á la tumba.

La vida preciosa de nuestro noble lord se habría salvado si él hubiese tenido la menor noticia de la existencia de Paicol, residencia de Perdomo, el famoso taumaturgo; pues á este país desconocido sí hubiera podido llegar antes que su rival, ó al menos, hubiera sido su descubrimiento una noble lucha, llena de peligros y de dificultades, y en la que el triunfador habría llevado á la ciencia geográfica nociones muy importantes y á la ciencia médica un motivo de admiración.

Ir en peregrinación á la Meca; seguir el camino que los enviados de

Carlos V llevaron hasta dar con el gran Kan; explorar el Africa hasta descubrir las fuentes del Nilo; todas estas cosas son tortas y pan pintado en comparación de un viaje á Paicol en busca de Perdomo.

La casualidad me proporcionó esta expedición que conservará imborrables recuerdos en mi vida, y de la que voy á hacer una pálida descripción á mis lectores, procurando que mi artículo no sea tan largo como fué la expedición.

Encontrábame en Honda cuando llegó allí un inglés enfermo de spleen y, como todos los insulares, aficionado al licor, muy rico y que viajaba para curarse de su enfermedad. En Honda oyó contar los prodigios de Perdomo, y como la esperanza es lo último que se pierde en los enfermos, resolvió emprender un viaje en su busca, contando con una segura curación, según los portentos que por todas partes escuchaba. Y necesitando Mr. Boulingbrok, que así se llamaba mi inglés, de un intérprete, ofrecíme á desempeñar este encargo, confiado en mis conocimientos en inglés, idioma que hacía veinte años había aprendido en el colegio.

A las cuatro de la mañana de un día despejado y hermoso llegaron á la casa en donde estábamos alojados, las cuatro mulas que habían de servirnos de vehículos para el viaje, y con aquel placer que siempre se experimenta al emprender una expedición arriesgada, empezamos á ensillar nuestras cabalgaduras; y era cosa bien original ver que Mr. Boulingbrok se preparaba á hacer el viaje en un galápago inglés liso, con estribos de aro, y sin más arreos que una cachucha de cuero negro charolado y un encauchado del mismo color.

A él, como jefe y *pagano* de la expedición, le designamos la mejor mula, que era una retinta, grande y gorda, que parecía poder hacer un viaje de veinte leguas en un día; y ayudado de su criado principió á ensillarla, dando pruebas de que en esto era tan ignorante como de nuestro idioma y de nuestras costumbres.

—Ponga usted á mí un freno, decía al criado señalándole las espuelas.

—Oh ! yo escapar de morir: esta mula puso su pié sobre la cachucha de mi pata, y con la otra me ha dado en el orificio de mi estómago.

En efecto, la mula le había dado una coz en la boca del estómago, y el pobre inglés se encontraba pálido y moribundo. Agua ! agua ! grité yo al criado, y el inglés, que apenas podía hablar, decía: No, brandy ! brandy !

Unas dos horas perdimos en los preparativos y en la reposición de nuestro inglés, de manera que cuando montamos, ya el sol estaba radiante, las tiendas de *El Retiro* abiertas, y las vendedoras que se atraviesan en la calle habían extendido su mercado. El baqueano salió adelante, yo le seguí,

y detrás venía Mr. Boulingbrok; pero su mula, apenas se vió en la calle, no quiso seguirnos, y sin que de nada le sirviese el delgado freno con que el jinete trataba de detenerla, sino que á pasitrote tomó para abajo con una tenacidad conservadora. Pasó tumbando las mesitas de las fruteras, pisando á dos ó tres de otras vendedoras, produciendo una verdadera revolución en la calle; pues á los gritos que él daba, las viejas salían, los muchachos silbaban, las gentes corrían, y por en medio de ellas la mula, que pasó con nuestro pobre inglés por encima del puente de tablas del Gualí (puente que sólo se pasa á pié y de uno en uno), hasta que se mezcló con una arria de mulas que de abajo venía y volvió con ellas á tomar para *El Retiro*.

Nosotros, que, al paso lento de nuestras mulas, habíamos seguido en pos de él, lo encontramos al fin, más descolorido que la primera vez, y apenas nos vió, gritó: Brandy ! brandy! Le dimos un trago para fortificarlo; y con el objeto de evitar un nuevo accidente, resolvimos que el inglés fuese de cabestro, llevado por el baqueano; cuadro digno de un corpus en Bogotá, en sustitución del Mardoqueo llevado por Aman.

La suntuosa vegetación de la zona tórrida, los diversos paisajes, espléndidamente iluminados por un sol brillante y deslumbrador, y las novedades de todo género que por dondequiera iban sorprendiendo á Mr. Boulingbrok, lo llevaban tan entretenido, que parecía no sentir el calor ni el cansancio, sin embargo de que habíamos andado cinco horas mortales, y de que caminábamos á las once del día y bajo los rayos de fuego de un sol terrible. Mas de repente nos gritó :

—Mi ojo tapado de sangre ! Una poca de brandy !

Corrimos á él, y en efecto lo encontramos como un Eccehomo, pues tenía la cara inundada en sangre que le salía de la cabeza. Lo pusimos á la sombra de un árbol, le dimos el cordial que nos pedía, y al quitarle de la cabeza la cachucha para examinar la herida, observamos que lo que le bajaba á la cara era el color rojo del forro de aquélla, que, destiñéndose con el sudor, parecía sangre.

Pasado el susto, nos dijo:

—¿ Estar próximo el hotel de poder ayunar ? Yo tener apetito.

—Para ayunar no se necesita hotel, le contesté yo; y si usted lo que quiere es almorzar, le aconsejo que aprovechemos la sombra, y tomemos de las provisiones que trae el criado.

Así lo hicimos: sacamos de las enormes alforjas que Mr. Jeny había puesto á la mula del criado, en primer lugar, otra botella de brandy, porque la que yo llevaba se había consumido en los diversos accidentes de nuestro

jefe; queso, pan y carne fría, y así almorzamos espléndidamente; hecho lo cual, nos quedamos *sestiando*, hasta que el sol bajó un poco en el horizonte.

A las tres de la tarde seguimos y caminamos hasta las seis, deteniéndonos á dormir en una casa pajiza que de casualidad encontramos á la orilla del camino, tan desprovista de todo, que tuvimos que dividir con sus habitantes nuestras provisiones, en cambio de la hospitalidad que nos habían dado.

—¿ Trae usted hamaca para dormir ? pregunté al inglés.

—¡ Oh ! no; yo ser fuerte y dormir en el suelo, very well.

Así lo hizo: pero apenas habíamos apagado la luz, cuando empezó á bramar como un toro y á revolcarse como un pescado.

—¿ Qué hay, Mr. Boulingbrok ?

—Ay! toda mi superficie estar como candela, muchas fieras pequeñas picarme y no poder dormir.

Era que las chinches y los *chirivicos* se habían apoderado de su cuerpo, y deleitados con carne tan blanda y sangre tan azul, habían resuelto devorarlo en el curso de la noche.

Salímonos al patio huyendo de los *chirivicos*, y allí permanecimos en vigilia hasta que principió á amanecer y determinamos seguir nuestra marcha; pero apenas montó el pobre inglés, empezó á dar alaridos terribles, porque lo duro del galápago y la falta de costumbre de montar en mula, habían hecho que se *matase*, término que él no comprendía, aunque sí sentía vivos dolores cada vez que la mula andaba ó él hacía algún movimiento.

Para remediar tan triste situación, hicimos de las ruanas una especie de cojín blando en el galápago, y sobre él montó Mr. Boulingbrok para seguir á paso de tortuga un camino de cincuenta leguas.

Durante el día, el calor sofocante se hacía mucho más cruel por la lentitud con que marchábamos, y á las tres de la tarde se desató una tempestad terrible, que pasamos á palo seco y sin tener dónde refugiarnos ni con qué cubrirnos; pues, como tengo dicho, nuestras ruanas formaban el aparato del inglés; y así empapados pasamos el río de la China, con la esperanza de llegar á una casita que el baqueano nos decía debía de haber á una legua de distancia ; pero el río Totare había crecido, era imposible pasarlo, y nos vimos obligados á acampar á la *belle etoile*, y á dormir sobre la húmeda yerba, y en la mitad del llano, con grave riesgo de que á media noche viniese una serpiente cascabel á compartir nuestro lecho.

Nuestro inglés, que en todas las circunstancias críticas pedía brandy, ahora no quería sino té, cosa que no era difícil, porque té llevábamos en las alforjas, y además una cafetera en que prepararlo. Reunimos al efecto

alguna leña para hacer la cocina, trajimos agua del inmediato río y procedimos á prender fuego con los fósforos que traíamos, pero inútilmente, porque habiéndose dañado con la humedad, ninguno sirvió, por lo cual resolvíó el inglés suplir el té con brandy, lo que á la verdad no sería para él un gran sacrificio.

Al día siguiente pasamos por el pié de un cerro llamado la Picota, que se levanta en medio de la llanura, y en cuya cima se descubría un edificio blanco como una pequeña capilla ó las ruinas de un castillo feudal: llamónos la atención, preguntamos en la casa que al pié se encuentra qué era aquello, y nos dijeron que era la tumba de un hombre sumamente rico, que había muerto en el pueblo vecino de Piedras, y que había empleado gran parte de su fortuna y los últimos años de su vida en erigirse un monumento que llevase su nombre á la más remota edad.

Tan raras cosas nos contaron de este hombre y tan singular nos pareció la idea de haber construido allí su sepulcro, que resolvimos detenernos á visitarlo y pedimos un práctico que nos llevase hasta la cima del cerro. Ofrecióse un calentano que estaba rozando por ahí cerca, apenas medio cubierto por la camisa que tenía atada á la cintura, el que llevaba al hombro el machete con que estaba trabajando. La soledad agreste en donde estábamos, y el aspecto de este hombre, daban á todo un aire salvaje y raro, que me impresionó. Parecíame que no estaba en Colombia, sino por allá en el Africa meridional, y consideraba que si para mí era esto extraño, para el amigo Boulingbrok debía de ser extraordinario, sorprendente.

Nuestro práctico siguió al paso lento y perezoso de los calentanos, y mientras llegábamos nos contó tan extravagantes cosas de Don Rudecindo, que así se llamaba el personaje cuya tumba íbamos á visitar, que mi sorpresa aumentó, pareciéndome que no sólo estaba en mi patria, sino que había retrocedido tres siglos en la vida del mundo.

Voy á referir lo que el calentano nos contó, para que se juzgue cuáles serían nuestras impresiones al visitar aquel monumento. Sensible me es no poder hacerlo en el mismo, idéntico lenguaje de nuestro relator, que así tendría mayor interés.

« Estaba yo zagalejo, decía el calentano, cuando una tarde vi llegar á la plaza de Piedras un cristiano, vestío que ni blanco, pero no era blanco, sino moreno, moreno de su color, montao en un macho; pero ¡ á macho famoso ! Ya se ve como él podía hacerse tan grande como quisiese. ¡ Ave María purísima ! El macho echaba como jumo por la boca y venía desaurido, como si hubiera venido al escape ó como por el aire. El señor que venía en el macho venía suelto; pero en la boca tenía como grillos ó como

una máquina, y hablaba por en medio de la máquina; pus la prisión en que lo tenía él... Ave María purísima! Traía un epicaje ¡ Jesús! que eran llegar y llegar cargas, como si fuera un ejército el que venía y no era más que él solito, solito. Se quedó á vivir en Piedras, y al principio como que tenía engatuzado al señor Cura, porque platicaban mucho juntos; pero en después él supo sus artes maléficas y no quijo seguir tratándolo. A los poquitos días ya había una casa de teja en el lugar y luégo se hicieron otras. Aquí entierran á los prójimos donde caen, y muchas veces los marranos los sacan ; y Don Rudecindo ofreció hacer un cimenterio con tal de que lo dejasen enterrar á él ahí y á unos ingleses judíos, que iba á mandar traer, y por su puesto que el señor Cura no quijo.

A poquitos días de haber llegao Don Rudecindo, empezaron á pasar caballeros y á llegar á su casa toditos, y para todos había convites, y se supo entonces ya toda la imprentación. Era que Don Rudecindo tenía pauto con el diablo y estaba encargao de comprarle las almas, y por eso era que de todas partes venían caballeros á vendérselas: paraban una noche, hacían el pauto firmado con sangre, y al otro día se iban ricos. Don Pastor Lezama, el mestro Santos y Don Crosme le vinieron á vender la alma y por eso están tan ricos; pero yo, más que nunca.»

—Todas ésas son patrañas, le dije.

—Nadita! Como el sol que nos está alumbrando que es la pura verdá.

«Oriverá, le sigo contando. Don Rudecindo no trabajaba en nada y no le faltaba plata. Todo el día se la pasaba sentao en la puerta de su casa, siempre con la máquina en la boca, y con dos perrazos á los pies, que eran los mismísimos demonios en figura de perros, y cuando era hora de comer sonaba adentro una campanita (el diablo sería que lo llamaba), y se levantaba el abuelo, y siendo él solito, había siempre convite con muchos vinos y cosas de todas clases, y comía y bebía; pero él solito, solito.

Por la noche toda la casa estaba iluminada hasta los corredores, era para recibir al Mandinga, sin duda: ponía un muchacho á que le diera vueltas á un fierro y empezaba la música á salir de entre la tierra, y decían que en la otra pieza se ponían á bailar todos los diablos.»

—¿Y porqué no le vendiste tú el alma? le pregunté.

—Mis tentaciones tuve; pero primeramente Dios y después mi mujercita, me salvaron; porque ella no consintió en que le dejara por prenda lo que dicen que él pedía, mientras le entregaban el alma.

Mientras el calentano conversaba, íbamos ya llegando á la cima del cerrito, por un camino de caracol, trazado con sumo esmero para no hacerlo fatigoso; y cuando ya creíamos haber llegado, nos encontramos con

una gran puerta forrada en lata y cerrada con un enorme candado, la que impedía el paso.

Preciso fué que el baqueano volviese á la casita en donde depositan la llave para que puedan visitar los viajeros el monumento, y mientras tanto nos pusimos á contemplar el paisaje, que es muy hermoso; pues el cerro está colocado entre el rio Totare y el de Caima, que á su pié corren majestuosos con incierto rumor, mientras que las palmas de sus orillas se agitan por el viento y producen también un ruido sordo y monótono, que tiene su encanto en medio de la soledad.

Abierta la puerta, subimos por una escalera tallada en la roca, casi oscura y cubierta con la maleza; y el último paso nos colocó en una plazuelita prefectamente nivelada y de un piso artificial blanco y bruñido, rodeado de una balaustrada de ladrillo, de unas cuarenta varas de largo y veinte de ancho, y en cuyo centro se eleva una mesa, también de ladrillo, que deja sólo una calle de dos varas de ancho ; en esta mesa hay varios monumentos mortuorios, todos de mármol y trabajados artísticamente.

El primer monumento termina con una mujer cuyo rostro está cubierto con un manto, y lleva en la mano un hachón encendido. En el centro se ve una lápida con dos manos entrelazadas, y esta inscripción:

«Rudecindo Gálvis, Ana Jesús Moncada.»

Por el Occidente hay otra lápida con este letrero:

«Monumento de gratitud y amor filial.»

El segundo monumento termina en un jarrón de flores, y dice:

«María de Jesús Gálvis. Nació en Buga el 29 de Diciembre de 1812.»

El tercer monumento es más grande que los otros, pero no de muy buen gusto; en él se lee:

«Nicanor Gálvis, *apareció* en Buga el 10 de Octubre de 1819.»

En otra lápida hacia el Occidente:

«Cuerpo material, aquí un Dios universal, y naturaleza, te destinaron á la pena y al dolor. Consuélate que debajo de esta piedra tosca hallas tu último descanso.»

Parece que el cuerpo material no ha querido tener todavía ese consuelo, y que busca otras entretenciones mientras tanto.

Cuarto monumento. Semejante á los otros y con esta inscripción:

«Rudecindo Gálvis. Nació el 1.º de Marzo de 1783.»

Quinto monumento. De hermoso trabajo y exquisito gusto, y termina en una cruz (único signo cristiano que hay en este panteón). Tiene este letrero al frente :

«Demetrio Gálvis. Nació en el valle del Cauca el 14 de Noviembre de 1817 y murió en Kinsgton de Jamaica en 4 de Mayo de 1842.»

En el espacio que forma calle hay infinidad de figuras de animales en hierro vaciado, de malísimo gusto, y levantadas sobre columnas de madera barnizadas de blanco. Recordamos éstas:

Un burro con este letrero al pié:

«Sufre el peso de tu desgraciada suerte.»

Un mico con éste:

«Mono astuto, si largas el vegetal, te morirás de hambre.»

Una águila:

«Aguila, ave de rapiña.»

Un esqueleto:

«Muerte que á todas las criaturas anivelas.»

Y entre ellas una bonita estatua de un hombre desnudo, con la mirada y las manos levantadas al cielo, que dice:

«Hombre rústico abandona el temor. Dios es el descanso eterno.»

La plazuelita termina en una casita de teja con persianas al estilo de las de las Antillas, y detrás de ella hay un patio y un gran aljibe donde cae un para-rayos.

Sobre la puerta de la casa hay un tabla negra con esta inscripción en letras de oro:

«Casa de muertos de honor: al que tenga menos miedo se le dará el mejor lugar.»

La casa está adornada con los retratos de la familia, y en el del padre puso Mr. Boulingbrok, con lápiz, este letrero:

«Death destroyed the man, as time will destroy the monument of his pride and vanity.»

Habíamos perdido mucho tiempo y era preciso procurarnos algo de comer, y aunque los caminos en el Estado del Tolima son completamente desiertos, y se reducen á la señal que el tiempo y el poco frecuente paso dejan sobre la árida llanura, sin embargo, en Caima encontramos algunas barracas de paja, á las que llegamos en solicitud de algo que comer; pero en la mayor parte no encontramos gente, ó huyó á lo que nos aproximamos, y en las que dimos con algunos habitantes, ó no tenían ó no quisieron vendernos nada. En todas hallamos aguardiente, lo que fué de no poco consuelo para Mr. Boulingbrok, quien nos decía:

—Este pais boni pur beber, malo pur comer, mucho pur sudar.

Seguimos cansados y hambreados hasta Piedras, caserío situado en el punto más árido de la sabana y por donde pasa el río Opía á una

inmensa profundidad, á la que no se puede descender, como para hacer más insoportable el calor y la sed, y donde se oye el ruido del agua halagüeño y seductor.

Como lo que entonces nos dominaba era el hambre, empezamos á preguntar en todas las casas que encontrábamos abiertas:

—¿ Tiene usted algo de comer que nos venda ?

—Nadita, señor.

—¿ Puede usted hacernos una jícara de chocolate ?

—Pero no hay *con qué*.

Así recorrimos todo el pueblo, sin encontrar en parte alguna qué comer.

—Tengo el alma dada al diablo de hambre ! dije en un momento de cólera.

Y el inglés me contestó :

—Es mucha lástima estar ya muerto el aquí negociar antes almas ; pues yo darle hoy la mía por un poco de carne y un trago de brandy, no ser mucho caro, yo creo.

Al fin apiadóse de nosotros un caballero y nos llevó á su casa, donde pasamos una agradable noche, sobre todo Mr. Boulingbrok, que no tuvo *chirivicos*, y sí brandy en abundancia.

Al otro día caminamos siete leguas; tres en una dirección, tres en otra y una desandando lo caminado; pues estuvimos perdidos en la llanura, en la que se nos extravió el baqueano con todas las provisiones, y á las seis de la noche nos encontramos volviendo á entrar á Piedras por diverso punto, pero rendidos y muertos de hambre.

Conseguimos al siguiente otro baqueano que nos condujo bien, y llegamos hasta la orilla del rio *Coello*, el que, por estar crecido y no haber barqueta, obligó á nuestro inglés á desnudarse de pies á cabeza, y á montar en la mula *en pelo* para pasarlo. *Cuadro mimoplástico* digno de tomarse para el lindo museo fotográfico que acaba de abrir el señor Paredes.

Mi pobre inglés rodó con mula y todo, y fué á salir, medio ahogado, dos cuadras abajo; y su primer grito fué: Brandy! yo tener mucho temblor.

Cogiónos la noche en un *caney* descubierto, habitado sólo por una mujer y cuatro niños.

—¿ Tiene usted algo que comer ?

—Nadita.

—¿ Tiene usted chocolate ?

—Nadita.

—¿ Plátanos ?

—Nadita.

—¿ Puede usted hacernos un poco de agua de panela?

—Eso sí, caballero.

Extendí mi hamaca para dormir, y ya iba conciliando el sueño, halagado con la esperanza del agua de panela, cuando un muchacho principió á llamarme.

—Caballero !, caballero !

—¿ Qué es ?

—Que dónde está la panela, porque el agua está ya hirviendo.

—¡ Acabáramos ! ¿ Con que no hay panela ?

—Nadita.

Durmamos, pues, que el sueño alimenta, dije yo.

Haría media hora que dormía, cuando los espantosos gritos del inglés me despertaron.

—The boha constrictor ! The boha constrictor ! gritaba el infeliz al ver, á la luz de la luna, una enorme serpiente que del techo del caney principiaba á bajar por los lazos de su hamaca.

Yo salté horrorizado, y él no se atrevía á menearse.

—Una culebra ! grité á la mujer de la casa.

—Nadita, no hay porqué asustarse, contestó ella, es *la cazadora*.

Mientras esto pasaba, una enorme culebra de más de dos varas de largo había cruzado á lo largo del cuerpo de Mr. Boulingbrok, y había ido á enroscarse al lado del fogón. El inglés había envejecido cuarenta años en este minuto, y pálido, desfallecido y moribundo, sólo pudo decir después de media hora, ¡ Brandy !

La mujer del caney y los niños se reían de nuestro pánico, y nos refirieron que era costumbre general matener una culebra mansa é inofensiva en todas las casas, la que se domesticaba como un gato, y que hacía la guerra á las otras culebras y limpiaba la casa de bichos.

Es el Guamo un oásis coronado de palmas, regado por el *Luisa* y poblado por las mujeres de más lindos ojos, más abundante cabellera y más instintivamente coquetas que la naturaleza ha creado en el Tolima.

Llegámos allí el domingo por la mañana, á la hora de mercado, y quedamos encantados al ver tantas muchachas bonitas, vestidas todas con aseo, de trajes de vivos colores, camisa más blanca que la nieve y sombrerito gacho que envidiarían las andaluzas ; muchachas que nos sonreían como si fuésemos conocidos viejos, y nos lanzaban tales miradas, que

hacían temblar al inglés como cuando le pasó la culebra por el pecho; pero entonces lo que decía era:

—Bonito, mucho bonito, muchachas, y yo querer.

Al derredor de un inmenso árbol que hay en la mitad de la plaza, estaban sentadas muchas mujeres, vendiendo ciruelas, qué ciruelas! más grandes, más negras y más dulces que los higos de Esmirna : *empanaditas*, qué empanaditas! las más deliciosas, más aromáticas y más suculentas que en América pueden comerse; y *anisado*, qué anisado! el más exquisito de Colombia.

Hacía muchos días que no comíamos; y esto lo abono como razón para que nos disculpen, á mí de ocuparme de esto, y á mi inglés de haberse dedicado en la plaza misma á comer *empanaditas* y á echarse tragos de anisado, de tal manera, que á poco rato su entusiasmo por las guamunas ya no le cabía en el corazón, y á todas quería abrazarlas, lo que produjo una verdadera pantomima; pues era de ver al isleño corriendo al rededor del árbol, y á las muchachas haciéndole cabriolas y dejándolo con cuatro palmos de narices.

Fuimos por la noche al baile de *cintureras*, ¡qué baile! el más alegre del mundo. Una gran sala iluminada por cuatro arañas de cañabrava, en que retumbaba el bombo, y llena de muchachas que bailaban bambuco con tal entusiasmo, gracia y placer, que á Mr. Boulingbrok se le volvía la boca agua.

—Yo no sabo la bambuca, y yo sentir esto, porque mi bailando también.

Parece que adivinaron los deseos de Mr. Boulingbrok, porque á pocos momentos las bandolas empezaron á tocar una alegre polka; y mi inglés cogió á una de las calentanitas y la hacía echar humo, según la ligereza con que bailaban; y el demonio de la chica bailaba tan bien y con tanta gracia la polka como el bambuco.

—¿Qué tal de spleen, Mr. Boulingbrok? le pregunté en un intermedio.

—Moche mejor, me contestó, boni temperamento, y yo preferir las guamunas á todas las mujeres nacidas en la noble Inglaterra.

Al derredor de la sala del baile había infinidad de mesitas iluminadas y cubiertas de botellas de aguardiente y de *goditos*, no de los de la *guerrilla*, sino de unos bizcochuelitos cubiertos de blanco, tan delicados, que se deshacen al echarlos á la boca; pero éstos no eran para el público, sino para el que, mediante un real, quiera obsequiar á alguna de las cintureras.

Mr. Boulingbrok se dejó de ruidos y compró todas las mesitas, que valían por junto 14 reales; y obsequió en general á todas las del baile.

Esta novedad produjo casi una revolución; las muchachas se morían de gusto, las viejas miraban á uno y otro lado, como si estuviera temblando, y los *chinos* seguían al inglés con tal curiosidad como si fuera elefante. En los fastos del Guamo no se registraba una prodigalidad semejante.

—Yo quedar en el Guamo; toda mañana comer *empanaditas*, todo día visitar guamunas y toda noche bailar polka; y esto sanar á mí.

Esta fué su firme resolución al irnos á costar; pero ay! inconstancia de las cosas humanas! Al día siguiente, el pueblo estaba solo, la plaza desierta, y las casas cerradas, pues todas las muchachas se habían ido para sus respectivas estancias.

Mr. Boulingbrok sufrió tan fuerte ataque de spleen, que tuvimos que sacarlo á toda prisa del Guamo y apurar la llegada á Paicol.

Después de caminar muchas leguas llegamos al caudaloso y cristalino Saldaña, en donde nos dimos un baño fresco que mejoró mucho el spleen de Mr. Boulingbrok; spleen que, en mi concepto, dependía, en gran parte, de la *turca* con que había pasado las últimas escenas de la noche.

No lejos del *paso de la bodega* están las casas de un rico propietario que lleva una vida espléndida y enteramente original. Su casa está abierta para todo el mundo, y su mesa lista para todo el que llega, de tal manera ostentosa, que entre huéspedes y amigos se consume todos los días una res. Educado en Europa, ha querido, sinembargo, seguir los hábitos del país, y anda descalzo, viste á lo calentano, torea en todas las fiestas y nada durante dos horas en el Saldaña.

Pasamos, sin embargo, de largo, no sin dirigir algunas miradas de envidia á las casas de Saldaña.

Caminamos ó no caminamos por estos llanos desiertos, donde no hay un árbol, ni una planta, ni más que la inmensa llanura, árida y desierta, que se extiende por todas partes, y que por todas partes forma horizonte, sin que el caminar cinco ó seis horas lo haga variar en nada, y cuyo centro parece que ocupa uno siempre.

Llegamos con un sol abrasador á un rancho que estaba aislado en medio del llano, y supimos que ese lugar se llamaba la *tierra de los asoliados*.

—Oh ! ser esta mi propiedad, dijo Mr. Boulingbrok; yo la reclamo.

—¿ Cómo es eso ? es de usted esta tierra ?

—No haber un asoliado más asoliado que mí mismo, luego la tierra ser mía.

Al día siguiente divisamos á lo lejos una torrecita blanca y nos di-

jeron que allá estaba situada Natagaima, antigua y primera capital del Estado del Tolima. Babilonia, Menfis y Palmira, antiguas capitales de reinos poderosos, cuyas ruinas atestiguan su grandeza, me vinieron á la memoria; y al entrar á Natagaima iba repitiendo aquella invocación tan hermosa del Virey en las Ruinas de Palmira :

«¡ Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, á vosotros enderezo mis plegarias! »

En Natagaima reina la soledad y el pavoroso silencio de Palmira; no falta más que las ruinas y los sepulcros. Ni una alma en las desiertas calles, ni el menor ruido humano, ni nada de la grandeza de la antigua capital de un Estado soberano.

Atestiguan todavía que fué la capital, algunas inscripciones que el tiempo ha respetado.

Sobre la puerta de una casita de paja, modesta en apariencia, dice: *Presidencia del Estado;* y al lado, en dos puertas pequeñas: *Secretaría de Gobierno*, *Secretaría de Hacienda.*

Sobre la puerta de una tienda, que ahora está abierta, mostrando sus vacíos estantes de cañabrava, dice: *Tesorería general.*

Al frente de la iglesia hay una choza en donde está todavía el *jovo* en que metían los pies á los prisioneros, y dice: *Penitenciaría del Estado.*

En el lado opuesto, en una casita con corredor, *Tribunal supremo.*

Sin poder contenerme, dije á mi inglés:

«Estos, Fabio, ¡oh dolor! que veis ahora,
Campos de soledad, musticos collados,
Fueron un tiempo Itálica famosa.»

—Yo no llamarme Fabio, ni esta capital ser famosa, yo creo, me contestó el inglés, y seguimos de largo.

Sólo el que se haya embarcado en buque de vela, con *calma chicha* ó brisa contraria y un capitán borracho, puede tener idea del viaje que en adelante llevamos; perdidos siempre, sin rumbo fijo, mirando á todas horas la situación del sol, caminando en todas direcciones, menos en la que debía ser, llegando á todos los lugares, menos al de nuestro destino, y siempre en apariencia en el mismo punto.

Conocimos entonces á Prado, y Mr. Boulingbrok decía:

—Mentiroso, que este prado no tiene nada verde ni nada ameno. Campoalegre.—Mentiroso también, siendo tan triste. Miraflores.—Mentiroso también, no haber más que espinas; hasta que llegamos á *Llano-*

grande, y entonces sí decía: Mucha verdá, siendo grande, grande. Y mientras más camináamos, menos nos rendía y el inglés decía:

—Oh! yo estar muerto de tanta verdá, *Llano-grande*, mucho grande.

A uno de estos pueblos, de cuyo nombre no quiero acordarme, llegamos, como siempre, rendidos de cansancio, después de diez días de viaje, y muertos de hambre, y empezamos la *preguntadera* como en todas partes en busca de alimento.

Salió á nuestro encuentro un caballero de botas, camisa garibaldi y ruana pintada, de muy buenas maneras, pero de mirada astuta y de metal de voz *bajero*, con el cual nos pasó la anécdota que voy á referir, por *ser la verdad y en fuerza del juramento que hecho tengo.*

—Encontraremos aquí, señor, le dijimos, pasto para las bestias ?

—Eso es imposible, señores, porque aquí no se produce.

—¿ Maíz ?

—No señores, aquí no se da maíz.

—¿ Salvado ?

—Aquí no se come pan, ni traen harina.

—¿ Qué hacemos, pues ?

—Yo enviaré las bestias de ustedes al « Purgatorio,» nos dijo.

—No estar lejos de aquí el infierno, contestó el inglés, yo calcular esto también.

—El «Purgatorio» es una cosa admirable y en donde sus bestias quedarán á sus anchas.

—Mil gracias, señor, usted es muy obsequioso. Díganos usted: ¿ no hay en este pueblo ninguna posada, ninguna casa donde puedan llegar los pasajeros ?

—Ninguna, señores, porque aquí la gente es muy orgullosa, muy independiente y se creería degradada en servir á los pasajeros.

Esta es una vanidad que no había visto en los pueblos civilizados.

—¿ Qué comen aquí ?

—Aquí sólo se come *peto*, cuando el maíz no está muy caro, y se toma chocolate cuando hay *con qué.*

—¿ Y qué es ese maldito *con qué*, que en todas partes nos han dicho que no hay ?

—Es el maíz molido y medio tostado en forma de bizcocho.

—¡ Acabáramos !

Llevónos á su casa, que era de las más decentes del pueblo, pero no muy elegante ; y mi inglés estaba sorprendido de que la sala fuese el lugar

por donde entraban ó salían las bestias, y el pasadizo del servicio de toda la casa.

A pocos momentos, el dueño de la casa nos trajo una botella de magnífico brandy, y entonces Mr. Boulingbrok ya no estaba en el infierno, sino en el paraíso.

Nos sirvieron una cena abundante, en la que hubo hasta vino, y Mr. Boulingbrok, creyó estar en el cielo.

Habíamos puesto nuestros arreos de viaje en la sala principal, que también servía de comedor, y los niños de la casa, que no bajaban de diez, á poco rato se apoderaron de ellas para jugar. El mayor había tomado mi *peinilla*, y mandaba con ella el ejercicio; otro hacía equitación sobre el galápago del inglés ; uno cogía el coco labrado de las libaciones de Mr. Boulingbrok, y otro repicaba á misa con los estribos; mientras que los más avisados registraban las alforjas y se llevaban cuanto en ellas habíamos reunido para el viaje.

Yo veía desaparecer mi estuche de útiles de aseo ; pero nada me atrevía á decir en presencia de un huésped tan obsequioso y tan atento.

Colocó Mr. Boulingbrok su revólver, que llevaba á la cintura, sobre la mesa, y el casero lo tomó para examinarlo, estuvo haciéndole jugar los resortes, como un buen conocedor, y luégo lo colocó en un lugar distinto, como por distracción ; pero al día siguiente no se pudo encontrar en parte alguna.

Después de la cena quise saber qué hora era, y saqué mi reloj. Desgraciado de mí ! en el acto, el amable y generoso huésped me lo pidió para verlo.

—¿ Quiere usted, caballero, negociar este reloj ? me dijo á pocos momentos.

—No señor, porque es el único que llevamos para el viaje, y nos haría mucha falta.

—Pero yo daré á usted una mula excelente por él, cosa que le será doblemente útil, porque, según he visto, sus cabalgaduras son muy malas, se les van á cansar muy pronto, y mi mula, que vale $ 300, lo llevará á usted al fin del mundo.

—Y ¿ vale $ 300 ?, dije yo; pues el demonio de la ganancia me había tentado ya, y mi reloj valdría, á lo sumo, cien pesos.

—Esa cantidad dí por ella ; pero vale mucho más: es mi mula de silla, y se la cedo á usted sólo porque vaya con comodidad.

—Está muy bien, contestéle, doy á usted por la mula mi reloj, si usted me garantiza que es muy buena.

—¡ Oh ! superior. Usted la verá, dijo el patrón, guardando en el bolsillo mi reloj.

Al día siguiente nos levantamos al amanecer; pero nuestro huésped había madrugado más, y había partido para su hacienda, según se nos dijo, dejándome atado en un pilar de la casa un esqueleto de mula, en cambio de la tan famosa que me había ofrecido.

Yo renegué, protesté y me quejé del engaño; pero ¿ para qué ? Nuestro huésped había partido, y sin duda que hasta el día del juicio no volveríamos á encontrarnos.

El revólver no se halló en parte ninguna, y mi estuche, el coco labrado y mil otros utensilios de viaje habían desaparecido también.

Nuestro inglés, furioso por el robo del coco de las libaciones, decía:

—Yo buscar mi cónsul y dando mi queja yo encontrar mi coco.

—Aquí no hay cónsul, le dije, pero vamos á buscar al alcalde.

—El alcalde, nos dijeron, es Don Pacífico: el mismo que nos había robado.

—Vamos á donde el juez.

Encontramos á este funcionario al cabo de mucho rato, y habiéndole puesto nuestra queja, nos contestó:

—Ustedes calumnian á mi hermano, foragidos perversos, después de que él ha tenido la bondad de alojarlos en su casa.

Viendo que las cosas perdidas no habían de parecer, y que estábamos, además, perdiendo el tiempo, resolvimos seguir el viaje; pero resultó que no habían venido nuestras bestias, y que nosotros no sabíamos, ni nuestro criado tampoco, dónde era el tal potrero de «El Purgatorio.»

Salimos á averiguar, y todos se reían de nosotros; hasta que alguien, compadecido, nos dijo:

—Las bestias de ustedes están en «*coso*,» aguardando que paguen dos reales por cada una para entregarlas, y esto es lo que aquí se llama «El Purgatorio.»

Nuestras pobres cabalgaduras no habían comido ni bebido en toda la noche, y estaban pasadas y moribundas: quisimos resistirnos á pagar, pero entonces se reunieron los notables del pueblo, y poco nos faltó para que nos asesinasen, con pretexto de que no pagábamos los *derechos de coso*.

Refiriendo nuestros percances en el pueblo vecino, nos contaron que no éramos los únicos viajeros que habíamos pagado caro la hospitalidad del gamonal de.........

Justo es que yo haga mención de Neiva, bella pero ardiente ciudad, cuyos alrededores están cuidadosamente cultivados, y cuyos habitantes son

personas acomodadas, la mayor parte de las cuales han recibido en Bogotá una cultura que las hace muy agradables.

En Neiva encontré á un viejo y bondadoso amigo, literato, dedicado ahora al trabajo y á la educación de su preciosa familia, y con el cual estuvo muy contento Mr. Boulingbrok.

Llama la atención del viajero en el Tolima el encontrar en casi todos los pueblos á muchos jóvenes que se han educado en Bogotá, así como en varios de ellos á señoritas que han aprendido buenos modales y diversos ramos de educación en el Colegio de la Merced.

Con una de ellas entabló Mr. Boulingbrok, en .... , formales coqueteos, porque ella sabía decir en francés.

—Mr. vous êtes trés aimable.

Y él, que entendía también algo de francés, le decía:

—Mademoiselle vous êtes trés jolie.

Y así pasaron toda la noche, hablando la niña en español, y Mr. Boulingbrok en inglés, sin que por eso dejaran de entenderse y de quedar muy satisfechos de sus respectivos conocimientos en idiomas.

Al despedirse, ella le dió un *souvenir*, y él le dejó *une gage de amour*.

Empezamos á cruzarnos en el camino con caravanas, unas que iban á Paicol y otras que volvían de allí; y los desiertos donde las encontrábamos, el clima tan ardiente como el de la Arabia, y hasta algo en la forma de las caravanas, todo nos hizo recordar las que se hacen por los mahometanos á la Meca.

Algunos enfermos iban en camillas, otros en *guando*, éstos en hamaca, aquéllos á espaldas de peones, la mayor parte con sus mujeres, niños, criados &c. &c., y todos con sus respectivas cargas de petacas llenas de provisiones.

Esta circunstancia, y el ir nosotros un poco escasos, nos hizo incorporar en la caravana en que iba una respetable matrona con un reverendo coto que Perdomo debía de extirpar con sus remedios maravillosos.

Nos preguntó la señora qué juzgábamos de su curación, y yo quise contestarle aquello de que

« El agua es para los veniales,
Y su coto ya es mortal;»

pero como no soy amigo de desconsolar á nadie, la dejé en su ilusión, á cambio de las exquisitas jícaras de chocolate, acompañadas de bizcocho neivano, que nos regalaba en todo tiempo y lugar, principalmente al salir de la posada, al comer y al dormir.

Tan aficionado se hizo Mr. Boulingbrok al chocolate, que no volvió á pedir té; y en el camino negoció con la compañera de viaje la enorme olleta de cobre que llevaba, con la *molonilla*, como él decía, para llevar á su *home*.

—Lástima no pudiendo comprar también la chocolaterita y llevarla conmigo mismo á Europa, decía el maldito inglés, refiriéndose á una calentanita que, montada á lo turco, iba con nosotros, la que llevaba de un lado de la montura los utensilios necesarios para hacer el chocolate, de lo cual estaba encargada, y del otro una gran mochila con pocillos de plata, las pastillas de chocolate y el bizcocho del día. Entre esta calentanita y Mr. Boulingbrok había notado yo algunas miradas significativas, por lo cual era aquél muy aficionado á...... el chocolate.

Llegamos á Paicol.

El que haya estado en tiempo de fiestas en algún pueblo del Tolima y recuerde la animación de sus alrededores, tan silenciosos siempre y tan alegres en esa época; las barracas y toldos de campaña que se construyen para poner en venta los artículos de consumo, y para alojar á los que no caben dentro de la población; y la atmósfera de humo que envuelve al pueblo, humo producido por las cocinas que se establecen fuera de las casas, puede tener idea del aspecto que á primera vista ofrecía Paicol.

Yo, que he sido *fiestero*, sentía el corazón que me saltaba de alegría al sólo recuerdo de los sabrosos ratos que había pasado en Piedras, en la Villa y en Ibagué, y me parecía que ya escuchaba la chirimía de ordenanza, y que veía salir la alegre multitud y los caballos á escape; pero ¡ay! la ilusión hace más dolorosa la realidad.

¿Qué veo?

El triste reino de Plutón: sombras siniestras; espectros que se mueven lentamente ó con trabajo, figuras descarnadas y macilentas, hombres y mujeres pálidos y extenuados, què llevan en el rostro pintado el dolor y la agonía, rodeando todos al inglés.

« Acuden las sombras á ver este hombre, pero apenas puso pie en tierra, huyeron, como se ahuyentan las sombras de la noche con cualquiera claridad. Hombre amado de los dioses (dicen), pues que te es dado entrar en este reino, no te detengas en llegar á donde los destinos te llevan, vé pues por ese oscuro camino y llegarás á donde te será revelado lo que á mí no me es permitido.»

« Inmediatamente empezó él á caminar á buen paso: por todas partes veía revolotear sombras en mucho mayor número que las arenas que cubren la playa del mar; y la agitación de aquella multitud infinita, y el

profundo silencio de aquellas vastas regiones, le inspiraron un miedo religioso. Erízasele el cabello al acercarse á la negra estancia: siente que le flaquean las rodillas y que le falta la voz; hallóse tan conmovido, que apenas pudo pronunciar estas palabras:—Aquí teneis mi, Mister Perdomo, mucho gusto conociendo, oh ! al gran medico: hijo de la repu tación é de la gloria, que viene á preguntaros si haber alguna remedia en vuestra ciencia para mi spleen.»

—Pues tome *el torito*, le contestó Perdomo, no con voz cavernosa y terrible, como creía Mr. Boulingbrok, sino con dejo calentano y modales de arriero.

—Yo tomar toro, vaca, meat, beef, beafsteak roastbeef, moutton y toda especie de carne con potatas, y yo débil mucho siempre.

—Tome entonces *el cordial.*

—Oh ! yo tomar chery-cordial, toma brandy, toma anisao é chicha también, é siempre irritao.

—Tome entonces el *café.*

—Oh ! Yo toma café con sucar; pero en esta tierra moche mejor el chocolate.

—Aplíquese la *linda-planta.*

—Very Well. Ser difícil eso sí. Yo haber buscado una linda guamuna é ella irse al otro día: yo haber hecho mis demostraciones á una linda chocolaterita en el camino, é ella sólo darme su chocolate.

—Usted lo que tiene es *murria*, le dijo Perdomo después de las explicaciones que, mitad en inglés, mitad en español, le había dado Mr. Boulingbrok.

Los ayudantes de Perdomo le hicieron observar que había pasado su turno, y tuvo que retirarse á aguardar en la posada el envío de los medicamentos.

¡ Que se muere Mr. Boulingbrok ! ¡ Que se muere ! ¡ Que se muere ! salí yo gritando por todo el pueblo dos horas después de haber tomado el remedio.

En efecto, pálido, desencajado, con los ojos vueltos y la cara hipocrática, me extendía el inglés la mano, sin poder decir siquiera brandy ! lo que era para mí un síntoma más mortal que todos los otros.

En mi afán me dirigí á la casa de Perdomo, y me detuvieron los ayudantes á la entrada. Contéles mi afán, mi angustia, mi desesperación, y se rieron y me contestaron :

—Fué que tomó el *torito bravo.*

No podía explicarme esta burla; pero recorrí todo el pueblo en busca de auxilio, y en todas partes me decían:

—Fué que tomó el *torito bravo*.

Yo bramaba de cólera como un *toro bravo*, y nada pude conseguir.

A las doce horas de estar entre si se muere ó no se muere, empezó á volver Mr. Boulingbrok, y tardó quince días en reponerse.

Al cabo de este tiempo volvió donde Perdomo, y éste le declaró que la *murria* estaba *viche*, por lo que no podía curarlo todavía.

Esta es la fiel relación de *Un viaje á Paicol en busca de Perdomo*; y antes de concluir, y para descargo de mi conciencia, declaro que es tan exacta, como que yo no he ido allí, ni hay tal inglés, ni conozco al tal Perdomo; con lo cual el lector vuelve á quedar al fin como estaba al principio de este artículo.

LXIII

RESOLUCION

RELATIVA Á UN ESCRITO EN VERSO DEL SEÑOR RICARDO CARRASQUILLA.

GOBERNACIÓN DEL DISTRITO.
En Bogotá, Junio 3,
Bastante motivo es
(A juicio del infrascrito),
El que presenta en su escrito,
Para no dar una silla,
Don Ricardo Carrasquilla;
POR TANTO:
No dé montura,
Pero tenga la cordura
De no enviarla á *la guerrilla*.

M. R.

LXIV

LA SUICIDA.

Es una noche tenebrosa y lóbrega,
De duelo y de fatal desolación,
Sin una estrella en la desierta bóveda,
Envuelto el mundo en funeral crespón.

La luz fugaz, reflejo del relámpago
Viene á aclarar la densa oscuridad,
Mientras el trueno, que resuena horrísono,
Hace temblar la triste soledad.

Con ruido igual, constante y melancólico,
La lluvia recia bate sin cesar;
Y con rugido aterrador, satánico,
Se oye en la selva el huracán bramar.

Entre las sombras se divisa pálida,
Alta, gentil, enhiesta una mujer,
Con paso incierto, vacilante y trémula,
Sola y sin luz las calles recorrer.

La extensa plaza, solitaria y lóbrega
Cruza, á pesar de recia tempestad ;
Del viejo templo, en el oscuro pórtico,
Viene á llamar con fúnebre ansiedad.

La enorme aldaba sacudiendo enérgica,
Hace los viejos muros retumbar ;
Y con acento tierno y melancólico,
Piedad á Dios se pone á demandar.

« ¡ Señor ! ¡ Señor ! repite, ya mi espíritu
« Domina la maléfica pasión !
« Vivifica mi fe, sostén mi ánimo,
« Fuí criminal, mas tenme compasión.»

« Vengo á tu templo, solitaria y prófuga,
« Contra mi amor, asilo á demandar,
« Tu clemencia te pido ¡ Dios benéfico !
« Quiero un refugio en tu sagrado altar.»

Nadie responde á sus ardientes súplicas,
Vuelve el silencio fúnebre á reinar ;
Y muda, impaciente, enajenada, enérgica,
Vuelve otra vez la aldaba á levantar.

De recio viento, repentina ráfaga
Va la vetusta claraboya á abrir,
Y de la iglesia la encendida lámpara,
Al yerto soplo se sintió extinguir.

De la alta torre en la elevada cúspide
La enorme cruz principia á rechinar,
Y con voz agorera el triste cárabo
En el ancho portal se oye gritar.

Lanza un quejido la mujer, histérico,
Grito de muerte, de agonía y horror,
En que se pinta su terrible pánico,
Su desaliento, su sombrío dolor.

Queda un momento con la frente pálida
Y abatida la sien bajo el dintel ;
Mas de repente se levanta elástica,
Y la mirada furibunda y cruel.

Con aire torvo, continente enérgico,
Cruza la plaza con ligero pié,
Y por tortuosos callejones húmedos,
Como una loca caminar se ve.

Agitada, convulsa, breve, rápida,
Vuelve á dejar la lóbrega ciudad,
Como una leve aparición fantástica
Que crea el terror en densa oscuridad,

Mueven sus labios convulsión sardónica,
Cual si quisiera en su dolor reir,
Fiera una chispa de la luz satánica
Se ve en sus ojos lánguidos lucir.

Al fin rendida, agonizante, exánime,
Va al pié de un sauce fúnebre á caer;
Sin que ella sienta por las formas mórbidas,
La helada lluvia sin cesar correr.

Y de su labio ceniciento y cárdeno,
Que apenas puede moribunda abrir,
Con voz sentida, vacilante y trémula,
Deja sus ayes de tormento oir.

Dice: « ¡Infeliz! sobre mis sienes, cándida
« Miré brillar la rosa del pudor:
« Mi corazón, que palpitaba plácido,
« Vivió sin hiel, sin celos, sin amor;»

« Pero á mi lado, sin igual, simpático,
« Noble y gentil, un hombre se mostró,
« Y á su mirada de condor, magnética,
« Mi alma, mi sér, mi orgullo sucumbió.»

« Era su voz para mi oído armónica,
« Era su risa dulce y celestial;
« Y era su aliento embriagador, balsámico,
« Como el olor de la aura matinal.»

« Él era el ángel de mis sueños plácidos,
« Era mi gloria y era mi ilusión;
« Al contemplarlo me quedaba extática,
« Y culto y fe rendíale el corazón.»

« Él me mostraba como amante férvido,
« De oro y de luz brillante porvenir,
« Mi alma inundaba de delicias célicas
« Cuando mi talle se atrevía á ceñir.»

« Yo era inocente, descuidada y cándida;
« Cedí á los ruegos de su ardiente amor,
« Como en la noche sus hermosos pétalos,
« Abre á la brisa la inocente flor.»

« ¡ Ay de mi dicha ! que el amante pérfido
« Mi casta sien, mi seno marchitó ;
« Y mentiroso, me negó sacrílego
« El juramento que de amor me dió !»

« La sien bañada en amorosas lágrimas,
« Loca, á sus piés humilde me arrojé,
« De tanto llanto se secó mi párpado ;
« Y él de mi amor burlóse, y de mı fe.»

« Avergonzada, temblorosa, tímida,
« Llena de espanto, de agonía y pesar,
« Mi triste historia, mi destino mísero,
« Quise á mi madre en mi dolor confiar ;»

« Y ella tan dulce, para mí, sin lástima,
« De mi tormento, de mi angustia cruel :
—« Huye! me dijo, despiadada y áspera,
« Huye, tu infamia á disfrutar con él.»

« Yo la abracé, mas me arrojó frenética,
« Sin escuchar mi pobre confesión ;
« Y de su labio cárdeno y colérico
« Dejó salir terrible maldición.»

« Aterrada, convulsa, loca, trémula,
« Maldita de mi madre, quise huir ;
« Mas donde quiera de su voz terrífica
« La maldición tremenda creía oír.»

« Sin apoyo en la tierra, á Dios benéfico,
« En su templo piadosa fuí á buscar,
« Mas el templo encontré cerrado y lóbrego,
« Y no pude postrarme ante su altar.»

A estas palabras, abundantes lágrimas
De sus ojos principian á correr,
Y del pesado soñoliento vértigo
Siente á la vida, y al dolor volver.

Gira en el cielo la mirada atónita,
Y poco á poco recordando va :
Vése empapada de la lluvia frígida,
Y que de noche y solitaria está ;

Mas de repente, á su memoria fúlgido
Viene el recuerdo de su horrible mal,
Y un ¡ay! arroja de su pecho trémulo,
Cual ruge herido el árabe chacal.

Vuelve á su labio convulsión colérica,
Se ve su frente de rubor teñir ;
Y un fuego horrible, destructor, satánico,
Se oye en el fondo de su pecho hervir.

Y con loca demencia : « No más lágrimas
« Dice, de duelo volveré á verter,
« De mi madre maldita, debo réproba
« Y sin honor el mundo recorrer.»

« No es posible vivir : mañana público
« Para el mundo será mi deshonor,
« Y al mirarme pasar, risa sardónica
« Irá á soltar mi infame seductor.»

« Pero mirando mi cadáver pálido,
« Marchita, yerta, sin color la faz,
« Ese mortal á quien amé frenética,
« A compasión se moverá, quizás.»

« Ay! sí, mirando su inocente víctima,
« Quizás lo hará llorar la compasión ;
« Y este llanto será mi luz beatífica,
« Mi gloria celestial, mi bendición.»

Y llevando á su labio horrible tósigo,
Logra de un trago el líquido apurar,
Con el mismo placer que el hombre mísero
Quiere en el vino su tristeza ahogar.

Gime pasando, contra el sauce, el ábrego,
Su ruido aumenta recia tempestad :
Alumbra el rayo la encendida atmósfera ;
Y luégo vuelve densa oscuridad.

Ya entre sus venas el fatal narcótico,
Hace la sien y el corazón latir,
A eterno sueño sus cansados párpados
Se ven cerrar, sintiéndose morir ;

Mas de repente, moribunda y trémula,
Como herida de santa inspiración,
De su seno desgarra la alba túnica
Y la mano dirige al corazón ;

Y de allí, separando la cruz de ébano,
A su labio la lleva con amor,
Y agonizante, con acento férvido,
A Dios consagra el último estertor.

« Por él, murmura, te ofendí sacrílega,
« Perdón, Señor ! perdón......para los dos,
« Yo me arrepiento......mi dolor es sincero
« Confío en la cruz......y en el amor de Dios.»

Y enviando el cielo transparente ráfaga,
De pura, hermosa, de divina luz,
Se ve su sombra levantarse pálida,
Firme apoyada en refulgente cruz.

LXV

EL SAN PEDRO

EN GUATAQUISITO.

Mi querida Rosa: Ayer á las nueve de la mañana el sol, lleno de majestad y de luz, iluminaba el paisaje más suntuoso y más poético que la América en sus contrastes puede ofrecer; y á esa hora tenía lugar una fiesta religiosa, llena de novedad para mí, y que voy á pintarte, á pesar de que no he de encontrar colores bastante brillantes para iluminar mi cuadro, ni el encanto, la admiración y la poesía que dominaban mi alma y que daban esplendor y belleza á la sencilla fiesta.

El Magdalena aquí, en una de sus inmensas y caprichosas vueltas, pasa por en medio de dos cordilleras que se estrechan y parecen unirse, las que limitan la vista hacia el Oriente, y dan á aquél el aspecto de un lago de plata rodeado de ceibas y árboles seculares que lo coronan de verdura, mientras que al Occidente el horizonte se extiende y la vista se pierde en el infinito.

El Magdalena estaba á esa hora poblado de barquetas que cruzaban, iban y venían de la una á la otra orilla con caprichosos giros y agraciados movimientos; la orilla colmada de mujeres que, como hondinas, se deslizaban nadando, y de niños que en bulliciosa algazara agitaban el agua, levantaban chispas y hacían torbellinos; mientras que en la ribera la población de toda la comarca, vestida de vivos colores, buscaba la sombra debajo de los árboles y se agrupaba esperando la fiesta.

Un tiro de carabina y algunos voladores anunciaron la aparición del santo sobre las ondas del río, y fué saludado con un grito de ¡ San Pedro !, universal y alegre, que resonó en toda la ribera y cuyo eco repercutió en los cerros. En efecto, á lo lejos se divisaba una balsa pequeña

en la cual había una imagen de San Pedro vestida de carmesí, que lentamente fué bajando el río, sin que nadie dirigiera la balsa, y que al fin llegó frente al puerto, en medio de los gritos de la multitud, de los tiros de fusil y de millares de voladores.

Entonces las barquetas de una y otra orilla salieron á su encuentro : muchos nadadores fueron hasta la mitad del río á dirigir la balsa, y todos los que estaban montados metieron sus caballos en el agua, hasta el pecho, para estar listos á recibir y escoltar al santo ; pero hubo un conflicto inesperado que aumentó la gritería, la algazara y la confusión.

La fiesta del San Pedro había sido preparada por los de Guataquisito, en la orilla izquierda del río, en donde no hay iglesia, y los de Guataquí intentaron robarse el santo para hacerle la fiesta en su iglesia. Mandaron en efecto sus canoas á asaltar la balsa ; pero los otros la defendieron con ardor, y se trabó en medio del río un combate naval, alegre y divertido, como sería la fiesta de la *Regata* en Venecia.

Después de hábiles maniobras mandadas por los patrones de las canoas de uno y otro lado; después de mil incidentes graciosísimos, animado todo por los gritos de los que desde la ribera excitaban al combate, ya los de Guataquí estaban triunfantes, cuando un hábil nadador se botó desde la orilla, por debajo del agua, les quitó la balsa, y en medio de aclamaciones la dirigió á Guataquisito, en donde se recibió al santo en andas, y fué conducido en procesión, acompañado por todas las mujeres y escoltado por un numeroso gentío de á caballo, á la casa que tenían preparada para la fiesta.

Dejo á los severos y rígidos puritanos la decisión de si es ó no pagana esta ceremonia; por mi parte sólo puedo decir que es perfectamente inocente; que con ella no se profana el nombre de la divinidad ni se viola el respeto religioso; que es bello ver al pueblo reunirse, no á presenciar espectáculos sangrientos como en Roma, sino á festejar el recuerdo de un santo patrón ; y que la sencillez, la alegría y el fervor dan á la fiesta más belleza que la que tienen las grandes solemnidades de la capital.

Tiples, bandolas, panderetas, bombo y una multitud de instrumentos raros, que sin duda vienen desde el tiempo de los indios y que atruenan el aire, formaban la banda de música que esperaba al santo en la casa, donde fué colocado en un improvisado altar, coronado de luces.

Los días de San Juan y de San Pedro son los grandes días de la tierra caliente, y para estas fiestas preparan los hombres los mejores caballos y los más lucidos arneses; las mujeres bonitos trajes; toda familia una *lecho-*

na, un pavo ó una gallina para el banquete, más ó menos espléndido, pero siempre alegre; las muchachas sus adornos de oro para seducir las miradas de los amantes, y éstos sus ahorros de muchos meses para ofrecerlos en vino ó aguardiente, ó para gastar pródigamente en sus conquistas.

El San Juan es la ilusión del año entero, que hace llevar con resignación al pobre una vida de labor y de trabajos; á la mujer las fatigas y privaciones sin quejarse; á la muchacha su constancia y fidelidad en los días de la ausencia del hombre que vió en el San Juan, que le prometió hacerla suya y que lo espera confiada en que viene; á los niños sus tareas literarias, porque al salir de la escuela hablan de su caballo que está engordando, del vestido que van á estrenar, ó del pueblo á donde van á pasar esos días, viendo todos delante el contento, el placer y la alegría.

"Los días de regocijo del pueblo son siempre de llanto y duelo para el filósofo," se ha dicho; pero si se quitan esos días al pobre pueblo, estos momentos de embriaguez y de alegría, ¿qué le queda? Esto sería quitar en el desierto los lugares de descanso, el oásis poblado de palmas, donde brotan fuentes, y obligar al viajero á que atraviese sin detenerse un inmenso desierto. Quizá era más filósofo el que decía: "Reid, cantad, bebed, porque todo lo demás es vanidad de vanidades."

El día de San Pedro montaron en Guataquisito todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños que pudieron conseguir caballo; las mujeres montaban, unas con trajes de *amazona*, y otras á la *turca*, en silla orejona; y los hombres con diversidad de trajes y en sillas y galápagos. Duraron todo el día corriendo á escape de un punto á otro, y gritando sin cesar: ¡San Pedro! ¡San Pedro! ¡San Pedro!

Algunos iban á caballo tocando bandolas y cantando el bambuco al rayo de un sol ardiente; y en cada casa á donde llegaban eran recibidos con botellas de aguardiente, que en común hombres y mujeres apuraban, y seguían después la caravana, aumentada con las personas de la casa, que también montaban.

Cuando ya los caballos estaban fatigados y sedientos, iban los jinetes en partidas al Magdalena, y sin desmontarse ni quitar el bocado á sus cabalgaduras, metiéndose entre el río, les daban de beber. Este es uno de los cuadros que harían inmortal el pincel americano que pudiera reproducirlos; y cuántas veces no he gritado yo ¡Quién fuera pintor! Es más hermoso que "El campamento árabe de Horacio Vernet," más que la lámina de los "Cosacos atravesando el Tibet"; porque aquí la naturaleza del paisaje, espléndida y llena de luz, la majestad del Magdalena, las caras pálidas de las

mujeres, el carate brillante de los hombres, y la variedad de los trajes y de las posturas, todo forma un cuadro magnífico al cual el artista sólo tiene que aplicar su destreza, invocando su genio.

Hay algo en la naturaleza del hombre eminentemente feroz y antisocial, que revela lo imperfecto de su creación; y este algo se desarrolla en algunos hombres con el aguardiente, de manera que apenas empiezan á embriagarse, les da por buscar pelea ; como buscan guerras y se hacen crueles los hombres que se embriagan con los triunfos, y á quienes la vil adulación y la lisonja llevan al corazón un perfume más pernicioso que los que producen el sueño entre los turcos.

Este feroz instinto produjo en ese día más gritos de mujeres, llanto de niños y amenazas recíprocas, que golpes en la pelea ; pero todo concluyó con la conducción de los contendientes al cepo, llevados por el comisario; rápida y eficaz justicia que libra á la sociedad de muchos delitos, previniéndolos al nacer.

La embriaguez en los hombres produce el efecto del "Palacio de la verdad," en donde cada uno, dice el cuento, se mostraba tal como era, y decía lo que quería ocultar; pues en general la embriaguez no hace más que exaltar y poner de manifiesto las pasiones ó los sentimientos de que están dominados los hombres, y anular á los ojos de los achispados las barreras sociales que los contienen cuando están en su juicio.

El tímido *pepito* bogotano, al tomarse una copita, hace su declaración al *ángel de sus amores;* el grave abogado que sale al campo en Diciembre, la echa de calavera con las muchachas de Choachí, animado por la chispa; el Notario torea en las fiestas de Ubaque después de los refrescos; y todos los hombres *con un trago* se hacen oradores, poetas y guerreros.

Pero la vanidad es la pasión dominante en el hombre, la que se desarrolla siempre primero, y la que hace la conversación de los achispados tan divertida y tan ridícula.

El día de San Pedro repartí un barril de aguardiente en la puerta de mi casa, y con esto se acabaron de *componer* los que ya estaban *alegrones;* y tuve, por supuesto, la ocasión de oir los discursos más estravagantes que la mente humana pueda concebir.

Uno estaba importunando, y le mandé que se retirara. Oyólo Legro, y con aire enfático le dijo:

—Hombre, es preciso que haya buena moralidá en la habla de los individuos.

—Busté qué sabe ? si yo estoy platicando con el dotor, que es nuestro Dios, despues de María Santísima.

—Yo ? Es que vos no conocés la o por lo redondo, y mi padre fué criado de Don Manuel Torrijos, y conoció la alta corte.

—*Nadita*, si busté es criollo de aquí no más !

—Si acaso ! soy de Venadillo, hombre; y si vos supieras que cuando uno entra á la alta corte tiembla todito al ver los canónigos con la barba rusia de puro viejos.

Los oía un tercero con aire burlón, y no pudiendo contenerse, les dijo:

—No sean tan inorantes! los canónigos son del coro celestial: y yo los he visto trepaos en el patíbulo dende la mañana hasta el escurecer.

—¿ Vos me decís á mí eso, cuando yo he oído conversar á Don Crosme con los otros ingleses, lo mismo que los padres cuando dicen la misa ?

—Pero ¿ qué va eso con mí, que he visto en Cuatro-esquinas el *estrombón* y que va, *joápite*, en estico á Bogotá ?

—Vaya ! Si ese es el *telesforo*, que ya está en Ambalema y que lleva *jumiando* las cartas á Bogotá.

—Ole ! ¿ y vos te embarcabas ahí ?

—Por nadita ! Más vale salir uno á uñas de buen caballo por el obquerón de Copó.

—Los tiempos traen las eventualidades, y lo que falta por ver, si Dios nos da vida, salud y licencia.

—¿ Como no vuelva otra plaga ?

—Qué plaga ? de gusano ?

—No hombre ! del General Mosquera.

—Ah ! de la guerra, pues ¿ por qué no hablas claro ?

—Luego vos no sabés que el General Mosquera hizo *pauto* para que lo volviera jovencito el *mandingas;* y que fué y se puso un vestido de oro y se le apareció á una emperatriz Eugenia ; y mientras él le conversaba se le fueron sus súditos á la emperatriz con Mosquera, y ahora ya trae otra vez la guerra con navíos y veinte trillones de docenas de cañones ?

—*Barántula* con su *sacareal majestá*, que á sigún y conjorme siempre allá va á llegar.

—Como no traiga cojesina de bestias y quitasina de enjalmas, mas que se encarame.

—Sí, vos estás satírico porque siempre has sido *conserva*.

—Porque sí, porque los rojos queren tumbar al Papa y se comen la religión.

—Callate hombre, que ellos lo que nos dan es el libertinaje de las tierras, y vos no sabés más de cuatro cosas.

—Vos hombre, que no sabés que las narices están debajo de la santa cruz.

—Callate.

—Callate vos.

Se agarraron y hubo una pelea formidable.

¡ Guerra de ciencia y de saber !

Académicos, médicos y poetas que os despedazais por rivalidad de ciencia: no sois más que unos ejemplares elegantes de la vanidosa humanidad, y mis cosecheros son otros ejemplares á la rústica, pero tan ridículos los unos como los otros !

Por la tarde hubo toros, y los porrazos y las caídas de los unos hacían la diversión y el placer de los otros.

Por la noche el cura de Guataquí pasó á Guataquisito y sacó en procesión á San Pedro, en medio de infinidad de luces, acompañado por todas las mujeres, y así fué llevado al río y embarcado en una canoa: la población entera, que llevaba hachones encendidos, se embarcó en otras canoas, y así pasó al otro lado.

El canto solemne de la iglesia resonando en la soledad: el río repentinamente iluminado por las mil luces que se reflejaban en sus aguas; el acompasado sonar de los canaletes que impulsaban las canoas, levantando chorros de espuma; y la pompa regia de la naturaleza en esa hora, hicieron de esa humilde procesión un cuadro tocante, digno de la mirada de Dios.

Así acabó el San Pedro en Guataquisito ; y como siempre pienso en ti, he descrito esta fiesta con la esperanza de que participes en algo de mis emociones.

LXVI

Recuerdas aquella orilla
A donde puro el sol brilla,
Que besa amoroso el mar ?
Un recuerdo á Sabanilla,
En donde dicha sencilla,
Luz y amor hay en tu hogar.

Tasmanian 1877.

LXVII

LAS DOS HERMANAS.

I

En los desiertos de Siria, rodeados de arenales inmensos, se ven aún las ruinas de la famosa Tadmor, fundada por Salomón, por cuyas calles corrían antes arroyos cristalinos, y que, sombreada por elegantes palmeras y poblada de jardines, era el sitio de los festines y de los placeres y el centro comercial de todo el Oriente. De la misma opulenta Palmira, de la que Plinio decía: "Situada en un oásis, bajo un cielo brillante y atravesada por corrientes de agua pura, Palmira, rodeada por todas partes de desiertos, ha logrado conservar su independencia entre dos imperios poderosos, el de los romanos y el de los partos, y es el encanto del cielo y la admiración de la tierra;" de Palmira, esa ciudad que cayó con su hermosa Reina Zenobia, quien fué á figurar en el triunfo de Aureliano en Roma, cargada de cadenas, pero de cadenas de oro y diamantes, se ven aún los fragmentos del magnífico templo del sol, en donde pastan las cabras, y sus mil columnas, al través de las cuales corre á escape de su caballo el árabe para alcanzar al potro salvaje, sin volver la mirada y sin detenerse ante el ruido sepulcral que las pisadas de los caballos producen en las inmensas arcadas y sobre el enlosado de las antiguas y desiertas calles.

No lejos de las ruinas de Palmira, valle de tumbas que presenta el más imponente aspecto y que convida á la tristeza y á la meditación, inspirando la fe á Lamartine y la filosofía á Volney, había un palacio edificado por Soliman-Ebn-Daoud, arruinado después, pero luégo lujosamente restaurado por una mujer rara que había ido de Occidente, que derramaba

el bienestar y la civilización en torno de ella, á quien los árabes respetaban y querían, y que hablaba siempre un lenguaje místico y alegórico que llenaba de pasmo á todos los viajeros que la visitaban.

Esta mujer era Lady Stanhope, á quien Lamartine visitó, vió y trató en su viaje á Oriente; mujer de suprema belleza que había conocido y amado en París al General Francisco Miranda, cuando aquél servía en los ejércitos franceses, y que llena de despecho al saber la deferencia que Catalina II mostraba por Miranda, exaltada, amante y ambiciosa, había concebido el pensamiento de hacerse Reina para tener una corona que ofrecer al General Miranda.

Se hacía servir por orientales, en copas de oro, leche de camella, dormía sobre la piel de una pantera, y se vestía como Cleopatra; en un recinto en donde sólo ella penetraba, había un trono resplandeciente y una diadema de brillantes; y en las pesebreras se cuidaba una hermosa yegua, blanca como la nieve, que tenía delineada una estrella en la frente, y en la cual debería hacer su entrada triunfal como Reina de Palmira.

Esta mujer fantástica que había soñado ser la sucesora de Zenobia al través de los siglos y para reinar sobre ruinas, abrigaba el gran pensamiento de restaurar la ciudad comercial, que en un tiempo fué llamada la perla del desierto, y que tanta falta hace á las caravanas que tienen que atravesar del Eufrates al Orontes, y realizar por medio del amor, é imponiéndose como soberana, en la imaginación soñadora de los orientales, la empresa acometida inútilmente por San Luis, Ricardo corazón de León y el General Bonaparte, de llevar al Oriente la civilización cristiana.

Allí brindaba magnífica hospitalidad á todos los Jefes y soberanos de Oriente, en soberbias tiendas cubiertas de pieles de camello y forradas en costosísimo damasco, donde, reclinados en cojines de terciopelo, se les presentaban largas pipas y aromático café de Moka; y á los grandes peregrinos y á los ilustres viajeros de Europa, en suntuosos aposentos de mármol, amueblados con mesas y sofás, y sirviéndoseles manjares europeos y espumoso champaña; pero ni unos ni otros veían á la reina sino como un favor, y para tratar negocios de la mayor importancia.

Recibía en un elegante salón á donde no llegaban los hirientes rayos del sol de Oriente sino debilitados ya por fantásticos transparentes de paja pintada, que de repente se descogían ó se cerraban; adornado con cortinas de color carmesí, cubierto de alfombra en la cual se hundía el pié y se amortiguaba la pisada, refrescado por surtidores de mármol que monótonamente murmuraban en las cuatro esquinas; lleno de jarrones con

flores aromáticas sobre mesas de jaspe; y la pared cubierta de armas y trofeos, teniendo un solo retrato de cuerpo entero, que representaba la hermosa figura de un General francés, á cuyo pié se leía:

FRANCISCO MIRANDA.

Esta mujer no tenía más que un odio, vehemente, terrible é insaciable al Imperio Moscovita, y lo infundía á todos los orientales, recordándoles que la soberana de Rusia les había robado la Crimea y el Azof: odio que se parecía á una rivalidad de mujer celosa, pues cuando oía pronunciar el nombre de Catalina, ya muerta, palidecía notablemente, sus facciones se contraían y sus ojos lanzaban chispas de un fuego sombrío.

Mientras que ella, rica, noble y ambiciosa, soñaba con una corona para él, Miranda proponía al gabinete inglés que le diese recursos para independizar todas las colonias americanas. En 1086, con un grupo de americanos, expedicionaba sobre Coro para libertar á Venezuela, fracasando en su tentativa. Después volvía á Venezuela y asistía al nacimiento de la República; mandaba en Jefe los ejércitos; ejercía la magistratura de Dictador: triunfaba en *Valencia*, en el *Morro* y en la *Victoria*, y hubiera sido el *Libertador de América*, si en su contra no se hubieran conjurado los elementos; si la defección no hubiera acabado con sus huestes y la traición no lo hubiera vendido á los españoles, quienes lo encerraron en la prisión de la *Carraca* en Cadiz, donde lo mantuvieron cargado de cadenas hasta su muerte.

Lady Stanhope sólo tenía un amor, el de dos jóvenes que á su lado estaban, que formaban su alegría y su contento, y que eran el objeto constante de sus atenciones.

Estos jóvenes habían pasado ya de la pubertad y eran hermosos; vestían el traje árabe de calzón ancho flotante, dolmán estrecho, turbante rojo y una banda en la cintura, en donde llevaban el puñal y un par de hermosas pistolas inglesas. Todo el día cabalgaban en corceles ligeros como el viento, eran ágiles como los árabes, cazaban gacelas en los arenales, y hacían con las tribus vecinas expediciones peligrosas á cazar chacales y panteras; y hubieran sido tenidos por hijos del desierto, acogidos en el suntuoso palacio de Lady Stanhope, si no fuese porque entre ellos hablaban siempre un idioma que los naturales del país no comprendían.

Un día hubo gran rumor en el palacio, porque las noticias que habían traído los postas que frecuentemente llegaban donde Lady Stanhope con el correo de Europa, eran muy importantes, é iban á cambiar enteramente la existencia de los habitantes de aquella aislada morada. Los cria-

dos aprestaban caballos de viaje y tiendas de campaña para atravesar el desierto, y los jóvenes vestían el traje europeo. Eran las doce del día, y la Reina los esperaba en el salón; todos los transparentes estaban caídos, pero uno de ellos, levantado, dejaba penetrar la luz, que cayendo sobre el retrato de Miranda que estaba enfrente, parecía iluminarlo con una aureola de gloria, y animar las marciales facciones del General.

Los jóvenes entran respetuosos, y Lady Stanhope, levantándose de su diván, los toma de la mano y los coloca al pié del retrato.

—¿ Conocéis, les dijo, la historia gloriosa de vuestro padre?

—Sí.

—Sabéis cuál fué su patria?

—Venezuela, en la América del Sur.

—Sabéis cuál fué su último deseo?

—La libertad de su patria.

—Bien. Allá en esa lejana y desconocida América se ha levantado un hombre extraordinario que se llama Simón Bolívar, y que va á realizar la empresa gigante que vuestro padre acometió, y á la que debéis ayudar si queréis ser dignos de su nombre y herederos de su gloria. Id á la América, hijos mios, á pelear con Bolívar para dar libertad á un país que en adelante será vuestra única patria!

II.

La bellísima ciudad de Bogotá, que se levanta sobre el valle de los Alcázares, como una ninfa que apenas hunde su blanco pié entre las ondas verdes del océano, y que gentil y donairosa parece querer elevarse más y levantar al cielo sus elevadas torres y la roja corona de tejados que ciñe su frente; la ciudad de Bogotá, declarada capital de la vasta y rica República de Colombia en la época á que se refiere nuestra historia, parecía despertar de un sueño de tres siglos para entregarse bulliciosa á la alegría y al placer.

La Independencia estaba conquistada, la República fundada, el Perú libre, y un porvenir de dicha y de ventura se ofrecía en perspectiva, después de una época terrible de esclavitud, de cadalsos, de llanto y de ignominia.

Suntuosas entradas del Libertador después de la victoria, por entre arcos de laurel y lluvias de flores, la ciudad vestida de gala y cubierta de banderas de colores, y Bolívar coronado después, bajo un magnífico dosel, por las más hermosas doncellas, fantásticamente vestidas. Marciales revistas en que los jóvenes vencedores en Boyacá y Carabobo, y los libertadores del Perú y

Bolivia ostentaban á las miradas de las bellezas bogotanas magníficos caballos y riquísimos uniformes bordados de oro, que reflejaban á la luz del medio día. Regios bailes en palacio, en que Marte y Venus mezclaban el mirto y el laurel, haciendo concebir á las beldades que la patria era el placer y el amor, y que los libertadores tenían algo de divino que se alcanzaba á divisar en su mirada y hacía temblar su corazón, y que á su contacto algo misterioso recorría por sus venas; y, en fin, fiestas públicas, rumbosas, en que el oro se prodigaba en cada mesa de juego, en que las bogotanas ostentaban sus encantos, en que el pueblo se entregaba á la licencia, y en las que, después de marciales despejos, donde se hacían las más hábiles maniobras de la guerra, salían á la plaza algunos valientes á hacer lances á los toros, lances que eran ofrecidos á las hermosas que coronaban los tablados.

Todo era entonces alegría y contento: á las felicidades de la patria se asociaban todos los ciudadanos y vivían sólo para ella, representada en las fiestas; y ocupados en los saraos, los paseos y el amor, la moral de la familia relajada dejaba ancho campo á los devaneos de las hermosas.

El General Bolívar y el General Santander eran dos astros, no de igual esplendor, pero sí ambos de deslumbrante belleza. El uno verdadero Dios en la mente de todas las mujeres; vivo, inquieto, locuaz, dominador, quería arrastrar y conquistar, dejando las huellas de su paso. Se presentaba siempre en medio de su lucido Estado mayor, como el sol en medio de brillantes planetas; y en ese Estado mayor estaban Iturbide, el hijo del Emperador de Méjico, Willson, O'Leary, Miranda, el joven árabe que vimos en Palmira y que envió á pelear por la Independencia su madre Lady Stanhope, los Ibarra, Fergusson y otros muchos distinguidos jóvenes de Europa y de América que habían enviado sus familias á participar de la gloria de aquel héroe, y que eran valientes en la guerra, y finos, nobles y gallardos con las damas. A Bolívar le gustaba el bullicio, la agitación, las fuertes emociones, las tormentas aun en medio del placer. En los grandes bailes se acercaba á la más bella, la tomaba de la mano, y al compás de una música de viento atronadora, bailaba valse con rapidez, con violencia, con una especie de vértigo febril, y no lo dejaba hasta que la pareja, desfalleciente, se rendía; y en medio de ese torbellino le hablaba de su amor con un fuego que se notaba en sus miradas, y que hacía palidecer á la hermosa que llevaba en los brazos.

El General Santander, la más hermosa figura entre todos los Generales, estaba siempre vestido de grande uniforme y rodeado de sus ayudantes, un Napoleón, el valeroso Coronel Willtion y otros elegantes jóvenes y

oficiales distinguidos, como el Coronel Martín, que después de haberlo acompañado en su carrera de glorias, eran entonces los confidentes de sus amores. En los bailes oficiales siempre llegaba tarde, vestido de calzón corto blanco y media de seda, resplandeciente de oro y cubierto de condecoraciones: buscaba con la mirada á la más hermosa ó á la que quería dar una prueba de gran predilección, y enviaba á uno de sus edecanes á que la citase, y la colocase en el primer puesto de una contradanza. Después bailaba, haciendo lucir á la pareja, que desde un extremo al otro de la sala iba bajando en caprichosas y elegantes vueltas y ostentando al compás marcado del bombo su esbelto talle, su bailar gallardo, su bruñido seno y las joyas que resplandecían á la luz de las bujías. Todas las miradas se fijaban entonces en esta mujer, los aplausos resonaban por todas partes, y al concluir, ebria de alegría, de orgullo, de satisfacción, sentía comprimidas sus blancas manos por las del General, y no se atrevía á rechazar un billete que le deslizaba entre su guante perfumado.

Aquella fué la época de los grandes amores, de las conquistas y de las seducciones, para las cuales se empleaba el poder, el oro y la fuerza. Bolívar daba altos grados en la milicia á los hermanos complacientes, á los que servían á sus amadas; y Santander era como Luis XIV, que desterraba al Marqués del Montespán por ser demasiado celoso de su honra.

Había círculos diversos en la animada sociedad; y rivalidades entre las mujeres, no por la política, que todas eran patriotas, sino por los oficiales granadinos y venezolanos; ó porque unas eran bolivianas y otras santandereanas, según que en las fiestas y diversiones estaban más en contacto con el uno ó con el otro héroe, ó con sus ayudantes y apasionados.

Las tertulias aristocráticas tenían lugar en casa del Ministro de Hacienda, que en su gabinete discutía con los otros Ministros y Consejeros los grandes asuntos de Estado, mientras que su esposa, la más fina y elegante señora de su época, recibía á todas las damas y presidía una alegre fiesta, en la cual no desdeñaban de tomar parte los Generales Bolívar y Santander; casa que era el encanto de todos los jóvenes oficiales y el centro de reunión de todos los extranjeros.

Había otro círculo en donde se bailaba con bulliciosa alegría, se jugaba á los dados, se tomaba champaña, y donde los Generales Bolívar y Santander recogían los favores, el uno de la más hermosa mujer que ha producido la tierra, y el otro de una deidad llena de fuego y de pasión, que le sacrificaba su tranquilidad y su hogar.

Entonces, el duque de Montebello, que vino á trabajar por la monarquía, deslumbraba á Bogotá con las magníficas fiestas que daba en su

casa, y gastaba el lujo que los embajadores de Francia gastan en Constantinopla para adquirir prestigio é influencia. Entonces vinieron el señor Illinword y otros grandes capitalistas de Inglaterra á fomentar empresas en Colombia, y muchos de ellos quebraron por sus prodigalidades y su fausto; y de todos los ángulos de la República venían á Bogotá los oficiales del grande ejército á prodigar sus haberes militares, y á descontar en pocos días de placer una vida de privaciones y trabajos.

De las bogotanas se apoderó un deseo de lujo, de ostentación, de fiestas y de placeres, que fué la única causa del matrimonio de la señorita Elena Linares, bellísima criatura que había nacido y desarrolládose en un hogar virtuoso, con Mr. Mauricio Harrison, riquísimo inglés que vino á comprar minas, sumamente venerable, pero cuya edad, educación y figura jamás hubieran inspirado amor á la joven desposada.

Mr. Harrison tomó la mejor casa de Bogotá, la que hizo adornar con muebles extranjeros y una suntuosidad que entonces la hacía aparecer como un palacio *de las Mil y una noches*; Elena lucía deslumbradores diamantes, y gastaba las más ricas galas; presidía la mesa en suntuosos convites en que brillaban el oro y el cristal, y daba bailes regios en que despertaba la envidia de todas las mujeres y era admirada y ensalzada por todos los hombres.

Pero Elena languidecía en medio de los placeres, como una rosa que, colocada en el ramillete de una sala, se marchita con el calor de las bujías y por falta de un riego que la vivifique. Sus lindas mejillas se ponían transparentes, al derredor de sus grandes y negros ojos aparecía un círculo azulado, y sus labios se contraían como si una tristeza interior, indomable, viniese á mezclarse á todas las fiestas y á todas las alegrías. Era que Elena había sido rica, había gastado lujo, había deslumbrado, había inspirado envidia á sus rivales; pero sentía un vacío inmenso en su corazón que nada alcanzaba á llenar, porque ella no amaba, y eso la hacía infeliz.

Una niña débil, enfermiza y extremadamente delicada, fué el fruto de esta unión desigual, que vino á dar encantos á la vida fastidiada de la madre, y á ser el delirio y la alegría del viejo padre, que se sentía renacer en este débil retoño, brotado para embellecer su nueva vida en América.

Las grandes empresas de minas que acometió Mr. Harrison lo obligaban á permanecer por largos intervalos dirigiendo los trabajos lejos de Bogotá, en donde dejaba á Elena rodeada de lujo y de comodidades, y asistiendo á la primera sociedad; y últimamente, una crisis europea, en la que quebraron muchas casas relacionadas con la suya, le puso en la precisión de hacer un viaje á ultramar; viaje largo, penoso y lleno de dificultades, pues que tenía que bajar y subir el Magdalena en champán, atravesar el

Atlántico en buque de vela y aguardar la ocasión de un bajel que se dirigiese á nuestras costas.

Elena, arrastrada por el torbellino de la moda, se había formado una existencia artificial, asistía á todas las fiestas, iba á todos los bailes llena de diamantes, y se hizo el objeto de las adoraciones de muchos oficiales, y de la ambición de ardientes corazones.

Los gobiernos europeos habían enviado sus Ministros y Cónsules á Bogotá; personajes que contribuían poderosamente á mantener el tono de la buena sociedad, y entre ellos estaba el Cónsul de Holanda, quien se apasionó locamente de Elena, y que para obsequiarla daba en su quinta paseos, bailes y convites. Era un hombre de pasiones vehementes, y había concebido por ella un amor terrible y violento. La seguía á todas partes, rondaba su casa, compraba la fidelidad de sus criados, y en todo lugar donde Elena lucía, allí el Cónsul holandés aparecía también, sin disimular su amor, y lleno de asiduidad y de comedimientos, al mismo tiempo que impaciente y celoso.

Elena no lo amaba, pero no le disgustaba el que tan alto personaje fuese entre otros tirando de su carro, pues no hay joven á quien no le guste inspirar amor y admiración, y la vanidad tiene siempre una gran parte en los secretos misteriosos del corazón de la mujer.

Entre la florida juventud que había entonces en Bogotá, se distinguían los dos Mirandas, Leandro y Francisco; el uno Subsecretario de Relaciones Exteriores, joven serio, á quien Bolívar no desdeñaba de consultar; y el otro, que es el que figura en nuestra historia, notable oficial de caballería, que había pasado á ser *la flor del Estado Mayor*.

Francisco Miranda era un joven pálido, de frente despejada, mirada penetrante y facciones varoniles y hermosas; tan bién llevaba su elegante uniforme de caballería, como el traje de etiqueta; montaba admirablemente, y ganaba las carreras en *campo alegre* por la tarde, y por la noche bailaba la cuadrilla con la señora del Ministro inglés; hablaba francés, resolvía los problemas de geometría con Ormán, y con Miralla repetía los clásicos latinos y franceses; y en fin, botaba el oro por los codos

Para las mujeres tenía el prestigio que inspiran el valor, la generosidad y una hermosa figura; pero el encanto que principalmente tenía, era su profundo respeto por ellas, que en sus galanteos las hacía aparecer más bien como divinidades á quienes rendía culto y adoración, que como objetos de la codicia de un amor impetuoso.

Todos los oficiales hablaban sin reboso de sus conquistas. El ruido de los amores de Córdoba con Fanny, la hija del Ministro inglés; el de Santan-

der, el de Briceño &c. ocupaban por temporadas la animada ciudad de Bogotá; y de Miranda nadie decía nada, pues parecía ocuparse más de sus caballos y de sus perros, que de alguna belleza bogotana.

¿ No ama Miranda ?

Esta pregunta se hacían sus camaradas en los cafés y también las jóvenes de Bogotá, entre las cuales el gallardo oficial ejercía un influjo poderoso.

Sí; él amaba con adoración, con fe, con religioso entusiasmo; pero el objeto de sus adoraciones tenía un altar en su corazón, donde le rendía culto; y habría mirado como una profanación el que alguno hubiera osado penetrar en aquel santuario, ó que impuros labios pronunciasen el nombre de la mujer á quien amaba. Su amor era un misterio; pero el Cónsul holandés había sorprendido una mirada y adivinado el secreto. Miranda amaba á Elena Linares.

No lejos de la ciudad, sobre esa inmensa pradera de musgo y flores que la rodea, y á la orilla del río Fucha, que corre juguetón entre alisos, y cuyas ondas murmuran siempre melancólicos cantos, está la entonces hermosa *Quinta de Nariño*, que poseía el señor Ignacio Morales, el rico más generoso que ha tenido Bogotá, caballero que en aquella época dió allí un regio paseo á lo más florido de la sociedad.

Las damas, elegantemente vestidas, fueron llegando á la citada quinta, unas en los famosos corceles de los Generales y oficiales del ejército, otras en berlinas descubiertas, y otras á pié, rodeadas de las personas más notables y aristocráticas de la capital. Los salones estaban ricamente amueblados, y en gabinetes secretos había guantes, perfumes, cintas é infinidad de adornos de aquellos que pudieran necesitar las señoras.

La banda de milicias y la de artillería alternaban tocando valses y contradanzas, y á la una del día todo era placer, bullicio y alegría en la quinta. Los caballos relinchaban en las pesebreras; las dos bandas de música lanzaban á los aires sus alegres tonadas marciales ; los sables de los militares, al contacto con las baldosas de los corredores, resonaban á cada instante, y las pisadas de los danzantes, el murmullo de los que conversaban y los aplausos de los espectadores, daban á la fiesta animación, vida y entusiasmo.

Elena bailaba con el Cónsul holandés, con la mirada baja y la cabeza inclinada, mientras que éste le hablaba de su amor con fuego y con pasión;

pero al pasar por delante de la baranda en que Miranda estaba reclinado sobre el puño de su sable contemplando á Elena, ésta levantó la cabeza, lo miró y dejó escapar una sonrisa : mirada y sonrisa que revelaban su verdadero amor, y que llegaron al corazón del Cónsul como los dardos de las flechas de los goagivos, que entran fácilmente para no salir, y que causan dolores terribles.

Sobre el cesped y á la sombra de los alisos se levantó un toldo de campaña y se sirvió un espléndido refresco á las señoras, que, sentadas en el suelo, eran atendidas por los caballeros ; y durante el ambigú, el Cónsul holandés, siempre solícito, fué á presentar el plato de un manjar á Elena ; pero empujado casualmente su codo por un caballero que á la sazón pasaba, vació el contenido sobre el rico traje de tafetán azul.

—Señor Cónsul, le dijo una matrona que estaba al lado de Elena, mirad bien lo que haceis cuando servís á Elena.

El Cónsul se mordió los labios, comprendiendo que esa matrona sabía ya lo que él había llegado á sospechar.

Después todas las damas fueron á tomar un baño en el delicioso Fucha: los hombres se quedaron apurando copas de madera y de champaña, y brindando por el amor y por las damas. El Cónsul holandés bebió sin reboso por la divina Elena, que era la reina de su corazón; y á su ejemplo, y estimulados por la espuma del champaña, todos fueron bebiendo por el ídolo á quien rendían culto : Miranda sólo bebió por los inocentes placeres del campo.

Las señoritas se presentaron después del baño, con la abundosa cabellera flotante y coronadas de las rosas silvestres que crecen á las orillas del río ; y su aspecto de ninfas y el vino que hervía ya en la cabeza de todos los jovenes, aumentaron la alegría y el contento del paseo, y el baile se rompió con las danzas del país, con nuevo entusiasmo y sobre la extensa pradera.

El placer crecía, los aplausos coronaban á la que salía al puesto á lucir el garbo con que bailaba el poético bambuco ; y al fin se puso un baile en el cual la señora designada da dos airosas vueltas en medio del círculo, se detiene delante de un hombre, y le hace una cortesía en señal de que debe salir á bailar con ella. Varias damas habían salido ya, y cada vez que invitaban á un hombre, los bravos eran entusiastas. Cuando le tocó su turno á Elena, las matronas, que algo sospechaban, creyeron llegado el momento crítico que iba á descifrar el enigma. Elena salió con arrogante paso y aire gentil, dió la primera vuelta despacio y mirando en derredor, en la segunda pareció inmutarse, y todavía dió una tercera,

sin designar á ninguno, hasta que al fin le hizo una graciosa cortesía al Cónsul holandés, quien, pálido y tembloroso, estaba aguardando el resultado, y salió á bailar con aire tan desairado, que provocó algunas sonrisas. Todas las miradas buscaron á Miranda, quien estaba entonces á la orilla del río, sentado y contemplando distraídc las ondas cristalinas.

El baile fué interrumpido para ir al banquete preparado en el comedor, donde reinó la alegría y el bullicio, sin que nadie notase que la noche había llegado, y que era preciso volver á Bogotá.

Entonces hubo una escena de confusión: nadie se cuidaba de los demás. Los hombres buscaban los caballos en que debían volver las damas; los cocheros gritaban; las señoras buscaban sus trajes de amazonas y sus látigos; los coches se agrupaban á la puerta; los que habían ido á pié apresuraban la marcha; los criados estaban ebrios; la oscuridad reinaba por todas partes, y Miranda y Elena se extraviaron del camino.

Pero cuando solos y de brazo encontraban el sendero, pasó á su lado un caballo galopando, y el jinete hizo traquear su látigo. Volvieron á mirar, y vieron que el caballero era el Cónsul de Holanda, quien también reconoció á los extraviados. Desde entonces, una línea de sangre apartó siempre á los dos rivales.

Dábase poco después un suntuoso baile en palacio, el día de San Simón, 28 de Octubre de 1827, baile que concluyó tristemente, porque durante él se recibió la noticia de la muerte de Mr. Cannin, y en el cual el Cónsul holandés presentó á Elena un pomito de cristal primorosamente cincelado y lleno de un perfume delicioso. Elena lo tomó, estuvo respirando el olor, jugando con él, y al salir á bailar con el mismo Cónsul, lo dejó con su abanico y su pañuelo de batista sobre el sofá en que estaba sentada. Como en los grandes bailes los asientos alcanzan sólo para las señoras, y es costumbre que mientras ellas bailan, los hombres que no lo hacen vengan á ocuparlos, Miranda vino á llenar el asiento; y cuando Elena volvió, el pomito estaba roto y el perfume derramado.

Miranda se excusó y pidió á la señora mil perdones.

—Soy yo, caballero, dijo el Cónsul, quien exige de usted una satisfacción.

—Después de que haya merecido de la señora que me excuse, daré á usted la satisfacción que me pide.

—Por Dios, exclamó Elena, esto no merece la pena, caballeros. Yo

suplico...... Por mi parte me doy por satisfecha con las excusas del señor Miranda. Señor Cónsul, usted me regalará otro pomito, ¿no es verdad? Olvidemos esto.

—No, yo exijo del señor una satisfacción.

—Presento á usted, caballero, mis excusas, si he ofendido á usted.

—No, yo pido otra reparación.

—Está muy bien, daré á usted, á la hora y en el sitio que designe, la reparación que me pide.

—No! gritaba Elena. Eso no puede ser! Eso es una chanza, caballeros. Me habéis asustado. Decidme que es una chanza.

—Sí, es una chanza, le dijo Miranda. El señor Cónsul es amigo de chancearse. No os alarméis; y vamos á bailar, que ha llegado mi turno de una contradanza.

Y volvió á mirar al Cónsul como para decirle: disponga usted todo, que no faltaré.

Eran las siete de una mañana despejada y risueña. El sol iluminaba la extensa llanura de Occidente, sin que su disco hubiese aparecido todavía sobre la cordillera de Monserrate. Los árboles estaban medio envueltos por la neblina, que suavemente se disipaba, dejándolos húmedos y de un verde brillante; las rosas que bordaban el camino que conduce á Fucha por la vía de *Ninguna parte* embalsamaban el aura matinal; cuando cuatro caballeros en muy buenos caballos, pero caminando muy despacio y con aire sombrío, dejaban la ciudad y tomaban esa dirección.

Dos iban adelante, conversando en idioma desconocido, vestidos de negro, envueltos en capotones grises, y á cada momento miraban atrás. Eran el Cónsul holandés y el Coronel Johnson, su padrino. Los otros dos manifestaban por su aire marcial y sus arreos ser militares, pero iban también vestidos de negro, envueltos en capotones azules, en silencio y sumamente preocupados. Eran Miranda y su padrino el coronel Montoya.

Al mismo tiempo iba por el camino que conduce á Fucha, por la vía de *El Aserrío*, una hermosa mujer, con traje nacional, envuelta en su mantilla como para no ser conocida, caminando afanosa, y llevando pintadas en el semblante la inquietud y la agonía. Esta mujer era Elena, que, habiendo tenido noticia de que el duelo se verificaría á esa hora y en Fucha, había arrostrado todo para interponerse entre los rivales é impedirlo; pero había errado el camino que ellos habían tomado.

Al pasar el rio de Fucha los caballeros, el sol apareció en el hori-

zonte, y el caballo del Cónsul holandés, sacudiendo la sedosa crin y levantando la cabeza, relinchó orgulloso.

—Buen augurio, dijo el Cónsul.

Entraron por una gran puerta que á la derecha del río había, y al descubrir el sitio donde debía tener lugar el duelo:

—Hermoso campo, dijo. El que caiga no quedará en mal sitio.

Desmontáronse: cada uno ató la brida de su caballo á un árbol, y juntos se dirigieron al lugar más plano de la pradera.

—Qué día es hoy? preguntó el Cónsul, sacando su cartera.

—Tres de Noviembre.

—Es que tengo la costumbre de escribir siempre, antes del desafío, el día, el sitio y la persona con quien me bato, para que luégo no se olvide, pues éste es siempre un recuerdo grato. Luégo añadió:

—Mirad, me he batido doce veces, con éste tengo trece desafíos. Mal número, pero no para mí, que no creo en tonterías. Creeis en agüeros, Capitán Miranda?

—Señor, le contestó éste, el momento es demasiado solemne para ocuparnos de otra cosa que del objeto que nos trae aquí. Concluyamos.

—Oh! la cosa no merece el preocuparse. Os habéis batido muchas veces?

—Esta es la primera y será la última.

—Así lo creo, le contestó el Cónsul en un tono burlón.

Entre tanto los padrinos habían reconocido el sitio, arreglado las pistolas, medido la distancia y señalado á los combatientes el puesto que cada uno debía ocupar.

Colocados de frente, pero presentando sólo el costado, con el brazo extendido, las pistolas montadas y el dedo en el rastrillo, dijo uno de los padrinos ¡ uno!, el otro dijo ¡dos!—Permitidme, gritó el Cónsul, este caballero está mal colocado con la cara hacia el Oriente, pues los rayos del sol le caen de frente y le impiden apuntar.

La observación era justa; y, en consecuencia, guardando la misma distancia, fueron colocados de Norte á Sur, para que ninguno de los dos tuviera ventajas.

Volvió á gritar el padrino: ¡Uno!

El otro: Dos! Tres!

Se oyeron los dos tiros: ninguno estaba herido.

—Esto es bastante, dijo uno de los padrinos, para un duelo por tan pequeña causa.

—Así lo creo, contestó el otro.

—Si ustedes lo juzgan así, se apresuró á decir Miranda, yo me felicito.

—No, dijo el Cónsul, aquí debe morir uno de los dos. No hay remedio.

Entre tanto Elena, que había llegado á Fucha por la parte de arriba, segura de que el duelo tenía lugar precisamente á esa hora, había reconocido su error y pugnaba por llegar al sitio del desafío atravesando los potreros por en medio de zarzales y maleza; y al oír los tiros, iba desmayándose, pero siguió animosa y apresuró el paso, conociendo ya el lugar en donde podía encontrarlos y viendo aún el humo que salió de los tiros.

El Cónsul insistió, y el duelo principió de nuevo, no ya á doce pasos como la primera vez, sino á seis.

Una! Dos! Tres!

Los tiros se confundieron y el Cónsul cayó atravesado en la sien por una bala.

Miranda se quedó inmóvil, contemplando el cadáver que, tieso y con la mirada fija, yacía en el suelo.

—Las leyes sobre el duelo son severas, dijo el Coronel Johnson. Vámonos de este sitio, y enviemos amigos que vengan á recoger el cadáver del Cónsul. Ha sido una gran desgracia.

—Sí, una gran desgracia! dijo Miranda, que no quería apartarse del sitio.

Pero los padrinos lo arrastraron.

Elena salvó la pequeña tapia de cespedón que divide una propiedad de la otra, y se encontró de repente sola en el potrero con el cadáver del Cónsul, que parecía mirarla fijamente.

III

Bogotá había visto levantar en la plaza pública muchos banquillos para arcabucear á los libertadores que, como Padilla, habían conquistado más gloria en una sola batalla que los grandes Capitanes á quienes la historia ha declarado inmortales, y un velo melancólico cubría la faz de la sociedad. El odio y el rencor se anidaban en todos los corazones. Colombia era dividida como el imperio de Alejandro. Bolívar era un tirano en la mente del pueblo. Santander era un alevoso conspirador para los partidarios de Bolívar. Una ola revolucionaria azotaba el territorio desde el Atlántico hasta el Pacífico. La guerra había estallado por todas partes, y hacía sentir sus espantosos estragos. Los que antes asistían juntos á las fiestas y

á los banquetes, ahora se afiliaban en diferentes bandos é iban á matarse con una rabia implacable. La era de las revoluciones y de la anarquía en América se había abierto con espantoso ruido en Colombia.

En traje de campaña, con el sable al lado, montado en un hermoso alazán, en galápago húngaro y con grandes pistolas en el arzón, está un joven militar á la puerta del cuartel de húzares, situado en la plaza de San Francisco, hoy parque de Santander, dando órdenes á sus ayudantes. El segundo toque de marcha se ha dado; el regimiento, teniendo los caballos en fila y las lanzas clavadas en el suelo, forma al frente del cuartel, y está pronto para marchar. De repente el militar pone su caballo á escape, cruza veloz la calle real, atronándola con el ruido de las herraduras, que echan chispas sobre el empedrado, dobla por el Coliseo, llega hasta cerca de Egipto, se desmonta á la puerta de una casita situada en el interior de un solar sembrado de árboles y flores, empuja la puerta, y una linda y robusta niña, de pelo ensortijado y ojos azules se le echa en los brazos gritando — Papá! papá!, y llenándolo de besos.

Esta niña era Avelina, la segunda hija de Elena.

El militar la recibe amoroso y le prodiga sus caricias; después llama á las personas que la cuidan, les da oro, mucho oro, y les ofrece más si durante su ausencia atienden á su hija con esmero ; y estrechándola contra su corazón, dándole el último beso y derramando una lágrima, le dice :

—No me olvides. Soy tu papá, Francisco Miranda.

La deja, monta en su caballo, atraviesa la ciudad, llega al cuartel y hace dar el tercer toque de marcha al regimiento, que al són vibrante de los clarines sale por el lado del Norte.

No nos corresponde describir los acontecimientos políticos que vinieron atropellándose en la República y haciéndola cambiar de faz á cada instante; sólo tendremos que contar que un día se leía en la plaza pública de Bogotá el Boletín de la batalla de Cerinza, y que entre la multitud que se agrupaba á escuchar estaba una criada con una preciosa niña rubia cogida de la mano; que después del detall se leyó la lista de los muertos, y al llegar al nombre de Francisco Miranda, se oyó un grito lastimero y desgarrador y una voz infantil que gritaba:

" ¡Ese era mi papá!"

Avelina quedaba así en completa orfandad y desamparada en el mundo; pues Elena, después de haberse retirado de todas las diversiones, llevando una vida de pesares y amarguras, á la llegada de su esposo de Europa se sintió agobiada por el dolor y los remordimientos, y cayó en

una especie de demencia en que sólo hablaba de muertos, nombrando eternamente á su hija.

—Vuestra hija, le decía su esposo para calmarla, é ignorante de su deshonra, es feliz y va á ser muy venturosa. Soy rico, le daré la mejor educación, y creciendo bella y virtuosa, Lucila será el ornato de esta sociedad.

Pero cuando él le hablaba así, el dolor de Elena se aumentaba, hasta que al fin murió de remordimientos, huyendo de las caricias de su esposo pidiendo perdón á Dios, y diciendo sin cesar: "Mi hija! Sí, es mi hija! Qué será de mi hija!......»



IV.

La historia de estas niñas hermanas, hijas de una misma madre, ambas hermosas, tiernas é inocentes, debiendo la una su nacimiento á la ambición insensata de una mujer, á la necesidad de lujo y de placeres, y la otra á un amor extraviado, viviendo ambas en la misma sociedad y teniendo por lo mismo igual derecho á su protección, es la que vamos á contar, sin que en ella se encuentre otra cosa que la vida común y ordinaria que las jóvenes de una y otra condición llevan en Bogotá, á quienes la injusticia social aparta, sin embargo, á mayor distancia de la que media entre los nobles y los *parias* en la India.

Lucila quedó viviendo en la suntuosa casa habitada antes por su madre, pero solos ella y su padre; los salones donde antes se daban bailes y convites se cerraron, los ricos muebles se cubrieron de polvo, las cortinas y las alfombras fueron devoradas por la polilla, y nadie volvió á disfrutar de la gran riqueza que había allí acumulada. La niña, viendo perpetuamente cerradas y oscuras esas piezas, les cogió miedo y jamás quiso pisarlas.

Su padre buscó una señora que la acompañase, que se llamaba Doña Rita, á quien pagaba muy bien, y que pertenecía á una antigua familia empobrecida: vestía saya como las señoras, pero calzaba unos zapatos rotos y destalonados, por lo que la llamaban la *chancleta*: la misión de esta señora era satisfacer los caprichos de la niña. Además, al lado de ésta había siempre dos criadas solícitas que adivinaban sus más pequeños deseos y la complacían en todo; pero la niña crecía débil, se desarrollaba con dificultad en medio del lujo, y vivía triste y profundamente hastiada, rompiendo un juguete ahora para pedir otro que inmediatamente le cansaba.

Su padre la amaba mucho, tenía en ella fundadas sus más bellas ilusiones, y la acompañaba en los momentos que sus grandes negocios le de-

jaban libres. Ser rico, muy rico, aumentar diariamente su riqueza para dejársela á su hija, era cuanto su amor podía inspirarle, y á eso consagraba la vida, lleno de abnegación y de constancia, cuidándose poco del interior de la casa.

Lucila crecía como esas flores que nacen entre cristales, sin haber sentido el fresco céfiro acariciar su sien, y como ellas se desarrollaba hermosa, pero pálida, faltándole la vida que sólo se adquiere al aire libre, aspirando el perfume de las flores, viviendo de afectos, sintiendo emociones y fortificándose el espíritu bajo el imperio de los deseos y de las necesidades.

Cuanto puede soñar la imaginación de una niña se realizaba para ella con el poder mágico de la riqueza: tenía grandes muñecas que le rodeaban, reloj que daba las horas cada vez que tocaba el resorte de la campanilla, y trajes y cintas que no alcanzaba á lucir; pero Lucila vivía triste y no aspiraba á nada.

Los domingos era conducida á los camellones de la alameda, en un lindo cochecito tirado por un criado y acompañada de dos sirvientas, y miraba con envidia los niños descalzos que jugaban en la arena; pero á la primera brisa del crepúsculo era llevada á su casa y acostada en su rica cama de caoba, cubierta de un pabellón de damasco rojo, sobre un colchón de plumas y entre encajes y seda; mas dormía inquieta y muchas veces tenía fiebre.

Un día en que los criados se descuidaron, la niña salió de la casa, y cuando alarmados la buscaban por todas partes, la encontraron jugando en la orilla del río San Francisco con unos muchachos, á quienes había regalado las principales prendas de su vestido. Era que Lucila tenía necesidad de aire, de libertad y de amor, y la riqueza le era inútil. Pero ese juego inocente, que había sido su único deseo cumplido, su único placer realizado, dió motivo para que se le reprendiera severamente. La niña era dulce y suave, y en adelante se resignó á su lujo, á su soledad y á su tristeza.

Dotada por Dios de una inteligencia privilegiada, aprendía con prodigiosa facilidad cuanto los maestros le enseñaban; pero jamás pudo comprender el objeto con que recargaban su memoria de palabras inútiles; y muchas veces, cuando su mano acababa de recorrer el teclado del piano, arrancándole armonías divinas que resonaban en los ángulos de su solitario aposento, Lucila se quedaba absorta, silenciosa, con su linda frente oculta entre las manos, y entregada á la más profunda melancolía.

El padre de Lucila no era avaro; bien al contrario, en presencia de la mendicidad que hay en Bogotá, hacía repartir dinero los sábados á la puerta de su casa, la que se llenaba de mujeres desaciadas y de hombres in-

válidos. Lucila veía repartir el dinero, pero no sabía que aquellos que lo recibían eran desgraciados, que la limosna es el tributo que á Dios se ofrece en el altar del infortunio, y que los dolores que alivia y las lágrimas que enjuga llegan á su trono como una nube de incienso que Él convierte en lluvia de bendiciones para el que tiene caridad.

Un día en que la niña oía distraída el bullicio que los mendigos hacían en la puerta de la casa, se separó del grupo una muchachita pálida y macilenta, de pelo rubio, encrespado y largo, envuelta en un vestido sucio y desgarrado, la que se dirigió á ella y le dijo:

—Mi señorita,deme sumerced un cuartillito, que á mí no me ha tocado nada de la limosna, y tengo hambre.

A Lucila le gustó el que á ella se dirigiese, y prontamente fué á su cuarto, sacó de su portamoneda lo primero que encontró, volvió y dijo á la muchachita que subiese la escalera.

Ésta subió corriendo, pero al ver el corredor alfombrado, se detuvo miedosa en el último escalón. Lucila vino hacia ella y le alargó la mano para darle la limosna, mientras que aquélla la extendía para recibirla.

El cuadro que estas dos criaturas presentaban era conmovedor. Ambas eran preciosas, pero la una estaba debilitada por el lujo y los cuidados, y la otra aniquilada por el abandono y la miseria. Las dos niñas se parecían, porque eran Lucila y Avelina, las dos hermanas.

Al recibir la limosna la pobre, dijo:

—Esto es oro, mi señorita, yo no puedo recibirlo á sumerced.

—Llévalo, que yo no lo necesito, le contestó Lucila.

—No, no, por nada. Esto es un escudito. Sumerced no sabe lo que me regala, y dirían que me lo había robado. Deme sumerced un cuartillito.

—No tengo cuartillos.

—Entonces no me dé nada.

—Toma un real.

—Dios se lo pague á sumerced, dijo la pobre, y se fué después de besarle la mano.

Lucila sintió un placer que jamás había experimentado ; pero la señora que la cuidaba la reconvino por haberse puesto á conversar con una *china* de la calle.

V.

A Avelina la dejamos en una casa en Egipto, jugando entre árboles y flores, vestida de trajecito blanco de muselina, con cinta rosada

en la cintura y blonda cabellera sotenida atrás con otra cinta del mismo color, que dejaba flotar sus crespos sobre la desnuda espalda. Después varia suerte le hizo cambiar de condición y de vida, como una flor que cae en un torrente y va de onda en onda, unas veces arrullada y suavemente mecida, otras agitada con violencia, sin que la niña ni la flor puedan saber la causa de su inconstante destino.

Cuando las personas que á su cuidado la tenían dejaron de recibir la pensión que Miranda pagaba, principiaron á ahorrarle cariños y cuidados. Cuando se les acabó el último oro que aquél les había dejado, le disminuyeron los alimentos y empezaron á vender sus relicarios, sus zarcillos y sus más lindos vestidos. Cuando ya nada les quedaba, la abandonaron.

La niña no había salido nunca de noche, y de día lo había hecho siempre en compañía de una sirvienta ; así, pues, la ciudad le era completamente desconocida. Convidáronla sus favorecedoras á que fuese con ellas á *Sermón de Soledad*, á la Catedral. Como era natural, la niña recibió la noticia con gran placer, se fué en pos de ellas y se arrodilló á su lado en la iglesia ; pero ya fuese por el calor que hacía, ó por la voz monótona del padre que predicaba, quedóse dormida. Cuando despertó, ya la gente había empezado á salir, y no vió á su lado más que personas extrañas. Salía detrás de unas señoras que le parecía eran las de su casa, y al verlas de frente sufría un triste desengaño. Volvía á entrar á la iglesia, se dirigía al lugar donde se había dormido, recorría afanosa las naves de la iglesia, con el corazón oprimido por el miedo, y en ninguna parte las encontraba. Entre tanto, el inmenso gentío se había retirado de la iglesia; la oscuridad reinaba por todas partes, y el ruido que el sacristán hacía al sacudir en la puerta las llaves, resonaba en las inmensas bóvedas.

La niña salió llorando y llamando con los nombres de las personas de su casa á todos los que pasaban ; caminaba una cuadra y volvía á desandarla, en lo cual pasó gran parte de la noche. Principió entonces una lluvia fuerte ; la oscuridad aumentó, la ciudad quedó desierta, y los relámpagos que de cuando en cuando venían á iluminar las calles, aumentaban el miedo y el espanto de Avelina.

Cuando amaneció, cansada de andar en todas direcciones, con la ropa empapada por la lluvia, muerta de frío y presa del más espantoso miedo, corrió detrás de una persona que á lo lejos columbró, y la alcanzó á tiempo que ésta entraba al atrio de la Candelaria.

—No me deje usted ; no me deje sola, por Dios! le gritó la niña, cogiéndole la saya por detrás.

La mujer volvió á mirarla llena de compasión y le dijo :

—¿ Quién es usted, mi hijita ?

—Avelina.

—Avelina de qué ?

—De nadie.

—¿ Quién es su mamá ?

—No tengo mamá.

—¿ En dónde vive usted ?

—En una casa que tiene árboles y flores ; donde antes me querían y ahora me pegan ; y anoche me perdí del *Sermón de Soledad.*

La señora tuvo compasión de ella, y en vez de ir á misa, se volvió con la niña para su casa, la hizo acostar y la dejó dormir mientras que averiguaba quiénes eran los padres.

Esta señora caritativa y buena era Doña Rosa Florido, mujer de gran lujo en su época, pero á quien el tiempo había arrebatado belleza y fortuna, sin alcanzar á pervertir el corazón, que, siempre generoso, pudo hacer el bien, aun en medio de la pobreza. Vivía entonces en una casita situada cerca de la Candelaria, frente á la del distinguido caballero Carrizosa, de puerta estrecha, y con una pieza alta que era la única que tenía ventana para la calle.

La caritativa mujer, al dar satisfacción á su impulso generoso llevando á la niña á su casa, creyó que no sólo á ella se hacía el bien, sino también á los padres de aquélla, que desalados andarían buscándola y que pronto vendrían á reclamarla; pero pasaron días, meses y aun años sin que nadie preguntase por la niña perdida ; y como á pesar de haber puesto avisos en todas las puertas de las iglesias para que supiesen el paradero de ella, y de haber referido en varias casas lo ocurrido, nadie acudía, tuvo que agregar la niña á dos *botados*, el uno de ellos demente y el otro bobo, que ya mantenía en su casa.

Habló á muchas damas para que se encargasen de la pobre niña perdida; pero todas se excusaban, y decían: ¡ Imposible !

Doña Rosa en aquella época era pobre, muy pobre, y en consecuencia lo que tenía que compartir con los tres *botados* era muy poco; pero parece que Dios *hace crecer la mazamorra en la olla* caritativa, porque ni ella ni sus protegidos tenían hambre. Madrugadora era Doña Rosa, y al volver de misa, pasaba por la tienda de la esquina y compraba pan y chocolate : antes compraba tres pastillas y tres panes, ahora cuatro. Dios no le negó nunca el cuartillo de más con que recargó sus expensas por Avelina.

Al verla entrar en la casa, el demente se encaminaba hacia la cocina,

el bobo daba gritos de alegría y Avelina, saliendo á alabarle á Dios, le recibía la servilleta en que iba la provisión; y dirigiéndose todos hacia la cocina y sentándose al derredor de un fogón compuesto de tres piedras colocadas en el suelo, se ponían en cuclillas á hacer el desayuno. Avelina soplaba, Doña Rosa deshacía las pastillas con el molenillo, y á cada momento batía, y el demente y el bobo aspiraban con avidez los deliciosos aromas que se desprendían de la olleta. Luégo cada uno recibía su jícara y su pan, y empezaba el banquete matinal más sabroso y más cordial que jamás haya habido.

Después del desayuno, Avelina leía y aprendía la doctrina cristiana, y á las diez se iba para la cocina á preparar el puchero ; para conseguir el cual, Doña Rosa iba á la plaza cuando tenía dinero, y cuando no, empezaba por la dificilísima diligencia de conseguirlo; pero nunca volvía á la casa sin llevar debajo de la mantilla de paño, además de carne, un cuartillo más, y á veces hasta medio real, en papas ó maíz, yuca, manteca, cebollas y tomates.

El amor que se arraiga en el corazón de las personas benéficas por aquellas á quienes protegen, es sin duda el más satisfactorio, pues es hijo de la caridad, y embellece la existencia, convirtiendo en un placer lo que fuera un sacrificio. Doña Rosa tomó tanto cariño á la niña, que habría sido muy desgraciada si alguien hubiera venido á reclamársela ; y además la niña le era ya sumamente útil para traer la candela de la vecindad, para ayudarle en la cocina y para arreglar la ropa de los dos *botados;* así es que, en vez de serle una penosa carga, vino á ser una amable compañera. Avelina, por su parte, vivía contenta en su condición, y pronto olvidó que había conocido otra casa y que había llevado otra vida.

Por la noche Doña Rosa contaba cuentos á los tres *botados :* el demente se dormía, el bobo se reía á carcajadas, y Avelina se sentía conmovida. En los cuentos de Doña Rosa figuraba siempre una niña doncella que salvaba su inocencia al través de mil peligros, ó un pobre que permanecía honrado á pesar de las tentaciones del oro. Estas lecciones de moral fueron las únicas que llegaron á la mente infantil de Avelina ; pero la moral es una esencia celestial que deja perfumado el vaso en que ha estado encerrada.

La niñez pasa siempre rápidamente, y la de Avelina no había sido alterada por ningún accidente, hasta que una mañana fué á subir al cuarto alto, que á veces estaba ocupado por un estudiante y á veces por una costurera, y que había estado sólo por algunos días; fué á subir, decimos, y Doña Rosa la detuvo gritándole:

—Dónde vas, muchacha !

—Voy al cuarto alto.

—No: ven acá.

Llamó á Avelina aparte, y le dijo con ese tono confidencial con que se engaña á los niños:—No vuelvas á subir al cuarto, porque ahí vive ahora una *niña impedida*.

Avelina obedeció, pero rabiaba por saber cómo era una *niña impedida;* y apenas salía Doña Rosa, principiaba á atisbar por las rendijas de la puerta. Ella se imaginaba ver una hermosa doncella vestida de traje de plata y coronada de rosas, de pecho abundoso y pelo rubio y ensortijado; pero cuál fué su sorpresa cuando al trasluz de un rayo de sol que penetraba por la ventana, alcanzó á ver en el cuarto que la *niña impedida* era morena, y ¡ qué horror ! tenía bigotes y una enorme pera !

Tal miedo infundió á Avelina el aspecto de la *niña impedida*, que no volvió á tener curiosidad, aunque á veces veía entrar algunas personas á verla, y oía ciertos rumores que no podía comprender.

Una noche dormía apacible y tranquila sobre su cuero de ovejo, cuando fué despertada por dos tiros que resonaron en la misma casa, por los gritos de Doña Rosa, por un inmenso ruido de tropas que se atropellaban, y por unos hombres de aspecto aterrador que entraron á la pieza levantándolos á culatazos y aprehendiéndolos á todos.

El General Zardá, el jefe de la conspiración de 1833, que había sido condenado á muerte, que se había fugado de la capilla, y á quien Doña Rosa Florido había asilado en su casa, acababa de ser matado en la pieza alta.

La niña fué tomada bruscamente por un soldado y conducida delante del cadáver, que nadaba en sangre, y un señor principió á interrogarla. La pobrecita no hacía más que llorar, sin poder adivinar que se trataba de una conspiración política ; y habiéndola soltado, después de dos horas de amenazas para que declarase lo que ella no sabía, de agonía y de angustia, se escapó por entre la fila de soldados que guardaba la casa, y huyó á la carrera sin saber para dónde.

Corrió presurosa, horrorizada de la escena de sangre que la perseguía por donde quiera, y se encontró por segunda vez en medio de la ciudad oscura y desierta, y con más miedo que la primera vez.

Al amanecer estaba á la orilla del Manzanares, y se ocultó en el hueco que había dejado una gran piedra sacada por los canteros para trabajar; y temiendo sin cesar ser perseguida, se estuvo allí el día y la noche,

temblando ante cualquier ruido que oía, y creyendo á cada instante oír los pasos de los soldados que venían á cogerla.

A los dos días, aguijoneada por el hambre y por la imperiosa necesidad de moverse que tienen los niños, empezó á salir de su cueva, mirando á todos lados. Después bajó por entre el cauce del río, hasta llegar al puente de Lésmez, y allí se aventuró á entrar á la calle y á golpear en el portón de una casa grande que hace esquina, para pedir *una limosnita por el amor de Dios!*

Esta casa era la del pródigo rico que había fomentado el paseo en donde su madre, ostentando belleza, lujo y juventud, había reinado dichosa, y al que debía su nacimiento la pobre niña.

El más pequeño diamante de los que la madre llevaba ese día en el cuello, habría hecho la fortuna de la hija, y salvádola de la miseria, del vicio y de la desgracia. Todas las mujeres son hijas de una madre común, y sin embargo, jamás las que gozan se acuerdan de las que lloran: las que prodigan la riqueza, de las que tienen hambre; las buenas, de las que son conducidas al vicio por el hambre. Así va el mundo, y al mundo nadie lo compone.

De la casa le sacaron un abundante plato de comida que ella devoró, y siguió haciendo lo mismo por muchos días, yendo á otras casas á la hora de almuerzo, y no retirándose sino por la noche á su cueva favorita, adornada ya con una estera vieja que le servía de puerta y una frazada raída que le habían regalado.

Entonces principió una vida de vagamunda, juntándose con todas las muchachas y muchachos harapientos y abandonados que pululan en la ciudad. Retozando de día á la orilla de los ríos ó en las vastas plazuelas, y retirándose de noche á su cueva, llegó á olvidar su casita de los árboles y su mansión en casa de Doña Rosa Florido.

Se hizo amiga de todas las mujeres desgraciadas que vagan por la ciudad de noche, conoció á todos los mendigos y á todos los ladrones rateros, y la hez del pueblo vino á ser su habitual compañía.

Sola, completamente sola en el mundo, sin que nadie velase por ella, aprendió á conocer casi instintivamente de dónde le venía el peligro; y su mente, fuertemente contraída por la necesidad de buscar recursos en la vida, adquirió un poder intelectual inmenso, capaz de comprender y salvar toda situación, por difícil que fuese. Jamás niña educada en los colegios hubiera alcanzado como ella á conocer en la mirada las intenciones, en un gesto el carácter de la persona, y en una palabra escapada lo que se quería ocultar.

Pronto dejó la cueva en que dormía, y en unión de muchos mendi-

gos y de infinidad de pillos, se instaló por las noches en los *portales del correo;* amplio asilo abierto entonces por la munificencia pública á la orfandad, á la vejez y á los inválidos de la industria. Allí se concertaban todos los robos. Cada uno traía á los compañeros noticia de las casas en donde podían ir á pedir limosna y aprovecharse de un momento de descuido para hurtar; allí, en fin, se reunían la mendicidad y el vicio, y engendraban monstruos morales, cuya pintura no puede presentarse delante de los corazones inocentes.

Un día varios muchachos propusieron á Avelina que fuese con ellos á pedir limosna á una casa muy rica; y tan habituada estaba la niña á ese oficio, que se incorporó en la partida, y ella fué la que golpeó y principió con voz compungida á pedir la limosna. Mandáronla detener al pié de la escalera, mientras la familia acababa de comer, y entre tanto los *chinos* se fueron deslizando y entrándose á las piezas que estaban vacías. Uno de ellos, más vivo, entró y volvió con unos candelabros que puso junto á Avelina, diciéndole que huyera con ellos; volvió á la pieza y sacó un cofrecito de ébano incrustado de concha de perla. Avelina al principio se quedó sorprendida,pero pronto conoció que éste era un robo en el que se le hacía cómplice, y saltando ligera sobre el *chino* y tomándole del cuello, empezó á gritar: « Señores ! les roban la casa ! Les roban ! Les roban !»

A los gritos de la muchachita salió la gente de la casa; pero el *chino*, más fuerte que Avelina, se había escapado, y los otros habían huído, dejando todo lo que querían robarse.

La casa á que la habían conducido era la de Lucila, y el cofre salvado, el de sus joyas. La hermana pobre salvaba así las joyas abandonadas de la rica.

Pero la muchachita corrió también, temiendo que le pudiese suceder algo por haber venido con los *chinos* á la casa, y no habiendo sido su grito de alarma más que un efecto de eso que le había enseñado en los cuentos Doña Rosa, que estaba aún vivo en su corazón, y que pugnaba por nacer á pesar del vicio y de la corrupción que la rodeaba por todas partes. Es que la virtud es más hermosa que el vicio, y ella germina mejor en el corazón de las personas más abandonadas; y basta que sobre él se deposite su pólen fecundante para que eternamente esté produciendo flores.

La vida de la muchachita fué desde entonces verdaderamente miserable, porque los muchachos vagamundos le pegaban siempre que la encontraban, por haberlos denunciado; los mendigos ladrones la rechazaban de todas partes y le impedían que tomase su limosna, y fué ignominiosamente despedida de los *portales del correo*, último asilo que le brindaba la socie-

dad. Es que en ciertas condiciones sociales hasta la práctica de la virtud es difícil, cuando no es castigada.

Fuése entonces á dormir á la puerta de un almacén de la *calle real*, cuyo umbral estaba forrado en tabla y no era frío como los de piedra; y allí, entre dormida y despierta, veía pasar algunas noches otra niña que, envuelta en rica y abrigada capa de paño, con la cabeza cubierta, precedida de un criado con farol, y acompañada de otra sirvienta, decía al pasar delante de ella:

—Yo sí que soy desgraciada! Los otros niños se están en la tertulia del Ministro hasta la hora que quieren, y á mí me obligan á meterme en la cama á las diez de la noche!

La que se sentía desgraciada era Lucila; la que dormía indiferente era Avelina.

En el trato con los ladrones rateros y con los muchachos vagamundos había sabido la niña que existía una cosa horrible que se llamaba *la policía*, pues veía que apenas gritaba alguno *la policía!* todos huían, y ella también, figurándose que era algo parecido á lo que una noche la había sacado de su cama donde Doña Rosa Florido. Supo también que había otra cosa perversa que se llamaba *la patrulla*, que cogía y maltrataba á las mujeres pobres que encontraba por la calle, mientras que á las que iban bien vestidas las dejaba pasar. Estas nociones eran las únicas que Avelina tenía de la sociedad civilizada y cristiana en cuyo seno vivía.

Dieron en quejarse las gentes de esa época de las inmorales exhibiciones de los *portales del correo*, y de los mil muchachos que, desnudos, perfectamente desnudos, andaban por las calles de Bogotá pidiendo un cuartillito y siguiendo á todas partes al que pasa; muchachos que, fingiendo llanto, detienen á los que van al teatro, ó llorando de véras de hambre, tienen la impertinencia de decirlo; y entonces un buen jefe político, celoso del honor de la ciudad y de la comodidad de los transeuntes, dió la orden de recogerlos á todos y encerrarlos en el Hospicio.

Cayó en la recogida Avelina, que dormía en su puerta acurrucada y que fué despertada por los latigazos de un alguacil y echada al centro de la patrulla; y la pobrecita, al despertarse aterrada, viéndose castigada, gritaba lo que oía decir á los otros muchachos cuando los cogían:

—No, mi amito...... Yo no he sido. Yo no me he quitado nada!

Un grupo de niños llorando, con fantásticos harapos, desgreñados, mugrosos y hambrientos, cruzaba el *puente de San Francisco* para ser llevado al Hospicio, al mismo tiempo que otro grupo de niños, con fantásticos vestidos de seda, peinados y perfumados, iba á un baile de

disfraz que daba la hijita del Ministro inglés. En el primero iba Avelina, en el segundo Lucila. Aquélla la reconoció al pasar, y le gritó:

—Dios bendiga á mí señorita que va vestida de reina, porque es caritativa y me dió una vez un real.

Lucila dijo á los que iban con ella:

—¿Por qué llevarán presos á esos muchachitos?

—Fo, dijeron las otras niñas, pasemos aprisa, que estos muchachos apestan. Y cada grupo se fué á su destino.

La privación de la libertad es siempre una pena, pero á ella fueron acostumbrándose poco á poco los niños recogidos en el Hospicio, en atención á que tenían segura la comida, y porque reunidos hombres y mujeres, muchachos y muchachas en un mismo local, pasaban alegre la vida, sin oficio, jugando casi siempre, atormentando á los viejos, que no podían alcanzarlos en la carrera, y formando proyectos de evasión para llevar otra vez su envidiable vida vagamunda.

VI.

Lucila languidecía en su espaciosa casa, y á pesar de que la llevaban al teatro, á los bailes de niños y á los paseos, jamás levantaba la frente dichosa, y parecía que la vida era una pesada carga que la obligaba á encorvarse; su padre y los médicos tenían serias aprensiones de que estuviese enferma del corazón ó de que enfermase de los pulmones.

Sin un ejercicio vigoroso y obligatorio como oficio, y rodeada de manjares, la niña había perdido completamente el apetito, estaba con clorosis: la comida le repugnaba, odiaba la carne; y sentarse á la mesa era para ella un verdadero martirio á que su padre la sujetaba, instándole para que comiera de alguno de los diversos platos que en vajilla de rica porcelana eran servidos.

Lo que más hacía sufrir á la extenuada niña, era una predisposición nerviosa, nacida de su vida sedentaria y ociosa, que le destemplaba los dientes y la hacía horrorizarse si la mano le caía sobre el traje de terciopelo ó de seda, cuando se quitaba el guante de cabritilla, siempre que algún cuchillo tropezaba en la mesa con un plato, y sobre todo, cuando su aya con unas tijeritas doradas y con el mayor esmero le recortaba las uñas de nácar y de rosa con que terminaban sus delicados dedos.

La señora Doña Rita que de ella cuidaba, había sido en sus tiempos dama de hermosura, de orgullo y de campanillas; pero los años la habían empujado para abajo, dejándole sólo cuanto hay de repugnante en las mujeres que fueron hermosas, y que feas ya, quieren conservar aún los m elin-

dres. A poco tiempo de instalada de aya en la casa, quiso hacerse señora, mandar, y, sobre todo, regañar; pero como los otros criados no ignoraban su condición de asalariada, poco caso le hacían, y nunca consentían en aparecer como sus sirvientes.

—Ah! si yo tuviera una muchachita, se decía para sí, á quien mandar á todas horas como cosa mía propia, que me obedeciese como á su señora, y que me llevase el tapete á la misa los domingos, qué feliz sería!

Perseguíala este pensamiento, y para realizarlo, con el consentimiento del amo de la casa, que así se cuidaba del orden interno de los criados como de la economía, fuése una tarde al Hospicio en solicitud de una *chinita manual*, de buena índole y que no tuviese madre que la reclamase después de haberla enseñado.

Entre las muchachas que le presentaron para que escogiera, como en un bazar de Constantinopla se ofrecen á los mercaderes, estaba Avelina, recomendada especialmente, porque no era ladrona y porque además sabía leer.

—Lo primero me gusta, pero lo segundo no, dijo la señora, porque no hay cosa peor que los criados ilustrados. Estuvo registrando la mercancía que le ofrecían regalada, y habiéndole acomodado, cargó con ella para la casa; y la muchachita iba contentísima.

Había en la casa una hermosa alberca de tres chorros de agua; y al día siguiente muy temprano Doña Rita la hizo meter en el agua helada y darse un baño de media hora, hasta que quedó perfectamente limpia. Púsole después *camisa de tira* y enaguas de zaraza encarnada; y con el mismo placer que un hacendado valona una hermosa potranca, ella fué cortando uno á uno los lindos rizos de la muchachita, porque, según ella decía, toda *chinita* debía estar *motilona*; pero como sucede siempre con lo que es bello, que de todas maneras luce, así Avelina parecía aún más linda que con sus largas trenzas.

Cuando á las diez de la mañana Lucila salió á almorzar, envuelta en una bata de cachemira y cubierta con un pañolón de felpa, después de haberse refrescado por una hora y de haberse vestido con la ropa caliente y perfumada; cuando salió al corredor y vió á la linda y aseada muchachita, como si hubiese visto una primorosa muñeca, corrió hacia ella llena de alegría, la tomó de la mano y la introdujo á su cuarto. Avelina se quedó pasmada de las maravillas que en el cuarto había, y llena de felicidad por lo que veía, reparándolo todo, le parecía haber entrado á un palacio encantado, y que Lucila era la maga que lo poseía y que la invitaba á gozar.

Así estas dos niñas se amaron, la una con placer, la otra con venera-

ción; pero este primer sentimiento rápido, momentáneo, siguió siendo un vínculo poderoso en el resto de su variada vida.

Llegó en esto la señora Doña Rita al cuarto y regañó terriblemente á Avelina por su osadía de jugar con las cosas de *la niña*, y á ésta le hizo comprender que era muy inconveniente tratar como á iguales á los criados, y que jamás volviese á meterse con *la china*. Esta buena señora era en ese momento el representante legítimo de las nociones morales del país en donde pasan estos acontecimientos; pero las niñas se sometieron con dolor á esta ley social que apartaba á Avelina del santuario en donde Lucila era para ella la divinidad á quien se rendía culto, y á ésta le quitaba el placer y la alegría de un lindo juguete, y la condenaba á su eterno aislamiento, á su fastidio y á su inútil lujo.

La sola vista de la otra niña parecía alegrar á Lucila y mejorarla, así es que atisbaba desde su alfombrado retrete el cuarto del frente, en donde estaba sentada la muchachita. Esta, siempre que por algo la mandaba su señora, buscaba pretexto para pasar por el lado de Lucila; y ambas se lanzaban sonrisas de amor que hubieran envidiado los ángeles, pero que eran reprobadas en la tierra.

La señora Doña Rita estaba interpuesta entre las dos, como una gran montaña que separa las dos condiciones sociales: de un lado todos los goces, todos los placeres, todas las comodidades; amor, consideraciones, respeto, veneración; del otro todos los padecimientos, todos los dolores, trabajo, severidad, privaciones y desprecio. Humilde, bondadosa y tierna con la señorita, se inclinaba para hablarle, con su voz dulce y en tono suplicante: altiva y adusta con la *china*, siempre le hablaba en tono imperativo, con la cabeza levantada, la mirada severa y el aire amenazante.

Hay en el fondo del corazón humano algo terriblemente cruel que se mezcla á las virtudes y que mata los instintos generosos, algo que se goza en el sufrimiento ajeno; por lo que el niño le quita las alas á las moscas, el hombre mata el pájaro inocente, el salvaje hace la guerra á sus semejantes, el tirano inventa suplicios horrorosos, y la multitud asiste con alborozo á los espectáculos sangrientos.

Esta gota de hiel casi se pierde en un océano de bondad, en el corazón de la mujer. El amor inmenso que inunda su ser cuando es joven, el fuego del entusiasmo que arde en su interior, la ternura con que ama á los suyos, su propensión al sacrificio no la dejan sentir entonces; pero cuando pasa la juventud, cuando el amor sólo ha dejado amargos desengaños, cuando no hay seres á quienes el corazón tenga cariño, cuando infecundos los afectos se rechazan al fondo de las entrañas, cuando la caridad no ha encendido su

benéfica llama en el corazón de una mujer, entonces la gota cruel aparece; y la mujer en la sociedad es mordaz, y en el asilo doméstico tiránica.

Doña Rita, que había sacado á Avelina del Hospicio, la martirizaba, cediendo á ese cruel instinto que se goza en aborrecer y en hacer mal, como el amor se goza en querer y hacer beneficios; complacíase en hacerla levantar muy de madrugada, la llamaba de noche, cuando no dormía, para que la acompañase; y había concebido que podía convertirla en una máquina humana, sin deseos, sin pasiones, y que al mismo tiempo fuese bastante inteligente para obedecer al menor signo de su voluntad.

Por la menor falta que cometiese, por el menor descuido la azotaba sin misericordia; y cuando los alaridos alcanzaban al retrete en que Lucila leía extendida sobre un diván, ésta corría presurosa á implorar por ella y á salvarla del castigo.

—Ah ! señorita Lucila, decía entonces encolerizada Doña Rita: usted no sabe el mal que hace á esta muchacha impidiéndome que la corrija. Estas gentes quieren por mal.

El aislamiento á que estaban condenadas las dos niñas era burlado á veces, cuando el aya salía á la calle; y entonces juntas se dirigían al solar de la casa, trepaban á los cerezos, y cogían curubas, que la inapetente Lucila devoraba con placer ; pero aunque la veían robustecer, no adivinaban que ésta era la causa, y siempre regañaban ó castigaban á Avelina porque inquietaba á la niña.

Un día Lucila se empeñó en subir á un gajo débil de un cerezo, y Avelina le advirtió lo peligroso que era ; pero esto mismo aumentaba el deseo. El gajo se quebró, Avelina corrió, se puso debajo para recibir el golpe de la niña, y al peso de ésta cayó y se rompió la cabeza contra una piedra. Lucila también se arañó la cara, y por esto la *china* fué condenada á un novenario de rejo, á libertarla del cual no alcanzó la intercesión de Lucila.

Como Avelina no podía entrar al cuarto de la niña sin que fuese castigada por el atrevimiento, y como Lucila tenía muchas muñecas y juguetes arrinconados que de nada le servían, por un movimiento natural en los niños, siempre que Avelina pasaba, le alargaba un juguete que ella ocultaba entre el seno, y que iba á esconder en un cuarto oscuro del patio interior. Allí Avelina sola, contemplando de hito en hito las preciosas muñecas, haciéndolas correr, sentarse, conversar y hacer visitas, pasaba las horas una tras otra, feliz, fascinada, encantada con esas maravillas que antes sólo había visto en las vidrieras de los almacenes, despertando su envidia, y con las cuales ahora podía jugar á sus anchas. Si alguna vez las delicias del cielo — iguales siempre y siempre renovadas — vinieron á embellecer la

vida humana, fué en los ratos que Avelina pasó con las muñecas, haciéndolas representar á cada instante un papel nuevo en sus sueños de niña.

Pero Doña Rita, que había empezado á sospechar que las frecuentes y largas ausencias de Avelina encerraban algún misterio, fuese en puntillas, y la sorprendió «en la abominación de las abominaciones de Babilonia,» jugando encerrada, con las muñecas que le había robado á la niña.

Jamás tirano miedoso y sediento de sangre, que descubre una conspiración que justifique ante el mundo sus crueles castigos, estuvo más satisfecho que Doña Rita al encontrar justicia en castigar implacable á Avelina. Ociosa y ladrona: peor no podía ser la muchachita, y nada era bastante riguroso para corregirla de tan graves defectos.

El castigo tuvo entonces las formas de un verdadero martirio. Doña Rita subió furiosa á su pieza, y bajó un lazo y unas disciplinas. Después arrastró á la niña hacia el solar, allí la desnudó con suprema impudicia, la hizo abrazarse del tronco de un cerezo, y atándole las manos por el otro lado, la colocó en disposición de que todos los latigazos los recibiese en el cuerpo, sin que pudiese hacer nada para defenderse. Y cuando estaba de esta suerte, empezó una flagelación lenta y cruel, repitiendo á cada latigazo: por vagamunda! por viciosa! por ladrona!; y como la cólera encendida es como el fuego, que va rápidamente creciendo, los latigazos crecían, y Doña Rita, colérica, no contenta con esto, la arañaba y la mordía.

Entre tanto Lucila, ignorante de lo que pasaba, cantaba en su cuarto el final de la Lucía: los gritos de agonía que el dolor moral arrancaba á la mujer enamorada, dulcemente interpretados por sus labios de rosa, impedían oir los lamentos que el dolor físico arrancaba á la muchachita. Para la una, el romance, con la poesía del sentimiento y el encanto magnífico de la música; para la otra, la realidad de la vida con sus más crueles sufrimientos.

Los salones de la casa del señor Harrison permanecían siempre cerrados; pero un día que los abrieron para ventilarlos, Avelina entró furtivamente, y se quedó extasiada delante del retrato de una mujer muy hermosa que decoraba la pared del frente; y como si fuese la imagen de una santa, se arrodilló y oró, como ora una niña, llena de fe, de amor, de sentimiento; y allí se estuvo hasta que Lucila entró y también se arrodilló. Avelina, señalándole el retrato, le dijo:

—Qué linda es aquella imagen.

—Es un retrato.

—No es una santa?

—Es mi madre

—Ya muerta?

—Sí.

—La hubiera yo conocido!

—Yo tampoco la conocí.

—Cómo la hubiera yo querido!

—Ah! Yo sería muy feliz si mi madre viviese!

—Quién sería mi madre?

—Tú no sabes?

—Los pobres como que no tenemos madre.

La mirada del retrato parecía fijarse en el grupo de las dos niñas; y en el salón desierto como que se paseaba el alma de Elena, reconociendo á sus dos hijas.

Las niñas creyeron oír pasos, tuvieron miedo y salieron corriendo.

VII.

Avelina quería huirse muchas veces de la casa por los frecuentes castigos, por los atroces maltratos que Doña Rita le infería; pero la detenía el amor á Lucila, más fuerte, más poderoso que el miedo, y que le inspiraba la idea del sacrificio, por verla, por contemplarla, por sentir que había un corazón que latía amoroso con el suyo.

Y es que el amor es vínculo que liga acariciando, y que arrastra á todas las acciones grandes y generosas, sin pedir recompensa, sin esperar consuelo. El amor á una mujer levanta al hombre en alas del entusiasmo á la región del cielo, en donde se vive de virtudes y se respira el aire en que los ángeles baten sus alas; ó lo lleva risueño al delito, á la infamia, al cadalso; sin sentir el hombre que el amor lo eleva ó lo abate, porque tiene siempre la mirada, el pensamiento, el corazón fijo en la mujer querida.

El amor á una causa, á un partido, á la idea que domina la mente y arrastra el corazón, es más poderoso que el estímulo, más fuerte que el interés; domina á los hombres generosos, los lleva al sacrificio, les hace mirar con desdén la ingratitud, olvidar la corrupción y la miseria de los que los acompañan; el hombre, mirando el porvenir, todo lo ofrece, familia, juventud, talento, tranquilidad y dicha; y cuando una idea triunfa, y su partido adquiere una victoria, siente que no hay ni honores, ni posición, ni oro, ni poder que pudiera alcanzar á satisfacer su orgullo republicano, su inmensa satisfacción de haber sido el iniciador de una idea, de haber hecho esa conquista; y cuando sus hechos son olvidados, él vive con su amor, con su orgullo, y se prepara de nuevo para el sacrificio.

El que arde en el fuego del amor divino, desnudo, hambriento, martirizado, va en busca de su Dios : de él recibe como beneficios los dolores, y entregado á sus beatíficas revelaciones, á sus éxtasis divinos, ni siente desfallecer el cuerpo con el ayuno, ni la carne macerada por el cilicio ; y cuando cae en medio del desierto, abatido por la sed y el cansancio, sueña que los ángeles lo levantan en peso para llevarlo á la presencia de su Redentor.

Hablad al amante del amor que se compra con oro, y os dirá que es una profanación, porque en su altar sólo deben presentarse como ofrenda sacrificios del corazón : hablad al demócrata de una carrera brillante, y lo vereis desfallecer, porque nada encuentra digno de sus esfuerzos, sino un bien inmenso como su abnegación, que es el bien del pueblo, con cuyos dolores se identifica. Hablad al santo de los honores que en la tierra se ofrecen á los prelados que sirven á la Iglesia, y lo vereis huir á su cueva de la Tebaida, á renovar sus martirios, á buscar en la soledad la revelación de Dios.

El amor es el que lo embellece y santifica todo.

Había en la casa donde Lucila y Avelina moraban, una cisterna, obra del capuchino que construyó la linda iglesia de su convento en Bogotá, y el que dió el plano de la soberbia Catedral ; la boca de esta cisterna estaba destapada y había á la orilla un pequeño pretil de ladrillo sobre el que descansaban tres piedras á iguales distancias. La inquietud natural en cierta edad, el placer de buscar el peligro, llevó á las dos niñas á la cisterna ; y se pusieron á saltar de una en otra de las tres piedras, cantando : *lunes* y *martes* y *miércoles* tres ; *jueves* y *viernes* y *sábado* seis. Resbalóse Lucila en uno de estos saltos, y fuese al fondo de la cisterna. Avelina, sin medir el peligro, pero queriendo hacer útil su sacrificio, atravesó un palo en la boca de la cisterna, tomó el lazo que había servido para su martirio, y lo ató, gritando entre tanto á voz en cuello: Se ahoga la niña ! Se ahoga la niña ! Se ahoga la niña ! Y cuando sintió que ya venía gente, se botó también para ayudarla á sobreaguarse, pues sabía que ella era fuerte y Lucila débil. Apenas era tiempo. Lucila, presa del miedo, nada hacía por salvarse ; al caer Avelina, se agarró de ella: ésta se consumió también, pero pronto volvió á aparecer, y levantando á la niña en los brazos, logró que se agarrase del lazo, que los criados advertidos empezaron á subir. Mientras tanto, ella luchaba con la muerte, y al fin fué salvada también. Lucila salió desmayada y exánime, y las atenciones que se le prodigaron suspendieron el castigo de Avelina, quien viendo los torvos semblantes de todos, y oyendo las preguntas repetidas que en medio del afán le hacían, de cómo había metido á la niña con ella á la cisterna, comprendió la tem-

pestad que se preparaba sobre su cabeza; y empapada como estaba y sumamente estropeada, aprovechóse de la confusión para escaparse de la casa.

Avelina huyó y fué á refugiarse arriba de *San Diego*, en un horno de ladrillo abandonado, que le prestaba bastante abrigo contra la lluvia y contra el viento frío que sopla del boquerón; pero ya estaba bastante crecida para reflexionar que la vida de vagamunda llevada en otro tiempo era indigna, y resolvió abrazar otra, ofreciéndose en varias casas como criada.

Al ver su aspecto de muchacha abandonada, sin mantilla y con la cabeza al aire, en muchas casas fué rechazada, en otras le exigieron que trajese un papel de las personas á quienes había servido antes, que atestiguase su honradez; y por último, fué admitida en una de muy pobre aspecto, donde había una anciana hidrópica y dos mujeres que trabajaban para mantenerla.

En esta mansión de miseria y de dolor fué donde Avelina fortificó su espíritu, empezó á sentir despertarse en su alma el sentimiento de la caridad, y comprendió que en todas las condiciones de la vida puede hacerse algo para aliviar al que sufre ó es aún más desgraciado. La larga enfermedad de la madre agotaba las fuerzas de las dos hijas, que no dormían de noche y que trabajaban de día para mantenerse, y Avelina resolvió velar para que las dos mujeres durmiesen; y al lado del lecho de la enferma, que se quejaba sin cesar, estaba ella, dándole las bebidas, sobándole los pies hinchados por la enfermedad, y levantándola y poniéndose detrás para que la hidrópica descansase cambiando de postura.

Encargóse también de ir á ofrecer por las calles las costuras; y ella, que había aprendido de niña á mover los corazones para que le diesen una limosna, no encontró dificultad en moverlos para que le comprasen las obras de costura; pero no lloraba ya como antes, sino con una gracia irresistible que obligaba á todos á comprarle aun lo que no necesitaban.

Estimada, querida por las dos mujeres, bendecida por la anciana, que la llamaba su ángel, Avelina sintió todo el placer que causa hacer bien, el encanto que tiene la virtud, y como nunca fué feliz. La hidrópica murió bendiciéndola como bendecía á sus hijas; y éstas, que quedaron solas, fueron recogidas por un tío, donde Avelina fué también en calidad de sirvienta.

Un día que había salido á hacer un mandado, se paró en la esquina de la *calle real*, delante de un gran bullicio que á todos llamaba la atención. Un enjambre de muchachos le tiraba piedras y molestaba á *un bobo*, que irritado corría en pos de ellos sin poderlos alcanzar. Avelina se detie-

ne entretenida ; mas de repente corre hacia el *bobo*, lo abraza, lo besa, y lo llamaba *mi amo*, *mi hermano*, *mi cielo*, delante de la multitud, que se reía de ver la pantomima.

El *bobo* era Ambrosio, el *botado* de Doña Rosa Florido, que Avelina había reconocido, y que en su alegría de encontrarlo, olvidándose del lugar en donde estaba, se entregaba á los transportes de júbilo de una hermana que encuentra á su hermano perdido.

El *bobo*, que había crecido en el Hospicio, fué arrojado á la calle, porque el síndico había quebrado, y no tenía con qué mantener á los pobres; así, pues, se encontraba á la misericordia de Dios, que llega siempre cuando la caridad de los hombres se acaba.

Avelina lo llevó á la casa; pero el tío que á ella y á las huérfanas había recogido, manifestó que era imposible recibirlo, y tuvo que escoger entre dejarlo abandonado ó renunciar á tener asilo para ella.

No vaciló, y se fué de puerta en puerta ofreciéndose como criada, con la condición de ser admitida con el bobo ; pero como era natural, en ninguna parte la recibían, y entonces resolvió buscar la vida por sí.

Con lo que le habían regalado por sus cuidados á la enferma, compró unas docenas de cajas de fósforos, que empezó á detallar, y no había señora á quien no vendiese una cajita, ni comerciante que por desprenderse de la importuna y relamida muchacha no tomase otra. *La fosforera* fué conocida en Bogotá por todas partes, y el oficio le dejaba con qué alimentar al pobre bobo ; habiendo encontrado para él y para ella un rincón en las piezas bajas de la casa del señor Juan Granados, que está situada en frente á la portería del Colegio del Rosario.

La muchacha crecía gentil, los encantos se desarrollaban bajo su camisa de muselina, y pronto empezó á llamar la atención por la linda y cuadrada frente, la nariz recta, el color rosado suave, la mirada picante y la boca risueña y provocativa.

Atendida, solicitada, asediada por todas partes, llegó á comprender que había un nuevo peligro para ella, desconocido, incierto, pero que le inspiraba horror ; y para defenderse no contaba ni con una madre que la aconsejase ni con una sociedad que la amparase, siendo su inocencia y su belleza la ambición de muchos; pero encontraba siempre los cuentos morales de Doña Rosa Florido, y su imaginación se exaltaba con la idea de salvarse ella también, como la niña de los cuentos.

Entonces supo asimismo que el amor se vende, y que las mujeres pobres y abandonadas de Bogotá tienen dónde vivir, trajes que ponerse y cómo pasar la vida alegre, si aceptan de la sociedad esa posición; pero

ella persistía en sus sueños de virtud, lampo brillante de la luz moral que había llegado á su alma.

Convidáronla un día unas amigas á conocer la quinta de Don Pepe, caballero elegante que vivía por Egipto, muy generoso, y en cuya casa pasarían un rato muy agradable. Como el amor al placer es instintivo en la mujer, fué ella á la quinta alegre y risueña. Llegaron á la puerta de una casita situada en el fondo de un solar rodeado de árboles y sembrado de flores; y un elegante señor salió á recibirlas. Brindóles vino y un abundante refresco, que Avelina avergonzada apenas se atrevió á tocar. Después salieron á pasear por las alamedas, y Avelina sentía brillar en su mente vagos, inciertos, perdidos recuerdos que no alcanzaba á comprender. Las compañeras se adelantaron, el caballero le tomó la mano y le dijo :

—Avelina, eres linda. Esta quinta, trajes, sayas, una vida de lujo, de paseos y de fiestas te ofrezco en cambio de tu amor.

Ella empezó á temblar como temblaba cada vez que Doña Rita le ofrecía un terrible castigo, y apenas pudo contestar:

—Déjeme usted, señor, que mis compañeras van adelante.

—Oyeme, Avelina, tu oficio no te puede dar con qué vivir bien. Yo soy rico y te daré toda la plata que quieras. Lo que puedas ganar en un año vendiendo fósforos, lo tendrás en un cuarto de hora.

Avelina le retiró la mano, que hasta entonces el caballero había tenido asida; y empezó á mirar las paredes con atención y á reparar los árboles como si estuviese demente.

—Cede á mis ruegos, Avelina: el amor es delicioso y para las pobres como tú es la única esperanza. Yo te haré señora, y no tendrás que ir á servirles á las otras. Tú, tan linda, no has de querer á un hombre de tu clase, que si se casa contigo no ha de ser más que para maltratarte; y en general, las mujeres del pueblo no se casan, se entregan siempre á un hombre, y en vez de hacerlo tú á un pobre, ámame, que yo te haré feliz.

Lucifer hablaba á Avelina como Mefistófeles á Margarita, por boca de este caballero elegante; pero ella parecía no escucharlo, y se inclinaba á respirar el perfume de las rosas, como un asfixiado respira el aire libre.

Las compañeras habían desaparecido; el caballero reiteraba sus instancias, hacía brillar á sus ojos el mundo de placer que le ofrecía, y le hacía comprender la triste y miserable condición de las mujeres del blo; y tomándola de la cintura, intentó abrazarla.

De pronto la mente de Avelina se ilumina, el velo del olvi- había cubierto su memoria se descorre, y como delirante grita:

—Apártese usted ! Esta es mi casa. Sí, mi casa.

papá. Lo veo ahora. Qué hermoso era ! No le he oldidado. Mi papá se llamaba Francisco Miranda !

El caballero se quedó pasmado, tuvo miedo de que estuviese loca, y en vez de retenerla, se empeñó en deshacerse de la muchacha, que lo abrumaba con preguntas incoherentes, y que le averiguaba por gentes que jamás había conocido.

Así se salvó la virtud de Avelina en este momento supremo.

Los pobres no pueden escoger los buenos para juntarse, como tampoco los árboles pueden desprenderse de las enredaderas que los envuelven hasta secarlos. Avelina tenía por amigas á las muchachas que ya habían caído ; y sus reuniones eran con los estudiantes abandonados que vienen de los Estados á corromperse en Bogotá, los militares viciosos, los jugadores perdidos y los jóvenes decentes entregados al ocio. Esta masa de corrupción la arroja la clase rica sobre el pueblo, y el pueblo la recibe como una bendición.

Entre los jóvenes perdidos había uno de aire vivo, de modales distinguidos, audaz y buen mozo, que se llevaba las atenciones de las muchachas porque era generoso y porque los otros hombres seguían siempre sus consejos. Este joven pasaba los días en la tienda de unas amigas, y por las noches salía. Decía que estaba huído de su familia, la que lo hacía buscar para mandarlo á Europa á estudiar, á lo cual se resistía. Debemos confesarlo: á Avelina, que ya vivía en la calle del Arco, no le disgustaba.

Avelina, á proporción que iba ganando con los fósforos iba comprando muebles y adornos para su tienda, y en cada cosa que compraba gozaba como jamás gozan los que no saben lo que el dinero cuesta. Cubría la puerta un bastidor sobre el cual estaba un cartel que decía. CONSTITUCIÓN! *Qué es la Constitución ?* La Constitución es la sangre. *Píldoras universales del doctor Brandreth.* Las paredes estaban cubiertas con avisos de maroma y de exhibiciones de animales llenos de figuras, y en ellas se veían unas laminitas de Pablo y Virginia y el retrato del General José María Córdoba, asesinado. Al lado izquierdo estaba un fogón, á la derecha una tabla llena de botellas y frascos vacíos, y dividida la tienda por una gran cortina colgada en el centro. La parte interior era el retrete y la alcoba: había al frente una mesita forrada en la «Gaceta Oficial,» llena de espejitos, frasquitos de agua de Colonia, cajitas de agujas, vacías, una navaja grande, jabones y cuantos dijes le habían regalado en los almacenes: al lado derecho estaba su cama blanca y aseada, y al izquierdo dormía el bobo sobre un mullido junco, bien abrigado.

El joven de quien hemos hablado llegó una mañana muy temprano

á la tienda, y Avelina lo recibió como todas sus compañeras, como á un ilustre huésped. Por la noche pretextó que no quería salir, y quedóse también. Duró así tres días, y le dió á Avelina unas monedas para que le comprase varias cosas en la calle real. Avelina fué a comprarlas y no le recibieron la plata, porque era falsa.

Consiguió después unas Gacetas que necesitaba, y como le gustaba la lectura, hizo lo que siempre: leer dos ó tres veces lo que las Gacetas decían, sin entender su contenido. En una de ellas encontró :

« FILIACIÓN—Vicente Leitón, reo rematado, color moreno, ojos vivos, modales distinguidos, &c. Se ha fugado del presidio de Cartagena, y se averigua por su paradero.»

A proporción que Avelina leía esta filiación, comparaba las señas del reo con las facciones del joven que tenía escondido, y se persuadió de que era el mismo.

—Este es un criminal, dijo para sí: ¿ debo ir á denunciarlo?

Hay un argumento terrible contra la justicia de la justicia humana, y es la instintiva repugnancia que toda persona generosa siente de aparecer como denunciante; y Avelina, cediendo á ese instinto, no se atrevió á delatar al joven, quien por muchos días continuó viviendo en la tienda.

Una noche despertó Avelina á los gritos del bobo; estaba á oscuras y oyó que una persona, en voz baja, la decía : «Avelina, te amo;» y sintió que le tomaba la mano. Ella luchaba inútilmente por rechazar al atrevido, cuando de repente el que le hacía violencia gritó: Ay! y la sangre caliente cayó sobre el seno de Avelina.

El bobo se había levantado á tientas, había tomado la navaja de sobre la mesa y le había dado en la garganta una puñalada á Leitón.

VIII.

Llega para la mujer una edad que es la primavera de su vida, en que las imágenes del ángel se confunden con los sueños pudorosos de la virgen, en que el corazón palpita bajo el influjo de hermosas emociones, en que la imaginación se extasía en imágenes brillantes y risueñas, y en que la belleza viene á dar voluptuosidad á las formas, nitidez á la cútis, fuego á la [illegible]rada, al talle gentileza, frescura á la boca, gracia á la sonrisa, y á to[illegible] sér un encanto que inspira amor, cuando amor pide también su cor[illegible]

Esta edad llegó para Lucila tarde, porque se había desarroll[illegible] tamente, y ya tiene diez y ocho años cuando la volvemos á [illegible] llegó colmándola de gracias y hermosura. Tenía grand[illegible]

en cuya mirada se reflejaba el alma, pero una alma profundamente abatida por la melancolía é iluminada á veces por los rayos del fuego intelectual que ardía en el cerebro; el color blanco pálido, despejado, como el de las vírgenes que se consagran al altar y á quienes apenas colora el amor divino; la cabeza pequeña, sostenida por un cuello elegante, y la frente de alabastro. Era alta, delgada, de cintura breve, y su modo de andar, que tantas miradas cautivaba, tenía algo de aéreo y celestial que la elevaba sobre la tierra que pisaba.

Rodeada de lujo, llena de comodidades, su vida parecía concentrada toda en su espíritu fecundo: se había formado un hermoso mundo de sentimiento, de poesía, en que el corazón respiraba entre una atmósfera de amor bello y sublime, que sólo la virtud y el genio podían encender.

Segregada de la sociedad, sin conocer ninguno de sus dolores, no conocía ninguno de sus vicios, y su alma casta y pura se elevaba hasta el cielo, formando la piedad uno de sus deleites supremos; pero sin comprender tampoco que hubiera otros goces que las efusiones del corazón, ni más penas que las que viniesen á arrebatarle una ilusión ó á borrar uno de sus sueños de rosa. Su entrada al mundo fué una verdadera ovación: bailes, fiestas, paseos, conciertos, todo estaba preparado para ella; y su hermosura deslumbrante, su aire romántico, su esmerada educación y su inmensa fortuna la hicieron la reina de la sociedad y el objeto codiciado por muchos jóvenes de las principales familias de Bogotá.

Su calle se llenaba por las tardes de elegantes caballeros que pasaban con el fin de merecer un saludo é insinuarse en su amistad: en los bailes se agrupaban á su paso para danzar con ella una pieza ; por todas partes recibía tributos de amor, y todos los hombres que se le acercaban le hablaban de su pasión; pero Lucila no se sentía conmovida por ninguna de estas manifestaciones.

Entre todos los que estaban prendados de Lucila se hallaba un joven que no la había conocido en medio de las fiestas, y que no le había hablado de su amor. Era un filántropo nacido de una antigua y noble familia, que había adquirido cierta funesta celebridad por sus atrevidas ideas democráticas, y á quien tenían por *socialista*. Hombre para quien la lágrima de una criatura del pueblo valía más que todos los dolores del orgullo, y que preocupado por el pensamiento de la triste condición de la multitud, no podía comprender las locas alegrías de unos pocos en medio del concierto universal de ayes que por donde quiera escuchaba.

En dónde se habían conocido Lucila y Alfredo ? Sólo podremos decir que estos espíritus se habían aproximado sin sentirlo, se habían compren-

dido con una palabra, ó mejor dicho, se habían adivinado sin decírselo, y se habían dejado llevar de ese amor impetuoso que no conoce otro estado que la pasión, que no marcha por los senderos comunes, y que apoderándose del alma, sin necesidad de confesiones vergonzosas y palabras inútiles, lo emprende todo y se olvida de que hay en el mundo obstáculos que vencer y dificultades que la sociedad acumula á su paso.

Cenón Padilla había embellecido la alameda que hay á los alrededores de Bogotá y que conduce á San Diego; la plazuela de la Capuchina era el rendez-vous de todos los cachacos; y todas las familias salían en las noches de luna á gozar del aire puro y del hermoso cielo que favorecen á Bogotá. Una noche iban varias señoras, cada cual acompañada de un caballero, paseando por la alameda: la última de todas era Lucila, que suave y lánguidamente se apoyaba en el brazo de Alfredo.

—Qué linda noche! decía Lucila. Yo que he pasado mi vida encerrada, cuando contemplo el cielo, cuando miro los sauces mecerse al impulso de la brisa, siento algo dentro de mí que no puedo explicar; pero usted, que es poeta, explíquemelo y dígame lo que es?

—Yo no sé, Lucila, lo que usted entienda por ser poeta; pero si es sentir entusiasmo por lo bello, si es amar á Dios en sus más grandes manifestaciones, si es encontrar su mirada en el reflejo de las estrellas, si es creer en el amor como en la suprema grandeza del Ser que nos ha creado, yo soy poeta, y podré explicar á usted, no lo que usted siente, sino lo que pasa en mi alma en este momento.

Los misterios del amor y el sentimiento tienen tal atractivo sobre la mujer, que Lucila, fascinada, había creído ver abrir á sus ojos el mundo soñado por ella; y le dijo:

—Sí, cuénteme usted qué es lo que siente.

—Escúcheme usted, Lucila. Esta noche espléndida y serena, esta armonía sublime de la naturaleza, este encanto misterioso y divino, esta melancolía dulce y suave que se apodera del corazón, no son más que la revelación del sentimiento universal que anima todo lo creado, pero que tiene su asiento en el alma del hombre: sentimiento que ha sido la inspiración de toda mi vida, que me ha acercado hacia usted, á quien yo esperaba, porque siempre la había amado antes de conocerla y aun antes de oir pronunciar su nombre; pues que Dios había puesto en mi corazón las esperanzas de felicidad, las aspiraciones del amor y la fe en mi porvenir, porque la mujer á quien ardientemente amaba debía llegar, y esa mujer es usted, que realiza mi bello ideal y mis sueños de ventura.

Lucila no lo escuchaba ya: se sentía dominada por su influjo poderoso; pero Alfredo seguía pintándole su amor y hablándole de su pasión.

Al fin dijo ella:

—No sé, Alfredo, si yo sea la personificación de ese sueño; pero que él no se disipe con la luz del sol, como todo el misterio de esta noche.

La conversación fué interrumpida por la reunión con las otras amigas, que habían llegado al sitio de descanso.

El padre de Lucila se llenó de espanto al ver que el corazón de su hija se había fijado en un hombre incapaz de manejar su inmensa fortuna; y la sociedad no pudo darse cuenta de una extravagancia tal, teniendo Lucila entre otros muchos pretendientes al señor Manuel Prieto, rico comerciante que había venido á Bogotá á emprender negocios con el gobierno, y que era notable por sus riquezas y por la vida suntuosa que llevaba.

Don Manuel Prieto, con la audacia que dan el dinero y la posición, se presentó en casa de Mr. Harrison, que, muy viejo ya y casi decrépito, lo recibió con la mayor deferencia, y á poco tiempo tenían negocios de grande importancia, compañía para comprar documentos de la deuda pública; Prieto disponía de su acreditada firma para todas las especulaciones.

Solicitó formalmente la mano de Lucila, y le fué concedida; entablándose así una lucha á muerte entre el genio y la virtud, por una parte, y el dinero y la audacia, por otra, para adquirir la posesión de una mujer. La sociedad protegía, como era natural, enérgica y decididamente, á Prieto; ejercía sobre el ánimo de Lucila una verdadera presión, y no ahorraba sarcasmos, vituperios y calumnias para perder á Alfredo ; pero éste tenía un aliado generoso en Avelina, que, mujer ya, no temiendo los castigos de Doña Rita y viviendo independiente, iba con frecuencia á ver á Lucila, á quien profesaba un amor entrañable, y que se hizo la confidente de sus amores y la que le llevaba las apasionadas cartas del enamorado.

En esta lucha Avelina se sentía animada no sólo por su cariño á Alfredo, sino porque no quería que su idolatrada Lucila llegase á ser la esposa de Don Manuel, en quien encontraba algo de falso, algo que su instinto le indicaba como un peligro para Lucila.

Pero esta lucha no duró largo tiempo: la sociedad estaba de parte del rico, el matrimonio de Prieto fué formalmente acordado, y Alfredo...

....

....

Lucila no lanzó ni un grito al recibir la noticia, no brotó de sus ojos ni una lágrima, no se quejó ni hizo manifestación alguna de desesperación.

volvió los ojos al cielo, como para interrogarle si era cierta tanta desgracia ; después los clavó, como siguiendo tenaces una sombra, é inclinó la cabeza para no volverla á levantar, semejante á una flor que ha sido arrancada de su tallo.

Sueños de ventura, ilusiones, poesía, entusiasmo, todo lo que constituía la vida de su alma había caído; su dicha había volado: sólo quedaba el cadáver, aun hermoso, movido por el instinto animal y obedeciendo sumiso á todas las insinuaciones de los que la rodeaban. Lucila no estaba demente, bien al contrario, su clara razón, su apacible carácter, su genio angelical eran el encanto de su padre; pero su alma había volado en alas del amor al cielo en busca de su amante, y no le quedaba más que un corazón disecado y una razón sin fuego, como el crepúsculo que ilumina la tierra cuando el sol está ya oculto.

IX.

El comercio de Bogotá es poco activo: las tiendas de la calle real son sitios de tertulia donde se discute la política, se habla de muchachas y se enamora á las que pasan, pero donde jamás se hacen negocios. Sobre todo, por la tarde cada comerciante abre la tienda, enciende cigarro y se sienta sobre el mostrador á ver salir el humo y á aguardar á alguno con quien principiar la charla.

Una tarde, como á las cinco y media, conversaba un joven recientemente venido de Venezuela con Don Pepe Noguera, que tenía su almacén en la segunda calle real, cuando entró una muchacha con traje azul de muselina transparente, mantilla de paño negro y perfectamente peinada y calzada, y les dijo:

—Caballeros, una caja de fósforos.

El joven quedó sorprendido de la hermosura de la muchacha, y mientras que le recibía y le pagaba la caja de fósforos, no hizo más que repararla.

—Qué bonita, dijo á lo que ella se retiraba.

—Cuidado ! le replicó Don Pepe, porque esa muchacha está loca.

—De veras ? Explíquese usted.

Contóle entonces confidencialmente Don Pepe lo que le había pasado en la quinta en Egipto; y que ella se le había escapado diciendo : Mi padre era Francisco Miranda !

—¿Francisco Miranda ?

—Y qué tiene eso de particular ?

—Sería mucha casualidad.

—Qué?

—Puede usted llevarme á su quinta?

—Cuando usted quiera.

—Pero es necesario llevarla á ella.

—A eso no me comprometo. No me gustó la cita del otro día.

—Para dónde tomó la muchacha? Voy en pos de ella.

Don Pepe se quedó en la tienda sin saber lo que tenía el joven, y si era que se había enamorado de la muchacha.

Con trabajo y dinero todo se consigue en Bogotá, así lo bueno como lo malo; y el joven de quien hablamos logró al cabo de algunos meses averiguar lo que Doña Rosa Florido no había podido saber: quiénes eran las señoras que habían cuidado de Avelina en su infancia; habló con ellas y las mandó á la quinta; se valió de las amigas que llevasen á Avelina, prometiéndole que nada le sucedería; luégo invitó á Don Pepe y á un juez, sin que ninguno supiese que los otros iban.

Avelina, al ver la casita rodeada de árboles y sembrada de flores, principió á llorar y á repararlo todo con el mayor interés. Las señoras la miraban de lejos, y le indicaron al joven que la llevase por ciertos lugares para ver si los reconocía, y ella fué señalándolos; últimamente las señoras se le presentaron, y ella las reconoció y las llamó por sus nombres. No había duda: Avelina era la hija de Francisco Miranda. Entonces el joven sacó de su cartera dos cartas, y leyó la primera, que decía lo siguiente:

« Señor Leandro Miranda.

« Bogotá, Enero 1.º de 1830.

« Mi querido hermano:

« Tengo una hija, fruto de un amor desgraciado con la señora Elena Linares, á quien he puesto el nombre de Avelina. Te revelo este secreto, porque la vida en América es una eterna tempestad, y necesito poner á mi hija bajo tu amparo.

« Tu hermano, FRANCISCO MIRANDA.»

La segunda decía:

« Señor Milcíades Rivera.

« Caracas, Mayo 80 de 1860.

« Mi querido amigo:

« Vuelve usted á su país, y tengo que hacerlo depositario de un secreto, para pedirle un gran servicio.

« Hace muchos años que he hecho buscar inútilmente á la hijita de mi malogrado hermano Francisco Miranda, para tenerla á mi lado.

« Soy director del Banco británico en Venezuela. Voy á retirarme á Inglaterra, pues me basta la fortuna que tengo. Si Avelina parece y es virtuosa y digna, será para ella la fortuna que nos dejó Lady Stanhope, y que yo no he querido tocar.

« Interésese usted en esta generosa empresa.

« Su amigo, LEANDRO MIRANDA.»

Concluída la lectura, hizo que el juez extendiera la diligencia de reconocimiento, y dijo á la joven:

—Dios vela siempre por los virtuosos y al fin los recompensa: á unos les da fortuna, á otros felicidad. Para usted, Avelina, han sido ambas cosas. Desde hoy será usted inmensamente rica, y se irá para Inglaterra.

—Si esto es verdad, dijo la joven, si no es un sueño, agregue usted á tantos servicios el de guardar un profundo secreto.

X.

Avelina, después de la desgracia acaecida á Lucila, llena de afecto, de ternura, de abnegación, estaba siempre á su lado, siendo la única que adivinaba el estado de su alma: le hablaba de Alfredo, le leía las cartas que de él había recibido en tiempos afortunados, y se hizo el guardian de su amor, empeñándose en salvarla de las pretensiones redobladas de Don Manuel Prieto, contra las cuales Lucila no tenía fuerzas, ni valor, ni energía que oponer; y mucho menos contra los ruegos y empeños de su viejo padre.

La audacia de Don Manuel aumentaba á proporción que el ánimo de Lucila decaía, y que él se imponía en la voluntad del viejo comerciante; pero en la cabeza de Avelina bullía un pensamiento que la traía agitada y que la obligaba á no separarse un momento de su joven señora.

Una noche Don Manuel, creyendo haber vencido la repugnancia de Lucila, con el consentimiento del viejo, que quería dejar á su hija bien establecida antes de morir, hizo invitar á los parientes de parte de madre de la muchacha, y citó al notario para que viniese á extender la escritura de esponsales. Cuando todos estaban ya reunidos, Avelina subió la escalera apresuradamente, llevando cogido de la mano al bobo, se paró en la puerta y le señaló al novio, que estaba sentado al lado de Lucila, esperando que el notario empezase la lectura. El bobo hizo con la cabeza tres veces que sí; y quería írsele encima al individuo que Avelina le señalaba. Ésta, aprovechando un momento de silencio, gritó :

—Vicente Leitón !

—Quién me llama ? contestó impensadamente Don Manuel.

—« Vicente Leitón, reo rematado, color moreno, ojos vivos, modales distinguidos. Se ha fugado del presidio de Cartagena, y se averigua por su paradero.»

Don Manuel, vuelto de la sorpresa, dijo:

—Esta es una comedia.

—No, contestó Avelina presentándose elegantemente vestida y deslumbrando á todos por su frescura y su belleza. Es un drama en que ha habido sangre.

—A esta mujer la han comprado para que venga á desacreditarme. No merece crédito ninguno. Vean ustedes, es *la fosforera.*

—Era ..... le contestó ésta, como repitiendo la última sílaba. Soy Avelina Miranda, hija del Capitán Francisco Miranda, y la nieta del gran Miranda, Libertador de Venezuela.

—Todo es una farsa.

Llamó entonces Avelina al bobo á la mitad de la sala y le preguntó:

—Este que está aquí es Vicente Leitón ?

El bobo dijo con la cabeza que sí.

—Mentira, murmuró Don Manuel.

—Descúbrase usted el cuello, le gritó Avelina.

—No quiero.

El bobo, al descuido, se acercó por detrás, le rompió la camisa, y la roja cicatriz apareció á los ojos de todos.

Mr. Harrison gritó:

—Un presidiario ! Estoy arruinado; y mi hija quedará en la miseria, porque mi fortuna toda está en las manos de él: de un presidiario !

—Vuestra hija no quedará en la miseria, le dijo Avelina, porque tiene en mí una amiga que es poseedora de la inmensa fortuna de lady Stanhope. Mañana nos iremos para Inglaterra, y allí Lucila quizás olvidará sus pesares; y vos volvereis á ver vuestra querida Albión.

Lucila y Avelina se abrazaron; las dos hermanas habían cambiado de suerte; la pobre estaba rica y la rica pobre; pero el amor común hacía común la fortuna.

Entretanto el bobo gritaba á un lado, como llorando.

—Tú también irás conmigo, mi viejo hermano, mi noble guardián, le dijo Avelina volviendo hacia él y besándolo en la frente.

LXVIII

EL LAZARINO.

Terrible, tremendo secreto del cielo,
¡ Para un inocente, fatal maldición !
Me obliga á arrastrarme, cual sierpe en el suelo
A todos pidiendo por Dios ¡ compasión !

Y todos se alejan, mi vista temiendo,
Temblando les llegue mi aliento letal.
A todos los llamo socorro pidiendo,
Y á mí nadie llega: ¡ la lepra es mi mal !

¡ Con cuánto tormento, con cuánta agonía
He visto los niños jugando pasar,
Y al ver al leproso, cesar su alegría,
Y llenos de espanto sus juegos dejar !

¡ Cuán triste es por siglos contar los momentos,
La aurora esperando que venga á lucir ;
Y al llegar, sintiendo los mismos tormentos,
La espina en el alma constante sentir !

¡ Terrible es mi suerte ! ¡ Cuán triste mi estado !
¡ Jamás sufrió alguno tan cruel situación !
¿ Porqué quiso el cielo haberme dejado
La memoria viva, fresca la razón ?

¿ Porqué no lanzarme más bien en la horrenda
De tinieblas llena, de sombras y horror,
Noche donde el loco coloca su tienda
Y el mundo ve envuelto de incierto color ?

Así yo olvidara, quizás, que mi frente
También en un tiempo gozó del placer,
Así no sintiera su recuerdo ardiente
Hacer de mis ojos el llanto correr.

Así yo olvidara mi joven esposa,
Festiva y alegre mis sienes besar,
No la viera dulce, gentil, cariñosa,
Su seno á mi pecho, feliz, estrechar.

La lepra espantosa así no sintiera
Con brazos de hierro mis lomos ceñir ;
Estando yo loco, quizás no supiera
Que á esposa y á hijos he visto morir.

Vedme resignado, Señor, al destino,
Humilde cumpliendo mi cruel maldición,
Cual sierpe arrastrada, seguir mi camino,
Y á todos clamando: ¡ por Dios, compasión !

LXIX

EL COSECHERO.

Más que un escritor de costumbres, se necesita un pintor para bosquejar este tipo enteramente nacional, pues su gracia, su originalidad y su mérito están en su vestido, su cara, sus modales y sus posturas imposibles de describir ; pero como á las regiones del Magdalena no ha de venir artista alguno, preciso es que antes de que desaparezca el *cosechero* al impulso de la civilización, que todo lo modifica, quede de él un recuerdo para la gran galería de caracteres nacionales.

El cosechero vivió en un tiempo, siendo el bello ideal presentado por los filósofos del siglo XVIII en el hombre de la naturaleza, es decir, sin ambición, sin aspiraciones, sin «hacer la desgracia del género humano, cercando un pedazo de tierra y diciendo: esto es mio,» y en medio de las inmensas selvas del Magdalena, sin cultivar un palmo, excepto la platanera que, rodeando su choza, tenía sobre la margen del rio; tendido en una hamaca de donde sólo se levantaba para sacar el pez prendido del anzuelo ó para cortar un racimo de plátanos, que su mujer sabía preparar.

Quién lo arrancó de su indolente y poética pereza ?

La industria, que, llegando á los umbrales de su choza sin puerta, le dijo: aquí tienes oro para adornar el cuello de tu mujer, telas para vestirte, carne para todos los días, aguardiente para saciar tu única pasión — la embriaguez — y dinero para que juegues y gastes en *la tuna;* pero levántate y cultiva tabaco.

El perezoso calentano se levantó, movido por tantos halagos, y principió á sembrar tabaco y á llevar una vida de disipación y de vicios; pero pronto advirtió que, de libre que era, se había convertido en siervo del

dueño de la tierra que cultivaba, y que le daba los avances para el cultivo, y que el trabajo era superior á sus fuerzas.

Desde entonces el cosechero es una mezcla indefinible del bárbaro que quiere volver á sus antiguos hábitos, del astuto esclavo que quiere siempre engañar á su señor, y del hombre disipado que ama el dinero para gastarlo y que nunca estima su valor ni sabe aprovecharse de él cuando lo consigue.

Taita Ponce era el mejor cosechero de mi hacienda ; y para hacerlo conocer de mis lectores del interior, haré de él la filiación, como se usa en los cuarteles.

De edad de cincuenta años, alto, delgado, de ojos negros, boca rasgada y poblada de blancos dientes, color indefinible, pues la cara era de un azul color de pecho de palomo, con diversas ráfagas formadas por el carate, mientras que las manos eran, la mitad blancas como marfil, y la otra mitad enteramente negras; y la cutis del cuerpo y de los pies semejante á la piel de los caimanes.

Recuerdo ahora una anécdota, que no quiero dejar de referir antes de pasar adelante en la pintura del cosechero.

Llevó Don Joaquín Mosquera, cuando fué á los Estados Unidos, un sirviente de Neiva, caratoso desde los pies hasta la corona, que, á pocos días de su llegada á Nueva York, se le perdió en el laberinto de calles de aquella ciudad.

Apareció en la semana siguiente en todas las esquinas un aviso que decía:

«BARNUM MUSEUM.
THE BLEW-MAN. NO MISTIFICATION,
&c, &c, &c »

« El hombre azul. Nada de engaño. En el Museo de Barnum ;» y la descripción de este fenómeno extraordinario.

Como todos los extranjeros, el señor Mosquera fué á visitar este museo, y encontró al pobre neivano vestido de guayuco y en actitud académica, llamando la atención de un numeroso público que no se contentaba con mirarlo, sino que también lo refregaba para asegurarse de que no era pintado.

—Mi amo Joaquín, sáqueme *sumerced* de aquí, le gritó el calentano apenas lo vió; y sin aguardarse más, descendió del aparato en que lo tenían exhibiéndolo.

Bien, pues, como el hombre azul era *taita* Ponce; usaba camisa blanca de lienzo ordinario, con la falda flotante, calzoncillo del mismo gé-

nero hasta abajo de la rodilla, quimbas de cuero de toro, sombrero de hoja de palma de anchas alas y copa cónica, collar de huesos de gallinazo, y por entre la abertura de la camisa, siempre desabrochada, se veía un rosario de *coquito* con *paternoster* y cruz de oro.

Taita Ponce tenía una yegua *mocha*, es decir, sin orejas, y una mujer tuerta: ambas le servían para cargar el tabaco y los plátanos, y ambas lo acompañaban en la tuna; pero yo tengo datos para creer que su cariño prefería á la mocha, pues cuando se la *expropió* el gamonal de Piedras, estuvo seriamente afligido.

—¿ Porqué no se casa, taita Ponce ? le pregunté un día.

—Vaya ! mi *dotor*, me contestó, para casarse está uno, con estos *volates* de estas guerras, con la *hambruna* que nos come, y la bendición que cuesta tan cara.

—¿ Tiene mi *dotor güen* vino-grandy ? vino á preguntar al cabo de muchos años del anterior diálogo.

—Para qué quiere vino ?

—Para despenar á *aquella*, porque no quiere desprendérsele el alma ni por *nadita*.

—Pero hágale usted un remedio en vez de tratar de despenarla, contestéle, procurando hacerle variar de resolución.

—*Si es ganas:* ya fué su hora y no hay remedio que valga. Conque le cogió un *causón con dolor alto*, que se le comunica de la *paletilla* al cuajo. Se le ha *dao* la uva con ají, por si era de frio; después el anis con pólvora, por si era bicho; pero nada, si es que ya le convino morirse.

Yo no le dí el brandy, pero alguna alma caritativa debió de dárselo, porque esa noche circuló en la hacienda la grata noticia de que había muerto la mujer de *taita* Ponce.

Digo que la grata noticia, porque la muerte de una persona de categoría es siempre en el Magdalena un acontecimiento que prepara muchos días de una fiesta místico-pagana, del mayor interés para sus habitantes, y en la cual el aguardiente hace siempre el principal papel.

Al entierro, que se hace en medio de un bosque que apellidan pomposamente cementerio, concurren todos los dolientes y amigos, haciendo frecuentes libaciones; y para que sea solemne, todos los concurrentes han de volver completamente ebrios.

Después, por nueve noches seguidas, concurren á la casa del finado todos los de la comarca, y precediendo las ceremonias de poner una vela encendida y un jarro de agua para que el alma no padezca *escurania* ni *sequia*, principia una cadena de rosarios y cantos místicos, de suspiros, de

duelo y de llantos uniformes, que dura hasta la madrugada; á cuya hora ya todos ebrios, olvidándose del difunto y del rezo, concluyen por terribles peleas de garrote y de machete.

Todo hombre llega á tomarle cariño á la profesión que ejerce, y ama los instrumentos de su oficio. Don Pepe Junguito, removido del destino de Secretario de un tribunal, enfermó de nostalgia, y en el delirio de la fiebre pedía expedientes y se pasaba haciendo márgenes en las sábanas del lecho. El Capitán Clark murió de tristeza por la pérdida de su buque. Miguel Ángelo, agonizante, pedía su buril. Bernardo Pardo cayó á nuestro lado diciendo un chiste; y no sé qué inglés pidió por suplicio el ser ahogado en un tonel de Malvasía.

Pero el cosechero aborrece el cultivo del tabaco, se lamenta siempre de las plagas, que son en su lenguaje la *flotilla*, el *pulgón* y el *dueño de tierras;* y siendo su máxima «pocas matas y bien cuidadas,» cumple con la primera parte y olvida siempre la segunda.

Taita Ponce guardaba todas las fiestas vigentes y suprimidas, es decir, se emborrachaba; lo mismo hacía los domingos, y los lunes, que son *domingos chiquitos*, y el viernes, por ser día de mercado: el resto de la semana lo empleaba en *chinchorrear*, cuando había pescado en el rio, ó en hacer los preparativos de una gran siembra que jamás realizó.

¿ Había fiestas en Piedras ? allí estaba taita Ponce en su yegua, con su mujer. Las de la Villa no las perdía ; y todos los años hacía romería á nuestra Señora de Méndez.

Una noche se presentó en mi casa, y desde la puerta me dijo :

—Se las dé Dios, mi *dotor*.

—Éntre, taita Ponce.

—Vengo, después de verlo, á traerle esta *pepa*.

Era una sandía hermosísima y en sazón. Después, poniéndose en cuclillas, y armando con el dedo un agujero en el suelo, principió este diálogo:

—Pues mi *dotor*, yo vengo *desauciao*, á echarme en brazos de *busté*, que después de Dios es nuestro padre, y á más es dueño de tierras.

—Qué quiere, taita Ponce ?

—Pues ha de saber mi *dotor* que me encuentro *péndulo*, y vengo á que me haga una grande *iniquidá*.

—Cuál es ?

—Pues vengo á que me dé un *suicidio* con que meterle *calunias* al *caney*.

—Está bien.

—Yo quisiera que mi *dotor* me diera el *suplicio* de un toro.

—Cómo es eso ?

—Pues que me *afianzara* un toro, para yo tener una *galantia*, con que poder echar una buena siembra en esta cosecha.

—Imposible, taita Ponce, si usted ya debe mucho, no trabaja y nunca entrega tabaco.

—Ah ! mi *dotor*, eso es por las circunstancias de los tiempos ; pero ahora tengo una *flor de tabaco* que la voy á traer, *apenitas* dé, porque está todavía *zarazo*.

Y yendo de engañado á engañado, taita Ponce se llevó siempre el toro, sin haber hecho objeción ninguna al precio por que se lo vendí ; y el día de la matanza hizo un *convite* para que fuesen los demás cosecheros á ayudarle á levantar el caney.

Era de verse la multitud de calentanos ese día, trabajando con la más bulliciosa algazara, procurando cada uno que el vecino fuese quien llevase la carga, y levantando así algunas de las columnas del caney ; pero como *era convite*, los tragos se sucedían sin largos intervalos, dando el ejemplo taita Ponce, que quería pasar por rumboso y espléndido ese día.

A las doce, y después de un opíparo almuerzo, en que devoraron la mitad de la res, ya todos los convidados estaban imposibilitados para trabajar ; y medio ebrios, los unos luchaban á brazo partido en la llanura, los otros cantaban debajo de una ceiba, y otros jugaban á la *primera envidada*; de cuyo número fué taita Ponce, habiendo perdido el resto de la res, el chinchorro y todo cuanto poseía.

Si alguna vez tuvo taita Ponce la *flor de tabaco* que me había prometido, fué un misterio para mí, á pesar de la vigilancia de los inspectores; pues parece que unas veces lo sacaba verde para venderlo del otro lado del río, donde los *chuceros* tenían caneyes á propósito para comprar el tabaco y secarlo ; otras, cambiaba en las sartas á media noche el bueno por *carola*, de manera que al día siguiente los comisionados, al hacer la visita, no encontraban merma en el peso, pero el día en que se le recibía el tabaco ya no servía para nada; y ya, en fin, apelando á la astucia, al fraude y á todos los recursos humanos, lograba, como un cubiletero, que el tabaco ya seco y preparado desapareciese por encanto del caney á la *casa de recibo*.

Un día que yo tomaba un baño en el delicioso Magdalena, vi que taita Ponce llegó á la orilla con tres vástagos de plátano, los echó al río, atólos con un bejuco, y quitándose la camisa, que puso sobre dos estacas cruzadas en la *balsa*, se embarcó, y en medio del río me gritó :

—Adios, mi *dotor*, me voy *desauciao* á buscar posesión á Lagunilla,

porque estas tierras ya no dan ; pero su plata no la dé por perdida, pues Dios mediante, algún día nos hemos de volver á encontrar.

Qué había dejado taita Ponce ? Una cuenta en el libro por $ 300 ; tres palos parados para formar un caney, y su grata memoria.

La libertad del cultivo, como toda libertad, siempre benéfica, va trayendo á los terrenos otra clase de cosecheros, todavía muy escasos, pero que para la riqueza pública son inmensamente más productivos que los anteriores.

Si viajar en los Estados Unidos del Norte es un placer para el filósofo y el amante de la humanidad, porque no encuentra allí el pauperismo, lepra que devora la población de Europa, y porque ve la comodidad y el bienestar repartidos por todas las clases ; venir al Magdalena, después de recorrer el interior de la República, viendo su población mugrosa y esclava de un salario, es también un placer, porque aquí se encuentra al cosechero que trabaja libre, rodeado de su familia, en medio de la abundancia, y mitigando la maldición de comer con el sudor de su frente.

En efecto es muy grato llegar al espacioso caney descubierto por todas partes, y sólo por un lado tapado con hojas de palma, para formar la alcoba, donde duerme la familia y donde tiene sus baúles, una mesita con botellas, algunos platos y pocillos de *loza fina,* una vara atravesada, de donde penden la ruana y el traje de gala del hombre y su mujer, y las monturas varoniles que sirven para ambos.

El frente del caney está empradizado de verde grama, y debajo de los totumos y naranjos hay una *barbacoa*, donde lucen grandes y pequeñas ollas de barro colorado ; y más lejos se ven atados, entre el pasto de guinea, una yegua y un caballo en delicioso consorcio.

El caney está ocupado hasta la mitad por una *troja* de maíz conservado en mazorca con hojas, la otra mitad se emplea en las operaciones del diario, y el techo está cruzado por infinidad de cuerdas en las que va ensartado el tabaco. Los racimos de plátanos de la vecina platanera se maduran colgados al humo de la hoguera ; y las gallinas, los patos, los palomos y el cerdo que engordan tienen siempre el caney en bullicio y agitación.

Al rayar el día se levanta el enjambre de muchachos del cuero en donde duermen, y en estado de primitiva desnudez marchan al río á regar las *eras* del almácigo. Verdadera fiesta para ellos, pues el agua es la felicidad en el clima caliente, y ellos cumplen su tarea bañándose, nadando y jugueteando, hasta que el padre, armado de un *perrero*, viene á llevarlos por delante para el caney.

Allí los esperan tazas de chocolate aromático y sabroso, acom-

pañado de arepas de maíz ó plátanos verdes asados ; y concluido el suculento desayuno, marchan en procesión, uno en pos de otro, vestidos hasta la cintura y cubierta la cabeza con un gran *raspón*, al tabacal, á matar *cachudo*, á *despulgar* y coger el tabaco en sazón.

Cuando ya el sol es muy fuerte, cada uno toma su *pizca* ó tercio de hojas de tabaco verde, se lo echa á la espalda, y presididos por el padre, marchan á almorzar y á sestear al caney.

Comidas abundantes tiene siempre el cosechero, aunque es parco en comer, y en ellas su mujer sabe mezclar, con infinita variedad, el exquisito *viudo* de pescado, el *sancocho* de plátano con carne, el arroz *atollado*, el *cocido* y el *peto* de maíz.

Después del almuerzo el cosechero duerme, ó sentado en una banquita, emprende la laboriosa tarea de tejer su *atarraya;* y es entonces cuando la mujer domina, presidiendo todos los trabajos, al mismo tiempo que le mete fuego á la hornilla, que espanta los perros, que llama las gallinas, pela plátanos y arrulla al niño que lleva en los brazos.

Aquí hay poesía, hay belleza ; y si la escena se ve en medio de las agrestes selvas, iluminada por el sol de los trópicos y á la orilla del caudaloso Magdalena, por una imaginación ardiente y un hombre apasionado por la familia, se siente placer y el corazón descansa.

La voz cadenciosa de la mujer no deja de oirse un momento, lo que prueba que la lengua no es sólo el arma, si no también el poder, de esta parte predilecta de la humanidad.

—*Mirá*, Juancho, que no *hagás maganza*. Chi ! Chi ! *Espantá* esas gallinas y *echáles* agua, que están *doraditas*.

—Miren el diablo del gato, metido entre el rescoldo.

—Cabeza con cabeza y cola con cola ! Como que no *sabés* amarrar los *ataos ?*

—*Ensartá* la *carola* aparte.

—Arrú ! arrú ! arrú !

Duérmete, niño,
Que tengo que hacer,
Lavar los pañales,
Hacer de comer.

—*Mirá* que se *arrebata* esa olla, *sacále* unos tizones.

—Compadre Pancho, *pasque ni an agua hay*, vaya y se trae un *túmbilo* al rio.

—Cantalicia, no *jugués*, porque te doy con el *chirrión*.

—*Oiste! mirá* ese marrano que rompe las ollas. ¡Como que no *te-nés* ojos!

—*Ñor* Toribio, déjese de estarle haciendo *sanajorias* á Emperatriz, porque se lo digo á *él* y viene y lo *jarta* á palos.

Así ella, presidiendo, viendo, mandándolo todo; y la familia ensartando, colgando y amarrando tabaco, pasan el día hasta que la tarde se refresca, y entonces vuelven al tabacal á darle la última mano.

Le falta algo al cosechero? Tiene trabajo, abundancia, hogar, familia y porvenir.

Sí; le falta una voz amiga que le enseñe la moral; que dulcifique sus costumbres semibárbaras; que lo haga sobrio y económico; que lo lleve poco á poco por la senda de la civilización; y que sin arrebatarle el trabajo de sus hijos, le inspire el deseo de mejorar su condición, haciéndole amar la virtud y mostrándole los encantos y los placeres de la vida social.

LXX

LAS DOS ONDAS.

Nacen dos ondas de la misma fuente,
Pero al nacer dividen su carrera;
Una feliz, deslízase ligera
Y la lleva entre espumas el torrente:
Otra á la orilla va, y dulcemente
La acaricia la flor de la pradera;
Mas el lodo la ensucia en la ribera,
Y entre rocas la estrella la corriente.
Tú, viajero feliz; yo, peregrino;
Tu existencia tranquila es conducida
Por un sabroso y próspero camino;
Entre flores y cieno confundida,
Agitada sin fin por el destino,
Estrellada tal vez, esta es mi vida.

LXXI

CORRESPONDENCIA.

Señor Don Medardo Rivas.

Mi viejo y mi buen amigo: La facilidad de menos echo, en este instante mismo, de Don Angel de Saavedra, el duque de tu apellido, para escribirte un romance, lo más suelto y lo más lindo, que fuera digno de ti y que de mí fuese digno. Pero como no la tengo,— como arriba te lo indico, tendremos que conformarnos,— *conformarnos* ...... (está escrito — y no borro la palabra,— aunque digas que duplico) los dos, con lo que mi numen, ya cascado, seco y rígido — dar de sí pueda á estas horas.— (Acaban de dar las cinco).

Nuestra amistad, en Villeta,— el año cuarenta y *pico*,— (pues poner *dos* impidióme el asonante maldito) — comenzó — ¿ No lo recuerdas ? — ¿ Lo habrás echado al olvido ? — Yo bien sé que no, Medardo : la última vez que nos vimos, hablamos de aquellos tiempos de nuestra amistad principio,— *quando ego erat pueribus*,— como Don Hilario dijo, en plena logia, una noche,— para echarlas de latino.— En aquel pueblo bailamos, enamoramos, comimos,— sin tomar, no diré *brandy*,— ni una copita de vino ; — montamos buenos caballos,— cuando los daba Pulido, — malos cuando los *fletaba* Don Juan Vargas el muy pícaro ! ...... No es que insulto su memoría : es por chanza que lo digo, ¡ pobre Don Juan, que fué siempre francote y bueno conmigo ...... (No hay remedio, un consonante me ha brincado, lo cual prueba, entre paréntesis, que este romance improviso). Montábamos, pues, decía, cuando el baño era en el río, ó á pié al *pozo del azufre*, que es en *la quebrada*, íbamos ; ya *hombres sólos*, que hombres éramos,

aunque entrambos barbilimpios, adolescentes precoces y traviesos, casi niños. A mí me gustaba, creo, misia Maraquita Miro, y á ti, si no me equivoco, Mariquita Vallarino : por supuesto sin malicia, sin *arrière pensée*, caprichos, — por hacer lo que los otros,—pura imitación de micos......

Vamos á voltear la hoja, y al hacerlo me horripilo,— al ver que en toda una página de éstas, de papel ministro,— absolutamente nada que tenga sustancia he dicho.

Esta digresión ha roto de mis recuerdos el hilo, y otros también halagüeños evoco con tu permiso.

El año mil ochocientos cuarenta y tres estuvimos en San Bartolomé juntos, siendo entrambos buenos chicos,— *regulares* estudiantes, y excelentes condiscípulos. Entonces tú visitabas,— por lo menos los domingos, la casa de mi familia,— situada en San Victorino.— ¿ Recuerdas, dime, Medardo, cómo te amaron los míos,— desde *mamá* hasta Teresa — y desde mí hasta Narciso ? ...... Excúsame que haya puesto esos puntos suspensivos ; pero el reloj da las siete, y yo estoy comprometido solemnemente con unos —¿ lo serán ? ...... unos ...... amigos ; pero mañana temprano volveré á ocupar mi sitio.

14 de Diciembre.

Aquí me tienes de nuevo, — aunque estropeado y mohíno, porque he pasado una noche de calenturiento frío,—insomne, despabilado,— con el cerebro hecho un cisco,— leyendo las tristes cartas de mi Inés y de mis hijos,—cuya suerta infortunada me quita el sueño y el brío,— y pasar me hace las noches crueles en febril delirio,— convirtiendo mi cabeza en kaleidoscopo vivo,— en que al menor movimiento las ideas, que son los vidrios,— se revuelven y confunden,— y presentan al espíritu nuevas y extrañas imágenes,— á cada insensible giro,— pero todos reflejando — este infortunio infinito — que hace de mi triste vida — un inmenso laberinto,— enredado, inestricable — como aquel que en Creta, Minos mandó fabricar á Dédalo, el padre del loco Ícaro, para encerrar dignamente — al Monitauro maldito, que nació de Pesiphae,— del adulterio *arquetipo*, pues un toro fué su amante,— según lo refiere Ovidio,— y Demoustiere lo repite en salpimentado estilo ......

Ya lo ves cuando te hablaba de mis afanes prolijos,— una cita motológica — me aparto de mi camino.

Suspendí anoche á las siete este mi romance inicuo, en un ¡ hace 20 años ! — Renuncio, pues, á seguirlo. Además, ya tú la síntesis, de nuestro

vario destino con tu ingénita sindéresis,— formulaste como amigo,— en aquella alegoría, — en aquel precioso artículo, — publícalo en tu « Revista de Colombia » cuyo título .... Pero vuelvo á divagar — y de nuevo me extravío.

Tú formulaste, decía, nuestros hados respectivos : — « á ti te guió tu estrella, á mí me arrastró mi sino.»

Tras mañana 17 — pienso mandar un auxilio — á mi infelice familia,— de quien separado vivo, hace un año y siete meses,— para aliviar su martirio, un tanto : no será mucho,— pues los tiempos están críticos. Por supuesto y desde luégo,—decirte no necesito,— que para la tal remesa,— cuento, Medardo, contigo, — con el *óbolo* amistoso, que aunque pudiera ser ínfimo, grande lo contemplaría,— porque « todo es relativo,» y muy bien suceder puede que tú estés mal de bolsillo.

En verdad, se me olvidaba : cuatro ejemplares te envío, de mis « Preces cuotidianas.» — ¿ Qué tal pulso el plectro místico ?

Pero se pasan las horas, y por tanto termino esta prolongada epísto la, repitiéndome tu amigo,

JOAQUÍN P. POSADA.

15 de Diciembre de 1871.

Señor Joaquín P. Posada.

Tu casa, 16 *de Diciembre de* 1871.

Querido amigo del alma: Mil gracias por tu misiva. Era mi primo cercano el noble Duque de Rivas, á quien en tus lindos versos, Joaquín, envidiando, citas; mas, como tú sabes bien, en asuntos de familia, los unos se llevan todo, y quedan otros *peristan*, mi noble primo llevóse (fué verdadera injusticia), genio y gracia, para ser un famoso romancista, y á mí dejóme tan sólo la afición á la política. Así, contestarte en verso, sería una empresa inaudita; pero te ofrezco, Joaquín, consagrarte una «Revista»; pues conquistarás con esto una posición magnífica: que al ver tu nombre allí puesto, han de lloverte á porfía más ataques y censuras que á Renán llovieron críticas: de toda lista en que estés te borrarán los sapistas; te han de excomulgar las beatas, y...... dejemos la política.

¿ Para qué mueves, Joaquín, esa apagada ceniza, esas memorias pasadas que en el alma están dormidas ? ¿ No tienen los corazones bastante y amargo acíbar, que quieres echarles más, recordando viejas dichas ? Y á propósito, te engañas, no era la mía Mariquita: era...... (si ya no me acuerdo de su nombre), era una bizca, recatada y melindrosa, de un Ca-

nónigo sobrina. Lo que recuerdo es que el cura tenía despensa provista de chocolate, de quesos y conservas exquisitas; y por gozar de mi amada las simpáticas sonrisas y tomarle el chocolate, sacrifiqué muchos días los baños en *el azufre* y el amor de Mariquita; pero el cura una ocasión, por celos ó economía, hizo que sus dos sobrinos me dieran una paliza.

Montábamos, dices: nunca gocé de tamaña dicha, pues jamás tuve un caballo ni nadie me lo ofrecía; y *ad pedem litere* al *pozo* me iba con un tal Garnica; mientras que con Pepe Nieto y la elegante Cristina tú pasabas en bucéfalos que me llenaban de envidia: que siempre la buena suerte mostróse conmigo esquiva. Ay! del colegio las horas fueron para ti de dicha; para mí fueron amargas desde que estudié *cachifa!* Siempre mal trazado y pobre, llevé una vida maldita; era antipático y feo, y todos me aborrecían. Recuerdas? Tuve peleas como tuvo el año días. Con Matallana Nereo (pues siempre se anteponía el apelativo al nombre, cuando se pasaba lista), con Matallana unos *puños* tuve donde fué capilla; después con Pepe Samper tuve formal sarracina; y contra Neira *el patán* tuve que formar gavilla.

Cuando ya era mocetón, estudiante todavía, me enamoré como loco de la gentil Margarita; y el capote colorado, el ancho sombrero *jipa*, la chaqueta de mahon y chinelas amarillas, cambié por un *cubilete*, por botas y por levita; y todas las tardes juntos, nos íbamos á su esquina, que era, ¿ la recuerdas bien ?, enfrente de «la Capilla.» Saludabas tú arrogante, yo hacía zurdas cortesías; y ella contigo era amable y conmigo sonreía.

Es cierto, mucho me amaron los miembros de tu familia; y yo conservo en mi pecho, como preciosa reliquia, el recuerdo de los tuyos, y aun amo á *Pita* y *la niña;* pero te voy á contar la más triste de mis cuitas, que á tu casa, á mis amores y á mi suerte viene unida. Hicieron al *Chivo Amaya*, clérigo de campanillas, Dean del coro catedral; y por eso dió ese día un refresco, ¡ qué refresco!, toda pintura es mezquina. Vivía con él Juan Azuero, con quien tuve amistad íntima: convidóme á los despojos y jugamos mesa limpia. Ay! no quisiera contarlo; pero me puse una *chispa*, y ví al mundo chiquitico y vino á mi fantasía la imagen dulce y risueña de la gentil Margarita. Fuíme á tu casa á la tarde, que era por la Capuchina. Entré sereno; *Chochón* me recibió con risita, de esa que quiere decir, lo que tienes se adivina. Entré á la sala. Qué veo! ¿ Es realidad ó es la chispa ? Sentada en un canapé, conversando con la *niña*, con traje de pana azul, que así se usaba en mis días, y un pañuelito rosado cubriendo sus formas lindas, estaba, y me dió la mano, la graciosa Margarita. Y yo, que siempre temblaba al verla, cual golondrina en quien el ave de presa sus

ojos hirientes fija, esa noche fuí arrogante, animado por la *chispa,* para decir necedades y grandes majaderías.

—Diez y seis años apenas, frenético le decía, cuento, señora, y no tengo consuelo en mi triste vida: sufro infeliz, y luchando del destino con las iras. Sueño con usted de noche y es mi ilusión en el día. Miro doquiera desiertos sin su imagen peregrina: que es mi amor, amor de aquellos que nacen en sólo un día; mas que forman una historia y llenan toda una vida. Quiero su amor ó la muerte, quiero su amor Margarita!

—No se vende solimán, caballero, en la botica, sin que al pié de la receta ponga un médico la firma, — con furiosas carcajadas me contestó la maligna.

La «fortuna desde entonces» me fué siempre tan propicia, en negocios y en amores, que en mitad ya de mi vida, de impresor tomé el oficio para emplearla como *tinta.*

Dichoso tú que, ligero, todo un romance improvisas, mientras que yo de esta carta, sudando la gota viva, he escrito más borradores que tú apurado *copitas.* Y pues mañana es paquete y el *óbolo* necesitas, renuncio en obsequio tuyo á continuar la misiva: diciéndote sólo — Amigo, ¡ Dios ampare á tu familia! Para ella te envío un condor. Quisiera darte una mina, para probarte con esto, cuanto tu cariño estima

Tu viejo amigo *Mechuso* (alias DON MEDARDO RIVAS).

LXXII

ITALIA.

(DEL ITALIANO.)

En vano lloras ¡ ay! Italia en vano
Tu honor y tus virtudes. Corrompida,
Miserable manceba de un tirano,
La túnica de esclava recogida,
Reclinada en cojines, indolente,
Vendes tu amor á la extranjera gente.

¿ Dónde los hijos van ? ¿ Dónde sus pasos
Dirigen pesarosos ? A la danza,
Al festín. ¡ Bella esperanza !
Y tú entre tanto duermes en los brazos,
Del enemigo que tus besos paga,
Y con placer tu esclavitud halaga.

Perfumada y gentil, la sien ceñida
De mirto corruptor, desnudo el seno ......
¡ Italia ! ¡ Oh patria ! á mi pesar querida,
Baja la vista avergonzada. El cieno
Mira que encubres con rosadas flores
Y la vergüenza deja, y tus amores.

¡ Despierta Italia ! Vuelve á tu grandeza,
Cubra la cota tu desnudo pecho,
El duro yelmo adorne tu cabeza,
Quede el pasado en lágrimas deshecho.
Vuela á los Alpes ; lucha por tu gloria,
Y que borre tu afrenta la Victoria.

Guataquisito, 1866.

LXXIII

LA NOVELA

EN LA HISTORIA. *

I

Corría el año del Señor de mil quinientos y dos, sorprendiendo al mundo con los descubrimientos que la España hacía en América, y el Portugal en las Indias orientales, cuando Cristóbal Colón, sin desmayar en sus empresas, ni por la indiferencia con que lo miraba ya su noble y hermosa soberana Isabel, ni por haberse visto conducido á España encadenado como un criminal, impulsado siempre por su genio, preparaba un nuevo viaje: no para acumular riquezas ni obtener honores, que bastantes había alcanzado y perdido ya, sino para ir en pos de ese *Nuevo Mundo* que, como un hermoso sueño realizado, era su ambición, su gloria y su esperanza.

Esa raza española, ardiente, apasionada, única capaz de las grandes empresas que entonces se realizaron, después de haber vencido á los moros, estaba impaciente de proezas, y veía en la América, apenas conocida, un teatro abierto á su valor y á su ardimiento. Y los nobles españoles ansiaban ir á sujetar con sus formidables espadas á naciones enteras, como los ministros del altar ir á derramar su sangre por la predicación del cristianismo entre los gentiles, y las gentes del pueblo ir en busca del oro y las riquezas que, como la arena, se decía estaban regadas sobre las playas afortunadas de la tierra encontrada.

El Rey Fernando, celoso de la gloria del Almirante, miraba como excesivas las concesiones que se le habían hecho por la convención de 17 de Julio de 1492; no quería que Colón fuese Virey de regiones que cada día aparecían más vastas y más ricas; con frívolos pretextos se negaba á la ejecución de un tratado solemne; y para salir del glorioso importuno había convenido en darle cuatro pequeños bajeles para que siguiese haciendo exploraciones. Pero Colón, acostumbrado á desafiar el peligro y á realizar

* Véanse las Historias de Robertson (Cap. II y III), Herrera y Oviedo.

grandes cosas con débiles medios, ni se ofendía de que se le diese tan menguada flota, cuando á Obando se le había facilitado una de treinta y dos galeras, ni insistía en el reclamo de sus derechos; y con la fe que dan la ciencia y un destino glorioso, adelantaba infatigable esa cuarta expedición.

Una noche en Cadiz, despues de haber trabajado el día entero en el arreglo y equipo de las naves, estaba retirado en su estudio, meditando sobre un mapa geográfico, con el dedo índice de la mano izquierda puesto entre las dos cejas y comprimido fuertemente, como si el pensamiento que buscaba hubiese de saltar por su violencia; y con la otra mano extendida sobre el mapa iba recorriendo diversos puntos en donde decía: *Trinidad*, *Pária*, *Boca de Dragón*; y ál fin, hablando solo, y marcando con un lápiz rojo un punto más hacia el Norte, donde decía *Darien*, exclamó: ¡ Por aquí, ó no hay paso!

Oyéronse tres golpes dados con el enorme aldabón que en forma de esfinge había en el centro de la esculpida puerta de la calle, y Colón interrumpió sus meditaciones, sorprendido de que alguien llamase á tan altas horas de la noche á su mansión solitaria.

Pocos momentos después se oyeron pasos que resonaban en las inmensas y desiertas arcadas, y empujando la puerta del aposento, entró un sirviente, y dijo con aire respetuoso:

—Una persona desea hablar á su señoría.

—Qué persona?

—Dice que es noble y que os conoce.

—Su nombre?

—Don Diego Méndez de Arias.

—Que se sirva entrar Don Diego.

La mampara abierta de par en par, el sirviente dió un paso atrás, se inclinó cortesmente, é hizo señal con la mano al forastero de que el paso estaba franco. Colón se levantó de la silla de terciopelo rojo con clavos dorados en que estaba sentado, y se adelantó á recibirlo con su genial bondad.

—Dios os guarde, Almirante, le dijo el que entraba.

—Que él os conduzca, Don Méndez.

Extendióle la mano con cordialidad, y lo invitó á que se sentara al frente en una silla que estaba vacía.

El que había entrado era un hombre joven todavía, pero con el cabello y la barba perfectamente blancos, hermoso pero acabado; y su cuerpo alto y garboso cedía como á un peso oculto que no podía resistir.

Los ojos hundidos por las vigilias estaban cercados de una sombra negra, y en sus sienes comprimidas se veían dibujadas las venas azules por donde circulaba su sangre aristocrática. Vestía de terciopelo negro y tenía una espada al cinto.

—A qué debo el honor de esta visita? le preguntó Colón, queriendo interrumpir el silencio, que se había prolongado ya, y abrir campo á las confidencias del extranjero.

—Almirante, acabo de salir de los calabozos de la Inquisición, en donde he estado encerrado mientras que vos conquistábais gloria y fama; y hasta allı ha llegado el ruido de vuestras proezas.

—Hidalgo: me sorprendeis. Os dejé al lado de sus majestades peleando como bueno contra los moros mahometanos en Santafé; y me sería muy doloroso saber que hubiéseis faltado en algo á los preceptos de la religión del Señor nuestro Dios, Jesucristo.

—Jamás he faltado á la fe de mis mayores, en la que, Dios mediante, he de vivir y morir; pero mi amor á las ciencias que cultivaba en mi castillo cuando daba treguas la guerra, dió ansa á mis enemigos para denunciarme al Tribunal del Santo Oficio, como que practicaba artes y ciencias maléficas. Fuí aprehendido y juzgado por esto, y sólo después de un largo y dilatado proceso he podido comprobar mi fe y mi inocencia.

—Comprendo cuáles habrán sido vuestros sufrimientos; pues yo sé ya lo que es verse acusado siendo inocente, y estar á la merced de los enemigos. Pero en fin, ya estais libre.

—Pero no ha sido esta sola mi desgracia: al salir de la prisión he encontrado que mi mujer había muerto del dolor, que mi familia estaba dispersa, mis tierras embargadas, y mi castillo arruinado y siendo mansión de las aves agoreras.

—¿Y tanta desgracia porqué?

—Porque por servir á mi religión y á mi Rey dí en peños mis tierras para conseguir dinero, á fin de equipar y dar su prest á las tropas que llevé á la conquista de Granada; y cuando fuí preso, mis acreedores, seguros de que jamás volvería á ver la luz del sol, se apoderaron de todo, por medio de la justicia, y despojaron á mi familia.

—¡Ah! Y nuestro amo el Rey no ha intercedido, ni clamado por vos?

—Almirante, en vos hay una prueba de lo que es la gratitud de los Reyes. Pero no es esto sólo: la mala fama por haber estado en la Inquisición me persigue en el pueblo, y persigue á mi familia.

—Salid, hidalgo, de España, que en todas partes hay campo para el valor y la virtud.

—Es imposible. Estoy agobiado por los sufrimientos; y ni mi brazo es ya fuerte para combatir, ni mi energía bastante para dejar á mi Elvira, linda hija que mi señora esposa, que en paz descanse, dejó á mi cuidado.

—Y bien.

—Pero tengo dos hijos, Don Fernando y Don Gonzalo, que han heredado de mis mayores el valor, y á los que quiero preservar de mi suerte fatal; y vengo á dároslos, Almirante, para que os acompañen en vuestra carrera de gloria: en ellos tendreis siempre la lealtad que os sirva, y en todas ocasiones brazos armados para defenderos.

—Vos no desconfiais, hidalgo, de mí, como desconfían todos los españoles desde que los revoltosos de la Colonia de la Española, con Roldán, hicieron llegar aquí sus calumnias y sus mentiras; pues bien, yo corresponderé á vuestra confianza, como correspondí á la de nuestra augusta soberana, á quien Dios guarde : vuestros hijos estarán siempre á mi lado, participarán de mis peligros, dividirán mis fatigas, pero también serán suyos mis triunfos; y yo os empeño mi palabra de devolvéroslos honrados, dignos, si no colmados de riquezas. Porque sabrás, Don Diego, que la India Occidental, por mí descubierta, y de la que soy Virey, es una vasta región poblada de maravillas; tan vasta, que se levantarán en ella muchos reinos más grandes que la España; tan rica, que inundará la Europa entera en oro; y sus perlas y sus esmeraldas son tantas, que no sólo adornarán las coronas de los Reyes, sino que se venderán en los mercados como los dijes que se fabrican en Venecia. Y á pesar de las injusticias de los hombres y de los obstáculos que la envidia oponga á mis planes, yo haré tan grande á España, que ella, no en mí, sino en mis hijos, reparará sus desaciertos; y cuando allá ellos dominen vastísimas regiones, los vuestros tendrán también riquezas y poder, y levantarán el escudo de las armas de vuestra casa, y reedificarán su abatido solar.

El español Don Méndez vió la gloria batiendo de nuevo las alas sobre su estirpe, se sintió conmovido, porque en la desgracia la gratitud eleva y enternece; y levantándose, estrechó la mano á Colón y le dijo :

—El escudo de mi casa es un sol poniéndose circundado de rayos, y sobre campo azul, con este lema : MUERO BRILLANDO. Cuidad, Almirante, de que mis hijos no lo empañen.

—Vivid tranquilo.

—Dios os lleve en vuestro viaje.

—Él os conserve en su guarda.

II

El día once de Mayo del mismo año, en el puerto de Cadiz, iluminado por un sol brillante, se veían cuatro naves recientemente restauradas y empavesadas, que coquetamente se mecían al apacible impulso de las ondas, y en las que flameaba al pabellón español, conocido entonces del uno al otro extremo de los mares, que llevaba dos leones y dos castillos sobre fondo rojo. La multitud se agolpaba al puerto como para asistir á una fiesta, y los variados y alegres trajes de los habitantes, quienes llevaban una misma dirección por las diversas calles, daban á la multitud el aspecto de serpientes de infinitos colores que descendían todas á hundir sus cabezas en las ondas del Océano. Los marineros daban un paso adelante y dos atrás, como si la naturaleza vacilase y se resistiese á abandonar las playas del generoso vino. Muchas mujeres, con los ojos llorosos, iban y venían del puerto, llevando provisiones, ropa y regalos para sus hijos y sus amantes que partían. Infinidad de pequeños botes, cargados de gente, rodeaban las cuatro naves y cruzaban alegremente del uno al otro lado; y el pueblo, agitado, alegre, bullicioso, parecía impaciente por un espectáculo que se le dilataba.

A las doce del día, cuando el mar reflejaba como un espejo y las murallas reverberaban á los rayos del sol, se oyó de la nave más grande un cañonazo: la nave quedó envuelta en humo, y al disiparse, la multitud vió izada la bandera del Almirante, quien saludó con un grito de entusiasmo. A pocos momentos cruzaba la calle principal una especie de procesión, que todos se agrupaban á contemplar, quitándose el sombrero á lo que se acercaba. Iba en ella Cristóbal Colón, viejo ya, pero gallardo siempre, vestido de rico uniforme, cuyos bordados deslumbraban la vista: al lado un viejo fraile, de aire grave y cara bondadosa, y del otro un enviado de la Reina. Seguían su hermano Bartolomé y su segundo hijo, el historiador de sus hechos; muchos nobles y caballeros, y, por último, dos apuestos jóvenes, de los que el uno oía respetuoso al anciano que ya conocemos, y el otro llevaba entre sus manos las de una linda hermanita que con él iba llorando y gimiendo. Estos eran los hijos de Don Diego Méndez de Arías.

El mayor, Fernando, alto, delgado, nervioso, moreno, de nariz aguileña y mirada de condor, tenía un bigote retorcido hacia arriba y una larga perilla que acariciaba con frecuencia. Iba vestido con un justillo de terciopelo verde mar con franjas de oro, calzón ajustado que llegaba á la rodilla, media de seda y un birrete ó gorro con una pluma al frente que se elevaba recta.

Gonzalo, el menor, de aire dulce y apacible, tenía ojos grandes y melancólicos: su blonda cabellera se desgajaba en abundantes rizos debajo de un gorro adornado con una pluma blanca que caía de medio lado: la torneada garganta salía de entre un rico cuello de encaje que le caía sobre los hombros, y vestía una chaquetilla azul bordada de plata, ancho calzón de azul y blanco formando buches, y borceguíes de terciopelo del mismo color hasta media pierna, con botones de plata.

La procesión se dirigió á la soberbia Catedral, en donde tuvo lugar la misa solemne que Colón mandaba decir para pedir al cielo su protección en el último viaje; y al tiempo de alzar á Santos, la nave del Almirante disparó el segundo cañonazo. Concluida la ceremonia, el viejo Diego Méndez de Arias, quitándose del cinto la espada que llevaba, la dió á su hijo Fernando; y la linda niña, haciendo arrodillar á Gonzalo, le colgó en el cuello una reliquia que ella llevaba siempre, y que estaba santificada por la religión y el recuerdo sagrado de su madre.

El tercer cañonazo resonó cuando Colón puso el pié sobre cubierta; y entonces todos los pañuelos se agitaron para despedirse de esos hombres que se iban á atravesar el ancho Océano, á tierras desconocidas y fabulosas, para no volver nunca ó para volver cargados de riquezas.

Retirados de todos, sobre un lienzo de la muralla, estaban Diego Méndez y su hija: ésta, arrodillada, lloraba y rezaba por sus hermanos; y él de pié, con el brazo extendido hacia el Océano, como para cubrir con su bendición á sus dos hijos, les gritaba:

¡ Que no os persiga como á mí el destino !

III

Las cuatro veleras naves zarparon juntas, y á pocos días de navegación llegaron felizmente á las islas Canarias, en donde se hizo al Almirante una ovación de que disfrutaron todos los que lo acompañaban.

Este viaje aventurero llenaba todas las aspiraciones de Fernando, que estaba sediento de gloria, que veía con pesar correr sus más bellos años en España en una forzada ociosidad, y á quien las injusticias cometidas con su padre, irritando su corazón, le hacían desear una alta posición para poder exigir reparación á todos los que lo habían agraviado.

—Uno, dos, diez años, decía á su hermano, nada importan. Año por año irán llegando á España las noticias de nuestras hazañas, y el pueblo que hoy nos mira mal aprenderá á respetarnos. Nuestra fama hará encorvar la frente de los enemigos de nuestro padre en la corte; y á nuestra vuelta,

precedidos por un nombre glorioso, amparados con la protección del Almirante y cargados de esas riquezas que abundan en el *Nuevo Mundo*, alcanzaremos para él una gloriosa reparación, y para nosotros la admiración de los nobles y el respeto de los plebeyos.

Gonzalo, triste, se resignaba apenas á esta separación de los seres que amaba ; le había dicho con dolor adios á la playa de la patria ; el nombre de su padre lo conmovía, y, al recuerdo de su linda hermanita, sus ojos con frecuencia se llenaban de lágrimas.

—Sí, decía, nuestra madre murió de dolor ; hemos sido muy desgraciados : en nuestro hogar sólo se ha anidado la tristeza ; y nuestra pobre hermana jamás ha visto más que la amargura pintada en la mirada de nuestro padre, la rabia en tus ojos y lágrimas en los mios. Este viaje va á cambiarlo todo. Nuestro padre sonreirá placentero al vernos volver coronados de gloria, y con la relación que el Almirante le haga de nuestro celo. Elvira será rica y feliz, y le haremos descontar con placeres en la corte las largas horas de pesar que ha apurado.

El Almirante puso vela directamente al Continente americano, y al punto incierto y desconocido que había marcado en el mapa con lápiz rojo en noches anteriores, y que no tenía nombre, pero que después se llamó DARIEN. Navegaron con viento vario ; y cuando después de una noche de vela en que creía haber avanzado ya mucho, al amanecer, en la estrella de Cirio quería conocer en dónde estaba, sacudía la cabeza y exclamaba: ¡ Oh, qué fatalidad, hemos perdido tiempo !

Cuando ya llevaban más de dos meses de una penosa navegación, en medio del océano, vino una calma absoluta: las velas, faltas de aliento, se pegaron contra los mástiles á la manera que pliega sus alas la paloma cuando le falta aire para respirar : en eterno vaivén las olas siempre iguales, hacían mover el buque como la péndula del reloj, y con la misma uniformidad venían á estrellarse contra la proa, produciendo un ruido monótono. El sol se levantaba como saliendo del fondo del agua, y se ponía lo mismo, sin que una nube lo cubriese en su carrera, y sin que en el Occidente se formasen alegres arreboles. El mar inmenso, terso, igual, apenas tenía débiles ondulaciones, como las de un trigal agitado por la brisa ; y al mediodía las toninas salían á la superficie á retozar, como los carneros en un prado, seguras de que nada interrumpiría la eterna calma.

Colón, que en medio de la tempestad, viendo el rayo cruzar, los cielos encenderse y los abismos del océano abrirse, sentía en su alma un inmenso placer, languidecía con esta calma mortal ; y al ver que el tiempo pasaba, que las provisiones iban desapareciendo, y que el agua, dañada ya,

podía faltar de un momento á otro, estaba preocupado, y pocas veces salía de su cámara. Las tropas que iban á bordo, ociosas, aburridas y desconfiadas, tramaban planes de sublevación ; y cada vez que moría de la fiebre algún compañero y que las ondas del océano se abrían para tragarse el cadáver, á los rezos y oraciones del sacerdote, en este entierro desconocido para aquellas gentes, unían algunos gritos de sedición y muchas maldiciones contra el Almirante. Estos planes eran desconcertados por Fernando y Gonzalo, quienes hacían acallar estos gritos de los insurrectos antes de que el Almirante los oyese, por lo que echaron sobre sí el odio de los camaradas, y en la navegación estaban siempre apartados de los otros.

A la calma sucedió un viento constante, en la misma dirección, viento que no variaba ni un momento, cuya causa no adivinaba el Almirante, pero que llevaba á su pesar las naves en dirección opuesta á la que él quería. Eran los *vientos alisios*, desconocidos hasta entonces para los navegantes del viejo mundo, y que soplando siempre de una manera igual, en vano aguardaba Colón que le fuesen favorables con el curso del tiempo, con el cambio de la luna, ó con la diversa posición que le parecía ocupar en la esfera. Arrastrados muy lejos del Continente americano, sin esperanzas ya, pidió la turba amotinada que volviesen á España ; y como Colón, menos afortunado que la primera vez, no podía asegurarle que al día siguiente saludarían la tierra, pero sabiendo también que la vuelta á España era imposible, porque estaba más lejos que la América, manifestó ceder ; y luégo dijo : « Pero seguiré solo en mi barca si algunos valientes me acompañan.» En el momento se presentaron Fernando y Gonzalo: tras ellos los más generosos ; y la multitud, por miedo de volverse sola y sin la dirección del Almirante en ese inmenso desconocido océano, convino en seguir.

Pero de todas las desgracias que en adelante les sobrevinieron, la turba hizo responsables á los dos jóvenes Méndez, pues ellos, ofreciéndose los primeros, eran los que habían impedido que Colón volviese atrás para ir á España.

La pasión más dominante en el corazón humano es la venganza. Los gentiles decían que era la más dulce, y que por eso se la habían reservado los dioses : toda desgracia aumenta su peso cuando no hay á quien hacer de ella responsable, y por eso hay blasfemos ; el descuartizamiento de los criminales en nombre de la vindicta pública, era sólo una satisfacción que daba la ley á esa necesidad de hacer sufrir que experimenta el corazón humano cuando sufre también. Y los navegantes que fueron con Colón en su cuarto viaje, hacían caer sobre las cabezas de Fernando y de Gonzalo el peso de todos los males que sufrían.

Pero cuando el sentimiento religioso viene á cubrir esta innoble pa-

sión ú otra cualquiera, entonces se hace implacable; y no tienen otra explicación la crueldad de que fueron víctimas los primeros cristianos, y los estragos que la cimitarra de Mahoma hizo en el mundo.

Así, cuando se supo que los nobles jóvenes eran hijos de Diego Méndez de Arias, mantenido en la inquisición preso y acusado de profesar y practicar artes diabólicas, entonces el odio contra ellos se creyó santificado. Se atribuyó á castigo del cielo lo que se sufría en las naves, por llevar á bordo á los hijos de Méndez, contaminados ya; y el fanatismo, siempre pronto á sacrificar víctimas, aconsejó como obra santa salir de ellos á todo trance y de cualquier manera.

Dormían en una ocasión, al amanecer, los valerosos jóvenes, después de una noche que habían pasado velando al lado del Almirante; dormían envueltos en sus capas y echados sobre un rollo de cuerdas que había en la cubierta, cuando la venganza, siempre despierta, creyó llegado el momento precioso; y reuniéndose varios de sus enemigos, se acercaron en silencio, tomaron á Fernando, y lo alzaron con cuidado; pero no había caído al agua todavía, cuando despertándose gritó: Gonzalo! Gonzalo!

Éste se levanta azorado, oye el ruido de un cuerpo que cae en el agua, mira al puesto de su hermano y lo encuentra vacío, y todo lo adivina; ve al extremo de la estela luminosa que deja el buque, que un bulto negro se debate entre las ondas, bota el vestido sobre cubierta, y sin vacilación y sin temor se arroja á salvar á su hermano.

Gonzalo llega á donde está Fernando, lo agarra del cuello, lo levanta y lo sostiene mientras él se desnuda; pero entre tanto el buque avanza con una rapidez espantosa, y ellos se encuentran solos y sin amparo en medio del océano.

Principian á nadar juntos, siguiendo la dirección de las espumas que el paso del buque va dejando; y con el aliento que da la desesperación, nadan y nadan, siempre pareciéndoles oír ruido de voces á lo lejos, ó divisar la sombra del buque entre la luz del crepúsculo. ¡Vana esperanza! El buque va más ligero que ellos, y la distancia que los separa es cada vez mayor. Ya amanece, pero las fuerzas de Gonzalo están agotadas, cuando alcanzan á ver la blanca vela del buque, que se asemeja á una garza en medio del océano.

—Animo, hermano mío, le grita Fernando. Aun podemos salvarnos!

—Es imposible. No tengo aliento. Sálvate.........Para Elvira...... y lleva á mi padre.........

—No: morimos ó nos salvamos juntos!

Y Fernando toma á su hermano exánime y se lo echa á la espalda, y hundiéndose á veces, á veces levantando la cabeza, se mantiene sobre las ondas, y sigue nadando. Media hora de lucha con la muerte, y ya estaba claro el día, y el buque no marchaba can tanta rapidez. Gonzalo, repuesto, sigue nadando, y ambos llegan á la orilla del buque, piden que les echen un cable, y nadie los escucha: hacen esfuerzos por agarrarse, y la multitud, riendo de éstos, les pega en las manos para obligarlos á soltarse; y así pierden toda esperanza de salvación.

—¡ Maldición para los malvados! A mí los buenos! .... gritó una voz sobre la obra muerta.

Todos vuelven á mirar, y ven al Almirante que era testigo de esa iniquidad.

Este toma un cable, lo arroja él mismo, y ayudado de ótros logra sacar á Fernando y á Gonzalo sobre el puente del buque, completamente desmayados.

Como asistiría á sus hijos, así Colón, con solícito anhelo, asistió á los dos jóvenes, hasta que logró que volviesen á la vida; y luégo hizo levantar un sumario breve sobre la tentativa del homicidio, y ahorcó en la verga del palo mayor á los que resultaron más culpables.

El restablecimiento de los dos jóvenes fué largo y penoso, durando todo el tiempo que Colón anduvo sin poder llegar al Continente: ya arrastrado por las corrientes que lo llevaban al golfo de Méjico, en donde parecía que reinaban eternas tempestades, ya hacia el Sur, donde no creía que pudieran encontrar tierra.

Al fin cansado ya, estando el mayor de sus buques en muy mal estado, resolvió dirigirse á la Española, tierra que él había descubierto y conquistado, gobernada entonces por Obando, donde era justo que encontrase una regia hospitalidad, y donde podría cambiar el buque averiado por uno de los que habían convoyado al del gobernador. Con viento propicio y velas desplegadas navegó entonces, y al amanecer del tercer día el piloto gritó *¡ tierra !*; y este grito se repitió con una inmensa alegría por la tripulación y por la tropa, que subió sobre cubierta para divisar esa tierra, que era como una redención, después de tantos é inútiles peligros, y de más de seis meses de navegación.

IV

Era el 3 de Octubre de 1502, cuando ya se veían las poéticas playas de la Española, pudiendo todos contemplar las suntuosas palmas que elevaban

sus copas hasta perderse en los cielos; bosques tupidos que llegaban hasta la orilla del mar; árboles gigantescos, y una naturaleza tropical sublime, que á todos admiraba, y que revelaba, en efecto, un mundo enteramente nuevo, que debía estar lleno de maravillas y poblado de seres extraordinarios.

Todos los peligros, todas las contrariedades, el largo viaje, el hambre y los trabajos se olvidaron en presencia de ese espectáculo magnífico, y no había uno que no bendijera á Colón por haberlos traído á esa tierra encantadora. En el puerto había infinidad de buques que saludaron la escuadra del Almirante con entusiasmo, y á bordo de todos ellos, hombres que les hablaban en su misma lengua, y antiguos marineros, con los cuales habían viajado ya. El regocijo, el placer, la más desenfrenada alegría reinó en todos los hombres que iban á bordo.

—Hemos llegado al fin, decía Fernando á su hermano, á la tierra de nuestras esperanzas. Aquí nos abriremos carrera con nuestro valor, y esploraremos tierras para volver á España con el nombre de conquistadores.

—Sí, Dios ha tenido compasión de nosotros, replicaba el menor, bendigamos su misericordia; y como lo haríamos en presencia de nuestro padre y teniendo á nuestro lado á Elvira, démosle gracias por la llegada á esta nueva tierra.

El Almirante envió un emisario á la isla, donde el gobernador Obando, anunciándole su llegada, pidiéndole hospitalidad y dándole cuenta de las causas que lo habían obligado á arribar á la Española.

Durante el día los marineros de unos y otros buques se cruzaron, los unos para pedir noticias de España y de sus familias, y los otros para tomar lenguas de lo que pasaba en la Española y de las maravillas del *Nuevo Mundo*, cuya relación ni los unos se cansaban de hacer ni los otros de escuchar.

Colón supo que dos días después seguiría para España una flota de veinte bajeles conduciendo inmensas riquezas, á muchos de los primeros descubridores cargados de oro, á Roldán, el primer amotinado contra su autoridad, y á Bobadilla, su implacable enemigo. Ellos volvían á la patria colmados con los despojos de su conquista, y él volvía de la patria á la América, pobre y en busca de nuevas aventuras. Qué burla del destino!

Las horas pasaban y el emisario no volvía, ni en el puerto se veía movimiento alguno que manifestase el entusiasmo que Colón creía encontrar á su llegada á la Colonia, y los cañones enmudecían sin saludar la llegada del Almirante.

Ya al anochecer volvió el bote que se había enviado con el emisario, y venía otro con dos personas más, mandadas por el gobernador.

Al subir sobre cubierta fué avisado el Almirante ; y uno de ellos, dirigiéndose á él, le dijo :

—Su señoría el señor gobernador de la isla de su Majestad católica llamada la Española, nos envía á saludar al Almirante, y á manifestarle sus deseos de que siga con viaje feliz haciendo gloriosos descubrimientos ; y siente que motivos del servicio le impidan venir á hacer esto presente á su señoría.

—¿ Es una intimación ?

—Lo habeis comprendido.

—¿ No podré ir á tierra para cambiar mi buque por otro y seguir en mi camino ?

—No, ésta es la orden expresa del señor gobernador.

—¿ No podré proveerme de agua y tomar provisiones ?

—Ahorrad, Almirante, á los que os estiman el dolor de una repulsa.

—Mirad : necesito por tres días poner mi flota á cubierto en el puerto, para evitar una gran desgracia.

—Su señoría el gobernador nos ha encargado manifestaros la necesidad de que vuestra flota se dé á la vela dentro de una hora; y excusadnos si mientras tanto, como comisionados de él y en nombre del Rey nuestro señor, impedimos toda comunicación entre vuestros buques y la gente de tierra.

En Colón luchaban por estallar el despecho, la indignación y la amargura ; pero dominándose hasta el fin, dijo á los comisionados :

—Excusad. ¿ Cuándo parte esa flota para España ?

—Mañana, con el viento de tierra.

—¿ Quiénes son los jefes que la mandan ?

—Roldán y Bobadilla.

—Ah ! mis mortales enemigos, los que han intentado arrebatarme gloria, poder y riquezas. Si yo me vengase ! Pero no : soy cristiano y me llamo Cristóbal Colón.

—Decid á su señoría el gobernador que por el mejor servicio del Rey disponga que esa flota no salga hasta después de cuatro días.

—Es inútil, Almirante. Las órdenes están dadas para la marcha, y nosotros no podemos separarnos de su señoría hasta que no se encuentre mar afuera.

—Mirad que toda esa gente y toda esa riqueza van á perderse.

—Inescrutables son, Almirante, los designios de la Providencia; y los valientes marineros desafían con placer el peligro. Vos lo sabeis bien.

—¿ Van en esta flota las reliquias de mi fortuna ?

—Sí, Almirante.

—¿ En qué buque ?

—En vuestra antigua y velera nave «La Purísima.»

Colón tomó entonces la bocina y dió tres toques que los ecos de las selvas repitieron, y que fueron á perderse en la inmensidad del Océano.

Del grupo de buques que en el puerto se mecían, contestó uno con voz prolongada y lenta como la que se da en los cuarteles con la corneta para tocar silencio.

Colón entonces, sin retirar la bocina de los labios, por más de diez minutos estuvo dando voces que sólo los marineros comprendieron.

Después dispuso que soltaran las amarras y se dió á la vela, llevando á los comisionados, que debían estar á bordo hasta que el buque estuviese fuera de la bahía, para volverse en la lancha que al efecto habían traido.

—Antes de alejarme, os ruego de nuevo que envieis á decir al gobernador que no salga la flota, porque toda ella perecerá.

—Almirante, os habeis vuelto brujo ?

—El no, él no, gritó la multitud; pero hay á bordo dos hijos de un hechicero, que han sido la causa de todos nuestros males, y ellos son los que pueden traer la desgracia también á la flota del gobernador.

—Dejad en paz á estos buenos mancebos, dijo Colón. No hay más hechicería, sino que estamos en vísperas del *cordonazo* de nuestro santo padre Francisco.

—Esa es una superstición indigna de vuestro talento y de vuestra ilustración, Almirante.

—Ya lo vereis: ya lo vereis. Todavía es tiempo. Que no salga la flota !

El 4 de Octubre al amanecer *, la flota que iba á España, entera se había dado á la vela con viento fresco; y como una corrida de caballos, cada Capitán soltaba rizos á las velas para que su ligero buque adelantase al otro. A las doce del día estaba toda la flota en alta mar, no lejos de la pequeña escuadra de Colón, que saliendo del puerto en cumplimiento de la orden del gobernador Obando, se había colocado en una ensenada al abrigo de los vientos. Una nubecilla negra se presentó en el espacio, como flotando en medio del éter cristalino.

—Ahí viene la tempestad ! Arriar velas y prepararse á la fagina!

* Véase la descripción que hace Robertson.

gritó Colón con una voz estentórea. A pocos momentos la nube se acercaba como una fatasma, con pasos de gigante, creciendo y oscureciendo el sol; y de repente el mar se puso de color de plomo derretido: las ondas empezaron á hincharse, y se oía á lo lejos un ruido sordo, prolongado y constante. Vino la más negra oscuridad; las cataratas del cielo se habían abierto, el huracán estaba desencadenado, y los rayos, sucediéndose con espantosa celeridad unos á otros, aclaraban esa escena de espanto y de consternación.

Colón sobre cubierta parece el genio de la tempestad, mirándola sereno, como si ella lo respetase y obedeciese sus ordenes; tenía á su lado á los dos jóvenes Fernando y Gonzalo ; no dejaba apartar á los dos comisionados del gobernador, y les decía :

—Ved: ya se hundió un buque. Era «El Invencible.» ¿Quién iba en él?

—Bobadilla, dijeron los comisionados.

—Que Dios lo perdone!

—Otra nave zozobra. Mirad, se hundió...... Era «La Maravilla !» ¿ Quién iba en ella?

—Roldán.

—Que Dios lo reciba con misericordia.

—Otro ha perdido el palo mayor: lucha, hace esfuerzos .... Se hundió! Era «El Ligero.» ¿ Quién iba en él?

—Téllez, vuestro fiscal.

—¡ Que Dios lo favorezca!

En este momento, luchando contra las olas embravecidas, con las velas infladas, y rápida como una saeta, se veía acercar una nave, que venía como una paloma á buscar abrigo, y que pronto llegó en medio de la flota de Colón.

—Es «La Purísima!» gritó éste con un placer indecible; y volviéndose á donde los dos jóvenes, les dijo:

—Ya veis, amigos, que el destino se cambia con la ciencia. «La Purísima» estaba destinada á perecer como todas las otras naves, y se ha salvado por seguir las órdenes que le comuniqué con la bocina.

Después de una deshecha tempestad, que duró todo el día y la noche entera, el sol del día 5 de Octubre alumbró el Océano desierto; y de las veinte naves que habían salido, sólo «La Purísima» no había sido tragada por las olas.

La tropa y la tripulación de Colón estaban aterradas, y llenas de espanto veían en el Almirante un sér extraordinario, delante del cual to-

dos debían temblar, puesto que había podido hacer perecer á todos sus enemigos con todas sus riquezas, de una manera espantosa.

Colón se alejó apesadumbrado de la vista de esa isla ingrata, que le había negado un asilo en circunstancias en que la sola humanidad le imponía esa obligación, y que no recordaba que á él le debía su descubrimiento y su gobierno.

Después de una larga y penosa navegación, en la que la tripulación iba violenta, y obligada sólo por el miedo sobrenatural que le tenía al Almirante, llegó á la isla de *Guanania*, cerca de Honduras, vecina del Continente; y comunicó con algunos indios que de la gran tierra venían, y que le parecieron mucho más civilizados que los que hasta entonces había visto. Los españoles les preguntaban con ansia de dónde sacaban ese oro que llevaban como adorno, y aquéllos, señalándoles el Oeste, les respondían que allí era tan abundante, que no se estimaba en nada por los naturales. Y en las pláticas que frecuentemente tenían con los indios, les dejaban éstos comprender que] allá había no sólo oro, sino un sér muy grande que los mandaba á todos, y que tenía muchos palacios en donde podían alojarse ellos, aunque fuesen hijos del sol.

—Dejadnos ir á mi hermano y á mí con otros valientes, le decía Fernando, á explorar esas regiones: que estamos sedientos de gloria, y nos encontramos fuertes para emprender toda conquista.

—Ah ! no, decía Colón. La verdadera gloria está en encontrar ese paso para las Indias Orientales : ese camino que comunica con el Océano Índico, y que debe estar no lejos de aquí.

Ese Oeste que los indios señalaban y á donde querian ir los dos hermanos, era el opulentoreino de Motezuma: era Méjico, que después fué descubierto y conquistado por Hernán Cortés, haciéndose inmortal. ¡ Colón se lo quitó á los dos hermanos !

Guiado por ese extravío sublime del genio, dió la vela hacia el Este, hacia el golfo del Darién, siendo el punto marcado en el mapa con lápiz rojo. Yendo en esta vía, recorrió toda la costa del Continente desde el cabo *Gracias á Dios* hasta el puerto de *Portobelo*, nombre sonoro que le dió por su belleza y su seguridad.

Estando allí los españoles, se internaron por diversos puntos en busca de oro, y lo encontraron en gran cantidad, por lo que instaban á Colón que se volviese para España ; y éste convino en dejar allí con su hermano Bartolomé una pequeña colonia, cerca del bello río *Belén*, sobre la costa de Veraguas, mientras él seguía sus exploraciones, prometiéndoles que dentro de pocos días volverían á España.

—Nosotros no queremos volver á España, le decían Fernando y Gonzalo, sin haber hecho conquistas gloriosas. Dejadnos internar por aquí, que nuestro instinto nos dice que hemos de encontrar fortuna.

—Qué! les replicaba Colón, ¿ vosotros también queréis abandonarme? ¿No veis que por aquí no más debe estar el estrecho que comunica con el otro mar, cuyas ondas me parece que escucho? Tened paciencia!

Ay! Era verdad. Él podía escuchar las olas del otro Océano, del *Océano Pacífico*; pero les quitaba á los dos ardorosos jóvenes la gloria de descubrirlo, reservándosela para más tarde á Vasco Núñez de Balboa!

La belleza del país encantaba de tal manera á Colón, y la idea que había concebido de su riqueza era tan favorable, que, atendiendo á su pequeña colonia, retardaba de día en día la marcha á buscar el estrecho; y hubiera permanecido allí siempre contento, olvidando quizá su fatal proyecto, si el espíritu de insurrección que dominaba en las tropas y que le impedía sujetarlas, y la rapacidad de los soldados, no hubieran hecho que éstos se desbandasen en busca del oro por en medio de las selvas, atacando las poblaciones y matando á los indios cuando no les daban el que le pedían. Esto exacerbó la índole apacible de los pobladores, y encontrándolos dispersos, aislados y desprevenidos, cayeron sobre ellos; vencieron á muchos y mataron á algunos, con lo cual los indios perdieron la idea de que eran invencibles é inmortales, é inmediatamente atacaron la pequeña colonia de Belén, que difícilmente pudo defenderse.



Este revés, que fué el primero que los españoles recibieron en el *Nuevo Mundo*, los obligó á alejarse del Continente, y privó á Colón y á sus compañeros de la gloria de haber fundado en el territorio que hoy cubre el pabellón libre de Colombia, la primera colonia pacífica en América. Esto, que habría dado á la conquista un carácter enteramente distinto, en vez de ser la relación espantosa de los sangrientos crimenes que cometieron los españoles para conseguir mucho oro, y que empequeñeció la obra de una gran nación, que después de haber descubierto estas regiones, quiso traer á ellas el cristianismo, y con él la civilización y el poder de que entonces era señora y reina en el mundo.

Esta no fué la última, aunque sí la más grande, de las desgracias para Colón; y lo fué también para España, que perdió así sus títulos á la gratitud de la historia por su labor en favor de la civilización en aquella época gloriosa.

El Almirante soportó en el nuevo viaje todos los desastres á que pueden estar sujetos los navegantes: huracanes furiosos, tempestades violentas y todo linaje de peligros amenazaron constantemente sus buques.

Su gente, descontenta y desalentada, rendida de fatiga y desprovista de víveres, ni quería ni podía ejecutar sus órdenes. Uno de sus bajeles pereció ; se vió obligado á abandonar el otro, y con los dos restantes se alejó de esa tierra, que llamó en medio de su desesperación LA COSTA DE LAS CONTRARIEDADES, é hizo vela para la Española.

Nuevas desgracias le esperaban aún : á la vista de la costa de Cuba una furiosa tempestad le acometió ; sus buques entrechocaron, y el en que iba Colón se hundió. Gonzalo y Fernando, más que á su propia salvación, atendieron á la del Almirante, lograron llevarlo al otro buque, y en éste, que hacía agua, y en medio de mil dificultades, lograron arribar á *la Jamaica.*

La medida de las calamidades parecía estar rebosando para Colón ; pero para los jóvenes había una amargura más, la del odio injusto que les profesaban sus compañeros, aumentado con cada nueva desgracia, y cuyos efectos les hacían sentir á cada momento. Colón se encontraba tirado sobre una isla desconocida y salvaje, sin provisiones y sin buques para poder llegar á la Española, único establecimiento europeo que hasta entonces había en el *Nuevo Mundo.*

Su genio fecundo en recursos y más activo aún en los peligros extremos y en las grandes necesidades, en que con frecuencia sucumben las almas débiles, encontró el único medio que había de llevar noticia de sus desastres á la Española. Aprovechándose del cariño que le tenían los indios, logró que le regalasen dos canoas de las que ellos usaban, y que eran formadas de un grueso tronco de árbol carcomido por el fuego, pero tan mal construidas como se ven aún en nuestro país después de tres siglos de civilización, y en las que era imposible maniobrar.

¿ Cómo desafiar las olas del océano en tan débiles é imperfectas navecillas ? ¿ Quiénes se atreverían á atravesarlo sin rumbo conocido, sin velas, sin brújula, confiando á la Providencia el cuidado de sus vidas, y la esperanza de Colón y de todos los que quedaban en la isla ?

Apenas se supo que había una empresa arriesgada y un gran peligro que correr para servir al Almirante, se presentaron Fernando y Gonzalo, ofreciéndose para ir ellos á la Española en busca de recursos.

—Gracias, les dijo Colón con aire enternecido. Vuestra abnegación es superior á lo que yo me había prometido; sólo vuestro padre puede comprenderos y estimaros como se debe. Pero ¿ cómo separarme de vosotros, que sois mis más fieles amigos ? Me encontraría con esto más solo y más desgraciado.

—Si morimos, Almirante, le decía Fernando, como es casi seguro,

terminará esta vida que parece una carga de maldición, cuyo peso nos agobia en todas partes. Si llegamos, habremos prestado un importante servicio á vos y á nuestros compañeros, y entonces se cambiará en amor el odio que hoy nos tienen. De todas maneras os conviene apartarnos.

Después de muchas vacilaciones, porque Colón no quería quedarse solo, pero no habiendo otros que quisiesen ir, y seguro de que sin este último y desesperado esfuerzo, todos habían de morir de hambre, resolvieron que Gonzalo se quedase con el Almirante, y que Fernando y Fieschi, valeroso genovés que iba en la expedición, emprendiesen la difícil y aventurada travesía.

Hasta entonces todas las desgracias habían sido comunes y todos los peligros los habían corrido juntos, lo que disminuía el peso de aquéllos y aumentaba el ardimiento y el valor para arrostrar éstos; pero había llegado un momento terrible en el que jamás habían pensado los dos hermanos, y para cuya desgracia estaban desprevenidos y sin valor: el momento de la separación.

Hasta entonces Fernando había salvado la vida de Gonzalo en el mar, y éste había detenido muchas veces el brazo de la muerte levantado sobre aquél; y el sacrificio constante del uno por el otro, el heroismo, la abnegación recíproca habían formado un escudo moral con cuyo amparo se creían fuertes para resistir los constantes tiros del destino. Ahora no sabían en dónde inspirarse para tomar aliento y seguir el camino de la vida.

La separación fué triste, muy triste; estaban seguros de no volver á encontrarse; y siguiendo sus deseos, cada uno creía que el otro iba á sobrevivirle y le hacía sus recomendaciones.

—Tú, cuando vuelvas á España, le decía Fernando, no hables á mi padre de mí sino con orgullo, y contándole que fuí digno de mi raza.

—Tú, le decía Gonzalo, le darás en mi nombre un beso á Elvira; le dirás que he llevado su relicario á todas partes, y te consagrarás á su felicidad.

Las dos canoas tripuladas por cuatro bogas cada una, y con muy pocas provisiones, se alejaron de *la Jamaica*, llevando á los dos emisarios, y con ellos las últimas esperanzas de la numerosa expedición de Colón. ¡Adios! gritaba Fernando de pié en la canoa, recto y arrogante, como el que victorea la muerte que va á sufrir en cumplimiento de un deber; y Gonzalo, enternecido, le gritaba desde la playa un doloroso ¡Adios!

V

Fernando Méndez y Fieschi navegaron al acaso por muchos días, remontando las corrientes contrarias con la fuerza de los canaletes manejados por los indios, y experimentando tanta hambre y tantas fatigas, que los indios, menos fuertes que ellos, fueron muriendo uno á uno, hasta que tuvieron que reducirse á una sola canoa, manejada por ellos solos; y así, al cabo de diez días, llegaron á tierra.

Pero no arribaron á Santo Domingo, ciudad conocida y dominada por los españoles, sino que llegaron á la parte occidental, que ellos jamás habían explorado, llamada por los naturales Xaragua, y en la que gobernaba una joven y hermosa reina llamada Anacaona, querida y respetada de sus súbditos, y poseedora de inmensas riquezas que en su dinastía se habían transmitido de generación en generación.

Fernando, al llegar á tierra, cayó sin sentido, y una fiebre violenta se apoderó de él, de manera que por mucho tiempo no volvió á saber lo que pasaba á su alrededor; y ambos expedicionarios quedaron á merced de los habitantes del país.

La reina, al saber que el mar había arrojado sobre la playa dos seres extraordinarios, de la misma clase de los que en el extremo de la isla se habían presentado hacía ya diez años, y que causaban tantos estragos y tantos males, se sintió aterrada; pero cuando supo que estos seres estaban impotentes, que no venían armados del rayo, y que, como todos los mortales, estaban sufriendo la postración que producía la fiebre, por curiosidad y por compasión los hizo conducir en unas barbacoas de guaduas á su pajizo palacio.

Al contemplar la hermosa figura de Fernando, que yacía postrado por la fiebre, pálido como un busto de mármol, pero cuya deslumbradora belleza ella jamás había imaginado sino en los dioses, sintió todo el amor, toda la veneración de que es capaz un alma al encontrarse en presencia de la Divinidad. Después, al verlo sufrir, tuvo compasión: luégo se apoderó de ella un sentimiento irresistible que la encadenaba al moribundo, una ternura inefable por ese ente divino confiado á sus cuidados; y por último, bajo su desnudo pecho latía el corazón con una violencia extraordinaria, sus mejillas se ponían rojas, su cuerpo temblaba al estrecharlo, y le parecía que debiera estar sola con él en los momentos en que le prodigaba sus cuidados.

Fernando, en medio de la fiebre, soñaba que su barquilla se había

hundido en el océano, y que al cubrirlo las ondas, había hallado una gruta de musgo, que era la mansión de la muerte, igual á la de la vida, pero en la que el hombre estaba condenado á sufrir una eterna sed que nunca se apagaba. Y cada vez que él pedía agua, Anacaona, aunque no le entendía, con ese instinto que Dios da á la mujer para aliviar los dolores y amparar las necesidades, en una *chirigua* de barro, por cuyos poros se vertía el agua refrescándola, le alcanzaba una tizana amarga, sacada de la raiz que los indios llamaban *paraguay*. Entonces Fernando soñaba con cosas más bellas ; y magníficas, desconocidas visiones cruzaban por su mente.

A los veintiun días de enfermedad abrió los ojos, salió del letargo y se encontró con la cabeza reclinada sobre el seno de una india que lo estrechaba entre sus torneados brazos ; que tenía el pelo suelto y una diadema de esmeraldas ; que acariciaba dulcemente sus sienes con unas manos suaves y cubiertas de anillos, y que lo miraba con ojos dulces y serenos, en los que se revelaba un supremo amor. Fernando volvió á cerrar los ojos para que no se le escapase tan divino sueño, y al contacto de un beso ardiente que sintiera en la frente, volvió á abrir los ojos y se encontró de nuevo con su hermosa visión, que le dirigía dulces y armoniosas palabras no comprendidas por él, pero gratas como el acento de su madre.

Anacaona era una hermosa india, de cuerpo gallardo, aire majestuoso, pié pequeño, pierna torneada, leve cintura, pecho levantado, garganta delgada, boca dulce, faz ovalada, ojos tiernos, y frente de soberana. Vestía elegante guayuco de plumas rojas de papagayo que pudoroso cubría hasta la rodilla: anchas, bruñidas argollas de oro llevaba en los tobillos, y libre el pié, se asentaba sobre sandalias de fique adornadas con cintas de colores. Cruzaban el pecho bandas de algodon teñidas con cochinilla, la púrpura de América; tenía la garganta cubierta de collares de perlas, en las orejas largas sartas como zarcillos, en los brazos llevaba brazaletes de oro y de esmeraldas, y en los puños pulseras adornadas con marmajas. La rica diadema, que levantaba con arrogancia y que la distinguía de todas las indias, que lujosamente vestidas le servían, indicaba bien que era una reina.

Para Fernando era una maravillosa sorpresa, que encantaba su fantasía soñadora, como lo es la de todos los hijos de la raza latina. Ser amado de una reina y en esa tierra desconocida que había venido á buscar, era una bella y magnífica ilusión. Además, los encantos de la india hacían hervir su sangre española y ardiente, y se sentía dulcemente complacido con las atenciones y la ternura de esta mujer extraordinaria.

Ella lo amó como á un dios : con fervor, con admiración, con en-

tusiasmo ; él con una mezcla indefinida de gratitud, de ternura y de amor suave y voluptuoso ; y ambos libaron la copa de la felicidad y se embriagaron en un supremo y entusiasta amor.

Pero Fernando no olvidaba ni un momento á su hermano, al Almirante y á todos sus compañeros, y apenas se encontró fuerte, llamó á Fieschi, y juntos pidieron á la reina guías que los condujesen á la parte oriental de la isla, á donde estaban los españoles gobernados por Obando.

Atravesaron inmensas soledades, selvas espesas, cuyos árboles, entretejiendo sus copas, interceptaban los rayos del sol y formaban una bóveda de eterna verdura ; estrechos senderos cubiertos de bejucos que rompían con el filo de sus espadas, y grandes pantanos en que el agua les daba á la rodilla, y por los cuales caminaban días enteros. Las sandalias de fique que Anacaona les había regalado para reemplazar el calzado, se les habían acabado, y tenían que envolverse los hinchados pies en hojas gruesas, atadas con bejucos, que á pocos pasos se despedazaban, y siguiendo descalzos, los piés les vertían sangre. Muchas veces los indios mataban las culebras que se deslizaban bajo sus plantas, ó en las que se veían de repente envueltos al marchar por entre las hojas. Por las noches dormían sobre los árboles y rodeados de fuego que los indios encendían para librarse del tigre, cuyos rugidos oían retumbar en la floresta ; y el *mosquito*, enemigo implacable, los perseguía sin piedad y sin misericordia.

Iban á la merced de los indios, desconfiados ya, porque conocían de fama la crueldad de los españoles, y á cada momento temían ser extraviados en la selva, ó asesinados por otras tribus que encontraban á su paso ; pero al cabo de siete días lograron salir á la parte de la isla dominada por los españoles. La sorpresa de éstos fué infinita, y no pudieron comprender cómo salían del interior de la isla otros españoles, sin que tuviesen la menor noticia de su llegada por mar.

Presentados á Obando, le hicieron la relación de las desgracias que había sufrido la expedición, el triste estado en que quedaban en la *Jamaica* Colón y sus compañeros, y la misión que traían de implorar auxilios del Gobernador, para satisfacer las necesidades de aquéllos.

—Si el Almirante es tan poderoso, les replicó Obando, que en una sola noche ha hecho perecer una flota entera, cargada de riquezas, y á centenares de leales y buenos vasallos del rey, que se ampare á sí mismo ; y si no, que sepa que el tesoro y los buques de su majestad tienen un destino más importante que el de ayudar á un aventurero en sus locas empresas.

Tal contestación dejó helados á los comisionados, que vieron frustradas sus esperanzas, después de creerlas realizadas ; y en vano, por mucho

tiempo, instaron, rogaron é hicieron presentes los méritos de Colón, y la crueldad de dejarlo perecer de hambre junto con sus compañeros.

VI

Entre tanto, el ánimo de Colón y de los otros infelices que se habían quedado en la *Jamaica* era agitado por mil sentimientos diversos. Al principio la esperanza de un pronto refuerzo por consecuencia del viaje de Méndez y de Fieschi, los animaba y los sostenía. Después, con el transcurso del tiempo, los más débiles empezaron á creer que sus libertadores no habían podido llegar á la Española, y se fundaban en que ninguno de los indios había vuelto ; los más suspicaces, que nada habían hecho por ellos ; y todos, en fin, que habían perecido. Al disiparse el rayo de esperanza que había iluminado el corazón de esos desgraciados, su situación era más miserable. El último recurso se había desvanecido, y se veían condenados á concluir sus días tristemente en medio de salvajes, desnudos, lejos de su patria y de sus familias, y quizá obligados á devorarse al fin unos á otros. Los marineros, desesperados y furiosos por el hambre que ya empezaba á sentirse, se amotinaron y juraron matar á Colón, causa de todas las desgracias, antes de morir ellos de miseria y de tristeza, y lo atacaron; pero él se defendió con valor. Gonzalo le sirvió de muralla ; y los amotinados, apoderándose de diez canoas que el Almirante había comprado á los indios, se retiraron á otra parte de la isla, é hicieron varias y funestas tentativas para ir á la Española.

—Vuestro hermano nos ha engañado infamemente, y se ha ido para España, decían unos á Gonzalo.

—Maldita la hora en que lo dejamos ir, le decían los otros. El, como tú, sólo desgracias nos podía traer.

—Lo que antes y en compañía de su hermano soportaba Gonzalo con resignación, ahora le parecía una cobardía, porque él estaba ausente ; y á todas horas y todos los días tenía duelos á muerte con los que, á falta de otro á quien culpar, culpaban á su generoso hermano, maldiciendo su abnegación.

Si hay un dolor mayor que todos los dolores en la vida, es el que experimenta un corazón generoso, un alma ardiente, cuando hace el bien, y sólo consigue el odio de los hombres, llevando como una nueva carga esta mala voluntad que lo agobia, y que da torcida intención á los más nobles hechos y á las más ardientes aspiraciones. Este dolor lo soportaba hacía mucho tiempo el inocente Gonzalo; pero ya se sentía débil para resistirlo.

Los insulares comenzaban á murmurar de la larga mansión de los españoles en su país. La industria, más escasa que la de sus vecinos de la Española, apenas daba frutos bastantes para ellos, y lo que devoraban los extranjeros les hacía temer el hambre en el porvenir. Al principio los habían recibido como enviados del cielo y les hicieron toda especie de ofrecimientos; pero ya empezaban á mirarlos como unos monstruos que amenazaban devorarlo y consumirlo todo. Quisieron ocultar los víveres en cuevas profundas, disminuyeron los que llevaban á los españoles, y últimamente formaron la resolución de no darles más para obligarlos á irse; y todos los indios huyeron á las montañas.

Esta resolución era fatal para los españoles: era condenarlos á una muerte inmediata, y no les quedaba otro recurso que perseguirlos para obligarlos á volver al puerto y á proveerlos de alimentos; pero la ciencia de Colón le sugirió un artificio, con lo cual los indios hubieron de renovar los sentimientos de admiración que al principio habían tenido por sus huéspedes.

Recomendó á Gonzalo para que fuese en misión de paz á donde los indios, enviándoles algunos regalos, y á anunciarles que ya partían; pero que quería reunirlos á todos sobre la playa y decirles adios. Gonzalo fué y encontró el campamento de los indios en donde está ahora Hispanis-Town, y les habló de la inmediata partida; noticia que los indios recibieron con alegría, conviniendo en bajar para ver embarcarse á los *hijos del sol.*

Al día siguiente hace Colón arrimar las canoas y cargarlas para marchar; pone á bordo su tienda, reparte entre los indios las pequeñas cositas que le quedaban; y cuando los príncipes y toda la población estaban en la playa, principió á despedirse.

Eran las siete de la noche: todos los españoles estaban á bordo, y la multitud de indios que había en la playa los veía partir con una mezcla de alegría y de miedo, que la mantenía muda y absorta. Colón estaba con ellos de pié, dominando como la palma domina la selva. En medio del silencio levanta la voz, y dice lentamente, de modo que los intérpretes pudiesen comprenderlo: — « Nosotros somos los servidores del Grande Espíritu que habita en los cielos, que ha creado y que gobierna el mundo, y cuya mirada refleja la luz del sol y da los rayos á la luna. Venimos á inspiraros amor para que no haya guerra entre vosotros, á haceros el bien, á enseñaros á cultivar la tierra para que multiplique sus productos, y á tejer vestidos para que se adornen vuestras doncellas; pero el Grande Espíritu está irritado porque nos habeis retirado vuestra confianza, y nos manda alejarnos. Al partir nosotros, la luna se velará con una cortina sangrienta,

el sol jamás volverá á aparecer, y eterna noche reinará en vuestra isla. Mirad !»

Los indios volvieron los ojos á la luna, que empezaba á empañarse tristemente, y se quedaron abismados. Las mujeres principiaron á llorar, como en presencia de una gran desgracia; los más miedosos temblaron; y á proporción que el disco de la luna iba lentamente cubriéndose, el espanto y la consternación se pintaban en todos los semblantes.

Vino la sombra melancólica y agorera del eclipse á difundirse sobre la playa, y á dar á todos los objetos un colorido siniestro, y entonces todos los príncipes, postrados de rodillas, rogaron á Colón que no partiese, y la multitud se metió entre las ondas del mar para sacar en sus hombros á los españoles que se habían embarcado.

La luna, á una señal de Colón, recobró su luz y su esplendor.

Es inútil decir que sus conocimientos en la astronomía le habían indicado que había eclipse esa noche, y que él aprovechó este fenómeno natural para salvarse y salvar á sus compañeros.

Pero esto no hacía otra cosa que prolongar por algunos días más la agonía de los pobres desterrados. El tiempo pasaba sin que de la Española les llegasen auxilios, y poco á poco la esperanza abandonó á todos, entregándose la mayor parte á una rabia feroz.

Una mañana pasó por cerca de la isla un buque español que hizo exploraciones, y parecía que iba á entrar; pero cuando los españoles se apresuraban á recibirlo con una alegría indecible, el buque torció rumbo y se alejó, á pesar de las señales y de los gritos de agonía de todos los que quedaban en la playa. Este buque había sido enviado por el cruel Obando, tan sólo para que inspeccionase á Colón y sus compañeros, pues su desconfianza le hacía temer alguna empresa arriesgada, contra la cual él quería prevenirse.

El abatimiento después de esta alegría chasqueada llegó á su término; reinaba un sombrío silencio entre todos los españoles, y cada cual pensaba sólo en el lugar destinado para su tumba.

VII

Siete meses habían pasado, sin que las súplicas y las ofertas de Méndez y de Fieschi hubiesen alcanzado nada.

Cansado de esperar inútilmente, y animado por el recuerdo venturoso del amor de Anacaona, Fernando resolvió volver á donde la india; y para no atravesar solo la isla, llevó algunos compañeros entre los españoles.

Anacaona lo recibió con la alegría y el contento con que la esposa

recibe al esposo en el «Libro de los cantares;» toda su corte se puso de gala, y los compañeros de Méndez fueron tratados por la india con un cariño y una predilección de que quedaron encantados.

El amor encadenaba á Fernando al lado de la india, pues por primera vez había amado y por primera vez había sido venturoso; pero la imagen de su hermano abandonado y el deber que tenía que cumplir con el Almirante, turbaban siempre su dicha. Así fué que en los primeros momentos de efusión, contóle á Anacaona el objeto de su venida á la Española; y la generosa india le dió oro bastante para que comprase un buque y buscara recursos para llevar á los desterrados.

Poco se dilató Fernando en hacer los preparativos, y al año cabal volvía á la Jamaica y recogía á Gonzalo, que parecía un espectro; á Colón, quebrantado por los trabajos y abatido por los sufrimientos, y á los restos de esa malaventurada expedición.

VIII

Cuando Colón volvió á la Española, el Gobernador Obando puso en ejercicio todos los artificios de las almas viles que reparan la insolencia con la más refinada bajeza, lisonjeando al hombre cuya pérdida había tramado, y con el que se había mostrado con tanta dureza. Lo recibió en su propio palacio, le hizo tributar los honores que á su rango correspondían, y se mostró su mejor amigo y más entusiasta admirador. Pero al mismo tiempo lo aisló de sus amigos Fernando y Gonzalo; puso en libertad al jefe de los amotinados, que aquél traía preso; y dijo que iba á hacer un ejemplar castigo con todos los que habían inducido al Almirante á tan locas aventuras y á tan absurdos procedimientos. Esto indicaba claramente á los dos jóvenes el porvenir que se les esperaba en la isla.

IX

Fernando, rescatado su hermano y salvado el Almirante, volvió á pensar en su amor, en su reina que lo esperaba solícita y amable; y aprovechó el primer momento para correr á su lado, llevando á Gonzalo para que la conociese, y no haciéndole un misterio de su pasión novelesca y fantástica.

Al llegar á la real residencia, la encontraron desierta, y supieron que todos los españoles que, conducidos por los que Fernando había traído,

fueron llegando allí, habían sido recibidos espléndidamente por Anacaona, pero que habían querido engañarla y cometido mil faltas; y que por último habían querido emplear la fuerza para obligarla á darles oro, por lo que ella se había visto forzada á huír. La rabia, la indignación y la cólera estallaron en el corazón generoso de Fernando por los desacatos y profanaciones cometidas con el ídolo de su amor; y juró, como buen caballero, tomar venganza de todos los que la habían insultado. Esto lo oyeron los otros españoles que habían venido á acompañarlo.

Siguió Fernando en busca de la reina, hasta que llegó á su campamento ; y ésta, al verlo venir, se adelantó hacia él y se echó en sus brazos, con esa confianza y esa alegría con que la mujer se entrega, en un gran peligro, en los brazos de su esposo, segura de que él la amparará, y de que su amor le dará fuerzas para salvarla siempre.

Volvió la reina á su residencia; se desvivió por cuidar á Gonzalo, el hermano de su amante, y por hacerle la mansión á su lado dulce y agradable ; pero éste estaba preocupado con los amores de su hermano con una mujer gentil y de otra raza, y le recordaba á cada instante al Almirante, á su anciano padre, necesitado de sus servicios, y á la linda Elvira, que en ese momento lloraría por ellos.

Los amantes en esas noches tropicales en que el cielo azul, despejado, brillante, arroja la luz de sus miriadas de estrellas, y en que la luna centellea con un fulgor magnífico; cuando la atmósfera está cargada con los perfumes de la selva ; cuando el aire tibio acaricia la mejilla como la mano sedosa de una mujer; y cuando un deleite lánguido que está en la noche, en la naturaleza y en el alma, deja apenas aliento para suspirar ; en esas noches agradables y tranquilas de la tierra caliente, que parecen formadas para la felicidad de los que se aman, ellos se paseaban en las alamedas de palmas que adornaban las playas de la isla ; y al armonioso ruido de las ondas que á sus piés venían humildes á morir, se hacían esas dulces confidencias que nunca se acaban, que renuevan los misterios del amor, y en que tanto goza el alma apasionada que las hace, como el corazón amante á quien se hacen.

—Mira, le decía Anacaona: tú, sér superior, tú, hijo del sol, no puedes comprender cómo te amo yo, mujer hija de la tierra; pero escúchame. El sacrificio lo desea mi alma ; servirte como se adora al sol es mi alegría ; morir en tus brazos, y que mi muerte te fuera grata, sería para mí la gran felicidad.

—Ah ! le decía Fernando : tus palabras me enaltecen ; con tu sonrisa descuento todos las amarguras de mi vida, y hay en tus labios un deleite que sólo en el cielo se pudiera gozar.

A veces absortos, silenciosos, se paseaban, vagando por ese cielo á donde se eleva el alma mientras que los brazos se estrechan, las manos se cruzan y se dicen en silencio esas bellas palabras que el oído no escucha, pero que el corazón comprende, y que forman el lenguaje de los ángeles, cuyos placeres se roban los amantes.

De cuando en cuando un suspiro escapado de los labios de Fernando ó un estremecimiento involuntario de Anacaona, los volvían á la tierra; y mutuamente se acusaban de estar distraidos, y de no gozar bastante con su amor.

—Estás triste, bien mio? le decía ella. ¿Porqué suspiras?

—Porque mi corazón es estrecho para tanta dicha, y los recuerdos de mi pasada tristeza se van en forma de suspiros.

—Y tú tiemblas; porqué?

—Porque el tiempo corre, y esta felicidad me parece que se escapa.

—Te inquieta el porvenir?

—Porqué recuerdas el pasado?

—Ah! ¡Que este bello presente nos envuelva en su manto suntuoso, y sólo pensemos en gozar!

X

El Almirante, que en silencio soportaba la falsa conducta del Gobernador, mostraba una viva impaciencia por dejar ese país, mandado por un hombre que lo había tratado siempre con tanta injusticia é inhumanidad, y del que temía alguna nueva é imprevista traición; y aprovechó la primera ocasión para irse á España, ocultando á todos su viaje hasta el momento de la partida. Al tiempo de darse á la vela preguntó por sus dos nobles amigos, de quienes lo había tenido apartado el Gobernador, y supo con indecible pesar que se encontraban en un lugar lejano de la misma isla. Pero ya no era posible detener el viaje, y les dejó esta carta:

" **A Don Fernando Méndez de Arias y á su hermano Don Gonzalo.**

La Española, 20 *de Diciembre de* 1505.

«Vuelvo á España á echarme á los pies de nuestra soberana para « pedir reparación de las injusticias que he sufrido y el reintegro de mis « derechos como Virey de las Indias Occidentales; y pronto volveré al « lado de vosotros, trayendo para Don Fernando el título á la Goberna- « ción del Darién, y para Don Gonzalo el de Marqués y Comandante de Ve-

« ráguas; pues que mis hijos serán los herederos de todos mis títulos, y como tales, el uno será Virey de las Indias y el otro Almirante del Océano.

« Ampararé á vuestro padre: pediré la mano de vuestra hermana « Doña Elvira para mi hijo Don Diego; y así mezcladas nuestras familias, « estarán confundidas nuestras glorias y nuestras riquezas. Con eso habré « pagado la palabra que empeñé á vuestro padre. Le diré que sois nobles, « generosos, valientes y leales, y que mereceis mejor suerte que la que « hasta ahora habeis llevado á mi lado. Seguid en la gracia de Dios.

" X. Colomb.»

XI

La desgracia continuó persiguiendo á Colón; su nave, batida por fuertes tempestades, hizo seiscientas leguas sin mástiles, y después sólo alcanzó á llegar á San Lucar. Allí recibió el Almirante la infausta nueva de la muerte de su protectora la Reina Isabel, soberana unida á sus glorias é identificada en la historia con su nombre. Triste y acongojado, se arrastró penosamente hasta la Corte, en donde fué recibido por el egoista Fernando con desdeñosa frialdad, enrostrándole como una falta el mal éxito de su última expedición, y juzgando impertinencias sus justos y legítimos reclamos. Al fin, devorado por la tristeza, debilitado por los sufrimientos y abandonado de todos, lo vemos enfermo en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, muriendo en los brazos de Don Diego Méndez de Arias; y en medio del delirio se le oye decir: « Fernando y Gonzalo, no temais nada de la suerte. Ya estoy en mis dominios, y mi hijo está en posesión del poder y de mis títulos. Ya sois, el uno Gobernador del Darién, y el otro Marqués de Veráguas. Ya veis que no hay destin......»; y sus ojos se cerraron para abrirlos á la suprema luz de Dios.

XII

Gonzalo tomó servicio como Capitán en la caballería que había en la isla, con ánimo de enrolarse en la primera expedición que de la Española saliese en busca de nuevas tierras y de riesgosas aventuras; pero en las mismas tropas se habían alistado también algunos de los compañeros de la malaventurada expedición de Colón, que le profesaban todavía odio, y que empezaron á sembrar la desconfianza y la mala voluntad contra él en las tropas de la isla.

Fernando, que había presenciado el infame comportamiento del Gobernador Obando con Colón, no quiso tomar servicio bajo sus órdenes,

y se quedó en la isla como simple particular, sin preocuparse de la mala voluntad que le tenía Obando.

Este, por su parte, no podía olvidar la predilección que su rival el Almirante tenía por los dos jóvenes Méndez, ni que al mayor se debía la salvación de Colón, y le parecía intolerable arrogancia el que Fernando se quedase en la isla sin ofrecerle sus servicios. Así es que, como todas las almas viles, que no aman el poder sino para hacer el mal á los que no quieren, él buscaba la ocasión de vengarse de los dos nobles jóvenes.

Fernando tenía á su servicio una hermosa canoa en que se trasladaba con frecuencia de Santo Domingo á la residencia de Anacaona, y allí pasaba la mayor parte del tiempo entregado á sus fantásticos amores.

—Quisiera, le decía la india una tarde en que el sol se mostraba con regia majestad, quisiera beber la esencia, la luz de ese astro divino para igualarme á ti y ser digna de tu amor.

—Anacaona, le contestó Fernando: hay una luz más pura que la del sol, y si tú lo quisieras, yo la mostraría á tus ojos.

—Cuál es, díme, y muéstramela.

—La de mi religión, que eleva el alma, y que santificándote nos haría iguales aquí é iguales en el cielo.

—Iguales! iguales! Ah! qué felicidad! ¿Cuándo me muestras esa religión? ¿Qué sacrificio debo hacerte para merecerla?

—Ninguno. Si tú quieres, yo te instruiré en sus sagradas doctrinas, y cuando ya las conozcas, un sacerdote vendrá á bautizarte.

—¿Y una india puede conocer esas doctrinas? ¿Y esa religión no te impide que me ames?

—Esa religión es sólo de amor y de dulzura, y fué fundada por un Dios tan grande, que el sol le rinde adoración; y tú, y hasta la última criatura entre los indios, valeis tanto á sus benévolos ojos, como vale la Reina de España que á todos nos manda.

—Ah! yo velaré de noche, seguiré tus consejos, aprenderé lo que quieras enseñarme, y daré mi vida contenta con tal de saber en el último momento que con esa religión me he igualado á ti.

Los españoles, que conocían ya los dominios de la Reina, hacían en ellos frecuentes invasiones, cometiendo toda especie de atentados para arrancar á los naturales el oro que poseían; y la situación de los infelices indios era intolerable. Fernando les hacía presente que, conforme á los reglamentos dados por el Gobierno de España, sólo tenía derecho el Gobernador á un tributo regular; y muchas veces se hizo él defensor de los naturales, y obligó á los invasores á respetar sus derechos.

En aquellos tiempos eso no era tolerable, y pronto se dió conocimiento al Gobernador, tanto de las riquezas que había en esa región, cuanto de los esfuerzos de Fernando, los que, desfigurados, se consideraron como hechos de resistencia á la autoridad.

Cuando éste volvió á Santo Domingo, encontró los ánimos prevenidos, y llamado por el Gobernador, fué sujetado á un interrogatorio minucioso; se le hicieron cargos por haber defendido á la Reina, y se le prohibió volver á la residencia de Anacaona. Gonzalo participó que el Gobernador tenía una decidida prevención contra él, y que temía fraguase algún plan para perderlo.

Fernando aprovechó un momento en que el puerto no estaba vigilado, y se embarcó para Xaragua: hizo presente á la Reina sus inquietudes, el temor de que fuese su territorio invadido por los españoles, de que á él se le aprehendiese, de que ella fuese perseguida por el Gobernador, y la impotencia en que estaba de favorecerla.

—¿ Pero qué les he hecho yo á tus amigos ? le preguntaba Anacaona.

—Bien sé yo que nada les has hecho; pero ellos tienen fuerza, y obran en nombre del Rey.

—Y ¿ porqué no se están tranquilos ellos allá y yo aquí ?

—Porque quieren oro, y exigirán el que hay en tus dominios.

—Ah! oro! oro! Yo no estimaba en nada eso! Ahora comprendo! Fernando, ¿ me acompañarás á donde yo te lleve ?

—Por supuesto, bien mío.

Eran las doce del día. La Reina tomó su flecha y su carcax como si fuese á la caza, y seguida de Fernando, se apartó de la población, mirando á uno y otro lado para examinar si había quien la siguiese; después dió un gran rodeo, hizo que Fernando pasase adelante, y ella fué borrando las huellas que quedaban sobre la arena caliente. Internáronse por un espeso bosque cuyo piso, formado de las hojas que los siglos habían acumulado, cedía á sus pisadas como un blando cojín; luégo treparon una ligera colina de grandes piedras, pero cubierta también de árboles; en seguida llegaron al cauce seco de un torrente, cuyas márgenes pendientes y escarpadas se anchaban unas veces y dejaban ver el abismo, y otras se cerraban, pudiéndose pasar por encima.

Anacaona, ágil y diestra, se descolgó al fondo, asida á los bejucos que crecían en las márgenes, y apoyando los pies desnudos sobre las grietas de las piedras; luégo invitó á Fernando á que bajase. Este empezó á descender lentamente y con gran trabajo; y cuando estaba en la mitad

suspendido sobre el abismo y sostenido por una mata de paja que cedía á su peso, oyó un grito de Anacaona que le decía: Quieto! Quieto! No te muevas, ó estás perdido!

En el momento mismo una enorme serpiente empieza á envolvérsele por las piernas, y sigue subiendo hasta poner su hedionda boca contra la cara de Fernando, mientras que le ciñe el cuerpo con la mayor violencia entre los pliegues de su enorme cola. Mas de repente la serpiente afloja, se desprende con prontitud, y desciende rodando, antes que Fernando, debilitado ya, haya desfallecido.

Anacaona lo recibe en sus brazos, agitada y temblorosa, y le muestra la horrible serpiente, que, hecha una rosca á sus pies, tiene atravesada la cabeza por una flecha que vibra todavía.

Fernando no podía explicarse el misterio de esta peligrosa expedición; pero el aire serio de la Reina y el miedo que había manifestado con el reptil, sin que por esto desistiese del paseo, le manifestaban claramente que no se trataba del placer de una cacería, ni de una de esas escenas de amor en sitios retirados, de que tantas veces había disfrutado.

Tomólo de la mano y le hizo atravesar por en medio de la maleza que cubría el sendero, hasta que llegaron al pié de un enorme caucho que convidaba al descanso con su sombra apacible; y allí le dijo:

—Me has prometido el bautismo, cuya santidad y beneficios ya comprendo. Ahora tócame ofrecerte cuanto tengo.

Levantó una laja negra, bruñida y brillante, que parecía arrimada al acaso contra la margen del torrente, entre las mil que había en el seco cauce, y descubrió una ancha grieta.

—Sígueme, le dijo; y se deslizó por la abertura con la agilidad de un tigre. Fernando la siguió.

La grieta se abría más y más á cada paso, y formaba una cueva oscura, larga y prolongada, por la que caminaron mucho tiempo, siempre descendiendo en las tinieblas y tropezando á cada instante con alguna piedra interpuesta en el camino; después las paredes fueron ensanchándose y el cielo elevándose: una incierta y dudosa claridad permitía ya descubrir el sendero y los escalones en la roca; y al cabo de una hora se encontraron en una rotunda natural, ancha, espaciosa, ventilada é iluminada por la luz que al través de las grietas se deslizaba desde una altura inmensa. Fernando se quedó pasmado.

Al frente había tres ídolos toscamente trabajados, con grandes coronas de oro y de esmeraldas, y al pié de ellos infinidad de figuras de enormes reptiles de oro, que reflejaban en sus colas la luz de lo

alto. A uno y otro lado, montoncitos de granos de oro cuidadosamente levantados en forma de rudas pirámides; y como formando ondas, colgados del uno al otro lado de la cueva y delante de los ídolos, hilos de perlas de gran tamaño.

—Todo esto es tuyo, le dijo la Reina; porque éste era el adoratorio de mis padres, donde ocultaban su santuario y donde se enterraba en secreto á los de mi familia. Ahora yo adoro á tu Dios, y tú serás el Rey de mi pueblo.

Fernando no pudo contestar, sino que, dándole un estrecho abrazo, exclamó: Padre! Gonzalo! Elvira! Esta es mi esposa.

—Los otros seres que han venido á la isla se te parecen; pero no son como tú, dulces y buenos. Matan á nuestra gente, insultan á las mujeres y devoran todas las provisiones; por lo que los príncipes están desesperados. Si tú quieres armarte con todos los indios contra el Gobernador, tu enemigo, ayúdanos para que los blancos se vayan de la isla, y tú serás aquí nuestro Rey.

—Imposible.

—Porqué?

—Porque esto sería hacer traición á mi Rey, que es dueño de esta isla y en cuyo nombre está el Gobernador.

—Tu Rey no ha venido jamás á estas regiones.

—Pero él es dueño por derecho de conquista.

—Eso manda tu religión?

—Yo no puedo armarme contra el Gobernador. Yo soy un fiel vasallo. Ah! La idea no más me espanta.

—Olvida, olvida mi proyecto, y hablemos de nuestro amor, dejando á tu Dios, que todo lo gobierna, que salve á mi pueblo.

—Anacaona, huyamos á España, que allí, con todas estas riquezas, serás más que soberana.

—Esas riquezas ya son tuyas; pero yo no puedo irme: soy la madre de mi pueblo.

—Ah! Nada podrás hacer por él contra un poder mayor é invencible, y si nos vamos á España, los dos seremos muy dichosos.

—¿Tu religión me aconsejaría eso?

Fernando permaneció mudo.

—Volvamos al palacio, dijo Anacaona después de un largo rato de silencio y de tristeza; los rayos del sol, que caen muy inclinados, indican que es ya tarde, y apenas tendremos tiempo para llegar; pero antes de

irnos, te repito q ue todo ese oro es tuyo. Recuerda bien el lugar en donde está, para que cuando quieras puedas venir á llevarlo.

Fernando le selló la boca con un beso.

XIII.

El Gobernador Obando supo la ida de Fernando al campo de la Reina, y conociendo ya las riquezas de esa región, con el testimonio de hombres perversos é interesados, fraguó una supuesta conspiración de Anacaona para desconocer el Gobierno de los Reyes de España y pasar á cuchillo á todos los españoles; y concibió el plan más infame que registra la historia.

Marchó sobre Xáragua con trescientos hombres de infantería y setenta de caballería, entre los que iba Gonzalo; pero para impedir que esta expedición militar alarmase á los habitantes de la isla, dijo que su intención era hacer una visita respetuosa á Anacaona, á quien tantos favores y atenciones debían muchos de los españoles, y arreglar con ella la manera como sus súbditos debían pagar el tributo impuesto por el Gobierno de España.

Anacaona, para recibir á su huésped dignamente y darle muestras de la mayor distinción, reunió á los jefes principales de su Reino, formó sus tropas, y salió á su encuentro, seguida de una multitud de sus vasallos. En medio de cantos y de danzas lo condujo á su propio palacio, en donde lo hizo servir por las hermosas doncellas de sus dominios, y le proporcionó la inocentes diversiones que se usaban en las grandes festividades de su pueblo.

Obando trató á Fernando con el mayor cariño, y apenas lo reconvino amigablemente por la falta que había cometido desobedeciendo sus órdenes; prometióle que todo quedaba olvidado é instóle para que se volviese con él y tomase servicio al lado de su buen hermano.

En medio de la seguridad que su conducta inspiraba á los indios, el Gobernador anunció que para obsequiar á la Reina, y en pago de las fiestas que ésta le había proporcionado, ofrecía un torneo de los que se usaban en España y una revista de las tropas.

Los vistosos trajes de los españoles, las armaduras de acero que muchos de ellos lucían, el brío y la docilidad de los caballos, que formaban un sólo sér con el jinete, todo atrajo á la multitud inocente, que, distraída y alegre, contemplaba en la plaza el espectáculo más hermoso que jamás había visto.

Anacaona, sentada á la puerta de su palacio sobre esteras de paja, elegantemente adornada, rodeada de todos los grandes de su reino y medio reclinada sobre el hombro de Fernando, estaba deslumbrante de belleza y de alegría ; y sus preciosos ojos, tan pronto seguían con vivo interés los juegos de las tropas, como se volvían preñados de amor á contemplar á Fernando.

En una de las más hermosas evoluciones, la infantería, que estaba formada en cuadro en la mitad de la plaza, llevando en el centro la música de viento que tocaba alegres danzas, marchó al rededor de la plaza, dejando en cada una de las esquinas uno de sus flancos, calando bayoneta. La caballería ocupaba el costado opuesto al del palacio de Anacaona y los potros piafaban, se encabritaban y se mostraban impacientes por correr. A su cabeza estaba el Gobernador, con armadura de hierro, con cimera coronada por un espeso plumaje, y blandiendo una espada formidable.

A una señal de éste, la corneta de órdenes toca *¡ á degüello !* Las tropas calan bayoneta sobre la multitud desprevenida : los caballos parten á escape y atropellan á la Reina y á los grandes, que no alcanzan á comprender esa traición ; la sangre corre por todas partes ; los gritos de la multitud, de las mujeres y de los niños que caen llega á los cielos ; y la matanza y la carnicería se extienden por todas partes.

Fernando toma á la Reina con la mano izquierda, sacándola de debajo de los cascos de un caballo, y con la derecha se arma de su espada para defenderla ; y poco á poco se va retirando hacia la puerta del palacio. Los nobles que han podido escapar se han refugiado y encerrado allí. Fernando se encuentra haciendo frente á Obando y á seis caballeros más que dirigen sus tiros á la Reina. Entonces llega Gonzalo, se interpone entre ellos como una muralla, y recibe todos los tiros.

—¿ Tú también eres traidor ? le grita Obando con rabia.

—En donde está mi hermano, le contesta éste, allí está mi ley; y esta es la ley de Dios.

Furiosos le acometen los españoles; y Gonzalo cae muerto, bañado en sangre y pronunciando el nombre de su hermana Elvira.

Las llamas aparecen en el palacio de Anacaona, el incendio crece, y pronto están reducidos á cenizas todos los que en él se refugiaron.

La plaza queda cubierta de cadáveres, y los españoles andan entre charcas de sangre.

Fernando resiste vigorosamente, pero tiene que ceder al número, y cae prisionero y cubierto de heridas. La Reina es maniatada, y sus adornos son despojo de la soldadesca.

Pocos días después, en la hermosa y naciente ciudad de Santo Domingo, reinaba una tristeza general : el templo tocaba á plegaria desde el alba, y los *hermanos agonizantes* se dirigían con las capuchas echadas, á las prisiones, que estaban guardadas con doble escolta. En la plaza se iban formando todas las tropas como para un espectáculo, y en uno de sus lados se elevaban un tablado y dos horcas.

De esquina en esquina un pregonero iba por toda la ciudad repitiendo :

" Anacaona, Reina de Xaragua, en las Indias Occidentales, habiendo desconocido el dominio de sus Majestades Doña Isabel de Castilla y Don Fernando de Aragón en estas regiones, y fomentado una conspiración entre los indios, va á ser ahorcada. Fernando Méndez de Arias, Hidalgo de Castilla, traidor al Rey y á Dios, va á ser ahorcado. Los que pidieren gracia ó imploraren clemencia, serán juzgados como rebeldes. »

Diez minutos antes de las doce del día, apareció por una esquina de la plaza una fúnebre procesión, compuesta de los frailes, que iban con cirios en la mano rezando el oficio de los agonizantes, y una escolta que marchaba con cajas destempladas, y en cuyo centro iba la reina Anacaona acompañada de un sacerdote que la exhortaba, vestida con una túnica blanca y ensangrentada, el cabello suelto, las manos atadas, y hermosa más que nunca, aunque pálida y transida.

Por el extremo opuesto apareció en el mismo instante otra procesión llevando á Fernando Méndez en pechos de camisa, y con dogal al cuello en señal de infamia ; pero marchaba hermoso, sereno y arrogante.

Las dos procesiones se juntaron en el centro y los dos reos fueron conducidos al pié de las horcas.

Anacaona, al ver á Fernando, quiso abrazarlo, pero la detuvieron en su puesto. Entonces le gritó :

—Ah ! Muero feliz. He sido bautizada para igualarme á ti, y en el cielo nos encontraremos.

Fernando le envió una melancólica sonrisa de amor y de reconocimiento, y gritó :

—Esta mujer es inocente; y apelo á Dios de la injusticia cometida con ella.

Un redoble de tambor anunció el momento de la ejecución, y los obligaron á subir al tablado. El verdugo pasó el dogal por el cuello de los dos reos.

Entonces Fernando, levantando la voz como para hablar al pueblo y pedir perdón, gritó :

—Los que volvais á España, decid á mi padre que, como buen español, jamás en mi pecho ha tenido cabida la traición; que *muero brillando*, porque muero con valor y por defender la inocencia, y que su estirpe se extingue sólo á los golpes del Destino.

Dieron las doce, el verdugo empujó el tablado, y los dos cuerpos se mecieron en el aire.

LXXIV

EL LEON.

(23 DE MAYO DE 1867).

Ruge en su cueva al declinar el día,
Y con mudo pavor tiembla la tierra,
Huye el chacal, el gamo vil se encierra,
Triste el turpial suspende su armonía.

El eco ronco de su voz aterra,
Cesa el placer, el ruido y la alegría,
Y entre angustias, espanto y agonía
Aguarda el mundo la terrible guerra.

Encrespa altivo la gentil melena,
Sacude la cerviz, alza la frente,
Pasea en silencio, de confianza llena
La mirada altanera, lentamente
La garra avanza y......¡siente la cadena
Con que lo liga valerosa gente!

LXXV

JUAN SOLDADO.

CUENTO PARA LOS MUCHACHOS.

En las noches de invierno, en los cuarteles, cuando la *llamada* se toca muy temprano, se recurre á los cuentos para entretener el tiempo y llamar el sueño; y voy á referir uno de éstos á mis niños lectores, con la esperanza de que, al acabar, sientan también sus párparos pesados, y se duerman pensando en la fortuna.

En la campaña de Egipto, un mameluco dió un sablazo á Juan Soldado, de tal manera formidable, que la cabeza salió rodando; pero el barón Larrey, que estaba allí cerca, la tomó en el acto, la acomodó perfectamente en el cuello, y mandó al soldado al hospital.

El soldado fué acostado en el suelo, y por la noche uno de los enfermeros tropezó con él, y la cabeza se desprendió y volvió á rodar, dando lastimeros quejidos. Asustado el enfermero, la tomó y la acomodó como pudo, á oscuras y á tientas.

Al día siguiente vino Larrey á pasar visita, y encontró pálido y ojeroso al soldado, y notó con admiración que la cabeza había sido pegada al revés: lo de atrás para adelante. El enfermero, en la oscuridad, había cometido este funesto error.

—Ya ha empezado á cicatrizar, dijo Larrey al soldado, pero el mal se puede reparar: si tú quieres, camarada, voy á volverte á cortar la cabeza y á colocarla en su lugar.

—Será operación muy larga, contestó el soldado.

—Es cosa de un momento.

—Vamos, pues, dijo éste incorporándose para la operación; pero después, variando de concepto, exclamó:

—No! es mejor quedar así, con eso puedo ver al enemigo por detrás.

Y en efecto, así quedó, y así lo ví batirse en muchas batallas.

—Mentira! mentira! gritarán muchos niños, ese cuento lo acabas de inventar; á ver otro que no sea de tu cabeza.

Va otro, pues.

Había una vez un soldado que había entrado al servicio con la esperanza de llegar pronto á cabo.

—Oh! sí, llegarás á cabo muy pronto, le dijo el comandante; cómo te llamas?

—Juan Soldado, mi comandante.

—Está bien.

Pero Juan Soldado sirve por ocho años y jamás llega á cabo, y ya ha llegado el tiempo de que lo licencien.

—Me han engañado, dijo, y voy á pedir mi licencia.

—Oh! es mucha lástima, le dijo el capitán, si quisieras reengancharte, antes de un mes te haríamos cabo; pues en eso estábamos pensando.

—Está bien, si es así, me quedo; porque es lo que quiero.

Y hé aquí á mi viejo amigo, que se engancha por otros ocho años; pero el tiempo pasa y nada que llega á cabo.

—Así es como cumplen su palabra? dijo al fin; pues ahora sí me voy.

—Es mucha lástima! le dijo el capitán. Si no te he nombrado cabo, es porque no he podido. Es tan difícil ahora hacer carrera; pero, ¿quieres quedarte? te prometo que el primer ascenso de cabo será para ti.

—Convenido, dijo Juan Soldado, veré si ahora mi capitán es hombre de palabra.

Y hé aquí que Juan Soldado se engancha de nuevo y que pasan cuatro años y siempre está de facción, sin adquirir jamás las codiciadas jinetas. Cuando Juan Soldado vió esto, dijo para sí:

—Pues que no quieren ascenderme á cabo, será preciso que, al menos, me den uniforme nuevo y que me alimenten bien. Hace veinte años que tengo el mismo uniforme y que me dan de comer siempre un mal rancho. Voy á reclamar.

El capitán, oyendo el reclamo, y que los demás pedían lo mismo, á la hora de lista les dijo:

—Desgraciados! ¿desde cuándo es que vuestro capitán no os hace justicia? Vosotros no sois hombres, y mereceis que os haga fusilar; pero ésta sería una muerte muy honrosa para vosotros, que sois unos cobardes, y por esto os perdono. El sargento primero que me instruya de las necesidades de la compañía, y os mostraré que siempre estoy pronto á mantener vuestros derechos y á serviros de padre. Por esta razón ordeno que mañana mismo me lleven todos los vestidos de la compañía, y yo mismo los compondré, porque yo era sastre en mis tiempos.

—Qué buen capitán! dijeron los soldados.

A los cuatro días les devuelven los vestidos de la compañía; pero hé aquí que todos estaban estrechos.

—El capitán se ha equivocado, dijeron los soldados.

—Nada, les hizo observar Juan Soldado, ¿no veis que el capitán no tenía vestido, y que nos ha quitado á cada uno un pedazo para hacerse uno nuevo?

—Es verdad, dijeron todos. Tú, que eres el más antiguo, anda á reclamar.

Va el coronel al cuartel y Juan Soldado le cuenta lo sucedido.

—Bien, dijo el jefe, se te hará justicia, mi viejo y buen amigo.

En efecto reune á todos los capitanes.

—¿Cómo es, les dice, cómo es que los oficiales se permiten engañar á los pobres soldados, á pesar de mis lecciones y de mi ejemplo? Ved aquí que una cosa de éstas puede costarme mis charreteras. Y ¿porqué sufren que ese vagamundo de Juan Soldado viole el reglamento no observando la gerarquía? ¿No debía dirigir sus reclamos al cabo, quien los debía transmitir al sargento, éste al capitán y éste al sargento mayor, quien me los habría hecho conocer? El sargento, por no disgustarse con el capitán, hubiera encontrado medio de apaciguar la cosa, mandando una docena de soldados al calabozo, y allí habría quedado todo. Pero hé aquí que un soldado de la quinta compañía me habla directamente, como si eso me correspondiese. ¡Habría sido muy lindo si en mi lugar se le hubiese ocurrido al general visitar el cuartel! Nada más que con la noticia de esté desórden, me habría hecho detener mi ascenso por tres años, y él habría ganado seis. Capitán, usted irá arrestado por quince días!

—Ah bribón! dijo el capitán al entrar en su casa; ese Juan Soldado es un pillo de quien yo debía haber desconfiado! He calentado la serpiente en mi seno y ahora me da el pago; es un ambicioso que no sabe de qué medios valerse para llegar á cabo. Arrestado yo por quince días!

—No te afanes, le dijo su mujer, que tenía más cabeza que la que tienen por lo regular sus compañeras. Voy á ver al coronel.

El coronel le levantó el arresto al capitán con la condición de que se hiciera un castigo ejemplar de Juan Soldado, lo que el capitán se apresuró á cumplir.

Demasiado había sufrido Juan Soldado para volver á comenzar, y nunca más reclamó, lo que prueba evidentemente que la disciplina ha sido inventada para la tranquilidad de los soldados.

Cuando concluyó su tercer enganche, vaya ! dijo, me han colmado de injusticias, y han olvidado mis servicios, me han dejado de simple soldado, pero no le hace. No me faltan más que seis años para tener mis letras de retiro con pensión, y lo que me conviene ahora es engancharme otra vez. Teniendo mi pensión, con poco que yo gane por día tengo de qué vivir.

Pero hé aquí que el día señalado, el sargento mayor le dice :

—Juan Soldado tiene derecho á dejar el regimiento para volver á su hogar.

—Bien, mi mayor, le dice Juan Soldado, me engancho de nuevo: hace veinticuatro años que estoy sirviendo á mi país y quiero cumplir los treinta para comer del pan que la patria regala á sus servidores.

—La patria no necesita de vuestros servicios, gritó el capitán, que estaba al frente de la compañía. Mi deber es purgar el regimiento de delatores.

—Es posible? por...........

—Nada de respuestas contra ordenanza ! ó te doy tu merecido antes de irte.

Juan Soldado tenía cinco pesos de ajustamientos, y el cabo furriel le hizo en el acto la cuenta: le quitó un peso por manchas en el vestido; otro por un paquete que había perdido hacía cinco años ; y así le fué descontando hasta que sólo le quedaron dos reales ; y con ellos y una ración de pan se puso en marcha.

Juan Soldado, afligido de haber dejado su regimiento y á sus camaradas, no pudo comer en tres días. Al tercero se comió la mitad de su ración de pan, y al comérsela fué que echó de ver que le habían robado en el regimiento una ración de pan y todos sus ajustes.

—Esto no puede ser ! dijo. No estoy más que á treinta leguas del cuartel, y voy á reclamar.

Al echar la otra mitad de su ración en el saco, pasó un pobre, quien le dijo:

—Una limosna, por amor de Dios.

—No tengo más que medio pan, contestó el soldado, pero si tienes hambre, te lo daré ; y yo compraré con mis dos reales pan en el pueblo vecino. ¿ Qué importa empezar á trabajar un poco antes ó un poco después ? Estoy aún fuerte y dispuesto á quedarme en donde pueda encontrar trabajo. No tengo ni patria ni familia, y he olvidado casi el nombre de mi pueblo. Mi madre, la pobre vieja, hace mucho tiempo que murió de dolor. Antes de entrar al servicio me quería una muchacha de quien yo estaba enamorado ; pero ella debe tener ahora por lo menos los años de Matusalén, y unos catorce muchachos si se ha casado. Tenía un amigo íntimo, mucho me acuerdo de él, á quien dí poder para reclamar mi herencia y tuvo á bien hacerlo é irse con ella á pasear fuera del país. Pero no importa, Dios no ha de faltar al pobre Juan Soldado.

—Alto ahí ! exclamó el mendigo, yo te conozco desde hace mucho tiempo, y sé que has sido víctima de la injusticia de los jefes ; conozco tu buen corazón, y para recompensarte te voy á dar el poder de que *todo lo que quieras ó deseés éntre en tu morral en el acto.* Soy San Mateo.

Juan Soldado quiso echarse á los pies del santo ; pero éste desapareció entre una nube, diciéndole :

—Un militar jamás debe ponerse de rodillas.

No sigo el cuento, decía el narrador, porque están ya todos dormiditos. Y yo repito, no lo sigo tampoco, amigo lector, si ya tienes sueño ; pero si es más tu paciencia que tu sueño, continúo.

Juan Soldado siguió su camino, y apenas había andado diez y nueve leguas, encontró á un caballero que le dijo :

—Amigo, usted no tiene aspecto de millonario, y yo tengo un trabajo urgente, pago bien, usted no rehusará sabiendo que lo hago porque me ha sido recomendado por San Mateo, que está encantado con usted por su manejo.

—Estoy á vuestras órdenes, contestó Juan Soldado, y siguió al caballero.

Entraron á un bosque y se internaron en una galería subterránea é invisible, al fin de la cual había una multitud de calderas.

—Vuestro oficio, dijo el desconocido, será mantener el fuego de estas calderas, pero sin que jamás miréis lo que ellas contienen. Os pagaré cuatro pesos por día, y dentro de algún tiempo os podréis retirar con algunos ahorros.

Juan Soldado aceptó, y el desconocido lo dejó solo ; pero al cabo de algunos días de aburrimiento no pudo resistir la tentación de levantar la

tapa de las calderas, y ¡ qué es lo que ve ! Dios mío ! Una multitud de individuos que le gritan :

—Juan Soldado. Oh ! mi querido Juan Soldado. Sácame de aquí.

—No habléis todos á la vez, exclama éste.

—Voy á contarte, grita el más hablador: yo que te quería tanto, yo, que era para ti el más tierno de los sargentos mayores, me encuentro en esta situación, mi adorable amigo. Al día siguiente de tu partida, el cólera se presentó y quintó el regimiento, llevándome á mí, al capitán, á su mujer, al coronel y al cabo escuadra. El diablo nos ha atrapado, como buen gendarma que es, y nos ha conducido aquí para que paguemos lo que te hemos hecho. Noble, sensible Juan Soldado, olvida todo y dános libertad.

Juan Soldado tenía tan buen corazón, que ya iba á darles libertad, cuando alcanzó á ver venir á su patrón. Inmediatamente volvió á tapar las calderas, y corrió á buscar leña para echarle al fuego ; pero el diablo, que no era otro su patrón, había visto su manejo y le lanzaba miradas formidables.

—Adios, le dijo Juan Soldado, echando su mochila á la espalda, yo veo que no os convengo para el oficio y quiero irme.

—Dejarme ? gritó el diablo, ahora verás cómo te unes con tu querido sargento mayor y los otros jefes.

—Ampárame, San Mateo ! dijo Juan Soldado, y yo hago promesa de llevar al diablo entre mi mochila. Y al instante el diablo apareció adentro.

Juan Soldado abrió todas las calderas y sacó del infierno á todos los que desde la creación del mundo habían obtenido los grados de sargentos mayores, capitanes y cabos de escuadra, que todos estaban allí encerrados.

Encontrando después cuatro herreros, les dijo, poniendo su mochila sobre el ayunque :

—Preparad vuestros martillos y machucad.

Plan ! ¡ tan ! plan ! Los herreros machucan y el diablo grita adentro, y al cabo de dos horas le devuelven la mochila diciéndole :

—Toma, pues esto es tan duro como un diablo.

—Ya lo creo, contestóles Juan Soldado ; y abriendo la mochila, les mostró al diablo, que salió cojeando.

Juan Soldado, con el poder que le había dado San Mateo, no volvió á carecer de nada, pues apenas veía un buen jamón, una botella de vino, ó una rellena provocativa, zas ! á la mochilla ! Pero al fin murió, y se puso en camino para el cielo. Llegando á la puerta que se encuentra á cien leguas de distancia del sol, vió á San Pedro que estaba barriendo la portada.

—¿ No es aquí donde vive San Mateo? preguntó.

—Sí; ¿ para qué lo quieres ?

—Quiero hablarle.

—Qué nombre?

—Juan Soldado.

—Hoy es imposible que entres, pues es día de venir la gente de distinción; hoy llegan aquí un general, dos coroneles y un capitán; y, francamente, creo que tú jamás podrás entrar al cielo, porque te has portado en la tierra un poco mal.

—¿ Y no habrá cómo arreglar la cosa ?

—Imposible.

—Pero, no me darás siquiera un trago del vino del cielo?

—Soy sordo.

—Al menos, no me impedirás que descanse un momento aquí afuera.

Juan Soldado se quitó su mochila y la tiró adentro del cielo por la puerta que estaba entreabierta.

—¡ San Mateo, mi cuerpo entre mi mochila! gritó; y al momento voló Juan Soldado por encima de la cabeza de San Pedro. Éste quiso echarlo del cielo, pero Dios, que estaba por ahí cerca, lo contuvo, diciéndole:

—Pues que ya está adentro, dejad en el cielo al pobre Juan Soldado.

LXXVI

DEFENSA PROPIA.

Pedro Pérez Manjarrés,
Al doctor Lubín Lezaca,
(Aquel que las muelas saca),
Iba matando una vez:
Lezaca fué donde el juez
Querellando al agresor,
Con queja formal y extensa;
Y éste dijo en su favor:
Siendo médico el señor,
¿ No hay legítima defensa ?

LXXVII

A VIRGINIA CUELLAR.

Permite que á las flores
Que en tus altares
Esparcen fervorosos
Tiernos amantes,
Modesta y tímida,
Te ofrezca yo una rosa
También Virginia.

Que canten trovadores
Tu gentileza,
Tu mirada de arcángel
De fuego llena ;
En mi poesía
Tu virtud sólo ensalzo,
Dulce Virginia.

Si es tu voz argentina
Dulce y armónica
Como el aire que juega
Junto á la rosa ;
A esa brisa
Tu virtud embalsama,
Linda Virginia.

Oye, hermosa criatura,
Mis pobres versos:
Tu corazón es joven,
El mío es viejo ;
Mas de cenizas
Tu revives el fuego,
Gentil Virginia.

Cuando pasas alegre
Por la pradera,
¿ No has visto la escondida,
Casta violeta ?
Y así, sencilla,
Te contemplo y te canto,
Tierna Virginia.

No pretendo, criatura,
Jamás amarte ;
Porque mi amor es de otra,
Santo, inviolable.
Es simpatía
Lo que siento á tu lado,
Dulce Virginia.

La sombra de tu padre
Amante vela
Tus sueños inocentes,
Tu primavera ;
Tu frente limpia
El contempla dichoso,
Feliz, Virginia.

Tu padre mira amante
Que tiene asilo
En tu alma la inocencia ;
Y yo, su amigo,
Te digo en despedida :
Conserva tu inocencia,
Pura, Virginia.

LXXVIII

UN DRAMA SALVAJE.

AL SEÑOR DOCTOR RAFAEL RIVAS.

Amado hermano:

Tú, que has visitado las hermosas y fértiles regiones del caudaloso Magdalena, bañadas por un sol abrasador, en donde la tierra parece que va á consumirse bajo el peso de sus rayos perpendiculares, y en donde la vegetación gigantesca da á la naturaleza una solemnidad de que carece nuestra llanura, tú sabes bien que es imposible hacer una descripción de las escenas que deslumbran nuestros ojos; escenas que el alma recoge y el corazón admira, pero delante de las cuales la mente, enajenada, no quiere profanar con el canto del poeta lo que es el canto sublime de la naturaleza.

El magnífico aspecto de las montañas azules, que á lo lejos van á perderse y á confundirse con el cielo siempre despejado, siempre brillante, siempre deslumbrador; la majestad del Magdalena, que se desliza imponente y grandioso por en medio de los bosques seculares; el lento bambalear de las palmas, que se mecen al impulso de una brisa tibia y soporífera, como el aliento del boa; esa luz de fuego que se refleja quemante sobre los desiertos arenales á la hora del medio día, cuando la naturaleza muerta ó adormecida no deja escuchar ni el canto de un ave ni el vuelo de un insecto: todo aquí inspira una poesía solemne, grave, religiosa, divina; pero esta poesía no deja rastro; y cuando el alma vuelve de esa suprema languidez que la encadena, ya no encuentra sino el recuerdo vago de la emoción, la sombra de ese sentimiento que la obligó por un instante á postrarse delante de la naturaleza y á tributarle adoración y culto en el seno del infinito.

En un clima suave como el de Bogotá, la imaginación se deleita, se entusiasma, se apasiona al contemplar el cielo de rosa y las campiñas verdes: allí, donde el suelo es un jardín, la brisa una melodía y la naturaleza apacible y armónica halaga dulcemente los sentidos, allí las emociones son encantadoras, y al exhalar el hombre un eco del alma, se escucha siempre un verso tierno, melancólico y suave, como el de Lamartine cuando decía de Italia:

« Mais malgré tes malheurs pays choisi des dieux.
Le ciel, avec amour tourne sur toi les yeux.»

Pero aquí el genio tendría que esculpir sobre planchas candentes el pensamiento, para que no se borrase al sólo influjo de esta naturaleza pujante, que todo lo crea y todo lo destruye, hasta el vigor del alma y el entusiasmo del poeta; y aun escribiendo con fuego, todavía su rastro sería pálido y débil, y su canto se ahogaría sin eco ante el rugido del tigre y el silbido de la serpiente. Por esto el alma se recoge en una profunda y honda meditación, y en vez de versos exhala esos gemidos lentos, amargos, continuos, que revelan una agonía incesante ó un éxtasis místico y santo como el que nos trae siempre la contemplación del cielo en medio del desierto.

Aquí en esta región de luz y de calor, donde vive el hombre bronceado, con pasiones de fuego, cuerpo extenuado y hábitos de salvaje, hay escenas llenas de vida y animación, nuevas para los que nacimos sobre la cima de las cordilleras, y algunas de las cuales quiero pintarte, dejando á tu amor que adivine lo que mi pobre fantasía no pueda revelarte.

EL MERCADO EN GUATAQUISITO.

El agua es la suprema belleza de la materia, como la virtud la suprema belleza moral. El agua es la materia viviente, palpitante, con voz, con ecos, con cantos y suspiros. Un lago, un río, una cascada son siempre más hermosos que un valle, una montaña ó un árbol. Stambul es más bella que París; y Venecia, voluptuosamente sentada sobre el Adriático y arrullada por sus olas, es la ciudad cantada por todos los poetas. Por esto yo paso horas tras horas al pié de una suntuosa ceiba, contemplando el Magdalena; abismado, lleno de santa unción, y aspirando una poesía bella, pero fugitiva, como la onda que se desliza; y en los días de mercado no abandono la ribera hasta que, al anochecer, ha desaparecido la última de las barquetas.

En ese día sobre el terso espejo del río, que refleja los árboles de la orilla y el azul del cielo, se distingue á lo lejos un punto rojo que, incierto

y vacilante al principio, va tomando forma y agrandándose, hasta que se ve una inmensa balsa cargada de loza, que se desliza sobre las aguas á la manera que una madre arrulla al niño sobre su seno. Cuatro bogas medio desnudos la dirigen, colocados sobre las cuatro esquinas ; firmes, rectos y en aposturas elegantes como las de las estatuas de los gladiadores, y con los canaletes listos para remar. Lenta y perezosa la dejan rodar por en medio del río, hasta que van á llegar al puerto; entonces rápidos y á compás principian á remar, levantando cada uno un chorro de espuma, y dejando una línea marcada sobre las aguas. Ya los arrastra la fuerza de la corriente, ya logran inclinarla, ya se les escapa ligera y voluntariosa, ya la contienen como á un bruto con el freno, hasta que al fin, rendidos, fatigados, jadeantes, la atracan al puerto entre los gritos de los muchachos desnudos que la esperan en la orilla.

Así una tras otra, van llegando balsas de loza encarnada y de víveres; y agrupándose forman una plaza flotante, un mercado sobre el río, lleno de vida y de animación, y que tiene algo de aéreo, de fantástico, como nos imaginamos las orillas del lago de Constanza, ó como vive en mi alma el recuerdo de Curazao.

En canoas rápidas, que hienden el agua, giran, revuelven, cruzan y atraviesan el Magdalena, vienen todos los compradores de la vecindad ; y muchas veces con mano firme, son dos muchachas las que pilotean y bogan en una canoa, cruzando impávidas, alegres y risueñas el abismo, como nuestras damas atraviesan un salón, abrazadas, bailando y al compás de la Mazourka.

En las balsas vienen siempre muchachas pobres del Guamo y el Espinal, que impulsadas por la miseria y arrojadas del hogar paterno por el hambre y la necesidad, bajan á buscar *suerte* en las orillas del Magdalena ó en Ambalema, ofreciendo por dinero su trabajo, su industria, y muchas veces su amor......Los patrones de las balsas las toman siempre á bordo, y cuando estas criaturas encuentran colocación, se hacen pagar de los que las toman á su servicio los gastos de transporte y *las mejoras.*

Sola en una balsa apareció en el mercado de un jueves una muchacha de color de perla, de mirada lánguida, de boca grande y voluptuosa, y de cabellera negra como el azabache ; delgada, esbelta, bien torneada, y con ese aire abandonado, indolente, perezoso, que revela la naturaleza criolla, que encierra el fuego en el corazón y busca siempre la molicie y la quietud. Estaba cubierta con un pañolón rojo, llevaba camisa bordada, al través de la cual se descifraba su turgente pecho, y tenía un sombrerito jipijapa que la libertaba de los rayos del sol. Silenciosa, inmóvil, re-

costada sobre unas cargas de cacao que iban en la balsa, indiferente á cuanto la rodeaba, si un poeta la hubiera visto, habría dicho que era la estatua de la indolencia sobre el abismo del infortunio.

LOS AMANTES.

En una playa estéril del Saldaña, en una agreste soledad, donde la tierra calcinada parece que no recibe una mirada de Dios que haga brotar una planta, y donde sólo se ven los caimanes que van á solazarse y retozar sobre la arena, había una miserable cabaña habitada por una vieja ciega y su hija Inés, que era la única que alegraba esas solitarias comarcas, con el cadencioso canto del bambuco, entonado al compás de los golpes que sobre la piedra daba á la ropa que lavaba en el río.

Apenas resonaba en la soledad el primer eco de su canto, aparecía en el río un pescador joven que, tendido en su barqueta muellemente, soltaba su *atarralla* de vez en cuando; y siempre que retirándola venía llena de pescados, escogía el mejor, é iba á regalárselo á la lavandera, con aire tímido, receloso y medio avergonzado; y ella se lo aceptaba siempre risueña y ruborizada.

Así, cantando la una y pescando el otro, pasaban los días amándose en secreto, sin que una sola palabra se hubiera cruzado entre ellos; pero el amor, que se lee en una mirada, en un movimiento, en el encarnado del rubor, en la sorpresa de un encuentro, se había revelado para ellos en la necesidad de estarse viendo y de vivir siempre juntos.

Una tarde á la caída del sol, la vieja salió, como de costumbre, á llenar sus dos calabazos en el río; y al inclinarse sobre el agua, un caimán *cebado* le dió un golpe con la cola y la recibió entre los mil dientes de su enorme boca.

¡ Sálvala ! grita Inés; y su amante, rápido como el rayo que obedece al pensamiento de Dios, se arroja al río, sigue nadando por la huella transparente que deja el caimán, se consume, baja hasta el fondo, vuelve á aparecer, toma aliento y persigue de cerca al animal ; torna á consumirse y lucha con él á brazo partido para arrancarle su presa; mas agotadas ya sus fuerzas, exánime, sin aliento, se deja arrastrar por la corriente, y ya va á desmayarse, cuando una mano vigorosa lo sostiene, lo levanta y le da un cuchillo. Es la de Inés, que, viendo en la lucha comprometido el mundo por ella, su madre y su amante, no pudo permanecer en la orilla, y apoderándose de la canoa del pescador que flotaba á la ventura, y tomando su cuchilo, se dirigió á ayudarle en el combate.

Esta energía reanima al pescador: vuelve al fondo del río, busca la

fiera, la abraza y le hunde bajo del brazo el cuchillo hasta el mango Al dolor el caimán suelta la presa, el nadador toma á la vieja, se sobreagua, y la deposita en la canoa donde está su querida.

Un beso fué el premio del nadador......Un beso selló la unión de los dos amantes, celebrada en presencia de la naturaleza, santificada por el heroismo, consagrada por la abnegación, y bendecida por la gratitud de una anciana moribunda.

Alberto proveía desde aquel día la choza de la vieja, y llevaba á su amada á todas las fiestas, más lujosa que las otras muchachas, y gastaba en obsequiarla más aguardiente que todos sus camaradas.

El amor es la luz que purifica y embellece el corazón de ciertos hombres privilegiados, mas para otros es el fuego que consume el corazón del guayacán, y que ni el tiempo ni la desgracia pueden extinguir. Alberto no decía ternezas á su amante, pero estaba dispuesto á sacrificarle su vida á cada instante; y entusiasta y celoso, quería venderla bien cara al que intentase acercarse á ella, ó dirigirla un galanteo.

En las fiestas de la Villa de Purificación, nombradas á la redonda y famosas por tradición, estaba Alberto con Inés; y un toreador ágil y ligero se apasionó locamente de ésta y convidó á la pareja á tomar unos tragos. Tántos fueron los que tomaron, que sin reparo empezó aquél á enamorarla en presencia de Alberto, que, encendido, frenético, rabioso, la tomó de brazo y la llevó consigo.

Tamaña afrenta no podía sufrir el toreador, y cuadrándosele al frente, le dijo:

—Camarada. ¡ Estando yo aquí, nadie manda en esa niña!

—Inés es mía, dijo Alberto.

—Mas puede ser que sea mía, le replicó el otro.

—Te mataría.

—Vaya una ronca. Si eres hombre, vamos á disputarla en los cuernos del toro.

Estaba en la plaza un toro hosco, que respirando fuego, con la cerviz recogida como un león, levantando bajo sus cascos una columna de polvo, y mirando con ojos centellantes á uno y otro lado, parecía vacilar en su furia á cuál matar primero, hasta que al fin partió sobre el toreador; éste le presentó la ruana, dió media vuelta, y el toro pasó como una zaeta, sin tocarlo.

La rabia de Alberto se aumentó. Llamó al toro, lo buscó, lo instigó le lanzó la ruana, que era su defensa, y cuando éste se le vin[illegible]
suelo, y la fiera saltó por encima sin pisarlo. Un general[illegible]
por toda la plaza.

Su contrario tomó la *garrocha*, y al embestirle el toro, lo recibió clavándosela en la cerviz, y á su empuje saltó atrás; el toro lo atacó de nuevo, y él dió otro salto; y así recorrió la plaza entre los vivas de la multitud.

Alberto se creyó humillado: su rival triunfaba, é Inés estaba viéndolo. Era preciso vencerlo, ó morir. Sin reflexionar, llama al toro, le hace el lance, lo toma de la cola, lo tiende en tierra, y el toro queda desnucado.

La lucha no podía seguir, pero entre los dos se había jurado que sería á muerte.

SEPARACIÓN.

« Qué lindo es el amor, pero con plata: » amarga verdad arrancada del labio jocoso y burlón de los cachacos.

El rico puede amar, pasar la vida al lado de la mujer que quiere, saborear sus halagos, cantarla en sus poesías, y apurar ese deleite puro, santo, indefinible, que embriaga el corazón y colma de ensueños el porvenir; pero el pobre, condenado á cambiar siempre una lágrima por un pan, esclavo del trabajo, no debe nunca levantar su mirada del suelo, porque ¡ay! del que la fija en una mujer y la ama!, la miseria se la arrebata y su porvenir es espantoso!

Alberto había vendido su canoa y su chinchorro para sostener á la ciega y obsequiar á su querida, y un día, encontrándose desnudo, pobre y sin auxilio ni amparo, resolvió ir á trabajar á Ambalema, con la esperanza de hacer fortuna y volver algún día al lado de su Inés.

El trabajo en el Magdalena fué para los granadinos lo que la guerra con los moros fué para los castellanos. Allí iban á combatir con esperanza todos los desheredados. Unos morían en los combates, otros quedaban para siempre esclavos, y algunos volvían á España á deslumbrar con sus riquezas la imaginación de los pobres, para lanzarlos en esta carrera de aventuras. De los granadinos, los unos murieron en las desiertas playas, los otros trabajaron constantemente sin que jamás pudiesen volver á sus hogares y algunos, venturosos, hicieron una fortuna que sedujo á muchos, porque nadie se acuerda de los que no vuelven.

Alberto, el valeroso, el fuerte, el indomable, el que le hubiera disputado su querida á los hombres y á las fieras, tuvo que abandonarla por la pobreza, y vino á Guataquisito, en donde llevaba su vida de pescador, pobre, siendo para todos un avaro que no comía por acumular el fruto de su trabajo.

ENCUENTRO.

Dos años habían pasado: la ciega había muerto sin amparo: el toreador se había vuelto boga, y la pobre Inés, abandonada, sin noticias de su amante, resolvió ir á Ambalema en busca, como todas sus compañeras, de una colocación; y trayendo quizás en su mente la esperanza lisonjera de encontrarse con Alberto en aquel lugar.

Dos días estuvo en el puerto del Guadual aguardando alguna balsa que la recogiese, y al tercero, cuando ya perdía la esperanza, pasó una, y compadecido el patrón, la tomó á bordo.

Una sola mirada bastó á Inés para conocer en el patrón al antiguo toreador ; y éste, en cuyo pecho ardía aún ese fuego que no apaga el tiempo, apenas la conoció, bendijo la casualidad, le hizo mil juramentos de amor, y le ofreció un porvenir cómodo á su lado, en vez del incierto destino que le esperaba en Ambalema.

Ella vacilaba entre la miseria, cuyas espinas ya había sentido, y la fidelidad á un amante que había muerto ó que la había olvidado; pero ese instinto noble, generoso, sublime, que distingue á la mujer y que la impulsa siempre á la abnegación, al sufrimiento y al martirio, cuando una chispa de amor ha inflamado su corazón; ese instinto sagrado, la decidió á no aceptar las ofertas del patrón. Este, resuelto á obtener su amor aun por la fuerza, había dado orden á sus bogas de que no la dejasen saltar á tierra hasta que llegasen á Nare, á donde se dirigían ; y en la larga plática que tuvieron en el río hasta llegar á Guataquisito, sabiendo de cuánto es capaz una mujer despechada, le repitió mil veces que Alberto había escogido otra mujer, y que vivía feliz en la ribera de Margarita.

Era la oración, y el mercado concluía; la playa estaba casi desierta, y el patrón de la balsa se aprestaba á soltar la *toa* para irse, cuando un hombre, en quien nadie se había fijado, pero que hacía una hora que estaba devorando con los ojos á Inés, gritó desde la orilla:

—¡ Patrón ! tomo esa muchacha.

Inés tembló al escuchar esta voz, y se puso de pié en la balsa.

—Está encargada, replicó el patrón, poniéndose pálido al reconocer á su rival.

—Yo la quiero, y pagaré todos los gastos.

—Ya es mía, dijo el patrón, apresurándose á soltar la balsa.

—¡ Te equivocas ! gritó el otro. Y saltando sobre él como la leona en cuya cueva han sorprendido sus cachorros, lo agarró por el cuello y lo

trajo á la playa, en donde se trabó una lucha horrible, espantosa, como de dos monstruos marinos que se baten en medio de las aguas.

Agarrados en la lucha el uno contra el otro, formaban un solo cuerpo con cuatro pies; remolineando, dejaban en la arena un círculo profundo, empapado en sudor. Furiosos, se estrechaban, se debatían, se empujaban, se comprimían; y la lucha era incierta, hasta que el patrón lanzó un quejido de muerte, hondo, profundo, desgarrador, y desprendiéndose de su contrario, cayó en el suelo revolcándose en su sangre. Estaba sofocado, y todos los vasos interiores se habían reventado.

Alberto, sin mirarlo siquiera, tomó á Inés en los brazos, la llevó á su canoa y desapareció.

La *justicia* encontró al día siguiente un cadáver amoratado sobre la playa; pero el Magdalena no conservaba la huella de los fugitivos.

SAN JUAN!

Daba en el Chorrillo Don Pastor Lezama un suntuoso San Juan, al que estaban convidadas todas las poblaciones de los alrededores, y todas las clases de la ciudad de Ambalema, desde Don Mauricio Rizo, que era el Nabab, hasta la última *apartadora* de los caneyes de Fruhling & Goschen. La víspera empezó su suntuosa casa á llenarse de convidados decentes, y las de los alrededores de forasteros; y en todos los caminos que al Chorrillo conducían se encontraban procesiones de gente que iban al alegre San Juan.

A las diez de la mañana de aquel día, más de tres mil personas de á caballo, hombres, mujeres y niños, señoras y caballeros, cosecheros y cosecheras, todos gritando ¡San Juan! cercaron la casa de Don Pastor, que se presentó á recibir este honor, montado en un caballo tordillo, de valor de quinientos pesos; con anchos zamarros de cuero de león, levita blanca de lino, chaleco de terciopelo, en cada bolsillo un reloj de oro con sus respectivas cadenas, pendientes y leontinas de oro; de oro y esmeraldas un gran prendedor en la bordada camisa, y en cada uno de los dedos dos anillos de oro y de esmeraldas. Hizo con el sombrero jipijapa un saludo á la multitud, y gritando ¡San Juan!, y dando de espolazos al caballo, prendió carrera, y tras de él salieron todos al escape gritando: ¡San Juan! ¡San Juan!

Daban vueltas por los campos al són de alegres músicas, y cantando hombres y mujeres en diversos grupos; cada cual haciendo lucir la gallardía y agilidad de su caballo; buscándose los enamorados, apartándose los casados y desafiándose los rivales al que más corriera en su caballo. Y cada vez que concluían una vuelta, llegaban á casa de Don Pastor á to-

mar tragos, de anisado los hombres del pueblo, de brandy los caballeros y de *champurreao* las señoras; porque hasta en los licores la aristocracia tiene sus derechos, y el bello sexo sus prerogativas.

De distancia en distancia se levantaba en el campo una hoguera, en donde se asaban los restos de una ternera; y en toda la extensión de la hacienda había más de cien hogueras, fuera de otras tantas toldas esparcidas en la llanura, en donde se preparaban convites para la alegre multitud. Don Pastor, como un Rey que visita sus Estados, se complacía en recorrer éstas toldas para asegurarse de que estaban bien provistas.

Tántas vueltas se habían dado á las tres de la tarde, cuando el sol brillaba sin nubes en el despejado cielo, y cuando el calor era igual al de la Africa meridional, y tántos tragos se habían echado, que ya todo orden había desaparecido. Los unos corrían á escape, llevándose por delante cuanto encontraban; éstos iban en una dirección y aquéllos en otra, y topeteándose caían caballeros y caballos; los de aquí echaban apuestas peligrosas; los de allá se cogían de las manos, prendían carrera juntos, y aquel cuyo caballo se paraba, iba volando por el aire; y todo á los gritos de ¡ San Juan! ¡ San Juan!

La más linda de las amazonas ese día era Inés, que montando horcajada un caballito castaño, brioso, ágil y delgado, corría aventajando no sólo á todas las mujeres, sino también á los hombres, y que, cansada de correr, se había refugiado á esa hora debajo de una ceiba, y cantaba con otras compañeras un bambuco guamuno. Estaba radiante de alegría y de placer: su pecho color de perla, en donde las formas preciosas se dibujaban, palpitaba con violencia; reía á carcajadas, mostrando sus blancos y preciosos dientes, ó cantaba volviendo al cielo sus lindos y rasgados ojos, gritando á cada estrofa con un placer supremo: ¡ San Juan! ¡ San Juan!

A su lado estaba Alberto, bien montado y luciendo una silla nueva, una ruana blanca y un sombrero jipijapa; y enamorado como nunca, contemplaba lleno de orgullo á su mujercita. Alberto, huyendo de Guataquisito, se había ido río abajo, había desembarcado en Pajonales, y ofreciéndose como cosechero, recibió un caney y anduvo próspero; después de dos años tenía platanera, tabacal, dos *mochos* y una roza de maíz. Ese día la feliz pareja era más venturosa que lo fueron Marco Antonio y Cleopatra al rodar en la galera dorada, en medio de perfumes, sobre muelles cojines y bebiendo vino de Chipre.

—Ahí viene Don Justo, el que te persigue, le dijo Alberto á su querida, con cierta inquietud.

—Dejálo, que á palabras necias, oídos sordos !

Presentóse un pepito de tierra caliente, que no había corrido por no descomponer los pliegues de su camisa ó no arrugar las faldas de su levita blanca almidonada; con sombrerito de paja de Italia, sobre una cabellera un tanto rizada y llena de pomada, apestando á pachulí ; montaba una jaca de acompasado y moderado paso. Y al llegar, con una voz melíflua y delgadita, gritó : ¡ San Juan, Inesita !

—¡ San Juan, Don Justo ! le contestó la muchacha con un gran grito y con el aire más franco y alegre del mundo. ¡ Vamos á correr ! Y diciendo esto, puso el caballo al escape; detrás de ella siguieron las compañeras, y Don Justo se quedó con tantas narices, como el que se queda en la playa viendo alejarse la barca que jamás podrá alcanzar. Mordióse los labios, echó una maldición y volvió á mirar al bolsillo de la levita para cerciorarse de que no había perdido un papel que llevaba.

Don Pastor, que había sido invitado por cada uno de los mil huéspedes que había en el Chorrillo á tomar con ellos, se había echado muchos tragos, y acertó á pasar por debajo de una ceiba en donde dos jóvenes bogotanos semi-literatos, que asistían á la fiesta, conversaban; y en el momento en que el uno le decía al otro, ya á media chispa, y para manifestarle cuánto estimaba su talento y su pluma:

—Tú eres un Alejandro Dumas.

—¿ Don Alejandro Dumas en el Chorrillo ? exclamó Don Pastor. —¡ San Juan, Don Alejandro Dumas ! — A tomar un trago ! E impulsado por sus instintos generosos, fué á la casa y mandó sacar toda la bodega de vinos generosos que poseía, y que valían más de $ 5,000, para que tomaran todos á discreción á la salud de Don Alejandro Dumas.

El champaña de la viuda Clicó rebosaba en totumas, y al verlo, los calentanos exclamaban : «eso jierve ;» pero se lo tomaban todo ; hacían *champurreao* de Curazao con ginebra, y al rico vino de madera le echaban ajenjos para que les supiera bien. Todo era bullicio, alegría y embriaguez.

Inés se había apoderado desde á caballo de una botella de Jerez, y apuraba el contenido en el mismo casco, con sus compañeras y Alberto ; cuando en medio de la multitud se oyó una voz que dijo: *¡ A la justicia !* y como si la Justicia fuese una calamidad, todo el mundo se sintió sobrecogido.

Don Pedro el cruel fué llamado el *justiciero*.

Ajusticiados llamaba el pueblo á los que morían en los patíbulos ó veía pendientes de la horca, y detrás de la *justicia* se vió en el antiguo ré-

gimen al verdugo. Esta tradición sombría, sangrienta, se ha perpetuado entre la multitud, y la *justicia* social inspira siempre horror.

La sociedad moderna deja al hombre en los desiertos, abandonado, solo, sin protección ni amparo, entregado á sus instintos salvajes, sin noción del bien ni del mal; dicta en las ciudades civilizadas códigos severos para los infelices; y cuando el amor, los celos, la desesperación llevan al delito á uno de esos habitantes del desierto, la *justicia* llega, lo toma del lado de la familia que ha formado y mantenido, lo encarcela y lo condena á morir en la Penitenciaría. Esta es la única noción que el pueblo tiene de la *justicia*; por eso le inspira espanto.

En estos momentos la *justicia* estaba representada por Don Justo.

Abriéndose campo por entre los caballos y el gentío, se presentó Don Justo con el bastón de juez en la mano, y seguido de dos alguaciles, que acercándose á Alberto lo cogieron y lo maniataron en presencia de la multitud, que se quedó pasmada.

—Ha venido, dijo Don Justo, queriendo hacerse oír de todos, como una flauta destemplada en medio de un concierto, ha venido despacho de Piedras para la aprehensión de este reo, que cometió una muerte en Guataquisito.

Debemos confesar que los venturosos amantes habían olvidado ya el delito cometido á la orilla del río; y que después de dos años de un trabajo honrado y asiduo creían que la justicia los hubiese olvidado también. Así fué que se quedaron mustios con el importuno recuerdo.

—¡ Ah ! Don Justo ! No sea tan tirano ! fué lo único que Inés se atrevió á decirle, cambiando su loca alegría por un dolor extremo.

—Qué quiere usted, Inesita, le contestó el almibarado juez ; en la guerra del amor todas las armas son lícitas.

Alberto fué conducido, á pié y amarrado, á la cárcel de Ambalema ; y la linda Inés se fué detrás de él, triste y llorosa, montada en su *mocho*, llevando de cabestro el de su amante, mientras que en el Chorrillo seguía la fiesta, y todos llenos de alegría gritaban:

—¡ San Juan ! San Juan !

EL JUICIO.

A poder de Don Félix Duarte fueron los dos *mochos*, el rosario de oro y los anillos de Ines, empeñados para conseguir con qué pagar los gastos de Alberto en la cárcel; pues Don Félix era hombre que jamás compraba nada, pero se hacía á todo lo que quería, dando dinero al *módico* interés de un cuartillo por peso diario, sobre fincas. El juicio seguía con la lentitud ordinaria ; el preso, como reo de homicidio, permanecía en la cárcel,

y lo tenían en *el jobo:* prisión que consiste en un tronco de árbol con grilletes de hierro, en donde colocan los pies del detenido, estando éste acostado boca arriba ; y estaba allí, porque el juez había declarado que era un reo peligroso.

Las desgracias de la gente del pueblo inspiran siempre poca compasión, porque hay la idea de que su salvajismo les da cierta fortaleza é insensibilidad bastantes para poder resistirlas sin gran dolor ; pero Inés sufría mucho sabiendo que Alberto padecía sólo por su amor: primero, por habérsela querido quitar á un bárbaro amante ; y después, porque ella no había cedido á los deseos de un amante civilizado y poderoso.

Con una energía propia sólo de las naturalezas primitivas, que no comprenden las transacciones y conveniencias sociales, resistía Inés los halagos de Don Justo, y trabajaba también incansablemente como *apartadora* de tabaco, para alimentar á su amante en la prisión.

—Ingrata Inesita, le repetía Don Justo ; los dardos acerados de tus divinos ojos me han herido. Estoy preso en la red de Cupido ; y hasta que tú no me des el sí que mendigo de tus labios, Alberto no saldrá de la cárcel.

—Eso sí que es machacar en fierro frío, Don Justo, le contestaba ella. Tras de estar llorando el ojo, echarle agrio. Si busté no me gusta, ¿ cómo lo he de querer, siendo tan maldito que se ha vengao en Alberto ?

A los ojos de Inés, Alberto era inocente, pues que él no había hecho sino lo que hacían todos los días en su pueblo los hombres, disputarse una querida por la fuerza y á la lucha; y si de esto había resultado un muerto, ¿quién tenía la culpa? Pero no era para ella tan sólo inocente, era también mártir del amor, de la constancia, de la fidelidad; y esto en el corazón de la mujer, por rústica é ignorante que sea, inspira siempre amor ciego, idólatra entusiasta, y la hace capaz de todo sacrificio.

La mujer que en medio de la dicha y en una alegre fiesta, por abandono ó por placer, puede cometer una infidelidad, en la desgracia es leal, noble, y tiene la energía bastante para guardar un tesoro cuyo valor hasta entonces conoce; y mientras más infeliz es el hombre á quien ama, y más fuerza tiene que desplegar, más se levanta su alma y se engrandece para resistir la tentación y los halagos. La dicha corrompe, la desgracia purifica ; y el mismo corazón late bajo el pecho de nieve y rosa de la delicada y casta bogotana, que bajo el pecho bronceado de la esbelta y fuerte calentana.

Después de un año de sufrimientos, el jurado se reunió para juzgar al homicida, quien fué sacado de la cárcel, pálido, acabado y con dos úlceras en las piernas, por consecuencia de la prisión del *jobo*.

Inés lo ayudaba á conducir de modo que pudiera caminar, porque estaba entumecido, é iba con un aire que daba á conocer que ese era su amante, y que tenía orgullo hasta en su delito.

El amable Don Justo, que ese día estaba más pulcro y afeminado que siempre, luciendo un vestido completo de dril color yema de huevo, almidonado y brillante, camisa de holán transparente que dejaba ver el fondo rosado de la interior, corbatica celeste, cuello parado y botines de charol nuevos y relucientes, presidía como Juez el jurado; y á cada momento metía con cuidado las manos entre las roscas del cabello para arreglarlas, se sacaba los puños de la camisa para lucir las mancornas, ó dirigía tiernas miradas de cordero á la pobre Inés, que á la puerta del juzgado escuchaba con el mayor interés, como si pudiese comprender lo que pasaba en el augusto tribunal.

El jurado lo formaban: un ciudadano de *quimbas*, calzón de lienzo no muy largo, en mangas de camisa, y que tenía sobre ésta una ruana blanca con listas, quien, durante toda la sesión, se entretuvo en registrarse los pies, puestos alternativamente sobre las rodillas, y en tocarse las rajaduras que tenía en los talones y las plantas; un anciano cotudo y dormilón, que hacía cortesías para adelante y para atrás, por no encontrar en la banca que le servía de curul un recostadero cómodo para dormir; Don Uladislao, que llevó las cuentas que estaba haciendo en el almacén al tiempo de llamarlo, y que hacía y rectificaba las sumas con el mayor interés; y dos *chuceros* de Ambalema, negociantes de tabaco de contrabando en las haciendas, que con una cordialidad admirable se transmitían á media voz los medios de sacar el tabaco de la Ratonera por la noche, ó el de Pajonales embarcado en el río.

El fiscal formuló su acusación con una elocuencia digna de mejor causa, y citó el artículo 210 del código penal, que dice: "El granadino que tome las armas contra la Nueva Granada en favor de los enemigos exteriores, es traidor, y como tal sufrirá la pena de muerte é infamia;" y como el dinero se le habia acabado á Inés, Alberto no tuvo defensor.

Leído el expediente y oído el concepto fiscal, el jurado procedió á deliberar; y Don Uladislao le hizo comprender que no se podía juzgar á Alberto como traidor, pues no era ese su delito. Pero como Don Uladislao conocía mejor el tabaco que el código penal, y sabía más de cuentas que de leyes, tuvo que recorrer todos los artículos para indicar á sus nobles compañeros cuál era el que debían aplicarle.

Empezó por leer el 334, que dice: "Los comadrones, parteras ó cualesquiera personas que ejecuten operaciones científicas del arte de obste-

tricia sin el correspondiente permiso legal, pagarán una multa de diez y seis á cien pesos, y serán apercibidos. Si por su impericia se hubieren seguido males de consideración á las parturientas que hubieren asistido, ó á las criaturas, sufrirán además de la multa una reclusión de tres meses á dos años.»

—Ese es! Ese es! gritaron todos los honorables colegas de Don Uladislao; pero él, que tenía buen juicio, siguió adelante; y no había artículo del código que leyera, que no les pareciese que era el que debía aplicarse, hasta que tropezó con el artículo 602, que define el Homicidio, y conforme á él fué condenado Alberto á seis años de trabajos forzados.

Estando todavía reunidos los jurados, Inés se entró, y con lágrimas en los ojos les dijo:

—Mis amitos de mi corazón, ya con un año de cárcel basta para castigar al pobre por una mala hora, cuantis más que yo soy la única culpante, pues él siempre ha sido honrao y güeno; y como Don Justo le ha jurao pique porque yo no lo he querido, porque no me lo ha ditao mi corazón, con yo deben pagar y no con él; pero á yo me parece que si ha de aguantar Alberto seis años de presidio, que al menos tres sean para mí y tres para él: con eso acabamos más pronto, y nos vamos á cosechar tabaco formalitos y sin dar que decir á naiden.

Los jurados no podían escuchar sus razones: la mandaron salir, y Alberto fué de nuevo conducido á la cárcel.

—Esto no puede ser! gritaba la pobre Inés. Esta no es justicia, y así la obligan á una á desfogarse de cualquier manera!

AMOR.

Por la noche se fué Inés á Campoalegre, donde Don Justo vivía en una casa de paja pequeña pero coqueta, con una sala bien adornada, donde tenía todos los expedientes al despacho, puestos sobre una gran mesa arrimada á la pared; y llegó en el momento en que éste se mecía sabrosamente en una ancha y flotante hamaca blanca.

—Se las dé Dios, dijo Inés á la puerta.

—¿Quién es? preguntó Don Justo, queriendo hacer grave su agudísima voz.

—Yo, mi Don Justo, que vengo en busca de busté.

—Ah! eres tú, Inesita. Quisiera tener un palacio de oro para recibirte. Ingrata, que tánto me has hecho sufrir!

—Mi Don Justo, vengo arrostrada á las plantas de un caballero, que

mejorando lo presente, es quien puede sacar en sus hombros á Alberto, después de Dios y María Santísima; para que haga esa caridacita, que yo le serviré con cuanto pueda.

—Nada puedo hacer por él. La justicia ha dictado su inflexible fallo, y ahora tiene que sufrir la condigna pena.

—Pero dígame busté, mi Don Justo, ¿ no fué busté quien lo prendió?

—Sí; pero porque era delincuente.

—Pero no es la positiva verdá que si yo hubiera condescendido, busté no lo habría enchocolao en la cárcel?

—Quizás; pero como tú fuiste tan desdeñosa con mi amor.......

—Ah! Ya lo cogí! Y ¿quien puede agarrar no puede soltar?

—No; porque el juicio se ha surtido ya, y hoy hay una sentencia que no admite apelación.

—¿ Y no ha sido busté quien ha hecho todos esos papelones? Pus, ay tiene, que en su poder está romperlos también; y con eso se acaba todito ese enredo.

—Eso es imposible. La vindicta pública es la que lo ha perseguido como reo de homicidio con circunstancias agravantes; y yo ahora soy impotente para salvarlo.

—Esas son tramoyas de mi Don Justo, que sabe tanta letra menuda.

—Te juro por lo más sagrado para el hombre, que es su honor, que cuanto digo es verdad.

—Y si yo condescendiera en quererlo á busté, le darían su libertá á Alberto?

—Si tú me amaras, te pondría como una reina; tomaría todo interés por el reo; pero, quién sabe! sería imposible. Sin embargo......

—¿ Qué?

—¿ Me quieres?

—Asigun y conjorme.

—Olvida á ese hombre rústico, que no es digno de ti. Conmigo serás feliz y......

—Güeno, pero no se me escabulle, mi Don Justo. Sí ó nó.

—Ah! sí, por supuesto; por tu amor haría fugar á Alberto.

—Pus entonces hágalo, mi Don Justo.

—Pero tu amor primero.

—Obras pagadas son manos quebradas.

—Ay, Inesita! Doloroso me es decirte que ya es imposible. Hay una causa, una sentencia, y es preciso que Alberto vaya al presidio. Con-

fórmate y quédate conmigo. Esto diciendo, se bajó de la hamaca, y fué á acariciar á Inés.

—Pero déjeme cerrar la puerta, dijo ésta levantándose, que puede pasar gente, y qué dirían de que busté me estaba haciendo cariños.

Cerró la puerta con llave, y sin que Don Justo lo advirtiese, la quitó de la cerradura.

Volvió al lado de éste, y se mostró con él dulce y amable.

—Pero sí que tiene papelajos! Cuántos pobres estarán ay enredaos!

—Son todas las causas que tengo que despachar.

Tomó la vela Inés, y se puso á reparar con el mayor cuidado las láminas de ninfas y los pasajes de amor que había en la sala: después se acercó á los papeles, y como distraída les prendió fuego.

—¿Qué haces? gritó aterrado Don Justo.

—Acabar con la causa de Alberto!

—Don Justo voló sobre Inés á quitarle la vela; pero ella se le fué encima, lo echó por tierra, y con la fuerza de la desesperación lo sujetó y le apretó la garganta para que no pudiese gritar.

La llama se comunicó rápidamente á todos los papeles, y pronto hubo una inmensa hoguera que sólo el poder de Dios podía apagar.

INCENDIO DE AMBALEMA.

« Gran parte de esta ciudad se quemó en la noche del 13 de Junio, decía «El Tiempo» de Bogotá; y no ha podido averiguarse el origen del incendio. Entre las víctimas que hay que lamentar se encuentra el dulce y estimable joven Don Justo Navas, Juez de Circuito, cuyo cadáver se encontró carbonizado, junto con el de una joven desconocida, que sin duda era su amada.»

—

Adios, mi querido Rafael! Cuando se vive, como yo, en el desierto, y se presencian hechos tan distintos de los que pasan en nuestra culta y bella Bogotá, el alma tiene necesidad de expansión, y arde en deseos de contarlos á los seres que más ama; por eso á ti va dirigida esta carta.

Tu hermano, M. R.

Guataquisito, Julio de 1867.

LXXIX

CRISTO CONSOLADOR.

CRISTO, te busco porque estoy herido,
Y abandonado y solo. Siempre huyendo
Del odio de los hombres, que, siguiendo
Mis pasos, van por el desierto al ruido
Que hacen mis pies sobre las secas hojas,
Para aumentar mi duelo y mis congojas.

Porque no hallo, Señor, un rostro amigo,
Ni un corazón que mi dolor comprenda,
Ni una palabra que al salir no ofenda,
Como el dardo que lanza el enemigo
Que acecha al descuidado caminante
Para verlo morir más adelante.

Porque entre llamas, y al rugir del viento
Que elevaba hasta el cielo la ceniza,
Vi consumir mi habitación pajiza,
Y devorado todo mi sustento ;
Y el incendiario, de mi pan comía,
Y al día siguiente mi perdón tenía !

Porque agosta el verano mis cosechas,
Y enemigo rival mi campo tala ;
Porque toda estación para mí es mala,
Y jamás he mirado satisfechas
Mis esperanzas de un hogar tranquilo
Y un retirado y protector asilo.

Porque miro á lo lejos la venganza,
Aterradora y cruel, la faz sangrienta,
La diestra armada de cuchilla cruenta
Aguardándome ya. Sin esperanza,
Sin poder alejarme del camino
Ni el influjo variar de mi destino.

Porque el placer, que á mi alma seducía,
Se acabó para mí; porque doliente
Doblo abatida de dolor la frente,
Y sólo sombras ve mi fantasía.
Y tu nombre, Señor, será un abrigo,
Y piadoso serás mi único amigo.

Porque quiero, Señor, como consuelo,
Quien mi dolor y mi aislamiento vea,
Quien en el fondo de mi pecho lea
Como puedes leer allá en el cielo;
Quien con faz apacible y voz serena
Ofrezca alivio á mi doliente pena.

Porque amé la virtud, y palpitante
Ante su altar hermoso, conmovido,
Por su prestigio tierno seducido,
Culto rindió mi corazón amante;
Y aun percibo el perfume de sus flores
Y á la virtud invoco en mis dolores.

Porque tú por los hombres apuraste
La copa del dolor y la amargura;
Sufriste oprobio, ofensas, desventura,......
¡ Hijo de Dios! Porque también lloraste;
Y tú sí puedes escuchar mi llanto
Y comprender mi duelo y mi quebranto.

Porque tú, que rompiste las cadenas
Del pobre negro, á la mujer perdida
Amparo das, y á madre dolorida
Con nuevo amor endulzas tú sus penas,
También tendrás, Señor, una mirada
Para mi alma abatida y desolada.

LXXX

QUEJAS DE UN MILITAR.

Caséme con Facunda por verdadero amor, y ella me amaba tánto y tan locamente, que siendo yo un pobre subteniente de artillería, en estos tiempos en que los grados no son empleos, ni la milicia carrera, abandonó familia y posición por seguir mi infausta suerte; pero ¡ ay ! el mucho amor de mi mujer nos ha matado !

En la época de nuestros coqueteos no tuve una hora de descanso, siguiendo el vario curso de su caprichosa y voluble voluntad. Por todo se enojaba: ponía la cara seria, fruncía sus lindas cejas, y yo me moría de pena. La historia de nuestros amores, decía una amiga común, no podía escucharse sin paraguas y zapatones, porque estaba preñada de tempestades. Ella se mostraba celosa del cuartel, que me quitaba el tiempo que debía consagrar á sus visitas ; celosa de mi coronel, que le disputaba el exclusivo mando sobre mi voluntad ; y celosa de mí mismo, porque á veces descendía á la tierra de las regiones sublimes y elevadísimas, por las que ella siempre me llevaba.

Como buen militar, he solido *pegarme algunas chispas:* he tomado, como decía alguien, Brandy, Champaña y Jerez, y siempre he estado irritado; pero declaro que borrachera como la del amor, y más funesta, no la hay ni la habrá en el mundo, porque tiene el gravísimo inconveniente de que no pasa, y porque es como la de ajenjos, que enciende las malas pasiones y el deseo de pelear entre los que tienen la desgracia de llegar á enamorarse.

He sido muy estricto en el cumplimiento de la disciplina militar, y como prueba de esto, les diré que entré de soldado y he llegado por rigurosa escala á mi grado; que cuando entré al cuartel, me leyeron las ordenanzas militares, y de ellas sólo pude comprender que las faltas se castigaban

de dos distintas maneras: unas veces con la pena de muerte, y otras con pena de la vida; y en fin, que sé de memoria el artículo que dice:

«El llegar tarde, aunque sea de minutos, al servicio de su majestad, hará incurrir á todo oficial en las penas que la ordenanza señala.»

Jamás dejé de cuadrarme, cuando fuí soldado, al pasar por delante de alguno de mis jefes; me levanté siempre al toque de diana; tuve cuenta de las prendas del vestido y nunca dejé de contestar á la lista.

Pues bien, señores: declaro que la disciplina militar es dulce, fácil y sencilla, ante la rigurosa disciplina á que están sujetos los enamorados.

Si á las cinco y media de la tarde no pasa el enamorado por la calle de la novia, pena de la vida. Si al dar las ocho de la noche el enamorado no está haciendo la visita de ordenanza, pena de muerte. Si el enamorado va á otra casa, saluda á otra señora, ó se distrae con sus amigos, pena de enojos, y mala cara de la novia. Qué rigor! Qué crueldad!

Y luégo que la centinela del soldado dura sólo por dos horas, y al cabo de este tiempo grita: — *Cabo de guardia, relevo!* y el cabo viene y lo releva; pero el pobre enamorado tiene que pasar dos, tres ó cuatro de centinela al lado de la novia, mirándola de frente, con cara risueña, y volviendo los ojos como cristo agonizante; y al fin nadie viene á relevarlo.

En un baile la posición del enamorado es inmensamente divertida. No puede bailar con ninguna otra señorita; no puede mirar para otro lado; no puede conversar con nadie, ni hacer la menor atención en la mesa, sino que ha de estar absorto, pegado á la novia como mancorna, y haciendo ambos el papel más descarado y más ridículo.

¿Y me bastaba esto en aquella época para que las cejas de Facunda no se frunciesen como el arco de Cupido al lanzar sus dardos (estilo oficial), ó para que no hubiese tempestades en el cielo azul de sus miradas? No, señores.

—Porqué suspira, Agapito?

—De amor por usted, mi bien, mi Facunda.

—Quién sabe!

—Porqué lo duda usted?

—Porque lo veo á usted triste, y como que aspira á algo que no es mi amor.

—No!

—Jesús, que *nó* tan seco!

—Es usted injusta, Facunda!

—Eso no me lo decía usted antes. Mucho ha cambiado usted desde que sabe que lo amo. Me arrepiento!

—Por Dios, Facunda!

—Sí; usted es un ingrato. No me quiere, y mejor es que esto se concluya.

No se volvía á hablar en toda la noche, se acababa la diversión; y la escena muda se reducía á miradas de reconvención, aire de enojo, y quizás una lágrima.

—¿ Porqué no suspira usted, Agapito, cuando yo suspiro? ¿ Es que nuestras almas ya no se comprenden?

—Porque soy tan feliz á su lado.

—¿ Pero el suspiro no es el lenguaje de corazones que se aman?

—¿ Cómo suspirar cuando reboso de alegría y de contento?

—Yo también lo estaría si no viese que en usted todo es fingido; y la prueba es que no suspira conmigo, pues de dicha ó de tristeza, el suspiro desahoga el alma del sentimiento que la agobia.

—Yo no quiero desahogar la mía de una dicha que la inunda y la engrandece.

—Los dos jamás estamos de acuerdo: esto me hace desconfiar de su cariño.

—De veras, Facunda? Tiene usted alguna duda?

—Sí, francamente. El no haber querido usted suspirar ahora, cuando ya lo invitaba, me está probando lo que yo me temía. Usted no me ama, Agapito! Yo soy muy desgraciada!

La mano tomaba rápidamente el pañuelo de batista para enjugar una lágrima furtiva; sus miradas se velaban; su faz se ocultaba, y en toda la noche no había más que dolor y desesperación.

Cuando todo estuvo arreglado definitivamente entre nosotros, persuadida ella ya de mi amor, *cambiamos de argolla:* emblema que la moda ha introducido para que todo el mundo sepa cuál niña y cuál hombre están comprometidos; nuevo género de amonestaciones; aviso al público por signos telegráficos, y esponsales celebradas en oculto, al rayo de la luna en un paseo, ó á *sotto voce* en el rincón de una sala de baile.

La argolla del presidiario dicen que es pesada; y el infeliz que la ha llevado, libre ya, puede arrastrar el pié que tenía aprisionado; pero la argolla de oro del compromiso, cuánto más pesada es! La argolla del presidiario esclaviza y sujeta el cuerpo; la argolla de oro esclaviza el corazón y todos los sentidos y potencias. El presidiario obedece á un brutal capataz y sufre el látigo: el que tiene argolla de oro obedece al tirano más insustancial, más cruel, más caprichoso y más necio del mundo: á una mujer enamorada, que le flagela el alma y lo atormenta sin piedad.

La argolla del presidiario puede alguna vez romperse, y el infeliz condenado puede huirse; pero la argolla de oro nunca se rompe, y el infeliz á quien se la ponen jamás alcanza indulto.

La fortuna colmó mis ansias y los votos de Facunda. Nos casamos, y principió la *luna de miel:* un mes entero de caricias y de conversaciones sabrosas, en que nos contamos todo lo que ella no me había dicho y lo que yo no me había atrevido á preguntarle. El amor, como un sol, iluminaba radiante un cielo despejado y hermoso, y nuestra barca se deslizaba ligera sobre un mar azulado. Nadie nos acompañaba, para que nadie interrumpiese nuestra dicha; yo no veía más que sus ojos, y ella no hacía más que contemplarme.

El mucho dulce empalaga; y si al que ha tomado ya caspiroleta, huevos chimbos y sopa borracha, le presentan un alfajor, de seguro que le repugna. Como la *luna es de miel,* todo se ve al fin enmelocotado. La barca se mueve difícilmente entre un mar de melcocha pegajosa; la luz es como de caramelo, y las caricias saben á mistela de vainilla.

Preguntóle un teólogo á otro, qué estaba haciendo Adán en el paraíso mientras que Eva platicaba con la serpiente, á falta de otro sér con quien conspirar contra su marido; y el teólogo le contestó:

—Adán buscaba en los extramuros del jardín una tapia baja por donde fugarse, y sustraerse así á la felicidad.

Qué de raro tiene, pues, que los hijos de Adán se cansen también de tanto amor como se manifiestan los recién casados, quienes abandonan á sus respectivas familias, los deberes sociales, las alegres diversiones, los paseos, el trato con las gentes y hasta las ocupaciones ordinarias, sólo por hacerse cariños, que bien pronto les saben á alfajor!

Pero á mi cara mitad le quedó tan grata idea de nuestra *luna de miel,* que después todo le ha parecido pálido en el mundo, y como me ama tanto, tanto, quiere que yo pase también la vida en extática adoración; y como esto no es posible, se queja sin cesar del cambio de mi corazón, y llora la época en que yo la amaba.

Se le ha metido en la cabeza que yo no la quiero ya; y, vivo en su alma el recuerdo hermoso de nuestra luna de miel, no sólo suspira y llora, sino que me tiene las paredes de mi cuarto llenas de letreros.

Felicité pasée
Qui ne peux revenir
Tourment de ma pensée
Que n' ay je en te perdant, perdu le souvenir!

Helas ! il ne me reste
De mes contentements
Q' un souvenir funeste
Qui me les convertí á tout heure en tourments;

pone de un lado, porque mi mujer no deja de ignorar algo de idiomas.

En otro lado pone :

Ay ! cuánta mayor desventura es llorar un amor abandonado que un amor muerto.

O bien:

Ve are not parted — no ! — But never more
Thy cherished form may greet my watchful eye —
Nor thy soft voice speak welcome to mine ear,
Sweeter tham summer music......

Para ella el hombre y la mujer no tienen otra misión en la tierra que la de amarse, ni pueden tener otra ocupación, ni más necesidades; de manera que esto de buscar los reales para comer y para vestir, no lo comprende ; así como la despensa y la cocina van también manga por hombro. ¡ Qué sabían los pastores « Dafnes y Cloe » de pegar botones á una camisa, ni de remendar las medias ! Ellos sólo sabían hacerse cariños, y por eso eran felices !

Esta es la razón porqué ella no cree que yo pueda ocuparme de otra cosa que de amar á otras mujeres, supuesto que no la amo á ella con frenesí y con locura, de día, de noche, haga verano ó llueva, tengamos ó nó para semana, y esté lista ó nó la comida cuando vengo del cuartel hambriento y cansado de enseñar reclutas.

Me enojo porque no tengo camisa para mudarme el jueves, día en que se forma el cuerpo en parada, y cuando todos mis camaradas lucen los blancos cuellos.

—*Es que ya tú no me quieres* ! contesta ella llorando.

Regaño porque el chocolate está ahumado.

—*Es que ya tú no me quiéres !* y más llanto.

Me preocupo porque corren rumores de que van á reemplazar á los oficiales del cuerpo con los que ayudaron en la elección del nuevo Presidente.

—*Es que ya tú no me quieres !* dice, y por eso agachas la cabeza y no me conversas.

¡ Infeliz del que alguna vez quiso, si su mujer siempre sigue enamorada !

—*Su marido de uno* es lo más querido en el mundo, le decía un día mi mujer á una íntima amiga; y esta frase les probará á mis lectores la posesión pacífica, pública y á título de propietaria que ella ha tomado de su maridito, para quererlo, para celarlo, para cuidarlo y para hacerlo tan desgraciado como puede ser el esclavo del más altivo y caprichoso señor de Asia.

Por de contado que á sus ojos soy un Adonis por quien todas las mujeres se mueren; y como soy *su marido de ella*, odia y detesta á todas las mujeres, porque todas son sus rivales, y están envidiosas de su dicha.

Mirando la sociedad bajo este prisma encantador, se ha vuelto huraña, murmuradora y antipática para todos y todas; y ya ni nos convidan á bailes, ni concurre una sóla persona á casa, de manera que las noches las pasamos amándonos de la manera más aburrida y enojosa.

Decía á ustedes que su amor, como el fuego del Cotopaxi, no se apaga ni se adormece nunca; pero de cuando en cuando sí hace sus explosiones terribles que me llenan de espanto, y en las que quisiera salir por las calles, como en tiempo de temblores, pidiendo á Dios misericordia.

Escribía la otra noche, con el cuidado que lo hago siempre, la *lista de revista* de mi compañía, que debía pasarse al día siguiente, y ponía el nombre del soldado Narciso Munévar, cuando mi mujer, viniendo muy pasito por detrás, atisbó, leyó mal el nombre, y arrebatándome el papel gritó:

—¡ Pérfido ! Aquí tengo ya una prueba :

—De qué, amor mío ?

—Le escribías á Narcisa !

—A qué Narcisa ?

—A Narcisa la heladera.

—Mira bien lo que haces ! ¡ Esa es una lista de soldados !

Examinó el papel, temblorosa y trémula, y cuando se convenció de que me había hecho un daño y de que era injusta y temeraria, por toda excusa me dijo :

—Ah ! *como tú ya no me quieres*, yo temí......

Débole á Don Juancho Gaviria unos reales, cuyo pago es más que imposible, porque en parte de los réditos se lleva la tercera de mi sueldo, y mes por mes va creciendo el capital con la demora. Es el caso que Don Juancho es asiduo en casa (ustedes lo conocen), y todos los días va á recordarme nuestra cuentecita ; pues bien, mi esposa ha tomado celos con Don Juancho Gaviria ! Lo creerán ustedes ?

Hace cuatro días vino, como de costumbre, no me encontró en casa, pero mi mujer lo recibió y le ajustó las cuarenta

—Caballero, le dijo, usted viene siempre á inquietarme á mi marido.

—Cómo así, mi señora?

—Usted es un mal amigo, que lo lleva á las abominaciones de Babilonia.

—Yo? mi señora, si no sé ni dónde es Babilonia.

—No vuelva usted á poner los pies en mi casa, porque usted me debe una dicha tranquila de que disfrutaba.

—Yo á nadie le debo nada. Su marido es quien me debe una fuerte suma.

—Mentira! Ese es un pretexto.

—Lo va á ver, le contestó, y salió furioso. Demandóme, va á embargarme todo el sueldo; y ahora comeremos .... amor.

Toda cuenta del sastre, del zapatero ó de la botillera, que me entregan, es á sus ojos un billete amoroso. No se satisface hasta que no se la muestro, prefiriendo saber que soy un hombre lleno de deudas á imaginarse que haya una mujer que me escriba; y siempre me está registrando el pupitre y los bolsillos de la levita para sorprender el *fatal secreto*.

Entro de guardia en el cuartel una noche sí y otra nó; pero mi mujer no cree esto, y juzga que es con el pretexto de pasar la noche lejos de ella. Hace que la criada me acompañe hasta la puerta del cuartel, y le lleve la razón de que, en efecto, allí me quedé; y muchas veces, para convencerse, ha mandado á media noche con razón de que está muriéndose. Yo recomiendo á un amigo la guardia por un cuarto de hora, vuelo á casa, y la encuentro en el corredor.

—¿No te estabas muriendo?

—De amor y de celos, maridito mío!

—Maldito sea el amor!

En el cuartel no duermo, pues mi deber me obliga á pasar las noches en rondas, vigilando el servicio, relevando las imaginarias, y muchas veces saliendo de patrulla. Voy, pues, rendido de sueño á la noche siguiente, con la bella ilusión de dormir en sus brazos; pero ay! mi mujer no duerme ni me deja dormir; y esto la ha puesto flaca y descolorida como una fantasma de Shakespeare.

Por la noche se levanta con el pelo destrenzado, la mirada centellante á la luz de la vela que hay en el aposento, media envuelta en la sábana blanca; y como dominada por un atroz pensamiento, recita toda la noche éstos ú otros versos de Germán:

Me preguntas ¿ qué son celos ?
Son delirantes desvelos
En que el puñal de la suerte,
El ataud y la muerte
Se miran como consuelos.
....
Son una sierpe enroscada
Llena de escamas horribles,
Y á la violenta picada
Que dan sus dientes terribles,
Queda el alma envenenada !

O bien, acercándose á la cama, tirándome de los cabellos con mano recia, me sacude gritando :

Si son celos un furor,
Una ciega destemplanza,
Que sólo pide venganza
Y sangre, muerte y horror ;
Y que no teme á los cielos,
Y que á los cielos se alzara,
Si allí venganza hallara.
Dices bien, yo tengo celos !

Y me deja caer la cabeza contra la barandilla de la cama, haciéndome un formidable chichón.

—Esto no es más que amor. Pobre de mi Facunda !

Lo que sí no le perdono, porque no puedo perdonárselo, es el empeño que toma por cuidarme, como á niño chiquito, del aire frio, del sereno, de la humedad en los pies ; y sobre todo, de mis enemigos políticos y personales.

—No, mi amo, sumerced no me sale con esta noche tan fría; cuando anoche lo tenté, tenía calentura, me dice á veces; y nadie hay que pueda convencerla de que debe salir.

—Mujer ! estoy de servicio !

—Yo le mando razón al coronel, de que te hallas enfermo.

—Mujer ! que me dan de baja en el ejército !

—Bien se cuidarán de hacerlo ; y aunque así fuese, esto no vale lo que la salud de sumerced.

Cuando salgo del cuartel, por la noche, para ir á casa, ó cuando de ella vuelvo al cuartel, hace que, como á niñito de escuela, me acompañe la

criada, para evitar las acechanzas que contra mí preparan, según ella, mis mortales enemigos ; y no está tranquila, si tranquilidad puede haber en su alma, hasta que la criada trae el *parte sin novedad*, y la constancia de haberme entregado, sano y salvo, en el cuerpo de guardia.

—Póngase sumerced la bufanda, me dice cuando el día está frío. Y quiere que yo vaya con bufanda en la formación, sirviendo de irrisión al mundo entero.

Por de prisa que vaya, me detiene al salir, salga con quien saliere, y me dice :

—A ver, mi amo, le arreglo la corbata, que va como jubilado.

Si me tardo tres horas sin que nos veamos, va á buscarme, ó envía á la criada á saber de mí ; y por la noche se está levantada hasta que yo entro de la calle, para darme un abrazo. Ay ! qué amor el de mi mujer !

El día de noche-buena tuvimos toros en la plazuela del cuartel de San Agustín, y comimos y bebimos de lo bueno, por lo que no fuí, como de costumbre, á las seis de la noche á tomar con ella el chocolate. Convidáronme los camaradas á un baile por las Nieves; y, confieso mi pecado, fuíme al baile sin volver á la casa, y allí me amaneció.

Mi pobrecita mujer, entre tanto, víctima de su amor, con la misma viva ansiedad, había pasado una noche horrible, y se la había hecho pasar á toda la vecindad. Había mandado al cuartel, hora por hora, á saber si estaba allá, hasta que dieron las diez de la noche. Sabiendo que no, había mandado á la casa de todos mis amigos, relacionados, parientes y conocidos, en solicitud mía, pero sin obtener razón. Entonces sospechó la verdad, y dijo para sí :—Agapito ha sido asesinado ! Su dolor no tuvo igual ; y los vecinos que la oyeron llorar, ocurrieron á la novedad, creyendo que yo era tan bárbaro que la estaba estropeando ; y al saber el motivo de su llanto, se distribuyeron en comisiones por toda la ciudad, y le hicieron avisar al Jefe de día. La noticia, como era noche de noche-buena y había mucha gente por la calle, se extendió inmediatamente ; y unos por verdadero interés, y otros por curiosidad, todos se amontonaron á la puerta de mi casa.

Venía yo trasnochado, medio dormido y envuelto en mi capa como á las seis de la mañana, y al volver la esquina de mi calle, vi el tumulto, y le pregunté á uno que pasaba :

—¿ Qué es lo que hay allí ?

—Que han asesinado al subteniente Agapito Merchán, contestóme, y su viuda está inconsolable.

Ocurrióme la duda de si me habrían en efecto asesinado sin saberlo

yo, pero mi esposa sí; cosa que no era difícil, por cuanto ella sabe siempre más que yo de los riesgos y peligros que corro, y es, además, tan solícita y tan advertida; mas el miedo que tuve de ponerme en su presencia después de lo que había hecho, miedo que, unido al frío de la mañana, me hacía temblar las carnes, me dió una idea perfecta de que aún existía, puesto que sentía, según afirman los ideólogos.

Corrí á darle la noticia á mi pobre mujercita de que era falso mi asesinato; pero en ese momento se acababa de desmayar, no me conoció, y por todo el día estuvo delirando con mi muerte.

Pobre de mi amante esposa! Qué felices fuéramos si no me quisiera tanto!

Al oír hablar mi mujer de revolución ó de guerra, no vuelve á tener paz en el alma ni tranquilidad en el corazón; pues se ha persuadido de que soy el más entusiasta de los patriotas y el más bravo de los militares; que soy hombre de romper filas como Rondón, y que por placer y por capricho estoy siempre desafiando el peligro.

Juzguen ustedes, mis señores lectores: un militar que no puede ir á pelear, ni salir á campaña, para qué puede servir, y qué carrera podrá hacer; y así verán ustedes lo muy cómodo que es el amor de mi mujer.

En días pasados estaba preocupada, creí que fuese un acceso de celos, y le dije á la criada que mientras yo estaba ausente le tuviesen delante de los ojos mi retrato, pues se ha observado que esto la calma un poco; pero la criada me dijo, cuando volví, que no lo había tirado al suelo ni insultado como de costumbre, sino que, por el contrario, lo besaba y lloraba; lo que me alarmó seriamente, temiendo alguna otra enfermedad de amor, desconocida.

Por algunas palabras entrecortadas que logré sorprenderle, y por haberla encontrado el otro día con la Biblia abierta y con un cuchillo en el canto, adiviné su designio. Jesús! qué mujer! Y cómo me ama!

Al saber que había guerra con Venezuela, guerra en la cual yo debía pelear y sin duda morir, había resuelto salvar á su patria y evitar mi muerte, yendo á pié con botines de tacón, puf, castaña y sombrerito de terciopelo, como otra Judit, hasta Caracas, á matar al Olofernes de nuestra época, al tirano Guzmán Blanco!

La conspiración, en la que parece habían entrado algunos periodistas de esta capital y muchos otros *patriotas militares*, celosos del honor nacional, se descubrió felizmente. Yo me privé, eso sí, de ser el marido de una heroina.

Negóme el cielo todo, figura, talento, fortuna y posición; pero en cambio me ha dado EL AMOR DE MI MUJER.

LXXXI

LA FIESTA DE LOS POBRES.

Colocado entre la opulencia y la pobreza, siempre amenazado por ésta, y contemplando los goces, la felicidad y el refinamiento que las riquezas dan; vástago de una de esas familias que miran en el pasado su grandeza y que parecen condenadas á descender más abajo del pueblo; y viendo siempre á éste, cuyas virtudes admiro, cuyos dolores comprendo y cuyas lágrimas quisiera ahorrar; en el lecho común de la desgracia, á donde van los infelices que caen y donde encuentran asilo los desgraciados que no tienen hogar, ni familia, ni pan, allí es donde mi alma va á fortificarse, encontrando que la democracia, en sus más solemnes y contrarias manifestaciones, es siempre un bien para los afortunados y un consuelo para los que sufren.

Hay en Bogotá una hermosa fiesta, más bella á mis ojos que la fiesta del Lido lo era para los venecianos; más que lo eran para los griegos las fiestas en Corinto; más que todas las fiestas religiosas de la antigüedad, hechas bajo la protección de dioses que inspiraban la alegría, el bullicio y el contento; es una fiesta cristiana: se llama la «Fiesta de los pobres,» y tiene lugar siempre el 24 de Octubre, día de San Rafael. Y, cosa extraordinaria! el pueblo ama esta fiesta, en la cual sólo se exhiben desgracias y dolores, tanto ó más que yo, y nunca á ella falta; y la parte culta, distinguida y feliz de la capital tributa en ese día á los pobres enfermos el homenaje de sus galas, de su belleza y de sus encantos, para dar á esta fiesta todo el brillo de una regia solemnidad.

En el vasto edificio que la piedad de generosos benefactores dejó hace ya mucho tiempo á los pobres de esta ciudad, y que ha sido convertido por el señor Navas Azuero, bajo la dirección de la Junta de Beneficencia,

en un espléndido palacio, donde los pobres reciben una acogida; en el «Hospital de San Juan de Dios» es donde, año por año, se repite esta fiesta aumentando siempre en suntuosidad y en ventajas para los pobres enfermos.

Ese día las calles del Hospital se ven colgadas de cortinas y llenas de flores, y escritas en los balcones, en letras de oro, estas tres obras de misericordia: «VISITAR Á LOS ENFERMOS, DAR DE COMER AL HAMBRIENTO Y DAR DE BEBER AL SEDIENTO.» Desde muy temprano principia la ceremonia religiosa, que se celebra con la mayor pompa: y las más lindas damas de la capital, el Presidente de la República, el Ilustrísimo señor Arzobispo y todo cuanto hay de notable van á «visitar á los enfermos,» dejando á la entrada, el pobre, un óbolo para su hermano que allí agoniza, el rico, un condor para los enfermos que nada tienen, recogidos uno y otro por lindas señoritas que se prestan á hacerlo con interés y con la amabilidad y la gracia que son comunes en las colombianas.

El edificio, aseado, ventilado y perfumado, está preparado dignamente para la fiesta; y en el asilo del dolor y de la muerte se ven por todas partes flores y ramas verdes. Se sirve por señoras señaladas al efecto, el almuerzo á los enfermos, y después, durante todo el día, en los vastos y hermosos corredores, hay un magnífico concierto, en el que cantan las más distinguidas señoras y señoritas, y en el que tocan los artistas de la capital.

Esta fiesta, en que se encuentran frente á frente la felicidad y la desgracia, la alegría y el dolor, la riqueza y la miseria, Bogotá que ríe y Bogotá que llora, es á mis ojos magnífica y fecunda para la democracia y la caridad: y me parece aún ver la cara fresca y linda de la joven pudiente, al lado de la faz marchita de la enferma; nos parece sentir confundido el perfume de los pañuelos de batista con el aliento de los apestados; y mezclado el timbre de la voz que inspira amor, con el ay! del que sufre y excita lástima. Esta es una fiesta bendita, porque ¿qué sería de los pobres si los ricos los olvidaran? Y en la propia felicidad, siempre egoista, en el común afán de la fortuna, en la ambición que llena todos los instantes, ¿quién se acordaría de la ajena desgracia si se le apartara para siempre de sus ojos?

El corazón del hombre es generoso, y la presencia de la desgracia lo conmueve y lo enternece siempre, por mucho que lo hayan endurecido la usura, el vicio ó la fortuna; y la mujer, cuya alma tierna y dulce, delicada como una sensitiva, se extremece al contacto del dolor; la mujer, que es toda amor, abnegación y sacrificio, en presencia del infortunio, de la

miseria y de la pena, no sólo á compasión se mueve, sino que se eleva, se santifica y se engrandece.

Flores, perfumes, música y deleites ; un hogar caliente donde velan solícitos sus padres, el amor de un hombre llevándola al altar, y la religión guiando sus pasos por el sendero florido de la vida, hé aquí la suerte de la mujer rica ; y para la otra, para la pobre, el desamparo, el frío y la desnudez en la infancia, el vicio y la prostitución en la juventud, y el hospital como término de sus cortos placeres. La una se deja arrastrar indiferente por el carro de la fortuna, sin noción del dolor ajeno, sin el recuerdo de que hay otra que sufre y llora, y nada ahorra de lo supérfluo para aquélla, ni consagra en su indolencia un instante á su recuerdo y á la compasión ; mientras que la otra tampoco tiene fe, y sus horas de duelo y de desgracia se hacen más largas, no esperando nada, como su corazón se hace más malo no sintiendo ni amor, ni gratitud, ni reconocimiento por los otros seres de su sexo. ¿ Qué puede haber, pues, de más santo que señalar un día en que la mujer feliz, rica y virtuosa se encuentre con la mujer pobre, perdida y ya enferma en el hospital, y delante del Cristo que preside las enfermerías, y que les dice á ambas : « Mirad que sois hermanas ?»

¿ Cuál sería el viajero que, al atravesar el desierto con todas las comodidades de una caravana oriental y al encontrar un hombre á la vera del camino, rendido, moribundo y sediento, no se parase un momento para darle una gota de agua, ó que no lo recogiera y lo llevara en su comitiva? Y sin embargo, nosotros atravesamos el gran desierto de la vida, preocupados sólo de nuestro propio viaje, sin reparar que en « San Juan de Dios » van quedándose los infelices fatigados, que tienen sed, hambre y dolores ; y no nos detenemos, ni los recogemos, ni les extendemos una mano compasiva. Porqué ? Porque falta el espectáculo conmovedor, porque no vemos la escena que enternece, porque al corazón no lo conmueve nada; y ¿ puede haber algo mejor que llevarnos allí para ver á los enfermos, para contemplar á los agonizantes y para palpar las necesidades de los hermanos ?

El día de *San Rafael* es, pues, un gran día á mis ojos ; y nada me parece más hermoso que ver la religión presidiendo y santificando la fiesta con sus augustas y solemnes ceremonias ; elevando al Dios de las misericordias sus plegarias en favor de los pobres ; consagrando el pan de la limosna, y repartiendo con la Eucaristía, valor al agonizante, fe al que llora, consuelo al que está solo, y alivio á todos los enfermos.

Para la última fiesta las niñas del Colegio de La Merced, que están á mi cuidado, fueron convidadas, no á oír el concierto que en honor de los

pobres se daba, sino á servir la comida á los pobres. Convite tal no se podía rehusar por niñas que se educan para el bien y se preparan para la virtud: su excelente directora lo aceptó gustosa; las niñas, con uniforme azul y el escudo de la Virgen de la misericordia en el pecho, fueron en comunidad, y yo las acompañé.

La multitud abría paso respetuoso á la comunidad, y el rumor de aprobación que se escuchaba cuando las niñas se presentaron, y las miradas de simpatía que todos les dirigían, dejaban comprender que adivinaban que aquéllas iban á practicar una función piadosa, que aplaudían de corazón.

El vasto y blanco salón donde las niñas fueron introducidas, no tenía nada de lo que generalmente se imagina uno hallar en un hospital, y que de antemano comprime el corazón y hace apartar la mirada con horror: bien al contrario, todo era allí aseado, ventilado y limpio; y sin embargo, en las caras de las niñas se reflejó el terror al ver esa larga fila de camas, de las que se levantaban las cabezas descarnadas y los rostros enflaquecidos de la multitud de enfermas. Era la primera vez que del bullicioso claustro del Colegio salían las niñas para contemplar las desgracias y las dolencias de sus hermanas.

En este salón, y al extremo de la fila de los enfermos, está un altar, y en él la imagen del *Cristo Consolador* crucificado. Jamás he contemplado esta imagen sin un sentimiento de dolor, de ternura y de miedo que no puedo explicar, pero que eleva mi alma y la predispone á la tristeza y á la melancolía. Ya sean recuerdos tiernos de la niñez; ya el haber visto un Cristo figurando siempre en los dramas de la familia, ó bien la idea de la muerte en su noble faz pintada, siempre que me he encontrado con un crucifijo, he sentido miedo y cariño, y no he podido apartar de él la mirada, quedándome absorto mucho rato contemplándolo.

El salón tiene varias inscripciones y el nombre de cada una de las personas que han hecho algo por el Hospital, ó en cuya memoria se han fundado camas, hecho mejoras ó establecido rentas. ¡Qué bello medio de inmortalizar una memoria santa y grata, de perpetuar un nombre querido, de ensalzar á la persona que se amó!

La vanidad y el orgullo ponen sobre la huesa de los muertos, donde no hay sino cenizas inertes, polvo ó nada, lápidas costosas, ó levantan monumentos de mármol, lo cual es una odiosa desigualdad en el recinto de la muerte. La Caridad conserva viva la virtud que animó su existencia, y hace que su nombre, repetido por los desgraciados que eternamente lo leen desde su lecho de dolor y eternamente lo bendicen, sea como un vínculo místico

entre los que aquí se quedan y la eternidad donde ellos descansan. El amor, la ternura, la admiración, el entusiasmo, la piedad filial, la gratitud y el cariño han buscado á la CARIDAD para que levante monumentos imperecederos á su dolor, y la CARIDAD lo ha conseguido. El delicado cariño de un hermano había obtenido también una inscripción modesta para mi santa madre.

El retrato del malogrado Cornelio Manrique presidía este salón, y en los otros estaban los de las señoras Trinidad Sarmiento, Teresa Herrera de Latorre, Genoveva Montoya de Lorenzana, Dolores Caicedo de Portocarrero, Rosa Barbery de Manrique, Amalia Cheyne de Brandon, Juana María Barreto de Márquez, María Jesús Restrepo de Herrera, Evarista Caicedo de Quijano, y los de los señores Raimundo Santamaría, Nazario Lorenzana, Andrés Caicedo Bastida y otros muchos que no pudimos ver, pero que están bien colocados ; y á las familias que así han unido el dolor y la caridad, les tributamos el homenaje debido por haber honrado tan bien á sus miembros muertos. Sin duda el espíritu de caridad y de amor se despierta ya en la sociedad: las familias ricas no olvidan á los pobres que no tienen familia ; y la virtud comprende que iba extraviada, no siendo el amor al prójimo el primer sentimiento del corazón, ni la limosna el tributo ofrecido á DIOS con el humo del incienso.

Varias inscripciones acreditan también la beneficencia del señor Arzobispo Arbeláez, del señor Doctor Severo García y de otros miembros del clero colombiano. La CARIDAD no sólo lleva la faz cubierta para derramar sus dones, sino que, sin rechazar á nadie, acoge con igual amor á los que van á su templo á tributarle dones.

Mientras que había estado distraído leyendo estas inscripciones, las niñas, con la volubilidad propia de su carácter, habían pasado del miedo á la compasión ; y ya distribuidas todas en los diversos lechos de los enfermos, una le servía á una anciana una taza de sopa ; otra, sentada junto á la enferma, le preguntaba sus dolencias y la consolaba con sonrisas; ésta llevaba la cuchara con mano temblorosa á la boca de una mujer exánime ; aquélla le calentaba las manos á una jorobada y deforme, cuyos ojos chispeaban de gratitud y de reconocimiento ; y todas afanadas se hacían un deber de cumplir con religiosa solicitud el encargo que les habían encomendado.

Este cuadro encantador lo observaba á nuestro lado, con una sonrisa de suprema bondad, la Hermana Francisca, una de las cuatro Hermanas de la Caridad venidas de Europa para el cuidado del Hospital ; mujer de exquisitos modales, de conversación agradable y que revela toda la santi-

dad de su alma en su mirada despejada y serena y en cada una de sus pa labras sencillas y modestas.

¡ Quién creería que para los pobres, para los que nada tienen y nad pueden pedir, Bogotá se diera el lujo de hacerlos servir por señoras educa das en Europa; pero decimos mal, por ángeles cuya misión es velar a lado de ellos, adivinar sus deseos, aliviar sus dolores, apagar su sed y con solar sus desgracias !

Hace mucho tiempo que la « Revista de Colombia » concluía un de sus artículos con estas palabras :

« Todos los que lloran, así los piadosos como los que no creen, lo buenos como los réprobos, la mujer perdida como el niño abandonado, e poeta proscrito y la actriz envejecida, el herido agonizante en el campo de batalla y con el corazón desgarrado por la traición; todos se unen para ele var un himno solemne de alabanza que llega al cielo como un perfume á lo pies de Cristo, y que concluye diciendo :

¡ BENDITA SEA LA HERMANA DE LA CARIDAD ! »

Hoy que alcanzan á nuestra amada tierra y á nuestros hermanos de pueblo los beneficios de esta generosa institución ; hoy que hemos visto a esas mujeres sublimes dejar su patria, atravesar los mares, llegar á nuestra costas ardientes, subir el penoso Magdalena y trasmontar la cordillera en busca de nuevos dolores y por curar á los hijos de los bárbaros de Améri ca ; cuando hemos tenido ocasión de admirar su abnegación y de estima los importantes servicios que prestan al « Hospital de San Juan de Dios,» donde reinan el orden, la economía, el aseo, bajo el imperio de su solícit mirada; en nombre de los que no tienen voz, pero sí amor y gratitud; en nombre de los enfermos del Hospital, salvados ó auxiliados por ellas, vuelv á repetir :

¡ BENDITA SEA LA HERMANA DE LA CARIDAD !

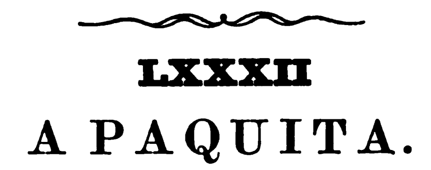
—Corto es el día y larga la noche para nosotras, me decía esa her mana, porque nos levantamos muy temprano ; cada hora tiene su ocupa ción, la noche llega y nos ha faltado mucho por hacer, y entonces es que sufren más los enfermos y las horas se hacen eternas.

Pobres señoras ! estas palabras revelan que, impulsadas por la ca ridad, llevan una vida de fatiga superior á sus fuerzas ; y quizá se enfer marán, y entonces ¿ qué sería de los pobres, acostumbrados ya á su solicitud y á su cuidado ?

La virtud tiene su magia, como deslumbra el vicio. Las niñas del Colegio de La Merced, después de que sirvieron la comida á los enfermos, se quedaron contentas : y conversando con las hermanas con verdadero y sincero entusiasmo, todas les decían : « Yo quiero quedarme acompañándolas á ustedes y ser Hermana de la Caridad.»

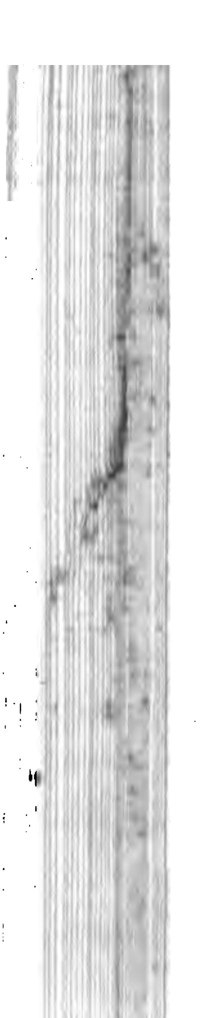
Las Hermanas sonreían bondadosas, porque sabían cuántas pruebas necesita haber soportado la virtud, cuántos sacrificios haber hecho, y cuánta constancia se requiere para llegar á ser Hermana de la Caridad ; y acariciándolas y dejándose abrazar por ellas, les decían : « El buen Dios conserve á ustedes esos sentimientos, y no se olviden de los enfermos y de las huerfanitas.»

A las cuatro de la tarde se retiró el colegio, que había estado acompañado por su capellán, el señor Doctor M. Reyes, habiendo sido colmado de atenciones, mientras estuvo allí, por el caballero y cortés señor Navas Azuero, Síndico del Hospital. Las niñas, estoy seguro, conservarán de esta «Fiesta de los pobres,» como una visión luminosa, un grato recuerdo de la caridad, que les servirá mucho en el porvenir.



LXXXII
A PAQUITA.

Un viejo moro y una linda niña,
Al salir del desierto se encontraron ;
Y nos cuenta una historia que se amaron
Con casto, puro y entusiasta amor.
El viejo moro acariciaba tierno
De la niña preciosa la alba frente,
Mientras la niña, cándida, inocente,
Desgajaba las hojas de una flor.
Ella le dijo al fin : « Cántame, amigo,
Para dormirme al pié de esta palmera,
Reclinada en tu pecho, pues quisiera
Dormirme oyendo algún alegre són.»
Sentóse el viejo en un rugoso tronco,
Estrechando en su pecho, reclinada,
La linda niña, y con la voz cascada
Entonó, tembloroso, esta canción :



No es más blanca
La azucena
De Vaena,
La oriental,
Que tu linda,
Casta frente,
Inocente
Y virginal.

Y la rosa
Purpurina,
Que domina
En el verjel,
No es más fresca
Ni provoca,
Cual tu boca
De clavel.

En las nubes
Que colora
Con la aurora
Amante el sol,
Yo he mirado
Tu grandeza,
Tu belleza
De arrebol.

Tu mirada
Es como estrella
Que destella
En el azul,
De la noche
Silenciosa,
Temblorosa
Bajo el tul.

Tienes, niña,
Gentileza,
Luz, belleza
Y juventud ;
Pero tienes
Una cosa
Más preciosa,
La virtud.

Guarda, niña,
Tu inocencia,
Pura esencia
Que el Señor
Derramara
En ti, criatura,
Con ternura
Y con amor.

La azucena
Se marchita
Cuando agita
Seductor
Su corola
Transparente
El ambiente
Abrasador.

Tiene el cielo
Dulces brisas
Y sonrisas
Para ti,
Si tus labios
La pureza
Sella, y besa
Su rubí.

Y la rosa
Palidece,
Y parece
Sin vigor,
Cuando mísero
Gusano
Mancha ufano
Su frescor.

Los poetas
A porfía,
¡Deidad mía!
Te dirán ;
Y en sus fiestas,
Cantos, flores,
Mil olores
Te darán.

Llora nítida
Paloma,
Entre aroma,
Su aflicción,
Porque lejos
De su nido,
Sintió herido
El corazón.

La modestia,
Rico velo
Que del cielo
Dios te envió,
Cubra siempre
Tu cabeza :
Fué riqueza
Que él te dió.

Mariposa
Que indiscreta
Va coqueta
En el jardín,
Ostentando
Rica gala,
Quiebra su ala
Y muere al fin.

Seca el lloro
De tu hermano
Con tu mano,
En caridad.
Y presida,
Sér divino,
Tu destino
La piedad.

Cuando sufras,
Mira al cielo
Y él consuelo
Te dará ;
La oración
Es blanca nube,
Siempre sube
Al pié de Alá.

La niña al despertar se encontró sola,
Pero bella, gentil, fresca y graciosa,
Y bajo el pecho de nevada rosa,
Sintió latir ardiente el corazón ;
Después vinieron venturosos días ;
Y nos cuenta también aquella historia,
Que fué feliz, guardando la memoria
Del viejo moro amigo, y la canción.

LXXXIII

¡LADRONES!

En nuestra muy querida y simpática ciudad de Bogotá sucede con frecuencia que ponen de moda á una muchacha, y todos los elegantes, los pepitos y los *sapos del amor*, rondan su calle, le dan serenatas y la hacen el objeto de sus obsequios, galanteos y asiduas manifestaciones; pero á los pocos meses le pasa la moda, y sin que la pobre esté más fea ó más tonta que antes, sin que les haya hecho una sonrisa de menos ni un cubilete de más en un baile, y sin que se haya dejado coger *infraganti* delito de coquetería con dos á un tiempo, la muchacha es olvidada, la calle queda desierta. Y esto que sucede con las muchachas, pasa también con las diversiones; pues cuando están de moda las tertulias, todo el mundo lleva á su casa el sesteto; pero pasa la moda, y entonces los infelices músicos bostezan de hambre si no les cae un entierro.

Por fortuna para ellos y para las *agencias mortuorias*, esta moda no pasa; hablo de los entierros en que se tocan trozos de ópera, se enluta y se llena de luces la iglesia, y en que, al cadáver, colocado en un magnífico ataud de rosa y cubierto de flores, se le tributa el culto de incienso que los romanos tenían destinado para la apoteósis de los reyes.

Esto, cuando los muertos son ricos; pues cuando son pobres, la iglesia no se abre para ellos y van derecho al cementerio sin un *aspergis* de agua bendita. Pero estos honores, muy cómodos para las agencias y el sesteto, son algo caros; así es que yo advierto á los ricos de los Estados, que si es sabroso vivir en Bogotá, es malísimo morir en ella, porque no alcanza la fortuna para un entierro; y que muchos casos he visto en que me ha parecido que el que estaba tendido iba á levantarse para protestar contra el gasto hecho en su entierro, mucho mayor que el que él había costeado durante toda su vida.

Pero dejémonos de cosas tristes, y sigamos con las modas. Decía, pues, que todo aquí está á la moda, inclusive las revoluciones. ¿ A que no oyen ustedes ahora hablar de revolución en ninguna parte ? Y hace muy poco que se esperaban de *varios á varios*, cuyos nombres no me es dado escribir.

¿ Cuál es la moda actual ?

La moda reinante ahora en esta apartada y pacífica ciudad es la de los robos ; pues hay robos todas las noches con violencia, escalamiento de paredes ó fractura de puertas ; y últimamente fué robado de la iglesia del Carmen el copón en donde se depositan las formas consagradas.

Esto parecerá extraño, sin duda, en una ciudad perfectamente iluminada hasta el amanecer ; donde la gente circula por las calles hasta media noche, saliendo de los teatros, bailes y tertulias ; y en donde en cada esquina hay un vigilante, y las rondas andan por todas partes.

Pero desafío al extranjero más guapo, al que haya *atravesado por Sierra-Morena sin trabuco naranjero*, á que vaya después de las ocho de la noche por una cuadra de las Nieves ó de Belén, ó á que siquiera salga del recinto de los tres puentes, sin que le *piernen las tiemblas*, ó por lo menos, sin que entone cierto silbidito usado en Bogotá para espantar el miedo cuando se sale de noche.

El alarma producida por los frecuentes y atrevidos robos ha invadido todas las clases de la sociedad ; no se habla más que de ladrones : las niñas, desde las seis de la noche, principian á temblar ; por recuerdo de los famosos tiempos de Russi, las casas se empiezan á comunicar con campanas de aviso ; los clérigos ricos no han vuelto á dormir ; y todos los que tienen fusiles en sus casas principian desde las diez de la noche á hacer tiros al aire para espantar de la vecindad á los mal intencionados ; así es que la ciudad resuena de noche como si estuviese ya sitiada por los prusianos.

Pero de lo que yo voy á ocuparme es de un caso sucedido con motivo de los ladrones, pues quiero que el público lo sepa. Hé aquí lo que se me refirió :

« En una de tantas noches, uno de tantos vagamundos hizo un tiro en la vecindad de mi casa, y espantado un gato que por allá andaba en inocentes y amorosos devaneos, saltó de tejado en tejado, y en su rápida carrera hizo rodar unas tantas tejas, que cayeron con formidable ruido en el patio de la casa contigua.

¡ Ladrones ! ¡ Ladrones ! gritaron inmediatamente en la casa. ¡ Ladrones ! ¡ Ladrones ! fueron gritando por todas las casas de la manzana :

y fueron tantos y tales los gritos, que alcanzaron hasta mí, que vivía solo, como buen solterón, y estaba entregado á un dulce y apacible sueño.

No sé si de miedo ó por curiosidad, levantéme en el acto, vestíme á la ligera, púseme una ruana de bayetón y mi cachucha nocturna, y de dos brincos estuve en la calle, olvidando cerrar la puerta de la casa; y me mezclé á la multitud congregada por el acontecimiento.

—Son cuatro, decía uno.

—Yo les vi las cabezas, repetía otro.

—Son cachacos de botas, decía éste, porque uno de ellos se resbaló.

—Van enmascarados!

—En mi concepto está uno herido, porque yo le apunté y jamás yerro tiro.

—Desde esta tarde vi rondando la cuadra á unos hombres sospechosos.

—Qué inmoralidad! Qué tiempos, murmuraba una vieja. Cuándo en mis días!

Las figuras de los que componían la multitud eran originales. Don Tomás estaba de caracol momposino de zaraza, sombrero de pelo blanco y armado de un chafarote que blandía con orgullo. Don Ramón, despechugado, con el abdómen que estaba emancipado de los calzones, y amoratado de la carrera, se escondía detrás de todos, creyendo que sus enemigos lo alcanzaban. Don Severo había olvidado la peluca y el sombrero, estaba con capote de calamaco colorado, y llevaba un enorme farol; y su esposa, Doña Tecla, flaca y descarnada, sólo había alcanzado á envolverse en una sábana y se parecía á la *alma del páramo*. En fin, había niñas desmelenadas, ó la mitad del pelo rizado y la mitad enmarronado; chiquillos, criadas y viejas que daban alaridos como si hubiese llegado el día del juicio.

Al fin se supo la casa de donde procedía el alarma, que era la de un caballero que vivía con su hermana, señorita á quien yo le echaba mis guiñadas cuando pasaba; guiñadas que ella recibía con muestras de muchísimo afecto, pero sin que la cosa hubiese pasado adelante. Y á la casa marchamos, los más valerosos adelante y los otros siguiendo á retaguardia á una distancia prudente. Persuadido de que todos me seguían, entré resueltamente á la casa, cuya llave nos tiraron por una ventana, y avancé impávido, encontrando á una infeliz criada metida en la alberca (que más seguro asilo contra los ladrones no había creído encontrar), y tomando á esa hora de la noche un baño helado; huyendo despavorida, azorada y temblorosa hallé á la señorita, quien empezó á gritarme:

—Salve usted mi honor! Confío en usted, que es un caballero. Y es-

to diciendo, fué desmayándose en mis brazos, al mismo tiempo que su noble hermano entraba en el cuarto con una pistola amartillada en busca de los ladrones.

El dueño de la casa, que oyó las voces de su hermana, y que me encontró con ella en tan sospechosa situación, no pudiendo creer que yo hubiese entrado por robar, se imaginó que yo había escalado la casa con el nefando propósito de seducir á su hermana, que á la verdad no es mala; y montado en cólera y ardiendo en celos, me gritó :

—Se casa usted con mi hermana, cuyo honor ha comprometido, ó le levanto la tapa de los sesos!

Ella, que sin duda sabía que la ocasión es calva, no hacía más que gemir, continuando en el desmayo, y soltando palabras entrecortadas que nada querían decir, pero que aumentaban el error de mi vecino, quien me hubiera matado si en aquel momento supremo no le hubiese yo jurado casarme con ella al día siguiente, con tal de que no hubiese escándalo. Entonces la taimada y astuta mujer, para acabar de comprometerme, tomó mi mano, y arrodillándose delante del hermano, le pidió que la perdonase, jurándole que era inocente, y que no la apartase del esposo que había elegido su corazón.

Aplacado el irritado guardían y huyendo del peligro, atravesé corriendo el pasadizo ; pero al huir, una lluvia de balas silbó sobre mi cabeza, al mismo tiempo que mil voces gritaban :

—No los dejen escapar.

—Son veinte! Ahí van! Ahí van!

Tropecé con un cerezo, caí, me lastimé una pierna y me reventé la boca y las narices. En este fatal instante la casa fué invadida, y viéndome tendido en tierra y como un ecce homo, me desconocieron sin duda, y todos me apuntaron á quemaropa con las carabinas, y me intimaron rendición ; habiendo quien, para probar el asador ó espada de que venía armado, me pinchase una pierna.

Soy yo! Soy yo, les gritaba en medio de la agonía ; pero la noche estaba oscura, y yo muy desfigurado con la sangre que echaba, por lo que no hubo remedio, sino que me ataron las manos y me arrastraron hasta la puerta de la calle, en donde estaba el benéfico farol de Don Cleto. Cuando me reconocieron, en vez de compadecerme, se pusieron furiosos conmigo, porque yo no era en efecto ladrón, y les quitaba así sus triunfos y sus glorias; y volviéndome la espalda, se fueron, dejándome amarrado.

Entre tanto habían pasado ya dos horas; se sabía por todos que no había tales ladrones, y por lo mismo llegaron unos policías, ebrios como una

cuba y echando tajos y reveses; y cogiéndome á culatazos, me arrastraron para *el retén*, esculcándome antes los bolsillos para encontrar el cuerpo del delito.

En vano supliqué, rogué, insté, protesté; no hubo remedio: declararon que me habían cogido *infraganti* delito; y como estaba de ruana de bayetón, y mi figura no era muy aristocrática, me encerraron en un calabozo, en donde pasé una noche horrible, ardiendo de pulgas y tiritando de frío.

Al día siguiente un policía fué á abrir la puerta de mi prisión, y apenas se abrió, oí el rumor de la multitud que estaba apiñuscada en el patio, en los corredores y en la plaza, y que gritaba: « *El escomulgao!* ¡ Ya lo van á sacar! ¡ Lo van á llevar á la Catedral! ¡ Que nos muestren al *escomulgao!* A ver cómo es la cara!»

—¿ Qué es esto? le pregunté al policía que abría la puerta.

—Qué ha de ser! que ha circulado la noticia de que han cogido al que se robó el copón del Sagrario del Carmen, y el pueblo, ansioso, quiere conocerlo.

—Llámeme usted al jefe de la policía.

—A donde él voy á conducirlo.

—¿ Pero cómo quiere usted que yo atraviese por entre esa multitud alborotada?

No hubo piedad: me sacó desde el calabozo en donde estaba, por el corredor de la casa municipal, hasta el despacho de la policía, en medio de los silbidos de los chinos y de la gritería de las *guarichas*, felices de haber alcanzado á verle la punta de las narices al *escomulgao;* pues yo me había metido la cachucha hasta los ojos, y me había envuelto bien en el bayetón.

Apenas me vió el jefe de la policía, comprendió que había un error; y cuando le expliqué la causa por la cual me encontraba en tan mala situación, trató de excusar á sus dependientes, y expidióme orden de libertad.

La multitud alborotada esperaba en la plaza, impaciente, al *escomulgao;* y al saber que no había tal *escomulgao*, se puso furiosa como en otros tiempos, cuando en los fuegos le faltaba la *vaca-loca* con los cuernos untados de trementina y ardiendo; por lo que creí prudente esperar á que se disipase, lo que no tuvo lugar hasta principiar la noche.

Cuando volví á mi casa, la encontré saqueada; pues mientras que unos policías me llevaban á la prisión, otros cargaban con todo cuanto podían; así fué que al día siguiente, cuando entró mi vieja sirvienta, encontró la casa como nunca había logrado verla: bien barrida.»

—Pero todas estas calamidades, continuó, son nada ante el compromiso contraído de casarme, que es el objeto de mi consulta. ¿ Qué juzga usted? ¿ Puede el hombre faltar á una palabra ofrecida en el momento del peligro, cuando éste desaparece? ¿ No destruye esto para siempre la fe en lo prometido? ¿ Queda en algún caso á la conciencia del hombre decidir si debe ó no cumplir lo que una vez prometió? ¿ No es una suprema cobardía y la más baja acción ofrecer algo para librarse del peligro, y pasado éste, retractarse? ¿ No es verdad que la lealtad y la moral exigen pagar al bandido el precio porque hemos rescatado nuestra vida? Y si esto es así, ¿ cómo faltar á la promesa hecha á un hermano de casarme con su hermana? Pero también, ¿ cómo cargar con mujer, yo que no quería casarme? ¿ He cometido yo alguna falta que merezca el terrible castigo del matrimonio? Así, el objeto de mi consulta es el de que usted me aconseje lo que debo hacer.

Como yo soy, ante todo, hombre de verdadera conciencia, me ocupé seriamente del caso, y pensándolo bien, dije:

—En primer lugar, el honor exige que todo hombre cumpla lo que promete, sea lo que fuere, y la causa por la cual lo ha prometido.

En segundo lugar, al hermano de esa señora no lo puede usted convencer nunca de error; y á sus ojos pasará usted por doblemente infame y cobarde.

Y por último: no hay mujer que no sea mejor que no tener ninguna.

Estas razones, alguna inclinación que él tenía, sin duda, á la muchacha, y el deseo de llevar vida y calor á su hogar, frío y desierto, decidieron á mi amigo á casarse. Y á mí me ha tocado la fortuna de comer del pavo nupcial, y de referir á ustedes lo sucedido.

LXXXIV

"LA TEMPESTAD."

(INSPIRADO POR LA SEÑORITA MARÍA DE LA TORRE, AL TOCAR EN EL PIANO ESTA PIEZA DE HENRION.)

Venecia, la reina del Adriático ; la ciudad maravillosa de mármol y de oro, levantada sobre el mar, arrullada por las ondas y coronada por el león alado de San Marcos ; la villa de los palacios y de las prisiones, de las fiestas y del terror, de la tiranía y de las gloriosas conquistas, de los grandes crimenes y de las bellas artes ; Venecia está de gala porque Loredano * acaba de venir de Oriente, vencedor de los turcos; y el pueblo, entusiasmado por la victoria, lo ha recibido en triunfo y quiere proclamarlo Dux.

Es de noche: las calles parecen iluminadas como por encanto; de todos los balcones salen torrentes de luz, y se oye el ruido de la alegre fiesta que se da en cada uno de los palacios de los nobles. El *gran canal*, que refleja todas las luces como un espejo maravilloso, está cruzado por millares de góndolas, con luces de colores, llevando alegres parejas que cantan y ríen.

La *piaza del popolo* está colmada de gente, que contempla absorta los magníficos fuegos artificiales que para ella se han preparado, queriendo hacerle olvidar el gobierno la tiranía de los Inquisidores del Estado con el brillo de las victorias y el ruido de las fiestas.

En el palacio de Loredano, que soberbio se levanta en el ángulo que forma el *gran canal* con el que pasa por debajo del *puente de los suspiros*, se da un magnífico baile de máscaras, al que asisten todos los grandes personajes, más que á divertirse, á seguir los hilos de esa política hábil y som-

---

* **Leonardo Loredano, hábil marino de Venecia, fué proclamado Dux en 1521.**

bría, que mantiene la tiranía en el interior con el veneno y el puñal, mie tras que en el exterior domina por la astucia de los embajadores y la pe cia de los generales. Más de cien góndolas han llegado á la escalinata d pórtico, y depositado allí á las damas y á los caballeros, que con máscara vestidos con los variados y suntuosos trajes de todas las naciones, son i troducidos al interior por entre una fila de sirvientes con antorchas ence didas, á cuya luz reflejan los diamantes de que van adornados.

Qué suntuosidad ! Qué lujo ! Qué esplendor ! Jamás los reyes Francia ni los soberanos de España tuvieron una mansión como el pala de Loredano. Las inmensas galerías, cubiertas con las pinturas de los m jores artistas, se comunican por magníficas arcadas con los salones de fiesta: unas dejan contemplar el suntuoso interior, otras están cubiertas c cortinas de damasco carmesí que, al levantarse, descubren en un salón los nobles jugando al dado montones de oro, y en otro á las damas y á l caballeros al rededor de mesas cubiertas de vajillas de plata y de crist bebiendo en coro y cantando alegremente.

En el SALÓN DE ESPEJOS, llamado así porque sus paredes, q forman un polígono, están cubiertas de espejos de la fábrica que Excelentísimo Consejo mantiene como gloria del Estado, y que reflej infinitamente todos los objetos, de tal manera que al entrar no sabe en dónde acaba la realidad y dónde principia la ilusión ; en e salón es el baile, y por todas partes se cruzan parejas que resucitan la hist ria y remedan el mundo. Allí Isabel *la Católica* bate el abanico airosamen al lado de un caballero cruzado, que es Ricardo *corazón de León*: más al Carlo Magno se inclina al paso de Isabel de Ungría ; y la Emperatriz Te dosia ha dado el brazo á un bandido romano. Pero entre todas las damas distingue Aslãe, la linda hija de Loredano, que está radiante de belleza y gracia. Es una joven de diez y ocho años, de ojos negros y mirada apa ble, faz marmórea, cuerpo gentil, cintura delgada y andar lánguido y gr cioso.

Está lujosamente vestida con una enagua corta de tafetán rosado s bre un calzón de razo blanco; chaqueta de terciopelo azul, ajustada con c dones de oro y abotonada con diamantes ; sueltas las dos hermosas tre zas de cabello, y la cabeza adornada con un gorro pequeño de terciope carmesí, graciosamente puesto, y que el peso de una borla de oro incli hacia un lado ; los pies desnudos entre babuchas de cuero de marru cos ; llevando en los brazos dos cadenas de oro, en señal de esclavitu Representa á la isla de Creta, que su padre acaba de libertar de la don nación turca, después de una serie no interrumpida de victorias. Ella es

objeto de la admiración general; la ambición de todos los nobles; el motivo de mil rivalidades entre jóvenes que la aman y que solicitan su mano; la aspiración de los que quieren contraer poderosas alianzas, y el orgullo y la alegría de su padre, que sólo para ella ha querido poder, fama y riquezas.

Loredano está hablando de política en un salón contiguo, de mármol blanco, piso de admirable mosaico, y en cuyo cielo está pintada *La Aurora*, tirada en un carro por doce ninfas, y que reparte por todos lados luz y flores. El salón ha sido adornado para la fiesta con todas las banderas conquistadas por Loredano, y traídas en su flota victoriosa; y en medio de ellas está desplegada la bandera verde de la SERENÍSIMA REPÚBLICA, que deja ver al LEÓN ALADO DE SAN MARCOS.

Acércase á Loredano un noble vestido de *Don Pedro el Justiciero*; y distraidamente se aproxima también á él uno vestido de *Virgilio*, que está envuelto en una capa ancha, coronado de laurel, y que toca en una lira de marfil y canta con magnífico acento.

—Estoy aquí, le dice el que hace de Don Pedro, á Loredano, en voz baja.

—El corazón me anunciaba ya tristemente vuestra presencia, le responde Loredano.

—No os deslumbreis, Loredano, con el brillo de la gloria hasta olvidar vuestras promesas.

—Dejadme siquiera disfrutar de esta fiesta.

—No creais, Loredano, firmes los escalones por los cuales vais á subir al trono de los Dux, por ser de mármol, pues están empapados en sangre, y es muy fácil resbalar en ellos.

—Ah! esa sangre que por dondequiera se halla desde que á vos me uní, es la que me hace vacilar en daros mi hija. Pedidme lo que querais: ser el primero entre los del CONSEJO DE LOS DIEZ; ir á Roma como Embajador de la República; mandar la flota que domina al mundo, desde el estrecho de Gibraltar hasta las costas de la Siria. Todo lo que querais, pero dejadme á mi hija.

—Oidme, Loredano. Mañana debeis ser proclamado Dux; y yo quiero ir como vuestro hijo, á vuestro lado, cuando vayais á desposaros con el mar y á arrojar desde la galera dorada, en su seno, el anillo misterioso; pero oid......quizá en vez de esto......

—Ah! pero si Aslãe llegase á saber que vos, Conde Rogerio, sois el asesino de su madre, ¿comprendeis de cuánto sería capaz?

—Loredano, ¿habeis visto alguna vez á las palomas que el Gobierno

mantiene sobre la plaza de San Marcos, enfurecerse porque matan á alguna de ellas, ó la aprisionan y la llevan, para servir como correo, al destino glorioso de la República? Asläe es una linda paloma, que yo me encargo de guardar.

—Tened piedad de su inocencia!

—Insensato! Esta noche se cumple el término fijado. Sí ó no.

—Conde Rogerio, mi hija será vuestra esposa.

—Cuándo?

—Al pasar la FIESTA DEL LIDO: quiero que hasta entonces sea feliz á mi lado.

—No: el tiempo pudiera abrir un nuevo abismo entre los dos, que sería colmado por mí con cadáveres y sangre; y para evitar esto, he dispuesto que el Padre Andrés, del convento de los Carmelitas, venga esta noche, y que en vuestra capilla bendiga mi unión con vuestra hija.

—Ay! Y ¿á qué hora?

—A las doce de la noche.

—Está bien. Al dar las doce estaré con mi hija al pié del altar.

La alegre y bulliciosa fiesta continúa. Loredano se muestra espléndido y obsequioso, y en todas partes se le encuentra galanteando á las damas, bebiendo con los caballeros é invitando al placer y la alegría.

Asläe, cándida y hermosa, acaba de bailar una danza española, y fatigada, descansa sobre un cojín de damasco tirado en el suelo; y como por casualidad, *Virgilio*, que por allí pasa, entona, en voz alta, versos que todos oyen y que ninguno comprende; pero Asläe palidece y se conmueve al escucharlos.

La multitud se agolpa al pié de los balcones de Loredano, y en medio de vítores y aplausos lo aclama como Dux. En el interior resuena la música y se escuchan los vivas del festín; y entre tanto Asläe, de brazo con el joven disfrazado de Virgilio, se desliza por una de las arcadas del salón y entra á otro colgado de verde, donde están los retratos de los antepasados de Loredano, que parecen mirar á la fugitiva pareja. Atraviesan una galería larga y estrecha y llegan á la puerta de una capilla gótica, que iluminada apenas por dos cirios encendidos en el altar, dejan en la sombra el resto del edificio, todo de madera de aceituno tallada artísticamente.

—¿Estais listo, padre Andrés? dijo el joven al pasar el umbral.

—Sí, Conde Rogerio, contesta un anciano padre carmelita de barba blanca y prolongada, que parece una sombra evocada del sepulcro. Hace media hora que por vuestra orden dejé mi convento, que he sido traído en

una góndola hasta aquí, que fuí introducido á esta capilla, y que aguardo vuestras órdenes.

—Es preciso, padre, que ahora mismo me unais en matrimonio con la hermosa Aslãe de Loredano, que está aquí.

—Mas, ¿ porqué este misterio, cuando la unión de las dos familias más poderosas, más antiguas y más nobles de Venecia debería celebrarse con gran pompa, dando por esto nuevas fiestas al pueblo, en señal de que era un día fausto para la Serenísima República ?

El joven se acerca y dice al oído dos palabras al sacerdote.

—Ah ! responde éste atemorizado. Perdonad si he sido indiscreto ó importuno !

Los jóvenes se arrodillan al pié del altar, y habiendo practicado la ceremonia religiosa, el sacerdote les dice :

—Levantáos, que ya sois esposos delante de Dios y de los hombres !

—Reconocedme, pues, le dice el joven, quitándose la careta de terciopelo que le cubre la parte inferior del rostro, para que deis testimonio ante la justicia humana y ante el Tribunal de Dios.

—Él me ampare ! grita el padre aterrado.—¡ Qué he hecho yo ! Ah ! No sois el Conde Rogerio ? Dios mio ! He incurrido en la cólera del Consejo de los Diez !

La música se alcanza á escuchar en el fondo de la lóbrega capilla, haciendo un terrible contraste con el terror del sacerdote ; y mientras que todos bailan y cantan, el joven se dispone á partir y dice al padre :

—Si queréis escaparos de *Los plomos*, del tormento y de la muerte, seguidme.

El viejo vacila; pero mirando atrás con terror, sigue á la pareja penosamente. Los tres se embarcan en la góndola que, solitaria, se mecía en la puerta secreta del palacio ; y al mismo tiempo que se lanzan al canal, el reloj de la Catedral de San Marcos da triste y lentamente las doce de la noche.

Como hábil remador, el joven hace deslizar la góndola por entre la multitud, que cruza el canal en todo sentido ; y rápida como una flecha, la lleva hasta que están fuera del recinto de la ciudad.

En *la laguna* el compás de los remos forma armonía con el ruido de las ondas que se dividen en copos, con la conversación de los amantes y con el rezo del fraile que, humilde en un rincón de la barquilla, dirige al Señor sus oraciones.

La luna en el ocaso arroja su luz blanca y poética : el mar está tranquilo y desierto; la ciudad, con innumerables luces, se divisa á lo lejos

como un palacio de fuego que las hadas han levantado en el espacio; y el horizonte inmenso se abre por todas partes. Sólo se oye ahora el vago é incierto rumor del océano, triste como un quejido, armónico como un canto, sublime como una evocación; y que levanta el alma en alas de la inspiración hasta el trono de Dios.

Ya vuelve la conversación de los amantes.

—Me amas mucho? Aslãe.

—Ah! más que á mi vida!

—Recuerdas el momento de nuestra primera entrevista?

—Cómo no! Era de noche. Yo atravesaba el *Gran canal* en nuestra góndola con mi padre, y tú ibas detrás en otra, en pié y cantando, cuando una turba de asesinos, saliendo de otra góndola que se ocultaba en la oscuridad, saltó á la nuéstra, atacó á mi padre é intentó apoderarse de mí. Tú viniste á nuestra defensa, mi padre desenudó su espada, y ambos arrojaron al agua á los infames asesinos.

El jefe de éstos era el Conde Rogerio.

Yo, sin aliento y temblorosa, escuché que me decías: —«Te amo, Aslãe.» Era la primera vez que escuchaba esta palabra. Cuando mi padre, reconocido, fué á abrazarte, tú te cubriste la faz con una máscara negra y te alejaste. ¿Porqué hiciste esto, amor mío?

Principia la tempestad.

Un trueno sordo retumba á lo lejos, y el Padre carmelita, absorto en la oración, levanta lentamente la cabeza.

Aslãe continúa sin poner atención en el trueno que acaba de sonar.—Cuando llegué á la puerta de nuestro palacio, miré hacia atrás, y allí estabas tú. Subí á mi cuarto, abrí la reja del balcón, y tú estabas al pié.

—Y allí he pasado todas las noches de un largo año, adorando tu sombra, que adivinaba al través de los cristales.

—Y yo, escuchando tus canciones, y absorta en los pensamientos que tu amor me inspiraba.

—Cuántas dificultades para que pudieses recibir mi primer billete!

—Y cuántas para no ser sorprendida leyendo la declaración de mi incógnito amante!......Porque tal billete no estaba firmado; y no sé aún cuál sea tu verdadero nombre; me lo dirás ahora, ¿no es verdad?

La tempestad crece.

Otro trueno retumba en el espacio: Aslãe palidece.

—Sí, continúa, quiero saber cuál es el nombre de mi noble esposo, el apellido de la familia á que va á pertenecer, con orgullo, la hija de Loredano.

Ruge la tempestad.

Nuevos truenos, y las ondas del mar principian á agitarse.

—El nombre de mi familia......Es verdad, jamás te lo había dicho. Como no soy noble veneciano.

—Con razón! Perteneceis, sin duda, á una de esas antiguas familias de Dalmacia, que descienden de reyes; que sólo se unen á familias soberanas, y que miran con desprecio la nobleza de la poderosa República.

—Dalmacia!......Sí......Aslãe, ¿me amas mucho?

—Te idolatro, y por seguirte he dejado mi palacio é incurrido en el justo enojo de mi padre, que tanto me ama y á quien tanto debo! ¿Puedes aún dudar cuando estoy á tu lado?

Se escucha bramar furiosa la tempestad.

—Oyes!......Ah! No sé cómo llamarte, esposo mío. Tengo miedo! Díme tu nombre.

—Aslãe, yo no tengo ni nombre, ni familia!

La joven oculta la cara entre las manos; el viejo sacerdote se pone de pié recto en la barquilla, y con aire de reconvención le dice al joven:

—¿La has engañado?

—No. La he hablado de mi amor, y jamás he mentido. Ni me he supuesto un nombre, ni me he dado un título que no tengo.

La tempestad aumenta la violencia.

—¿Quién eres tú, replica el pobre fraile, que sin mentir á ella ni á mí, nos has arrastrado y unido á tu suerte?

—Mi padre era un pescador de la *Laguna*, que iba todos los días con el alba á llevar á la ciudad, para venderlo, el producto de su pesca durante la noche. Una mañana encontró el cadáver de una mujer joven y hermosa, con una herida en el cuello, y que el canal llevaba lentamente al océano: lo recogió en sus brazos é iba á llevarlo á una iglesia para que fuese enterrado santamente, cuando un noble del Concejo de los Diez, que lo vió pasar, hizo tomar el cadáver, y envió á mi padre á *los plomos* para que jamás pudiese contar lo sucedido.

—¿Una mujer, dices? preguntó el sacerdote.

—Sí, una mujer, blanca como el mármol, rubia como la aurora, fresca como una rosa; y que llevaba el retrato de Loredano al cuello.

—Esa mujer era mi madre! gritó Aslãe.

—Sí, vuestra madre; y el asesino que encerró á mi padre era el Conde Rogerio.

—Pero ¿quién eres tú?

La tempestad se acerca, la oscuridad aumenta.

—Yo soy ...... ¡ El Españoleto! *

Un grito de espanto sale de la boca de Aslãe, al mismo tiempo q otro parte de los labios del sacerdote.

Ruge con mayor violencia la tempestad; la barca se agitada viol tamente, y un rayo que cruza por la desierta bóveda, muestra á Aslãe p trada y moribunda, al Españoleto arrodillado y al anciano sacerdote de p con la mirada en el cielo.

—Has ofendido horriblemente á Dios, y Él te castiga, grita el frai Pídele misericordia, que yo también ruego por vosotros y por mí!

Mudos continúan en medio de las tinieblas; y por un rato sólo escucha mugir con siniestro rumor el océano.........

—Aslãe! Aslãe! grita el desventurado Españoleto.

La joven no responde, y el ruido de la tempestad ahoga las palabr del amante.

Desesperado la toma entre sus brazos; la envuelve en su capa pa ampararla de la lluvia, y le dice:

—Ah! yo te salvaré, aunque no me ames; y principia á remar y dirigir la barca, que ya va á perecer.

Inútil afán: están en medio del mar; la noche es tenebrosa; hay puerto á donde llegar, y la tempestad ha desplegado sus terribles ala

Cansado ya, vuelve hacia ella y exclama:

—Bien! pues que vamos á morir, óyeme Aslãe:— El Españole no es el bandido que tú crees: su frente está pura, y su mano jamás se manchado con sangre. Ahora, delante de Dios, en presencia de la mue y al pié del sacerdote, te juro que soy inocente!

—Hijo mío! no agregues una impiedad á tus crímenes pa dos; y si estás arrepentido, dímelo, que yo aun puedo absolverte.

—No; yo no tengo crímenes en mi pasada vida; pero la nobleza Venecia, á la que he hecho una guerra incansable, me ha hecho cargar c todos los que se han cometido desde hace dos años en la ciudad, y mi no bre es el terror y espanto de todos los que lo escuchan. Padre, ¿ podéis mi confesión?

—Habla.

—Al ver que mi padre no volvía á su choza, fuí á buscarlo á la c dad, pero inútilmente; sólo alcancé á oír el rumor de que mi padre ha cometido un delito y estaba preso. En Venecia el que cae á la prisión jan sale del calabozo sino es para atravesar el *puente de los suspiros*. Yo tenía

* Tribuno popular como Rienzi, que vivió en el siglo XVI, y que fué puesto fu de la ley por el Concejo de los Diez.

en la inocencia de mi padre, porque en el pueblo los hijos jamás dudan de la virtud de sus padres ; y me propuse salvarlo. Me hice el jefe de los pescadores : promoví tumultos, y por muchos años entré en todas las conspiraciones que el pueblo fraguaba inútilmente para rescatar su libertad. Todas las revoluciones fracasaban, pagando con su muerte los caudillos su audacia, y yo, que escapaba milagrosamente, empecé á tener cierta celebridad, y el nombre del *Españoleto*, que me daban mis compañeros por mi barba larga y negra, fué proscrito y maldito. Un día, como sabéis, el pueblo, cansado de tantas iniquidades del gobierno, se insurreccionó, encabezado por mí; se abocó á las prisiones y puso en libertad á más de doscientos desgraciados que hacía muchos años no habían visto la luz del día. Entre ellos estaba mi padre, á quien logré salvar. El gobierno envió sus fuerzas sobre el pueblo, que se defendió con valentía, pero inútilmente ; todos los amotinados fueron pasados á cuchillo. Yo quedé herido debajo de una pila de cadáveres.

Por la noche, mi buen padre, sin temor de ser sorprendido y de volver á su calabozo, vino á buscarme y me sacó de entre los muertos; y al día siguiente se leía sobre los muros de todos los palacios de los nobles :

« *El Españoleto vive y vengará al pueblo.* »

Desde entonces, proscrito siempre, perseguido y oculto, nada he podido hacer para vindicarme ; y cada vez que aparece un cadáver en los canales, ó que hay un rastro de sangre de la que los nobles derraman, éstos se apresuran á decir : — El Españoleto ; y el pueblo mismo me tiene ya por asesino.

—Hijo mío, dijo el sacerdote con voz conmovida. Esta es la historia de un mártir, y yo, en nombre del cielo, te cubro con mi bendición.

Aslãe se despierta como de un pesado sueño, le extiende la mano y le dice:

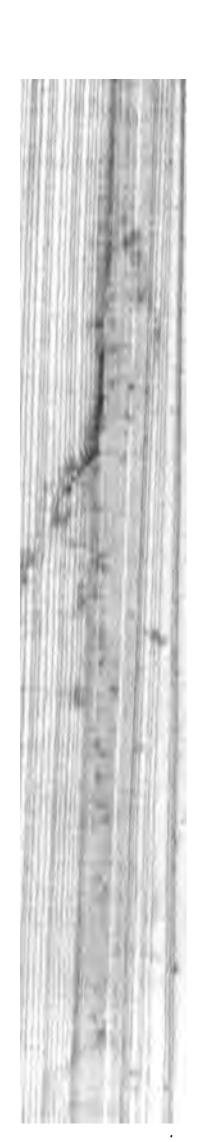
—Españoleto, te amo !

La tempestad empieza á calmar, las olas se aplacan y la barca no zozobra.

—¿ A dónde vamos, donde no te alcance la cólera de Venecia, amor mío ? le dice Aslãe. Porque ahora tiemblo por tu suerte.

—A la choza de mi padre, sobre las playas de la Dalmacia, donde, á fuerza de amor y de cuidados, te haré olvidar el palacio que has dejado.

—Donde feliz haga de tu vida mi vida, de tu suerte mi suerte, de tu condición mi condición, de tu destino el de Aslãe !



—Ah! Eres un ángel!

—Tú eres para mí ya todo en el mundo; pues que eres inocente eres mi esposo!

Ya no se oye la tempestad: el mar está sereno: la mañana vi con su claridad y su alegría; y la barca conduce ligera á tierra extranj á los dos amantes, sobre cuyas cabezas, bendiciéndolas, impone el sacerd sus sagradas manos.

LXXXV

DESPEDIDA.

AL SEÑOR JOSÉ ANTONIO UMAÑA.

Como dos ondas que á la mar rodando,
Y unidas lleva arroyo cristalino,
Al llegar á espumoso remolino,
Treguas al sol quemante demandando,
El viejo sauce su ramaje alzando,
Sombra y amor les brinda en el camino;
Y las ondas siguiendo en su destino
Van de este sauce el nombre murmurando;
Así también, la suerte de mi Rosa,
Unida hasta la muerte, va conmigo,
Y al dejar á Tocaima, la ardorosa,
Do la amistad nos dió sombra y abrigo,
La memoria guardamos cariñosa,
De nuestro viejo, ciego y noble amigo.

LXXXVI

LA MIRRILIN.

UNA EDDEMA.

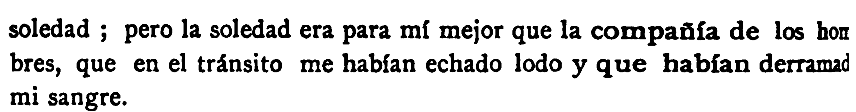
Hija del amor, de la tristeza y de la melancolía, fué *la Mirrilín* como esas eddemas ó visiones maravillosas, hijas de la luz, de la humedad y de la niebla, que aparecen en los páramos de nuestro país, y que las pobres carboneras toman unas veces por el alma de una niña perdida en el bosque, y otras por apariciones de la Virgen Santísima, que viene á consolarlas; visiones que no son más que su propia imagen, iluminada por el sol, reflejada en la bruma, y que se borran con el soplo de la brisa.

Toca á unos hombres empezar valientes el camino de la vida, á otros, como á mí, hacerlo con vacilación y con temor; pero todos nos sentimos fatigados al trepar la áspera montaña; y cuando yo llegué á la cima, sólo encontré el páramo desierto, donde se levantaban varias matas de espino y una que otra de melancólico *frailejón*, que no podían ampararnos contra el cierzo helado y el ventarrón que nos afligía, á mí y á mi esposa, que había trepado también, llevando tres niños cogidos de la mano.

¡Qué desierto! ¡Qué soledad! El áspero sendero que habíamos atravesado se perdía como una serpiente entre la maleza, y era imposible volver á recorrerlo. Yo no tenía aliento, ni valor, ni fe. Estábamos en pié sobre las rocas vivas de la montaña, húmedas y frías; el paisaje era triste como el de todos los páramos; un campo abierto, sin vegetación, sin flores y sin agua. No había horizonte: la niebla lo envolvía todo, girando en remolinos sombríos; y cuando una ráfaga de viento la disipaba, veíamos á nuestros pies el abismo.

Mi alma estaba profundamente abatida por el infortunio y por la

soledad ; pero la soledad era para mí mejor que la compañía de los hom bres, que en el tránsito me habían echado lodo y que habían derramad mi sangre.



El amor ó el sol alcanzó á arrojar un tenue rayo de luz al través d la niebla espesa que nos rodeaba, y apareció la eddema encantadora de l Mirrilín.

Nos pusimos á contemplarla, mi esposa y yo, con un sentimient que no era el de la alegría, como cuando nació nuestra primera hija, ni d orgullo como el que sentíamos al ver nuestros dos hijos, que, como Rómul y Remo, dormían en un mismo lecho de pajas ; sino con una mezcla ind finida de melancólico deleite, que infundía en la meditación el sueño d la fe y de lo ideal, fantástico y hermoso.

Tuve miedo de mi propia debilidad : quise alzar una oración recité estos versos :

Eterno Dios : del trono de la gloria
A donde toda adoración alcanza,
Donde nacen la luz y la esperanza
Para el que ruega con amor y fe,
Tu mirada celeste y compasiva
Atravesando el ancho firmamento,
Que en esta cuna se detiene, siento,
Y á mi Matilde idolatrada ve.

Tú me la diste, y en su linda frente
Se ve brillar de cándida inocencia
La corona inmortal que en tu presencia,
Cuando era un ángel, la quisiste dar,
Y con la misma espléndida corona
Ha de cruzar el campo de la vida
Por mí, Señor, sin fuerzas sostenida,
Y sin dejar su planta resbalar.

Pero ¿ qué puede mi desvelo amante,
Sin contar con tu auxilio poderoso
Para cruzar el lago proceloso
Al incierto vaivén del porvenir ?
Luchar contra las olas agitadas
Y la ilusión perdiendo lisonjera,
Viendo alejar la espléndida ribera,
Abrazado de mi hija sucumbir.

Oye, Señor: si altivo el pensamiento,
Para mi hija soñó regia fortuna,
Como granos de incienso, una por una
Mis esperanzas en ofrenda van.
Sólo te pido ya que no permitas
Que la miseria su niñez aflija,
Ni permitas, Señor, que vaya mi hija
Su corona inmortal á dar por pan.

Y yo le enseñaré que reverente,
Tu nombre escrito por los astros lea
En medio de la noche, y siempre vea
Tu infinito poder en la creación.
Que al dormirse, tu santo nombre invoque,
Y partiendo su pan de cada día,
Palpitante de amor y de alegría,
A ti, Señor, levante el corazón.

Los riscos me devolvían ásperas las palabras, me faltaba el acento divino; los ecos de las montañas no quisieron repetirlas, y mi oración se perdió en la inmensidad.

Once años, sin pensar en el frío, la soledad y el aislamiento, pasamos contemplando nuestra débil visión, adorando á la Mirrilín. Los niños se acostumbraron á mirar esa sombra como á una hermana, pero la amaban más que á los otros hermanos, porque era hija del cielo. Ella parecía sonreirse con nosotros, y que comprendía nuestro amor; pero poco á poco fué la visión haciéndose melancólica, perdía sus hermosos colores, parecía borrarse, y últimamente vino el cierzo y la desvaneció.

Mi hija Matilde vivió nueve años de una existencia vacilante y dolorosa, sin haber saboreado jamás un momento de dicha, sin haber gozado de un placer ni reído jamás alegremente; y fué á mis ojos de poeta un espíritu enviado á tierra ingrata, como las flores de clima cálido que, trasplantadas á la tierra donde el cierzo helado las combate, jamás crecen hermosas, que se muestran pálidas y macilentas, y que al fin mueren. Matilde había vivido triste, y todo nuestro cariño, nuestra ternura, nuestro amor, nuestros cuidados, nuestros desvelos, fueron para ella, no como el cumplimiento de un deber, sino como la satisfacción de una necesidad del alma. Tributábamosle, mi esposa, sus hermanos y yo, una especie de cariñoso culto; y éramos felices cuando conseguíamos de ella una sonrisa ó entusiastas y amantes fervorosos, lográbamos de ella un beso.

Un día la muerte tocó con dedo de hielo su blanca sien; y ella se durmió. Murió en Cipaquirá el día 6 de Enero de 1875.

Las dignas señoras de aquella ciudad, mientras que mi esposa lloraba, la vistieron de blanco, la coronaron de rosas y la adornaron como para una fiesta.

Ella creció con la muerte, y parecía de quince años de edad, y adquirió una belleza suprema, que hubiera sido, sin duda, la suya si hubiera alcanzado á aquella edad en el mundo. La frente se había despejado de las arrugas que la enfermedad y el dolor le habían impreso : era blanca, transparente, despejada y hermosa ; la boca sonreía divina y melancólicamente ; las mejillas no estaban descarnadas, y un tinte celestial parecía bañarlas. Su lindo, rubio y suave cabello ondeaba sobre la frente, y caía en bucles al rededor del cuello, formando como una aureola ; llevaba impresa en el semblante la apacibilidad de un sueño tranquilo y misterioso, que jamás tuvo en la vida. Así ha quedado en mi mente.

La llevamos á la iglesia, en donde los sacerdotes la recibieron con salmos y oraciones ; y de allí, acompañada por un grupo de niñas de su edad, la condujimos al cementerio.

Y en el lugar donde duerme está escrito :

"MATILDE RIVAS GROOT.

Fué esta niña — viajero — débil rosa,
Que alegre el sol jamás llegó á alumbrar ;
Cultivóla su madre cariñosa,
Y es su recuerdo aroma de mi hogar."

Un cruel dolor hirió mi corazón ; el amor por la hija muerta fué mucho mayor que el que yo había tenido idolatrando á la hija viva : y para ella compuse estos versos, vago rumor de inmensa pesadumbre, débil eco de ayes perdidos en el fondo del alma, toscas palabras que nada dicen de lo que yo sentía, pero que algún padre repetirá llorando:

Como su oveja el matador señala
Y la arrastra y la mata sin piedad,
Así la muerte rigurosa, su ala
En señal de dominio, haciendo gala,
Sobre tu cuna mísera extendió.

Por eso vi tu lánguida cabeza
Siempre inclinarse al peso del dolor,
En tus ojos pintada la tristeza
Y, ya marchita la gentil belleza,
Vivir con la existencia de la flor.

Ni una sonrisa de placer tu boca
Llegó con inocencia á desplegar,
Ni te gustó la fruta que provoca,
Ni bulliciosa, alborozada y loca
Te vi sobre la yerba juguetear.

Víctima siempre de la suerte impía,
Tu destino en el mundo fué sufrir;
Siempre enfermiza, siempre en agonía,
Ni probaste el manjar de la alegría,
Ni pudiste el placer jamás sentir.

Mas yo te amaba como nadie ha amado;
Era á mi oído armónica tu voz ;
Divino tu mirar ; suave, dorado
Tu cabello infantil ; y enamorado,
Quise un mundo tener para los dos.

Aunque apenada y triste fué tu vida,
Ella llenó de encantos el hogar ;
Y tu mirada de dolor henchida
Derramaba en mi pecho luz querida
Que yo extasiado me ponía á adorar.

Inmóvil, muda, en la niñez sombría
Te vió pasar mi pobre corazón ;
Y á tu muerte la casa está vacía,
Y mi existencia pálida y sombría
Siente sin ti faltar la inspiración.

Tú eras, mi bien, la estrella solitaria
Que al porvenir me guiaba con amor,
Por quien alzaba al cielo mi plegaria,
Y al cubrirte la losa funeraria,
Ya sin tu luz, me cegará el dolor.

Tú eras lazo de hiedra con que amantes
Dos viejos robles el cariño ató,
Roto ya el lazo, buscan anhelantes
Un apoyo en los míseros instantes
Que sin tu amor la vida ennegreció.

Tú eras ángel de paz que, resignado,
Mantenías en mi hogar la bendición,
Y que al volar dejaste desolado,
Sin esperanza, triste, acongojado,
De tu madre infeliz el corazón.

Yo quiero verte como aquí vivías,
Quiero mirar tus ojos otra vez;
Quiero estrechar tus manos, siempre frías,
Escuchar esa voz con que gemías
Y besar amoroso tu alba tez.

Esto es mucho quizás; déjame al menos
Que la brisa pasando junto á ti,
En tus sueños de amor, castos y buenos,
Si allá hay amor, y luz y días serenos,
Un eco de tu voz me traiga aquí!

El llanto alivia pero no calma los grandes dolores, y no hay lágrimas bastantes para verter de los ojos de una madre que mira la cuna vacía; y mi Rosa, sin dejar de llorar, buscaba desde la muerte de la Mirrilín en otra parte, no ya consuelo, sino flores que ofrecer, llena de piedad, á su memoria. Para mí, al contrario, hallaba en el llorar alivio; y las lágrimas brotaban espontáneamente de mis ojos.

Un lenguaje mudo, melancólico y significativo se entabló desde entonces entre nosotros dos, y llenó todos los instantes de nuestra vida, sin esperanzas ya, y fija toda en el pasado.

—¡ Qué desierta está la casa! me decía ella con una mirada que yo adivinaba y recogía.

—Así sería nuestra hija! exclamábamos á un tiempo y sin hablarnos cuando mirábamos á una linda niña. Todos los niños enfermos vinieron á ser los hermanos de la Mirrilín; y cuando la casualidad hace que alcancemos á ver un carro mortuorio adornado de blanco, la escena de dolor y amargura del entierro de nuestra hija se renueva inmediatamente en el alma con todos sus detalles y todas sus lágrimas.

Cosa extraordinaria ! El dolor nos complace : hallamos un misterioso encanto en la melancolía : pasar largas horas en silencio y consagradas á su recuerdo es para nosotros una necesidad; y, preciso es confesarlo, una especie de remordimiento envenena todo placer para nosotros, como si fuese una falta, desde que Matilde duerme en el cementerio.

Un año de dolor había pasado cuando volví á visitar la huesa de Matilde, y á colocar la hermosa lápida y la cruz de mármol que « á la Mirrilín muerta » le regaló mi afectuoso hermano Rafael; y entonces compuse estos versos, que son fríos y áridos, cuando debieron ser una fuente de amor y de ternura :

Vengo, mi bien, á visitar tu huesa,
Entre otras mil oculta y escondida ;
El corazón transido de tristeza,
Invocando al dolor ¡ hija querida !

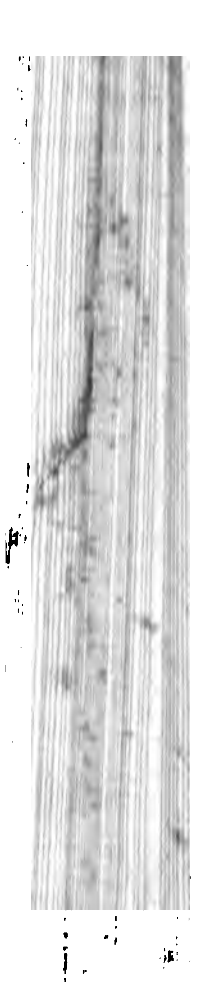
Un año se pasó ; y voy marchando
A dormir junto á ti. Este es mi anhelo.
El tiempo va mis fuerzas acabando,
Y siento hundir bajo mis pies el suelo.

Eres polvo no más ; y esa hermosura,
Esa belleza angelical y amable ;
Esa frente de luz y de blancura,
Tu sonrisa de arcángel inefable,

Sólo viven en mi alma, que las guarda
Como guarda en magnífico incensario
El fuego el sacerdote, para que arda
Y embalsame entre nubes el santuario.

No me acuses, Matilde, que olvidada
Te he dejado en tu huesa, húmeda y fría ;
Aunque fuera feliz, hija adorada,
Mi corazón jamás te olvidaría.

Y en mi dolor, si duermo, tu sonrisa
Me parece escuchar junto á mi oído ;
Y, despierto, al pasar la blanda brisa,
Me parece escuchar de ti un gemido.



Es tan dulce llorar, que ni aun se atreve
La ventura á pedir el alma mía,
Después que horrible enfermedad, aleve
Contigo amor llevóse y alegría.

Confundirme contigo en el olvido,
Mezclar mi polvo al polvo de tu huesa :
A tus despojos encontrarme unido,
Es cuanto quiero en mi mortal tristeza.

Pues me arrastro en la vida entre pesares,
Encontrando doquiera tu vacío ;
Exhalando suspiros á millares,
Sólo en ti vive el pensamiento mío,

Como vive la flor que del sol vive,
Cuando el astro se oculta en occidente,
Que ni su luz ni su calor recibe,
Y sola, y yerta, deshojar se siente;

Y nada hay ya que enlace tu memoria
A mi penoso porvenir incierto :
Leve soplo de un ángel fué tu historia,
Sólo queda de ti ya polvo yerto.

Mas como adora el peregrino el suelo
Que un ángel consagró con su presencia :
Como se guarda con amante anhelo
El vaso que guardó divina esencia,

De tus cenizas el recinto oscuro,
Vengo á adornar con mármol y con flores,
Vengo á ofrecer en él un culto puro
De lágrimas, recuerdos y dolores.

Fué tan breve, tan triste fué tu vida,
Como de blanca nube leve sombra ;
Mas vive tu recuerdo, hija querida,
Y á cada instante el corazón te nombra.

Jamás la luz de nuevas alegrías
En tu madre infeliz brillará hermosa,
Ella llorando pasará los días,
Y yo en su nombre besaré esta losa.

UN AMIGO COMÚN.

Viajando una tarde de Hanover para Hamburgo, después de haber pasado por cien ciudades nuevas y extrañas para mí, y de haber encontrado miles de personas, todas desconocidas; oyendo un idioma que no entendía, y al atravesar un camino sombrío, cubierto de pinos que extienden melancólicamente sus ramas, horizontales, negras y sin hojas, y oyendo el ruído de la máquina, que es como un quejido incesante, iba yo triste y pensativo, meditando en mi soledad y mi aislamiento; y á mi alma vino el sagrado recuerdo de la Mirrilín.

Por un raro fenómeno de la vista, al ir en ferrocarril se pierde la idea de que uno es el que se mueve, y todos los objetos que están á la vera del camino y que se distinguen á larga distancia, se ven, primero de un lado, después giran y se presentan de frente, y luégo se alejan rápidamente para no volverlos á ver.

Ni un rostro amigo, decía yo interiormente, nadie que me conozca; nadie á quien ocurrir en una desgracia, ni aun á quien hablarle de mi pesadumbre por la muerte de la Mirrilín. Triste es la vida así, sin nada que nos una con el pasado, y triste debe ser morir sin tener á quien volver la mirada!

¡ Cristo! Sí, un gran Cristo se divisaba en la extensión, iluminado por los últimos rayos del sol en Occidente. Los brazos extendidos en la cruz y la cabeza inclinada sobre el pecho! ¿ Es un sueño? ¿ Es una aparición? Mi espíritu jamás ha sucumbido. El Cristo, apenas visible al principio, gira y se presenta de frente. Me permite contemplarle, y luégo se aleja en la inmensidad........

Atravesábamos una aldea católica; y en Alemania, en medio del cementerio, hay siempre á la intemperie y entre todas las tumbas, un gran Cristo de mármol, que se divisa desde lejos, y que es como el amigo de todos los que allí duermen. Yo no tengo fe, pero mi emoción fué poderosa.

Cristo era en estos momentos para mí un antiguo amigo encontrado en el desierto. Era el Dios que había adorado mi padre y que volvía á ver cuando ya lo había olvidado. Era el huésped de la familia, que llegó en otro tiempo en todas las horas de desgracia y de muerte, y que ahora veía en la soledad á tan larga distancia y después de tanto tiempo. Era el recuerdo de mi niñez y de mi juventud hallado de repente en Alemania. Era la imagen misma ante la cual, quizá en esos momentos, se arrodillaban para rezar mi esposa y mis hijas allá lejos. Era el símbolo de un amor divino y supremo que á todos cubre al extender sus brazos; que acompaña al que atraviesa

el desierto y que no olvida al desgraciado. Era él solo quien podía recibir mis votos de ventura y de dicha para trasmitirlos á los seres amados.

Era una visión consoladora, un sueño de amor y de poesía; una aspiración del alma realizada por encanto; y mis ojos no se apartaban de él; y cuando se alejó me parecía que iba á América, y que allá acompañaría á la Mirrilín en el cementerio. Y le dije en mi emoción: ¡ Adios, amigo, cuida de la Mirrilín !

LA MIRRILÍN DEL MAGDALENA.

Los Iroqueses, para manifestar lo sagrado del suelo patrio, decían á los invasores: « Preferimos morir á abandonar la tierra en donde están los sepulcros de nuestros padres.» Y es que en efecto, en el sepulcro de los seres amados, están concentrados todos los afectos, todos los dolores y todos los recuerdos; y el sepulcro inspira amor, veneración, respeto, tristeza, y algo más grande que lo que el mundo da, como un soplo desconocido que inunda el alma y que quizás viene de la eternidad.

Los griegos creían que al rededor de los sepulcros vagaban las sombras de los muertos y que presenciaban los sacrificios que se les ofrecían: los cristianos levantaban templos en donde estaban las reliquias de sus mártires: en todos los pueblos la mansión de los muertos es respetada por los vivos, embellecida por suntuosos monumentos ó adornada con árboles y flores; y entre nosotros, el hijo coloca una corona de inmortales sobre la cruz que adorna el sepulcro de su madre, y ésta va á llorar sobre la tumba de su hija.

En el cementerio de Greenwood en Brooklin vi por primera vez una costumbre alemana que me conmovió profundamente: á los niñitos muertos les ponen todos sus juguetes, sin duda para que se diviertan en la tumba. ¡ Qué poderosa fe ! Yo he debido hacer lo mismo con la Mirrilín. Su sepulcro está en el sencillo cementerio de Cipaquirá; cementerio poético, situado sobre la verde colina que domina la ciudad, mirando al Occidente, y que es lo primero que se ve al acercarse á la ciudad, y que no se pierde de vista sino á larga distancia, cuando uno se aleja.

El sepulcro de la Mirrilín fué también para mí el último pensamiento al dejar la patria y el primer recuerdo cuando pisé su suelo.

Cuando de vuelta de Europa subía el Magdalena, ansiaba por llegar á la cima de los Andes, atravesar la llanura, divisar el lindo cementerio y arrodillarme á llorar sobre la olvidada tumba de mi hijita. Después, cobardemente he abandonado mi resolución, y al pasar por Cipaquirá he

vuelto la mirada á otro lado, sin atreverme á visitar el cementerio. Misterios del dolor : vacilación del alma !

La tumba de la Mirrilín, decía yo entonces y en mi interior, debe estar ahora sombreada por dos eucaliptus que á los dos lados puse, y por un pino que Rosa le envió : quizás la humedad haya empañado las letras doradas de su nombre, que yo besaré con delirio ; y, ¡ cuán grato me será leer ese nombre, que ya nadie pronuncia, y que era para mi oído tan armónico !

Engolfado en mis melancólicos proyectos, y ocupada mi alma siempre por el recuerdo de la Mirrilín, y el vapor siempre andando y subiendo la corriente, llegué al Banco, notable población que se encuentra á la orilla del Magdalena, al dejar el territorio de Bolívar, y saltamos á tierra. En una casa pajiza pero decente, de ancho corredor y puerta espaciosa que comunicaba directamente con la sala, estaba reclinado en una mecedera un caballero, quien al verme acercar se levantó cortesmente y vino á saludarme al cabo de un rato: y habiéndose informado de quién era yo, me preguntó amablemente :

—¿Quiere usted ver á *la Mirrilín ?*

¡ Qué emoción la de mi alma !

—Aquí, continuó el caballero, llegaron por casualidad unos versos chistosos de usted, titulados «Escenas del hogar,» que hicieron reir á mi esposa, y desde entonces pusimos á una de nuestras hijas el nombre de *la Mirrilín*, y así la llaman todos sus hermanos y todos en el pueblo.

—Mírela usted.

Meciéndose en la hamaca estaba una linda niña como de trece años de edad, de raza blanca y por lo mismo extenuada por el clima, ya casi mujer, pero sin las formas de la pubertad, de ojos grandes, melancólicos y tristes, y de risa inocente. Era rubia, pero el cabello sin brillo; vestía traje de linón blanco subido hasta el cuello ; y al levantarse de la hamaca, con esa suprema languidez de las mujeres de la tierra caliente, vi que estaba descalza y que tenía el pié largo y delgado.

Me dirigí á ella á devorarla á besos ; pero ella, asustada y llena de vergüenza, se escapó de mis brazos y se fué.

El pito del vapor anunciaba que en ese momento partía.

¡ Adios Mirrilín !

MI ENFERMEDAD.

El dolor tiene sus sueños como la felicidad, y el alma apesarada, como el ave herida, se levanta de la tierra y vuela á regiones desconocidas, pero llevando siempre el dolor tenaz que la atormenta, y cuando cae es postrada ya, y envuelta en el delirio de la muerte.

La lluvia azotaba una tarde la desierta plaza de Cipaquirá, y las go tas las veía yo caer al través de los cristales de un mirador que de la calle separaba la pieza en que yo estaba acostado sobre un canapé, tratando de leer, pero pensando en la Mirrilín, y divagando con ella por mil mundos donde creía encontrar su nueva y encantadora existencia ; y pensando en ella me dormí.

Un sér desconocido, de faz melancólica y triste, de ojos en que se revelaba un dolor profundo y constante, y que tenía la apacibilidad de una virgen y la energía de un guerrero; que lloraba como una víctima, y daba miedo como un verdugo, entró muy paso, puso sus dos manos sobre mi hombro izquierdo, que experimentó un fuerte dolor, se recostó con vigor á la manera de un niño que se apoya para que lo alcen, y se agarró á mí con amor, con desesperación ; pero mi corazón dejó de palpitar lleno de espanto, y el sér misterioso me dijo al oído con voz dulce pero que me aterró :

—« Seré tu constante compañera, mucho te haré sufrir, mas no me maldigas, porque yo cumplo mi destino.»

Y se adhirió á mí con una fuerza hercúlea, oprimiéndome el corazón y apoyándose sobre el hombro izquierdo tan fuertemente, que el dolor era inmenso.

Pálida, descarnada, pero más linda que nunca, entró la Mirrilín coronada de rosas como una novia, y sin mirarme siquiera; después se dirigió, en ademán suplicante y lloroso, al genio que de mí se había apoderado, y parecía pedirle con los ojos preñados de amor y de cariño, compasión para mí.

¿ Qué pasó entre los dos seres, entre estos dos ángeles, entre las dos creaciones del espíritu en ese momento supremo, en que el uno me amenazaba implacable y el otro intercedía por mí; pero no como quien suplica á un tirano, sino como la esposa que en los momentos de amor y de felicidad, pide á su amante una gracia ?

¿ El genio que sobre mi destino iba á pesar era el amante ideal de Matilde en otro mundo ?

Ella se fué muda como había entrado, pero mirándome con amor divino, y diciéndome con los ojos (así lo adiviné yo):

—« Te dejo mi recuerdo, guárdalo con cariño, ámalo como á mí me amaste ; y cuando te atormente como una enfermedad, yo vendré á implorar por ti.»

Sufro desde entonces una enfermedad al corazón, que los médicos han juzgado incurable, que me oprime el pecho, teniendo el lado izquierdo adolorido y en el hombro un peso enorme, como si alguno estuviese siempre sobre él recargado.

Durante el día sufro físicamente. La respiración es difícil ; el corazón late desigual, y una inquietud, una melancolía invencible me domina siempre ; pero de noche, durmiendo, es cuando veo la enfermedad claramente con su faz pálida y triste, con sus ojos lánguidos y serenos, mirándome con fijeza, y con las manos cruzadas y firmemente apoyadas sobre mi hombro.

Mucha veces, en altas horas de la noche, me dice al oído y con voz enternecida.

—«¿ Duermes ? Yo no puedo. Mi deber es atormentarte de día y de noche »; y me obliga á despertar, comprimiéndome el corazón y aumentando el dolor en el hombro.

Al día siguiente los médicos me encuentran peor, y notan que el mal hace rápidos progresos.

Por el contrario, otros días en que la enfermedad me ha atormentado implacable, al dormirme veo llegar á la Mirrilín entre una atmósfera de luz ; la veo que á mí se acerca y que con sus lindas y delgadas manos levanta sin esfuerzo, uno por uno, los dedos de esas manos de hierro que me oprimen el hombro ; y veo que la enfermedad, á su mirada suplicante, se aparta y me deja descansar.

El genio ama sin duda á mi hija, pues en ocasiones, cuando todo está silencioso, me dice :—«Pensemos en la Mirrilín» ; y principía á hacer mover mi corazón con una tristeza que no se parece á la tristeza de este mundo; y así, él impulsando los latidos de mi corazón, y yo absorto en los recuerdos de Matilde, pasamos las noches juntos, hasta que viene el alba y el genio se aleja.

Entre la Mirrilín y el mal que me atormenta ó el ángel que yo veo, existe un lazo misterioso y sagrado, como el que existiría entre dos ángeles que al pié del trono de Dios se amaran con amor de esposos ; y que apartados los dos, el uno como demonio, viniese al mundo á atormentar al hombre, mientras que el otro se quedara en el cielo pidiendo á Dios compasión para el culpado. El mal obedece á la mirada suplicante de Matilde, y ella en sus miradas revela por él un supremo amor. Yo no quiero romper este vínculo que en el cielo se formó.

Si mi mal es el recuerdo de Matilde ¿ cómo no lo he de amar también ? El me la deja ver con frecuencia, pálida y hermosa, vestida de blanco y coronada de rosas como cuando murió ; pero me la deja ver viva, y deja que ella me hable llena de cariño y de amor.

¡ Bendito sea este recuerdo ! ¡ Bendito sea mi mal, que ha de llevarme á dormir en el sepulcro al lado de la Mirrilín !

ÍNDICE.

	PÁGS.
I	
Fantasía	1
II	
Emilio el Doctor	3
III	
Pleito común	7
IV	
To Kossouth	8
V	
Historia de una rosa	9
VI	
¿Qué fuera yo?	42
VII	
Don Querubín	43
VIII	
En un álbum	50
IX	
El sitio de Leiden	53
X	
La huérfana	57
XI	
Ovidio	59
XII	
Caridad de Dios	66
XIII	
Jacinta	67
XIV	
A Pichilí	82
XV	
Don Zacarías	83
XVI	
Las dos filosofías	87
XVII	
Crítica sobre los vicios de la capital	89
XVIII	
El estudiante	123
XIX	
Tu cumpleaños	131
XX	
La Hermana de la Caridad	133
XXI	
Mi sobrina	139
XXII	
La mariposa	145
XXIII	
Tradiciones de Tocaima	147
XXIV	
La beata	161
XXV	
El destino	165
XXVI	
Escenas del hogar	169
XXVII	
La dolorosa de mi madre	172
XXVIII	
Reunión de familia	173

PÁGS.

XXIX
Regalo 178

XXX
Dolores 179

XXXI
El comerciante 197

XXXII
Adios á mi hija.......................... 204

XXXIII
El rosario al amanecer 205

XXXIV
El pobre á una lechuza.............. 207

XXXV
El tochecito............. 209

XXXVI
A una judía............................... 212

XXXVII
La bendición del potrero............ 213

XXXVIII
Mi sobrino.................................. 215

XXXIX
Perdomo..................................... 223

XL
Invasión 227

XLI
Las fiestas de Piedras................. 229

XLII
La penitencia.............................. 238

XLIII
Memorias de un ajusticiado......... 239

XLIV
El maromero 275

XLV
Doña Justa 277

XLVI
Dolores G. de Calvo................... 283

XLVII
Un paseo al campo..................... 285

XLVIII
El almanaque 293

PÁGS.

XLIX
Discusión.................................. 296

L
Contrariedades de un redactor...... 297

LI
Mi herencia 312

LII
La vida...................................... 315

LIII
Las rifas 317

LIV
La escuela ayer........................... 323

LV
La escuela hoy............................ 330

LVI
Los peregrinos............................ 333

LVII
Miguel Angel al morir 378

LVIII
A veranear................. 379

LIX
Los dos Constantinos.................. 386

LX
El retrato de mi madre............... 389

LXI
Cain á su mujer......................... 392

LXII
Un viaje á Paicol 393

LXIII
Resolución en verso.................. 412

LXIV
La suicida.................................. 413

LXV
El San Pedro en Guataquisito...... 419

LXVI
Raquel................. 424

LXVII
Las dos hermanas...................... 425

LXVIII
El lazarino................................ 469

PÁGS.

LXIX

El cosechero 471

LXX

Las dos ondas.......................... 478

LXXI

Correspondencia 479

LXXII

Italia...................................... 483

LXXIII

La novela en la historia............. 485

LXXIV

El León.................................... 520

LXXV

Juan Soldado............................ 521

LXXVI

Defensa propia......................... 527

LXXVII

A Virginia Cuéllar.................... 528

LXXVIII

Un drama salvaje...................... 529

LXXIX

Cristo consolador...................... 545

LXXX

Quejas de un militar.................. 547

LXXXI

La fiesta de los pobres............... 557

LXXXII

A Paquita................................. 563

LXXXIII

¡Ladrones!................................ 565

LXXXIV

«La Tempestad»....................... 571

LXXXV

Despedida................................ 580

LXXXVI

La Mirrilín............................... 581

